

PAYNO, MANUEL (1810-1894)

Escritor mexicano, nacido en Ciudad de México en 1810 y fallecido en San Ángel en 1894. Terminados sus estudios trabajó como meritorio en la aduana de su ciudad natal. Después pasó al Ministerio de Guerra con el grado de Teniente Coronel como jefe de sección. En 1842 se le nombró secretario de la Delegación Mexicana en Sudamérica e hizo su primer viaje a Francia e Inglaterra. Más tarde, el presidente Santa Anna lo envió a Nueva York y Filadelfia para estudiar el sistema penitenciario.

En 1847 combatió contra los norteamericanos y estableció el servicio secreto de correos entre México y Veracruz. Durante la administración de José Joaquín de Herrera fue ministro de Hacienda (1850-1851) y durante el gobierno de Comonfort fue secretario de esa misma cartera. Contribuyó al golpe de Estado de 1857, por lo que se le procesó y apartó de la política. Restaurada la República, fue varias veces diputado.

En 1882, con el gobierno de Manuel González, fue enviado a París. En 1886 fue nombrado cónsul de Santander y después cónsul general de España. A su regreso al México en 1892, fue senador.

Aunque cultivó la poesía en su juventud y escribió para el teatro, su mayor aportación literaria está en el campo de la novela. Autor de la novela *El hombre de la situación*, a pesar de su estilo desaliñado y sus novelas mal construidas, representa el folletín escrito deprisa y publicado por entregas. Hay críticos que opinan que Payno escribió esbozos costumbristas en vez de verdaderas novelas, pero ahí quedan *El fistol del diablo* (1845-1846) y *Los bandidos de Río Frío* (1889-1891). Aunque Payno en esta última pretendió escribir una novela naturalista, resulta obvio que no lo logró, *Los bandidos de Río Frío* más parece, pasado el tiempo, un guión de cine del género “western”, que una obra de arte. Sin embargo se le reconoce haber utilizado hábilmente este estilo folletinesco para trazar ese gran cuadro épico del inicio de la vida independiente del país.

Fue un impulsor del periodismo y colaboró activamente en *El museo mexicano*, donde escribió cuentos y narraciones de viajes reunidos después bajo el título de *Tardes nubladas* (1871). También escribió en el *Ateneo mexicano*, *El año nuevo*, *Don Simplicio*, *El federalista* y en la *Revista científica y literaria de México*, donde dio a conocer su novela *El fistol del diablo*.

(Enciclonet)

LOS BANDIDOS DE RÍO FRÍO

ÍNDICE:

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

Santa María de la ladrillera.

CAPITULO II

Los doctores.

CAPITULO III

Las brujas.

CAPITULO IV

La diosa azteca y la virgen de Guadalupe.

CAPITULO V

El milagro.

CAPITULO VI

Don Diego de noche.

CAPITULO VII

Don Diego de día.

CAPITULO VIII.

El campamento.

CAPITULO IX

El Chapitel de Santa Catarina.

CAPITULO X

La viña.

CAPITULO XI

Comodina.

CAPITULO XII

El esclavo blanco.

CAPITULO XIII

Primeras hazañas de Evaristo.

CAPITULO XIV
Aventuras de una almohadilla.

CAPITULO XV
Juicio al estilo Salomón.

CAPITULO XVI
Casilda.

CAPITULO XVII
Casamiento de Evaristo.

CAPITULO XVIII
El aprendiz.

CAPITULO XIX
San lunes.

CAPITULO XX
Delirio.

CAPITULO XXI
En el mercado.

CAPITULO XXII
Cecilia.

CAPITULO XXIII
Ladrón ratero.

CAPITULO XXIV
El hospicio de pobres.

CAPITULO XXV
Pepe Carrascosa.

CAPITULO XXVI
El amigo del licenciado Lamparilla.

CAPITULO XXVII
Un juez terrible.

CAPITULO XXVIII
Mariana y su hijo.

CAPITULO XXIX
El puerto de San Lázaro.

CAPITULO XXX
En el canal de Chalco.

CAPITULO XXXI
Cocinera y criado.

CAPITULO XXXII
Al toque del alba.

CAPITULO XXXIII
La injusticia de la justicia.

CAPITULO XXXIV
El litigio de los marqueses de Valle Alegre.

CAPITULO XXXV
Malos pensamientos y dificultades.

CAPITULO XXXVI
Salvados por milagro.

CAPITULO XXXVII
Ameca.

CAPITULO XXXVIII
¡Ira de Dios!

CAPITULO XXXIX
La hacienda de Santa María de la Ladrillera.

CAPITULO XL
Dentro de casa.

CAPITULO XLI
Dentro del baño.

CAPITULO XLII
Poesía del licenciado Lamparilla.

CAPITULO XLIII
Una noche en el rancho de Los Coyotes.

CAPITULO XLIV

Evaristo se convierte en un honrado agricultor.

CAPITULO XLV

Un muerto en el monte.

CAPITULO XLVI

La cabeza hirsuta.

CAPITULO XLVII

Los enmascarados.

CAPITULO XLVIII

Primer asalto a la diligencia.

CAPITULO XLIX

Episodio.

CAPITULO L

Banquete en el gran comedor de la hacienda del Sauz.

CAPITULO LI

El viaje.

CAPITULO LII

Las bodas del marqués de Valle Alegre.

CAPITULO LIII

Los cofrecitos.

CAPITULO LIV

El casamiento de Mariana.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO I

Los granaderos.

CAPITULO II

Misión diplomática de Bedolla.

CAPITULO III

La ópera en el monte.

CAPITULO IV

¿Qué dirán los extranjeros?

CAPITULO V

¿Qué dirán los extranjeros? (Continúa).

CAPITULO VI

El triunfo de Bedolla.

CAPITULO VII

Los reos de muerte.

CAPITULO VIII

Tragedia de los enmascarados.

CAPITULO IX

El cabo Franco.

CAPITULO X

El capitán de rurales.

CAPITULO XI

Los almacenes de frutas.

CAPITULO XII

El tumulto.

CAPITULO XIII

La procesión de Lamparilla.

CAPITULO XIV

Terrible combate en Río Frío.

CAPITULO XV

Revolución más formidable que el tumulto.

CAPITULO XVI

Victima del despotismo.

CAPITULO XVII

Cambia la escena.

CAPITULO XVIII

Juan fusila a su padre.

CAPITULO XIX
Aventuras de tres reclutas.

CAPITULO XX
Derrota del cabo Franco.

CAPITULO XXI
Hambre y peste.

CAPITULO XXII
Triunfo del Emperador.

CAPITULO XXIII
Panzacola.

CAPITULO XXIV
Caprichos de la fortuna.

CAPITULO XXV
Caprichos de la fortuna (Continúa).

CAPITULO XXVI
Amor casual.

CAPITULO XXVII
Algo de la vida íntima de Relumbrón.

CAPITULO XXVIII
Grandes proyectos.

CAPITULO XXIX
El viaje.

CAPITULO XXX
Las paredes oyen.

CAPITULO XXXI
El día de la boda.

CAPITULO XXXII
La venganza de Gordillo.

CAPITULO XXXIII
El herradero.

CAPITULO XXXIV

La feria de San Juan de los Lagos.

CAPITULO XXXV

Viaje de Relumbrón.

CAPITULO XXXVI

Las piedras rodando se encuentran.

CAPITULO XXXVII

Grandeza y decadencia de un patriota.

CAPITULO XXXVIII

Fin de la feria.

CAPITULO XXXIX

El ordenador de la victoria.

CAPITULO XL

Las cinco mulas cambujas.

CAPITULO XLI

Una corazonada.

CAPITULO XLII

Prosperidad de los negocios de Relumbrón.

CAPITULO XLIII

Los negocios de Lamparilla no van de lo peor.

CAPITULO XLIV

Los Dorados.

CAPITULO XLV

Asalto de la hacienda del Hospital.

CAPITULO XLVI

Pasos en la azotea.

CAPITULO XLVII

El capellán y el cura.

CAPITULO XLVIII

Mártir de la patria.

CAPITULO XLIX
En la calle de Don Juan Manuel.

CAPITULO L
La Providencia.

CAPITULO LI
Las libranzas de Relumbrón.

CAPITULO LII
San Vicente y Chiconcuac.

CAPITULO LIII
Sentencias de muerte decretadas por Evaristo.

CAPITULO LIV
Celos indiscretos.

CAPITULO LV
Sepultura de plata.

CAPITULO LVI
Moctezuma III reconquista su reino.

CAPITULO LVII
La red.

CAPITULO LVIII
Don Pedro, mártir de su deber.

CAPITULO LIX
Una incursión de salvajes.

CAPITULO LX
Magnetismo.

CAPITULO LXI
Reos de muerte.

CAPITULO LXII
Ironías de la vida.

CAPITULO LXIII
Cosas de otro tiempo.

PRIMERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

Santa María de La Ladrillera

En el mes de abril del año de 18 ... apareció en un periódico de México, el siguiente artículo:

Caso rarísimo nunca antes visto ni oído. En un rancho situado detrás de la Cuesta de Barrientos, que, según se nos ha informado, se llama *Santa María de la Ladrillera*, tal vez porque tiene un horno de ladrillo, vive una familia de raza indígena, pero casi son de razón.

La mujer, que se llama doña Pascuala, hará justamente trece meses, el día de San Pascual Bailón, que salió grávida, no se sabe si de un niño o de una niña, porque hasta ahora no ha podido dar a luz nada.

El marido, alarmado, ha mandado llamar al doctor Codorniú, que dicen es un prodigio en medicina, y dicen también que el doctor dijo que, en su vida había visto caso igual.

Ocho o diez días después apareció en el periódico oficial un párrafo que decía así:

Cuando un periódico que se publica en la capital ha dicho que el gobierno se ha cogido tierras y la herencia de los descendientes del emperador Moctezuma, ha faltado a la verdad. En cuanto los interesados presenten las pruebas, el gobierno está decidido a hacerles justicia.

Doña Pascuala era hija de un cura de raza española, nativo de Cuautitlán.

Su hija Pascuala servía de estorbo a un eclesiástico que no quería tener en su casa más que a la dama conciliaria. Aprovechó, pues, la primera oportunidad que se le presentó y la casó con el propietario del rancho de *Santa María de la Ladrillera*. El marido sí era de raza india, pero con sus puntas de caviloso y de entendido, de suerte que se calificaba bien a estos propietarios cuando se decía que casi eran gente de razón, y a este título se daba a Pascuala el tratamiento de *doña*, y de *don* a Espiridión, el marido.

Doña Pascuala no era fea ni bonita. Morena, de ojos y pelo negro, pies y manos chicas, como la mayor parte de los criollos. Era, pues, una criolla con cierta educación que le había dado el cura, y por carácter, satírica y extremadamente mal pensada.

Don Espiridión, gordo, de estatura mediana, de pelo negro, grueso y lacio, color más subido de moreno, sin barba en los carrillos y un bigote cerdoso y parado, sombreando un labio grueso y amoratado como un morcón; en una palabra: un indio parecido poco más o menos a sus congéneres.

El rancho nada tenía que llamase la atención. Los ranchos y los indios todos se parecen. Una vereda angosta e intransitable, en tiempo de lluvias conducía a una casa baja de adobe, mal pintada de cal, compuesta de una sala, comedor, dos recámaras y un cuarto de raya. La cocina estaba en el corral y era de varas secas de árbol, con su techo de yerbas, lo que en el campo se llama una *cocina de humo*, con sus dos metates, una olla grande vidriada para el nixtamal, dos o tres cedazos para colar el atole y algunos jarros y cántaros.

Se guisaba en tres piedras matatenas y el combustible lo ministraban los yerbajos y matorrales que re juntaba un peón en el cerro.

Don Espiridión, quizá por el estado de prosperidad y de orden que guardaba su rancho, se consideraba en la comarca como uno de los agricultores más inteligentes y adelantados. Y en efecto, ¿para qué necesitaba devanarse los sesos ni hacer más? Dos tablas de mulos magueyes, como la mayor parte de los del valle, le producían una carga diaria de tlachique, que vendía a un contratista por dos o tres pesos. Otras dos o tres tablas de tierras deslavadas en el declive del cerro, le producían doscientas o trescientas cargas anuales de cebada, que vendía a tres pesos; y luego el frijol, la semilla de nabo, el triguillo temporal, una entrega de leche y el horno de ladrillo, le formaban una renta que no sólo bastaba a la familia para vivir, sino que en buen año algo ahorraban.

La base de su alimentación era el maíz en sus diversas preparaciones: de atole, tortillas gordas, chalupitas, tamales, etcétera. A esto se añadía el chile, el tomate, la leche, carne, pan, bizcochos, los domingos, lunes y a veces duraba la compra hasta el martes o miércoles. Dona Pascuala se permitía el lujo de un buen chocolate con gorditas calientes con manteca, pues había adquirido esta costumbre mientras vivió con el cura, y la imitó fácilmente el marido. Solían sacar para el chocolate, cuando había visitas, dos mancerinas de plata maciza, que habían comprado en el Montepío.

Su vida era por demás sosegada y monótona.

Doña Pascuala se ocupaba de barrer la casa, de echar ramas en el brasero formado por las tres matatenas consabidas, dar de comer a las gallinas, limpiar las jaulas de los pájaros, de regar unas cuantas macetas con chinos y espuela de caballero, de preparar la comida y de dar las lecciones al heredero de Moctezuma.

Los domingos solían tener sus visitas. La mujer y la hija del administrador de *la hacienda de los Ahuehuetes*, la tía del mayordomo de *la hacienda de Aragón*, no faltando en ocasiones las sobrinas de algún canónigo de *la Colegiata de Guadalupe*.

Del heredero del trono azteca diremos una palabra. Él, como príncipe, como niño de un porvenir real, nada sentía, estaba inconsciente de su grandeza y de su alto destino. Cuando no lo obligaba dona Pascuala a estudiar, pasaba su tiempo, o en el cerro cogiendo lagartijas, sapos y catarinas, de las que tenía una abundante colección, o en el corral montándose en los burros y mulas.

Para seguir el pleito del heredero de Moctezuma contra el gobierno se hablan valido de un licenciadillo vivaracho, acabado de recibir, que andaba a caza de negocios y pleitos y se llamaba Lamparilla.

Lamparilla alquilaba cada sábado un caballo, salla de México a las cinco de la mañana y a las siete estaba ya en el rancho de *Santa María de la Ladrillera*, desayunándose muy contento en compañía de dona Pascuala y de don Espiridión. Acabado el desayuno, sacaba de la bolsa un escrito en papel sellado, hacia que lo firmaran marido y mujer, y a las diez estaba de vuelta en la capital.

El lunes, al tiempo de abrir las oficinas, se presentaba al Ministerio de Hacienda, y aunque tuviese que esperar horas enteras, entregaba personalmente su solicitud al mismo ministro o, cuando menos, al oficial mayor.

CAPITULO SEGUNDO

Los doctores

Asi corría feliz y tranquila la vida de los habitantes del rancho de *Santa María de la Ladrillera* hasta el día en que un acontecimiento inesperado vino a interrumpir su monotonía.

Don Espiridión estaba en momentos de montar en el caballo que, ensillado y amarrado en la reja de la ventana, relinchaba impaciente y rascaba las losas.

- No te vayas, Espiridión -le dijo doña Pascuala-. Es temprano y tienes tiempo de llegar antes de que se haya levantado el licenciado; te voy a preguntar una cosa.

- Van a dar las seis, Pascuala -respondió el marido sacando un reloj de plata que más bien parecla una esfera-, pero di lo que quieras.

- ¿Cuánto tiempo hace que nos casamos?

- El día 12 de diciembre hará siete años.

- Y no hemos tenido hijos ...

- Al menos que yo sepa, y ¿por qué me haces esas preguntas?

- Porque vamos a tener un hijo; yo deseo que sea mujercita; Dios lo haga.

- Pero eso es imposible -interrumpió don Espiridión dejando caer la pesada espuela, que en esos momentos se abrochaba en la bota.

- Como lo oyes.

- ¿Y no te cabe duda?

- Ninguna.

- ¿No me engañas? ... -y le dio un beso, con la misma calma con que limpiaba con un tezonle el lomo de sus caballos.

- ¡Engañarte! ¿Y por qué? Pero quita, que me picas con ese bigote que parece de cerdas de cochino -dijo doña Pascuala, limpiándose el carrillo.

- ¡Bah! Te vas volviendo delicada como todas las que están como tú -contestó don Espiridión montando a caballo y dirigiéndose a la vereda-; espérame a comer, que antes de las doce estaré de vuelta; pero que se te quite esa aprensión; tú no tienes nada, nada, y sería raro después de siete años.

Un día, ya habían pasado algunos meses, quién sabe cuántos, el señor Lamparilla y doña Pascuala platicaban de asuntos graves.

- Habiendo ya hablado de nuestros asuntos, quería preguntar a usted, doña Pascuala -dijo Lamparilla-, ¿cuándo nos da usted el buen día? Veo que está usted muy adelantada y no debe tardar.

- Quería yo hablar a usted de eso precisamente -respondió doña Pascuala- y me alegro que haya usted promovido la conversación ..., pero muy en secreto ... ha de saber usted que ya estoy fuera de la cuenta.

- No, no es posible.

- Como se lo digo a usted. Esto me tiene con mucho cuidado, y quisiera yo que me trajese usted un buen doctor de México.

- Mañana, si usted quiere.

- No, el lunes será mejor. Espiridión tiene que ir a Tula a comprar una burra que nos hace falta, y no volverá hasta el martes, y es mejor que, por ahora, no sepa nada.

- Convenido. Prepare usted un buen almuerzo o comida, o lo que usted quiera, y el lunes sin falta, antes de las doce, estaré aquí con el doctor.

Efectivamente, el lunes Lamparilla y el doctor Codorniú bajaban del coche. El almuerzo fue como lo habla deseado Lamparilla, que se puso a dos reatas y bebió más tlachique del necesario. El doctor, de dieta, apenas tocó los manjares nacionales; pero un trozo de cabrito asado y una copa de un regular vino *carlón* le hicieron buen estómago y lo prepararon favorablemente a la consulta.

Después de una taza de yerbabuena, en vez de café, doña Pascuala y el doctor pasaron a la recámara y se encerraron.

El doctor hizo a doña Pascuala pregunta tras pregunta, le tomó el pulso, le puso la mano sobre el corazón; indagó el régimen de su vida, se informó, en fin, de cuanto convenía que supiese un médico sabio y distinguido como él, que estudiaba y que realmente estaba más adelantado que su tiempo.

Baste decir que el doctor Codorniú salió cabizbajo y pensativo, diciendo entre dientes: *no he visto caso igual en mi vida*; sin embargo, alentó a doña Pascuala, le dio esperanzas de una próxima curación.

Fue Lamparilla en persona el que a los dos días trajo a doña Pascuala el régimen del doctor, dos frasquitos y un bote pequeño de una pomada.

- Dentro de ocho días estará usted buena, doña Pascuala -dijo Lamparilla.

- Espero en Dios que sí -contestó doña Pascuala.

Lamparilla volvió a los tres días, recibiendo otros diez pesos, y encontró a doña Pascuala en el mismo estado, a pesar del ejercicio y las gotas.

A los ocho días el doctor, Codorniú hizo su segunda visita.

Doña Pascuala, lo mismo. Se le ordenó otro método.

A la segunda semana, tercera visita del doctor y de Lamparilla; doña Pascuala, lo mismo. Se le ordenó nuevo método. La botica se agotaba. El célebre doctor se volvía loco.

Se celebró la junta, se estableció distinto método, que tampoco surtió. El doctor Codorniú confesaba que en su vida había visto un caso igual. Fue en esa época cuando el periódico publicó el párrafo que íntegro hemos copiado al principio de esta verídica narración.

Doña Pascuala, muy mala.

El doctor estudió día y noche, aplicó los tratamientos propios para tales casos, conferenció con sus compañeros, hizo al rancho frecuentes visitas, y al fin se decidió a consultar a la Universidad.

El doctor Codorniú se retiró sin haber sacado nada en limpio, arrepintiéndose de la consulta con sus compañeros y resuelto a no volver al rancho si no lo llamaban y le mandaban un coche, pues él había ya fatigado sus mulas y empolvado el suyo en tantas visitas como había hecho. Cuando entró a su casa, dijo a su criado:

- Si viene el licenciado Lamparilla le dirán que deje la cuchara de plata si ya la recobró, y que no estoy en casa.

CAPITULO TERCERO

Las brujas

Don Espiridión, que no había hecho gran caso de la buena nueva que le comunicó dona Pascuala, toleró las visitas del doctor Codorniú y las juntas de médicos sólo por darle gusto a ésta.

- Ya esto pasa de castano oscuro -le dijo una noche cuando acabaron de cenar.

- Si que pasa -respondió dona Pascuala-, y no llo por no afligirte y porque nada se consigue con eso, pero creo que me voy a morir.

- Morirte no, eso no, mujer, pero si otra cosa ... no sé lo que será, pero es necesario que te pongas en cura formalmente.

- ¡Fresco estás! ¿Qué más cura quieres? ¿No ha venido el mejor doctor de México, no ha habido junta de médicos, no me he tomado ya cuatro botellitas y he andado no sé cuántas leguas? ¿Qué más quieres? Además, ¿de quién nos valdremos?

- ¡Toma!, eso es fácil. Buscaré a la herbolaria que ha solido venir por acá y ha rejuntado en el cerro yerbas que dice son remedio eficaz para diversas enfermedades. Quizá tenemos muy cerca la medicina sin necesidad de ir a la botica.

- Entonces, mañana mismo. Estoy decidida.

Mientras duermen, se levantan, se desayunan y don Espiridión va a la villa a buscar al canónigo, daremos a conocer al lector a las brujas, con las cuales, antes que don Espiridión, teniamos las mejores y más cordiales relaciones. Cómo y cuándo las dos mujeres fueron a ese pueblecillo que nombraremos de la Sal, no es fácil averiguarlo.

Las dos Marias, cuando vivian en el pueblito de la Sal, eran enredadas, es decir, cenian su cuerno sin más enagua ni camisa que una tela de lana azul con rayas rojas, que tejen los mismos indios, sujeta a la cintura por una faja de algodón blanca o azul.

Cuando el comercio de nuestras industriosas mujeres prosperó, modificaron no sólo su habitación, como se ha dicho, sino también su traje. Vestian ya camisa y enaguas interiores de manta; enaguas exteriores de jerguilla azul, su huepile blanco o de indiana, sus pies y piernas muy lavadas y un sombrero de palma para garantizarse del sol, sus trenzas entrelazadas con chomite encarnado y, en su cuello, unas gargantillas de perlas falsas con sus medallas de plata de la Virgen de Guadalupe.

Por el aspecto, Matiana parecía de más de cincuenta años; el pelo ya cano, el cutis comenzando a tener arrugas, los ojos encarnados por dentro y por fuera; y por sólo eso le llamaban *bruja*; gorda, algo encorvada, su dentadura completa y blanca.

Jipila, como de treinta años, pelo negro, grueso y lacio, algo despercudida, porque era aseada y se lavaba la cara en las fuentes y arroyos de los caminos; lisa, blanda de cutis, pierna bien hecha y con lustre, pie chico y dedos desparpajados por andar descalza, sin ningún mal olor en su cuerpo, limpia, con pequeñas manos y, como la que llamaba tía, con sus dientes blancos y parejos. Era una bonita india. Muchísimas y mejores aún de su raza hay así, y tal vez las hallaremos en otra ocasión en Jaltipan, Tehuantepec y Yucatán.

Matiana y Jipila se levantaban con la luz, y como ya tenían preparado su maíz, molían sus gordas y se desayunaban con un jarro de atole con piloncillo, dejando preparada una ollita con frijoles o carnicas de puerco, a fuego lento, para encontrarlas en sazón en la tarde, a la hora de su regreso.

Matiana tomaba el rumbo de Santa Ana y Tezontlale, y despacio, poco cargada con un chiquihuite en la espalda, lleno de raíces y yerbas, entraba en un mesón y en otro. Como ya la conocían los huéspedes, si había algún arriero enfermo procedía a la curación, que no dejaba de ser precedida a veces de ciertas ceremonias.

Cuando no había enfermos, nunca dejaba de vender epazote, tequesquite o cilantro verde, el caso es que volvía a la casa con algo en dinero o en efectos. Si la clientela era generosa y abundante, compraba velas de sebo para alumbrarse una o dos horas en la noche, velas de cera para la Virgen de Guadalupe, hilaza y lana para tejer ceñidores, enaguas, algunas varas de manta o de indiana y flores de papel para las estampas de santos con que iba cubriendo las paredes de su magnífica casa de Zacoalco.

El negocio de Jipila era más sencillo y más fácil. A las nueve de la mañana todo el mundo podía verla dos o tres días por semana -y muchos de los que lean este libro la recordarán-, sentada junto al poste en la esquina de Santa Clara y Tacuba; extendía su ayate muy limpio e iba colocando con mucho método y simetría sus diversas mercancías. Rondinelas para limpiar los ojos, cuernos de ciervo, piedrecitas de hormiguero, matatenas, ojos de venado, hojas de naranjo muy frescas, té de limón, manzanilla, mastuerzo, cedrón, adormideras, a veces alegraba su puesto con manojos de chicharos y azucenas que llenaban de olor la calle.

No pasaba media hora sin que estuviese rodeada de las criadas de la vecindad y a veces de muy lejos, pues sabían que esta herbolaria, como ninguna otra, tenía un surtido de cuanto podía imaginarse.

CAPITULO CUARTO

La Diosa Azteca d La Virgen de Guadalupe

A estas mujeres acudió don Espiridión para lograr la curación de su esposa, y a fe que no le costó poco trabajo dar con ellas. Fue a la villa de Guadalupe, donde adquirió noticias que lo llenaron de esperanzas y le confirmaron en la idea de que nadie más que ellas podían hacer el milagro.

Don Espiridión, perdiendo la esperanza de encontrarlas de día en su casa de Zacoalco, tuvo que emprenderla de noche, y les cayó cuando justamente acababan de cenar. Pronto logró que se resolviesen a pasar un día entero en *Santa María de la Ladrillera*, para que su esposa les explicase, con todos sus pormenores, la naturaleza de su enfermedad. El día convenido, Matiana y Jipila se presentaron muy temprano en el rancho.

A la mañana siguiente Matiana y Jipila se encerraron con doña Pascuala en su recámara y le hicieron (al menos Matiana) todo género de preguntas, a cual más extrañas y difíciles de responder. Después reconocieron todas las partes del cuerpo de la paciente, aun las más lejanas del lugar donde debía hallarse el mal. Hecho esto se retiraron a su pueblo y quedaron de volver a los tres días.

Expirado el plazo se presentaron en el rancho cargadas de medicinas y con sus avíos de cama para instalarse hasta que sanase o muriese la enferma.

Dos semanas transcurrieron. La enferma, lo mismo. El vientre, naturalmente, más crecido. Las brujas se volvían locas, no sabían ya qué hacerse; habían aplicado a la enferma el izcatli en un buen vaso de jerez; la maztla de los frailes con cañafístola, le habían hecho comer, sin que ella se apercibiese, carne de víbora; le habían aplicado, en fin, cuantos remedios creían a propósito, y ninguno había surtido.

El licenciado Lamparilla había dado sus vueltas por el rancho y no había dejado de alarmarse pensando que si en pocos días no se resolvía el caso, doña Pascuala tenía que morir infaliblemente. Por lo que pudiera suceder, hizo que le firmase dos escritos reclamando el patrimonio de Moctezuma III y que le diese algún dinero a cuenta de honorarios. Doña Pascuala ni de lejos creía que Matiana pudiese conversar con la Virgen; pero su enfermedad y el miedo debilitaron su cerebro y se persuadió de que su vida dependía de esta interesante conferencia.

- No pierdas tiempo, Matiana -le dijo a la herbolaria después que observó que nada le aprovechaba la última infusión-, ve tú y Jipila, platiquen con la Virgen y vienen luego para ver si Dios hace por su intercesión que salga yo de este estado. No aguanto ya, Matiana. me voy a morir -y doña Pascuala llevó su rebozo a sus ojos.

A los tres días estaban en el rancho. Doña Pascuala, que ya de veras se iba poniendo mala, las esperaba con impaciencia.

- Madrecita doña Pascuala -le dijo Matiana-, ya hemos platicado con Marla Santísima de Guadalupe. y nos ha dicho que no sanará la madrecita del rancho si no se mata un niño.

- ¡Pero eso es imposible, Matiana! ¿Cómo vamos a matar a un niño, ni de dónde lo cogemos? Y eso, además, un remedio no puede ser.

Así pasaron días. La enfermedad no cedía. Una noche despertó doña Pascuala a su marido.

- Espiridión -le dijo-, haz que pongan el carretón que acaba de componer el carpintero, monta a caballo, ve a Zacoalco y me traes a Matiana y a Jipila.

- ¿A estas horas? -preguntó el marido desperezándose.

- En el momento. Me sube una cosa del estómago que me quiere ahogar.

El marido, resignado, sin decir palabra, se levantó, y antes de una hora, no obstante ser la noche oscura y tempestuosa, precedido del carretón que conducía el peón, caminaba rumbo a Zacoalco.

En la madrugada, las dos brujas estaban en la recámara de doña Pascuala.

- A todo estoy resuelta, Matiana. Dame pronto una bebida que me calme esta ansia que tengo y después haz lo que quieras, pero no me lo digas. ¿Quieres dinero?

Era el día 11 de diciembre.

- Es la voluntad de la Virgen la que nos dirá -respondió Matiana-. De dinero no necesito que me des, sino lo ajustado por la curación.

CAPITULO QUINTO

El milagro

El día 12 de diciembre es el más solemne en México de todos los días del año. Es el día de la Virgen de Guadalupe, Patrona de Anáhuac.

Matiana y Jipila no gozaron en ese año de esta especie de orgia religiosa, en la cual de verdad no se han notado nunca grandes desórdenes.

Jipila no quiso tomar parte en el inconsciente atentado que se trataba de cometer.

En cuanto a Matiana, vagó así, entrando y saliendo al templo, rodeando un poco por el cerro y por la capilla del Pocito, sin encontrar nada a la mano. Se decidía a tomar también su trote para Zacoalco cuando, al pasar por la fachada del convento de Recoletas Capuchinas, hirió sus oídos el llanto de un niño. ¡Desgraciado! Volvió la cara; un muchachito de menos de dos años gateaba rozándose con la fachada y teniendo en una de

sus manecitas un hueso de chito. Matiana se apoderó de él, y a pesar de su llanto lo acomodó en su ayate, lo cargó en la espalda y echó a andar. Nadie la vio, nadie le reclamó, y la criatura misma, que no podía saber la suerte que le aguardaba, mecida por el trote de la india concluyó por dormirse tranquilamente.

El día 13 de diciembre en la madrugada, el peón que barria y regaba la fachada del rancho de Santa María anunció a doña Pascuala, que estaba ya en cama y muy mala, que las dos herbolarias querían hablarle.

- Buenos días te dé Dios, madrecita Pascuala -le dijo Matiana.

- ¿Qué has hecho, qué has hecho? -le preguntó doña Pascuala con agitación, sin contestarle su saludo.

- Encontré al piltoncle (muchachito); mi señora de Guadalupe Tonantzin me lo entregó. Ya yo me iba para Zacoalco cuando salió del convento de las monjas Capuchinas.

- Y qué, ¿lo has matado? -preguntó doña Pascuala acercándose a la bruja con una ansia mortal.

- No, madrecita, le tuve lástima al pobrecito, que era como una plata.

- ¡Gracias a Dios! Entonces, ¿dónde está?

- Lo tiré en la viña, madrecita -contestó la bruja.

- ¡Desgraciada, qué has hecho! Mejor lo hubieras matado.

Una reacción se formó instantáneamente en las herbolarias. No obstante su ignorancia y la superstición que las cegaba, reconocieron que habían cometido un crimen y se soltaron dando gritos, llorando verdaderas lágrimas y cayeron de rodillas, pidiendo a la Virgen de Guadalupe el perdón de sus pecados.

- ¡Silencio, silencio!

Doña Pascuala, a la media noche, excitada con el susto y la emoción, dio a luz un robusto niño varón que don Espiridión, como buen marido campesino, recibió en sus brazos desde luego, y, besándolo, no cesaba de repetir:

- Te lo declaro yo, Pascuala; para tu enfermedad no había más que las brujas.

En el curso de la semana se descolgó por el rancho el licenciado Lamparilla, al que refirieron el suceso, ocultando doña Pascuala la parte trágica e inconscientemente criminal. Lamparilla se ofreció a ser el compadre; y discurriendo y platicando, don Espiridión sostuvo que la curación de doña Pascuala se debía a las brujas.

CAPITULO SEXTO

Don Diego de noche

No hay dicha completa en este mundo: nada es más cierto. Doña Pascuala, que debió haber sido la mujer más feliz al dar a luz, después de tantos años y fatigas y con peligro de su vida, a un hijo sano, robusto y para ella hermoso, era, sin embargo, la madre más infortunada de toda la comarca.

La justicia de la tierra no habría castigado tan severamente el crimen que le hizo cometer el miedo y la superstición. Las dos herbolarias no lo pasaban mejor. Se les figuraba que todo el mundo sabra lo que habran hecho, y que de un momento a otro serían llevadas a la cárcel y ahorcadas en la Plazuela de Mixcalco.

Don Espiridión sí estaba contentísimo, no sólo por tener un heredero, sino por haber acertado, librando a su mujer de la muerte, obligándola a que la curasen las brujas; y Moctezuma III en sus glorias pues en vez de dar la lección y hacer palotes, cargaba al muchacho, tiraba del mecate de la cuna y le cantaba rorrós.

Dejemos por ahora a los habitantes del rancho de *Santa María de la Ladrillera*, y a la infeliz criatura olfateada ya por los perros de la viña, para ocuparnos de personajes más altos e importantes aunque quizá menos felices que los del humilde rancho donde, como curiosos, hemos vivido algunos meses.

La calle que hoy se llama de *Don Juan Manuel*, y que en el principio de la formación de la ciudad se llamó *Calle Nueva*, se componía de edificios, mejor diremos de palacios, de una arquitectura severa y triste, una verdadera calle de una ciudad de la Edad Media.

En uno de esos palacios habitaba el muy rico, noble y poderoso don Diego Melchor y Baltasar de Todos los Santos, caballero Gran Cruz de la Orden de Calatrava, marqués de las Planas y conde de San Diego del Sauz.

El conde de San Diego del Sauz parecía hecho adrede para habitar esa mansión señorial. Era alto, delgado, color cetrino, bigote entrecano, retorcido en forma de cuernos de alacrán, ojos pequeños aceitunados, pero fijos y feroces al mirar; dentadura fuerte y blanca y labios delgaditos y retraídos, donde siempre vagaba una sonrisa de cólera, de sarcasmo y de desprecio hacia todo el mundo. A los veintidós años se casó, o mejor dicho lo casaron (pues fue un pacto de familia para que ni el dinero ni los títulos de nobleza pasasen a gente extraña) con una prima en segundo grado, de edad poco más o menos igual a la suya, a quien desde los siete años pusieron en un convento, de donde salió para tomar estado; de modo que los novios se conocieron dos semanas antes de unirse para siempre, y por cierto que no se amaron repentinamente como Julieta y Romeo.

La muchacha se casó, con un miedo que no pudo disimular; tanto, que se desmayó al acabar de pronunciar el sí, y el conde fue guiado únicamente por el interés de adquirir, en cuanto naciese un hijo varón, el título de marqués de Sierra Hermosa y una valiosa hacienda cercana a Zacatecas.

Al año justo de haberse casado vino al mundo no un varón, sino una niña, y como la condición para obtener el título y disfrutar los bienes era que el hijo debería ser varón, el conde vio frustrado el objeto de su enlace y concibió un odio profundo por su mujer y por su hija. Apenas pasó el bautismo que fue, por el qué dirán, muy solemne, cuando el conde se marchó a la hacienda de San Diego, situada cerca de Durango, donde estaba fundado el mayorazgo, y no volvió ni a escribir ni a saber de su familia sino a los ocho años. El día que menos se pensaba penetró hasta la misma recámara de su mujer, con la que estaban de visita dos primos, hijos del marqués de Valle Alegre; su madrina, la condesa de Miraflores, y dos señoras ya ancianas que la habían conocido de muy niña. No podía darse tertulia más inocente; la esposa había cultivado esas dos amistades de la gente principal de México, olvidada como había estado durante la larga ausencia del marido.

Al día siguiente llamó a su mujer y a su hija y, sin saludarlas, sin ninguna otra explicación y con voz dura y decisiva les dijo:

- De hoy en adelante, nadie, ¿lo entendéis?, nadie ha de entrar en mi casa sin mi permiso. ¡Venid, venid! -y al decir esto tomó de una de las panoplas un largo y relumbrante puñal de dos filos.

La madre y la pobre niña, aterrorizadas, cayeron de rodillas.

- Levantad ... no se trata de eso, y no hay que armar escándalo; venid, os digo.

Teniendo el puñal en una mano, con la otra levantó bruscamente a la madre, después a la hija, y volvió a decirles:

- Seguidme ...

Más muertas que vivas, y sin poder articular una palabra, siguieron al conde.

- Las puertas de la casa -dijo el conde-, desde el zaguán, deberán permanecer día y noche abiertas, de modo que yo pueda penetrar a la hora que me parezca, sin ser visto ni sentido de nadie, o al contrario, siendo visto y oído por los criados y por vosotras. Repito que perdono hoy pero en lo de adelante, a la primera sospecha que tenga, te clavo en el corazón este puñal y después sigo con tu hija.

Al día siguiente amaneció con una fiebre, de que escapó merced a la robustez de su complexión y a la esmerada asistencia que le proporcionaron, no su marido, sino los sirvientes y especialmente una antigua camarista que casi la había casado. En cuanto a la hija, ya por su edad, ya porque fuese menos tímida que la madre no hizo mucho caso de la amenaza; pero sí concibió un odio profundo por el hombre que veía por primera vez y

que con el título de *padre* obraba de una manera insensata con ella y con la madre. En el curso del tiempo la vida del conde fue de lo más extraña.

Apenas atravesaba una que otra palabra con su mujer cada ocho o diez días, pasaba la mano bruscamente por la abundante cabellera de su hija Mariana, y con esto creía haber cumplido con los deberes de padre y de esposo. ¿Dónde iba el conde? En su casa nunca lo supieron; pero las gentes que en México cultivaban el ramo de la crónica escandalosa no lo ignoraban. Tenía sus tertulias de juego y de muchachas del medio mundo, como se dice hoy.

La pobre condesa convaleció lentamente, y no pudo, en lo sucesivo, dormir en las noches, sino cuando había ya entrado su marido y pasado en revista el puñal.

Para que se pueda formar el lector idea del carácter feroz de don Diego, bastará referir uno de tantos hechos a los que él no daba ninguna importancia. Caminaba una vez de una a otra de sus haciendas en un carruaje viejo con las ruedas apolilladas, si bien estaba siempre pintado y lustroso. Tropezó el cochero con un pedrusco, una de las ruedas se desgranó, volcó el carruaje y el noble conde se hizo un hoyo en la cabeza. Se levantó sin decir una palabra y ganó a pie la hacienda, que ya no estaba lejos. Al día siguiente mandó amarrar al cochero de pies y manos a la rueda que había quedado buena y le dijo:

- Vas a recibir tu gala por haberme roto ayer la cabeza -y le tiró diez pesos-; pero también tu castigo para que otra vez tengas más cuidado.

Tres mocetones fuertes comenzaron a darle al infeliz con unas varas de membrillo tales azotes, que a chorros le escurría la sangre. Desmayado lo desataron y lo llevaron a su cuarto, donde varios días estuvo entre la vida y la muerte.

La condesa, cada día peor; los médicos, que tenían la idea de que gozaba de la existencia regalada que proporcionan las riquezas, no era posible que atinasen con su enfermedad.

Un día de tantos como corrían monótonos y tristes para la pobre condesa, se levantó, se puso frente a su tocador y llamó a su recamarera favorita.

- Sácame mis mejores alhajas y el vestido con que me casé y fui a la iglesia.

La condesa se vistió, se adornó con toda sus joyas y el resto del día estuvo contenta y hasta risueña. El conde no apareció por la casa. En la noche, al acostarse, tomó el puñal de debajo de la almohada y lo tiró al suelo.

- Ya no temo al conde -dijo-. Mañana tengo que morir.

- Pero qué, ¿siente usted algo, señora condesa? -le preguntó Agustina, alarmada.

- Nada; al contrario, nunca me he creído más fuerte; pero ya verás.

A la madrugada como de costumbre, tomó su chocolate hirviendo, se reclinó en su canapé y cerró los ojos para no volverlos a abrir más. Agustina cayó al pie del sofá, desmayada. Así les encontró el conde.

CAPITULO SÉPTIMO

Don Giego de día

El entierro fue en las primeras horas de la mañana y el cadáver de la condesa, llevado en un ataúd forrado con terciopelo negro y plata en hombros de los criados, seguido del mejor carruaje y depositado en el sepulcro de la familia en la capilla de Aránzazu, de la que habían sido bienhechores los condes del Sauz.

La mayor parte de los que visitaron al conde y asistieron a las honras, decían:

- ¡Qué lástima de condesa! ¡Tan joven, tan hermosa y tan feliz con tanto dinero y un marido tan excelente!

Los hijos del marqués del Valle Alegre y la condesa de Miraflores no eran de la misma opinión, y por el contrario, decían que don Diego era un verdadero bandido.

Al perder Mariana a su madre no puede explicarse lo que sintió. Dolor agudo, profundo, porque la condesa la veía como a las niñas de sus ojos y era la única luz en la sombra de su matrimonio; y al mismo tiempo, miedo, despecho, desesperación, tristeza sin tregua al hallarse sola en el inmenso palacio, sin tener más que la limitada conversación de la criada antigua de la casa que sirvió de camarista a su madre, que continuaba haciendo con afán y cariño los mismos oficios con la hija. Las horas de comer eran su tormento, pues cuando levantaba la vista se encontraba con el semblante torvo del conde, y no sabía dónde poner los ojos.

El conde, por su parte, tenía diversos sentimientos. Algo sintió la muerte de la condesa, porque al fin fue una esposa tímida y resignada; pero día por día notaba que Mariana se ponía más hermosa, y concebía por ella un vivo cariño, sin que su hija lo correspondiese, pues se mostraba fría y a veces dura con él cuando en cualquier cosa indispensable tenían que entablar una corta conversación. Esto tenía al conde furioso.

Así pasaron más de dos años, lentos como dos siglos para Mariana. El día menos pensado, al terminar el almuerzo, el conde dijo a su hija:

- He mandado traer el avío; prepárate, porque dentro de una semana marcharemos a la hacienda.

Mariana tenía ya ocupaciones domésticas que la distraían; y el aire libre del campo, las excursiones a pie, a caballo y en carruaje por los extensos potreros, el cultivo del jardín y,

sobre todo, la libertad de que gozaba, la hicieron olvidar la sombría mansión de la calle de Don Juan Manuel.

Así pasó mucho tiempo sin incidente notable, hasta que un día llegó a la hacienda, seguido de cinco correyitas, un muchachón grande y robusto, requemado con el sol, vestido de cuero y empolvado de los pies a las cejas. Cuando al día siguiente apareció aseado y vestido con un traje militar, Mariana fijó su atención y pensó que era un hombre lo que se puede llamar guapo y bien presentado. Su suerte se decidió.

Era este joven hijo del administrador de la hacienda, había nacido en ella y, luego que tuvo la edad suficiente, fue enviado a un colegio de México y después a servir en la frontera, en las montañas presidiales, a las órdenes del viejo veterano don José Juan Sánchez. De cadete pasó a alférez, a teniente, y finalmente era ya capitán en la época de que vamos hablando. En uso de una licencia, fue al Sauz a pasar algunos meses con su padre, del que había estado largo tiempo separado.

Ver a Mariana y amarla todo fue uno. Su suerte se decidió también.

El hijo fue, pues, muy bien recibido.

Pasaron meses y los jóvenes, aunque se amaban y se entendían perfectamente, habían guardado tal reserva y tal disimulo, que don Diego, preocupado con las empresas amorosas en la misma rancharía y en los pueblos inmediatos, no había concebido ni la más leve sospecha. En una de las ocasiones en que fue a Sombrerete, donde tenía parte en una mina y con motivo de ese asunto solía permanecer dos o tres semanas, Mariana y el novio entraron juntos al despacho del administrador.

- Don Remigio -dijo Mariana, sin más rodeos y tomando de la mano al novio y obligándolo a que se acercase-, su hijo de usted y yo nos queremos; más diré a usted: nos amamos mucho. Es necesario que nos casemos y que usted sea el que se lo diga a mi padre.

Don Remigio quedó mudo, como quien ve visiones.

- ¡Vamos! ¿No dice usted nada, don Remigio? -continuó Mariana con la mayor naturalidad-. ¿Qué le asombra a usted? Nos queremos casar y nos casaremos, ¿Qué tiene eso de particular? Conque por ahora, a la mesa, que es la hora de la cena, hemos andado más de dos horas en los potreros y tengo tal apetito que devoraría todo el corderito que está en el horno.

Mariana y el hijo, Mariana, sobre todo, consoló al administrador y lo llevó a la mesa. Los novios cenaron opíparamente. Don Remigio no pudo pasar un pedazo de pan.

El conde regresó a los quince días de Sombrerete.

Pasaron días y días, hasta que por fin el afligido padre se hizo el ánimo fuerte, y una mañana, después de dar cuenta a su amo de los asuntos y observando que no sólo estaba de buen humor, sino alegre, comenzó por rascarse la cabeza y retroceder poco a poco para ganar la puerta.

- ¿Tienes algo que decirme, Remigio? -le dijo el conde, que observaba esta indecisión.

- Señor conde es una cosa tan fuerte, tan ... tan ... no sé cómo, lo que tengo que decirle, se lo diré; puede ser que hasta quiera matarme usía.

- ¡Vaya, vaya! Lo que sea, fuerte o suave, dilo en el acto -repuso el conde ya algo cambiado en su fisonomía.

- Señor conde, me perdonará usía; lo que tengo que decirle es que mi hijo se quiere casar.

- ¡Bah! ¿Y no es más que eso? Vamos, ¿y con quién se quiere casar?

- Con la niña Marianita -contestó con mucho aplomo don Remigio.

- ¿Conque con mi hija, con mi hija? Y se ha atrevido, ¡vive Dios!

El conde, después de dejar un cardenal morado en el robusto brazo de su antiguo criado, dijo con una voz que debió oírse hasta las lejanas y verdes praderas donde se habían dicho sus amores pocos días antes los entusiastas novios:

- ¡No! -hizo seña a don Remigio para que saliese.

Al día siguiente, temprano, el conde llamó a su recámara a don Remigio.

- No, no hay que caer de rodillas ni nada de esas farsas propias de las mujeres. Escucha bien lo que voy a decir y darte la última prueba de confianza. En el acto dispondrás que tu hijo monte a caballo, regrese a la frontera y no vuelva a poner los pies en la hacienda. No quiero verlo porque lo mataría. Mandas después, y cuando tu hijo haya partido, poner el avío y te llevas a Mariana a México.

Tres semanas después, Mariana llegaba a México y quedaba como enterrada en vida en el sombrío palacio de la calle de Don Juan Manuel.

CAPITULO OCTAVO

El campamento

- Tenemos sobrado tiempo para descansar, almorzar y platicar. Tan luego como acabemos de subir la cuesta, dispondrás que se sitúe en el extremo opuesto de esta montaña una gran guardia, que la tropa descansa sobre las armas y que toquen a rancho.

- ¿Conoces este terreno? -preguntó el oficial a quien se daban estas órdenes.

- No mucho, es muy difícil e intrincado, y no lo saben bien más que los ladrones o los indios queseros.

- ¿Quieres que me adelante para dar las órdenes?

- Será mejor y así, almorzaremos más presto. Hace veinte horas que no pruebo bocado.

Una hora después estaba establecida la gran guardia, la tropa había formado pabellones con las armas, descansaba y se disponía a tomar el rancho; los dos oficiales, sentados sobre unas piedras debajo de un grupo de encinas, saboreaban con apetito un frugal almuerzo y reanudaban la conversación que sobre diversas materias habían entablado en el camino.

- No me has acabado de contar tus amores y las últimas peripecias de la novela que empieza a formarse en tu vida. La mía es más larga, pues en todo soy más viejo que tú.

El que decía esto era un personaje de 35 a 40 años de edad, trigueño y además quemado por el sol; era, en fin, el coronel Juan Baninelli, conocido por la severidad de su disciplina en los cuerpos que había mandado y por su arrojo y temeridad en la campaña.

El otro oficial era Juan Robreño, de 25 años, alto de estatura, robusto y fuerte en todos los miembros, más claro de color que su compañero y de fisonomía franca y abierta. Era el teniente coronel del 5º regimiento de la línea.

- La fortuna ha sido favorable en esta vez y así creo que continuará -contestó Robreño.

- Nada tienes que agradecerme -dijo Baninelli-; pero no veo en qué pueda haber sido favorable a tus asuntos privados.

- ¿Cómo que no? Y mucho. Mariana ha sido enviada a México.

- ¿Pero qué Mariana es ésa?

- Mariana es la hija del conde ...

- Acabarás ... ahora si comprendo algo; pero prosigue.

- El conde se puso furioso cuando mi padre se la pidió en casamiento para mi y ordenó, si quería escapar con vida, que saliese en el acto para la frontera.

- ¿Y qué, le tuviste miedo?

- No me digas eso, Juan; y debes figurarte que con la espada en la mano me puedo rifar con el conde, sin embargo de que es un hombre atrevido y feroz; pero se trataba de mi padre y de Mariana. ¿Qué querías que hiciera? Salí más que de prisa de la hacienda, caminé como acostumbro, día y noche, y en Lampazos me encontré la orden para venir a México.

- ¿Y qué piensas hacer? -le preguntó el coronel.

- En la situación en que Mariana y yo nos encontramos, no hay más remedio que casarnos. Tú lo comprendes; será necesario casarme contra la voluntad del conde.

- Ya arreglaremos eso -interrumpió el coronel-, seguiremos platicando. Por ahora es necesario reconocer el terreno, los dos cabos están listos y los veo venir.

- Como quieras -contestó el teniente coronel-, y andando, andando te diré mis planes.

Los dos jefes montaron en los caballos de refresco que estaban ya listos y, seguidos de los cabos que conocían el terreno, se internaron en el monte y a poco se perdieron entre la espesura de la arboleda.

- ¿Estás ya bien enterado de la posición que ocupas?

- La conozco ya como a mi maleta.

- Perfectamente. Ahora ya puedo decirte mi plan.

- Este Gonzalitos, de quien te he hablado ya en el camino, se pronuncia, se despronuncia, entra y sale a Toluca como Pedro por su casa y hasta ahora se ha burlado de los jefes que ha mandado el gobierno a batirlo. Yo he jurado que de mi no se ha de burlar.

- Pero ese Gonzalitos deberá ser muy valiente -dijo Juan Robreño.

- Si nos presenta batalla, se encuentra entre dos fuegos; si entra a Toluca, lo encerramos, y con la tropa tuya, la de Lerrna, la de Morelia Y la mía, lo cercamos y al fin tendrá que rendirse. Si trata de escapar, precisamente vendría por este lugar para pasar al Estado de Querétaro sin tocar a México. Aquí lo coges desprevenido y lo haces pedazos.

- Perfectamente -respondió el teniente coronel-. ¿Quién podrá desalojarme de este bosque ni con 2,000 hombres?

- Ya conoces mi carácter y mi modo de obrar. Si te portas como quien eres, contarás conmigo en todo. Si perdemos esta campaña, bien entendido si es por tu culpa, te fusilo en el acto donde quiera que te encuentre.

Por toda contestación, Juan Robreño estrechó la mano de su coronel.

- Gracias -dijo el coronel-. Nada más tenemos que hablar.

Cerca de una semana pasó sin novedad alguna. El lunes siguiente, Juan Robreño recibió un correo de Baninelli. En un papelito decía:

Gonzalitos está remontado en el volcán, reclutando gente. Nos hace esperar mucho: no importa.

El día menos pensado, muy de mañana, un indio, que cargaba en sus espaldas un huacal vacío y un manojo de velas de cera en la mano, fue llevado ante el jefe por una patrulla de cuatro hombres y un cabo.

- ¿Qué querías, José?

El indio alzó la vista e hizo una seña de inteligencia al jefe.

- Que se retire la patrulla y yo examinaré a este indio.

El cabo se retiró a su puesto con los soldados.

- Vamos, no tengas miedo, di por qué venías a este campamento, quién te ha mandado, ¿traes alguna carta?

El indio examinó atentamente la fisonomía de Juan miró a todos lados, sacó un papel muy bien plegado, que entregó.

- ¿Quién te ha dado esto? -le preguntó Juan tomando el rollito de papel.

- Pus la amita de México, de la calle de Don Juan Manuel.

- Toma y retírate por ahí a descansar, pues te necesito para que llesves la respuesta -dijo Juan dándole un duro al indio-. ¿Podrás hacerlo?

- Sí, señor amo, lo que quiera su mercé.

Juan desdobló el rollito, pasó rápidamente la vista por las páginas escritas y exclamó arrancándose un mechón de cabellos:

- ¡Rayos del cielo! ¡EI infierno se ha conjurado contra mí! ¿Qué hacer? ¿Cómo salir de este aprieto?

Juan:

Yo no sé si Dios me ha abandonado o me quiere todavia. Quiera Dios que llegue a tu poder esta carta porque seria terrible si así no sucediese. Estoy en la casa de Agustina,

que tú conoces, y me vine a ella porque ... ya lo pensarás, no era materialmente posible que permaneciese un día más en la calle de Don Juan Manuel. Me tienes aquí: mi padre llega el día ... de modo que sólo hay ocho días escasos de qué disponer.

¿Por qué no quiso mi padre que me casara contigo? ¿Porque eres hijo del administrador y él es conde?

¡Malditos mil veces los condes y los marqueses! ¡Maldito mil veces el dinero, que no ha servido sino para hacerme la criatura más infeliz de la tierra!

Pero no sé ni cómo tengo valor ni aliento para escribirte estas cosas que tú sabes lo mismo que yo, cuando necesito valor y aliento para otra cosa más terrible, que es morir. Lo he pensado, es el único remedio si mi padre llega antes que tú. Es seguro que mi padre me matará con ese horroroso puñal que conozco desde que abrí los ojos. ¡Llorar! Echarme a sus pies de rodillas, pedirle perdón, todo será inútil.

Entre morir cosida a puñaladas y oyendo maldiciones e injurias de mi padre, a morir sentida y llorada por Agustina y por ti, prefiero esto y lo haré, no hay duda ... acabo de examinar el cuchillo ... sí ... entrará fácilmente en mi corazón ... me acostaré en la cama, colocaré lo mejor que pueda la punta, haré un esfuerzo supremo... Dios tendrá misericordia de mí si tú no vienes. Es necesario que entres por el balcón a la una de la mañana. Agustina te abrirá la vidriera. Adiós.

Cuando el jefe del destacamento acabó de leer la carta, golpeó su frente contra el tronco del árbol en que estaba apoyado y volvió a gritar:

- ¡Rayos del cielo!

Después de media hora en que quedó con la frente recargada en el tronco del árbol y las manos sobre la cabeza, sacó su pañuelo, se limpió el sudor que le produjo la agonia de su situación y se dirigió al campamento.

- No hay remedio -dijo-, si no voy, perecerá de una manera o de otra; es necesario ir a verla y salvarla.

CAPITULO NOVENO

El Chapitel de Santa Catarina

Agustina, la antigua y fiel camarista que sirvió y acompañó a la difunta condesa hasta sus últimos momentos, tenía una modesta habitación en la calle del Chapitel de Santa Catarina, en la cual se refugiaba tres, cuatro y hasta cinco días cuando estallaba alguna tormenta en la casa de Don Juan Manuel o el carácter violento de don Diego la obligaba a evitar su presencia.

A esta casa fue llevada Mariana, con tal tino y secreto que nada habían sabido ni los criados de don Diego ni las vecinas del Chapitel, y en esta su casa escribió su carta al amante y esperaba ansiosa su llegada o la muerte.

El momento decisivo, ineludible, se acercaba. En una noche de vela de agitación, los síntomas aparecieron: esto fue un consuelo, era la mitad de su salvación, otra noche de vela sin lograr cinco minutos de sueño ni de reposo. Ya se paseaba agitada de uno a otro extremo de la pieza, ya se sentaba en el sillón o en el duro canapé, ya se recostaba tratando de dormir en la aseada cama, o ya fijaba su atención en los monstruosos muchachos degollados y sangrientos pintados en la cabecera ... nada ...

Llegó por fin la última y terrible noche en la que su suerte debería resolverse. Era lunes, el jueves a medio día llegaba el conde, un criado se había adelantado con una carta urgente para una persona con quien tenía un asunto grave, y Agustina había sido advertida.

Mariana separó los cabellos que en desorden le caían sobre la frente, cayó de rodillas con las manos enclavijadas exclamando:

- ¡Señora mía de las Angustias, madre piadosa de los afligidos, ampárame en este trance terrible de mi vida, o dame fuerzas para salir de este mundo!

No pudo concluir su ferviente plegaria, las fuerzas le faltaron; pero Agustina presurosa la sostuvo, la levantó y la condujo a la cama ...

- ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Me muero! -y dio un agudo grito; pero a poco grito de júbilo resonó en la estancia, y fue escuchado por la maravillosa imagen.

- ¡Salvada, salvada, gracias madre mía, gracias Virgen santa de las Angustias!

Mientras pasaba esta escena en la apartada y silenciosa vivienda que hemos descrito, no obstante que esté ya muy avanzada la noche, tenemos que dar un paseo por el Chapitel, sin miedo de ladrones, pues de por fuerza el sereno tendrá que estar despierto, como en efecto lo estaba en ese momento.

Cuando el sereno, habiendo acabado su trabajo de encandilar los faroles, colocaba su escalera contra la pared de la esquina, sonaron lentamente las doce de la noche en el reloj de la parroquia.

- No puede dilatar el comandante -dijo el sereno-; acaban de dar las doce. Voy avisar al guarda del mercado.

La noche estaba oscura y amenazaban unos de esos formidables aguaceros tan frecuentes en la estación de julio a octubre.

Un hombre, sin embargo, tenía que hacer en ella. Tocó el hombro del sereno que estaba medio sentado en la columna de la esquina, y habló con él algunas palabras en voz baja.

- Entendido, mi comandante -dijo el sereno-, cuando usted quiera.

- Al momento -contestó el embozado-. Va a dar la una y es la hora precisa de la cita.

El sereno volvió a cargar en sus hombros la escalera, y seguido del embozado, siguió hasta la mitad de la calle y la aplicó al balcón de una casita situada junto al cuadrante de la Parroquia.

El embozado subió, y a un ligero toquido se entreabrió la vidriera del balcón.

- Espere usted, espere usted un momento, encenderé la luz todo va bien hasta ahora; apagué la vela para que no fuese a observar alguno de la vecindad.

- Todo está solo y cerrado -contestó Juan-, nadie me ha visto. ¿Y Mariana?

- Aquí, aquí, Juan; he salido con bien y viniste. Ya sabía yo que habías de venir. Sólo temía que no hubieses recibido mi carta.

-Mariana buscaba en la oscuridad las manos de Juan.

- He perdido quizá el honor, mi porvenir y mi carrera, y después también perderé la vida; pero no importa. Todo por ti, Mariana. He venido y estoy contento.

Juan estrechó a Mariana en sus brazos y le dio un ardiente beso.

- No hay que perder tiempo, Mariana -dijo el amante-. Lo tengo ya arreglado. Estará con mi tía, que le cuidará hasta el pensamiento y nada le faltará, y tú debes estar completamente tranquila.

Juan descendió con mucho tiento por la escalera que había vuelto a colocar el sereno y cuidando mucho un bulto que tenía en un brazo y cubría su espeso capotón azul. Cuando se vio en la calle, sacó del bolsillo unas monedas de oro, las dio al sereno y desapareció misteriosamente entre las sombras de la negra noche.

Tres días después, Mariana estaba recostada en su lecho en la recámara de su casa de la calle de Don Juan Manuel. El conde, de regreso de la hacienda, la encontró con el médico de cabecera.

Juan devoró el camino y con el caballo casi moribundo de fatiga, llegó al campamento. No encontró más que a los indios queseros de la hacienda de San Nicolás, que atravesaban la montaña con sus huacales en las espaldas. Tomó de ellos, y en las haciendas cercanas, informes, y supo que Gonzalitos había entrado y salido de Toluca; que Baninelli no lo había atacado, sin duda por la falta de combinación; que una brigada

permanecía en Lerma y que su tropa, encontrándose sin jefe, se había desbandado y el capitán regresado a México con los soldados viejos y aquerenciados con su coronel.

- ¡Perdido, completamente perdido! En donde quiera que me encuentre Baninelli, me fusilará. Sin embargo, hice bien. Mariana se habría matado. Lo volvería a hacer -y diciendo esto, Juan, en vez de regresar a México, tomó a galope el camino de la frontera.

CAPITULO DÉCIMO

La viña

De por fuerza tenemos que pasar a otro lugar no muy distante, pero de seguro más raro y extraño que el Chapitel.

Acabando de andar las seis calles del Reloj, que en tiempos antiguos se llamaban de las Atarazanas, y tomando el otro crucero paralelo, terminando el paseo, por las calles de Santa Catarina, Santa Ana y Puente Tezontlale, se encuentra uno repentinamente en un país no sólo desierto, sino desolado, tristísimo y asqueroso.

Casas sin puertas, otras con los techos caídos, otras rajadas, como si las hubiese partido un hacha; y en las hendeduras de los adobes ennegrecidos, naciendo y colgando yerbas ordinarias y de mal olor, y todos estos restos que el vulgo llamaba paredones, esparcidos aquí y allá en medio de ese suelo fangoso e insalubre.

No sabemos ni queremos averiguar si fue un virrey o un presidente o un ayuntamiento el que dispuso que se tirasen en ese lugar las basuras y los desechos más asquerosos de la ciudad, que ya tenía sin duda más de ciento veinte mil habitantes; pero el hecho es que así se ejecutó durante muchos años, y que más culpables y dignas de crítica son las autoridades que lo toleraron, que las que en su principio lo dispusieron.

La viña tenía su población especial, que se componía de traperos, pordioseros y de perros, y los suburbios o paredones eran habitados de noche por los matuteros y rateros que no tenían casa ni hogar. Ninguna persona del interior de la ciudad se atrevía a transitar por la viña después de las siete de la noche.

El conde de Revilla Gigedo, que fue el gobernante por excelencia de la colonia, que quitó el muladar que había frente al palacio virreinal y que se ocupó hasta de los más insignificantes pormenores relativos a la policía, notó que existían en la ciudad muchos perros vagabundos, y dispuso que los zapateros pusiesen diariamente una cubeta llena de agua limpia en las puertas de su taller.

Para formar contraste con ese reglamento, se dictó otro en el curso del tiempo que condenó a una muerte cruel a la raza canina y de la ejecución se encargó a los serenos.

La ciudad por todas partes era turbada en las noches por lejanos ladridos de los perros que estaban fuera del alcance de la matanza y por los dolorosos quejidos y aullidos de los que morían o quedaban heridos. Muchas noches era imposible dormir y las calles amanecían manchadas de sangre.

Los perros dilataron, en verdad, pero tuvieron que reflexionar para poner fin a este estado de cosas. Repentinamente desaparecieron; ni uno solo acostado a las puertas, ni uno solo transitando por las calles.

Los perros resolvieron no transitar por la ciudad de noche. Hicieron sus habitaciones en la viña, cavando agujeros en lo más intrincado y recóndito de la basura, y lo mismo en San Antonio Abad, pasada la garita, aprovechándose de unos montones de tierra. En la mañana, la mayor parte se encaminaba trotando, corriendo con las orejas paradas y moviendo la cola, hasta las calles, allí hacían alto, olfateaban y se dispersaban a buscar su vida. El uno se metía en un figón y era obsequiado por los que almorzaban con un pedazo de pan o de carne, o con un puntapié, lo que era más frecuente; otro atisbaba con paciencia que se descuidase la vendedora para arrebatarle de su sartén un pedazo de chicharrón, y corría; algunos tenían ya sus casas conocidas, donde las criadas o las amas les guardaban las sobras y se las ponían en el patio en una cazuela, y no tenían más que entrar y almorzaban caldo, huesos de gallina y ternera, garbanzos, pedazos de pan; vaya, como unos príncipes.

La viña tenía fisonomía especial. Por la mañana, de las ocho a las once presentaba un aspecto alegre, si alegría podía haber entre las inmundicias y residuos humanos; pero el sol brillante se reflejaba sobre los tientos de botellas y vasos rotos; los restos de legumbres que desperdiciaban las cocineras, recobraban con el sol su tinta verde, y las cúspides de aquella extraña serranía estaban llenas de muchachitos casi desnudos y de hombres que, vestidos de harapos y remiendos de colores, se destacaban desde lejos como si fueran los bocetos de un gran cuadro al estilo Díaz, y luego los carretoneros iban y venían, apostrofaban a sus mulas, reían y platicaban entre sí, como si fuesen las gentes más felices del mundo, y uno que otro arriero solió dirigirse por las orillas de este extraño lugar por si los burros encontraban para almorzar algunoS rabos de cebolla u hojas de col. Después de las doce de la mañana todo ese rumbo quedaba desierto; ni perros, ni traperos, ni arrieros, nada; el sol, reverberando, calentaba las montañas, que parece querían arder, y se comenzaban a desprender gases mortíferos Y deletéreos que el viento se encargaba de introducir hasta los más ricos comedores de los desgraciados habitantes de la capital.

Entre las muchas viejecitas que concurrían a la viña había una muy metódica, muy callada y, hasta cierto punto, más bien vestida y aseada que las demás, que eran la imagen de la mugre'y de la miseria. A las ocho oía su misa en Nuestra Señora de los Angeles y se encaminaba en seguida a los basureros. Juntaba únicamente fierros viejos, llaves, tornillos, picaportes y ceniza. En el baratillo tenía ya los marchantes para la ferretería, y cuatro o seis casas donde entregaba la ceniza, limpia y tamizada, que servía para bruñir los candelabros y vasijas de plata.

Quisiéramos terminar, pero quizá logremos que el lector se interese por esta pobrecita vieja que no deja de hacer un papel interesante en esta verídica historia. *Señá* Nastasita era sola, como si hubiese caído de la luna. Cerca de once años había estado de portera en casa de un licenciado en la calle del Amor de Dios habitando una covacha oscura y húmeda y manteniéndose con coser ropa de munición. Se le acabó la vista y quedó reducida al bocadito que por caridad le bajaban de la casa del licenciado. Era chupadita, de bajo cuerpo, encanijada, llena de canas, casi amarilla, y no tenía, por cierto, motivos para engordar y tener buen color. El licenciado murió, la familia tuvo que dejar la casa, los nuevos inquilinos le dieron tres días de término para que desocupara la covacha, y después de once años de buenos servicios quedó, de la noche a la mañana, en las cuatro esquinas, sin tener ni con qué amanecer ni dónde dormir.

Vagando aquí y allá por la ciudad, al pasar por la atolería del callejón de la Condesa le dio una corazonada: entró, compró tortillas, contó a la atolera su situación y le pidió un rincón.

La atolera, con la mayor naturalidad del mundo, le señaló un rincón limítrofe con las molenderas y sólo le exigió que trajese su petate.

Pedir limosna le fue imposible a la viejecita; pero como el peso duro iba mermando cada día a pesar de que sólo se mantenía con atole y tortillas, otra corazonada, al regresar de la iglesia de los Angeles, la condujo a la famosa viña, logrando establecer el modo de mantenerse de la manera que ya se ha dicho.

Un día, 11 de diciembre, tratando de hacer en el muladar un agujero con un palo, tropezó con algo resistente y sonoro que poco brilló con la luz del sol. Eran una cuchara y un tenedor de plata, probablemente del célebre doctor Codorniú, que perdía cada semana piezas de su vajilla. Al día siguiente, 12, creyó que era una obligación el ir a dar las gracias a la Virgen de Guadalupe.

Al día siguiente, a la hora de costumbre y entusiasmada con el hallazgo de la plata, estaba ya trabajando en el declive de los montones de basura, llamó su atención no tanto el ladrido de los perros, que se peleaban con furia, sino el llanto y gritos lastimeros de una criatura.

- ¡Santisima Virgen de Guadalupe! -gritó la viejecita-. ¡Van a devorar y a hacer pedazos a esta inocente! ¡Qué crueldad de madres de tirar así a sus hijos! ¡El infierno y los diablos se las han de llevar!

Y así exclamando, blandía su palo y procuraba espantar a la jauría; pero tenía miedo de ser derribada y mordida, porque era apenas un poco más fuerte que la criatura.

- ¡Jesús! ¡Jesús me valga! -gritó aterrorizada la viejecita, y cerró los ojos, pero en la angustia y la curiosidad hicieron que los abriese: notó que un perro amarillo, fuerte y vigoroso, hacia frente y acometía a los demás, y apenas querían acercarse al niño, cuando daba un brinco, los derribaba en el suelo y volvía a su puesto.

Así pasaron cinco minutos, que parecieron siglos a la buena anciana.

CAPITULO UNDÉCIMO

Comodina

¡Está salvada! ¡Bendito sea Dios! -dijo la vieja-. *Comodina* está defendiendo a la criatura -y se acercó con más resolución al grupo de perros.

- ¡*Comodina, Comodina!* Ven acá. ¿No me conoces?

La perra, sentada, cubriendo con su cuerpo al niño abandonado, tenía los ojos todavía sangrientos y, con el labio superior levantado, enseñaba sus afilados colmillos a los demás perros. Tanto gritó Nastasita a la perra, que ésta volvió la vista, la reconoció, comenzó a mover la cola y a hacerle fiestas. Animada con este auxilio, acertó a encontrar cerca unos trozos de ladrillos que lanzó a los perros, y con el palo acabó de dispersarlos; entonces se acercó y recogió a un hermoso niño de más de un año de edad envuelto en pañales muy finos.

- ¡Imposible abandonarlo! -dijo besándolo amorosamente, y limpiándose con la manga del vestido una lágrima que había venido a sus ojos secos.</P<

Nastasita, seguida de la perra, enderezó su camino hacia la atolerla, y bien que la carga no fuese muy pesada, llegó fatigada.

La criatura no chistaba cuando la destapó y la acostó en un petate, y al mismo tiempo refería brevemente a las molenderas lo que había pasado. Parecía muerta y apenas respiraba, y no era extraño pues aunque hubiesen mediado pocas horas entre el robo de Matiana y el hallazgo de la traperera, bastaba eso y la emoción por el asalto de los perros; y obra de Dios fue que no le diese alferecía. Imposible de describir el sentimiento de esas rudas y buenas mujeres, que en su idioma, mitad español y mitad indio, discutían los remedios que deberían hacerse.

- Lo que tiene el *piltoncle* es hambre y frío -dijo y lo tomó en brazos, sacó un pecho grueso y denegrido, le exprimió una poca de leche caliente en la cara y le metió en la boca un pezón negro, gordo y estirado como tapón de una botella de champaña, arrullándolo y estrechándolo brusca y cariñosamente en su seno caliente y húmedo.

La perra, en el umbral de la atolería, sentada y con las orejas paradas y como escuchando, miraba con sus ojos inteligentes a la india.

La criatura, que en efecto tenía hambre, rechazó al principio el tosco pezón, pero concluyó por chuparlo; abrió los ojos y sonrió a la madre adoptiva; todo había pasado ya y para el niño no existía ni el recuerdo del peligro ni el sentimiento del abandono.

Comodina se marchó sin que nadie lo advirtiera.

En vez de ser una carga y una molestia fue para la atolería un día de fiesta y de júbilo la llegada del pobre huérfano del muladar, la gente de México es así. La molendera, que ya era madre de dos muchachos y criaba al tercero, se constituyó en nodriza del recién venido.

Nastasita había encontrado en el cuello del niño un cordón con un relicario de plata, que instintivamente procuró conservar, por si algún día podía ser de utilidad al huerfanito. En lo que no se equivocó, como veremos más adelante.

En la primera ocasión que volvió a la casa del canónigo a entregar la ceniza contó al portero la extraña historia que ya sabemos. No pasaron tres semanas sin que el canónigo estuviese enterado del suceso, aumentado por sus criados con milagrosas añadiduras. Quiso conocer al huerfanito, y se decidió a retener en su casa a la valiente Comodina, que había representado tan importante papel en ese lance, que parecía más bien un verdadero milagro.

La viejecita trapera, un día que hubo aseado bien al huerfanito, lo llevó a la casa del canónigo. Era un muchacho bien amamantado por la primera nodriza que lo crió y mucho mejor por la segunda, que era muchacha, fea, greñuda, pero sana, robusta, con unos pechos bronceados, duros y grandes como los de una vaca inglesa y con una leche abundante y espesa, producto de la admirable gramínea que era la base de la alimentación de la gente de la atolería del Callejón de la Condesa. El canónigo quedó sorprendido al examinar al huérfano. Ojo negro y grande y ya sañudo, con una mirada fija y extraña para su tiernísima edad, pelo abundante, boca grande, labios gruesos y una naricilla audaz y remangada.

Apretó el conocido muelle del marco y entre las dos pastillas de cera bendita encontró un papel.

Está bautizado, deberá llamársele Juan Robreño; su padre es caballero militar; su madre, de la primera nobleza de México. Dios lo ayude en su vida.

Después de sufrir mucho se decidió a no cargar con el huérfano.

Tranquilo con esta resolución platicó de nuevo con Nastasita persuadiéndola de que debía entregar al huérfano a la casa de Niños Expósitos, y aunque no era recién nacido, él se interesaría para que lo recibieran. La viejecita le rogó por todos los santos del cielo que le dejase la criatura, asegurándole que ella y las atoleras lo cuidarían mejor que en la cuna. El canónigo concluyó por transigir y le asignó una limosna de ocho pesos cada mes.

CAPITULO DUODÉCIMO

EL ESCLAVO BLANCO

El cielo vio abierto la viejecita trapera con arreglo que hizo el canónigo. ¡Qué poco se necesita para la felicidad de ciertas personas! Desde el momento en que Nastasita se encontró al niño, cambió su vida; tuvo ya una ocupación, un objeto, un cariño que hiciera latir un poco su arrugado corazón.

Los ocho pesos del canónigo constituían un tesoro inagotable y la instalación en la atolería no fue difícil ni costosa. Con retazos de brin y unos mecates se hicieron dos hamacas, que se fijaron en las paredes de los rincones con unas gruesas alcayatas. Como lujo, un par de petates nuevos de Xochimilco, y dos frazadas ordinarias del Portal de las Flores. Con esto Nastasita y la india chichihua estaba como en un palacio.

Así fue creciendo Juan Robreño (pues el canónigo había referido a la trapera parte del contenido del papel encontrado en el relicario), duro, tosco, resistente; una vez se quemó una mano en el comál; muchas veces cayó, ya en el umbral de la puerta, ya en una viga hundida; la cabeza con chichones, el cuerpo con morados y rozaduras, la nariz y la boca con sangre.

Ya más grande, con su calzoncito y camisa de manta mugrosa, se le vela en la puerta de la atolería o junto al caño; algunos marchantes brutos solían darle un puntapié para quitarlo de la entrada donde estorbaba. El muchacho, mitad en español y mitad en azteca, les decía mil insolencias y les echaba agua del caño.

A los diez años Juan sabía el azteca o náhoa tal como lo había aprendido de las atoleras, y el español como lo había oído a los Cargadores de la pulquería vecina, que frecuentaba con motivo de comprar el licor para el consumo de la casa.

El canónigo no había dejado en ese largo transcurso de dar la mesada, y cuando solía ver en el patio a la trapera, le preguntaba por el huérfano y le instaba para que lo pusiese en una escuela.

La viejecita se resolvió un día a poner a Juan a aprender oficio, y no le costó poco trabajo; pero con ruegos y súplicas, y haciéndole patente que no tenía con qué mantenerlo ni vestirlo, que ya era grande y necesitaba trabajar, logró persuadirlo a que dejase entregar. En el tiempo a que nos referimos, y no sabemos si aún dura esta costumbre, los padres o deudos de los muchachos pobres los colocaban en la casa de un artesano para que les enseñase el oficio, y en cambio quedaban bajo el absoluto dominio del maestro, el que se rehusaba a recibirlos si no se los entregaban.

Un día, repetimos, salieron por fin por esas calles de Dios a buscar un maestro cualquiera. Juan, entre resignado y contento, pues siempre alborota a los muchachos cambiar de posición, y la viejecita sacando fuerzas de flaqueza, arrastrándose más que andando a causa de sus callos y sus años. Eran dos desvalidos entre los más desvalidos de la ciudad;

dos desheredados, entre los más desheredados de la tierra. Nadie los conocía, nadie les quería fiar, nadie quería echarse a cuestras un bodoque, una especie de salvaje criado en el lodo y en el polvo de las calles de México.

Al cuarto día, cansada la viejecita y aburrido Juan, acertaron a entrar en una casa de vecindad de la Estampa de Regina, guiados por un rastro de astillas de madera, y se encontraron con que un hombre trabajaba en un torno. Le cantaron la misma canción que hablan repetido tantas veces. El artesano ni les contestó, siguió trabajando y con la vista les hizo seña de que se marcharan; pero una mujer que estaba sentada cosiendo en el fondo del cuarto se levantó y dijo algunas palabras al oído del que trabajaba con pie y manos; entraron ya en conversación, hicieron muchas preguntas a la viejecita, la obligaron a jurar que sólo vería al muchacho una vez por semana, y que jamás lo reclamaría, si no era pagando los gastos que hubiesen hecho para mantenerlo; en una palabra: un contrato de esclavitud.

Y quedó entregado, completamente entregado, es decir, esclavo blanco del ciudadano Evaristo el Tornero, el hijo de Mariana.

CAPITULO DÉCIMOTERCERO

Primeras hazañas de Evaristo

De por fuerza tiene el paciente lector que trabar amistad con algunos de nuestros personajes, que no han sido inventados, sino de carne y hueso.

Evaristo era hijo único de un guarda de la aduana de México, y este guarda, llamado Evaristo Lecuona, era un personaje de importancia, porque cuidaba los caballos del director de Rentas y lo acompañaba en sus diarios paseos.

Por los respetos del director, un carpintero y tornero al mismo tiempo, recibió al muchacho, y aunque fue entregado por su padre como todos los aprendices es necesario que lo sean, no fue sino con ciertas condiciones que impuso su padre, que lo llevó personalmente.

- Que mi hijo aprenda oficio y que sepa ganar su vida, eso sí -dijo al maestro-; pero al que le toque el pelo de la ropa le parto la cabeza con este sable.

Era vivo y listo, pero maleta, y en poco tiempo, descomponiendo y quebrando los instrumentos, aprendió a cepillar bien una tabla, a escoplar una moldura, a hacer un remiendo a las puertas viejas y otros menudos quehaceres que lo conducían rápidamente al ascenso a medio oficial, pero su intento y su especial capacidad lo inclinaron a la tornería y a la escultura.

Un día, el menos pensado, un golpe de sangre al volver del paseo con el director de Aduanas acabó al robusto Lecuona.

Morir Lecuona y ser puesto el hijo de patitas en la calle, todo fue uno.

El joven Evaristo no lloró a su padre, quizá no tenía todavía la edad y la reflexión bastante; por el contrario, tuvo una especie de gustillo al encontrarse libre, dueño de un buen caballo ensillado y enfrenado, de par de pistolas, de alguna ropa usada y de poco más de cien pesos que encontró en el fondo de un baúl, como ruta de largos años de economía de su padre. El director quiso proteger al hijo de su guarda favorito, y se lo llevó a su casa en clase de muchacho útil para hacer los mandados, pero no duró un mes.

Fuese a refugiar a la casa de otro guarda ya muy viejo, amigo de su padre, que tenía una especie de mesón con alquiler de caballos, fonda y billar, por el rumbo del Rastro.

La vida se presentó a Evaristo risueña como nunca, y pasó sus diecinueve años como ni príncipe ni duque los han pasado mejor. Unos días en los canales de la Viga y Santa Anita, remando ya en canoas, ya en chalupas; otros, en el juego de pelota de San Camilo; los domingos, en su caballo alquilado en las carreras de la Coyuya; en las tardes, en las vinaterías, menudeando vasos de mistela y chinguirito con los pillastres y matanceros del barrio; en la noche en el billar, jugando a los palos hasta de a un peso la tregua de cien rayas.

Sin ser borracho se iba inclinando a la bebida y cuatro veces había estado en la cárcel por riña y escándalo.

Así acabó con las chaquetas de paño y las calzoneras con botones de plata que le dejó el difunto Lecuona, siguió con la silla de montar, con las armas de agua, con todo, y no hay que decir que los cien pesos habían ya volado.

Evaristo se vio lo que se llama en medio de la calle, con lo encapillado y un buen jorongo de Saltillo. Por primera vez, después de tres o cuatro años, pensó que era necesario trabajar para vivir. Dios, como dicen las viejecitas, le tocó el corazón, y se retiró a San Ángel en compañía de una muchacha que se dejó robar, sobrina de la figonera del mesón.

El descanso que le dejaba esta luna de miel, de la cual no había tenido noticia ni el cura ni el curato, lo dedicaba a labrar figuras de madera.

El material que usaba era la madera de naranjo y de capulín, y nada le costaba, porque a las pocas semanas de residencia conocía a palmos las huertas, sabía el punto más accesible de las tapias, y de noche, armado de un puñal-cuchillo y de una sierra bien untada de sebo, se introducía aquí y allá y cortaba los mejores trozos; y como dicen que comiendo viene el apetito, más adelante, aparte de la madera que necesitaba, se sacaba los mejores perones y las peras gamboas más grandes y maduras.

El pueblo se hacia cruces, pues se componía de jardineros y antiguos vecinos, todos conocidos y hombres de bien. Evaristo, en una palabra, era el coco, el azote de los propietarios.

Evaristo no descansaba. Los domingos se le veía en el Portal de Mercaderes, en las calles de Plateros y en las Cadenas de la Catedral con multitud de reglas y cuchillos de cortar papel de varias dimensiones, tinteros, devanadores, trompos, cucharas, bandejitas, palitos y otra diversidad de objetos de maderas olorosas, labrados con tal primor que podrían llamarse obras de arte; y en efecto, muchos fueron comprados para el Museo. A cierta distancia iba detrás de Evaristo una muchacha de no malos bigotes, vestida con aseo, y si no precisamente de china, dejando ver un pie bien calzado y al andar un par de apetitosas pantorrillas. En la cabeza unas veces, y otras en los brazos, llevaba una canasta con una limpia servilleta y unas cuantas docenas de peras, perones e higos, cuya sola vista despertaba el apetito de los aficionados a los alimentos azucarados con que se nutrió nuestra buena y curiosa madre Eva antes de salir del Paraíso.

La Chata frutera quería bien a Evaristo y no pensaba serle infiel, pero tenía demasiado arte para sacar partido de sus labios frescos, de su remangada nariz y de su pie bien calzado, que procuraba enseñar a sus marchantes al atar por las cuatro puntas el pañuelo en que llevaba la fruta para obsequiar a la hora de la comida de quién es la vieja espeso. Evaristo y la muchacha se juntaban a la una en punto en el Portal de las Flores, hacían la cuenta de lo que habían vendido, que a veces subía a ocho y diez pesos, se iban a almorzar a una fonda de la Alcaicería y a la tardecita tomaban el rumbo de la garita del Niño Perdido y, poco a poco, chanceando, platicando, cortando varitas en el camino y comiendo tejocotes silvestres, llegaban a su casita de San Ángel y dormían como unos bien aventurados.

Hombre de bien a carta cabal, como se dice vulgarmente, Evaristo no pensó más en los asaltos nocturnos de las huertas para proveerse de material, sino que recorrió las carpinterías y compró trozos pequeños de caoba, de ébano, de zapote, de bálsamo, de nogal, de palo gateado.

Satisfecho y contento llegó a su casa, abrazó con una cierta efusión de ternura a Casilda y desde que amaneció comenzó con furor la obra.

Pasaban días, semanas y meses y Evaristo labraba, labraba, siempre, y su vida era la misma, sin más interrupción que algunos Viajes a México para proveerse de algo que le hacía falta.

Casilda, alarmada, se oponía ya a la continuación cuál obra, quería tirar al río los pocillos y aconsejaba a Evaristo que volviera a su antigua vida, que les producía un semanario seguro, tanto más que ese año los árboles de las huertas estaban lozanos y cargados de fruta; pero Evaristo, firme, prosegua sus trabajos. Cuando creyó tener la suficiente cantidad de mosaico, emprendió ya la formación de la almohadilla.

Un año y un mes duró con este trabajo. Las últimas pesetas lisas que Casilda y Evaristo tenían en el fondo del baúl se gastaron en un raso encarnado para el forro de la almohadilla. Ese día no había ya qué comer y se contentaron con unas tortillas duras, algunas manzanas verdes y un jarro de la cristalina agua del río; se dieron algunos pellizcos amorosos y durmieron felices una siesta bajo la sombra de los árboles de su ignorado y solitario bosquecillo.

CAPITULO DÉCIMOCUARTO

Aventuras de una almohadilla

Al despertar Casilda y Evaristo del sabroso sueño, alegres y como rejuvenecidos con el aire fresco y sano de la tarde que declinaba, se les vino simultáneamente uno de aquellos pensamientos realistas que vienen siempre a enternecer y a interrumpir las vanas ilusiones con que se engaña diariamente a la gente que vive en este mundo. Tenían hambre. ¿Qué cenarían esa noche?

Lo esencial de la cuestión era ¿cómo vivirían mientras se vendía la almohadilla? Entraron en el cuarto, registraron con la vista el suelo, las paredes, el techo, los rincones: nada.

Cualquier cosa para una o dos semanas les bastaría. Pasaron dos, tres, quizá cuatro horas, en el más completo silencio. De repente Casilda interrumpió esa larga monotonía.

- ¿Dónde está el sable de tu padre?

Evaristo comprendió la importancia de esta pregunta. La única prenda que no había sido vendida ni empeñada era el terrible sable de Lecuona.

- Sabes, Casilda -le contestó Evaristo-, que debe estar en el jacal de junto, allí lo dejé yo escondido entre el zacate, y fue adrede, pues no quería ni acordarme de él para no venderlo; lo buscaremos, ven.

Y Evaristo se fatigaba y el sable no estaba en el rincón donde se acordaba haberlo puesto.

Evaristo, ayudado de Casilda y ya con más calma, emprendió metódicamente el despojo del jacal clasificando y poniendo aparte ramas, instrumentos de agricultura y cosas inútiles, y concluyó por dar con el suspirado sable, que retiró con desconsuelo de casi dentro del lodo, calculando que quizá no habría quién le prestase ni un par de pesos por él; en fin, se dirigieron a la orilla del río para lavarLO, y cuál no fue su sorpresa y alegría cuando se cercioraron de que el puño y las guarniciones de la vaina de cuero eran de plata maciza y quintáda.

Todo salió a pedir de boca. Evaristo, aunque en pechos de camisa, pero con su pantalón de paño todavía en buen estado, pudo venir a México y se dirigió a una fangosa casa de

empeño; allí, después de una hora de disputa y de haber desarmado la espada y pesado la plata, sacó cuarenta pesos líquidos, con un real en cada peso mensual de interés por espacio de cinco meses, y todo esto por mucho favor, porque Evaristo era conocido parroquiano de la casa. Por un sistema de aritmética especial, y disfrazadamente explicado en el billete, al retirar la prenda había de pagar ochenta pesos, es decir, el doble, pero los que tienen necesidad y piden prestado, rara vez dejan de admitir las condiciones del usurero por gravosas que sean. Con parte de ese dinero desempeñó el jorongo, la toquilla de su sombrero, una camisa de él y dos camisas, unas enaguas y un rebozo de Casilda, y contento como si se hubiera sacado la lotería de seis mil pesos regresó al pueblo con un bulto de ropa y el resto del dinero. ¡Extraña naturaleza humana: no tuvo un solo recuerdo para el difunto Lecuona!

El domingo siguiente, la pareja, muy temprano y después de un buen desayuno con leche, queso de cabra y gorditas de elote, se puso en camino de México para entrar antes de las diez en el Portal de Mercaderes. Casilda estaba guapa, con su pelo bien arreglado, su camisa y enaguas limpias, su rebozo manejado con garbo y bien calzada, pues cuidaba los zapatos más que a las niñas de sus ojos.

El Portal de Mercaderes tiene en México un carácter, un tipo especial que no se encuentra en ninguna otra ciudad del mundo. Es una especie de feria o de exposición que se repite todo el año los domingos y días festivos.

Dadas las diez de la mañana llegaron Casilda y Evaristo a la calle de Plateros y no sin dificultades penetraron por entre la gente que se apiñaba en la esquina leyendo los carteles de las diversiones públicas e invadiendo por bandadas el Portal.

No pasó un cuarto de hora sin que se presentara un aguilita (1), y con autorización del ayuntamiento o sin ella, les cobró cuatro pesetas por el piso que ocupaba la mesa, que no sería ni una vara cuadrada.

Al cabo de un cuarto de hora, un grupo que impedía la circulación contemplaba y admiraba la almohadilla.

- ¡Qué primor! -decía una señora a sus niñas.</P<

- ¡Qué habilidad de nuestros léperos! -decía un viejo aplicando su lente al objeto.

- ¡Y todo esto a mano, sin máquinas como lo hacen los ingleses! -contestaba otro.

Evaristo escuchaba contento estos elogios y con razón se envanecía con ellos.

Por fin, uno de tantos, y cuando era cerca de la una y Evaristo perdía la esperanza, preguntó a Casilda cuánto valía la almohadilla.

Evaristo se apresuró a responder resueltamente:

- Doscientos pesos.

- ¡Uf, uf, uf! Doscientos pesos y en estos tiempos en que el gobierno no paga a los empleados hace ocho meses -exclamaron los concurrentes, como si fuese el coro de la ópera.

- Ni en dos años vendes tu almohadilla -le dijo una dirigiéndose a Casilda.

- Sólo uno de esos agiotistas que chupan la sangre al pueblo puede comprarla; yo la recomendaré mañana en mi periódico -interrumpió otro, vestido con cierta elegancia y echando una maliciosa mirada a Casilda.

- ¿Dónde vives?

- En San Ángel -contestó Casilda.

- Oh, es lejos, muy lejos; múdate a la ciudad, abre tu carpintería y ponte a trabajar, de modo que te conozca el público; de lo contrario jamás venderás tu almohadilla.

Evaristo no pedía por la obra de tanto trabajo más que lo mismo que había gastado durante el año, ni un peso más.

- Doscientos pesos, ¡qué barbaridad! Ese hombre está loco -dijo otro.

CAPITULO DÉCIMOQUINTO

Juicio al estilo Salomón

Los domingos siguientes, a poco más o menos, se repitió la misma escena, con la diferencia de que tuvo algunas ofertas y que la mayor fue de 25 pesos.

Evaristo había ya rebajado el precio a sesenta pesos, y sin embargo no hallaba comprador.

Un día, por la mitad de la calle de Plateros, encontró a un caballero vestido con elegancia, bastón de puño de oro y anteojos, caminando con cierto aire acompasado y moviendo la cabeza y examinando una y otra acera con cierto desdén.

- Nada se pierde en que usted la vea.

Y Evaristo se le atravesó y al mismo tiempo destapó su almohadilla, que siempre trala cuidadosamente envuelta.

- ¡Bah, bah! Eso quiere remedar mosaico -dijo el caballero arrojando por fuerza una mirada desdeñosa a la almohadilla. ¡Eh, vete, ya me has molestado mucho! -repuso el caballero deteniéndose un poco-; si quieres, y sólo por quitárteme de encima, si quieres un par de pesos lleva esa cháchara a la calle de ...

- ¡Un par de pesos! -repitió en voz alta Evaristo, lleno de rabia-. ¡Un par de pesos! ... ¡Todavía me quedan en la bolsa cuatro para pechar a usted y a los rotos sus compañeros que andan por la calle de Plateros! Cómaselos de veneno, si no le hacen falta.

- ¡Bruto, bribón, lépero, insolente, que con pretexto de vender baratijas vienes a injuriar a las gentes y tal vez a robarlas! ¡A la cárcel, a la cárcel!

Y al decir estas últimas palabras brincó sobre Evaristo, que se alejaba no queriendo comprometer el lance, y lo sujetó por el cuello de la camisa.

- Suélteme usted, suélteme usted, o le va mal.

- ¡A la cárcel, bribón, a la cárcel! -y lo sujetaba más fuerte.

- Suélteme usted; suélteme.

El caballero apretaba más.

Evaristo no pudo ya contenerse, y de un empujón echó a rodar a la acera al elegante aristócrata, y por un lado rodó el sombrero y por el otro el bastón y los anteojos.

Evaristo, sin pasar a más, pero sin correr, pues no había cometido un delito sino obrado en propia defensa, se alejaba lentamente.

El caballero, recogiendo con prisa sus anteojos y su sombrero corrió con el bastón enarbolado, y alcanzando a Evaristo, que ya pensaba que había terminado la escena, comenzó a descargar sobre sus espaldas una lluvia de bastonazos.

Casilda tiró un pedazo del faldón de la levita que se le había quedado en la mano y tomó la almohadilla que le tendió Evaristo.

Entre tanto, el caballero, enfurecido y rabioso, menudeaba los bastonazos que recibía Evaristo en los hombros y en la cabeza.

- Corre y vete a la casa -le dijo Evaristo-, porque si te quedas te llevarán conmigo a la cárcel.

Evaristo, de un salto, se puso fuera del alcance de los bastonazos del furioso caballero, y corrió, al parecer, pero fue para buscar piedras en medio de la calle. No dilató en encontrar una, y volvió sobre el caballero con el brazo ya armado y levantado.

- ¡Al asesino, al asesino, que me matan, auxilio! -gritaba el desolado caballero, y vacilaba, y hacía zigzags, e iba y volvía.

Evaristo, a cierta distancia, con el ala del sombrero levantada y el brazo ya listo, le apuntaba a la cabeza para dispararle una gruesa matatena y dejarlo en el sitio.

Un segundo de diferencia habría bastado. El caballero se metió en un zaguán al mismo tiempo que la piedra se estrellaba contra la macheta, a la altura de la cabeza de su enemigo.

En esto vinieron dos *aguilitas* del rumbo del Portal, desde donde quizá habían notado que algo pasaba, y no tuvieron trabajo para encontrar al delincuente, pues él mismo se presentó y les dijo:

- Uno de esos rotos ... que andan por aquí me ha pegado porque quería venderle una almohadilla; le he dado una pedrada y tal vez lo he matado. Aquí estoy: de ustedes me dejo llevar a la cárcel, de él no.

Uno de los policías entró con dificultad al zaguán y dio con el caballero, que, pálido como un muerto, tomaba unos tragos de agua con que le había brindado la portera para que no le hiciera daño el susto.

Los dos *aguilitas* trataron de hacer las primeras averiguaciones entre los espectadores.

- Sí, yo lo vi -decía una cocinera que tenía en la mano una canasta llena de legumbres-; fue el de la levita el primero que le pegó. ¡Qué injusticia! Porque es pobre darle así de palos como si fuera un burro de los indios; no hay más que verle la cara.

En efecto, por la cara de Evaristo corrían hilos de sangre de las heridas que le habían ocasionado los bastonazos.

- Imparcialmente le impondré a usted de lo que presencié -dijo un viejecito que tenía trazas de ser portero de una oficina-; yo me refugié en un zaguán, luego que observé que se trataba de pedradas; pero oí toda la conversación, porque venía detrás del artesano y del caballero. Es verdad que el artesano fue pesado, ¡pero qué había de hacer el pobre!, quería vender y nada más, y no por eso estuvo autorizado el otro, porque tenía levita, a romperle el bastón en las costillas.

La reunión se iba disipando y los *aguilitas* conferenciaron entre sí y determinaron llevar a la cárcel a los dos contendientes.

- Eso ni pensarlo, ¿ni cómo tiene usted valor de proponérmelo siquiera? -le dijo con imperio al aguilita el caballero, repuesto un tanto de la emoción-. Soy una persona decente y nunca vamos donde va la canalla. Le daré a usted un apunte de mi casa y mi nombre, y yo me veré con el juez y el gobernador; no haya cuidado, pues tengo mucho empeño en que pongan las peras a veinticuatro a este pillo, que nada faltó para que me

dejase muerto de la terrible pedrada. Registre usted la mocheta de la puerta, que está hecha pedazos. ¡Calcule usted cómo me habría hecho la cabeza!

El *aguilita*, que sabía bien que a los de frac y de levita, a no ser por asuntos políticos, nunca se les lleva a la cárcel, no insistió y se contentó con retener en la memoria el nombre y las señas de la casa y recoger el bastón, que, astillado y casi en pedazos, estaba en el suelo, y hecho esto se encaminaron seguidos de alguna gente con Evaristo, dejando al otro en libertad, rumbo a la *Diputación* o a la *Cárcel de Corte*, como le llamaban entonces.

Evaristo durmió esa y la siguiente noche en la *Cárcel de Corte*.

A eso de las siete Evaristo fue sacado de la cárcel y, con la custodia de dos soldados de la guardia, llevado en unión de diez o quince más acusados de embriaguez, riña y robo.

Le llegó su turno.

- Y a éste ¿por qué lo traen? -preguntó con tono brusco el gobernador a un personaje chiquitín y regordito que fungía como jefe de la policía secreta.

- Por riña y pedradas en la calle de Plateros -respondió el chiquitín, e iba a continuar, pero el gobernador le interrumpió.

- Sí, sí, ya estoy impuesto de todo. Que espere, y entre tanto vayan a buscar a don Carloto, que ya me vino a calentar la cabeza con eso y me ha contado quién sabe cuántas cosas.

Evaristo fue consignado a un rincón de la sala; un *aguilita* corrió a llamar a don Carloto, que precisamente en esos momentos subía las escaleras y entró precedido del policía, con el sombrero puesto y sin saludar a nadie.

El gobernador, que firmaba diversas comunicaciones, alzó la cabeza y dijo con un tono brusco:

- ¡Buenas noches! Sería bueno que los que entran aquí se quitaran el sombrero, pues ni llueve ni hace sol en el despacho del gobernador.

Don Carloto, con visible cólera, se quitó el sombrero y buscó una silla en qué sentarse. El gobernador ocupó larga media hora en firmar.

- ¿Qué antecedentes tiene este hombre?

- Ha entrado cinco veces a la cárcel.

- Pájaro en mano tenemos. Ya le ajustaremos la cuenta.

- Ha entrado por riñas, porque parece que es medio valentón. Véale usted la cara.
- ¡Ah! Eso ya es otra cosa -dijo el gobernador mirando la fisonomía resuelta y juvenil de Evaristo-. Di ¿por qué tiraste una pedrada al señor que está ahí?
- Le vendía una almohadilla en que trabajé un año entero ... los pobres ... y el señor entonces ...
- Sí, ya estoy impuesto, ya me han dicho de esa almohadilla.
- La tendrá mi mujer, que está en el portal -dijo timidamente Evaristo-; le encargué esta mañana que la trajese.
- Que suba esa mujer -dijo el gobernador.

Uno de los *aguilitas* salió inmediatamente, de dos saltos bajó la escalera y a poco subió acompañado de Casilda, la que, en efecto, traía la almohadilla cuidadosamente envuelta.

- Digan ustedes cómo pasaron las cosas -ordenó a los dos *aguilitas*.

Uno de ellos, sin duda el más despierto y letrado, refirió brevemente y con exactitud lo que el lector sabe ya.

- ¿Dónde está el bastón?
- Aquí -dijo el jefe de la policía tomándolo de un rincón y presentándolo al gobernador.
- ¿Reconoce usted este bastón, señor don Carloto?
- Es el mío, señor gobernador -contestó con una voz un poco gruesa Y afectada don Carloto.
- ¿Reconoce usted que está casi destrozado?
- Sí, señor gobernador.
- Basta, ha confesado usted delante de todas las personas lo que yo quería. ¿Con qué autoridad ha roto usted este bastón en las costillas y en la cabeza de este hombre?
- Me quería matar ...
- No dice usted la verdad. Él ha levantado las piedras después que usted sí lo pudo haber matado. Vea usted esas señales. ¿Y si lo ha dejado usted tuerto? -continuó el gobernador.
- Es que estas gentes insolentes no ven que nosotros ...

- Es que -le interrumpió el gobernador- ustedes, porque tienen levita y frac, porque se figuran nobles del tiempo de los virreyes y tienen un carruaje que acaso lo deben a los carroceros, se figuran que pueden hacerse justicia por su mano, y esto no ha de ser mientras yo sea gobernador, señor don Carloto; a todos los he de tratar iguales, como dice la ley. Alguna vez ha de ser cierta la verdadera libertad. Queda usted sentenciado, señor don Carloto, a exhibir dentro de tres días doscientos pesos de multa, y cuando entre el dinero a la tesorería se le devolverá su bastón.

- Pero es posible, señor gobernador ... -dijo don Carloto indignado- ésa es ... una ...

- Y si acaba usted la palabra pagará otros doscientos por irrespetuoso, y cuidado con alzar la voz.

El gobernador tomó su sombrero y su bastón y salla ya de la sala. Casilda se acercó, quiso arrodillarse y besarle las manos.

- Señor, no por la cárcel ni por nada, que yo no me asusto, por usted, por lo que ha hecho conmigo, prometo, ¡y sabe Dios que lo cumpliré!, no meterme con el señor ni vengarme - dijo Evaristo.

- Está usted salvado, don Carloto, y me lo debe usted a mí. Este hombre no le tocará el pelo de la ropa. Conozco a esta gente; pero le costará a usted algo más. Si el señor no manda mañana doscientos pesos, no se entregará su bastón y se mandará al juez de lo criminal por el cargo de heridas graves.

El gobernador, seguido de su secretario y de los *aguilitas*, bajó como un rayo las escaleras de la Diputación. Don Carloto quedó estupefacto e inmóvil, y Evaristo y Casilda, cargando la almohadilla, bajaron abrazados tiernamente, se dirigieron a la escalera y un beso resonante sacó de su estupor al infortunado noble y orgulloso don Carloto, que a su vez descendió lentamente, murmurando entre dientes:

- ¡Qué bonito modo de administrar justicia! ¡Qué país es éste! Los yanquis, los ingleses, los franceses, los demonios mismos son preferibles al gobierno de estos sans-culottes. Poco durarán ya, la revolución está encima y entonces yo le ajustaré las cuentas a este gobernador.

CAPITULO DÉCIMOSEXTO

Casilda

La gran fortuna de Evaristo fue que le tocara ser juzgado por un gobernador de ideas liberales; de otra suerte se habría, en efecto, podrido en la cárcel, como se lo había sentenciado el noble don Carloto.

Llegaron a la garita antes de que se cerrase; a riesgo de ser robados y asesinados se aventuraron a atravesar, en medio de una noche oscurísima, la larga calzada de San Ángel, y a poco después los dos estaban ya tranquilos, contando y comentando las aventuras en su retirada casita.

Un día, mientras que Casilda con su mesita en la cabeza se adelantaba camino de San Ángel, Evaristo dio vueltas por una calle y otra en varias casas, y se retiraba desanimado, cuando acertó a entrar al patio de un gran edificio de la calle de Don Juan Manuel, cuya puerta estaba abierta de par en par. El viejo portero, gruñendo, salió con ánimo de echarlo; pero al decirle algo fuerte, observó la almohadilla y trabó una conversación amistosa.

- Ni qué dudarlo -le dijo Evaristo-, la niña de la casa me tiene que comprar la almohadilla. Es condesa y tiene mucho dinero; si la ve, no puede quedarse sin ella. Si la vendo en más de cien pesos, veinte son para usted, amigo.

Asomó la cara de una muchacha animada con unos ojillos color de aceituna, y una vocecilla de tiple.

- ¿Quién es, qué quiere ese hombre, con quién está platicando? ¿Qué es eso? ¿Con quién hablas, Tules? ¿Qué dice el portero? -preguntó Mariana entreabriendo la vidriera de su recámara.

- ¡Qué escándalo en esta casa, señor Dios! ¿Qué pasa? -preguntó Agustina, que precipitadamente desembocó por el pasadizo que conduela a la azotehuela.

- Nada, nada -contestó Tules con calma-, es un hombre que trae una cosa bonita que quiere enseñar a mi ama.

- Que suba, que suba al momento -dijo Mariana.

- ¡Qué primor, qué delicadeza, qué perrito tan natural y qué bien imitadas las pinturas con los colores de la madera; y los cajoncitos, y este secreto, que nadie adivinaría! -añadió Mariana.

Al debatir el precio, Evaristo refirió su año de dedicación y de paciencia infinita para labrar los miles de trocitos.

Mariana, Agustina y Tules se enternecieron, y Evaristo concluyó por recibir doscientos pesos nuevos del cuño español.

Al retirarse, Agustina le dijo:

- Ya su mujer de usted y sus hijitos tendrán un desahogo por algunos meses mientras usted trabaja.

- Señora, yo no soy casado ni tengo hijos.

Mariana dijo:

- A esta almohadilla le faltan carretes, devanadores, aguja de jareta y dedal, y ...

- Yo podré hacer lo que falta, y quedaría muy bonito de marfil.

Agustina, sin hacer observación, volvió a poco con un primoroso Niño Dios de marfil.

Evaristo se lo echó al bolsillo y, haciendo mil reverencias, prometió volver pronto y bajó contentísimo la escalera, dedicando a Tules una última y expresiva mirada.

Sin mucho devanarse la cabeza, el lector ha podido reconocer que estas escenas pasaban en el palacio del señor conde del Sauz.

Después de la venta de su almohadilla regresó al pueblo, pero, como quien dice, ya otro hombre. Los elogios de Mariana, los ojos de Tules y los doscientos pesos le trastornaron completamente la cabeza.

Antes de tomar el camino de la garita, se detuvo en la esquina del Portal en la alacena de libros de don Antonio de la Torre, a quien conocía, y al que cuando estaba arrancado le vendía por casi nada sus chucherlas de madera. Contóle su buena fortuna y le dio a guardar 150 pesos. Llegado a San Angel, ocultó lo que había pasado cantando a Casilda que un inglés de la calle de Capuchinas le habla comprado la almohadilla y encargándole labrase los avíos con el niño viejo y quebrado de marfil. Casilda se lamentó amargamente, pero creyó el cuento, y por de pronto las cosas terminaron así.

Evaristo nunca había ensayado el trabajo en marfil, pero lo juzga análogo al que hacía en madera, y, provisto de los útiles que creyó más aplicables, comenzó la obra con más tesón que la de la almohadilla, y antes de cuatro semanas había ya convertido el grueso estómago del niño Dios en curiosos devanadores, en dedales Y en agujas de jareta y se presentaba ufano en el palacio de la calle de Don Juan Manuel, donde encontró el acceso fácil, mediante los veinte pesos que religiosamente le había dado al viejo portero.

Por supuesto, en la calle de Don Juan Manuel fue perfectamente recibido.

En esa vez Evaristo se retiró con unos veinte pesos que le mandó dar Mariana; pero con la firme intención de casarse con Tules. En todo el camino pensó la manera de deshacerse de Casilda, y lo que primero le vino a la mente para lograrlo fue lo que nuestros hombres del pueblo llaman aburrirla.

Entre tanto Evaristo ponía sus cinco sentidos en aburrir a Casilda, el conde del Sauz llegó de las haciendas, y un día Agustina le habló de la almohadilla, de los devanadores y chucherías que habían salido de la barriga del niño Dios de marfil.

Esto fue lo que cayó en gracia al conde.

- ¡Qué ocurrencia! -dijo el ama de llaves-. Bien, todo está bien, dame algunas onzas de oro que tendrás, como siempre, encerradas bajo de siete llaves.

En la primera ocasión que Evaristo se presentó, y lo hacía con cualquier pretexto frecuentemente, Agustina lo llamó aparte.

- Evaristo -le dijo-, diga lo que se le debe por las obras que ha hecho en la casa, y no vuelva más, porque así es menester y así lo manda Dios.

- Pero señora, ¿qué he hecho para esto más que dar gusto al pensamiento a usted y a la señora condesita? He compuesto la mesa de la cocina, la cómoda del señor conde y el escaparate del corredor, y nada he cobrado ni dado motivo ...

- No se trata de eso, y por eso le digo que haga la cuenta para pagársela, sino de que Tules está como se dice, perdiendo con los demás criados y aun con el portero, que soltó el otro día una palabra que no me gustó.

Le brindaron con lo que precisamente quería; pero no habría tenido valor para decir una sola palabra y más bien revolvía en su cabeza pensamientos violentos, como de hacer bajar con engaños a Tules, robársela y después pedir perdón por medio de una carta pero en fin, a nada se decidía, hasta que la invencible casamentera de Agustina lo sacó de su indecisión.

- La verdad, señora -contestó-, es que desde el primer día que mi buena estrella me trajo a esta casa y vi a doña Tules, la quise mucho.

- Tules es sola, no tiene ni padre, ni hermanos, ni ningún otro pariente. Es mi ahijada y aquí está como hija de la casa, nada le falta, yo creo que ella está inclinada a usted y se casará en el momento que yo se lo diga. Conque, ¿cuándo?

Evaristo se quedó reflexionando un rato, y después respondió resueltamente:

- Dentro de tres semanas.

Fue el plazo que creyó suficiente para acabar de aburrir a Casilda.

Evaristo prometió cuanto quiso Agustina, que fue larga en sus exigencias, y se retiró, no a examinar su conciencia, sino discurriendo el modo de deshacerse de Casilda.

Una noche la cena se componía de chicharrones medio duros en un agua tibia teñida con un chile ancho, pues ya no había carbón, ni manteca ni nada. La sal misma la había pedido Casilda a una vecina.

- ¿No hay otra cosa qué cenar? -dijo Evaristo con cólera.

- ¡Pero qué quieres que haya! Hace tres días que me diste la última peseta, y ya no tengo ni qué empeñar.

- Pues esto te lo comes tú y ...

Evaristo tomó con las dos manos la cazuela de mole aguado y lanzó su contenido a la cara de Casilda.

- Eres un soez malcriado y toda tu generación -gritó Casilda llevándose las manos a los ojos-. Así pagas, canalla, lo que yo he hecho por ti -le gritó Casilda frenética, y cogiendo la cazuela ya vacía la tiró a la cabeza del forajido. Éste, ciego y frenético, buscó un otate delgado y descargó golpe tras golpe en la espalda de la desventurada.

Casilda quiso defenderse; Evaristo, más fuerte, naturalmente, logró tirarla al suelo.

- ¿Si la habré matado? -dijo, volviendo repentinamente en sí.

Media hora después Casilda se movió, se sentó, miró a todos lados; finalmente se puso en pie, y silenciosa e imponente se dirigió a donde estaba Evaristo y le dijo:

- Eres un malvado, un asesino, un cobarde. Has de morir en la horca. Acábame de matar si eres hombre.

Evaristo, aterrorizado, bajó los ojos.

Casilda ya no le dijo más. Se lavó la cara con agua clara para quitarse la sangre, cambió su ropa por otra ya vieja y remendada, abandonó para siempre, bañada en llanto, el río donde corrían las aguas cristalinas, el bosquecillo donde cantaban los pájaros.

CAPITULO DECIMOSÉPTIMO

Casamiento de Evaristo

Apenas había salido Casilda del umbral de la puerta, cuando Evaristo se levantó de la silla. Su primer ímpetu fue detenerla y reconciliarse con ella, pero se detuvo y vio con una especie de terror y de sentimiento alejarse aquella mujer que andaba lentamente, como empujada con esfuerzo por el viento delgado y frío de la noche. Al fin Casilda había sido su primera querida, lo había acompañado en los días de infortunio, lo había amado a su manera.

¡Despedirla así, con groseros ultrajes, con una paliza como se la da un carnicero bruto al perro que le roba un hueso! Esto no era justo, no era bueno.

La ambición entraba por mucho en el ánimo del tornero. Suponía que, casado con Tules tendría la protección de Agustina y quizá del conde mismo, que no lo miraba ya tan mal desde que resanó el marco de su escudo de armas y las molduras flamencas de un mueble antiguo, y alguna ocasión se dejó decir que sería necesario enviarlo a las haciendas, donde había multitud de cosas que reparar en las habitaciones.

Con estas ideas, echó, como quien dice, tierra a su conciencia, cerró la puerta, apagó la luz y se acostó en su fría y solitario colchón, diciendo:

- Casilda ya no volverá; mejor, al fin logré aburrirla y en un tris estuvo que no la matara o la volviera a llamar.

Presentóse en la casa de Don Juan Manuel, y sus deseos se realizaron más allá de lo que él mismo suponía.

El conde del Sauz dio su consentimiento, con la condición de que, una vez casado con Tules, fuese a las haciendas a trabajar en las obras que se necesitasen. Las diligencias matrimoniales se hicieron brevemente. Evaristo se casó en Tules, y quince días después era ya Evaristo el jefe de la carpintería del Sauz.

El primer año la conducta de Evaristo fue irreprochable, arregló el taller, reconoció techos, trojes, muebles, carros e instrumentos de labranza y fue componiendo y reponiendo todo a medida que se necesitaba, de modo que el conde y Robreño, el administrador, estaban contentos de su inteligencia y de su actividad. Cuando no tenía trabajo urgente en la hacienda, daba sus vueltas por los pueblos y sacaba no pocas utilidades de los remiendos. El matrimonio tuvo, como la mayor parte de sus congéneres, su luna de miel, pero a los dos años la mansedumbre que formaba el carácter de Tules comenzaba a fastidiarle, y extrañaba la vivacidad de Casilda.

Evaristo estaba también muy disgustado porque no había tenido sucesión, y Dios permitió, sin duda, que no la tuviera, porque desgraciado hijo y desgraciada madre con este bandido.

Un día las cosas pasaron a más, y el trojero, que tampoco tenía buen carácter, cansado de aguantar, se agarró a los trompones con el tornero, y como los dos eran fuertes y rencorosos, la lucha fue como la de dos atletas ingleses; sin necesidad de armas se hubieran matado, a no ser por la intervención del administrador, que, requerido por los peones, acudió corriendo y separó a los contendientes a cintarazos.

El conde, que hacía frecuentes viajes, llegó a pocos días; informado de lo ocurrido, determinó que Evaristo fuese despedido dándole con cualquier pretexto una buena paliza y quedándose Tules en la hacienda; pero la buena, la sencilla Tules intervino, calmó la cólera del conde y manifestó la resolución de seguir a su marido.

- ¡Ve, ve con Dios! -le dijo el conde.

Evaristo y Tules, por la favorable intervención de Robreño, abandonaron pacíficamente la hacienda aprovechando la ocasión de unos carros que se mandaban a México.

A su llegada a México se alojaron en el Mesón de San Dimas de la calle de las Moras, y lo primero que hizo fue prohibir a Tules que fuese a ver a su madrina, y la advirtió que el día que la viese siquiera por la calle de Don Juan Manuel, le daría muchos golpes.

Desde que fue echado de la hacienda concibió un odio profundo contra todos los de la casa, tuviesen o no la culpa, que no era más que suya. Él, como de costumbre, comenzó a gastar dinero en hacerse calzoneras con botones de plata, fino sombrero y lujosas toquillas, y todo su afán era encontrar a Casilda para juntarse con ella.

Evaristo se echo como se dice a buscar casa, pero como las del centro eran de renta muy subida y los propietarios le exigían fiador del comercio, tuvo que contentarse con el local de la Estampa de Regina, que para sus planes y trabajos le proporcionaba muchas comodidades. Compró un torno, los mejores instrumentos que pudo encontrar, maderas de todas clases, los muebles y trastes necesarios para la casa, y finalmente se instaló allí en compañía de Tules.

Pasaron mucho tiempo en la vecindad como el tipo feliz del matrimonio del artesano hábil y honrado. ¡Qué engaño! La buena o mala suerte, más bien la mala, guió los pasos de la viejecita trapera por las calles tristes y solitarias de la gran ciudad, hasta que se detuvo como en un puerto de salud en la Estampa de Regina, y allí no tuvo más remedio que entregar al nieto del muy poderoso señor don Gaspar, Melchor y Baltasar, conde del Sauz al hijo de la hermosa condesita que compró la maravillosa almohadilla al verdugo de Casilda, al marido de Tules, al hábil artesano Evaristo el tornero.

CAPITULO DÉCIMOCTAVO

El aprendiz

En las clases y educación de las gentes de México (como en las de España) hay todavía más diferencia y matices que la que los químicos han establecido en los colores. Casilda era la hija del pueblo, bulliciosa, alegre, de un cierto talento natural, vehemente en sus pasiones, sabiendo apenas leer y sin más nociones ni ideas que las de las cosas y objetos que pasaban por su vida diaria; hábil, sin que nadie la hubiese enseñado, para hacer un buen guiso al uso del país y unos frijoles refritos; coser en blanco y asear y gobernar su cuarto; buena y completa, como ella misma lo vociferaba, con el hombre que la mantenía. No se había casado por ... flojera ... porque era necesario que se leyeran las amonestaciones en la parroquia, pagar los derechos al cura y ... al fin era lo mismo: vivían juntos. Evaristo la quería, eran marido y mujer, menos la bendición del cura.

Tules era otra cosa. Era una mártir. Sabía leer y escribir regularmente, dobladillar muy fino, bordar hasta realzado con hilo de oro la doctrina y las cosas de la religión le eran

familiares, y como su memoria era feliz, retenía la erudición que escuchaba en los sermones. Salomón era su ínfimo conocido, Rebeca y Esther, sus amigas, y San Pedro, Santa María Egipciaca y la Magdalena, sus favoritos. y nada se diga de la Virgen, en la que confiaba ciegamente.

Le bastó dar una vuelta por las tapicerías y por las carpinterías para proporcionarse trabajo. Perillas, bolas para pies de muebles, columnas pequeñas, centros o pies para las mesas redondas, molduras y mil otras cosas; tiempo le faltaba, y como tenía buenas maderas, nada pedía adelantado y cumplía entregando las obras acabadas el mismo día convenido, lejos de que tuviera que salir a a calle, su casa, apartada del centro como era, no se vaciaba desde las diez de la mañana hasta las seis de la tarde.

Evaristo ganaba lo que quería y rehusaba trabajo, pues no podía cumplir, no obstante que algunas noches velaba. Su fama se extendió por toda la ciudad. Los muebles tallados por Evaristo valían el doble.

Más tarde vino a su cabeza una idea fija, y era la de buscar a Casilda, contentarla.

En uno de sus frecuentes paseos creyó que una mujer que iba lejos y por la acera de enfrente era Casilda. Materialmente corrió tras ella y la alcanzó. Era Casilda.

- Te vas conmigo, de aquí te llevo a un cuarto que buscaremos, y ya no te abandonaré nunca; o si tú quieres nos volveremos a San Ángel -le dijo Evaristo queriendo al mismo tiempo besarla por toda la cara.

Casilda, indignada, defendió su cara con el rebozo y rechazó a Evaristo. Casilda tuvo repentinamente un rasgo de astucia que le inspiró el instinto de su propia conservación.

Medio se dejó besar de Evaristo y suavizando la voz le dijo:

- Mira, Evaristo, no seas bruto ni canalla, por eso no volví a la casa de San Ángel, pero ahora hablaremos en paz y así nos podremos entender.

Evaristo cambió repentinamente; dejó libres los movimientos a la muchacha, se asomó a la calle para ver si alguien venía y volvió contento, casi riéndose al zaguán.

Platicaron y platicaron y Evaristo hizo promesas por el alma de su madre y de su padre.

Casilda, por su parte, pareció olvidar lo pasado y perdonarlo, le pidió garantías, le dijo que necesitaba diez pesos para sacar su ropa empeñada.

- Bueno, ¿por qué no te vas ahora conmigo? -le dijo echándole el brazo al cuello.

- Porque estoy sirviendo aquí junto, en el número 7, tengo el dinero del mandado y adelantado mi mes y mi baúl con mi ropa. Si no vuelvo a la casa, creerán los amos que los he robado, y ¿para qué me he de exponer a que me lleven a la cárcel? Ven para que no

digas que te juego una mala partida; todos los días a las nueve espérame en la acera de enfrente, me acompañas al mercado y el día último nos vamos donde quieras; busca cuarto, porque a la tornería no he de ir.

Evaristo se volvió a su casa contento, lleno de esperanzas y decidido ya a aburrir a Tules.

El día treinta, a las nueve en punto, Evaristo se hallaba, como los días anteriores, esperando ansioso la salida de Casilda.

Las diez, las once; Evaristo pateaba, las horas pasaban, daba vueltas por la calle, intentaba penetrar en la casa, estaba como una fiera hambrienta.

Cuando regresó a su casa Evaristo era ya otro.

El matrimonio estaba ya mal avenido. Tules, buena y sufrida como era, había perdido completamente el poco amor que le tuvo durante los primeros meses que duró la luna de miel, la amenazaba y alzaba la mano; pero no se atrevía, porque tenía miedo de que un día u otro se supiese esto en la calle de Don Juan Manuel. No carecía de razón. En efecto, una tarde al oscurecer, el conde, por una de sus rarezas y excentricidades, entró en la casa de vecindad donde vivía Evaristo, y, cuando éste menos lo pensaba, ya lo tenía delante.

- ¡Canallas e ingratos todos ustedes! -dijo el conde encarándosele, retorciéndose el bigote y dejando ver su larga espada.

Tules iba a decir algo para disculparse; pero el conde no lo permitió.

- Ya sé que tú no tienes la culpa; de buena gana te volverías al lado de Agustina y de la condesa, pero el bribón de tu marido te lo impide. Vaya, si no se te ha olvidado tu oficio - continuó dirigiéndose a Evaristo-, necesito que me hagas un mascarón feo, deforme, pero que tenga la cara de un guerrero antiguo, de los tiempos de la guerra de Flandes.

Sin responder, tomó un papel y un manojito de lápices y en un instante trazó el bosquejo de un mascarón.

- Eso es -dijo el conde-, eso es lo que yo quería, has adivinado mi idea.

El conde tiró sobre el banco del tornero media onza de oro, y embozándose en su capa salió del taller sin dirigir a Tules ni una mirada.

Buscó un buen trozo de madera de ébano, tomó un pequeño formón y comenzó a tallar la figura, que antes de dos semanas estaba acabada.

¿Este miedo, este respeto tradicional, antiguo, inexplicable, es la causa de las conquistas y forma la gloria de los conquistadores, mantiene las monarquías y conduce a los hombres a la matanza saludando a César antes de morir? ¡Quién sabe!

La Revolución francesa quiso destruirlo, aniquilarlo, proscribirlo para siempre en todas las sociedades humanas. ¡Vano esfuerzo! De la guillotina y de la sangre volvió a renacer más fuerte, más organizado, más temible, revestido de las formas llamadas constitucionales. ¡Sangre perdida! ¡Víctimas inútiles!

Evaristo, contento con su mascarón que consideró una de sus mejores obras, se propuso llevarlo personalmente a la casa de Don Juan Manuel; pero tuvo miedo al lenguaje terrible del conde y prefirió enviar a Tules, la que tuvo un momento de alivio y de alegría, pensando que sólo necesitaba atravesar algunas calles para abrazar a su madrina y besar las blancas manos de la condesita.

Vistió su mejor ropa y su rebozo de hilo de bolita, envolvió en un pañuelo el mascarón de ébano y, por el rumbo más corto, se encaminó al viejo palacio del conde del Sauz.

De un brinco se puede decir que Tules subió las escaleras, y sin hablar con los criados que encontró al paso penetró hasta la alcoba de Agustina. Una y otra quedaron espantadas al verse y apenas se podían reconocer.

- Calla, calla, no me digas una palabra. He sido una vieja loca en casarte con ese hombre. Ya sé sus vicios y su conducta y cómo te trata. Dios me ha castigado, ya me ves ... huesos ... huesos ... no pasa una semana sin que esté enferma.

- ¿Y la señorita condesita? -se aventuró a preguntar Tules con una voz que apenas se entendía.

- Peor, todo peor, la desgracia ha entrado en esta casa, ya la verás ...

Mariana, que sin duda oyó una voz que no le era desconocida, salió de la recámara y entró en la de Agustina.

Tules dejó caer los brazos, desconsolada, y bajó los ojos sin atreverse a abrazar a su ama y sin poder hablar.

- ¿Tan desfigurada estoy, Tules? -dijo la condesita-. Y tú ... ¡Dios mío! Si no fuera por tu voz no te habría reconocido.

Se creía criminal y culpable por haber casado a Tules y protegido los amoríos de Juan Robreño y de la condesita, y en realidad no era más que la criada antigua, cariñosa, apegada y solícita como una madre, con los que había conocido desde que nacieron.

Tules calló la dura vida que pasaba y sólo les contó la visita del conde y la ocasión que le había proporcionado el ir a la casa, y les entregó el mascarón, que no pudieron menos de elogiar por la fineza de la talla y la extraña forma de la cara.

- Toma -le dijo Agustina, abrazándola estrechamente-, adivino, mejor dicho, sé lo que te pasa -y le puso en las manos una bolsita de piel llena de dinero-, algo te aliviará esto ...

aunque el dinero, hija mía, no sirve de nada para la felicidad de la vida ... Ya ves ... aquí nos sobra y ...

El día que siguió a la visita de Tules fue precisamente cuando se presentó con su huérfano la viejecita traperera al obrador de tornería, lo entregó a Evaristo.

- Ya has traído una boca más para mantenerla y obligarme no sólo a que trabaje de día, sino a que vele de noche.

- Poco gasto nos hará, y ya vez que los días que estoy mala no puedo hacer los mandados; él nos ayudará.

- Tiene trazas de un buen flojo.

- Me dio mucha lástima la viejecita, tan flaca, tan débil y tan pobre, y él ... yo creo que trabajará y será un buen muchacho.

- ¿Qué sabes hacer? -le preguntó con voz desagradable.

- Hacer mandados.

Evaristo cayó en la costumbre de la mayor parte de los artesanos, de pedir adelantado y de engañar. Se comprometía a entregar tres o cuatro obras al mismo tiempo el sábado, y no entregaba ninguna. No podía, por consiguiente, cobrar la raya, carecía de dinero y la semana siguiente tenía que acudir a otras personas para que le prestaran, sin contar que casi todo lo que conseguía lo derrochaba los domingos y lunes en las vinaterías, y Tules pasaba la pena negra para mantener la casa y pagar la renta.

Cuanto de malo pasaba al tornero iba a recalar contra su mujer y contra Juan.

Juan olvidó su cólera y su dolor. En ese momento le preocupaba un sentimiento extraño y triste de soledad y de abandono que enferma generalmente el corazón de los huérfanos, y sin poderse contener abrazó amorosamente el cuello de Tules.

- Quita, quita -le dijo Tules-, me haces daño; si Evaristo viniera y nos encontrara así, te arrancarí la otra oreja. Cuando te veo bien, eres el retrato vivo de mi ama ... ven, deja que te vea con la luz ...

Tules llevó a la puerta al aprendiz, le limpió mejor la cara y la sangre que aún goteaba y se quedó mirándolo atentamente con asombro.

- Sus mismos ojos -dijo en voz baja-, su nariz ..., idéntica, la misma boca de la condesita, los mismos ojos feroces del conde ... pero, ni pensarlo ... la condesita encerrada siempre, y tan cristiana, tan temerosa de Dios, y luego ... el señor conde la hubiera matado ... malos juicios, la vida que llevo me hace pensar mal hasta de mi madrina y de mi ama.

Tules quedó pensativa y callada largo rato. Juan, azorado, la miraba y no acertaba a comprender el significado de la conversación que sostenía Tules consigo misma.

La voz bronca de Evaristo, que averiguaba algo con las vecinas, y las pisadas contra las losas de sus tacones con herraduras, sacaron a Tules de sus cavilaciones.

- Toma una escoba ... pronto, pronto y ponte a barrer, Evaristo llega.

Juan apresuradamente tomó la escoba que le alargó su nueva ama y se puso a barrer, mientras ella se acercó al brasero a picar cebollas.

Evaristo entró de mal humor y recordó:

- Mueve la rueda, haragán, ocioso, inservible -le gritó al muchacho.

Juan dejó la escoba y comenzó a mover la rueda. Un cuarto de hora después volvió a gritar:

- ¿Está el almuerzo?

- Listo -contestó Tules-. En un momento pongo la mesa.

Y en efecto, en menos de dos minutos, servilleta blanca, vasos y platos limpios, cubiertos bruñidos, salero de cristal, chilitos verdes, pan y tortillas cubrían la mesa, que tenía un conjunto apetitoso que aumentaba el vapor aromático de los barnizados trastes de barro colocados en las hornillas.

- Te tengo dicho mil veces que cuando yo venga has de tener el almuerzo servido. No puedo perder tiempo.

- Se me quemaba la comida -le interrumpió Tules.

Por fin el tornero se levantó de su banco y se sentó a la mesa.

Tules había puesto tres platos.

- ¿Para quién es este plato? -preguntó con voz violenta Evaristo.

- Para Juan -respondió Tules-, mejor que coma con nosotros, comerá bien y tendré menos trabajo.

- ¿De dónde te has figurado, pedazo de bestia -le dijo Evaristo colérico-, que un aprendiz coma con el maestro? Afuera ese plato, que vaya al rincón y se le dará lo que sobre.

Evaristo devoró la comida sabrosa y excitante usual de la gente del pueblo, bebió su tinita de pulque, y él mismo, con una maligna intención, juntó en un plato pedazos de pan y de

tortilla, huesos de carne, caldo de frijoles y algunas cortezas de naranja, un puñado de capulines, y lo mezcló bien y puso delante del aprendiz esta detestable escamocha.

Juan clavó sus ojos negros y feroces en el maestro, y éste, sin saber por qué, no pudo sostener la mirada; pero pronto se repuso.

- ¿No lo comes, no lo quieres comer? Pues muérete de hambre, o yo te mezclaré aserrín y te lo haré comer a fuerza. De una vez -dijo Evaristo, recreándose en la repugnancia con que veía comer al muchacho- arreglaremos la manutención de este haragán. Por la mañana pilón (1) de atole y un pambacito blanco, a mediodía su escamocha, y en la noche otro pilón de atole y los mendrugos de pan que sobren. Ya verás cómo antes de un mes engorda como un marrano; y cuidado conque le des más, ni gastes el dinero, que no quiero trabajar para mantener huérfanos. Dale un petate viejo y que duerma en el rincón de las astillas. Va a estar mejor que el conde. La vieja que lo trajo no le daría tanto.

La existencia del muchacho no habría sido posible sin los auxilios secretos de Tules. A las cinco de la mañana tenía que levantarse para comprar la leche de la ordeña de la plazuela cercana, y pobre de él cuando el sueño lo vencía. Tules, con su carácter resignado, había concluido por no hacer caso de los insultos y groserías del marido, y cuando temía que de las palabras pasase a los hechos, sabía interponer, ya a una vecina, ya a alguno de los muchos parroquianos que acudían al taller; porque todos la querían y la compadecían sospechando la vida que le daba el marido.

Tules había reconcentrado sus aficiones, todo su cariño, en Juan y en el blanco carnero.

- Sufre, aguanta por mí y por tu madre ... Me paso las noches en vela y no acierto ...

- ¿Pero qué cosa es, maestra? -le preguntaba Juan.

- No te lo puedo decir, ni tú lo podrás entender y yo misma no lo entiendo; y por Dios, te ruego, no te vayas a fugar ...

- ¿Que no vuelvo? Ni qué pensarlo, maestra. Dice usted bien, me dejaré matar del maestro antes de abandonar a usted, que me quiere tanto: no vaya a creer que yo tengo miedo.

En efecto, Tules estaba cada día más convencida de que Juan era hijo de su ama la condesita. ¿Pero cómo decir esto, cómo hacer las cosas?

Tules cerraba los ojos aterrorizada y pasaba el tiempo sin resolverse a nada.

Tules tenía otro cariño, otro amor entrañable, vehemente, y era el cordero. Lo habla mandado traer de la hacienda su madrina, y pequeñito, apenas había acabado de mamar, cuando un rancharo a caballo. caminando leguas y leguas, lo trajo con mucho cuidado. Evaristo se puso muy contento; precisamente había tenido la intención de comprar un chivo o un carnero.

Cuando Evaristo, ya por entregar sus obras, comprar sus materiales o, lo que era más frecuente, por sus disipaciones con los amigos y comadres, hacia largas ausencias que a veces duraban días y noches enteras, Tules respiraba, descansaba, parecía que la torre de Catedral se le quitaba de encima.

Tules, después de dormir el domingo pensando en Juan, en su madrina y en la condesa, formó la suprema resolución de aprovechar la primera ausencia de Evaristo, ir a la calle de Don Juan Manuel y contar los secretos que ya no cabían en su corazón.

CAPITULO DÉCIMONOVENO

San Lunes

Glorioso, magnífico, espléndido para los artesanos de México, no tienen durante la semana otra idea, otro pensamiento, otra ilusión. Desde el martes, los días de la semana les parecen una eternidad; y sin embargo, trabajan y trabajan, velan y se fatigan, y se cortan las manos con los instrumentos y hacen los más grandes esfuerzos para entregar la obra el sábado o domingo, y todos estos sacrificios, todos estos afanes son porque de llegar tiene el glorioso, el suspirado *San Lunes*. ¡Quién piensa en el porvenir! ¡A quién le ocurre echar en una alcancía un poco, una mínima parte del jornal para que tenga siquiera qué comer durante tres o cuatro días!

El domingo suele el artesano que no ha concluido la obra trabajar medio día para entregarla a las doce y cobrar su precio o percibir el resto de su raya. Algunos se quedan en su casa, se tiran en su petate cansados y fatigados del trabajo, se estiran, se revuelcan para hacerse ellos mismos una especie de masaje, que vuelve a las coyunturas cansadas su elasticidad, y concluyen por dormirse. Otros, los más arreglados y hombres de bien, ayudan a la mujer a peinar a los muchachos y salen muy planchados y limpios a la misa de doce en la parroquia; regresan, sacan sus sillas al patio de la casa de vecindad y se sientan al sol, a platicar con los vecinos. A la tarde, como buenos padres de familia, van a la maroma de la calle de Arsinas o a los títeres o entremeses del teatro de Alconedo; pero siempre hay algo secreto y reservado entre ellos y la familia, y es el *San Lunes*. Guardan lo que pueden de dinero, se marchan de la casa a escondidas, porque las mujeres o las queridas se oponen generalmente a las festividades de *San Lunes*, y regresan las más de las veces heridos o contusos sin un ochavo en la bolsa, si no es que van a pasar la noche a la Diputación.

- Mira, Evaristo -le dijo Tules con una voz que hubiera ablandado a cualquiera que no fuese el tornero-, no vayas por esos barrios a tirar tu dinero con amigos que no hacen más que gastarte lo poco que tienes.

- Ya sabes, a mí me gustan las enchiladas picantes y la sangre de conejo (1).

- Eso es lo que precisamente me da miedo, la sangre de conejo. Ya sabes que ese pulque es muy traicionero, se sube a la cabeza, y el hombre que se emborracha es un loco, no sabe lo que hace; además, lo poco que me has dado en la semana se me acabó ya y esta noche no tendremos que cenar. Tú no quieres que yo vea a doña Agustina: ella me daría o me prestaría de seguro dinero y se lo iríamos pagando poco a poco. Mira, Evaristo, no quiero que te enojés, y ya veré cómo me compongo con la cena. Lo que quiero es que no salgas a hacer *San Lunes*. Te vuelvo a rogar; el corazón me dice que algo va a suceder; no vayas.

- ¿Sucederme algo? Si no hay quién me complete a mí, y ya se me iban quitando las ganas de salir, pero sólo porque tú no quieres he de salir y saldré y tres más, y haré mi santa voluntad y tiraré el dinero, que para eso trabajo, y cenes tú o no cenes, lo mismo me da.

Y Evaristo al decir esto, miraba malamente a Tules y sonaba en sus bolsillos los pesos y la moneda menuda que tenía.

- Te lo ruego por Dios, Evaristo -volvió a insistir Tules.

No hubo medio. Evaristo salió de la tomería sin dirigir la vista a Tules, que quedó anonadada, y lenta y silenciosamente continuó lavando el tinajero y arreglando unos cuantos vasos y cubitas dorados de cristal.

Al desembocar una calle apartada del centro de la ciudad, se divisa un gran cobertizo o jacalón con un techo de tejamanil, que el tiempo, las aguas y el sol se han encargado de ennegrecer y de imprimirle un aspecto siniestro.

Pero el fondo de ese extraño edificio, que más bien parecía olvidado allí desde los tiempos anteriores a la Conquista, tenía algo de claro y de alegre que contrastaba con la triste desnudez del resto.

Todo el ancho de la pared, ocupado con grandes tinas llenas de pulque espumoso, pintadas de amarillo, de colorado y de verde con grandes letreros que sabían de memoria las criadas y mozos del barrio, aunque no supieran leer: *La Valiente*, *La Chillona*, *La Bailadora*, *La Petenera*. Cada cuba tenía su nombre propio y retumbante que no dejaba de indicar también la calidad del pulque.

Tal era la antigua y afamada pulquería de *Los Pelos*.

Afamada por sus pulques, que eran los mejores y más exquisitos de los Llanos de Ápam; afamada por la mucha concurrencia diaria, mayor el domingo y en toda su plenitud el lunes; y afamada, en fin, por los muchos pleitos, heridos, asesinatos y tumultos.

El tornero, arrogante y erguido, entró por el extremo opuesto; atravesó todo el espacio hasta llegar al tinacal.

- Qué solo está esto, don Jesús, y ya es tarde. ¡Qué diablos habrá sucedido con la gente!

- Ya irán viniendo, don Evaristo -contestó el pulquero sacudiéndole la mano-; en cuanto lleguen los músicos y las almuerceras ya me lo dirá usted.

- Es que vengo dispuesto a rifarme con los guapos.

- Mejor haría usted, don Evaristo, con darme la mitad de su dinero y guardarse la otra mitad, porque no hay lunes en que no pierda lo que trae en la bolsa.

Estando en esta conversación se presentaron tres ciegos conducidos por un muchacho. El uno con un gran guitarrón y los otros con sus bandolones. Las almuerceras llegaron al mismo tiempo, establecieron sus anafres y una indita tortillera comenzó a moler y a echar tortillas calientes.

Una hora después los bandolones rasgaban un estrepitoso jarabe, las frituras de longaniza y camitas saltaban en las cazuelas y el maíz molido, el chile y el pulque producían una mezcla de aromas indefinibles, embriagadores para los concurrentes y nauseabundos para los que no estaban acostumbrados. La concurrencia fue aumentado de hora en hora, y al mediodía el espacioso jacalón estaba completamente lleno.

No tardaron mucho en reunirse los grupos de conocidos.

Don Jesús, con su largo belduque en la cintura, daba vueltas, recorría su gran jacalón, como imponiendo miedo y orden con sólo su presencia. Dos *aguilitas* almorzaban muy tranquilos, sentados Junto a un pilarón, con su larga espada entre las piernas.

Repentinamente el tornero separó con manos y codos a los que le estorbaban el paso, y cayó como del tejado en medio del círculo; encarándose con una bailarina, muchachona de no malos bigotes, se puso las manos tras la cintura y comenzó a respuntar (2) un jarabe que le valió los aplausos de la rueda, que se propagaron por toda la pulquería. Evaristo había comido una quesadilla y bebido medio tocomate de pulque. Estaba alegre y nada más.

- Almorzaremos, chula (3), y bien, que para eso tengo las bolsas llenas de dinero, y con algo se ha de pagar ese zapateado que en mi vida lo he visto bailar mejor.

- Como quiera -le contestó la compañera-, pero déjeme que busque a Chucho también lo convidará. ¿No hay obstáculo?

- Don Evaristo, aquí tiene a mi marido Chucho -dijo Pancha.

- Ya me lo habla dicho don Jesús -contestó Evaristo tendiendo la mano a Chucho, que éste apretó.

- Conque compas y a almorzar -respondió Evaristo-, que las chalupitas se ponen tiesas si se enfrían -al mismo tiempo tendió su jorongo en el suelo e hizo seña a Pancha para que se sentara-. Y los demás amigos que vengan, llámelos -le dijo a Chucho.

Sin hacerse del rogar, Chucho, que ya se había sentado, se levantó y volvió a poco acompañado del *tuerto* Cirilo, de Vicente *La Chinche* y de otras dos o tres mujeres más.

Los almorzadores circulaban los tomatitos sin cesar, mordían los tacos con aguacate y chilitos verdes con un verdadero placer; reían franca, ingenuamente; se pellizcaban hombres y mujeres; se decían sus requiebros a su modo; gozaban como ningún día de la semana; tenían más hambre, más fuerzas, más deseos; veían la vida por el lado alegre, sin cuidarse ni de sus esposas ni de sus hijos; gastaban el dinero sin pensar lo que comerían el martes.

El grupo de almorzadores estaba rodeado de gente curiosa y algunos indios callados, con su mirada triste, inmóviles y envueltos en sus viejas frazadas ...

De cuando en cuando Pancha les pasaba un tomatite con restos de pulque blanco y de sangre de conejo. Los indios devolvían la vasija vacía, y besando la mano de Pancha, le decían:

- Dios se lo pague, madremita.

Y pancha les daba un rollo de tortillas:

- Pa' tus hijos -les decía.

- ¡Las mujeres siempre son buenas!

Prolongóse a más de dos horas el convite, y entrada la tarde convinieron en que mientras las mujeres bailaban con quien les diera la gana, jugarían unas partidas de rayuela. Evaristo pagó, y bien, a la almuercera; pero aún le quedaba bastante dinero en el bolsillo, que no cesaba de hacer sonar y remover las manos, con asombro de los indios, que lo miraban azorados como si fuera el mismo dios del oro.

Comenzaron por apostar una botella de mistela de naranja. La mistela, entonces, y tal vez ahora también, con otro nombre más retumbante europeo, era un compuesto de chiringuirito reforzado con alumbre y cáscara de naranja en infusión. Un verdadero veneno capaz de trastornar la cabeza más fuerte.

En media hora, todo el dinero de Evaristo había pasado al bolsillo de Chucho *El Garrote*, Evaristo estaba medio borracho; la echó de generoso, disimuló y fue a la rueda del baile. Separó con la mano al que hacía frente a Pancha y continuó bailando y taconeando, pero ya como queriendo caer. Se hizo el fuerte, se quitó el sombrero y lo tiró a los pies de Pancha.

En esta vez Chucho, que menos bebido observaba a su mujer, no aguantó más; con su mano cogió de las trenzas a Pancha y la apartó lejos, y con la otra dio un revés en la cara a Evaristo, no muy fuerte, porque lo habría matado como al cargador su compañero.

- Si es hombre -le dijo-, véngase conmigo.

Evaristo, aturdido, de pronto se quedó sin saber qué hacer.

- Véngase -le repitió.

Evaristo buscó en la cintura su puñal, que nunca lo abandonaba en el día sagrado de San Lunes. Ya tenía experiencia, y se le fue encima a Chucho. Los curiosos se apartaron de un lado a otro.

- Cobarde, montonero, ¿no ve que no tengo arma? Pero no le hace.

Don Jesús, el dueño de la pulquería, sereno e impassible, se limitó a sacar su belduque y se puso al frente de su tinacal en compañía de *Garrapata*, que reía y no cesaba de hacer gestos y piruetas.

Entre tanto, sin saber él mismo cómo, Evaristo había sido desarmado y estaba tendido en un charco de lodo, y Chucho encima de él.

- No lo mates -le dijo Pancha-, no seas bruto; al fin pagó y nada ha de haber entre nosotros.

La inquietud de la pobre de Tules había sido grande. El aprendiz salió a dar un paseo, y ella lavó tinajero, trastos, vigas y cuanto encontró, sin que pudiera calmarse un instante.

- Es ya muy tarde y Evaristo no ha venido, quizá tendré tiempo para hacerle algo de cenar, tengo chiles y unos pocos de frijoles de ayer. Haré un poco de chiles con queso y refreiré los frijoles. No compres pulque en el bodegón, porque bastante habrá bebido Evaristo.

Juan, sin decir una palabra, salió y no dilató en volver con lo que le había encargado.

Se escuchó un ruido de pasos. Un vuelco dio el corazón de Tules y soltó una cazuela que tenía en la mano.

Evaristo, envuelto en su jorongo, con el sombrero machucado, sin la toquilla, las patillas greñudas y en la cara verdugones sanguíneos, y entró vacilando; con algún trabajo pasó el umbral, sombrío, temible, sin hablar una palabra, se dejó caer en el sillón de terciopelo carmesí que olía a incienso y a iglesia y que había dado a componer el abad de Guadalupe. Juan se refugió en un rincón y Tules se quedó como estatua delante del brasero.

Evaristo venia humillado de su derrota, pero rabioso, no sabiendo con quién saciar su venganza.

- ¡La cena! -gritó con voz enloquecida por la mistela y el pulque-. Me han pegado, me ha tirado en el suelo ese bruto de Chucho *El Garrote*, pero le he de matar; por ti, por ti, que no eres más que una ...

El delirio del alcoholismo había llegado a su colmo. Tules huía por un lado, Juan el aprendiz por el otro.

- ¡Maestro, maestro! -gritaba el aprendiz.

- ¡Por Dios, Evaristo, no me mates, me iré, mañana no me tendrás aquí! ¿Qué te he hecho?

Evaristo tropezó con el sillón que olía a incienso y a iglesia y se hizo una herida en la frente, pero se levantó más furioso y encontró un formón.

- ¡No me mates, Evaristo, de rodillas te lo pido!, ¡por Dios!

Evaristo se lanzó con el formón levantado.

- ¡Eso no, maestro; eso no! -gritó Juan, y tomando un serrote, acertó un golpe a la cabeza de Evaristo, el que, aturdido un poco, se detuvo.

Juan se refugió detrás de la silla del abad; Evaristo la hizo pedazoS a golpes, y creyendo que había matado al muchacho, volvió sobre la pobre Tules, que de rodillas como una santa, con las manos enclavijadas, suplicantes, decía:

- ¡No me mates, no me mates! ... ¡Dios mio, ten misericordia de ...!

Evaristo, loco, delirante, hundió varias veces el formón en el pecho de Tules, que no tuvo aliento más que para decir:

- ¡Jesús, Jesús me ampare! -y cayó bañada en sangre.

Evaristo, con los ojos saltándose le, chorreándole sangre por la cara, permaneció un momento con el brazo levantado, con el formón sangriento hasta el mango, y después, como una torre, se desplomó junto a Tules, deponiendo, arrojando por ojos, boca y narices la sangre la mistela y de conejo, la mistela y la sangre que de su pobre mujer había derramado inicualmente. ¡Glorioso *San Lunes*, magnifico *San Lunes* el de los artesanos de México!

CAPITULO VIGÉSIMO

Delirio

Una vela de sebo que había quedado sobre el brasero, alumbró tristemente el resto de la noche el cuadro de desolación y de horror que presentaba el taller. Evaristo creía tener a las dos mujeres delante de él; y así como arrojó a la calle a Casilda dándole una paliza, para casarse con Tules, en esos momentos trataba de acabar con Tules para volver a echar el brazo al cuello de Casilda.

Evaristo, al caer beodo y herido por el golpe que le asentó Juan y agotados los últimos esfuerzos de sus nervios excitados por la bebida, tendió los brazos al aire, creyendo estrechar a Casilda y dio sobre Tules, y la boca impura y sucia del bandido quedó pegada a los labios fríos y descoloridos de la pobre muerta, de donde acababan de salir dolorosas palabras poniendo misericordia al asesino y encomendado su alma a Dios.

Quién sabe cuántas horas permanecieron al parecer confundidos y estrechados en supremo abrazo el asesino y su víctima.

Juan, envuelto en las astillas, en los trozos de madera tallados, en los modelos de cartón que servían al hábil tornero para sus esculturas, había permanecido inmóvil y como muerto detrás del milagroso sillón, que olía a incienso y a iglesia, y que estaba resquebrajado y hecho trizas por los golpes furiosos de Evaristo. Al tratar de guarecerse detrás del sillón, y esta fue quizá su fortuna, cayó y dio su cabeza contra el blanco, y la emoción y el golpe lo privaron del sentido. Repuesto ya, se incorporó, se limpió los ojos muchas veces, sin cesar de mirar hacia donde estaba el cuerpo sangriento, y con los cabellos erizados y las manos crispadas, mientras más miraba creía que era presa de una horrible pesadilla.

Evaristo roncaba como si estuviese ahogándose; a ocasiones se revolvió, haciendo un esfuerzo para ponerse en pie, abría grandes sus ojos y giraba su mirada al derredor del cuarto, después caía de nuevo como anonadado y agotadas sus fuerzas sobre el cadáver de Tules.

El primer impulso de Juan fue levantar el hacha y hacer mil pedazos la cabeza de su maestro. Era el momento, no de la venganza, sino de la justicia.

El sol había salido ya, la casera barría el frente de la calle, las vecinas entreabrían las puertas de sus cuartos, salían a hacer su compra o regaban el patio con el agua del pozo; todo estaba en la mayor calma; el día claro y despejado, la mañana fresca. Nada anunciaba que en esa casa tan tranquila hubiese pasado pocas horas antes un horroroso drama.

Evaristo, con cierta conciencia de lo que pasaba, vio al aprendiz con el hacha levantada, tuvo miedo y continuó fingiendo que aún estaba borracho ¿O lo estaba efectivamente todavía, hasta que llegó el momento en que, disipada la influencia del pulque, volvió en sí de su sangriento delirio? Eso es lo que quizá no podría explicarlo él mismo; pero el caso

fue que poco a poco se sentó, después se puso en pie, se agachó y tomó el instrumento que el muchacho había dejado abandonado.

- *¿Se iría ya? ¿Estará escondido acechándome para matarme? ¿No lo vi delante de mí con el fierro levantado para matarme cuando estaba yo tirado e indefenso? ¡Canallas! Canallas todos éstos, como decía el conde; si lo hubiese yo medio matado a palos antes, no habría ahora un testigo contra mí, para perderme.*

Evaristo se acercó, con cierto miedo y el arma levantada, al sillón del abad que olía a incienso y a iglesia, y lo removió.

¿Qué hacer, cómo salir cubierto de sangre por el patio de la casa y por las calles? ¿Adónde iría? Al monte de Río Frío. No le quedaba otra salida. ¿Pero la manera de hacerlo?

Evaristo pensó en el carnero, en el *consentido*, como le llamaba Tules y las vecinas, que lo querían mucho, y cuando estaba amarrado en el patio le hacían caricias y le daban pedacitos de pan en la boca. Matarlo, no había más remedio; así podría salir al patio con las manos y la camisa manchadas de sangre, presentarse ante las vecinas y convidarlas un trozo para hacer una fritanga. Se le ofrecía otra dificultad. ¿Y el cadáver de Tules? ¡Oh!, eso era fácil; enterrarla debajo de las vigas. Un día o dos podían pasar así las cosas y mientras él ganaría el monte de Río Frío.

Llegado allí, estaría salvado; encontraría sin duda otros criminales como él, y el monte era inexpugnable.

El cordero, el tímido cordero, querido y consentido de Tules, toda la noche estuvo temblando y no despegó sus grandes ojos negros, profundamente tristes, del grupo sangriento que estaba juntó a él.

Evaristo, sombrío y terrible, desató al borrego, buscó un arma aguda; pero el animal, aterrorizado, dio un salto y fue a caer sobre el cadáver de su ama. El golpe que Evaristo le había tirado hirió sólo el aire ...

Evaristo quiso salir de esta situación; tomó una pesada garlopa y acertó un golpe tremendo que partió la frente del carnero, el que cayó medio muerto sobre el cuerpo de Tules.

- *Bien* -dijo Evaristo-, *por ese lado he concluido; pero no hay que descansar.*

Salió al patio arrastrando al carnero moribundo y que aún entreabría sus tristes ojos, y lo acabó de matar en el patio.

- ¿Pero se ha vuelto usted loco don Evaristo?

- Más dolor tengo yo que ella, que se fue muy temprano para no presenciar la ejecución - contestó el tornero con una tranquilidad aparente-; pero ¿qué quería usted que hiciera? Anoche, y tal vez oyeron ustedes el ruido, se le enredó el mecate, tiró del banco de encino, se lo echó encima, y se le quebraron las dos patas; no había más remedio que matarlo para que no padeciera.

- ¡Qué desgracia! -dijeron otras vecinas, que habían oído el cuento y salieron al patio a la curiosidad.

Evaristo dejó la zalea y los trozos del cordero en el patio, entró, cerró la puerta y procedió al entierro de la muerta. Despejó el suelo, levantó con facilidad las vigas y arrastró dentro del zócalo el cuerpo, lo cubrió con el aserrín y los palos sangrientos, se puso el sombrero, el jorongo, un puñal en la cintura y el dinero que tenía en el baúl; salió del taller y al pasar por el cuarto de la casera le dijo:

- Óigame, doña Miguelita, si el aprendiz, que se fue de madrugada por la leche, vuelve, dígame que me espere en el patio. Voy un momento a casa de mi compadre; mientras le dejo a usted la llaVe. No se la de usted más que a Tules, que volverá muy pronto.

CAPITULO VIGÉSIMOPRIMERO

En el mercado

Haciendo Juan un esfuerzo para disimular, salió del taller, tranquilo, pacíficamente, como lo hacía todos los días, tirando por alto su jarro vacío y recibéndolo en la mano. Una de las vecinas que andaba por el patio tendiendo la ropa, le encargó la compra de su leche, y al darle el traste y el dinero, le dijo:

- ¿Qué te ha sucedido que tienes la cara manchada de sangre?

Juan se puso pálido como un muerto; dirigió la vista hacia donde la vecina indicaba la mancha, notó unas escoriaduras y cortaduras en su mano, y tuvo la viveza de responder:

- Me corté con los fierros, trabajando.

- Sería tu maestro quien te cortó. Anoche hubo ruido, y ya pensamos que ni tú, ni doña Tules saldrían bien librados.

Juan, en efecto, poseído de una especie de locura, corría, corría tanto como se lo permitía su edad y la fuerza de sus piernas.

Lo que quería era alejarse del taller fatal, y los esfuerzos que hacía le parecían pocos.

Su única idea era huir y alejarse del taller. Ya no le ocurriría ni remotamente la idea de buscar al alcalde ni a los soldados como lo temía Evaristo, porque era bastante avisado y pensaba que él y su maestro irían a la cárcel mientras se averiguaba la verdad.

Por fin, fatigado, sin aliento, vino casi a caer a una de las puertas del mercado del Volador. Entró, se rebujó en un rincón y ¡lo que son los pocos años y la exuberancia de la vida! a poco se quedó profundamente dormido, con su mano herida, desgarrada, sobre su pecho.

Pasó la noche en el quicio de las alacenas del Portal de las Flores, pero tenía que mudar de lugar cada vez que el sereno hacía su ronda. Amaneciendo Dios, ofrecióse para hacer mandados que fueron de nuevo a la plaza del mercado a comprar fruta o legumbres; pero no hubo quién lo ocupara, porque le faltaban unos canastos, cuerda y ayates, que son indispensables a los muchachos que ganan así su vida. ¿Cómo comprarlos?

El día, pues, lo pasó vagando en la plaza, comiendo hojas de lechuga, troncos de col y cáscaras de fruta. Cuatro o cinco días pudo vivir así, pero no era posible continuar. La única frutera a quien no se había acercado era una a quien llamaban Cecilia. Era una mujerona grande, hermosa.

El aspecto imponente de Cecilia y la gente que la rodeaba habían retraído a Juan y no se atrevía a aproximarse a ella; pero urgido por la necesidad, se decidió y aprovechando las horas en que concurren pocos compradores al mercado, se acercó a hablarle. De pronto la reina de las frutas lo recibió mal; pero así que Juan le refirió que era huérfano, que su protectora estaba casi muriendo de debilidad y de vejez, y que él se mantenía una semana con legumbres podridas y cáscaras de fruta, se compadeció de él y de pronto le dio un par de tacos de tortilla y unas manzanas.

- ¿Qué necesitas, en qué quieres ocuparte? -le preguntó.

- Necesito una canasta grande, cuatro o seis tompeatitos y dos ayates. Quiero ocuparme en llevar la fruta y el recaudo a las casas. Pagaré con mi trabajo lo que usted preste.

- ¡Vaya! Parece que tienes cara de listo y de hombre de bien. ¿Dónde vives?

- En ninguna parte.

- ¿Pues dónde has estado?

- He pasado las noches en las calles, arrimándome a las puertas y huyendo de los serenos.

- Cuidado si te portas mal. ¿Cómo te llamas?

- Marcos -respondió resueltamente el muchacho, que reflexionó que debía ocultar sus antecedentes.

- Bueno -le dijo Cecilia- te daré lo que necesitas y dormirás debajo del tejado; se lo avisaré al administrador. Me abonarás cada semana la mitad de lo que ganes y con la otra mitad te comprarás una frazada, una camisa y unos calzones, porque ya viene el frío.

En efecto, el siguiente día Juan estaba un poco limpio, había comido las sobras del almuerzo de Cecilia y estaba listo. Ese día y los siguientes fueron de trabajo y de ganancia para Juan. Antes de un mes, Juan pagó los canastos y su ropa y tenía sobrantes algunos reales y cobre en las bolsas. Un día, a la hora en que no había trabajo, Juan se dirigió en busca de la viejecita traperera.

Comodína, casi ciega, flaca y cayéndosele el pelo de su antes fina Y lustrosa piel amarilla, estaba echada en la puerta, lamiéndose una mano lastimada. Al acercarse el muchacho la perra cesó de lamerse, lo miró y dudó, pero fue solamente un instante; se levantó Y quiso dar un brinco como para darle la bienvenida.

- ¡Pobre, pobre perra! Desde hoy te cuidaré; cada vez que haga un mandado vendré a verte y tendrás carne, y pan, y cuanto puedas comer -y acariciaba a Comodína, la que sacaba su lengua floja y descolorida y la pasaba por las manos callosas de Juan, el que al fin se levantó y se resolvió a penetrar en la oscuridad y el humo de la accesoría.

Nastasita, lo mismo que Comodína, luego que reconoció a Juan quiso incorporarse y abrazarlo, pero imposible; apenas logró sacar un brazo descarnado, que Juan, inclinándose, se encargó de colocar él mismo sobre su cuello.

- Quieta; estate así, Nastasita; yo me sentaré junto a ti; tú no puedes. ¿Qué tienes?

Nastasita con una voz débil que parece que salía de debajo de la tierra, le contestó:

- ¿Qué he de tener, Juan? Los años. ¿Qué más quieres? Pero pedí a Dios que no me quitase la vida hasta que te volviese a ver para echarte la bendición. Pues que no tienes madre, a mí me toca bendecirte, hijo -y Nastasita, haciendo un esfuerzo supremo, quitó el brazo del cuello de Juan, se incorporó un poco y, extendiendo sus dedos descarnados, bendijo al huérfano, cayó en su dura y sucia almohada y dio un suspiro que fue el último que salió de su pecho.

Juan habló mil cosas, se disculpó como pudo de su larga ausencia, alegando que el maestro Evaristo no lo dejaba salir; le contó cómo estaba ya ocupado y ganando su vida, pero todo en vano.

Nastasita no le oía. ¡Estaba muerta! Juan, así que reflexionó, destapó a la viejecita, la tentó ... rígida, fría. Dirigióse a la dueña de la atolería para contarle lo que pasaba; no logró tampoco que le respondiera, y no sólo la tentó sino que la movió fuertemente ... nada, muerta también. Juan se retiró pensativo, así llegó al mercado; el guarda, que ya lo conocía, le abrió la reja, y desolado, triste, se echó en su duro lecho debajo del cobertizo.

Al día siguiente Juan refirió a Cecilia la muerte de su vieja protectora, y con su licencia se fue muy temprano al Callejón de la Condesa. La india molendera más antigua fue la albacea de la monstruosa propietaria. Tres o cuatro días antes le había enseñado, en el rincón, un agujero practicado entre la pared y las vigas del pavimento; y en ese agujero se encontraban trapitos hechos nudos y en cada uno de ellos más o menos cantidad de moneda menuda de plata, cuartillas y algunos pesos. Con este dinero se dirigió al mercado, compró dos petates nuevos y, en cuanto llegó Juan, le encargó que trajese dos cajones de muerto del Callejón de Tabaqueros y fuese a la parroquia a pagar los derechos, y a traer a la caída de la tarde la cruz y los ciriales. Juan, que estaba ya ejercitado en mandados y comisiones, y de suyo era listo, volvió con los cajones y el notario de la parroquia, y en la tarde, cosa de las cinco, el vicario, con una capa vieja negra con galones de plata, cinco monigotes con sus sobrepellices sucios y la cruz y los ciriales de hoja de lata, se presentaron en la puerta, cantaron un responso, rociaron la casa con agua bendita; después los cargadores de la esquina, que acudieron sin que nadie los llamara, acomodaron en los ataúdes a las muertas, sin más cal, ni cloruro, ni otra cosa; clavaron muy bien los ataúdes y cargaron con ellos. El padre y los monigotes echaron a trotar delante por la calle de Santa Isabel. Los cargadores los seguían trotando también; y Juan, cansado, y la pobre perra Comodina cojeando, apenas podían alcanzar este entierro de pobre.

Llegando al cementerio de Santa María, se hicieron dos agujeros profundos hasta que brotó el agua; el vicario cantó otro responso: regó los negros ataúdes y las tristes sepulturas con agua bendita, y Juan vio hundirse en la profunda tierra los restos de aquellas mujeres que habían sido el consuelo y el abrigo de sus primeros años.

El muchacho y la perra, cabizbajos y temblando de frío, regresaron a la ciudad al terminar la nublada tarde de uno de los días destemplados y melancólicos del invierno.

CAPITULO VIGÉSIMOSEGUNDO

Cecilia

Juan, sin haber aprendido religión alguna, sin tener nociones de la moral ni más enseñanza que los rezos que oía murmurar a Nastasita y las ceremonias de la misa, a la que rara vez iba, creía en la Providencia y sentía en su interior alguna cosa neta y fuerte que le hacía distinguir las buenas de las malas acciones, que es lo que se ha convenido en llamar conciencia. Aparte del cariño que lo ligó a Tules, el asesinato injusto y brutal que perpetró Evaristo lo había horrorizado, y las aventuras y extrañas mudanzas de su vida, le habían dado una cierta experiencia.

Sin darse él cuenta de estos sentimientos, más tranquilo, pues no había encontrado a ninguna de las vecinas y nadie lo perseguía, llegó con cierta confianza al puesto de fruta, y al día siguiente, tan pronto como el mercado estuvo solo, contó a Cecilia lo ocurrido.

- Desde que te eché el ojo -le contestó ésta- me latió que eras un buen muchacho; siéntate y come. ¡Calla! ya tienes un perro. ¿Dónde se te ha pegado?

Juan no quiso en aquel momento contar su historia a Cecilia, y le respondió simplemente que había pertenecido a la viejecita y que él lo habla recogido para que no se muriese de hambre.

- Vaya, te quedarás en el puesto -continuó Cecilia- y desde hoy no te faltará trabajo ni qué comer a ti ni a tu animal. Has hecho bien en traértelo, habría sido una contracaridad dejarlo en la calle; no tienes mal corazón. Recoge tus trastes, ve y déjalos en la casa. Toma la llave; te traes un canasto de naranjas, que ya se están acabando las que hay aquí y los franceses compran para las comidas que hacen de noche en sus fondas. Cuando salgas cierras bien la puerta. La llave tiene dos vueltas.

Juan, contentísimo, voló a desempeñar la comisión. Entretanto diremos algo de Cecilia, a la que volveremos a encontrar en el transcurso de esta narración.

Una viuda rica, establecida años atrás en Chalco, tenía una armada completa de canoas y chalupas de toda especie y tamaño.

Tenía seis hijos varones y con Cecilia eran siete. A su muerte, los licenciados del pueblo se comieron la mitad del capital; pero al cabo de años se repartió lo restante entre los herederos. A Cecilia le tocaron dos trajineras y doscientos pesos en dinero.

Vendió una de las trajineras y se quedó con la otra para su servicio; hacía sus viajes a Chalco y las lagunas cuando era necesario y arrendó un buen local en la Plaza del Volador. Construyó un buen tejado, que podía cerrarse de noche, y que dedicó al comercio de frutas.

En vez de disminuir, su capital aumentaba cada día, y mes por mes compraba perlas, diamantes, anillos y rosarios de oro en el Montepío y cambiaba por onzas de oro su plata sobrante; vestía de tela fina, rebozos de Tenancingo de a cien pesos y comía al estilo del pueblo mexicano, pero de lo más sabroso, como que ella misma preparaba su cocina y escogía lo mejor del mercado.

Cecilia, en tales condiciones de riqueza relativa, y de buen parecer y no vieja, pues no llegaba a los treinta y cinco años, no dejó de tener sus pretendientes, ya maiceros, ya dueños de tendejón o de canoas, ya comerciantes ambulantes de la tierra caliente; pero persuadida de que la solicitaban por la mala o por su dinero, con ninguno quiso tener tratos más que de puro comercio. En el fondo, y en verdad, era una buena mujer, de gruesas palabras y de risotadas ingenuas, que no se dejaba atropellar de nadie, pero tampoco les hacía mal ni a las moscas. El puñal lo cargaba únicamente para hacerse respetar; porque la gente que trataba y con la que comerciaba era dura y altanera, y con ella no había que andarse con cuentos.

Juan estaba destinado para llevar la fruta a las fondas, a los colegios (al menos para el rector) y a los hombres de mayores proporciones, que compraban mucho, y entre otras cosas, melones Y sandías, que no podían caber en los pañuelos. Entre los más asiduos marchantes de Cecilia se contaban un diputado, que llamaba la atención por su gran corpulencia y gordura, y por su benévola fisonomía, y un abogado de esos que eran un pozo de ciencia Y de sabiduría y un tipo de honradez.

El uno se llamaba don Mariano y el otro don Pedro Martín de Olañeta. La compra que hacia el diputado importaba de tres a cuatro pesos diarios. Juan era el que les llevaba la fruta y cobraba el sábado de cada semana; nunca dejaban de darle en la casa una peseta por el mandado. Aparte de esto, apenas abría la boca Cecilia, cuando el muchacho le adivinaba los pensamientos, corría por esas calles atropellando gente y volvía en minutos con los cigarrillos, con el pulque de piña, con el vuelto de un peso, con lo que se le encargaba.

Las cosas no podían ir mejor, pero ya tenemos dicho que no hay felicidad cumplida en este mundo, y nada lo prueba más que los cuidados y contratiempos de don Espiridión y de doña Pascuala, de cuyos personajes pronto nos volveremos a ocupar.

El administrador propietario del mercado se enfermó de un reumatismo, como su curación no era de pocos días, el regidor nombró provisionalmente a un ahijado suyo, un joven, mejor dicho un hombre (porque tenía más de treinta y cinco años), perdulario y capaz sólo de hacer su negocio. Sus méritos eran ser portero de una logia yorkina, y los masones, por burla, le llamaban *San Justo*.

La entrada de este funcionario produjo una revolución en el mercado.

Gran reunión y gritería al caer la tarde alrededor del puesto de Cecilia. Por sus indicaciones se formó una comisión que, vociferando y resuelta a todo, se encaminó a la Diputación a acusar ante el gobernador las demasías del nuevo administrador. La comisión de las alegres comadres esperó dos horas, al cabo de las cuales el gobernador salió de su despacho seguido de su ayudante y no les hizo caso, sino que despejó con la manos el camino que le cerraban las placeras quejasas.

Regresaron desconsolados, pero siempre hablando y rabiando, a dar cuenta a Cecilia de su derrota. Al día siguiente, el administrador, orgulloso de su triunfo, se presentó al mercado, y delante del puesto de Cecilia dijo en voz alta:

- De orden del regidor, tendrán que pagar, cada una de las que armaron ayer el motin, doce reales de multa u ocho dias de carcel. A doña Cecilia, que fue la que promovió el alboroto, cinco pesos o quince dias de cárcel.

Cecilia gritó, juró y dijo que primero se quedaría sin camisa que pagar la multa; pero don Pedro Martín de Olañeta, que llegó a comprar su fruta como de costumbre, impuesto del caso, les dijo:

- Hijas mías, les aconsejo que paguen su multa y no hablen ya más, porque en último caso las llevarían a la cárcel y esto es peor. Dicen que la autoridad siempre tiene razón.

Una guerra sorda se estableció entre Cecilia y el administrador el cual, aparte de las economías y dádivas, quería tener una mujer que, lejos de costarle, favoreciera por lo menos sus tendencias gastronómicas. Estaba, en una palabra, enamorado de la cara fresca y francota de Cecilia, de las perlas que colgaban de su carnudo cuello; no podía ver con indiferencia rebullirse bajo la camisa de tela un par de esferas sólidas, se le hacía agua la boca cuando se acercaba al puesto y veía el apetito y contento con que Cecilia, sus sirvientas y Juan comían los guisados nacionales, realzados con el apio, los aguacates, los rábanos y cuanto tenía el puesto de fruta de Cecilia, que parecía cortado de los árboles del Paraíso.

El honrado y celoso *San Justo*, pues al decir de los patriotas regidores nunca había estado el Volador mejor gobernado, cambió de táctica. Nada de multas, nada de regaños, nada de gritos, nada de exigencias. Las placeras volvieron a sus hábitos de suciedad, llenando los tránsitos y arroyuelos de rabos de cebolla y fruta podrida, lavando en la fuente sus trastos sucios, y los pies y las piernas con el sobrante de la taza que se desbordaba; y esta tolerancia del administrador era porque creía complacer con ella a Cecilia.

Tal estado de cosas debía tener un desenlace. El administrador se resolvió a decir a Cecilia su atrevido pensamiento. Una tarde sola ya la plaza, *San Justo* entró familiarmente al puesto, se sentó en la tarima y echó el brazo al cuello de Cecilia.

- ¿Para qué hemos de andar con rodeos ni con trapujos, doña Cecilia? Yo la quiero a usted y bastante lo ha de haber conocido ya me canso de hacer el papel de enamorado, venga esa cara tan fresca y esos labios que parecen dos jitomates -y diciendo Y haciendo todo fue uno; le tronó un beso en la boca, que resonó en toda la plaza.

- Vaya de llanezas -dijo Cecilia, limpiándose los labios con una mano, y quitando bruscamente y tirando al otro lado el brazo que rodeaba su cuello-; usted tiene la fuerza y es protegido del regidor y del gobernador, y nos tiene el pie encima, y esto es todo; pero dejarme de otro modo, eso no; quizá no sabe usted todavía quién soy; ¡retírese!

Como Juan era el predilecto de Cecilia, no pudiendo de pronto atacarla directamente, se propuso comenzar por él, y nada le era más fácil.

Un día Juan iba cargando en su cabeza una gran canasta llena de fruta, pidió auxilio a uno de los muchachos. Sus compañeros, que le seguían, en un descuido ocultaron un melón sin que Juan lo advirtiese sino cuando llegó a la casa. El abogado, que deliraba por los buenos melones regañó a Juan duramente.

De vuelta al mercado, Juan agarró a los trompones al muchacho que sospechaba se lo había robado, y esto originó gran tumulto en la plaza. La bola toda vociferando, arreatándose las palabras, fue a dar al despacho del administrador, Juan fue acusado de ladrón.

CAPITULO VIGÉSIMOTERCERO

Ladrón ratero

Lo que impresionó a Juan de manera horrible fue la idea de que Cecilia lo creyese culpable. Instintivamente conocía que era su único apoyo en el mundo, y que, si lo perdía, no tendría a quién acudir en lo humano, con un acento de verdad y de firmeza que impresionó al mismo *San Justo*, le dijo:

- Doña Cecilia, por esta Santa Cruz le juro que yo no he robado nada; el dinero que estaba en mi bolsa era mío, lo gané ayer; el licenciado me dio una peseta; el otro señor que es del palacio, otra peseta, y medio y cuartilla la cocinera de la calle de San Bernardo, a la que llevé los quesos y la mantequilla como cada semana.

Cecilia comprendió en el acto la verdad, y volviendo de la duda que por un momento había tenido, le respondió:

- Sí, Juan, te creo, no hay necesidad de que lo jures, eres hombre de bien; y no tienen estos señores más que ir a las casas y preguntar si es verdad lo que dices.

El regidor, que era nada menos que nuestro amigo el licenciado Lamparilla, llegó en efecto a pocos momentos, le comentaron el caso agravándolo cuanto pudieron.

Cecilia defendió al muchacho, juró, se exaltó; pero los demás testigos declararon en contra.

- ¡Eh! ¡Silencio! -dijo el licenciado Lamparilla-. Yo no permito que nadie me falte. Usted, por insolente -le dijo a Cecilia-, debería ir ocho días a la cárcel, pero no quiero perjudicarla; pague solamente cinco pesos de multa; y este bribón, además de ser un ladrón, es también malcriado y enredador. Que vaya al hospicio, y muy recomendado para que lo traten como merece.

¡Qué lejos estaba Lamparilla de pensar que acababa de sentenciar al muchacho que se robó la bruja para obtener la curación e doña Pascuala!

Mal que bien, cayendo y levantando por los empujones que le daban, pues su sangre hervía y la injusticia que con él se cometía lo sublevaba y de consiguiente resistía y quería como escaparse, Juan llegó hasta un gran edificio y fue introducido a un cuarto bajo pintado de cal, donde había unas cuantas sillas desfondadas, un estante, una mesa sucia con un juego de tintero y marmajera de plomo, llena de papeles de todos tamaños en desorden. Allí despachaba un viejo con calva, canas y gafas verdes, que era el director, el encargado, el dictador absoluto de este antiguo establecimiento de caridad.

- ¿Otro tenemos? -dijo quitándose las gafas y limpiándolas luego que vio entrar al policía, que no soltaba la oreja de Juan-. Pues si así vamos, no habrá ya en los últimos días del mes modo de dar de comer a toda esta canalla de muchachos.

- ¡Caramba! -interrumpió el director-. ¿Cuántos en la semana?

- Veintidós -respondió el escribiente-, mandados unos por el señor gobernador; otros por los regidores y uno por el cura de la Soledad.

- ¿Y tú cómo te llamas? -continuó volviéndose donde estaba Juan y el policía, que habían permanecido en pie larga media hora en un rincón del cuarto.

- Juan -respondió el muchacho.

- ¿Juan qué?

- Juan nada ... -volvió a decir.

- ¿Por qué traen a este bigardón aquí? -gruñó el funcionario-. Con tantos lomos para trabajar, mejor estaría de soldado.

- Lo envía su señoría el licenciado Lamparilla, regidor de mercados, por ladrón de la plaza; nadie estaba seguro, a todas las cocineras las bolseaba, y se robaba hasta las sandías y los melones.

- ¡Mentira! ¡Mentira! -gritó Juan colérico.

- Calle el deslenguado -le dijo el escribiente.

- Ya, ya le bajaremos esos humos. Échenlo en el patio, ya la tarde que se le encierre en el cuarto oscuro. A los ocho días estará como una sedita.

Juan fue llevado a una especie de pasadizo o de callejuela que estaba al extremo opuesto del patio. Abrieron una puerta pesada de cedro, y de un empujón lo introdujeron en un antro oscuro.

Tanto había pasado a Juan, puede decirse en pocas horas, y tan rápido fue el cambio de su vida, que quedó anonadado, estúpido en aquella oscuridad completa, en el lugar donde materialmente lo habían tirado como se tira un palo podrido o un mueble inservible.

Poco a poco sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y pudo reconocer su prisión. El suelo estaba sembrado de apestosas basuras; el moho y el salitre subían hasta la mitad de las paredes; el techo, de buenas y gruesas vigas de cedro, cubierto de telarañas; los ratones se paseaban confiados o asomaban sus cabecitas pulidas e inteligentes por los agujeros.

En un rincón, unos petates viejos y una frazada sucia olvidada por alguno de los que le habían precedido en el cuarto oscuro, eran el mullido lecho.

Fue hasta la tarde del día siguiente cuando el director, que le hacía diversas preguntas a su escribiente, trató de indagar lo que había sucedido con Juan, si resistió al castigo o entró dócilmente, y se fijó en la llave muy grande y mohosa colgada y con una larga correa que la distinguía de las demás.

- ¿Qué dice el nuevo ladronzuelo? -preguntó dirigiéndose al escribiente.

- ¡Canario! -interrumpió éste, dando un salto de su silla y dirigiéndose a coger la llave-. La verdad, se me había olvidado el muchacho ése, como la primera camisa.

- ¿Y no le han dado nada de comer?

El escribiente titubeó.

- Tal vez se habrá muerto, va a hacer dos días que entró.

Cuando el director y su escribiente entraron, encendiendo un cerillo, encontraron a Juan envuelto en la frazada desmayado.

- ¡Se murió, se murió, no hay remedio! -dijo el administrador.

- No, no, está caliente, respira; una taza de caldo y una copa de licor lo hará volver en sí; lo que tiene es hambre y nada más. Voy yo mismo.

Entre los dos abrieron la boca al muchacho, le hicieron beber el caldo y el licor; a medida que su estómago recibía el alimento, sus ojos se abrían y se reclinaba en uno de sus brazos.

- Vaya, duerme por ahora -le dijeron-. De aquí a poco te traerán tu comida, y mañana saldrás del cuarto oscuro; pero ya te acordarás de este cuarto y no volverás a robar en tu vida.

A las once llevaron a Juan un arroz aguado y sin sal, un pedazo de carne de cerdo y unos frijoles parraleños parados y duros, y esta detestable comida la devoró con delirio y le supo mejor que los sabrosos almuerzos de Cecilia.

Se acostó después y durmió hasta las seis, en que el escribiente mismo le abrió la puerta. Silencioso, macilento y triste, salió lentamente del antro infecto y se sentó, como quien ha perdido el interés por la vida, debajo de uno de los frondosos fresnos del patio principal.

CAPITULO VIGÉSIMOCUARTO

El hospicio de pobres

Prohibida en la Nueva España la entrada de personas y de libros extranjeros, dominada la sociedad por la influencia eclesiástica, las doctrinas católico-romanas se conservaron años y años, no sólo puras y genuinas como nacieron en Jerusalén, sino acompañadas del cortejo de milagros, tradiciones y apariciones que se consideraban como artículo de fe. Como es evidente que cualesquiera que sean los defectos e inverosimilitudes que se saquen a luz por los librepensadores y enemigos del catolicismo, la religión de Jesús tiene por base la caridad, así los habitantes de la colonia hispanomexicana la ejercían según sus medios, y de aquí la construcción de templos magníficos y de establecimientos de beneficencia que aún subsisten en la ciudad de México, como comprobantes de la historia de esos siglos. Si hubiesen entonces llegado las ciencias al estado en que hoy se encuentran, es casi cierto que la Nueva España habría sido dotada antes que la metrópoli misma de cuanto hoy ha mejorado las comodidades de la vida, la facilidad del comercio y las relaciones mutuas de los pueblos de la tierra.

Entre las fundaciones benéficas de la capital se encuentra el Hospicio de Pobres.

Juan, que sufrió una agonía de hambre, que durante dos días estuvo en la oscuridad y respirando una atmósfera húmeda y viciada, sintió que el aire sano y libre que circulaba en el espacioso patio le volvía la fuerza y la vida.

Uno de los mozos o dependientes encargados de cuidar el orden y gobernar a los muchachos lo sacó de esta extraña contemplación dándole un fuerte apretón en el brazo.

- Ven a dejar ese vestido y a ponerte la ropa de la casa.

Juan regresó al patio con el uniforme de la casa y se mezcló con la bulliciosa turba de los muchachos.

Trataron de indagar su vida y milagros; le hicieron mil preguntas. Juan se limitó a negar el delito de robo de que era acusado y no les dijo más. Al toque de una campana la banda dispersa se reunió y se precipitó en tropel a la puerta del comedor, empujándose y atropellándose.

Una escudilla de metal casi negra, con caldo aguado en cuyo fondo había algún arroz y garbanzos, un pedazo de carne y un troncho de col; después un plato de hojadelata con frijoles y una torta de pan, no sólo frío sino hasta duro, y unos vasos o jarros con agua barrosa y tibia, y acabó la comida en menos de un cuarto de hora. La cena a las siete no era mejor; hasta las ocho y media, en el patio; a las nueve al dormitorio, en unos catres de fierro, quebrándose, un jergón de hojas de maíz y unas sábanas de algodón, más negras que blancas. ¡Cuánto extrañaba Juan su cobertizo del mercado y los almuerzos de Cecilia!

Rehusó absolutamente dedicarse a la carpintería, pues recordaba a su maestro Evaristo; pero se aficionó a la escuela y a la cocina, y pronto supo leer mal, escribir en grueso y ayudar a lavar los trastos y guisar las detestables sopas, el mole de pecho y los frijoles, que eran los platos favoritos.

Uno de los domingos, Cecilia dejó a sus dos sirvientas en el puesto y dio un brinco al hospicio. Llevó a Juan ropa blanca, fruta, pan y dulces. Nada le agradó tanto como ver a la misma Cecilia; le tomó las manos y se las besó y no se cansaba de mirarla.

La protección de la frutera y la afición del maestro de escuela por su aplicación y buena conducta, mejoraron mucho su posición y llegó a tener cierto mando y ser persona importante en el hospicio; no se trataba sino de encontrar un empeño cerca de Lamparilla para que saliese libre a trabajar.

Entre las comisiones que el escribiente le daba unas veces y el director personalmente otras, tenía la de ir cada mes a traer de la tienda las semillas para abastecer la despensa. Muchas veces, como era alto y fuerte, traía cargado un tercio de habas o de garbanzos.

El día primero de un mes, el director lo llamó y, quitándose, poniéndose y limpiando las gafas verdes, como tenía de costumbre, le dio una larga lista y una carta y lo despachó a la acreditada tienda La Flor de Bilbao, situada en la calle de la Merced.

Un montañés con cara de Pascua, chaparro, casi cuadrado, con gruesos dedos que parecían plátanos guineos, oliendo a azafrán Y a cominos, lo recibió, tomó la lista, abrió la carta y la leyó.

- Dile a tu patrón que ya nos deben cerca de mil pesos, que no le puedo fiar más y éste será el último mes que mande las menestras. ¡Eh, holgazanes! A despachar pronto esta memoria, y ya saben cómo.

- Pero esto no puede ser -se atrevió a decir Juan a uno de los muchachos.

- ¿Qué dice ese tunante? -gritó el principal desde la trastienda.

- ¿Qué ha de decir? Que reclama por dos ratones que estaban con los chilitos.

- ¿No es más que eso? Ya habrá algunos más en el barril y ningún marchante se queja, pero escúchame -continuó diciendo al salir de la trastienda-, el día que te metas en lo que no te importa, te daré una buena merecida; no volverás a poner un pie en la tienda, y se lo avisaré al administrador. Toma, y come algo mientras los cargadores acaban -le tiró una peseta en el mostrador, una rebanada de queso añejo y una rueda de salchichón duro.

Juan se acordó del cuarto oscuro, tomó la peseta y se comió con apetito el queso y el salchichón. Uno de los dependientes le presentó un vasito con anisado.

- Ya tragaste con buen apetito -continuó el dueño o jefe de La Flor de Bilbao-, no te vayas a acercar a tus amos, porque te olerán a aguardiente y tendrás cuando menos algunos cuartazos; oye bien lo que te voy a decir. Esta adobera de queso la llevas a la casa del director y la entregas a la señora, y lo demás a la casa del secretario. Un cargador te acompañará y los otros irán despacio y te esperarán en la puerta para que hagas la entrega. Toma tu lista.

El convoy, compuesto de cinco cargadores, se puso en camino, los unos para el hospicio, y Juan, con el último, que iba cargado de tompeates y botellas y de cuanto es necesario para surtir bien una despensa, se encaminó a las casas indicadas; hizo bien su Comisión y entró por fin al gran patio del hospicio, seguido de sus cargadores, que los muchachos veían con placer indecible, pues llevaban nada menos que el material para la subsistencia.

Otro día, porque faltó a la hora de costumbre la carne, por enfermedad de la mula vieja que la conduca, enviaron a Juan a una tabla de carnicería de la calle del Rastro.

- No se te olvide echar cuantos huesos puedas -le dijo el carnicero a su partidador-, y dale a este muchacho el medio carnéro que se está apestando, al fin es para el hospicio.

- Cuidado con decir nada. Si hablas, le diré al director que me querías robar un costillar. ¡Cuidado!

Juan se acordó del cuarto oscuro y no chistó una palabra. La carne llegó al establecimiento de caridad, dañada y con la mitad de su peso. A los dos días, más de veinte muchachos se quejaban de retortijones en el estómago.

Dos murieron a los ocho días, y el médico dijo que habían sido intermitentes ocasionadas por un charco de agua hedionda y por la humedad.

Una mañana, a la hora del juego, por cualquier cosa Juan disputó con dos o tres de sus compañeros; llegaron a las manos y, como era fuerte y diestro, los castigó a su sabor. Ellos, en desquite, le gritaron ladrón.

- Ladrón, tú nos puedes porque tienes fuerzas de ladrón.

- Los ladrones son los que les roban a ustedes y a mí los garbanzos, las habas y la carne. Callen la boca, porque ahora no ha sido más que un juego, pero si me insultan será de veras.

Esta cuestión, que sin los antecedentes que se han referido no hubiera tenido consecuencias, llegó exagerada a los oídos del escribiente y de don Epifanio, que así se llamaba el director, por lo que Juan compareció ante el temible tribunal formado por el director, el escribiente y la cocinera.

- ¿Conque te has dejado decir, bribón -dijo don Epifanio con voz que procuró tuviese un tono terrible- que todos somos ladrones y que quitamos el sustento a los pobres muchachos? ¿Has dicho esto?

- Es mentira, yo no he dicho nada, pero máteme usted mejor que condenarme a morir en ese cuarto oscuro. Yo no volveré a entrar en él, me defenderé, me matarán antes que entrar otra vez ... Yo he visto cosas que le podré contar si me quedo solo con usted.

El escribiente, un ayudante, unos mozos y los muchachos que escuchaban en la puerta se retiraron, y Juan quedó solo con el jefe del célebre establecimiento de caridad.

- Vamos, pronto, que tengo mucho que hacer y visitar a mi compadre, que está todavía muy malo. ¿Qué tienes que decir? Habla, pero la pura verdad aunque sea en mi contra; no tengas miedo, te prometo que no se te volverá a encerrar en el cuarto oscuro.

Juan, tranquilo con el buen modo con que le hablaba el director le contó minuciosamente cuanto pasaba en la tienda, en la cocina, en la despensa, en la carnicería, y cómo también le mandaban al escribiente un surtido de lo mejor para su despensa.

- ¿Conque es cierto cuanto has dicho, no has mentido por salvarte, por disculparte? Bien, ¿y serías capaz de decir ante cualquier persona lo que me acabas de contar? Reflexiónalo bien. Ya sabes que a los calumniadores se les castiga severamente.

- Si usted me ayuda y me defiende, sí lo diré delante de todo el mundo. Eso fue lo que grité en el patio: que otros eran los ladrones y no yo.

Llamó al escribiente y, sin decirle cómo había adquirido datos ciertos y seguros de los abusos que se cometían, le habló claro pero con templanza. El escribiente, que era una liebre corrida, tenía de antemano tomadas las avenidas para cualquier evento.

- Lo que ha contado usted es exagerado, pero en el fondo es verdad; los tenderos, las cocineras y los criados siempre han sido ladrones; pero eso no se puede remediar, los echaremos y vendrán otros peores; pero usted, que es el que manda, determinará; en cuanto a mí, es verdad que me mandan cada mes de la tienda mi memoria para surtir mi despensa, pero se las pago y no les debo ni medio partido por la mitad.

Las cosas del hospicio continuaron como antes, y en cuanto a las del mercado, ya veremos más adelante cómo siguieron.

No obstante las recomendaciones del director, a Juan se le quitaron las comisiones de confianza que antes desempeñaba y se le destinó a cargar tezontle y piedras pesadas, pues los albañiles no tenían trazas de acabar la obra. Por la falta más insignificante, los Inspectores aplicaban a Juan latigazos al entrar o salir del comedor o en los palios, y cuando sus compañeros se cercioraron de que había perdido su prestigio, se burlaban de él y lo atormentaban de cuantas maneras les era posible. La vida se le iba haciendo Insoportable. En sus noches de vela pensaba seriamente en fugarse y poner leguas de por medio entre él y la célebre casa de caridad de la ciudad de México.

CAPITULO VIGÉSIMOQUINTO

Pepe Carrascosa

- ¡Bendito sea Dios. que se ha muerto una persona de dinero y de gusto! A la gente ordinaria le importa muy poco que la entierren en cualquier parte. A las personas bien nacidas les gusta, cuando se mueren, que las metan en un cajón forrado de terciopelo, y después en un sepulcro con su losa de mármol; que vayan detrás muchos coches particulares o aunque sea de alquiler; muchos dolientes y, sobre todo, muchos pobres del hospicio con sus hachones de cera. Yo no sé qué le ha sucedido a México de un año a esta parte; o no se mueren más que los pobres, o si son de algunas proporciones se me figura que se van en pelo, en un cajón de madera de pino, sin un responso, sin pobres del hospicio, como unos herejes, sin nada; y esto lo debemos a los masones, que van esparciendo doctrinas y máximas y acabarán con la religión y con el hospicio. Ya me mandó avisar Zurranduregui que era el último mes que me fiaba las semillas. Dios hará que esto se componga; por ahora tenemos ya treinta pobres del hospicio para el entierro de don José María Carrascosa, y ya es algo. Que no se olvide mandar a Marcos, y que sea uno de los que carguen al muerto.

- La limosna ha sido buena -contestó el secretario observando que su director se colocaba definitivamente las gafas en la nariz y se había quedado con la boca abierta como queriendo hablar.

- ¿De cuánto ha sido la limosna? -continuó el director.

- De ciento veinte pesos, a razón de cuatro pesos cada pobre.

- ¡Bendito sea Dios que se murió don José! Ya se le tendrá en cuenta el beneficio que ha hecho al hospicio -volvió a decir el director.

Estaban en esta conversación cuando entró como de rondón en el despacho un joven vestido con la elegancia de la época; soOcado, sin poder hablar, y mirando a todas partes, dijo:

- ¿El administrador del hospicio?

- Servidor -se apresuró a decir don Epifanio, inclinando la cabeza.

- ¿Los pobres están listos?

- Dijeron que para las cinco de la tarde -respondió el escribiente sacando su reloj-, apenas van a dar las ...

- Se necesitan para las cuatro; para esas horas están convidados los coches.

- Estarán listos para las cuatro -afirmó el secretario.

- ¿Cuántos? -preguntó el joven.

- Treinta.

- ¿Treinta solamente? Eso no es nada, no es digno de mi tío don José María; que se alistén todos los que haya en el hospicio. También ustedes quedan convidados; se les mandará un coche a las tres y media.

- Será usted servido, y gracias por la invitación; asistiremos, y con mucho gusto, al entierro de un hombre tan benéfico -le contestó don Epifanio, saludándole atentamente.

- ¿De cuántos vestidos podemos disponer? -preguntó el director.

- De muchos -le contestó el secretario.

Juan fue el encargado por don Epifanio de arreglar un poco las cabezas de sus compañeros. En cuanto a él, quizá era el único aseado y presentable para cualquier entierro. En fin, ya muy guapos, algunos con zapatos nuevos que les doblaban los dedos como a los chinos, y otros con los dedos de fuera o con la cubierta sola, sin suela; formaron de dos en fondo en el patio, porque don Epifanio, en los ratos que no jugaba malilla con su compadre, les habla enseñado algo de soldados, y a las tres y media marcharon precedidos por el secretario, elegantemente vestido de riguroso luto, por esas calles de Dios, hasta la casa de donde había de salir el duelo.

Don Epifanio, vestido con su honroso uniforme militar, con gasa negra en el brazo derecho, se presentó también en la casa mortuoaria, que ciertamente no correspondía a la pompa y lujo con que se habían dispuesto los funerales.

Las vecinas de las habitaciones bajas y altas estaban en el interior del patio, aglomeradas, mirando azoradas y haciéndose cruces, y no pudiendo adivinar por qué al que ellas llamaban simplemente don Pepe, y que se mantenía a duras penas con las rentas de la pequeña casa de vecindad, se le hacía un entierro tan suntuoso.

Cerca del cadáver estaban los parientes de don José María muy contristados Y con las caras que trataban de hacer largas y compungidas, y muchas otras personas de importancia y buena posición social.

Los pobres del hospicio, con el elegante traje que hemos descrito, llegaron en número de sesenta, y se les distribuyeron gruesos hachones de cera.

La existencia de don José María Carrascosa fue un misterio en México aun para los más curiosos e indagadores de vidas ajenas.

Él nunca dijo nada, ni se le pudo sacar ninguna palabra acerca de su nacimiento, de su familia, de sus relaciones y amigos.

Carrascosa era delgado, de mediana estatura, de poco más de cuarenta años de edad. Su fisonomía era común, más bien afable; arrugaba un poco los ojos y movía con una especie de convulsión sus labios, y esto era todo.

Se levantaba a las ocho de la mañana y se dirigía invariablemente a una barbería de la calle del Puente Quebrado, donde se rasuraba y peinaba sus cabellos, que ya iban siendo ralos y escasos; de la barbería pasaba a la Catedral a oír su misa, y a cosa de las diez tomaba el rumbo de la Alcaicería, y en uno de los bodegones en cuyas puertas se ven las mesas con los cazuelones con moles y chiles rellenos, almorzaba de a real y medio, y se entretenía allí el más tiempo posible. Daba vueltas por la Alameda, por los portales, visitaba a ese pariente rico, y a las cuatro volvía al ligón, donde comía de a real y medio. En la tarde otra vez a la Alameda cuando anochece, al Café del Cazador, donde por un real tomaba, a las ocho, su chocolate con rosca de manteca y jugaba al dominó sin apostar nada; a las nueve se apoderaba de una alacena del portal y se estaba sentado, con las piernas colgando, hasta las diez, en que se retiraba a su casa. Tertulianos de café se arrimaban a la alacena y platicaban de política, de sandeces, de vidas ajenas. La casera, que barria cada semana la casa, lo esperaba con una vela de sebo. Carrascosa subía, cerraba sus puertas, se acostaba en su sucia cama y dormía como un bienaventurado. Él conocía a todo el mundo en México, y todo el mundo lo conocía a él, y le llamaba familiarmente *Pepe Carrascosa*.

Durante años pasó así su vida, muy contento y feliz. Carrascosa no era hombre ni tonto ni ignorante; sabía un poco de francés y tenía algunos libros guardados en el baúl. Había estado en París, en Roma, en Madrid, y eso en tiempos en que eran difíciles y costosos los viajes, y no dejaba de ser agudo y divertido en su conversación; por eso nunca le faltaba compañía en las noches en la alacena del Portal de Mercaderes.

Tenia, además, la manía de las curiosidades, de las antigüedades y de las alhajas; acudía a las casas de empeño, donde lo conocían mucho, y al Montepío a las almonedas mensuales, y a las testamentarias, y nunca dejaba de comprar un libro, una alhaja vieja, un Cristo de marfil; en fin, toda especie de *bibelots*, como se diría hoy; pero hacia estos empleos con las mayores precauciones; siempre decía que eran encargos, que él no tenía un peso, y que lo obligaban a esas compras suponiéndole inteligente. Llevaba debajo de su capa las chucherías, sin mostrarlas a nadie, las encerraba en uno de los baúles, y no se volvía a acordar de ellas.

Una mañana sonaron en los relojes de las iglesias las ocho, y la casera, como de costumbre, subió con una taza de hojas de naranjo, que era su desayuno; encontró la puerta cerrada y respetó su sueño, tal vez habla pasado mala noche. Las nueve, las diez, las once ... nada. La casera, alarmada, espío por el agujero de la llave; silencio completo. Tocó primero suavemente; después hasta con una piedra; lo mismo: silencio absoluto. Alarmada corrió a la casa de los parientes, que no vivían lejos, y que precisamente acababan de almorzar y estaban en charla diciendo horrores de Pepe, criticando su avaricia y echándole en cara su egoísmo, pues jamás les había dado ni un pañuelo, ni un puro, ni un cigarro; tan miserable el hombre, que solía fumar cuando le ofrecían un cigarrillo.

- ¡Cómo! ¿Qué pasa? -le preguntaron en coro y como sorprendidos.

- Que el señor don José no responde. He tocado con una piedra, le he llamado a gritos, pero de modo que no lo oigan las vecinas; no sé lo que le ha sucedido.

Los parientes eran tres hombres y cuatro mujeres de diversas edades, desde veinticinco a cincuenta y cinco años. Las mujeres, que son siempre piadosas, se quedaron rezando ya por el alma de Pepe Carrascosa, a quien le llamaban tía, y los sobrinos varones, en un brinco, como quien dice, estaban ya en la puerta misteriosa de la habitación.

La casera fue a llamar a un cerrajero y al alcalde del cuartel.

La puerta cedió y toda la comitiva se hallaba delante de la cama de Pepe Carrascosa, que boca arriba, con los ojos y la boca cerrados, parecía que dormía tranquilamente.

- Perfectamente muerto: la nariz fría, tieso, no resuella; vamos, el médico será inútil. Pobrecito, ¡Dios lo haya perdonado! Y usted, señor alcalde, si necesario fuese, dará certificado; por ahora puede usted retirarse. Era tan buen sujeto, pero lástima que se diera tan mala vida siendo dueño de casa y de casi la manzana; yo le servía mucho para cobrar a los inquilinos drogueros, y me hacía mis buenos regalos; no tengo de qué quejarme.

Los tres parientes abrieron tanto los ojos.

- Veamos si se puede encontrar algún indicio -dijo el que tenía más confianza con el cadáver y le había tentado la nariz. -Aquí está todo -exclamó con un placer que no pudo disimular.

Era un paquete cerrado, con un letrero que decía: *Mi testamento*, las dos llaves de los baúles y un papelito mugroso.

- Veamos lo que dice ese papel.

Desdoblaron con trabajo, y decía:

Si me enfermo o muero repentinamente que llamen al doctor Codorniú, que le entreguen mi testamento, que coloco siempre en mi cabecera; que le entreguen las dos llaves. En el baúl negro hay dos pesos en oro, y con este dinero se me hará un entierro decente; que no claven el cajón sino al tiempo de colocarme en el nicho; que mi testamento lo abra el mismo doctor y lo lea antes de que me lleven al cementerio, y que se manden decir dos mil misas de a peso por mi alma.

JOSÉ MARÍA CARRASCOSA

Los parientes se miraron azorados.

- ¿Cuánto nos habrá dejado?

En esto llegó la casera con un mediquín.

- ¿Qué se ofrece? Esta señora me encontró en la calle y no hubo medio de excusarme; pero tratándose de don Pepe, a quien conocí y estimé mucho, y de ustedes ...

- ¿No habrá esperanza?

- Veremos ... -respondió el doctor, y se acercó al difunto, le tentó también la nariz, le puso el espejito rajado, le apretó el estómago, y con tono magistral se volvió a los circundantes:

- Todas las boticas de México y el protomedicato junto serían inútiles. Está muerto, perfectamente muerto.

Poco después de las cuatro, el doctor Codorniú llegó en su coche, acompañado del pariente; subió a la oscura y fétida recámara, se enteró de lo ocurrido, tomó el pliego, que era un testamento cerrado, y conforme a las reglas del derecho lo abrió y lo leyó para cumplir la voluntad del difunto.

Fue un momento solemne. Después de las fórmulas de estilo de declarar el testador que había vivido y moría en el seno de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, decía:

En el nombre de Dios Todopoderoso, etcétera, etcétera:

Mis bienes raíces consisten en veintiocho casas, situadas diez en una manzana donde habito, números tales y tales, y las restantes, en las calles del Puente Quebrado, Damas, Alfaro y San Felipe Neri, y en los objetos de plata, marfil y china, que están en los dos baúles.

Tengo, además, doscientos mil pesos en el Banco Real de Inglaterra y ciento cuarenta mil en el Banco Real de Francia. Los documentos y lo demás necesario están en poder de D. G. Él Y el doctor Codorniú son los únicos hombres honrados que he conocido en mi vida, y de los que he podido fiarme, sin que jamás hayan revelado a nadie mis secretos. Les dejo como memoria solamente (porque los dos son ricos), cuarenta mil pesos a cada uno. En mi baúl negro hay dos mil pesos en oro. Que eso y lo demás que sea necesario se gaste en un suntuoso entierro y en comprarme un nicho a perpetuidad en el panteón.

Declaro no tener hijos ni legítimos ni naturales, porque he detestado a las mujeres desde que tuve una que me hizo gastar en Guanajuato veinte mil pesos y se fugó con un barretero de la mina de Rayas. Todas son por el estilo. En cuanto a los hombres, todo el que puede le pega una banderilla al que tiene dinero, y yo he vivido en la miseria para evitar que otros tiren mi dinero y tener la vida vendida.

Dejo todos mis bienes al Hospicio de Pobres; no perdono a los que me deben (en total doscientos pesos), y los conjuro a que paguen a mi albacea lo más pronto posible.

A mis parientes (que no creo que sean, y si tal son, tal vez vendrá el parentesco por nuestro padre Adán), no les dejo ni medio partido por la mitad.

Seguían otras cláusulas poco importantes. A los parientes, al oír la última cláusula, se les aflojaron las rodillas y por poco caen desmayados.

El doctor Codorniú guardó el documento en la bolsa, se acercó al cadáver, lo reconoció y meneó la cabeza con una especie de duda, pero dio las disposiciones para que se efectuase el entierro. Metieron a Pepe Carrascosa en su cajón y lo bajaron a la tumba, donde lo encontraron ya el director y los numerosos pobres del hospicio.

cuatro de los muchachos más grandes y robustos fueron designados para cargar el ataúd.

Juan marchaba cargando el ataúd en una posición incómoda, teniendo que hacerse pequeño, que cojear, que mal andar; en fin, ya no podía más. Al llegar a la puerta del cementerio metió el pie entre dos losas mal colocadas, se le atoró el tacón, los tres compañeros marchaban siempre, Juan hizo un esfuerzo, perdió el equilibrio y ¡paf!, cayó al suelo por un lado, y casi sobre su cabeza el cajón que contenía los restos mortales de Pepe Carrascosa.

Pepe Carrascosa había salido de debajo del ataúd, se incorporó, se puso de pie, sano y fuerte cual si nunca hubiese tenido nada.

- ¡Quiero que venga, que me busquen al muchacho que me dejó caer!

Juan, que vio, que oyó esto, se llenó de terror; pero las últimas palabras le dieron valor para huir. La multitud se apiñaba, el doctor Codorniú, que desde que reconoció a Carrascosa sospechó que no estaba muerto, acudió en su auxilio. Juan pudo esquivarse y, sin ser visto ni detenido, en pocos minutos se hallaba lejos de aquel camposanto donde reinaba el asombro y el horror.

CAPITULO VIGÉSIMOSEXTO

El Amigo del Licenciado Lamparilla

El periódico que años antes habla publicado el alarmante párrafo en que se daba noticia del caso rarísimo y nunca visto, cuyo desenlace conocen ya en parte nuestros lectores, había sufrido mil contratiempos.

Ese mismo periódico, que tenía por nombre El eco del otro mundo, dio a luz el siguiente párrafo:

¡Horrorosa tragedia!- Allá en el fondo oscuro de una casa de vecindad de mala fama, situada en uno de los barrios más sucios y peligrosos de la ciudad, se ha cometido un crimen que nosotros mismos no creeríamos si no tuviésemos los más verídicos y exactos informes.

Interpelamos al periódico oficial para que nos diga si ya se han tomado las medidas enérgicas que reclama la vindicta pública, para aprehender a los culpables e imponerles el condigno castigo.

El periódico oficial, que jamás perdía su calma, contestó al día siguiente dos líneas.

El gobierno ninguna noticia tiene del crimen a que se refieren en su párrafo de ayer los ilustrados redactores de El eco del otro mundo, pero ya se pide a quien corresponda los informes necesarios. En todo caso, y aun suponiendo que se hubiese cometido tal crimen, nos parece que hay exageración en los pormenores. Esperamos de la imparcialidad del patriota colega del Callejón del Ratón que hará las rectificaciones correspondientes para calmar la alarma que ha causado en la ciudad su párrafo relativo al supuesto crimen.

Los periódicos de todas clases, de todos tamaños y de todas Opiniones que se publicaban en la capital y en los Departamentos reprOdujeron el primer párrafo alarmante, y desgraciadamente algunas tiras de ellas fueron remitidas a Europa por casas extranjeras establecidas en México y que querlan tener a sus amigos y corresponsales de ultramar al tanto de los sucesos, de cualquiera naturaleza que fuesen.

Un periódico también de sensación, que circulaba abundantemente en París y que se llamaba El gorro de dormir de Dantón, se apoderó del párrafo, mal que bien lo tradujo y lo publicó en el lugar más visible, titulándolo *Salvajeria mexicana*, y añadiéndole interesantes comentarios.

Nuestro corresponsal nos da sobre este crimen, detalles que omite sin duda maliciosamente la hoja mexicana.

Este párrafo fue reproducido en toda Europa, en inglés, en alemán, en dinamarqués, en checo, en griego, en italiano, en todos los idiomas conocidos y desconocidos y en todos los periódicos, y copiado y vuelto a copiar por la ilustrada prensa norteamericana, que lo adornó con grabados en madera.

Cuando la sirvienta entró con el desayuno del juez de turno, que sentado todavía en su cama no obstante ser las diez de la mañana, fumaba tranquilamente un detestable purito del estanco, le entregó al mismo tiempo un paquete de impresos.

Daba fin a su lectura y se disponfa a salir de entre las sábanas, cuando llamó su atención un párrafo rayado en el margen con lápiz azul, que leyó y volvió a leer varias veces, y era precisamente la horrorosa noticia que, comentada, escandalizó más tarde a la Europa entera, como acabamos de manifestar.

El licenciado se puso una camisa muy almidonada que le hacía un enorme buche por delante que no podía sujetar el chaleco ni la levita; sus pantalones, que le venían muy holgados y tenían una pierna más corta que la otra, y una levita que le lastimaba por debajo de los brazos; y pasando sus dedos por la cabeza, en lugar de peine, formándose

así un copete con su abundante pelo entrecano, salió a la calle con dirección a la Acordada, donde estaban los juzgados de lo criminal.

CAPITULO VIGÉSIMOSEPTIMO

Un juez terrible

Más de dos meses llevaba Crisanto de despachar en su nuevo juzgado, sin que hubiese ocurrido nada de notable.

- ¡Ya sabrá usted el terrible acontecimiento! -dijo Crisanto a su escribano, luego que llegó al juzgado.

- ¡Cómo! ¿De qué habla usted?

- Pues lea y horrorícese usted.

El escribano, que ya de nada se horrorizaba, leyó el párrafo que le indicó el juez y puso tranquilamente el periódico en la mesa.

- ¿No ha venido ningún parte, ninguna denuncia al juzgado?

- Nada -contestó el escribano.

- Los crímenes deben perseguirse de oficio, y si han dado parte y otra autoridad conoce el negocio, ya lo veremos. ¿No cree usted que es la ocasión de que este juzgado se acredite por su energía y actividad?

- ¡Y cómo que lo creo! -respondió el escribano.

- Lo primero que debemos hacer es llamar al director de El eco del otro mundo para averiguar quién es ese marqués o conde que está complicado en el delito. Vea usted: en vez de oficios y citas que nos harían perder el tiempo, lo mejor es que usted mismo vaya a la redacción, y con cuantas caravanas y atenciones sean posibles, se traiga usted aquí al director o a alguno de los redactores.

El escribano tomó su sombrero y salió en busca de los periodistas. El escribano no se hizo esperar y volvió acompañado del director del periódico.

- Amigo y señor; nos va usted a hacer un gran servicio, o, mejor dicho, un servicio a la sociedad.

- ¿En qué puedo servirlo?

- Me va usted a revelar el nombre del personaje que fue causa el Crimen, o mejor dicho que es cómplice y debe ser castigado.

- ¡Imposible, señor juez! Es un secreto que no puedo descubrir; perdería mi reputación, mi crédito.

- Es que -le interrumpió el juez- el secreto quedará guardado, y aunque yo lo sepa de boca de usted y tenga que obrar en consecuencia, ni constará el nombre de usted en la causa, ni yo, ni el escribano, bajo la fe de funcionarios públicos, diremos jamás una palabra; puede usted estar seguro de ello.

- En ese caso confiado en la palabra de usted y por hacerle un servicio, le referiré lo que ha llegado a mi noticia, y por cierto que buenos pasos y dinero me ha costado. Lo que yo deseo, como usted puede bien figurarse, es que mi periódico sea no sólo el mejor periódico de México, sino del mundo entero.

El director miró a todas partes, se aseguró que la puerta estaba cerrada y acercándose al oído del juez, le dijo:

- El personaje aludido en mi diario es nada menos que el rico y poderoso conde del Sauz.

- ¿Es posible? -dijeron a una voz el escribano y el juez.

- Ni duda cabe en ello -continuó en voz baja-; y si ustedes supiesen qué casta de persona es el conde, no se asombrarían. Malas lenguas dicen que, como Otelo, ahogó a su esposa entre las almohadas; a una hija única que tiene le da un trato cruelísimo y le impidió que se casara con un guapo y valiente oficial que abandonó su carrera y se perdió para toda la vida. Como el señor juez podrá fácilmente adivinar -continuó el periodista-, el conde protegía al carpintero para gozar de su mujer, porque así son los ricos; nada hacen de balde. El carpintero aguantaba o no aguantaba la carga; pero el caso fue que se cansó, y un día, celoso y frenético, hizo picadillo a su mujer.

- Pierda usted cuidado; empeñamos solemnemente nuestra palabra de guardar el secreto -volvió a decirle el juez estrechándole afectuosamente la mano y acompañándolo hasta la puerta del juzgado-. Tenemos el hilo -continuó el juez sentándose en su sitial y restregándose las manos-. Pues a proceder y no haya misericordia con nadie: ejecute usted lo que yo mande.

En consecuencia de esta determinación, cuatro hombres y un cabo de infantería que estaban de guardia en la Acordada, precedidos de un agente del juzgado, se dirigieron a la casa de vecindad donde se perpetró el crimen, y otros cuatro hombres y un cabo a la calle de Don Juan Manuel.

Mientras que los soldados caminaban a su destino, diremos cómo la casualidad hizo que El eco del otro mundo tuviese noticia del suceso.

Entre los muchos vecinos de la casa había una familia que tenía dos hijos aprendices en una imprenta donde se publicaba El eco, y uno de ellos, el más listo y vivaracho, era el encargado de llevar las pruebas al director, el cual, al devolvérselas, preguntaba si había algo de nuevo en la imprenta o en la calle.

Un día, antes de las ocho de la mañana, entró el pilluelo sofocado, sin poder articular bien palabra.

- Tú tienes algo -le dijo el director quitándole las pruebas de la mano-. Tienes todavía los cabellos erizados como si hubieses visto a un difunto.

- ¡A una muerta!

- Siéntate, tómate ese trago de vino, coge la copa, no la vayas a tirar, y cuéntame lo que has visto para que salga inmediatamente en el periódico -el director alargó la copa al muchacho con un sobrante de vino Jerez, gritó al portero y lo mandó a la imprenta para que no saliese el periódico hasta que él fuese personalmente.

Lo que oyó y lo que vio lo tenemos también que referir. Según recordarán nuestros lectores, Evaristo salió de la casa dejando la llave a la casera y encargándole la entregase a Tules cuando volviese, y prometiendo regresar pronto.

A las doce del día, ni Juan había vuelto con la leche, ni Tules ni Evaristo habían regresado. Un tanto alarmada, la portera salió al zaguán a espiar un rato por si los viese venir. Las moscas cubrían los restos del carnero, y algunos perros asomaban el hocico por el zaguán.

Dieron las tres de la tarde y la casera volvió a descolgar la llave y a salir al zaguán ... Ni sombra de los vecinos.

La ausencia de Juan era lo que más ponía en cuidado a la casera. Llegó la noche y con ella las sospechas, los comentarios y pláticas de las vecinas, que resolvieron esperar hasta el siguiente día, dejando los trozos del carnero en el mismo sitio.

Al día siguiente la cosa era grave y, perdiendo ya la esperanza del regreso de los ausentes, entró resueltamente al patio y abrió la puerta del taller. Ella y las vecinas se precipitaron, pero un olor acre de sangre y de muerto las dejó estupefactas y clavadas en un lugar.

Sillas rotas, instrumentos regados y en desorden, tablones de madera torcidos, retazos de enaguas y de mascaradas hechos trizas, y manchas de sangre en el suelo, en las paredes, en todas partes. Las vecinas, en cuanto pudieron hablar y decirse algo, reconstruyeron la escena sangrienta como si la hubiesen visto.

En esto estaban, y discutían el modo de evitar tales peligros cuando, haciendo ruido con las armas, hizo una repentina irrupción en el zaguán el piquete de soldados, precedido del agente del juzgado.

- Silencio, y dense presos de orden del juez -dijo con voz imperiosa-. Todo el mundo aquí.

- Venga aquí la casera y algunos que ayuden a lo que se va a hacer.

A los hombres les intimó que quedaban presos y con ellos se fue al taller y los obligó a que comenzaran a despejarlo.

- Hubiera sido mejor que el señor juez hubiese venido en persona -pensó el agente, fijándose en las manchas de sangre, en los destrozos del carnero, en la confusión y revoltura del cuarto y en los fragmentos del sillón de terciopelo y oro que aún conservaba su olor de iglesia y de incienso. Registrados minuciosamente pavimento, rincones, astillas y tablones, nada se encontró. Entonces, por indicación de la casera, se levantaron las vigas del cuarto, y de entre el aserrín ensangrentado y húmedo, sacaron el cuerpo casi desnudo de Tules.

Un soldado salió a la calle y volvió con dos cargadores. En la escalera que servía para encender el opaco farolillo de la casa, se colocó el cadáver, los cargadores con sus cuerdas lo ataron a los barrotes y se lo echaron al hombro. Seis u ocho mujeres, el oficial de sastre y el fingido dormilón, fueron incorporados, y la comitiva, así, en cuerpo de patrulla, salió de la funesta casa de vecindad Y se encaminó a la Acordada. Con el trote de los cargadores las cuerdas se aflojaron, y ya colgaba una pierna desnuda de Tules por un lado, ya por el otro se columpiaba un brazo que rozaba la cara del cargador que iba delante. Así llegó esta fúnebre procesión.

El juez, grave, majestuosamente sentado en su sillón, y el escribano con media resma de papel de actuaciones delante, comenzaron el interrogatorio.

Como sucede entre mujeres, y mujeres que aunque inocentes tenían mucho miedo a la cárcel y al juez, tartamudearon, se pusieron descoloridas y coloradas, y cada una hizo a su modo la relación de lo sucedido, procurando más bien salvarse que no decir la verdad, de modo que resultaron contradictorias sus declaraciones.

- No cabe duda -dijo el juez-, están convictas y confesas; son cómplices por lo menos, y han ayudado a ese horrible festín en que poco faltó para que se comieran a esa pobre mujer. En cuanto a los hombres, ya les interrogaremos esta tarde. Que se los lleven a la cárcel lo mismo que a las mujeres, y que todos queden incomunicados.

El cadáver ensangrentado y medio desnudo de Tules fue tendido boca arriba en un banco de piedra lleno de lodo, costras y regueros de sangre seca, en un inmundo salón situado en el piso bajo del edificio, frente a una puerta con reja de hierro que comunica con la calle.

CAPITULO VIGÉSIMOCTAVO

Mariana y su hijo

El palacio feudal de la calle de Don Juan Manuel, desde que se construyó con sus paredes pesadas y gruesas como las de un castillo, sus ventanas interiores con rejas de hierro y sus recámaras espaciosas y oscuras, era triste y severo como la mayor parte de los edificios que bajo un plan morisco se construyeron en México por los ricos descendientes de los conquistadores; pero el tiempo, y quizá el modo de vivir de la noble familia que lo habitaba, y los pesares secretos que pesaban sobre ella, contribuyeron a darle un tinte más siniestro y sombrío.

El conde, entre sus excentricidades, que cambiaban de giro a cada momento, había ordenado que cuando él estuviese ausente, nada de la casa se cambiase de lugar ni se tocara, ni se hiciera aseo ninguno en los corredores y habitaciones reservadas para la familia; y como en el tiempo corrido había venido tres o cuatro veces y regresado a las haciendas, pasando en México corto tiempo, nadie se había atrevido a desobedecerlo.

El polvo, el desaliño, el abandono completo de lo que existía en el palacio de Don Juan Manuel, estaba de acuerdo con sus tristes ideas, más tristes aún que los acontecimientos que siguieron a la fatal aventura del Chapitel de Santa Catarina que dejamos pendiente, y que tenemos necesidad de recordar.

En una corta ausencia del conde, Mariana, acompañada por Agustina, se aventuró a hacer una excursión hasta la casa de campo. Entró temblando presa de una emoción tal, que era necesario que Agustina la levantase y la ayudase a pasar el umbral de la sencilla y modesta casa de la tía.

Y en efecto, animada y ligera penetró en el salón buscando únicamente con los ojos la cuna, la cama, el lugar, la persona que podría tener a su hijo.

La excelente señora, que tenía aviso de la visita, se presentó muy aseada y vestida, haciendo las debidas reverencias y cumplimientos a la hija del amo y señor a quien su hermano servía hacía tantos años.

- ¿Dónde está, dónde está? -y presa de la emoción Mariana se dejó caer en un sillón que oportunamente le había presentado una sirvienta.

- Ya lo verá usted, y pronto -contestó dulcemente la tía de Juan-. Pero repose usted cinco minutos, cálmese usted ... Comprendo su emoción y sus sentimientos. Voy a traerlo, pero cálmese usted, señora condesita, y con esa condición lo verá dentro de breves instantes.

La tía entró a las piezas interiores intencionalmente, dilató unos diez minutos y al fin salió, teniendo en sus brazos un rollizo bebé.

Mariana tomó en sus brazos al niño, y sus preocupaciones, su miedo, sus negros pensamientos, volaron en el acto.

- ¡Ah -exclamó Mariana llena de alegría-, iba a llorar! Le asustaba yo; no me había visto; pero ya se sonrió, ya me reconoció ... Sí, soy tu madre, tu madre, hijo mío; delante de todo el mundo lo diría; a mi padre mismo, aunque me matara; y si te viera tan hermoso, tan inocente, me perdonaría.

Mariana no quería regresar ya a casa sin su hijo.

- Ni qué pensar tampoco en esto, señora condesa -le dijo Agustina-. Conozco, como si fuese mi hijo, el carácter del conde. No tendrá piedad ni de usted ni del niño. Capaz de quitárselo a usted de los brazos y estrellarlo contra la pared.

- Bien, si es así -dijo Mariana- me queda más extremo sino abandonar para siempre mi casa, y fugarme con Juan; pasado uno o dos años, se habrá disminuido el enojo de mi padre, y entonces quiera que no, tendrá que perdonarnos.

- Por de pronto -le respondió Agustina- también es eso imposible, porque en realidad no sabemos dónde se halla Juan. Hace un mes andaba por las cercanías de la hacienda del Sauz, y así me lo escribió don Remigio, pero hoy no sabemos dónde se encontrará, y desde luego algo le impide venir a México, y la señora condesa sabe esto más que yo, pues ha recibido sus cartas.

- Es verdad, Agustina -dijo tristemente Mariana-, no puede venir, sería fusilado, pues desertó delante del enemigo.

Las dos buenas gentes aprovecharon este momento favorable, condujeron a Mariana al coche que la esperaba en la puerta, Y antes de dos horas subían ama y criada, mudas y tristes, las grandes escaleras del palacio de la calle de Don Juan Manuel.

El conde, una semana después de esta escena, regresó de pachuca, donde había ido por negocios de minas, y pocos días después dispuso continuar el viaje para la hacienda del Sauz. Mariana tuvo que seguir a su padre, y Agustina quedó encargada, como siempre, de la casa.

Un día que fue a la casa de campo, la tía de Juan le dijo que la nodriza había ido con el niño a los Remedios, donde tenía su casa. No le pareció bien a Agustina; pero no dijo nada y se marchó.

A la semana siguiente hizo otra visita, tampoco estaba el niño; una conocida que lo quería mucho lo había llevado a su casa, y la nodriza había ido precisamente a buscarlo. Agustina no esperó porque era tarde, y nada sospechó.

Al mes siguiente, nueva visita, tampoco estaban ni el niño ni la señora. Agustina sospechó que alguna cosa pasaba y volvió a los dos o tres días resuelta a aclarar el misterio.

- Espero, señora Robreño, que en esta vez veré al niño; han pasado ya dos meses y cuantas ocasiones he venido no lo he encontrado. Ahora de por fuerza lo tengo que ver; no me marcharé de aquí, dormiré en este canapé si es preciso.

La tía no hallaba qué responder; enclavijadas las manos, quería levantarse, echarse a los pies de Agustina, llorar, gritar, nada ... la vergüenza, el pesar ... el remordimiento, cuantas sensaciones punzantes puede tener un alma honrada que ha cometido una falta, aunque sea involuntaria, tantas así se retrataban en la fisonomía martirizada y casi moribunda de la infeliz mujer, hasta tal grado que Agustina misma tuvo que ocurrir en su ayuda.

- Seré usted un poco, señora, y refiérame con verdad lo que ha pasado con esa desgraciada criatura.

- Verá usted -continuó la señora Robreño con una voz todavía tan trabajosa y aterrorizada como si acabara de suceder lo que iba a referir-, mi costumbre ha sido, desde hace muchos años, el ir a la Villa de Guadalupe el día 12 de diciembre y pasar todo el día en la catedral, en el cerro y en la capilla del Pocito. Quería que el niño tuviese una medalla de plata de la Virgen de Guadalupe ... Mira, Josefa, le dije a la nodriza, en un momento voy a comprar una medalla, pronto vuelvo y nos iremos, mucho cuidado con el niño ... Entré en la iglesia a comprar la medalla, me dilaté en verdad, porque había mucha gente comprando medallas y medallas ... cuando volví, no encontré a la nodriza, que dejé cerca del Convento de las Capuchinas. Me dirigí al coche: nada ... interrogué al cochero, y la había visto pasar corriendo sin el niño ... No caí muerta ... porque Dios es grande y porque creo que me ha dejado la vida para que pague mi descuido, mi crimen, doña Agustina, pues que es un crimen no haber cuidado como debía a la prenda más preciosa que me entregó mi sobrino. En la tarde se me presentó bañada en lágrimas ... *¿El niño, el niño?*, le pregunté apenas la vi. *¿Dónde está, qué has hecho de él, lo tienes, no es verdad?* La pobre mujer, sí, pobre, porque no fue más que un descuido como el que yo tuve, no hizo más sino arrojarse a mis pies y sollozar hasta sofocarse.

Mariana, inspirada, según ella creía, por la Virgen de Guadalupe, aprovechó el momento en que la nodriza, entusiasmada por las caricias del marido, se apartó a un rincón del convento; se apoderó del chicuelo, y trotando, trotando en la fría tarde de diciembre, atravesó el solitario llano de Zacoalco...

Ya el lector sabe la suerte de Juan: oprimido como en un molino entre las supersticiones religiosas y las supersticiones nobiliarias.

El conde, al llegar a la casa de vuelta del teatro, anunció a su hija la resolución de casarla con el heredero de la casa de Valle Alegre.

Mariana no respondió ni una palabra. La noticia la dejó fría como una estatua de mármol. ¿Tendría que sufrir nuevos martirios, nuevas contrariedades? ¡Quién sabe lo que sucedería! No pudo menos de levantar los ojos y echar a su padre una mirada de desdén, casi de desafío. El conde y su hija marcharon a la hacienda, y los proyectistas que esperaban muchacha bonita, noble y con dinero, quedaron cruzados de brazos.

Ausente Mariana, la señora Robreño y Agustina convinieron en ocultar el suceso, y dar al niño por vivo, robusto y creciendo cada vez más gracioso y bello; y al echarse sobre la conciencia esta mentira, prometieron también seguirlo buscando por todos los medios posibles.

Volveremos, y ya es tiempo, por el rumbo de la Acordada.

- Lo que debemos hacer es que usted mismo vaya mañana a casa del conde, con una orden del juzgado y un soldado con su bayoneta, por lo que pueda suceder. Si el conde está en su casa, lo trata usted con el mayor miramiento y cortesía, y le asegura que el juzgado, sólo por cumplir con su deber, manda registrar la casa donde, según declaraciones y denuncia, debe haberse escondido el asesino.

Al día siguiente, antes de mediodía, el aldabón de la casa de don Juan Manuel resonó de una manera imponente y lúgubre contra el mascarón de bronce. El escribano entró, y el soldado con su bayoneta quedó paseando con disimulo por la calle. El conde y Mariana estaban en la hacienda. Agustina, en su cuarto, leyendo sus libros devotos y rezando sus oraciones. Cuando resonó el aldabón, dio un vuelco el corazón de Agustina, que, temblorosa y demudada, se asomó por entre las macetas marchitas y empolvadas del corredor.

En vez de Juan Robreño, a quien esperaba de un momento a otro, se encontró frente a frente con una persona desconocida, que sin saber por qué le inspiró más miedo que el fugitivo a quien guardaba.

- Un asunto muy grave me ha obligado a venir a esta casa, y enviado por el juez, deseo hablar un momento con el señor conde.

- El señor conde hace meses que está en la hacienda -le contestó Agustina ya un poco tranquila.

- Aquí tiene usted la orden del señor juez -le contestó el escribano, enseñándole un papel-. Dígame si obedece o no, que es lo que necesito saber.

- ¿Y qué quiere usted que haga? Pase por todas las piezas de la casa.

- Ya ve usted señora -le dijo el escribano, después de haber dado vuelta a la casa y salir por la parte opuesta por donde había entrado- que conforme con las instrucciones del señor juez me he portado con toda moderación, y así espero que usted escriba al señor conde.

- Es mucha verdad -le contestó Agustina-, y así lo diré al señor conde, que acaso vendrá pronto; pero ya que usted ha registrado la casa, ¿me podría decir el motivo?

- Creo haberlo referido al enseñarle la orden del juez; pero es verdad, con tantas cosas que tengo en la cabeza, se me había olvidado. He venido en busca de un reo.

- ¿Pero qué clase de reo podría encontrar asilo en esta casa, y con mi consentimiento? ¿Se figura usted acaso ...?

- Nada me figuro, señora. Ese reo que busco es nada menos que autor de un asesinato, y se quedaría usted horrorizada si supiese los pormenores.

- ¿Por qué venía a buscar a ese hombre aquí?

- Porque su mujer ha sido criada y educada en esta casa, y de aquí salió para casarse; después de casada marchó con su marido a la hacienda, y después ... el juzgado tiene ya todos los hilos, y nada pierdo en decirle a usted esto, porque de una manera o de otra nos ha de ayudar usted de descubrirlo.

- Y después ¿qué? ¿Después qué? ¡Acábemelo de decir, por Dios! -le interrumpió Agustina con creciente agitación.

- Creo habérselo dicho a usted ya desde que entré ... La asesinó.

- ¿A quién asesinó? Por Dios, ¿a quién?

- Pues a su mujer, ¿no comprende usted?

- ¿Y esa mujer?

- Se llamaba Tules, así consta en las diligencias.

- ¡Pero eso no es verdad!

- ¡Ojalá no lo fuera! En la Acordada está su cadáver hecho pedazos.

- ¡Jesús Sacramentado! ¡Tules, asesinada! ¡Mi pobre Tules! ¡Mi hija!

El escribano salió de la casa, se dirigió para el juzgado y dio cuenta al juez de las diligencias que había practicado y la impresión que la noticia hizo en la ama de llaves.

A los dos días de estos sucesos El eco del otro mundo publicó un suelto:

Las activas providencias dictadas por el integérrimo juez don Crisanto han dado por resultado el descubrimiento de los autores y cómplices del horroroso asesinato cometido en la casa de vecindad de la Estampa de Regina. La causa se sigue con actividad, y

pronto será satisfecha la vindicta pública con la muerte de los culpables. Debemos añadir que estábamos mal informados, y que ningún marqués ni conde tiene que ver ni está mezclado, ni de cerca ni de lejos, en este horroroso crimen.

Agustina perdió el habla y el conocimiento. Las criadas, fieles Y solícitas, se dividieron en el trabajo; unas fueron por el médico otras quedaron atendiendo a la camarista, y las que más querían a Tules corrieron a la diputación y a la Acordada para reclamar su cadáver y enterrarla decentemente; pero pena perdida: en ese momento era tirado en un carretón, y encima de sus blancas y frías carnes iban el borracho abotargado y el cohetero carbonizado y hecho un chicharrón.

CAPITULO VIGÉSIMONOVENO

El Puerto de San Lázaro

Imposible de creer que en una ciudad como la capital de la República mexicana, situada en la mesa central de la altísima cordillera de la Sierra Madre, pueda haber un puerto. Pues lo hay muy importante y concurrido. Es el puerto de los lagos del Valle, lagos que, si en la estación de las lluvias amenazan derramarse sobre la ciudad por falta de las obras hidráulicas necesarias para contenerlas y darles salida, contribuyen, como lo dijo el barón de Humboldt, a que el clima de México sea uno de los más suaves y benignos del globo. El puerto es San Lázaro, barrio destacado (como desgraciadamente lo son la mayor parte de los barrios de la ciudad), aunque árido, porque falta el agua, los jardines y las arboledas, y lejano del centro de los negocios.

A pesar de las malas condiciones del terreno, el tráfico y el comercio lo animan. Por ese puerto recibe México los granos y semillas de las haciendas situadas en las márgenes del lago de Texcoco, los azúcares y frutos de la Tierra Caliente que conducen los arrieros hasta Chalco, que es como si dijéramos la boca de la Tierra Caliente, o más bien una especie de puerto de depósito; el carbón, leña y madera que se labra en las montañas, y otra multitud de producciones que sería largo mencionar.

Tenemos que suplicar al lector que nos acompañe, aunque sea por un momento, a la garita de San Lázaro.

Son las ocho de la mañana, el sol, con su ancha cara, mira alegre a los habitantes de México desde un cielo azul.

Es la hora del movimiento, de la animación, y el barrio, triste y monótono, parece que revive y se alegra por unas cuantas horas.

- ¿No ha llegado La Voladora? -preguntó el teniente de la garita a uno de los guardas que se ocupaba del despacho aduanal de las canoas.

- ¿Por qué preguntaba, mi teniente, por La Voladora?

- Porque he tenido denuncia de que debajo de las arcinas de paja que debe traer como única carga, encontraremos un contrabando de aguardiente. Mucho cuidado, y avísame cuando llegue esa canoa.

El teniente de la garita acababa de decir estas palabras cuando fue detenido por una persona que se apeaba de su caballo, dejándolo al cuidado de un criado que le seguía.

- ¡Señor licenciado! ¿Qué vientos lo traen a usted por aquí? -dijo el teniente, tendiéndole la mano-. Ya sabe que siempre entro al despacho a saludarlo y a molestarlo también, pero ¿qué quiere usted? ¡Para eso son los amigos! A su disposición y como siempre, señor licenciado. ¿Qué se le ofrecía a usted hoy?

- Quisiera que me prestara uno de sus guardas para que acompañase a mi criado a Chalco con los caballos.

- Lo que usted quiera, y acabado el despacho de las canoas estará listo Pedro Contreras, a quien ya conoce usted, y puede darle instrucciones.

- Lo que necesito ahora es ganar al juez y al Ayuntamiento de Ameca, para que no se me vayan a poner en contra. ¿Usted no conoce a alguno de por allá que nos pueda ser útil, aunque sea necesario gastar algún dinerillo?

- Tengo varios, pero no creo que puedan servirle de mucho. Quizá don Celso Tijerina, que es tía segundo de mi mujer y tiene un rancho por ese rumbo.

- Justamente hemos dado en el clavo. Don Celso Tijerina es hoy presidente del Ayuntamiento.

- No lo sabía.

- Y es el todo: hace lo que quiere del municipio. ¡Qué fortuna! A escribirle: pero bien, con calor; lo que se llama una verdadera recomendación.

- Usted pondrá la carta como quiera, señor licenciado, y yo la firmaré.

- Otra molestia -dijo el licenciado-. Deseo que tome un lugar para el viaje de esta noche; pero entre todas las trajineras escójame la mejor, la más segura y que llegue más pronto. El último que hice fue pésimo, sin colchón, los petates húmedos y la canoa apestaba a dos mil demonios.

- Así están todas ellas; no hay una canoa regular donde pueda caminar una gente decente, más que La Voladora. Un momento y vuelvo, señor licenciado, voy a arreglar esto.

Muy poco tardaron; regresaron acompañados de una mujer.

- Aquí tiene usted la mejor trajinera del canal -le dijo el teniente.

- ¡Cecilia! -exclamó Lamparilla-. Debía haberte reconocido en el garbo, en esas buenas piernas y en ese modo de menear las caderas que Dios te ha dado. ¿Qué haces? ¿Por qué has abandonado tu puesto en el mercado?

- ¿Qué quiere usted que haga una pobre mujer sola -le respondió Cecilia con indiferencia- cuando es perseguida sólo porque es honrada? Me he cansado de darle fruta a ese dicho *San Justo*.

- ¡El picaro! -le interrumpió Lamparilla- ¡ni una manzana me ha mandado desde que no soy regidor! Ya le ajustaré las cuentas en cuanto pueda. Lo que ahora necesitamos es arreglamos con la canoa de Cecilia.

- Precisamente la traje delante de usted para eso mismo.

- ¿Conque tienes canoas trajineras, Cecilia? -le dijo Lamparilla-. Nunca me lo habían dicho ...

- La Voladora está a disposición de usted.

- Convenidos; hasta la noche, Cecilia.

- Hasta la noche, en el embarcadero, señor licenciado.

A cosa de las doce la canoa estaba descargada, barrida y limpia, y Cecilia se disponía a almorzar cuando la detuvo un hombre.

- Señora trajinera -le dijo-, ¿tendría usted un lugar en su canoa para Chalco?

- Tendrá usted colchón y toldo para usted solo; pero serán cinco pesos.

- ¿A qué hora sale la canoa?

- Al oscurecer; en todo caso antes de las ocho.

El nuevo pasajero de La Voladora, que había parecido tan buen sujeto a Cecilia, era nada menos que Evaristo el tornero.

Cuando Evaristo salió del zaguán de la casa, después de haber entregado la llave de su taller a la casera, se detuvo un momento a reflexionar; después, lo mismo que Juan, trató de alejarse del lugar del crimen; pero no lo hizo como el aprendiz, corriendo desafortunadamente, sino despacio, con tranquilidad, mirando, como tenía costumbre, a todas las mujeres, por si acaso pudiese entre ellas encontrar a Casilda. Pensaba siempre que el aprendiz podría haber ido a buscar a la patrulla; pero aun en ese caso, tenía más de veinticuatro horas de qué disponer sin temor de ser buscado por la policía.

Decidió, pues, tomar pasaje en una canoa trajinera e ir a Chalco donde podría tener tiempo de pensar, y en último caso, comprar allí armas, caballo y ganar el monte, que no estaba lejos; pero lo urgente era disfrazarse. Recordaremos que Evaristo tenía un negro y abundante pelo, bigote. y grandes patillas.

- Me cortará usted el pelo, maestro, y me rasurará completamente; y mucho cuidado con la herida que tengo en la cabeza, que no está cicatrizada.

El barbero hizo sentar al cliente en la silla, le ató una toalla en el cuello y comenzó a cortar aquellas greñas espesas, después lo rasuró y le presentó un espejito. Evaristo mismo no se reconocía.

CAPITULO TRIGÉSIMO

En El Canal de Chalco

Al oscurecer, las canoas de los Trujanos, vacías unas, cargadas otras, iban surcando trabajosamente las aguas cenagosas del canal; la balsa de vigas acababa de atracar y la trajinera de Cecilia estaba ya cargada con tercios de mantas de la fábrica de los Antuñanos de Puebla, que remitían a los comerciantes de Chalco y de Ameca; preferían la canoa de Cecilia porque navegaba con más velocidad, y los arrieros no tenían que detenerse mucho para esperar la carga; además, la propietaria de la embarcación era muy cuidadosa: cubría la carga con petates y cueros de res y la entregaba sin averías.

El licenciado Lamparilla no se hizo esperar; llegó en un simón, en traje de viaje.

- ¿Sabes, Cecilia, que se me ocurre una idea? Dejaremos -dijo Lamparilla- que se alejen las canoas de los Trujanos, y que se vayan las otras que están aquí, porque luego se emparejan en el canal y molestan con los cantos de los pasajeros, que a veces llevan guitarras y se emborrachan.

- Dice usted bien, señor licenciado; con tal que lleguemos a la garita de la Viga antes de las ocho.

- Tenemos tiempo -respondió Lamparilla, sonando en el oído su reloj de repetición-: son la siete, y además el teniente nos ayudará.

El pasajero, silencioso, saltó en seguida a bordo.

- ¿Quién es este hombre? -preguntó el licenciado a Cecilia.

- Un pasajero. Desde que usted manifestó -contestó Cecilia- que quería hacer el viaje en mi canoa, no quise admitir a ningún pasajero; a éste le pedi cinco pesos; me los dio y no

hubo más remedio; pero parece buen hombre, humilde y callado. Se meterá en su toldo, se dormirá y no molestará al señor licenciado.

Lamparilla pareció muy contrariado. También Evaristo vio con disgusto que sus proyectos venían abajo con la presencia de otro pasajero que parecía muy familiar con los guardas y con la capitana.

La canoa tenía cinco toldos o divisiones, que llamaremos camarotes, cubiertos con encerado y divididos por dentro con una cortina de gruesa lona.

Llamábase la canoa *La Voladora*, nombre que con grandes letras rojas estaba más bien tallado en relieve que no pintado en la ancha popa. Cecilia, como los capitanes de largo curso, estaba siempre a bordo, hacía los viajes de ida y vuelta, vigilaba la carga y descarga de las mercancías, traía y llevaba encargos de las damas de Chalco, hacia de vez en cuando sus contrabandillos contando con el buen carácter y benevolencia del teniente de la garita de San Lázaro, al que no dejaba nunca de traerle calabaza en tacha y batidillos de las haciendas de Tierra Caliente; vamos, era un paquebote en toda regla.

Dos horas más, y los pasajeros, no pudiendo resistir esa imperiosa necesidad de la naturaleza que exige el reposo, el silencio y la postura horizontal ... se iban acostando y abrigándose unos contra otros. A la madrugada el picarón del licenciado se encontraba durmiendo en el camarote más cómodo que en su propia alcoba, y como si estuviese rodeado de su íntima familia.

- Nada, nada hay de extraordinario en la canoa esta noche; tanto mejor, estaré solo con la capitana -se dijo para sí Lamparilla, pero al salir del camarote de proa tropezó su vista con la figura de Evaristo, que se había encaramado sobre los tercios de manta sin haber elegido ni tomado posesión del toldo en que debía pasar la noche-. ¡Diablo de espantajo!
-continuó en voz baja.

Como había cerrado la noche, Cecilia encendió la linterna que siempre llevaba en la popa.

- ¿A qué hora quiere usted la cena?

- A la hora que tú quieras.

- Si le parece a usted, en cuanto pasemos la compuertas (1).

- Siempre están ustedes con la compuerta, y no pensarán más que en la compuerta.

- Pues a fuerza hemos de hablar de la compuerta. ¿No ve usted que es donde se juntan las aguas y unas corren para un lado Y otras para el otro y es necesario que los remeros sean muy fuertes y anden listos? Se conoce que usted no es dueño de canoas. Yo, al contrario, no me acuesto hasta que no he pasado la compuerta; pero vámonos, que se hace de noche.

- Cuando tú quieras, Cecilia. Tú eres la capitana y tú mandas.

Cecilia habló en azteca con los remeros. La canoa se puso en movimiento y, pasada la garita de la Viga, donde Lamparilla saludó y charló cinco minutos con los guardas, la embarcación continuó, pero haciendo zigzags que llamaron la atención de Cecilia, quien reprendió duramente a los remeros, que, habiendo bebido más de lo regular, estaban completamente borrachos.

- No hay ningún cuidado -dijo Cecilia a Lamparilla-, están un poco tomados, pero así irán bien, borrachos o durmiendo conocen el canal. Sentémonos a tomar el aire, que precisamente nos viene a la frente. Si le parece a usted, iré preparando la cena para que esté lista luego que pasemos la compuerta; ya vamos a salir del canal y entraremos en la acequia de Mexicaltzingo.

- Ya te he dicho que como quieras. Tú mandas y yo obedezco. Soy tu pasajero, y espero que cuando hayamos pasado la compuerta, y cenado, me trates mejor. ¿Sabes, Cecilia -le dijo Lamparilla dándole una cariñosa palmadita en la espalda-, que será el último viaje que haga yo en tu canoa?

- ¿Tiene miedo el señor licenciado de que se quede en el charco? -le contestó Cecilia.

- No es por eso; sino porque eres tan ... tan ... no sé cómo decirte; mil veces te he visto en la plaza sin fijarme en que eres una mujer peligrosa.

- ¡Peligrosa! Y ¿por qué? Nunca me he comido a las gentes. La verdad es que sé sostenerme en lo que tengo razón, pero de ahí no paso.

- Tampoco es eso, y bien sabes lo que te quiero decir. Es necesario que me prometas ... en fin, ya me entiendes.

- Le diré al señor licenciado que, si quiere que lo entienda, tiene que portarse como ya le he dicho. Los señores decentes, con nosotras, quieren, como los arrieros dicen, *llegando y haciendo lumbre*; y ya ve usted, muchos se equivocan, porque entre las pobres las hay muy honradas.

Cecilia, oyendo y respondiendo a Lamparilla, había acabado sus preparativos, y lo entusiasmó más cuando tomó con naturalidad, con las manos, sus rojas enaguas, las enrolló entre sus piernas y dejó adivinar a nuestro amigo formas y tesoros que ya había sospechado con el instinto y práctica de hombre corrido. Cecilia cogió una escoba corta, barrió la popa echando al agua los rabos de las cebollas, las hojas verdes de la lechuga y las basuras que no pudo quitar en la garita y, concluida esta faena, arrancó con las manos un alón al pollo, lo envolvió en media torta de pan, y poniéndose en pie gritó a Evaristo, que había permanecido callado y casi inmóvil sobre los tercios de manta estibados en la proa:

- ¡Oiga, Don! Pase si puede por el bordo, agárrese bien, no se vaya a caer, y tenga este bocadito. La noche es larga y se ahíla el estómago quedándose así, sin comer algo.

Evaristo, asiéndose en efecto de los arcos de los toldos, dio dos pasos por el bordo, alargó la mano y tomó la torta de pan.

- Se lo agradezco, señora capitana: de veras que hace ya su fresquecito, y con su permiso no tardaré en entrar a acostarme.

La canoa bogaba mal, haciendo curvas inútiles de un lado a otro; ninguna orilla ni árbol se distinguía, y sólo a lo lejos se veían unas cuantas luces pequeñas como la chispa de un cigarro. Un remero se volvió a resbalar, y el otro, pretendiendo auxiliarlo, cayó también. Cecilia ya no pudo aguantar, se puso en pie, marchó con ligereza por el borde y ayudó a levantar a los caídos; pero a pescozones, acudiendo a coger un remo que se llevaba el agua.

Los indios remeros se levantaron, y humildemente, sin responder una palabra, volvieron a su trabajo, al parecer más derechos y animados, pues su borrachera se había disipado un poco.

- ¡Qué canalla! Señor licenciado, si se muriese uno de las cóleras, yo ya me habrla muerto. Ahora de veras si corremos peligro y es cuando más necesitamos de los remeros, porque la corriente es tan fuerte como no la he visto nunca, y si Dios no nos saca con bien, no sé lo que va a suceder. Recemos la letanía y usted me acompañará.

- ¿Quién ha introducido esa costumbre de rezar la letanía antes de pasar la compuerta?

- No lo sé, pero yo siempre la rezo y me figuro que es para pedir a Dios que nos libre de todo peligro, en especial del de la compuerta, que de veras es muy arriesgada.

Lamparilla, que no había fijado mucho su atención desde que recitó a Cecilia, se puso en pie y miró a su derredor, y sea por miedo o por un efecto de su educación cristiana, se prestó para acompañarla en su rezo, y los dos, de rodillas dentro del toldo comenzaron a recitarla con tal fervor que parecía que estaban en un templo.

Un fuerte sacudimiento interrumpió su plegaria; seguramente algún madero desprendido de la balsa habría tropezado con la embarcación, y al mismo tiempo el ruido de un cuerpo que caía al agua los llenó de terror.

- De seguro que uno de los remeros se ha caído.

Y en efecto, no había acabado de decirlo, cuando lo vieron, queriendo asirse, sin poderlo conseguir, del borde de la canoa.

- ¡Cecilia, nos hundimos, la canoa hace agua, se está llenando! ¿Qué hacemos? -gritó desesperadamente Lamparilla.

En efecto, la canoa, sin el impulso y equilibrio de los dos remeros, iba de través; el agua entraba por todas partes y mojaba los pies del licenciado Lamparilla, precisamente en el lugar mismo donde se encuentran las impetuosas corrientes de lo que se llama la compuerta.

- ¡Es *San Justo*, ese maldito masón de *San Justo*, el que ha agujereado mi canoa!, ya me lo habían dicho. Vino ayer a la hora que yo no estaba aquí.

- ¡Cecilia ..., nos hundimos! ¡Sálvame, sálvame tú que sabes nadar! Ahogarme aquí en un charco ... Nunca había querido ir a París por no embarcarme -decía Lamparilla lastimosamente.

El agua entraba a borbotones, la canoa se hundía, una línea sola de su bordo estaba fuera del agua; el remero único que había quedado hacía esfuerzos para salir de la corriente; pero imposible.

Cecilia instintivamente se despojaba de su ropa; era buena nadadora; se disponía a luchar a brazo partido con la muerte; pero imposible tampoco, las aguas se confundían con el horizonte. Allá a lo lejos, muy lejos, se divisaba el cerro del Peñón, los cerros de Guadalupe. ¿Cómo nadar cuatro leguas?

- ¡Cecilia, Cecilia! -gritaba el licenciado, y aunque la capitana estaba ya casi desnuda, el frío y el miedo habían apagado la hoguera de su amor.

La canoa rebosó y se fue hundiéndose, hundiéndose. Primero desaparecieron las piernas de Lamparilla con sus calzoneras negras, con su botonadura de plata, y las piernas rollizas de Cecilia; después la cintura, después apenas la cabeza tenía fuera del agua.

¡Pobre Juan! perdía en ese momento a su única protectora en la tierra. Pobre Moctezuma III. El incansable abogado, que lo iba a poner en posesión de su reino, parecía ahogado, no en el grande oceano, sino en un miserable charco de agua. El tornero, que, sin saber la causa, tenía aún medio cuerpo fuera del agua, iba a recibir el merecido castigo de su horrendo crimen.

Mientras más esfuerzos hacían Lamparilla y Cecilia para salvarse, más se hundían en el fondo barroso de la laguna. Los rieles temblorosos de plata que la luna formaba en la superficie de las aguas tranquilas, pasaban ya por la boca de los desgraciados, y las Siete Cabrillas miraban atentamente a los naufragos desde las profundidades azules del firmamento; y desde allí sólo Dios podía salvarlos.

CAPITULO TRIGÉSIMOPRIMERO

Cocinera y criado

- Las manos quietas, Juan, ya te lo he dicho mil veces; yo no aguanto llanezas de nadie, y si te portas así cada vez que estamos solos, tendré que decírselo a las amas, con que va por última.

- Ya le he dicho a usted también muchas veces cuáles son mis intenciones, y no tiene usted por qué decirme que gasto llanezas, ni amenazarme con las amas.

- Y yo te he contestado que lo que tú quieres es una locura y nada más. Piensa que tengo más edad que tú; tal vez podría ser tu madre, y buenos estaríamos para casarnos; nos harían burla.

- Yo sí que ignoro la edad que tengo. Ni supe, ni sé hasta ahora cuándo ni cómo nací, y quién fue mi madre. Una persona que yo quería mucho me dijo una vez que yo era hijo de una señora marquesa o condesa, pero no pudo aclararme el misterio, porque ...

- ¡Qué tarea! Te repito que tengas quietas las manos o me voy de aquí, o te echo al zaguán.

Juan, instintivamente, acaso sin malicia, se empeñaba en acariciar y jugar con las dos gruesas trenzas de pelo de la muchacha y pasarle suavemente la mano por el cuello; pero dócil a las reprimendas, se apartó un poco de su compañera para no caer en la tentación, y continuó platicando tranquilamente.

- Si habla usted de desgracia, doña Casilda, hago parejas con usted, y qUién sabe, si nos contáramos nuestra vida, cuál de los dos ... pero antes quiero que me imponga usted el modo como debo manejarme con los amos, el genio que tienen, sus manías; qUiero decir, la manera de servirlos bien y de que estén contentos, porque entienda usted, doña Casilda, que el día que yo salga de esta casa no sé dónde iré.

- ¿Pues cómo viniste aquí? ¿Quién te dio papel de concimiento, o te indilgó?

- Ya se lo diré a usted; pero impóngame primero del modo qUe gastan las personas de la casa.

- El amo seguramente es rico, pues aunque doña Coleta peSa la carne y da con su medida el arroz, la sal, los frijoles y los garbanzos, y no quiere que se gaste en la cocina el aceite fino, el dinero nunca falta. Por lo que has visto y por lo que te cuento, ya sabes lo que pasa y cómo te debes manejar. Por mi parte, estoy tan contenta que sólo que me echaran a empujones me iría de esta casa. Te confesaré que, aunque amo a Dios y tengo miedo al infierno, no soy muy devota; pero he tenido que condescender en confesarme y comulgar cada ocho días, con tal de darles gusto; en cuanto a no salir, mucho mejor para mí; siempre estoy teniendo miedo de encontrarme con ese hombre. Ya sabes lo que deseabas, ahora cuéntame lo que haces.

- Pues está a mi cargo la recámara del señor licenciado. limpio su ropa, sacudo y barro su despacho, arreglo y pongo en orden los libros de su biblioteca y le sirvo la cena, pues el

desayuno parece que está empeñado en que se lo lleve usted, aunque podía corresponderme a mí o a la recamarera.

Casilda se puso un poco encarnada y desvió la conversación donde inocentemente la encaminaba Juan.

- Y lo demás del tiempo, ¿qué haces?

- Pues aprender la doctrina cristiana y la gramática. Y digo lo mismo: solamente que me echaran a empujones, me iría de esta casa.

- Pues cuéntame tu vida; pero con verdad, como si te estuvieras confesando. Te quiero así ... no sé cómo ... No para mi marido que eso sería una locura de vieja, sino porque eres como yo: solo en el mundo y no tienes más que tu trabajo y tu edad; y no eres feo, particularmente desde que el señor licenciado te quitó ese vestido viejo y horroroso queapestaba a muerto.

Esta escena pasaba en la cocina de la casa del viejo y célebre licenciado don Pedro Martín de Olañeta, que renunció al importante empleo de juez para que lo ocupara el más célebre licenciado don Crisanto Bedolla.

Los actores eran nuestra antigua conocida Casilda y Juan, el mismo Juan que, sin querer y por causa del tacón que se le atoró en las baldosas, dejó caer el ataúd de don José María Carrascosa.

El tiempo transcurrido parece que no había hecho otra cosa sino dedicarse de intento a hacer más perfectos y visibles los atractivos de Casilda.

Juan, aseado, vestido como las gentes de pobre esfera, pero con limpieza, con la ropa que le compró el licenciado, tranquilo, bien nutrido y contento, se podía asegurar que era un guapo y simpático muchacho.

Casilda se levantó del banco de madera donde estaba sentada y comenzó a hacer sus faenas de cocina.

- Ya podías ayudarme en algo -le dijo a Juan.

Juan comenzó a limpiar los cubiertos y los cuchillos y a contar con ingenuidad lo que sabía y recordaba de su vida.

Casilda escuchaba con interés a Juan, y solía interrumpir con exclamaciones de admiración o de lástima; pero cuando llegó a la época de su aprendizaje en la casa de Evaristo, inmediatamente reconoció en el personaje a su antiguo amante.

- ¿Conque así trataba ese bandido a su pobre mujer? ¿Por qué no agarraba esa tonta mujer un fierro cualquiera del obrador y mataba a ese bruto?

- ¿Qué quiere usted, doña Casilda? Mi pobre maestra era más humilde que el cordero que tenía, como le he dicho a usted, y no sé qué habrá sido de él.

- Acaba, por Dios, Juan; acábame de contar en qué pararon estas cosas.

Juan se limpió los ojos y contó, con la viveza de su edad, la impresión terrible que no se le borraba de la escena última en que acabó con la vida de su maestra.

- ¡Jesús y Dios mío, qué horror! -dijo Casilda tapándose la cara con las manos-. ¿Y por qué no mataste a ese bruto? Dios me quiere mucho y me libró a tiempo de las garras de ese demonio. ¡Qué casualidad encontrarme aquí con este muchacho!

- ¿Pero qué ha tenido usted que ver con don Evaristo?

- Ya te contaré.

Juan continuó su historia hasta el lance en que dejó caer el ataúd de don José María Carrascosa.

- ¿Y qué hiciste, desgraciado muchacho?

- Era tal la confusión y el miedo de la gente que había en el entierro cuando el que estaba muerto se levantó y se puso a hablar y a gritar no sé qué cosas, que yo pude escaparme sin ser detenido por el secretario.

- Vaya, acaba y no pienses en el hambre, que aquí, por beneficio de Dios, nos sobra qué comer.

- En cuanto fue de noche, me fui a la casa de doña Cecilia, que está en un callejón cerca de la acequia, pero la encontré cerrada. Pasé la noche en una canoa vacía; Dios, sin duda, me iluminó, y a riesgo de ser aprehendido como prófugo del hospicio vine a esta casa que conocía mucho, pues le traía la fruta al señor licenciado. También a las señoras las conocía, pero no sabía cómo se llamaban. Conté al señor licenciado lo que me había pasado, menos lo de la casa de mi maestro el tornero, porque eso sólo se lo he dicho a usted porque la quiero; falta que usted me cuente lo que ha pasado, pues ya lo hice yo.

- Lo que me pasó -respondió Casilda- fue un infierno al lado de ese hombre. Una no siempre es dueña de su voluntad, y además, él no era mal plantado, hábil y muy hipócrita; eso era lo principal. Lo ayudé en sus trabajos, lo mantuve muchas veces, lo curé cuando estaba enfermo, lo saqué de la cárcel ... Su madre no hubiera hecho más por él ... ¡Canalla, malvado, hijo de todos los diablos! Sin duda ... el pago que me dio ... y lo peor es que ... Lo que le tengo es miedo, y por eso no salgo a la calle, pues a pesar del tiempo que ha pasado, creo verlo por todas partes; y eso que no sabía yo el horroroso asesinato. ¿Y no tienes miedo de encontrarte con él? -le dijo Casilda.

- Muy lejos de aquí estará, o bien escondido. Los *cuicos* han cogido presos a los vecinos y a las vecinas, y maldito si en nada se metieron.

- Lllaman a la puerta, ve a abrir.

Juan volvió con un periódico en la mano.

- ¡Doña Casilda, doña Casilda, oiga usted lo que dice este periódico! ¡Estamos perdidos, no sé lo que va a ser de nosotros!

- Lee, lee, ¡con mil demonios!, que todo me asusta hoy.

Juan clavó sus ojos azorados en el párrafo del periódico, y con trabajo, pues las líneas impresas le bailaban, leyó:

El crimen de Regina. A la sagacidad, vastos conocimientos Y energía del señor juez de lo criminal, don Crisanto Bedolla, se debe que la causa se haya instruido con brevedad, que se hayan obtenido las pruebas necesarias y que los delincuentes estén casi convictos y confesos.

El integérrimo juez sigue la pista y no tardará en descubrir al principal asesino y a los que anteriormente tenían espantado al barrio con sus crímenes, y que, por miedo a los bandidos que habitaban en esa finca, no se habían atrevido a denunciar. Están ya al caer, de un momento a otro, la antigua querida del tornero, la que por celos lo instigó para que entre él y los vecinos asesinaran a la mujer legítima así como su aprendiz.

Al acabar Juan, el periódico se le cayó de la mano y miró a Casilda, que a su vez había dejado caer el cuchillo y el recaudo al suelo. Los dos estaban pálidos, y durante algunos minutos no pudieron articular palabra.

- ¿Qué hacemos, Casilda?

- Huir Juan, huir de aquí, si no, somos perdidos. No entregues el periódico; si te llama el amo, ten valor y no te turbes; dí le que no lo han traído. Mientras almuerzan, nos vamos ... por ahí lejos ... Pero la cárcel, la horca ... ¡Jesús mío, qué horror y qué infamia! ¿Qué dices, Juan? ¿Qué dices? ¿Qué hacemos? Huir: no nos queda otro remedio.

- Sí, huir juntos o matarnos; ¡la vida para mí no tiene más que horrores y martirios!

CAPITULO TRIGÉSIMOSEGUNDO

Al toque del alba

Los criados, que desde que entran a una casa procuran averiguar cuanto pasa y la vida y milagros de sus amos, amigos y conocidos, nos han dado algunas noticias de la familia del licenciado don Pedro Martín de Olañeta; pero como este personaje tendrá que figurar en los acontecimientos que aún nos falta narrar, supliremos lo que acaso no pudieron decir ya, porque no lo sabían o por la justa alarma en que entraron con la lectura del párrafo del periódico.

Don Pedro Martín de Olañeta era la representación viva de los hombres que figuraron en la época de transición que convirtió repentinamente el virreinato en imperio y poco después en República federal. Olañeta rayaba en los sesenta; pero su vida arreglada y uniforme le había conservado el vigor y la salud. Cursó filosofía, derecho romano y patrio y cánones en el más antiguo Colegio de Comendadores Juristas de San Ramón; sirvió de asesor con el último virrey y estableció su bufete, que le proporcionó, en el curso de algunos años, una fortuna con qué vivir independiente; pero el deseo de ser útil a su patria y la costumbre de trabajar y ocuparse de leyes y de procesos, lo hablan hecho admitir diversos cargos en la magistratura; su saber como abogado, su laboriosidad y su honradez acrisolada, lo hacía como necesario, y no había ministro no obstante la frecuencia con que cambiaban, que no le rogase con algún empleo de importancia.

Su biblioteca era quizá de las más notables de la capital, por el numero de volúmenes, aunque no por lo selecto de las obras, Una antología completa, las Siete Partidas del rey don Alfonso el Sabio, el Fuero Juzgo, Carleval, Solórzano, la Recopilación de Leyes de Indias, y por ese estilo, pergaminos infolio difíciles de leer y manejar. Como libros de literatura, los autos sacramentales y las comedias de don Pedro Calderón de la Barca; el Gil Blas, que sostenía a pie juntillas que era del padre Isla, y Don Quijote de la Mancha, con las novelas cortas de Cervantes.

Tenía tres hermanas: Coleta y Prudencia, doncellas viejas muy parecidas a él, dadas a la iglesia y dedicadas a las labores y gobierno de la casa.

Clara, que así se llamaba la otra hermana, así como sus hermanos fueron refractarios al matrimonio, ella desde que entró en edad no pensó más que en casarse, y hacía frente a cuantos se le presentaban: pero el hermano mayor, como jefe de familia, la casó con un licenciadito que habla sido su pasante y a quien su padre al morir le dejó, como se dice vulgarmente, algunas proporciones. Le llamaban *Chupita*, la vida de la familia del licenciado Olañeta era uniforme, monótona, arreglada a reloj.

El día en que Juan y Casilda tuvieron en la cocina la conversación de que se ha dado cuenta en el CAPITULO anterior, Olañeta, como de costumbre, estaba sentado en su sillón, fumando y repasando en su cabeza un informe de estrados en un ruidoso pleito de los marqueses de Valle Alegre. Los agujeros y rendijas del torno permitían oír en el comedor lo que los criados platicaban en la cocina, y Olañeta solía escuchar sus chismes y diálogos, pero jamás había fijado su atención, y cuando hablaban mucho y recio o la conversación podía degenerar en pleito, los regañaba y los mandaba callar. En esa ocasión, al principio no hizo caso; pero cuando algunas palabras de sangre, asesinato y violencia hirieron sus oídos, tratándose de criados que hacía poco había recibido, arrimó

con mucho tiento su silla y dirigió su oreja al torno para no perder una palabra; sin hacer ruido se dirigió a su biblioteca, sonó la campanilla, entró al momento Juan y le pidió el periódico.

- No lo han traído todavía.

- Bien, dile a Casilda que venga; quiero saber lo que ha dispuesto para el almuerzo.

Juan obedeció y en seguida se presentó Casilda, más muerta que viva.

- Todo lo he oído, muchacha -le dijo el licenciado con voz muy afable-, tranquilízate, pide el periódico a Juan, y cuidado con salir ni tú ni él de la casa sin mi permiso. ¡Cuidado! ¿Me obedecerás?

- Sí, señor -contestó la criada, volviéndole el alma al cuerpo.

- Bien; no hay cuidado por ahora. Ya veremos lo que se hace.

Casilda fue a la cocina casi bailando de gusto. En la mirada y en la voz del amo había reconocido que ella y Juan estaban salvados. Juan llevó el diario al licenciado. Casilda en momentos preparó con presteza un almuerzo como nunca lo había tenido la arreglada familia.

Don Pedro Martpin de Olañeta, aunque no era la hora designada por su metódica costumbre, recorrió el periódico, leyó dos veces el párrafo y comenzó a pasearse de uno al otro extremo de la biblioteca.

- ¡Qué juicios los de Dios tan incomprensibles! ¡Y cómo por caminos desconocidos viene a salvar a los inocentes! -decía para sí.

Dejaremos al grave licenciado paseándose en su biblioteca con la cabeza baja y su dedo en la boca, pensando lo que debería hacer, para decir dos palabras acerca de doña Dominga de Arratia. Era una señora principal, rica y aristócrata. Tenía en el Valle de Temascaltepec varias haciendas, y en el pueblo figuraba en primer término. En los pueblos y ciudades de segundo orden de México los dueños de haciendas son los potentados, los señores, y forman el núcleo de la aristocracia provinciana. El cura, los alcaides, los ayuntamientos, todo el mundo les hace *randi bus* (1), como dicen los rancheros. En una de las haciendas había dejado su padre al morir un muchacho blanco, robusto, fuerte, bien hecho, como es en lo general esa gente de la tierra fría. Desempeñaba el cargo de mayordomo. Doña Dominga, a poco tiempo de haber entrado al manejo de sus bienes, lo hizo administrador y a los dos años lo elevó al rango de su marido. Ella era la rica. Él, el cónyuge y socio industrial. Él estaba todavía joven y vigoroso. Ella no malota, como dicen los jóvenes veteranos; pero ya entrada en edad. Doña Dominga cuidaba al pensamiento a su marido y lo vigilaba día y noche sin dárselo a entender. Casilda, que anduvo de Herodes a Pilato, comerciando, mudando casas, ya como cocinera, ya como recamarera, y temiendo siempre encontrarse con Evaristo,

después de su expedición como barillera, a su paso por el pueblo cercano a una de las haciendas de doña Dominga, fue encomendada a la señora, y a su vuelta a la capital vino a la casa, donde, en vista de sus muchos y buenos papeles de conocimiento que abonaban su conducta, fue recibida como cocinera. A los ocho días, el marido, con un pretexto o con otro, había dado sus Vueltas por la cocina y la esposa lo había observado. A los quince días, ya había sorprendido ciertas ojeadas que más tarde serían correspondidas por la muchacha.

La ocasión hace al ladrón -dijo para sí como mujer prudente y que no quería reyertas con su marido-, separarlos a tiempo es lo mejor.

Y sin esperar más, se puso su saya de seda negra y relumbrante, la mantilla trapeada de punto de Barcelona y se fue a casa de Olañeta, que era su apoderado y su consejero y había, desde hacía años, girado sus negocios. Encontróse con las hermanas Coleta y Prudencia, les exageró lo bien que guisaba Casilda, lo honrada y hacendosa que era y, bajando la voz y acercándose a su oído, les confió el secreto.

- Ni por todo el oro del mundo me desprendería de tan excelente criada; pero mi marido ha comenzado a guiñarle el ojo y a entrar en la cocina, donde nada tienen que hacer los hombres ... Ya ustedes me entienden como personas de mundo y de experiencia.

- Si guisa bien, doña Dominga -dijeron las hermanas en coro-, que venga mañana mismo.

Quedó, pues, terminado el negocio.

Doña Dominga se retiró tranquila, y al día siguiente Casilda estaba en la cocina de la calle de Montealegre preparando el almuerzo para el viejo licenciado. Pocos días después fue el prófugo del hospicio a pedir el asilo que, como hemos visto, le fue concedido. Casualidades o providencia de Dios, como dec[ía el licenciado.

Una de esas mañanitas en que la oscuridad entabla su lucha con luz que va gradualmente subiendo de las montañas, don Pedro Martín se sentó en su cama para recibir la bandeja de plata que Casilda le presentaba, con el pocillo de chocolate espumoso Y caliente.

- ¿Sabes, muchacha, que sería bueno que me abrieras de par en par la ventana? No tengo ganas de dormir, y quiero aprovechar el tiempo en leer unos apuntes (los del informe de estrados en el pleito de los marqueses de Valle Alegre).

- Como usted mande, señor licenciado -respondió Casilda, colocando la bandeja en el regazo caliente, corrió al extremo de la pieza a descorrer las cortinas y a abrir las puertas del balcón. Lo quiso hacer con tanta presteza, que el fleco de su rebozo, con el que estaba bien cubierta, se atoró en el aldabón, y precisamente al abrir la puerta cayó al suelo y dejó descubierto el busto palpitante y sorprendente de una Venus. Esa visión, que parecía del Elíseo de los griegos, vista repentina e impensadamente al través de la luz misteriosa de las primeras horas de la mañana, y como engastada a propósito entre dos cortinas de damasco rojo de China, se quedó impresa en el cerebro del viejo abogado como si la

hubieran grabado con un buril de fuego. Pero don Pedro Martín era hombre de sólida virtud, que sabía dominar sus pasiones, y cuando vino doña Dominga de Arratia a saber cómo se portaba su recomendada, hicieron mil elogios de ella.

Cuando doña Dominga se marchó, el licenciado llamó a sus hermanas a la biblioteca, cerró con precaución la puerta y les dijo:

- Voy a hacerles a ustedes una recomendación. Por ningún motivo manden a la calle a Casilda, ni al muchacho Juan. Tengo mis razones para hacerles esta prevención y a su tiempo les diré si me conviene.

- Mañana es sábado, día de confesión. Irá con nosotras a la catedral.

- No; ni aun eso; se pasará la semana sin confesión ni la comunión del domingo, y en la entrante ya veremos.

Las hermanas no insistieron, pero se retiraron diciendo:

- ¿Qué secreto será éste? ¿Por qué no querrá que salga a la calle Casilda?

CAPITULO TRIGÉSIMOTERCERO

La injusticia de la justicia

El licenciado don Pedro Martín no salió ese día de su casa. En la noche, por fortuna, no hubo ningún tertuliano; su paseo a un lado y otro de la biblioteca duró dos horas en vez de una. ¡Pero qué paseo tan doloroso, un verdadero calvario para la austeridad y la rectitud de ese viejo jurisconsulto, educado en el cristianismo puro y en el palacio de los virreyes españoles!

- ¿Será amor el que tengo por esa tan seductora como desgraciada mujer?

Y en vez de pensar en los desgraciados que estaban en la cárcel, la visión engastada en el cortinaje de damasco rojo de China se le presentaba viva, fresca, tentadora, como si en ese mismo momento se acabase de atorar el rebozo de Casilda en la aldaba del balcón. Coleta y Prudencia, extrañando que su hermano pasease en su biblioteca más del tiempo acostumbrado, entraron a verlo.

- Nada, nada tengo -les contestó-, estoy repasando el informe de estrados en el complicado negocio del marqués de Valle Alegre. Déjenme en paz por ahora, y les vuelvo a encargar que no manden a la calle ni a Casilda ni al muchacho.

Las hermanas, que obedecían ciegamente al jefe de la casa, salieron del salón de libros viejos, algo desconcertadas pero creyendo que, en efecto, su hermano estaba preocupado en el negocio del marqués de Valle Alegre.

La resolución que de pronto tomó don Pedro Martín al levantarse fue la de tener una discreta conferencia con su sucesor y compañero don Crisanto Bedolla.

Después de almorzar salió ligero y animado como un joven de 20 años y tomó el rumbo del juzgado.

- Compañero -dijo a Bedolla saludándolo afectuosamente-, una indiscreción y tal vez un favor. Quisiera leer aquí la causa a varios supuestos reos por el asesinato de Regina.

- ¿Creerá usted acaso, señor compañero, que la causa esta mal formada o que la sentencia ...?

- De ninguna suerte, y aunque lo creyera ya me guardaría bien de entrometerme en los asuntos de su juzgado.

- Ningún inconveniente, y antes bien me hace usted un favor en esto. Ya verá usted; he interrogado a medio México, pero al fin he logrado descubrir a los culpables, ya verá usted.

Acabando de decir estas palabras que hicieron sonreír al viejo al disimulo, Bedolla tocó la campanilla y un dependiente entró.

- Traígame usted la causa del asesino de Regina y socios.

El empleado volvió a poco con tres voluminoso legajos de papeles, cosa de 2,000 fajas.

- Imposible de examinar esto ni en un mes -dijo don Pedro Martín-. Tiene usted allí enfrente una mesa, una silla y un rincón donde no da el aire.

- Perfectamente, y mucho agradezco a usted esta deferencia, señor compañero, pero ha de ser con la condición de que usted, y como si yo no estuviese delante, continúe su trabajo.

- Convenido, señor compañero.

Bedolla instaló al viejo abogado en la mesa desocupada, le puso delante la voluminosa causa y continuó con el notario el despacho.

Durante una semana no tuvo otra ocupación más que ir a la hora convenida al juzgado y leer las innumerables hojas de que se componía la causa, y con el mayor asombro se enteraba, a medida que avanzaba, de que el juez no había hecho más que aplicar a los reos las duras penas que establecían las leyes españolas y mexicanas, aplicables a falta de código criminal, que no existía.

Las pobres mujeres y los hombres aprehendidos en la casa de vecindad, aterrorizados con la cárcel, confundidos con las amenazas del escribano y enteramente atarantados con las preguntas capciosas que les hacía el juez, habían comenzado por negar, después por contradecirse y, finalmente, por echarse la culpa unos a otros, acusarse de cosas en que ni habían pensado, llenarse de improperios delante de los testigos a la hora de las declaraciones y enredar de tal manera el asunto, que el más hábil defensor no hubiera podido descifrar el verdadero logogrifo que contenían en sustancia tantas hojas de papel escritas. El defensor, por salir del paso, se había limitado en cuatro renglones a pedir indulgencia para los culpables, mientras el fiscal pedía para todos, en cuatro líneas, la aplicación de la última pena.

Cuando don Pedro Martín acabó la lectura de la causa e hizo última visita al juzgado, quiso saber a qué atenerse, y bien se guardó de decir a su compañero Bedolla lo que realmente pensaba acerca de las actuaciones.

- ¿Acabó usted, por fin, señor compañero? -le dijo el juez observando que don Pedro Martín ponía en orden y ataba con una cinta los legajos.

- Acabé, y le aseguro que es necesaria la suma de paciencia que debemos tener los abogados para echarse a cuestras una causa como ésta.

- ¿Y qué le parece a usted? La opinión favorable de un hombre tan sabio me llenaría de orgullo.

Don Pedro Martín, inclinando la cabeza para darle las gracias por el elogio, le contestó:

- Lo que resulta de las actuaciones y lo que previenen nuestras leyes vigentes, dan materia para una sentencia; pero así de pronto, sin estudiar el punto, me parece que no habiendo sido aprehendido todavía el verdadero asesino y otros que se presumen cómplices, debían seguirse ciertos trámites sin los cuales no hay bastante fundamento ...

- Sé lo que me va usted a decir, compañero ... y tiene muchísima razón -le interrumpió Bedolla, acercándose al oído y hablándole en voz baja-, pero qué quiere usted, la prensa se queja de falta de seguridad en los caminos, en las calles, aun en las casas mismas, y observo una cierta inclinación a que lo más pronto posible haya dos o tres ahorcados para satisfacer la vindicta pública. En cuanto al asesino, casi lo tengo en la mano; pero al muchacho aprendiz que ayudó a matar y a hacer pedazos a su maestra, se ha perdido la pista. A la que tengo como quien dice en el bolsillo, es a la antigua querida del asesino ... Le he seguido los pasos, como ella misma no se lo puede figurar. Últimamente estuvo sirviendo en una casa de una tal doña Dominga de Arratia, por Temascaltepec, pero hoy mismo me van a decir dónde vive y a qué horas se encuentra; será interrogada y sabremos dónde está esa mentada Casilda.

Después de diez o quince minutos de atravesar palabras sin importancia sobre los vahídos y desvanecimientos, don Pedro salió del juzgado y se dirigió sin perder ni un minuto a la casa de doña Dominga de Arratia, la que, según tenía de costumbre, había salido a sus

negocios y visitas, y no volvía hasta las seis de la tarde, pues había dado en almorzar y comer a la francesa. Se resolvió a esperar interrumpiendo su método, y entrada ya la noche fue llegando muy fatigada la buena de doña Dominga.

- Cumplimientos aparte, si aquí o en la calle le preguntan a usted por la criada que tanto recomendó a mis hermanas y con la cual estamos muy contentos, dígales que le dio usted su papel de conocimiento como es de costumbre y como lo merecía por haberse portado bien; pero que ignora usted en qué casa se haya colocado y que más bien cree que se ha marchado a Tulancingo, donde tiene su comercio de rebozos. No hay que salir de eso, por más preguntas que le hagan. Aprenda usted bien la lección y repítala a su marido, por si a él le interrogasen. Cuando sea tiempo impondré a usted de la causa que ha movido que yo le haga esta recomendación.

Doña Dominga de Arratia, que, además del sincero cariño que tenía por el licenciado, lo respetaba por su edad y su saber, le prometió que cumpliría como si se lo hubiese mandado su confesor, y lo mismo haría su marido.

La conversación que escuchó en el comedor le habra probado que los supuestos reos, que estaban condenados a prisión o a la muerte, eran perfectamente inocentes, y un hombre como él, religioso y de conciencia, una vez que por obra de la Providencia habra sabido la verdad, no podra permitir la muerte, la deshonra y el martirio de esos desgraciados; pero ¿cómo hacerlo?

Coleta y Prudencia se habían dormido, Casilda y Juan, en sus cuartos respectivos, llenos de dudas, pero confiados en la bondad de su protector, descansaban también; sólo el viejo licenciado estaba paseando de uno a otro lado de la biblioteca, y cuando notó que las velas se estaban acabando, eran cerca de las tres de la mañana. Se metió precipitadamente en el lecho a esperar el chocolate que, al dar la primera campanada del alba, le llevaba a su recámara la bellisima y desgraciada Casilda.

CAPITULO TRIGÉSIMOCUARTO

El Litigio de los Marqueses de Valle Alegre

Imponente y magnífico era el salón de la Alta Corte de Justicia. En el fondo, un tablado que casi abrigaba un dosel de terciopelo carmesí con galones de oro, un gran bufete con una carpeta de brocado, un juego tintero y una campanilla de plata, y en el respaldo las armas y un manuscrito original, en un marco dorado, del acta constitutiva de la República. Alrededor de la mesa, sentados, tres magistrados y el secretario, todos de edad madura, muy graves y serios, algunos ostentando en sus fracs negros la medalla de la primera época de la independencia.

Cuando don Pedro Martín de Olañeta entró vestido correctamente de negro, con pasos majestuosos, erguido, satisfecho de sí mismo, inclinando la cabeza acompasadamente

para saludar, hubo un murmullo en el público, pues el salón estaba lleno. Subió la escalinata, se inclinó ante el tribunal y tomó asiento en uno de los sillones colocados a la derecha.

A los diez minutos, otro murmullo semejante al de un enjambre que se levanta de la copa de un arbusto de borraja, indicó la llegada de otro célebre abogado, don Juan Rodríguez de San Gabriel, vestido también con igual corrección, pero con menos elegancia, pues su frac le iba muy holgado y los pantalones formaban un torso visible al caer sobre sus botas de charol.

Se trataba en esta ocasión del famoso pleito entre los marqueses de Valle Alegre y el Juzgado de Capellanías. Como tal establecimiento acabó con las Leyes de Reforma y la desamortización eclesiástica, explicaremos en dos o tres renglones lo que era el juzgado de Capellanías.

Un banco que tenía un capital de 10 a 12 millones de pesos. que no emitía billetes, ni tenía cartera, ni cuentas corrientes, ni sucursales, ni nada de esas zarandajas a la moda, que repentinamente dan un traquido o un Panamá, que es lo peor, que ni Judas reventó tan estrepitosamente. Los ricos aristócratas tenían allí caja abierta; diez, veinte, treinta mil pesos era cosa fácil de conseguir con hipoteca de una hacienda, y al rédito de 6 o 5 por ciento anual. Tras esos treinta, otros diez y otros mil más, y así hasta que pedían y se les daba más dinero que lo que valía la hacienda o haciendas afectadas al pago. Una vez adquiridas esas sumas se echaban a dormir y no volvían a pagar un solo peso de réditos, y cuando el cobrador les urgía mucho o eran amenazados con un juicio; con quinientos o mil pesos componían el negocio y obtenían esperas.

Los marqueses de Valle Alegre fueron mucho tiempo, como quien dice, los niños mimados de este banco Agrícola Eclesiástico. Era familia que se trataba rumbosamente.

Entremos un momento al tribunal.

El presidente tocó la campanilla, y el secretario comenzó a dar lectura a los autos. Terminada al fin la lectura, que ninguno oyó, pues los magistrados y defensores también habían inclinado la cabeza y roncado de vez en cuando, el patrono del Juzgado de Capellanías se puso en pie y comenzó su alegato.

- Jamás, respetable Sala, he querido que se me crea bajo mi palabra, por sencillas que sean las cuestiones. Mis procedimientos en materia civil son tan ajustados a las leyes y a las doctrinas de los más célebres jurisconsultos, que no discrepan un ápice, y tienen por esa razón una fuerza contundente. Se me permitirá que lea algunos párrafos del *Informe fiscal de La Habana*, para probar con cuánta razón he llamado escandaloso un litigio que ha durado once años. Por fin acabó con una elocuente peroración un tanto picante y no poco ofensiva aun para los mismos magistrados.

Rodríguez de San Gabriel se dejó caer a plomo en el sillón como satisfecho de sí mismo, y don Pedro Martín se levantó entonces erguido y soberbio, y con una voz de trueno que despertó al auditorio, dijo:

- ¡Qué audacia. qué aplomo para citar autores y leer doctrinas que son precisamente contradictorias a la parte que defiende! Suplico al señor secretario que lea el párrafo 40 de la página 229 del *Informe fiscal*.

El secretario tomó el libro que con alguna repugnancia le alargó el licenciado Rodríguez de San Gabriel, y leyó:

Es práctica utilísima y provechosa en esta Isla (Habana), que cuando los bienes del deudor exceden, y con mucho, para cubrir las hipotecas, se cita una junta para provocar un avenimiento, aun cuando el negocio se halla en última instancia.

- Ese párrafo, señores magistrados, lo pasó por alto mi respetable compañero, y dio lectura a los que no son aplicables a este negocio, desentendiéndose del que acaban de oír los magistrados.

Don Pedro Martín siguió por este estilo defendiendo con energía la mala causa de los marqueses, pero en medio de su discurso vinieron repentinamente a su imaginación Casilda y Juan, pensó que tal vez en ese mismo momento, habiendo sido descubiertos, el juez mismo se había presentado en su casa para apoderarse de ellos y encerrarlos en la prisión. Se turbó, repitió argumentos, perdió el hilo de su discurso y acabó, en fin, de mala manera; de modo que los mismos magistrados y el público que lo conocía como orador elocuente, quedaron disgustados.

Cuando ya bien tarde regresó a su casa todo estaba en orden. Las hermanas, bostezando de hambre, lo esperaban para comer; Casilda, con la recamarera, platicando en la cocina de la carestía de la fruta y del recaudo, y Juan, muy aplicado escribiendo y leyendo la gramática castellana en la biblioteca.

CAPITULO TRIGÉSIMOQUINTO

Malos pensamientos y dificultades

Si cuando don Pedro Martín escuchó en el comedor la interesante conversación de Casilda y Juan, se fijó en las palabras que, calificaremos de amorosas, se le escaparon al muchacho, no lo sabremos decir, pero el caso es que pensaba hacía ya una semana en la manera de separarlos, sin que pareciera ese paso violento ni a sus hermanas ni a la misma Casilda, y en su hora de ejercicio habitual en la biblioteca formulaba esta otra cuestión, que no acertaba a contestar: *¿tendré celos?*

Un cuarto de hora dio un paseo tras otro; un poco desvanecido se detuvo y meditó:

- Sí, no cabe duda, los síntomas son muy marcados y no puedo equivocarme. Un poco de odio al muchacho; arrepentimiento de haberlo admitido en mi casa. Deseo vehemente de mirar a Casilda y decirle algo, cualquier cosa, aunque fuese una tontería.

Continuó meditabundo y fija la vista en sus polvosos libros, cuando se abrió la puerta y de rondón se coló el marqués de Valle Alegre. Sin saludar y sin ninguna otra ceremonia se quitó el sombrero y lo tiró en un montón de papeles y periódicos en desorden, y se dejó caer en un sillón.

- Ya lo sabrá usted, licenciado -dijo, echando de los pulmones un gran resuello-, estamos perdidos, arruinados completamente. La Corte de Justicia ha fallado por unanimidad en favor de ese beato hipócrita de Rodríguez de San Gabriel. Crea usted, licenciado, que no me doy un tiro en la chapa del alma porque soy cristiano y tengo un poco de miedo al infierno; pero de lo contrario, me puede creer, no hubiera puesto más un pie en la casa de usted y ahora estaría usted ayudando a mis parientes a disponer mi entierro, mandar hacer lutos, formar los inventarios, repartir las esquelas y todo ese trabajo que damos después de muertos los que denemos título de Castilla, como si no fuera bastante la guerra que damos en el mundo cuando vivimos; pero no hay que darle vueltas, entre matarme y casarme, he escogido esto último, que quizá será peor, pero no tengo otro remedio. Sin embargo, vengo a tomar el consejo y la opinión de usted.

El licenciado, que quiso, pero en vano, interrumpir tan larga peroración, lo dejó concluir y desahogarse, y él mismo tuvo también tiempo de apartar sus pensamientos del escabroso rumbo que seguían y preparar la conveniente respuesta que debía dar a su cliente.

- No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, señor marqués.

- Qué quiere usted, señor licenciado, calaveradas, cosas de la vida que no se pueden prever, compromisos que vienen repentinamente. Pero no hay que hablar ya de eso, pasó, y no tiene más remedio sino preparar el desquite. Verdaderamente no sé dónde tengo la cabeza. El objeto principal de mi visita era hablar con usted de mi casamiento y arreglar previamente ciertas cosas indispensables; eso usted sólo lo puede hacer.

- ¡Casamiento en la situación en que se encuentran sus negocios! Me parece una locura.

- Así parece a primera vista, pero es todo lo contrario. Es el único remedio posible que puedo encontrar, y además, hasta cierto punto un compromiso de honor.

- A todo esto, ¿quién es la novia?

- La novia está lejos, un poco lejos de aquí, y tendré que andar muchas leguas antes de dar con ella; precisamente es una de las primeras cosas que tiene usted que arreglarme.

- ¿Cómo? ¿Será posible que quiera usted, señor marqués, que le vaya yo a buscar a la novia, quién sabe a qué distancia?

- No, no es eso, señor licenciado. Lo que quiero es el avío, tal y como está y como lo han tenido toda su vida los marqueses de Valle Alegre; es decir, el uso de mulas tordillas, el uso de mulas prietas y el uso de mulas coloradas para el regreso. Veinte mozos bien montados y armados, con caballos de remuda, el hatajo de mulas con sus mejores aparejos, el coche de camino de la hacienda y las dos carretelas con sus troncos de remuda. Todo esto me lo tiene usted que salvar de las garras de Rodríguez de San Gabriel. Yo conozco mucho al Conde. Si no llego con este aparato, no habrá casamiento y adiós de esperanzas y de porvenir.

- Pero, señor marqués -le interrumpió don Pedro Martín-, me está usted hablando en griego; no entiendo una palabra, Y o usted ha perdido la cabeza o yo no la tengo muy en su lugar.

- Ya lo entenderá usted todo cuando lea esta carta, ella es la clave de lo que le parece a usted un enigma.

El marqués sacó del bolsillo de su levita un grueso paquete de papeles, y después de registrarlos, entregó uno de ellos al licenciado.

- Lea usted en voz alta, licenciado -le dijo el marqués-, necesitamos hablar y discutir, porque hay frases que no me gustan mucho y sería yo capaz de prescindir y de echarlo todo al diablo.

Don Pedro Martín sacó del sobre la carta y leyó:

- Pero esta carta, más que otra cosa, es un desafío -dijo don Pedro Martín cuando la acabó de leer.

- Me alegro mucho de que usted la califique así. Eso mismo había yo pensado -le contestó el marqués.

- ¿Qué piensa usted hacer?

- Ya se lo he dicho a usted: casarme con mi prima Mariana, y no porque le tenga miedo a su padre, pero me daría pena darle una estocada o matarlo. La calificación que ha hecho usted de la carta es exactísima. O me caso o tenemos un duelo; prefiero casarme, y esto, por otra parte, me salva de la ruina. El conde está perfectamente en cuanto a intereses.

- Tenga usted presente, marqués -le dijo el licenciado-, que el casamiento es para toda la vida. El dinero va y viene, y usted, además, no queda pobre ni está completamente arruinado como cree, mientras el matrimonio es un collar de fierro que no puede romper más que la muerte.

- Quiero que usted consiga, con sus buenas relaciones con los canónigos, que me dejen el avío completo, tal como se lo he dicho a usted, y que pueda yo, si me conviene, habitar la

casa de la hacienda durante un año; lo demás, que se lo cojan todo, que lo vendan, con tal de que no aparezca yo como expulsado.

- Lo del avío no me parece difícil, señor marqués, y se puede hacer una combinación para rescatarlo; pero lo segundo es como imposible, pues el que compre las fincas querrá, con mucha razón entrar en posesión de ellas. Haremos, si a usted le parece, una combinación.

- Vea usted la contestación que tenía ya escrita. Si le parece bien, al salir la pondré en el correo.

- Excelente -le dijo don Pedro Martín devolviéndole la carta.

- Ya verá usted, cada uno según su carácter. El carácter duro y altanero del conde se reconoce con sólo leer su carta. Mi genio franco y amable se revela inmediatamente al leer la mía.

- Bien -le dijo-, en lo del casamiento, francamente, no es de mi opinión y me lavo las manos; en cuanto al material arreglo de sus intereses, le ayudaré a usted, no quiero abandonarlo cuando sea como fuere, usted ha perdido su pleito. Oiga usted mi plan. Tengo quien compre la escritura con un descuento moderado. Con ese dinero se desempeñarán las alhajas.

- Sí, cabal -interrumpió el marqués-, ¿y cómo no se me había ocurrido? Usted me salva, señor don Pedro Martín. Desempeñando las alhajas puedo dar unas donas a mi prima Mariana como si fuese yo un rey. Esto, lo sé muy bien, ablandará a mi feroz pariente y no pasará la luna de miel sin que haya yo recibido la herencia de la difunta condesa ...

Don Pedro Martín hizo un gesto e interrumpió al marqués.

- Si no me deja usted acabar ... -le dijo algo enfadado.

- Tiene usted razón, ya escucho y callo.

- En vez de pedir favor a los canónigos o a Rodríguez de San Gabriel, retira usted su avío y lo paga al contado, rompe o guarda ese paquete de papeles que tiene en el bolsillo satisfaciendo sus deudas y le sobra todavía para el viaje y para vivir algunos meses cuando regrese, sin tocar los productos del rancho, que puede usted dejar a la familia entretanto se liquidan las cuentas.

- Lo decía, señor don Pedro Martín, usted me ha salvado. Conforme en todo, convenido. Comience usted a trabajar y dígame qué día puedo ponerme en camino.

- Dos semanas, a todo lo más.

- Convenido, estaré listo.

Don Pedro Martín, luego que el marqués salió de la biblioteca, se levantó, y como de costumbre lo tenía, y parece ser la de los abogados viejos, se comenzó a pasear, olvidando por un momento los personales asuntos que pocas horas antes lo preocupaban.

Juan abrió repentinamente la puerta y entró asustado.

- ¿Por qué entras de rondón, bribonzuelo?

- Señor, un hombre tocó la puerta; no sé por qué me dio gana de abrir yo.

- Preguntó -continuó Juan- si en esta casa servía una mujer llamada Casilda.

- ¡Cómo! ¡Cómo! ¿Es verdad esto? -volvió a interrumpir don Pedro Martín-. ¿Y qué has contestado? Pronto, di, ¿qué has contestado?

- Que no conocía yo a ninguna Casilda, y que aquí no había más criado que yo y una cocinera muy vieja.

- Bien, bien contestado; nadie tiene que meterse en los interiores de mi casa -dijo don Pedro respirando, volviendo a tomar la pluma Y disimulando su emoción-. Ve, Juan, a tus quehaceres -continuó-. Te has portado como un muchacho inteligente.

Juan se marchó a la cocina a contar a Casilda lo ocurrido. Don Pedro Martín concluyó de escribir, cerró la carta y se puso a pasear Y a meditar.

- *Me devano los sesos y no encuentro la manera de que Casilda quede fuera de su alcance.*

Después de este monólogo quedó en silencio don Pedro Martín.

Repentinamente se dio una palmada en la frente.

- *Casilda está ya salvada.*

Don Pedro Martín entró a las recámaras a buscar a sus hermanas. Habían salido, pero a poco rato entraron.

- Mira, Coleta -le dijo a su hermana-. Vas a tomar un coche al sitio, mientras yo escribo una carta al señor vicario de monjas. Te llevas a Casilda, subes con ella a la casa del canónigo, no la vayas a dejar sola en el coche. El canónigo te dará una orden para la superiora del convento de San Bernardo, donde entrará Casilda como niña.

- ¿Como niña? -preguntó asombrada Coleta.

- En el convento se llamará Rosalia Camacho, originaria de Valle del Maíz. Mientras tú vuelves, daré mis consejos a Casilda.

- Estás salvada, muchacha; serénate y que te vuelvan los colores a la cara. Te has portado bien y sentimos que te separes de la casa.

Hubo un momento de silencio; pero el viejo licenciado se dominó y dio muy minuciosas instrucciones y muy saludables consejos a su protegida.

La hermana volvió y ella y la bella Casilda montaron en el coche, dirigiéndose a la casa del viejo vicario de monjas.

- En cuanto a Juan, es muy sencillo; ni lo buscan, ni lo conocen; pero es bueno quitarlo de aquí -dijo el abogado dirigiéndose a su hermana Prudencia, que se había quedado acompañándolo-. El jueves debe venir por aquí el compañero Lamparilla, y le voy a recomendar que se lo lleve al rancho de Santa María de la ladrillera, donde será muy útil a doña Pascuala.

CAPITULO TRIGÉSIMOSEXTO

Salvados por milagro

De los dos pasajeros y tripulación de la trajinera, las dos mujeres, con sus jaulas de pájaros, habían pasado del sueño tranquilo que dormían al sueño eterno de la muerte, hundiéndose con la canoa.

Hacía nada más media hora que se había hundido la canoa, y parecía un siglo de agonía a los desventurados náufragos. Cecilia, con calambres en las piernas, apenas podía sostenerse, y estaba ya resignada y decidida a hundirse; pero, cosa extraña, en lances semejantes, hacía esfuerzos enérgicos más por sus compañeros de desastre que por ella misma. Mas esa peligrosa escena debía tener un fin; la corriente era cada vez más fuerte y el viento frío entumecía sus miembros.

Levantando cuanto pudo su cabeza Cecilia fuera del agua, le dijo a Lamparilla:

- ¡Licenciado, encomiéndose usted a Dios, porque no hay remedio!

El golpe de dos remos que batían acompasadamente el agua se escuchó. La vida llegaba en una frágil embarcación a esos desdichados.

En efecto, era una chalupa cargada de mazorcas de maíz y de berros la que se acercaba.

Cecilia tuvo la energía de dar un grito y la chalupa se acercó.

- ¡Tira al agua tu carga y acércate más, pronto, pronto!

Se acercó, y con la claridad de la luna conoció a Cecilia.

- ¡Patrona! ¡El Santo Cristo de Chalma nos valga! ¿Qué ha sido esto?

- Yo te pagaré cuanto quieras, Jacinto -le contestó Cecilia- pero pronto, nos estamos ahogando. ¡Licenciado, agárrese del borde de la chalupa y déjeme libre; pero no se cargue porque se volteara la chalupa, y entonces no hay remedio!

Cecilia pensó en esto, pero viéndose libre de la presión de las manos de Lamparilla, hizo un esfuerzo y a nado abordó el islote de tule donde se refugiaron el remero y la sirvienta. Todo esto fue obra de instantes.

La posición de los náufragos había mejorado, pero estaban todavía muy lejos de creerse salvados. Jacinto acabó de echar su carga al agua, dio la mano al licenciado Lamparilla, formando contrapeso con su cuerpo para que no se volcase su frágil embarcación, y logró que tuviese el pecho fuera del agua.

Un canto monótono se escuchó, era una canoa grande de los Trujanos, que cargada de cebada se dirigía a México.

Ya estaban salvados.

- Saquen al licenciado, primero -dijo Cecilia a los remeros de la canoa-, y después arrímense acá.

En seguida se dirigieron al islote de tule, y de un salto entraron a bordo el remero, la sirvienta y la capitana.

- Yo compro toda la cebada -les dijo Cecilia a los remeros- me entenderé con don Sabás; pero enderecemos a Chalco y a remar fuerte para que podamos llegar a la madrugada. ¿Cómo nos va a ver la gente así?

- Jacinto -le dijo Cecilia al patrón de la chalupa-, rema muy recio para que llegues a Chalco una hora antes que nosotros: te vas a mi casa y me traes una muda de ropa y otra para la Marica, y compras o pides prestado o haces lo que puedas, pero te traes también jorongos, sombreros y vestidos para el señor licenciado y para este pasajero; no es posible que las gentes de Chalco nos vean desnudos: se van a reír de nosotros.

- ¡Qué figuras, Dios de Dios! -continuó diciendo Cecilia, queriendo reír como si nada hubiese pasado, y mirando a Lamparilla y a Evaristo cubiertos de yerbitas y dando diente con diente-. No hay más que enterrarnos en la cebada, pues yo estoy como mi madre me echó al mundo. ¡Y no hay que ver mucho! -continuó algo enojada, observando que, a pesar del frío y del susto, los dos hombres no le quitaban la vista-. Bastante han visto, y más bien es hora de dar gracias a Dios que nos ha salvado por un milagrO, que no pensar en otras cosas.

Los remeros desatraccaron la canoa y, haciendo esfuerzos que se conocían bien en el resoplido de sus pulmones, salieron en breve de aquella fuerte y peligrosa corriente, tomaron el centro de canal.

Alentados por Cecilia, que les ofreció una buena gratificación, trabajaron los remeros tan bien que al amanecer llegaron a Chalco. El patrón de la chalupa ya esperaba a los náufragos. Para Cecilia trajo una muda completa de ropa, con que discreta y honestamente se vistió, cubriéndose siempre con la cebada; para los dos náufragos pudo apenas conseguir unos calzoncillos blancos y sucios de otros remeros y unas frazadas viejas, y en ese pelaje desembarcaron en el atracadero de Chalco, sin que la poca gente que andaban en la calle fijaran su atención en ellos.

Cecilia los llevó a su casa, donde en una especie de revoltura y de descuido, menos en la pieza en que ella dormía, no faltaba nada para un lance como el que había ocurrido. Desayunaron con un apetito como si en ocho días no hubiesen comido. Lamparilla y Evaristo se enjuagaron y limpiaron; después, uno en un buen colchón y el otro en unas hojas de maíz, se acostaron abrigados con buenas frazadas y con una copa de aguardiente de Cuernavaca en el estómago, no tardaron en dormirse. Cecilia se encerró en su cuarto, se lavó de pies a cabeza, y en su buena y mullida cama no tardó tampoco en encontrar el descanso y el reposo que exigían las fuertes emociones de tan terrible noche.

Durante tres días la frutera prodigó a sus huéspedes las mayores atenciones. Los huéspedes se mostraban muy contentos y no sabían cómo expresar su gratitud; pero no daban trazas de marcharse.

Cecilia, fastidiada y asombrada de la calma de sus huéspedes, se decidió a contar las dificultades en que se encontraban.

Aprovechando una corta ausencia del tornero, habló a Lamparilla:

- Oiga, señor licenciado -le dijo-, mi casa y lo que tengo es de usted, sin que me quede nada dentro; y no lo hago por el dinero; pero yo no tengo en el pueblo más que mi pobre honra, y ya ve usted que no está bien que dos hombres estén viviendo en mi casa. Ya sabe la gente la desgracia que tuvimos y que di a ustedes un rinconcito, pero ya van tres días.

- Precisamente te quería hablar de esto, Cecilia; tienes razón. Espero que mi criado llegue de México con mis caballos, ropa y cartas de recomendación que se perdieron en el naufragio para marcharme a Ameca; pero ya que se trata de que nos separemos, te haré una pregunta, pero me contestas con verdad. ¿Ese hombre, que no sé por qué se me sienta en la boca del estómago, se a a quedar aquí?

- Poco me conoce usted señor licenciado; no soy muy fácil, y para entregarme a un hombre sería menester que lo quisiese mucho, y en caso de echarme por lo malo, lo haría mejor con usted que al fin es una persona conocida y decente, que no con ese figurón que sepa Dios quién lo parió.

- No sabes cuánto te agradezco lo que me acabas de decir -le contestó muy entusiasmado Lamparilla-, te creo.

- Lo que debía usted hacer, señor licenciado, antes que otra cosa -le dijo Cecilia, es mandar hacer dos milagritos de plata y un retablo para colocarlos en la capilla del Señor del Sacro Monte, pues a él me encomendé y él nos ha salvado enviándonos a Jacinto con su chalupa y después la canoa de don Sabás Trujano.

- Corre de mi cuenta. A mi vuelta a México mandaré pintar el cuadro en la Academia de San Carlos, y tú estarás allí retratada en miniatura; ya arreglaremos eso.

Tan interesante conversación, al menos para Lamparilla, fue interrumpida con la llegada del criado que volvía de México con los caballos, la ropa y las nuevas cartas de recomendación del teniente de la garita de San Lázaro, el cual felicitaba al licenciado por la fortuna con que había escapado de la muerte. Al mismo tiempo, Evaristo apareció en el patio, como indeciso si entraba o no a la sala.

- Pase, *Don*, nada tenemos de secreto -le dijo Cecilia a Evaristo-. El señor licenciado se está despidiendo, pues ya le urge marcharse a sus quehaceres; esto es todo.

Evaristo entró como titubeando y con cierto embarazo, quitándose respetuosamente el sombrero nuevo galoneado de plata, que había comprado en la tienda de la plaza.

- Siéntese, *Don* -volvió a decirle Cecilia, arrimándole una silla-. Lo que quería decirle es que como el licenciado se marcha a sus quehaceres ... y no es que tenga miedo a los hombres, y un regimiento no me espanta; pero las gentes son habladoras y no quiero que nadie tenga que morderse los labios por mí. ¿Lo entiende usted, *Don*?

- Ya tengo un cuarto en el mesón -le contestó Evaristo-, y no había necesidad de que me echara de su casa.

- ¿Lo toma usted a la mala? -dijo Cecilia con cólera-. No me faltaba más que eso. Métase a ser completa con las gentes y así sale una.

- No, nada de eso, doña Cecilia -le interrumpió Evaristo refrenándose y cambiando de tono-, y antes, para que vea que no hay malicia, me hará favor de tomar estas arracadas de coral que compré en la tienda cuando fui a buscar este sombrero.

Cecilia cambió también de tono y tomó en la mano los aretes que le presentó Evaristo.

- Muy bonitas -le dijo-, y hacen juego con mis gargantillas, y las tomo, pero le he de dar lo que costaron, pues así no creerá que me quiero pagar de la comida y alojamiento de estos días.

Evaristo insistió en que las recibiera y Cecilia en rehusarlas, hasta que por fin convino en guardarlas; pero entró a su recámara y volvió a poco con dos chapetones de filigrana de plata.

CAPITULO TRIGÉSIMOSEPTIMO

Ameca

¡Lo que es la naturaleza humana! Tres días habían pasado únicamente desde la noche en que la luna llena, reflejando ondas de plata en la compuerta, iba a terminar la existencia de Lamparilla, y ya todo lo habla olvidado.

Lamparilla estaba realmente preocupado, y arrimando un poco la espuela al rosillo que montaba, se tragaba terreno sin sentirlo y se divertía formándose castillos en el aire.

En estos coloquios, entró nuestro licenciado, paso a paso y con el *dolor de caballo* (1) que le acometió, al pintoresco pueblo de Amecameca.

Apeóse en una especie de casa de huéspedes que le indicó una persona que pasaba cerca de él.

Quitóse las espuelas, sacudióse el polvo, encargó a la patrona una buena cena, y se dirigió a la casa del presidente del Ayuntamiento o como diríamos, al alcalde mayor.

- Se trata, señor alcalde -le dijo Lamparilla-, de una cosa muy sencilla. Como ve usted por la carta, soy el patrono de Moctezuma III, heredero directo del gran emperador azteca Moctezuma II. Obtenida, como deseo, copia certificada de estos papeles, con ellos y los demás que tengo quedarán claros los derechos de la parte que patrocino y se determinará que se nos dé posesión judicial.

- Nunca he oído en los años que llevo en el pueblo hablar de este asunto a los Melquíades, que hace años están en posesión de las fincas de San Baltasar, el Pitillo, La Chorrera, que se ven desde aquí, y Buena Vista, que está un poco arriba del monte.

- Esos Melquíades no son más que detentadores; tendrán que entregar las haciendas y además el importe líquido de las cosechas de más de treinta años, que tanto así ha durado la usurpación. Sólo queda, pues, Moctezuma III, a quien represento como único y legítimo heredero. Conque está usted impuesto, señor alcalde, y le suplico haga saber esto al Ayuntamiento para que acuerde que se me permita registrar el archivo y darme copia en papel sellado y certificado de los documentos que yo señale.

El alcalde prometió reunir al Ayuntamiento, y nuestro licenciado se retiró a cenar bien.

Despertó a la mañana siguiente con la cabeza pesada y como atontado salió a la calle y quiso subir al carrito del Sacro Monte para escoger el lugar donde había de colocarse el retablo con su retrato y el de Cecilia; pero no le fue posible, se sintió con calosfrío, regresó a la posada y se metió en la cama. Una calentura hasta delirar, y hasta el cuarto día pudo levantarse. Su primera visita fue el cura, que le había oficiosamente ido a visitar y le había curado, porque en su juventud había sido estudiante de medicina, y en seguida fuese a la casa del alcalde. El Ayuntamiento no se había reunido por falta de número.

El alcalde dijo a Lamparilla que en el pueblo había sabido el objeto de su llegada y que le advertía que el dueño del volcán, que cortaba la nieve para llevarla a México y a Cuautla, era un tal don Perfecto, que movía a los indios diciéndoles que les iban a quitar el trabajo.

- Pero entonces usted ha contado el cuento -le respondió Lamparilla-, pues yo he estado en cama, como a usted le consta, y con nadie he hablado.

- No lo niego, señor licenciado -le respondió el alcalde-, pero como no es asunto reservado, a los que me han preguntado les he dicho quién es usted y a lo que viene.

Lamparilla meneó la cabeza y no dijo nada; sólo se quedó mirando al alcalde, y desde luego cayó en cuenta de que en vez de ayudarle era su enemigo.

En efecto apenas se había marchado Lamparilla, después de la primera conferencia, cuando mandó llamar a don Margarita, que era el mayor de los seis hermanos Melquiádes, y le impuso de cuanto había pasado.

A los dos días, nueva visita de Lamparilla a la casa del alcalde. El Ayuntamiento estaría completo el resto de la semana. El lunes siguiente se reunió por fin. Lamparilla asistió a la sesión. El alcalde les dio cuenta transmitiéndoles fiel y metódicamente los razonamientos y alegatos de Lamparilla; ninguno tomó la palabra, pero, puesto a votación, por unanimidad fue reprobada la pretensión, añadiendo que se prohibiese expresamente al licenciado la entrada a los archivos.

No se dio por vencido, sino que volvió al día siguiente a la carga, proponiendo al alcalde una fuerte gratificación si le proporcionaba las copias simples de lo que él señalase en el archivo; interesó también la amistad del cura, y nada fue bastante, pues se puede comprender bien que los que estaban en posesión de los bienes de Moctezuma III se defendían obstinadamente y habían ganado a su favor a la mayor parte de la gente del pueblo.

Convencido de que nada podría obtener, acababa de cenar y se disponía a componer su maleta y arreglar sus cuentas con la patrona, cuando escuchó un rumor lejano de confuso vocerío que se fue acercando y creciendo por momentos.

- Ya me lo temía yo, señor licenciado -le dijo a Lamparilla-. Este tumulto es contra usted, y lo menos que querrán es sacarlo de aquí y arrastrarlo por las calles con una cuerda al cuello. Yo no lo siento por usted, que al fin es licenciado, sino por mi, que me van a

romper los vidrios y a entrar y robar la casa, pues estos indios, cuando hay quien los levante, son el mismo demonio; pero eso me tengo por compasiva. Lo debí echar a usted, que me lo advirtió el mismo alcalde.

En ese momento el tumulto llegó y se detuvo enfrente de la casa, vociferando diabólicamente:

- ¡Muera Lamparilla! -decía en voz alta el jefe de la conspiración.

- ¡Muera! -gritaban en coro los acompañantes.

- ¡Que muera Lamparilla! ¡Que muera! -y los chiflidos y gritos fueron más fuertes y las descargas de piedras más frecuentes, y un grupo se echó sobre el zaguán, pero las puertas fuertes y bien atrancadas no se movieron.

- Señora -dijo Lamparilla-, es necesario discurrir la manera de que yo salga de aquí ahora que parece que se han retirado un poco. ¿Sería posible sacar mis caballos por la puerta del corral?

- Lo que me ocurre es que se refugie usted en el curato, donde ni de chanza pretenderán entrar. Lo que está pasando me lo contaron desde esta mañana, pero no lo quise creer y me dio mortificación decirselo a usted.

La patrona salió a despachar a la criada al curato, y Lamparilla entró a su recámara.

La criada volvió con buenas noticias. El cura consentía en abrir la puerta del cuadrante y esperar allí al licenciado; pero en esto los sublevados, animados con el trago, volvieron a la carga.

La patrona, que, en medio de todo, tenía más sangre fría, entreabrió un poco la hoja de la otra ventana; precisamente estaba apoyado en la reja su compadre don Margarito Melquiades.

- Es la oportunidad -dijo a Lamparilla-, están muy entretenidos por acá, y por la puerta del corral no hay nadie. Hágase el ánimo, señor licenciado, y váyase.

Lamparilla reflexionó que no había otro medio de escapar.

La patrona, en cuanto calculó que ya Lamparilla estaba en salvo, abrió a medias la ventana y habló con su compadre don Margarito.

- Dios me trajo a usted, compadre. El pájaro que ustedes buscan se marchó al anochecer.

- ¿Me da usted su palabra, comadre?

- Por mi nombre que se lo juro, compadre, entre usted a registrar la casa si quiere.

- Le creo, comadre, ni para qué me habra usted de engañar, y además sólo queríamos dar un susto a este licenciadito para que se largue del pueblo y no vuelva más.

Don Margarito Melquiades habló a su gente algunas palabras, y gritando vivas al gobierno y mueras a Lamparilla, los amotinados salieron del pueblo con sus hachas encendidas rumbo al caserío de la hacienda más cercana.

CAPITULO TRIGÉSIMOCTAVO

¡Ira de Dios!

Esta fue la primera palabra que con valor y corazón pronunció el licenciado Lamparilla luego que el cura cerró con llave y cerrojo la puerta del cuadrante y que se consideró en completa seguridad.

- ¡Ira de Dios, señor cura! -volvió a repetir-. Si no ha sido por los ruegos de la patrona de la casa que se me hincó de rodillas, abro la puerta, mato con mis pistolas tres o cuatro de esos salvajes borrachos y arreo a los demás a cintarazos comenzando por don Melquiades.

- Qué quiere usted, señor don Crisanto, son cosas de los pueblos. Esta gente es ignorante y cualquiera los engaña.

El cura, que no queria entrar en materia ni decir nada malo en contra del alcalde y de don Margarito Melquiades, no contestó, y fue a las otras piezas de la casa a preparar la bebida, más bien digestiva que calmante.

El licenciado se aprovechó de ese momento para abrir la ventana y mirar a la calle.

El cura no tardó en volver acompañado de una sirvienta india con tazas, botellas, vasos, café, agua de anís, té y cuanto pudo en aquel momento haber a la mano.

Lamparilla prefirió tomar una buena taza de café caliente y dos copas de Holanda fino, de la fábrica que los Noriegas tenían cerca del pueblo.

- Bien, ¿y qué le parece a usted que haga ahora?

- Me mortifica decírselo a usted, señor licenciado. Esa gente que bebió bastante en la tienda puede volver, y ni el alcalde ni el mismo don Melquiades la podrán contener, porque sabe usted lo tenaces que son los borrachos.

- Tiene usted mucha razón, señor cura, y lo que deseo es salir cuanto antes de este maldito pueblo.

- Lo que usted quiera -le dijo el cura.

El cura salió, y Lamparilla, impaciente, pues se le figuraba que ya volvía el tumulto, se comenzó a pasear como una fiera en jaula de uno a otro extremo de la sala.

El excelente cura no quiso fiar los preparativos del viaje a sus sirvientes, sino que él mismo fue a la casa, tranquilizó a la patrona comprometiéndose pagar la cuenta del alojamiento y vidrios rotos y buscó al mozo, que encontró profundamente dormido entre unas barcinas de paja.

Antes de media hora los caballos con el mozo estaban en la puerta del cuadrante. Lamparilla se despidió afectuosamente del cura, montó a caballo, y paso a paso, queriendo penetrar con sus miradas en la oscuridad profunda de la noche, enderezó a su cabalgadura hacia el camino real. Eran como las dos de la mañana.

Lamparilla revolvía en su cabeza proyectos de venganza. La sangre toda de la familia Melquíades y la del alcalde y miembros del Ayuntamiento de Ameca, le parecía poca.

Forjaba mil planes en su cabeza y no se fijaba en ninguno. Luego que comenzó a salir la luz prendió las espuelas a su caballo, y temprano estaba en Chalco, tocando la puerta del corral de la casa de Cecilia.

Pero Cecilia no estaba allí. Las criadas le dijeron que había ido a México para retirar definitivamente el puesto de la plaza del mercado, porque *San Justo* no cesaba de molestar a las muchachas encargadas de él y disponía de la mejor fruta que había, sin pagar nada, y dizque debía un dineral.

Nueva contrariedad. Se le figuró a Lamparilla que Cecilia se había largado con el tornero, y los celos aumentaron su despecho y su rabia. Aceptó el alojamiento que le ofrecieron las criadas, se desayunó y salió a recorrer la ciudad y los mesones, para ver si lograba saber algo de ese pasajero sospechoso, resuelto, si lo encontraba, a acusarlo de cualquier cosa y lograr que la autoridad lo enviase a México a disposición del juzgado de Bedolla como cómplice del asesinato de la calle de Regina.

Comió mal y durmió peor. Sueños a cual más estrambóticos.

Cecilia bailando jarabe con el pasajero y éste tirándole el sombrero jarano a los pies; a interrumpir ese baile entraba don Espiridión con espada en mano, tirando cuchilladas por todas partes. Se levantó, metió la cabeza en una batea de agua fría para ver si así se le quitaban las visiones que aún despierto tenía delante. Mando ensillar sus caballos, se desayunó con un poco de café aguado, dio una buena gratificación a las muchachas y partió a galope con dirección a la capital.

Al día siguiente, más tranquilo y con un buen sueño en su cómodo lecho, reflexionó con más aplomo, formó el plan de separar a *San Justo* del empleo interino de administrador del mercado; de hacer que el alcalde de Ameca, los concejales y los Melquíades fuesen

reducidos a prisión y conducidos a México como conspiradores revolucionarios, y que el gobernador ordenase al nuevo Ayuntamiento sacase copia de oficio de los documentos que necesitaba. Reservando para sus adentros este vasto plan, se vistió y adornó hasta con una especie de coquetería, y se dirigió a la casa de su tocayo don Crisanto Bedolla para consultar con él sus proyectos y ponerlos con su ayuda lo más pronto posible en ejecución.

Bedolla lo recibió con el cariño de antiguos condiscípulos, le prometió ayudarle y los dos se pusieron a discutir la manera de llevar a efecto sus propósitos.

La posición social y política de Bedolla había mejorado de una manera notable durante el tiempo que Lamparilla, a causa de sus ocupaciones, lo había dejado de visitar.

La prisión de los vecinos de la casa de Regina y su condena a muerte y a presidio, había de pronto asustado a los raterillos y aun a los ladrones de más categoría.

Bedolla sacaba partido de la más insignificante circunstancia. Oyó con marcada atención el relato de las desgracias de su tocayo y condiscípulo, y cuando cesó de hablar, le dijo:

- Este negocio lo tomo por mi cuenta, no hay cuidado alguno.

Lamparilla se marchó, y el juez se quedó un poco pensativo; pero a los diez minutos tomó su sombrero, guardó sus papeles, dió, al escribano sus instrucciones para el despacho del juzgado y salió precipitadamente de la oficina antes de que se le borrara la repentina y feliz idea que había concebido.

- Al tronco y no a las ramas -dijo en cuanto estuvo vestido y adornado de manera que ni el prefecto de su pueblo ni su mismo padre el barbero habrían podido reconocerlo, y contento, satisfecho Y sonriendo de la travesura que habla imaginado, bajó las escaleras y no paró sino hasta que estuvo al habla con el ayudante de guardia del presidente, al que entregó un papelito muy pequeño y perfectamente doblado que decía:

Asunto urgente y muy reservado. Cinco minutos de audiencia y todo se arreglará.

Licenciado Bedolla

Cinco minutos después, el ayudante salió, introdujo a Bedolla hasta la sala azul, y lentamente, cojeando, ayudándose con un bastón, se presentó el Primer Magistrado de la Nación, y le tendió (gran favor) amistosamente la mano.

- Al levantarme, excelentísimo señor, y leer como acostumbro *El Eco del Otro Mundo*, me ocurrió una idea, no quise perder ni un minuto, y a riesgo de molestar a V. E., me he tomado la libertad de pedirle una corta audiencia.

- Siéntese usted, Bedolla, siéntese, supongo que viene a participarme que, concluida la causa, van por fin a pagar su crimen en el patíbulo ...

- No, Señor Excelentísimo, no es eso; no se trata de eso, sino de *El Eco del Otro Mundo*.

- Mi plan es -continuó el licenciado sentándose respetuosamente y manteniéndose muy derecho sin recargarse en el sofá- que este periódico, en vez de hacer una oposición tan injusta, tan inconsiderada y tan nociva para la tranquilidad de la República, sea absolutamente del gobierno; V. E. mandará en él, se escribirá lo que V. E. ordene, se hará la oposición a quien V. E. mande y se elogiará a los que V. E. quiera favorecer.

- No conoce usted el mundo como yo, señor Bedolla. Detrás del periódico están esos personajes perversos del partido moderado, que no quieren venir al gobierno cuando se les llama, y critican y hacen la oposición a todo el que como yo se sacrifica por la patria.

- Ese es mi secreto, precisamente.

- Si está usted seguro de salir airoso de esta empresa, que lo creo difícil, puede usted contar con que protegeré a usted, pero con la mayor reserva.

- Perfectamente, V. E. tiene mucha razón, ni cómo me había de atrever a indicar que se ocupase V. E. de éstas que son verdaderas miserias humanas. Yo me ocuparé de esto. Vendré todos los días temprano, o a la hora que V. E. disponga, y me indicará lo que se deba escribir, y nadie, ni mi sombra, sabrá este secreto. Lo que se necesita para esto es patriotismo, abnegación y dinero.

Al escuchar el Primer Magistrado la palabra, dio otro salto como si lo hubiese picado un segundo alacrán; se puso en pie y dijo con cierto asombro.

- ¡Dinero!

- Ya sabe V. E. -contestó el licenciado Bedolla en voz baja y con un tono amable- que el dinero es el alma del mundo. No obstante, si a V. E. no le agrada ... nada se hará, y los moderados se bañarán en agua rosada.

Cayó muy en gracia al Primer Magistrado la ocurrencia de Bedolla, y volviéndose a sentar dijo con cierta tristeza, como hombre ya práctico y desengañado:

- Tiene usted razón, señor Bedolla; desgraciadamente nada se puede hacer sin el maldito dinero. Ya veremos, trabaje usted y vuelva a verme dentro de dos días a esta misma hora. El ayudante recibirá la orden de permitirle la entrada.

De vuelta a su casa, Bedolla mandó buscar urgentemente al director y propietario de *El Eco del Otro Mundo*, el que no tardó en llegar.

- Va usted a comer conmigo hoy. Es su hora y tenemos que hablar cosas muy graves. Se trata de otra cosa más seria: se trata de usted, o mejor dicho, de ustedes todos. Por una casualidad he sorprendido este secreto, y como usted y los distinguidos literatos que trabajan en el periódico se han portado como unos caballeros desde que llegué a esta

capital, he debido, como hombre leal, prestarles este servicio, pero no me descubran, por Dios, porque seré hombre al agua.

- Pero eso es una infamia. La ley de imprenta dice en su artículo 47 ... No recuerdo bien ... pero las garantías ... ¿Qué sucederá a este desventurado país si se entroniza la tiranía? ¿No habrá modo? -preguntó el director del periódico- de componer ... de dilatar ... de suspender ...

- Me parece que no hay escapatoria, sin embargo, consulte usted con sus compañeros, y si algo le ocurre véngaseme a ver a al noche, ya saben que pueden contar conmigo aunque me cueste e empleo.

El director estrechó con efusión la mano de Bedolla.

- Tenemos seis horas de tiempo; tranquilícese usted y vamos a mesa.

Sentáronse en una mesa muy regularmente surtida, más a la francesa que otra cosa, pues Bedolla ya no comía sino rara vez enchiladas, porque le parecía, como el champurrado, un manjar ordinario.

Comió de todo y con apetito. Ese día casualmente se publicaba un artículo furibundo contra el gobernador del Distrito, que no fue posible retirar. El pánico de la redacción llegó al colmo cuando su director les comunicó las fatales noticias; pero cada uno procuró disimular, y se pronunciaron discursos llenos de fuego y de patriotismo, concluyendo por poner su suerte en manos de su jefe, prometiendo aprobar y sujetarse a lo que conviniese con Bedolla.

Muy puntual estuvo a la cita el director, y después de una larga conferencia quedó Bedolla facultado, por escrito, para arreglar el asunto.

En la segunda conferencia con el jefe del Estado, Bedolla remachó el clavo. Puso a disposición del gobierno el temible periódico, que fue considerado muy secretamente semioficial.

La redacción se organizó. Unos continuaron con una buena dotación, los gacetilleros, con una miseria; Bedolla, que no escribía ni había podido hilvanar nunca dos renglones seguidos, era el director oculto que daba la orden de tirarle a fulano, de sacar a mengano, de dar un piquetillo a un ministro, de ensalzar a un general o de menguar el mérito de un coronel.

El periódico era serio, grave, de oposición, pero independiente. No pertenecía a partido ninguno ni apoyaba facciones, predicaba la paz y el respeto a las autoridades, solía adular al clero y a los propietarios, y era amigo de la libertad.

Él mismo estaba asombrado de su posición, veía ya el juzgado con desdén, le parecía que rebajaba mucho a su dignidad con ir diariamente a la Acordada a tratar con ladrones y

asesinos. Cuando a la hora de ir a la cama pensaba en estas cosas, se restregaba las manos, reía francamente y decía: *¡Qué vivo soy: mi padre mismo no me reconocería!*

Tal era la posición de nuestro buen amigo Bedolla, y era indispensable que el lector conociera los medios sencillos con que repentinamente se elevan en México insignificantes personajes cuando la fortuna se pone de su lado derecho.

Las aventuras de su tocayo Lamparilla le dieron nuevo motivo para aumentar su influjo y ganarse una confianza sin límites en las altas regiones.

Se echó en la bolsa un papelito que decía:

Señor Presidente, urgentísimo.

Bedolla

Era la fórmula convenida ya, para cuando se ofreciese algo grave.

- ¿Qué ocurre, señor Bedolla? -le preguntó el supremo magistrado luego que, habiéndose desprendido de sus ministros, pudo entrar fatigadísimo al gabinete donde recibía a las personas de su intimidad.

- ¡La revolución ha estallado, pero la podemos conjurar!

El supremo magistrado se levantó del sillón donde casi se había recostado como si un tercer alacrán lo hubiese picado.

- ¡La podemos conjurar! -repitió magistralmente el licenciado Bedolla.

- ¿Cómo es que nada sé? Explíquese usted.

- No es extraño. Ha ocurrido anoche, y no son los revolucionarios quienes han de dar parte al gobierno.

- ¿Pero cómo, dónde? Explíquese usted.

- Precisamente un amigo mío, un hombre estimable y que creo ha tenido alguna vez la honra de presentarse a V. E., ha estado a punto de ser asesinado y arrastrado por las calles porque quiso contenerla.

Bedolla refirió entonces las desgracias de Lamparilla, pero desfigurando los acontecimientos.

A la hora en que Bedolla daba cuenta de los sucesos en Palacio, todo había concluido en Ameca. Los Melquiades, contentos de haber espantado al licenciado, se paseaban muy

satisfechos, vigilando el trabajo de los peones, y el alcalde, por lo que pudiera suceder, había dirigido a su gobernador el siguiente parte:

Anoche cosa de las diez unos peones briagos se pusieron a bailar y cantar en la plaza y marcaron en casa del señor Pioquinto unos hachones de brea y gritaban *viva el Gobernador*, mas como yo ví que tiraron un ladrillazo a una ventana, salí con la veintena, les intimidé al orden y se fueron a sus casas con las luces apagadas y es todo lo ocurrido y no hay más que pongo en conocimiento de V. E. y todo esta quieto aquí.

Dios y Libertad.

En el Palacio Nacional se les dio a estos sucesos alguna más importancia, y el jefe del Estado no permitió que se fuese Bedolla hasta que no se dictaron las providencias que la gravedad del caso exigía.

Justamente, Baninelli acababa de llegar de Guanajuato con su regimiento de ochocientas plazas perfectamente vestido, armado y disciplinado: daba gusto y orgullo ver marchar y hacer evoluciones por las calles a tan marciales y guapos muchachos.

El supremo magistrado no se fió de sus ministros; él mismo quiso disponer se sofocase esta tremenda revolución con una actividad sin ejemplo. Mandó que inmediatamente se le presentase Baninelli.

- En el acto, tome usted dos compañías de su regimiento y un escuadrón del octavo de caballería -le dijo cuando lo vio-. Sale usted al anoecer de aquí con mucho sigilo y, a marchas forzadas, procura usted caer al amanecer al pueblo rebelde. Amarre usted al Ayuntamiento y al alcalde, que se han puesto a la cabeza del pronunciamiento, fusile a unos ciertos Melquíades, que son los cabecillas y, dejando una guarnición por lo que pueda suceder regresa usted a esta capital, deja a los presos bien recomendados en Santiago, y se me presenta usted otra vez aquí a darme cuenta.

Bedolla al despedirse le indicó al jefe del Gobierno que creía que el teniente de la garita de San Lázaro, si no era cómplice, por lo menos simpatizaba con los sublevados, y que no era prudente que permaneciera al frente de una garita tan importante.

Lamparilla no se olvidó de la recomendación de Cecilia. Fue a visitar a sus amigos los masones, y en la primera tenida se retiró la protección a *San Justo*.

El influjo y crédito de Bedolla aumentó un cincuenta por ciento.

El Primer Magistrado, al despedirse afectuosamente de Bedolla, le dijo:

- Amigo mío, en la primera crisis, quiera usted o no, tendrá que formar parte del Ministerio. Es menester sacrificarse por la patria.

Bedolla se retiró del Palacio, y pronto él y Lamparilla departieron amistosamente en su casa, felicitándose del buen resultado de sus diligencias y elogiándose mutuamente. Lamparilla estaba positivamente asombrado de los progresos de su amigo.

Discutieron detenidamente sobre el giro que debían dar al negocio, y de pronto resolvieron que debía decirse algo al público, y *El Eco del Otro Mundo* publicó el siguiente párrafo en los momentos mismos en que Baninelli entraba triunfante en Ameca.

Media docena de sicofantes se han atrevido a turbar el orden público en el pintoresco pueblo de Ameca; pero el gobierno, que tiene su ojo vigilante en todos los ámbitos de la República, descubrió muy a tiempo la conspiración y ha mandado fuerzas suficientes para restablecer la tranquilidad pública y castigar a los revoltosos ...

Más adelante, y con letra más pequeña, se leía este otro parrafillo:

La causa de los asesinos de Regina no da un paso. La energía y actividad del señor juez Bedolla ha sido inútil, pues altas influencias tratan de impedir que los reos sufran el condigno castigo y la vindicta pública los reclama.

Baninelli y su tropa anduvieron tan bien y tan recio que entre las seis y las siete de la mañana avistaron el pueblo de Ameca.

- ¿Qué hay de bueno por Ameca? -le dijo- . ¿Se atreverán a resistir los pronunciados?

Melquíades, que, como Bedolla, era ladino, abrió tamaños ojos y con mucha calma y seguridad contestó:

- Mi coronel, creo que todos se han fugado ya, pero fue una borrachera y nada más.

- ¿Me podría usted decir cuáles son las haciendas de los Melquíades?

- Y cómo que sí, mi coronel -y le señaló en el horizonte unas casas y torrecillas que aseguró ser las haciendas que buscaba y que distaban cosa de una media hora de camino.

Ni en el camino ni en el pueblo observó Baninelli nada que le indicara que existía una revolución. La calma y la quietud más completas. En las haciendas, los peones se dedicaban a sus labores, los indios entraban y salían con sus burros cargados de fruta, de recaudo o de paja, y Baninelli, que iba furioso creyendo que tendría que tener algunos balazos, entró en calma y creyó que efectivamente no se trataba más que de una borrachera.

Sin embargo, como militar viejo y precavido, dejó su guerrilla en la entrada, formó en columna en la plaza, mandó ocupar la torre el cUrato por un piquete y convocó al Ayuntamiento.

El alcalde, cuya conciencia no estaba muy tranquila, tuvo tiempo para esconderse, pero los demás concejales no pudieron hacer otro tanto y se reunieron en las casas consistoriales.

Baninelli mandó hacer una averiguación entre los vecinos, resultando de ella que, en efecto, había habido gritos, pedradas, borrachera y desórdenes y muertes al gobierno, y que Lamparilla hubiese sido víctima si no se refugia en el curato. Mandó amarrar codo con codo a toda la honorable corporación municipal y entre las filas la condujo hasta la fortaleza de Santiago, como se lo había mandado de oficio el ministro de la Guerra.

- ¡Bendito sea Dios, que se escondió el alcalde y se llevaron amarrados a los concejales!
¡Ojalá y no vuelvan!

Bedolla había ahogado en su cuna una *espantosa revolución* y no cabía en la ropa de orgulloso.

CAPITULO TRIGÉSIMONOVENO

La Hacienda de Santa María de La Ladrillera

Qué años hace que ocupados con la menguada suerte de la rica familia del palacio de la calle de Don Juan Manuel y con el fin trágico de la desventurada Tules, no damos un paseo por el ignorado y pacífico rancho de Santa María de la Ladrillera. Es necesario dar una vuelta y visitar a las personas con quienes primero hemos hecho conocimiento, pero acompañados, por supuesto, de nuestro amigo el licenciado Lamparilla.

Lo que los políticos, con gran entusiasmo y agarrándose de él para medrar, llaman progreso, es una cosa que efectivamente existe y que empuja unas veces a la gloria y otras al precipicio; pero no importa, empuja siempre, y no hay medio de evitarlo. El rancho de Santa María de la Ladrillera no había podido resistir este empuje.

Moctezuma aprendía prácticamente a sembrar maíz y cebada, raspar los magueyes, vender la paja y estar así en aptitud de ponerse al frente de los vastos dominios que debía heredar de su real antecesor. Las notables mejoras que se habían hecho en el rancho se debían a su iniciativa. Él tuvo la idea de construir una caballeriza para que en tiempo de la lluvia y del frío se abrigasen los caballos, él compró unas dos burras de primera cría; él se empeñó en que se revocara y se pintase de almagre y sangre de toro la fachada de la casa. Era un gran reformador y no pasaba día sin que tuviese un nuevo proyecto en su cabeza, y tenía que entablar una lucha continua, con don Espiridión, que se oponía decididamente, moviendo la cabeza, revolviendo ferozmente sus ojos saltones y diciendo: *Nooo, nooo, no*. Pero doña Pascuala intervenía, y concluía por obtener un triunfo completo. Como todas estas mejoras requerían dinero, era Lamparilla quien lo suplía, hasta que pareciéndole exagerada la suma y sabiendo que don Pedro Martín de Olañeta tenía a veces dinero de sus clientes que colocar, le pidió tres mil pesos con hipoteca de la

finca, y con esa suma se reembolsó sus adelantos, se aplicó una buena parte a cuenta de honorarios y, con el resto, Moctezuma III emprendió la construcción de una nueva troje, compró un pedazo más del cerro y aumentó los linderos del rancho, empeñándose en circundarlas de una muralla, cuya idea llevó a la práctica. Y ya con esto le parecía que podía darle el pomposo nombre de *Hacienda de Santa María de la Ladrillera*.

El día menos pensado, y cuando doña Pascuala estaba en su buena cocina guisando su almuerzo, la sorprendió una nube de polvo, ruido de espadas y el galope de caballos; asomó la cabeza por la puerta y se encontró con el licenciado Lamparilla seguido de tres jinetes.

- Cartas y cartas, compadre -porque es necesario no olvidar a que Lamparilla llevó a cristianar al chico y de común acuerdo se le puso el nombre de Guadalupe Espiridión-, y nada de venir -le dijo doña Pascuala luego que lo reconoció-. Apéese usted y entre a la sala, que allí lo alcanzo, y almorzará con nosotros. ¡Pero calle, compadre! ¿Qué tiene usted en el ojo, que no lo había reparado cuando le saludé?

- Percances del oficio, qué quiere usted. Esta herida que ve usted, la recibí en el servicio de Moctezuma III, y si me da un poquito más abajo, me cuesta la vida; un ladrillazo terrible que me tiró uno de los Melquíades, pero ya hablaremos después de almorzar, tengo un hambre devoradora.

- Antes de un cuarto de hora estaremos en la mesa, que ya Espiridión está también gritándome y es señal de que ya no aguanta.

Ni diez minutos dilató doña Pascuala.

Pasó la comida sin incidente, colocaron otra vez a don Espiridión en su banco, y provistos de un par de tazas de hojas de naranjo y su botella de anisete, Lamparilla y doña Pascuala volvieron a la sala.

- Comadre, no quería darle un disgusto antes de comer, pero estamos mal por todos lados. Pues esta hacienda, va usted a quedarse sin ella, porque dentro de poco deberá ser vendida por usted misma y por mí, si no queremos quedarnos hasta sin camisa sosteniendo un pleito injusto y que al fin no se puede ganar.

- ¿Pero cómo así? No es posible, compadre -interrumpió doña Pascuala asustada-. ¡Explíquese usted, por el amor de María!

- La explicación es muy sencilla. Debemos, con los réditos vencidos hasta hoy, seis mil ochocientos sesenta pesos al licenciado don Pedro Martín de Olañeta. Como don Pedro es persona muy respetable, y además nos ha servido y nos ha de servir mucho, como explicaré a usted después, no es posible demorar el pago del dinero, ni mucho menos intentar un pleito. No seré yo quien lo haga.

Doña Pascuala se puso descolorida y dejó caer los brazos con desconsuelo.

- ¡Pero compadre, por el amor de la Santísima Virgen de Guadalupe! ¿Será posible que me quede yo sin el rancho donde tantos años he vivido? ¿Qué haré yo con Espiridión, que está tan enfermo, qué dirá Moctezuma? Se largará desesperado a buscar su vida, y el día que se gane su herencia nada tendremos, ni tampoco él, pues sabe Dios dónde andará.

- Todo y más de lo que usted dice ha pasado por mi cabeza, y no sólo será el mal para la familia de ustedes, sino para mí. Van a decir que arruiné a usted, que por la mala dirección e ignorancia mía se han perdido los negocios, imagínese usted lo que hablarán esos tinterillos de Tlalnepantla y Cuautitlán ... Por eso, malo como estoy del ojo, he venido a consultar con usted y a que tomemos una medida ... Vamos, ¿nada tiene usted guardado en la caja de madera, del producto de la cosecha del año pasado? La cebada se vendió bien, no dejó usted de coger sus cien cargas de trigo ... Es preciso y por mi parte, yo le ayudaré con lo que pueda.

- Se lo iba yo a decir a usted -contestó doña Pascuala, limpiándose los ojos, pues se le habían venido las lágrimas sólo de pensar que tenía que desprenderse de lo que había ahorrado-.

- Vamos a ver, en primer lugar, cuánto tiene usted y cómo se paga ese dinero.

Doña Pascuala llevó a Lamparilla a su recámara, cerró las puertas con llave, abrió la consabida caja.

Doña Pascuala registraba y hundía el brazo en la profundidad de la caja, retiraba un envoltorio o una cajita o una petaca de pita, con un suspiro la ponía donde estaba el licenciado, muy atento y empeñado en esta búsqueda.

Reunidos los bultitos, petacas y nudos de trapo, comenzaron a contar, y había poco más de cuatro mil pesos en escudos y onzas de oro. Eran las economías de doña Pascuala, menguadas en parte para pagar las tierras y el cerro que había comprado Moctezuma.

- Estamos salvados, ¿no es verdad, compadre?

- Se equivoca usted, comadre, no estamos salvados. Yo he prometido pagar dentro de ocho días la cantidad íntegra a don Pedro. Si le doy un peso menos, no lo admitirá; es hombre así se llamará engañado, perderé su amistad, procederá judicialmente y antes de dos meses estará usted fuera del rancho.

- ¿Qué hacer, compadre, qué hacer? -dijo doña Pascuala apretándose las manos-. Ya no queda nada en la caja, la voy a vaciar para que usted la vea. Empeñaremos las alhajitas y la plata.

- Puede ser un recurso, pero no completaremos.

Doña Pascuala acabó de vaciar la caja, y enseñaba el fondo limpio al licenciado, cuando tocaron la puerta. Echó en la caja precipitadamente y con silencio, el oro y la ropa que pudo, la cerró, fue a abrir y se encontró con Jipila.

- Entra Jipila, entra; pon tu huacal en el suelo, siéntate y descansa. ¿Qué te habla sucedido?

- Madrecita -le dijo Jipila-, con perdón del señor licenciado, quería comunicarte una molestia.

- Vaya, Jipila, ni las buenas tardes me das. ¿Ya no te acuerdas de mí?

- Ni lo quiera Dios, señor licenciado. Los pobres no olvidamos a los señores ricos que nos hacen algún aprecio. Su merced sí se ha olvidado de mí. Lo veo pasar a usted los más días por la esquina de Santa Clara y en la plaza, hablando con las del puesto de fruta de doña Cecilia.

Lamparilla, al oír el nombre de Cecilia, de un salto se levantó de la cama y se le vinieron los colores a la cara, pero disimuló.

- ¿Ya volvió Cecilia a su puesto? -le preguntó.

- Creo que ayer estuvo allí, riéndose y muy contenta, pues ya *San Justo* se fue del mercado y está otro señor dizque es muy bueno.

Salió Lamparilla e inevitablemente se encontró con don Espiridión. Tuvo que detenerse y llevarle la corriente al pobre enfermo.

Jipila, a la que dejamos con doña Pascuala, abriendo su boca. Y pelando sus dientes blancos, le tomó la mano y besó, entre humilde y cariñosa.

- Madrecita -le dijo-, te tengo que pedir un gran favor, y la Nuestra Señora de Guadalupe te lo pagará.

- Di, Jipila, di, ya sabes que te quiero, que te estoy muy agradecida.

- Quiero, Madrecita -dijo simplemente Jipila-, que me guardes mi dinero.

- ¿No es más que eso? Pues te lo guardaré muy bien; estará en mí caja, que siempre está cerrada. Dámelo si lo traes.

- Es mucho, madrecita; te dejaré lo que traigo.

- ¿Como cuánto? -le preguntó doña Pascuala.

- Mucho, madrecita; yo no sé contar más que con maíces, pero no he podido.

Jipila sacó un bultito envuelto en un ayate y en frescas hojas de maíz, y lo puso en el suelo. Doña Pascuala contó trescientos pesos en menudo, pesos y algunas monedas de cobre.

- Todos los días traeré lo que pueda, madrecita; está enterrado en Zacoalco.

- ¿No puedes calcular, poco más o menos, cuánto será?

- Sí, madrecita; serán como ocho tamalitos como éste.

Doña Pascuala al momento pensó que la suma que venía a confiarle Jipila pasaba de dos mil pesos, y vio el cielo abierto.

- La Virgen de Guadalupe te ha enviado al rancho, Jipila; no lo dudes, me quiere mucho su Divina Majestad. Me prestarás ese dinero; es decir, como tú no lo has de gastar, ¿quieres que yo use de él mientras se levanta y se vende la cosecha? Por la Virgen te juro que te lo pagaré y te daré un logro, es muy justo; al fin tú trabajas sin descanso y debes ganar no sólo con vender yerbas, sino con tu mismo dinero.

- Su merced hará lo que guste -contestó sencillamente Jipila-. Para antes del día doce de diciembre necesitaré veinte pesos para cohetes y velas, y diez pesos para mercarme una poca de manta y unas enaguas que quiero estrenar.

- No sabes el bien que me haces, Jipila. ¿Vives todavía en la Villa?

- En la Villa, como siempre -respondió Jipila cargando su huacal y dirigiéndose a la cocina.

Doña Pascuala se asomó a la puerta y gritó a Lamparilla.

- Venga usted, compadre.

- Voy, comadre, al instante -le contestó Lamparilla.

Lamparilla y doña Pascuala volvieron a instalarse junto a la consabida caja de madera.

- ¿Quién le parece a usted que nos ha sacado del apuro?

- ¿Quién nos había de decir que esas indias, cuyo capital consiste en yerbas, pedacitos de raíces, lagartijas, gusanos y culebras, tuviesen más dinero que nosotros? Eso no es creíble ...

- Como se lo cuento a usted, y aquí tiene la prueba -y doña Pascuala sacó de la caja el bulto que contenía la primera remesa de dinero que le había entregado la herbolaria-. Como este bulto dice que tiene muchos, y que los iré trayendo para que se los guarde. Ya

tengo su consentimiento para usar de ese dinero que me traiga a guardar, porque lo ha tenido enterrado en Zacoalco y tiene miedo de que se lo roben.

- ¡Qué cabeza la mía! Desde el naufragio y el ladrillazo de los Melquiades me voy poniendo como don Espiridión. Le traigo a usted un muchacho guapo, poco más grande que mi ahijado.

- ¿Pero cómo o para qué me trae usted ese muchacho?

- Es precisamente un recomendado de don Pedro Martín de Olañeta, que nos acaba de prestar un servicio interesante que también venia a contar a usted, y ya lo olvidaba. ¡Qué cabeza la mía! Es un huérfano del licenciado don Pedro. Por razones que ni a usted ni a mí nos importan, no lo puede tener en su casa, y desea que permanezca al lado de usted en el rancho.

- Con mucho gusto, compadre, basta que usted lo trajera. Esta hacienda siempre ha sido de usted, y más ahora que me está ayudando a salvarla.

- Gracias, comadre, gracias, pero volvamos a Juan que así se llama -dijo el licenciado-. Le viene como anillo al dedo, sabe leer bien, escribir y gramática y ortografía que el mismo don Pedro Martín le ha enseñado. De modo que podrá enseñar a Moctezuma estas cosas, pues no lo creo muy adelantado, a la vez que Moctezuma lo adiestrará en las faenas del campo y podrá llevar los apuntes de las ventas del pulque; en fin, un libro de cuentas porque ya lo necesita esta hacienda.

- Como usted lo dice, compadre, todo se hará así; yo, además, tendré una compañía y quien me haga mis mandados a Tlalnepantla y Cuautitlán ...

- No, todos menos eso. Expresamente me encargó el licenciado que no fuese Juan a los pueblos, y que no pasase de los campos de la hacienda. Necesitaba yo aclarar una duda importante que tenía el ministro de Hacienda antes de resolver definitivamente que Moctezuma III entrase en posesión de sus bienes, y esta duda era sobre la descendencia de ese verdadero rey, que tiene usted como su hijo en este rancho. No acabaremos en toda la tarde, y ya es hora de marcharme -dijo Lamparilla con muestras de impaciencia-. Aunque a usted no le importen personalmente estas cosas, es fuerza que las sepa, pues es, como quien dice, la madre de nuestro legítimo emperador, una vez que al pobre de Iturbide le dieron en Padilla una fusiladota como una casa. Moctezuma II tuvo varios hijos de ambos sexos que sobrevivieron a las matanzas y a los horrores que hicieron los conquistadores. De pronto se confiscaron todos los bienes que pertenecían al emperador y como soberano déspota y absoluto que era, figúrese usted si no tendría tierras a Dios dar; los cerros de Ameca, los volcanes, el monte, la nieve, el azufre del Popocatepetl sólo es un tesoro; sobraría para hacer pólvora para todos los ejércitos del mundo entero; pero después, el mismo conquistador don Hernán Cortés y el emperador Carlos V les otorgaron mercedes a manos llenas concediéndoles tierras, aguas, montes, vasallos y pensiones sobre el tesoro, y por eso hemos dado buenas mordidas nosotros a cuenta de mayor cantidad. Fuéronse sucediendo los herederos en línea directa hasta don José

Cayetano Vidal Moctezuma, que fue, óigalo usted bien, comadre, obispo de Chiapas; don Juan de Ortega la Rosa Cano Moctezuma y don Cristóbal de la Mota Portugal Moctezuma; y de éste desciende nuestro Moctezuma III, que Dios guarde, como dicen los *gachupines*. ¿Me entiende usted ahora, comadre?

- Clarito, compadre, una burra del corral lo entendería -contestó muy alegre doña Pascuala-. Ni duda, hasta parientes de obispo.

- Pues bien, esa historia la debo al licenciado don Pedro Martín de Olañeta. Creo que me he explicado, ¿no es verdad, comadre?

- Como un predicador.

- Ya pensará usted cuánto empeño debemos tener para que Juan esté contento y de esa manera pagar a don Pedro sus favores, que no han de ser los últimos. Voy por Juan para presentarlo a usted.

Don Espiridión quiso detener a Lamparilla, insistiendo en que le diera el brebaje, pero no le hizo caso y volvió acompañado de Juan y lo presentó con nuevas recomendaciones a doña Pascuala.

En esto volvió Moctezuma de su excursión al cerro, donde estaba plantando unos magueyes, se le instruyó de lo que le convenía saber y se le presentó también a Juan, el que fue bien recibido; les simpatizó desde luego, y no les faltaba razón.

Como don Espiridión se iba poniendo furioso, fue necesario que al fin le hiciesen una infusión de muicle, y se le dijo que eran yerbas misteriosas que había traído Jipila; que con eso se aliviarían sus males y desaparecería el hechizo de la bruja Matiana, pero fue necesario que la misma Jipila, doña Pascuala y Lamparilla, le dieran la bebida y le llevasen en seguida a la recámara. Hecho esto, Lamparilla se despidió de su comadre y dio unos cuantos consejos a Juan.

CAPITULO CUADRAGÉSIMO

Dentro de casa

Cecilia no era cualquier cosa; era una rica propietaria: tenía dos casas, una en México y otra en Chalco; de la de México hemos dado apenas una ligera idea; pero haremos, cuando sea necesario, una descripción minuciosa. De la de Chalco tenemos que ocuparnos en este momento. Chalco no es tampoco un pueblo rabón. En tiempos de los aztecas era un reino. Durante la dominación española se le llamaba la provincia de Chalco, y la República le dio el título de ciudad.

Además de la plaza y calle Real, que es lo más animado, hay en las orillas cercanas al canal, cierto movimiento diario con la entrada y salida de las trajineras y con la llegada de los arrieros de la Tierra Caliente.

Por ese rumbo estaban las importantes posesiones de Cecilia. Era una gran casa vieja; pero un francés le hubiera dado el nombre de *palacio*.

La casa era lo que llamamos en México entresolada; así, al entrar, dos escaleras de ocho peldaños, de piedras también aztecas con relieves extraños, daban acceso a los corredores; y en éstos, distribuidas sin mucho orden ni simetría, las entradas a las habitaciones con toscas puertas de cedro labradas ya en cuadrilongos, ya en trapecios, ya en cualquiera otra figura geométrica que, examinadas bien, daban una curiosa muestra de la carpintería antigua.

Después del fallecimiento de la rica trajinera madre de Cecilia, el caserón de San Fernando se puso en venta; pero a pretexto de que se necesitaba mucho dinero para repararlo, y era verdad, no hubo quien ofreciera más de dos mil pesos; no queriendo casi regalarlo, los herederos convinieron en quedarse con él, y sucesivamente vivieron los hermanos y parientes; pero Cecilia poco a poco les fue prestando hoy veinte pesos, mañana treinta, hasta que un día liquidaron amigablemente, y Cecilia quedó dueña absoluta y se estableció allí cuando su parentela había abandonado definitivamente la casa y el pueblo.

Aparte de los disgustos en la plaza con los marchantes que manoseaban la fruta sin comprarla, las borracheras de los indios remeros, lo cual era realmente insignificante y pasajero, esta familia de tres mujeres del pueblo, solas y aisladas en Chalco, pasaba la vida bien entre el trabajo, la buena comida y el mejor sueldo; y eran más felices que los que entre seda, plata y oro habitaban el palacio de la calle de Don Juan Manuel. La criada o segunda capitana, que acompañaba a Cecilia en sus viajes en la trajinera, era alquilada por viaje redondo y variaba cada mes o cada dos meses; pero las Marías nunca se le despegaban. Lo único grave era la guerra sorda, pero sin tregua, que le hacía *San Justo*, mas el percance del naufragio le había ocasionado el grandísimo bien de que Lamparilla le quitase este enemigo, y tal servicio lo agradeció tanto que no hallaba cómo pagárselo; se sentía como enamorada y dispuesta a corresponderle, pero desechó esa idea como una cosa imposible y pensó en hacerle un espléndido regalo. Un caballo del Jaral, un reloj de oro, un anillo de brillantes, una prenda, en fin, que llamara la atención.

Con estas ideas, con la de comprar o mandar construir en el astillero de Zoquiapan una buena canoa más grande y mejor que la que había naufragado, y con la de encargar a Tierra Caliente que continuaran los envíos regulares de plátano, de naranja, de chicozapote, de granadas y otras frutas sabrosas de esas tierras, de que hacían gran consumo don Pedro Martín, los ministros de la Corte y la casa de los marqueses de Valle Alegre, Cecilia resolvió pasar un par de semanas en Chalco y ya se verá que tenía necesidad de ello.

CAPITULO CUADRAGÉSIMOPRIMERO

Dentro del baño

Un sábado muy temprano, Cecilia metía una pesada nave en la cerradura de la puerta de la casa de Chalco que hemos dado a conocer, y entraba seguida de las dos Marías, que cargaban unos envoltorios y canastas con quesos, mantequillas, chorizos y cuantas otras cosas son necesarias para una buena cocina.

- ¡Dios nos asista! -dijo Cecilia luego que cerró tras sí la maciza y pesada puerta- ¡Qué polvo, qué basura!, y estas condenadas golondrinas que me tienen los corredores hechos un asco; en cada solera tienen un nido -continuó diciendo, levantando la vista y recorriendo los techos-. Estoy decidida a que vengan los remeros con unas escaleras y las echen de aquí a otra parte, que no hay escobeta que baste para tener limpia la casa. Parece que me conocen -le dijo Cecilia- y que han venido a pedirme que no les mate a sus hijos. Mira, María Pantaleona, no sólo vas a quitar ese polvo y tanta basura, sino a echar unos cubos de agua donde han ensuciado las golondrinas; y si no estás muy cansada coge las escobetas y deja los corredores limpios como un plato de China.

- Lo que usted quiera, pero mañana estarán lo mismo mientras estén llenos de nidos los techos. Lo dicho: que se queden, no he de ser yo quien sea su verdugo y el de sus hijos. ¡Pobrecitas golondrinas! ¡Tan vivas, tan alegres! ... ¡Me echaría la sal encima! ...

- ¡Calla! -continuó-. Mi ropa, mis zapatos, todo tirado y revuelto en el suelo como si alguno hubiese entrado para hacer un quimil (1) con ello y llevárselo.

Un ventarrón, que comenzaba a soplar en ese momento, había entrado por las ventanas y tirado y revuelto el bien abastecido guardarropa.

Cecilia volvió a colocarlo en el mejor orden, aseó, sacudió su habitación y gritó a Pantaleona, que, descalza y con las enaguas entre las piernas, echaba cubos de agua en los corredores y en el patio.

- Escucha, muchacha: mientras dispongo mi ropa y acabo la limpieza, me calientas aguas para el baño; pero, espera, ya sabes lo que tienes que hacer, y voy a darte el canastillo.

Cecilia abrió su ropero y entregó a la criada un canasto lleno de ralces, de yerbas secas y de pedacitos de palo de diversos tamaños y colores. Todo ello provenía de Jipila y eran yerbas aromáticas y medicinales que servían para apretar la cintura, para suavizar el pelo, para dar lustre a la piel, para aromatizar el agua, para mantener la dureza de los pechos.

En un momento estuvieron en las hornillas del brasero cuatro o seis ollas grandes llenas de agua.

- ¡Muchachas! -gritó-. Estoy lista: traigan ya las aguas.

Las dos muchachas entraron corriendo tan luego como oyeron a Cecilia.

Las muchachas, saltando contentísimas como unas chicuelas, fueron a cerrar las puertas y volvieron descalzas y enredadas con unas mantas azules de lana con rayas encarnadas, que les cubrían medio cuerpo. Una de ellas con una olla grande de agua hirviendo, con la flor de romero, y otra con un jarro más pequeño con diversa infusión de las plantas de Jipila, las vertieron en la tina, y la recámara se nubló con un vapor delicioso y aromático. Cecilia con una mano sacó por la cabeza su camisa, con la otra aflojó la cinta de sus enaguas, que cayeron en el suelo, entró en la tina y se sumergió en el agua perfumada.

- ¡Ah! -dijo sacando el cuello y limpiándose los ojos con las manos-. Jipila no me ha engañado, el olor de sus yerbas es más fuerte que el del romero, huelan -y sacó un brazo redondo que chorreaba gotitas de agua cristalina, y dio a oler a las muchachas un poco de la que había recogido en el hueco de su mano.

- Cabal -contestaron-, el olor del romero se perdió ya, y esto huele como a azucena, como a clavel, quién sabe a qué, pero para eso le pagó usted catorce reales por el manojito que ya se acabó.

- Y si vieran que también pone el agua como suave, como no sé qué tan bonito que no me dan ganas de salir del baño. No se les olvide, aun cuando no esté yo en la plaza, de pedirle media docena de manojitos -se puso en pie y en un momento la enjabonaron las dos muchachas y cubrieron su cuerpo de blanca espuma.

Marra Pánfila templó con agua fría la otra olla del cocimiento aromático de Jipila y la vertió suave y pausadamente sobre la cabeza de Cecilia. Corrientes pequeñas de un líquido color de vino jerez pálido resbalaban por el pecho, los brazos y el torso de Cecilia, y la despojaban del vestido espumoso de jabón; sus cabellos negros y abundantes cayeron sobre sus espaldas hasta más abajo de la cintura; su bello cuerpo apareció en aquella atmósfera luminosa de la recámara como una visión del paraíso; las gotitas de agua reposaban en los nidos de amor de sus brazos y de sus rodillas, y parecían diamantes de intento colocados para realzar la delicadeza de su piel suave y húmeda.

Las muchachas la ayudaron a salir de la tina, la enjugaron con la sábana, la sentaron junto a su cama en uno de los viejos sillones y le acercaron un pequeño espejo, escobetas, peines y tijeras.

Cecilia comenzó por secar y peinar su negro y largo cabello lustroso, delgado, fuerte, lleno de savia y de vida; casi se movía y se recogía en onditas envidiables, en la nuca y en la frente.

Cuando acabó Cecilia, se calzó unos zapatos de seda color aceituna, que sin esfuerzo le venían bien, y por la pala corta rebosaba la gordura del empeine, apenas se miró en el espejo, pero si se puso en pie, y un momento se estuvo recreando con sus pies y sus pequeños zapatos de seda.

Satisfecha con esta revista, dio dos suaves patadas en el suelo para cerciorarse de que no le lastimaban, y tirando la sábana se pasó por la cabeza una blanca y bordada camisa.

CAPITULO CUADRAGÉSIMOSEGUNDO

Poesía del Licenciado Lamparilla

Apenas tuvo tiempo Cecilia de echarse las enaguas de seda amarilla y castor rojo, que tenía cerca, y cubrirse el seno con su rebozo, cuando asomó la cabeza por la puerta de la recámara el licenciado Lamparilla.

Siempre que convenía a sus miras e intereses, buscaba y encontraba un pretexto para aparecerse en casa de sus clientes y conocidos el día que menos lo esperaban.

Esta vez el motivo de su visita era para él muy importante.

Luego que María Pantaleona le abrió la puerta, se precipitó materialmente al patio.

- ¿Está tu ama en casa, María? -le dijo, haciéndole un cariño en la mejilla.

- Se acaba de bañar, y está ...

Sin esperar más y pensando que encontraría a Cecilia a medio vestir, no escuchó lo que seguía diciendo Pantaleona, y como sabía las entradas y salidas, se coló de rondón hasta la misma recámara.

Cecilia salía ya a encontrar la visita, y le latió que no podía ser más que el licenciado.

- ¡Cecilia! ¡Qué guapa estás! Dios te bendiga, salvadora de mi vida, dame esa mano.

- Con mucho gusto, señor licenciado; pase usted a sentarse, que vendrá cansado del camino. Anoche precisamente pensaba yo en usted.

- ¿Pensar tú en mí, y de noche? Buena señal.

- Pero no como usted piensa ... Algo le ha sucedido a usted -le dijo Cecilia, después de un rato de silencio-, porque ni habla y tiene los ojos fijos en el suelo. El cuarto lo cerré cuando tuvimos la desgracia, porque no quería mirarse el pasajero lo que yo tenía o dejaba de tener, que a nadie le importa.

- Y a propósito, y ya que mientas al pasajero. ¿Qué ha sucedido con ese pájaro, que me parece un solapado pícaro? ¿No lo has vuelto a ver?

- Ni a su sombra -respondió Cecilia.

- ¿De veras?

- ¿Tengo cara de embustera? -le contestó sonriendo.

- Basta, y vamos a platicar de lo que nos interesa. En primer lugar, te he quitado una molestia de encima -continuó Lamparilla.

- Es usted tan buen amigo, señor licenciado, que no hallo con qué pagarle, con haberme libertado del yugo de ese maldito *San Justo* me ha dado usted diez años más de vida, y en eso pensaba yo anoche ...

- Antuñano, el de la fábrica de hilados, pretendía que tú le pagaras los tercios de manta que se sumieron en el agua con nosotros.

- Esa era una sinrazón -contesto Cecilia sacando ya naturalmente todo el pie, con lo que bailaron de gusto los ojos del licenciado-. ¿Fui yo quien tuvo la culpa? ¿Quién nos hubiera pagado a usted y a mí si nos hubiéramos ahogado?

- Eso es verdad, en fin ... yo compuse el negocio manifestando al encargado de la casa que a tu canoa le hicieron un boquete debajo de la proa, y que íbamos a ser víctimas, y en vez de cobrarte, me ha dado la comisión de que me encargue a su costa de que saquen, si se puede, los tercios de debajo del agua, y se regalen a los niños de la cuna. Vaya, mejor así. Ya verás ... Tú que entiendes de estas cosas, te encargarás de que saque del canal los tercios de manta, y mojados y todos, los mandas a la cuna, a la calle de la Merced, que te den un recibo y punto concluido: de paso podrás quizá sacar la canoa y las mujeres que se ahogaron seguramente. ¡Qué cabeza! ¿Crearás que hasta este momento me acuerdo de las pobres vendedoras de pájaros?

- En cuanto a la canoa, ni pensarlo -le respondió Cecilia.

- Desde esa noche de luna, que recordaré toda mi vida y que no sé si llamar feliz o desgraciada, no pienso más que en ti, Cecilia, y nada más que en ti.

Cecilia soltó una franca carcajada.

- Puedes reírte y hacerme burla hasta que te canses, pero es la verdad.

- Ni lo imagine usted, señor licenciado. ¿Hacer yo burla de una persona a quien debo tantos beneficios? Ni lo he pensado -le interrumpió Cecilia-. Lo que sucede es que no creo que usted, con tanto quehacer y tantas muchachas bonitas y decentes que hay en México, pueda estar pensando en una pobre frutera.

- Te empeñas tú en rebajarte y en estarte llamando *pobre frutera Y trajinera*; se conoce que no te has visto en un espejo de cuerpo entero.

- Ni Dios que lo permita. ¿Y para qué había yo de verme? Una tarasca gorda y prieta; para medio peinarme, tengo bastante con mi espejito ...

- Continuemos nuestra conversación y déjame contarte que es tan cierto que nada más pienso en ti, que hasta te he hecho unos versos.

- ¿Seguidillas, peteneras o de jarabe, señor licenciado? -le preguntó Cecilia con ingenuidad.

- Nada de eso; versos para ti, de lo que nos pasó a los dos, y de la traición de ese lépero de *San Justo*.

- Eso sí que estará bueno -dijo Cecilia con mucha alegría, arrimando su silla y acercando su cara junto a Lamparilla, que sacaba de su bolsillo un papel.

- Si te gustan, veré a un amigo, a Ocadis, que les componga una música, y la canción se llamará *La Cecilia*. Escucha:

El negro y torpe engaño
hicieron que tu nave
en agua mansa y suave
viniese a naufragar.

Y en la serena noche
de luna refulgente
nos vimos de repente
cercanos a morir.

¡Qué susto, Dios eterno!
Hundidos hasta el cuello,
yo no tenía resuello,
¡ay! ... infeliz de mí.

Mas tú, valiente reina,
la ninfa de los lagos,
gocé de tus halagos ...
Yo no quería morir.

Y el agua ya me ahogaba,
visiones mil veía,
ya pronto me sumía ...
¡y sin poder salir! ...

Mas tus amantes brazos,
Cecilia muy querida,

salváronme la vida
cuando debí morir.

Mujer encantadora,
pudiste tú escaparte,
mas preferiste ahogarte
unida junto a mí.

Tu muerte preparaba
un pícaro malvado,
su crimen ya ha pagado.
¿Estás contenta? Di.

Mi corazón es tuyo,
mi dinero, mi vida.
Cecilia mía, querida,
¿estás contenta? Di.

- Muy bonitos, señor licenciado -dijo Cecilia cuando Lamparilla acabó de leer su poesía y muy satisfecho doblaba el papel para guardarlo en su bolsillo.

- ¿Conque de veras te han gustado? -le dijo mirándola fijamente, para cerciorarse por la expresión de su fisonomía.

- Son preciosos; y seria bueno dárselos al cieguito Cayetano para que los cantara con el bandolón; voy a decirle también alguna cosa si me los lee usted otra vez. Si, estoy contenta, y muy contenta, señor licenciado, pues al fin usted me favorece mucho y se interesa por mí. En cuanto a dinero lo vamos pasando con el trabajo; y ya verá usted cómo, ya que *San Justo* no está de Administrador de la plaza, pongo mi puesto de fruta mejor que antes, comienza mi nueva trajinera a hacer sus viajes y en poco tiempo se recupera lo que se ha perdido. Yo estaria enteramente contenta, señor licenciado, pues al fin chacho que me servía, porque el pensamiento cuidaba todas mis cosas como si fueran suyas, y lo quería como si fuese mi hijo.

- ¿Cómo se llama? *¡Ah! Entonces no es ése; pero trataremos de encontrarlo* -dijo entre dientes.

Lamparilla no quedó muy contento con el éxito de sus versos ni con las observaciones que le hizo Cecilia; pero mucho menos con que se fijara para completar su felicidad en buscar al muchacho que le sirvió de mozo; pero María Pantaleona los interrumpió diciendo que el almuerzo estaba en la mesa y si las quesadillas con rajas de chile se enfriaban, se pondrían tiesas.

Con esto, Cecilia se atrevió a tomar del brazo a Lamparilla y lo condujo al amplio comedor donde había una sencilla pero limpia mesa y las lustrosas sartenes de barro despidiendo el aromático vapor de los sabrosos guisos.

- Hemos venido al comedor, señor licenciado, del brazo, como dizque lo hacen las personas decentes. Yo sé de todo, y mentira le parecerá a usted lo que se aprende en la plaza. Por los mozos y criadas se sabe la vida de todo México.

Sentóse Lamparilla en la cabecera de la mesa y Cecilia a su derecha.

No obstante que era goloso y que los manjares ya servidos en la mesa, por sus adornos y olor podían despertar el apetito de un muerto, en lo menos que pensaba era en comer hasta que Cecilia llamó su atención.

- Algo tiene el señor licenciado que está tan distraído, y aunque las muchachas se han esmerado en la cocina, parece que nada de lo que está en la mesa le gusta.

Cecilia sirvió al licenciado un buen plato de huevos con longaniza fresca de Toluca, rajas de chile verde, chícharos tiernos, tomate y rebanadas de aguacate. La molendera envió unas tortillas pequeñas y delgadas, humeando y despidiendo el incitante olor del buen maíz de Chalco.

Lamparilla desvió por un momento los ojos de Cecilia y los llevó al plato, cuyo vapor lo dejó sin vista.

- Vaya, Cecilia, te has portado como lo sabes hacer. Este plato, que un francés llamaría *horrible revoltijo de salvajes*, es de lo mejor que se puede pedir, y si tienes pulque curado, no hay ni qué desear. Tengo apetito y mucho, y aun cuando no lo tuviese, sólo el aroma que esto exhala resucitaría a un muerto. Por lo demás, te haces desentendida, bien sabes que ni estoy distraído ni tengo más asunto, ni otra preocupación que recrearme con tu hermosura. Por qué te ha hecho Dios tan ... así, así ... como Su Majestad no ha querido hacer a otras mujeres.

- Favor que usted me hace, señor licenciado.

- Lo que yo no puedo, comprenderás -le interrumpió Lamparilla tronando la lengua y saboreando el guisado de huevos y un buen trago de pulque de piña, espumoso, con su polvo de canela- ¿cómo no te has casado?

- Ya verá usted, así es la suerte de las pobres, y no me han faltado proposiciones, pero no me he inclinado al casamiento. Tan luego como acabemos de almorzar le enseñaré las cartas que tengo, y que guardo para atestiguar con ellas cuando alguna mala lengua quiera hablar de mí; pero por ahora déjese de amores y almuerce a su satisfacción.

Lamparilla estaba enfrente de una ventana, y tan entusiasmado que nada había podido llamar su atención. Sin embargo, al soslayo creyó ver una cabeza hirsuta que por momentos se levantaba al filo del bastidor y desaparecía después.

- La ventana de enfrente da a la calle, no es verdad, Cecilia.

- Da al callejón que se ha formado hace poco con la cerca del corral de enfrente, que estaba caída y ha reedificado hace un mes don Antero para guardar sus *zontles* (1) de leña.

- Pues alguno nos espía. Además es imposible que haya sido una ilusión -dijo Lamparilla volviéndose a sentar a la mesa.

- Yo nada vi -dijo Cecilia.

- ¿Quieres que demos una mirada al corral? -le contestó Lamparilla.

- ¿Y para qué dejar nuestro almuerzo por esta friolera?

- Es verdad, pero la curiosidad; y luego se me pasa por la cabeza que ese hombre que vino con nosotros en la canoa se ha propuesto perseguirte.

- No deja de echar sus tiempos -le contestó Cecilia.

- En fin -la interrumpió Lamparilla-, si era él u otro, debe haberse marchado del corral mientras nosotros hemos perdido el tiempo platicando. Acabaremos de almorzar tranquilamente Y después iremos por ese mentado corral de don Antero.

- Mientras usted fuma su puro, voy a dar una vuelta a la cocina, y me dispensará -le dijo Cecilia echándole en un pozuelo de China el líquido, más claro que lo que se acostumbra.

Lamparilla acabó su jlcara de café y continuó discurriendo:

- ¡La sociedad! ¡La sociedad! ¿Qué es la sociedad? ¿La gente con quienes tenemos negocios, el gobierno o la ciudad entera? Todo junto es la sociedad, efectivamente, y ésta nos impone deberes a los que por fuerza tenemos que sujetarnos. La sociedad dice que el chile, las tortillas, los chiles rellenos, las quesadillas son una comida ordinaria y nos obliga a comer un pedazo de toro duro, porque tiene un nombre inglés. La sociedad califica de ordinaria también a la que no se pone medias, ni viste traje con un corpiño hasta el cogote, cuando mejor es un pecho opulento que se trasluce por entre la camisa de lino, y unas piernas desnudas, de piel más fina que la mejor media francesa. No hay más que ver a Cecilia, y que venga Dios y lo diga.

Y tan entusiasmado estaba Lamparilla al recitar este admirable monólogo contra la sociedad, que ya hablaba en voz alta, y dio una tan fuerte palmada en la mesa, que hizo estremecer los restos de la vajilla que habían quedado.

Cecilia salió alarmada.

- ¡Qué cosas tiene el señor licenciado! Voy ya creyendo que se puede volver loco, y que va a parar a San Hipólito. Deje para otra esas ideas y, si gusta, iremos a dar una vuelta por el corral.

- Cabal, dices bien, y te lo iba yo a recordar.

Cecilia salió por delante, con su rebozo a medio embozar y mirando siempre al licenciado con una expresión que él interpretaba como el primer acto de la deliciosa comedia que se iba a representar en el solitario corral de don Antera. El succulento almuerzo y el pulque de piña habían trastornado completamente el cerebro de nuestro buen amigo.

Lamparilla la siguió, entró detrás de ella y, como se había propuesto, cerró con disimulo la puerta.

Cecilia comenzó a gritar con una voz aguda que podía oírse a cien varas de distancia:

- ¡Pantaleona, Pantaleona, tráete una barreta y una pala para hacer un hoyo y enterrar al señor licenciado!

- ¿Qué dices mujer? -le preguntó, sin dejar traslucir su sospecha, que pasó rápidamente.

- Lo que oye usted, señor licenciado -le contestó Cecilia riendo-. Haremos el agujero para enterrar un cabrito. hacerla en barbacoa y comerlo el domingo próximo; desde ahora está usted convidado; el almuerzo, se lo prometo. será mucho mejor que el de hoy.

Lamparilla, a pesar de su viveza, quedó como avergonzado y corrido. En dos minutos, Cecilia había destruido los perversos planes de su enamorado huésped.

Las dos mujeres caminaron delante; Lamparilla, detrás de ellas examinaba el terreno y los adobes de la cerca.

- ¿Ha descubierto usted algo? -le preguntó Cecilia.

- Nada, absolutamente nada.

- Pues yo si, y está claro.

- ¿Cómo?

- Vea usted las pisadas que vienen derechitas desde la puerta hasta la esquina opuesta. En algunos trechos están borradas adrede, pero vuelven a aparecer; y aquí tiene usted una piedra grande donde debió subir el espía, y al trepar rompió los ladrillos con que remata la cerca: vea usted los pedazos y el polvo de caliche en el suelo.

Salieron del corral, cuya puerta cerró Pantaleona, y entraron en la habitación.

- Me decías, Cecilia, que no te han faltado ocasiones y has tenido tus pretendientes.

- Y de todos tamaños y edades, y aquí tengo las cartas que prueban que no soy mentirosa.

Lamparilla desdobló un papel, plegado en cuatro, y leyó:

Tocinería del Enano, de la gran ciudad de Chalco. Bueno y barato. Manteca, tocino fresco, jamón para toda clase de personas.

Este letrero o encabezamiento estaba impreso en un papel teñido de amarillo. Después estaba escrito con letra gorda y torcida:

Te vide ayer tan chula que me dieron ganas de escribirte para decirte que tengo ya tres pesos semanarios con el patrón y la mitad de lo que se gane en la manteca, que no sé lo que abordaré a fin del año quentra; pero me quisiera ya casar contigo y no te lo habia dicho por vergüenza, pero ya ves que cuando mandas a Pantaleona por lo que se te ofrece se lo doy a la mitá de lo que lo vende el patrón. Conque contéstame un papelito o dale un recado pami a Pantaleona, y el domingo que matamos puerco te daré el chicharrón sin que me pagues nada. Adios tú, no te olvides de tu marido Crispin.

- ¡Qué bruto! -exclamó Lamparilla, tirando el papel.

- Aquí encuentro otra que no está tan apestosa como la del tocinerero.

- ¡Ah! -contestó Cecilia-, ésa será la del perfecto.

- Dirás del *perfecto*.

- De ese mismo.

Cecilia, te amo con furor, ni de día ni de noche descanso. En el dia, los negocios y la persecución tenaz que hago a los ladrones; pero en la noche sólo pienso en ti: no duermo ni ceno bien, y cuando ceno de adrede mucho, me vienen pesadillas horribles en las que tú apareces como queriéndome matar. ¿Qué será esto? Desde que vine a este condenado pueblo y por casualidad te vi, ya no tuve sosiego. Quería yo mucho a mi mujer, que es bonita, pero no más que tú; y ahora, te lo confesaré, ya no la quiero tanto, y tú tienes la culpa; y Dios te ha de castigar si no me correspondes, porque tú tendrás la culpa de que se descomponga mi matrimonio. Contéstame, pues ya sé que sabes escribir; y si no quieres espérame el domingo cuando salga de misa de la parroquia, y te vas a un rincón de por donde nadie pasa, y allí hablaremos. Guarda el mayor secreto, porque si dices algo y me desprecias te irá mal, pues ya conoces el poder que tienen en los pueblos los prefectos, que pueden hacer diablura y media, y con estar bien con el gobernador nada les hacen. Cuento contigo y con tu reserva.

Quien tú sabes

- ¿Y qué contestaste a esta carta? -le preguntó Lamparilla.

- Pues nada respondí, sino que fui el domingo al rincón de la parroquia, donde me había citado el perfecto.

- ¡Eso no es posible! Tú me engañas y no te creo tan mala.

- Espere usted, señor licenciado, no se anticipe de malos pensamientos.

- Habla, habla, que no me vuelve el alma al cuerpo hasta que no me des una explicación.

- *Señor perfecto* -le dije-, *usted es un hombre casado, y yo una pobre mujer aunque honrada, y no he de desbaratar un matrimonio ni dar qué sentir a una señora tan bonita, mejor que yo, que me parece lo quiere a usted, y me parece, también, por lo que se ve, que pronto le va a dar un hijo. Si me amenaza usted, mejor. Yo nada diré; pero si sigue usted persiguiéndome a todas partes, donde qUiera que voy, y parece mi sombra, me resolveré a contar el caso al señor cura y a la señora, y después hará usted lo que qUiera, que yo más vivo en México, cuidando mi puesto, que aquí. Conque adiós.* Y me desprendí, y lo dejé abriendo tamaños ojos y como quien ve visiones.

- Bien, muy bien, Cecilia, no esperaba otra cosa de ti -eXclamó Lamparilla bailándole los ojos de gusto.

Lamparilla respiró y tomó otra carta del paquete de la *correspondencia amorosa*.

- Esa carta -le dijo Cecilia antes de que Lamparilla la abriera- es ya otra cosa; es de don Muñoz, del mismo que me ha dicho usted que lo han sacado en comedia, o por lo menos será su primo o su tío.

El licenciado desdobló la carta y leyó:

Querida Cecilia: Desde la primera vez, hace como cuatro años, que entraste a la tienda con Pantaleona a comprar tu menestra, me caíste muy en gracia por tu modo de hablar y tus maneras francas. Me pareciste una mujer honrada y he procurado indagar tu vida, y nada malo sé de ti. Yo era casado, como tú sabes, y como soy hombre muy sensible y honrado nada te quise decir de amor. ¡Dios me ampare! Pero cuando se murió mi mujer pensé en ti, y hoy que he cumplido el año de viudo he resuelto declararme, y creo que nadie del pueblo tendrá que decir nada de mí. Ya sabes que soy rico: mi tienda va cada vez mejor y me auxilio además con el contrabando del aguardiente. Me casaré contigo. Tú manejarás la tienda y yo me dedicaré al contrabando del aguardiente, para lo que cuento con tu trajinera, y arreglaríamos eso con los guardas de San Lázaro. Además, tú serás la madre de mis siete hijos, que han quedado huérfanos los pobrecitos, y dispondrás de todo lo que yo tengo; reunido con lo que tú tienes, ya será un bonito capital, con lo que nos pasaremos buena vida. A los muchachos chicos los pondremos en la escuela, y a los grandes los iremos mandando a México, al colegio de San Gregario, para lo que cuento con mi compadre Rodríguez Puebla. Conque es cosa formal. Si quieres casarte conmigo, piénsalo bien y me lo dices. ¿Qué haces sola? Una mujer sola corre riesgo. El día menos pensado te enamorarás de un pillo que acabe con lo que tienes. No seas tonta. Cuando quieras platicaremos de esto en la trastienda.

- ¿Y qué le contestaste?

- Pues yo, nada por escrito. Fui a la trastienda, platicamos largo, le dije que no me inclinaba todavía al casamiento, que me diera dos años para pensarlo; y él todavía tiene esperanzas, Y no deja de recordarme el negocio siempre que voy a la tienda.

Lamparilla no quedó muy contento con esta explicación, y con cierto malhumor tiró el paquete de cartas sobre la mesa.

- No, no quiero leer más.

Lamparilla ya no quería leer. Estaba molesto, pero la curiosidad fue superior a su malhumor, y siguió leyendo.

El plan es éste, Cecilia: sé, porque te he visto almorzar algunas veces, que guisas muy bien. Te vendrás a la hacienda en clase de cocinera para evitar el escándalo; me guisarás, me lavarás la ropa y me asistirás, y te daré seis pesos cada mes y cinco y medio reales de ración cada semana. Ya sabes que las cocineras por aquí no ganan más que tres pesos; pero eso no es todo, sino que tú podrás hacer tus ahorros y me haré el desentendido, y con eso te puede salir el mes por veinticinco o treinta pesos sin que mi padre pueda decir nada, pues sabe que me gusta comer en grande. Convenido. La semana entrante estaré en la hacienda. Date una escapadita y arreglaremos lo que tú quieras, y viviremos juntos eternamente, y para mayor seguridad, haré que el capellán diga misa todos los días en la capilla, que asistan los peones y los criados, y la oiremos juntos de rodillas. Adiós, te espero sin falta.

- Éste sí que es más bruto y más ordinario que los otros -dijo Lamparilla muy alegre-. La primera parte de la carta no indicaba que sería tan miserable y tan ordinaria la segunda. O éste es un tonto o un loco orgulloso.

- Eso, señor licenciado. Estos niños ricos de casas que se dicen nobles porque tienen cuatro tlacos, se figuran que pueden disponer de los pobres con sólo guiñarles el ojo. No tiene usted idea de lo que sentí, señor licenciado, al leer la carta, y la verdad no me la esperaba, pues había sido fino conmigo como nadie. Toda la sangre se me subió a la cabeza, y si lo hubiera tenido delante, créame usted, le habría apretado el pescuezo.

- ¿Qué hiciste al fin?

- A ese novio sí le contesté lo que verá usted copiado a la Vuelta de la carta.

Lamparilla leyó la contestación:

Don Pioquinto: Si tiene usted hambre puede venirse de mozo a acarrear fruta a la plaza, y le daré a usted ocho pesos cada mes, un real diario de ración, y le pagaré, además, la comida en los Agachados (2).

- ¿Te contestó algo?

- Ni una palabra; yo estaba decidida a armar un escándalo, y para ese caso me hubiera sido muy favorable *San Justo*, pues no lo podía ver.

Lamparilla escuchó con interés y con júbilo el fin de estos amores; mas como se iba haciendo tarde y sus caballos estaban listos, dejó para otra vez la lectura de las otras muchas cartas y se despidió de Cecilia, dándole su palabra de que sin falta estaría el domingo siguiente. antes de las once, a comer la barbacoa.

CAPITULO CUADRAGÉSIMOTERCERO

Una noche en El Rancho de Los Coyotes

Fácil es suponer que la cabeza que observó el señor Lamparilla desde el lugar donde estaba almorzando no era otra sino la de Evaristo, y que las huellas que reconoció Cecilia eran también las del fugitivo, a quien no le convenfa de ninguna manera ser descubierto.

La vida del tornero, desde que llegó a Chalco después del naufragio, había tomado diversas fases.

Un día de cada semana montaba en un caballo flaco y flojo y en una vieja y remendada silla, y recorría los pueblecillos y ranchos cercanos para rescatar maíz, que pagaba al contado y aún hacía sus préstamos y anticipaciones para obtenerlo más barato.

Esta era la vida aparente para lo que se llama público, pero la positiva que llevaba era muy distinta. Evaristo tenia dos ideas fijas: Cecilia y dinero.

No podremos decir que Evaristo estuviese enamorado de la trajinera. La pasión verdadera que se llama amor no puede alojarse en corazones duros y rebeldes a todo buen sentimiento.

En las noches, especialmente las oscuras y tempestuosas en que ni los gatos ni los perros asomaban la nariz, Evaristo rondaba por la casa de Cecilia, trazando planos topográficos como el más consumado ingeniero.

Tuvo la fortuna de que, en una de sus excursiones, encontrase abiertas las puertas de la habitación de Cecilia que ya conocen los lectores, y fue para él una noche de delicias. Pasó revista al guardarropa y se consideró formándose ilusiones, como en el cielo de Mahoma entre las enaguas limpias y olorosas, entre los deslumbrantes castores y finos rebozos y la primorosa colección de calzado de seda. Todo esto lo abrazó, lo besó, lo miró veinte veces y concluyó por arreglarlo todo en el mismo orden en que estaba.

En sus excursiones en busca de maíz fue un día a dar a la hacienda Blanca; compró allí algunas cargas, una poca de cebada y además un caballo regular del administrador, porque su caballejo ya no podía andar. El bárbaro le habla hecho con las espuelas unos

grandes agujeros en los ijares, que se le habían agusanado. Con estas relaciones y con nuevas visitas a La Blanca, se ganó cierta confianza con el administrador y con los sirvientes, y platicando de una cosa y otra, vinieron a dar en las cuestiones de siembras, de cosechas y de la falta de seguridad, por cuya causa no se había podido arrendar un rancho muy productivo y de buenas tierras.

- Si usted se resolviera a arrendar a mi ama el rancho de los Coyotes, se lo daría muy barato -le dijo el administrador.

- ¿Y dónde está el rancho? -interrogó Evaristo.

- Pertenece a esta hacienda, y está aquí arriba, en el monte. Hace años que está abandonado. Si a usted le acomoda, hablaré a mi ama y pronto concluiremos el negocio.

Quince días después Evaristo abandonaba su comercio de maíz en la gran ciudad de Chalco, y se instalaba como arrendatario del solitario rancho de los Coyotes.

El tal rancho estaba situado en la falda del monte, entre Chalco y Texcoco, y era necesario costear por estrechas veredas el alto y majestuoso cerro del Telapón para dar con la casa, que era amplia, con extenso corral, ocho o diez piezas, dos eras, una troje grande y un portillo con su cercado, y guardaban el edificio, de uno y otro lado, dos torreones con almenas y troneras, como si fuese una fortificación de la Edad Media: pero todo en un estado de abandono y de ruina que materialmente se caían las paredes a pedazos.

Evaristo no hubiese dado con el rancho, ni aún adivinado dónde estaba, si no hubiese sido conducido por el administrador de La Blanca, que solemnemente le fue a dar posesión.

- Porque lo veo lo creo -le dijo el administrador, mientras Evaristo descargaba una mula en la que había conducido dos cajas que contenían ropa y provisiones-. Pero no pensaba que hubiese quién se arriesgara a quedarse en este rancho. Conque, amigo, nos veremos, que tengo que estar en la hacienda antes de que anochezca, y las subidas y bajadas no dejan de ser peligrosas por los derrumbaderos.

Evaristo, que encontraba el rancho que ni mandado a hacer para la ejecución de sus siniestros planes, sonrió como burlándose de las observaciones del administrador y le contestó:

- ¿Qué quiere usted, amigo? Los pobres tenemos que acostumbrarnos a todo; y cuando es uno hombre de bien y tiene cuatro tiacos, es fuerza trabajar.

Cuando Evaristo acabó de descargar la mula y de desensillar su caballo los condujo a la caballeriza y los ató al pesebre; una verdadera madriguera de murciélagos, que comenzaban a removerse, pues era ya la hora del crepúsculo, espantaban al caballo y a la mula, y zumbaban sus alas muy cerca de las orejas del tornero.

Como la tarde se le iba a toda prisa y presagiaba una noche negra, se apresuró a terminar pronto lo que tenía que hacer para medio arreglar su instalación.

Tendió en un rincón sus armas de agua y sus frazadas, colocó en vez de almohada su silla de montar y con esto pasó el mal humor que le causaron los murciélagos, creyendo que iba a dormir como un patriarca. La falta de velas la supliría haciendo una buena lumbrada frente a la puerta del cuarto, lo cual contribuiría a disipar la humedad.

Afanado y distraído con estos trabajos, pasó el tiempo sin sentir; cerró la noche, efectivamente negra y húmeda, y comenzaron a escucharse los ruidos misteriosos de la montaña.

Evaristo estaba a punto de acabar con su yesca y con el manojito de pajuelas que tuvo la precaución de traer, y la leña y ramas húmedas no podían arder. Oscura completamente la noche, Evaristo entró a tientas a las piezas a buscar palos, leña o siquiera basura seca para alentar la hoguera, y no encontró más que la única silla quemable en el rayador, pues era una especie de butaca de vaqueta.

Con facilidad arrancó una puerta, que hizo rajadas con la barreta, y en breve logró un fuego que alumbró las negras profundidades del espeso bosque. Evaristo, fatigado, se sentó junto al fuego a meditar y combinar el giro que debía dar a su vida.

A cosa de media noche los aullidos de los lobos y coyotes, que al principio había escuchado muy lejanos y en los que distraído con sus maquinaciones no había fijado su atención, se hicieron más perceptibles y cercanos, mezclándose de vez en cuando con algún rugido de tigres.

Evaristo no había pensado en las fieras, que abundaban en ese monte. Olfateando carne que devorar y atraídos por la lumbre andaban ya muy cerca.

- ¿Si será mi suerte morir devorado por estos animales feroces? -se dijo.

Atrancó bien con las barretas y palas y no contento con esto arrimó la mesa contra la puerta y, considerándose seguro, y fatigado por otra parte con la caminata y trabajo, se echó en su improvisada cama y no tardó diez minutos en dormirse.

Un punzante dolor, como si le hubiesen picado en el muslo con una lezna, lo despertó. Acudió con la mano, y un piquete igual en el dedo lo hizo saltar y sentarse. Un tercer piquete en una nalga lo hizo poner en pie y lanzar un grito de dolor y de rabia. Por sus piernas y espaldas sentía a la carrera de los alacranes. Se quitó precipitadamente la camisa, haciéndola pedazos, no sin recibir tres o cuatro lancetazos más. En sus calzoncillos había un nido de cochinillas y de multitud de insectos que se habían criado con la humedad y basura de aquel cuarto, donde hacía cinco años que no había entrado alma humana. Pero un ruido seco y acompasado, que cesaba y volvía a comenzar, le indicó que había, debajo, tal vez de su silla de montar, una culebra de cascabel. Evaristo se llenó de horror, se encomendó a Dios y se puso a llorar como un niño.

El peligro y susto que le causó la certeza de que habla cerca de él serpientes que mataban con su mordida, ocasionando horas de horribles ansias y tormentos, le habían hecho olvidar los piquetes de los alacranes menos venenosos en la tierra fría, pero que le causaban dolores agudos y un escalofrío que era más fuerte hallándose completamente desnudo y de pie en el único refugio que le reservó la Providencia, siempre compasiva aun con los más endurecidos criminales. ¡Qué noche!

CAPITULO CUADRAGÉSIMOCUARTO

Evaristo se convierte en un Honrado Agricultor

El sol salió, como de costumbre, despertando a los pájaros cantores, pintando de esmalte verde las hojas de los árboles, húmedas con el rocío y de variados azules las lejanas montañas. Las fieras y alimañas, saciadas con su banquete nocturno, volvieron a sus madrigueras, y la culebra de cascabel entró a su agujero, esperando cazar un ratón u otro animalito, ya que no había tenido acierto de morder un talón del réprobo que vino a turbar su reposo.

La luz hizo un bien a Evaristo, que fue recobrando no sólo su ánimo sino sus feroces instintos.

Del caballo no quedó más que el esqueleto. De la mula había todavía una mitad, que serviría para la cena de los lobos en cuanto se hiciera de noche.

¿Qué hacer? ¿Pasar otra noche terrible como la que había precedido? ¡Imposible!

Lleno de miedo, recogió sus arneses y frazadas, las colocó sobre la vieja mesa que fue su tabla de salvación, y resolvió ponerse en camino.

Echó a andar con sus pistolas ceñidas en la cintura y un jorongo, dejando el resto de su equipaje lo mejor acondicionado que pudo, y una media hora después había descendido por una barranca poco profunda a la orilla opuesta, tomando la vereda de la izquierda, que iba gradualmente elevándose por entre los árboles, que cada vez eran más espesos.

Evaristo perdió la cabeza, adolorida por la fiebre. El cansancio de la subida hacía imposible que continuara su marcha, y cayó sin fuerzas, creyendo que tendría que pasar la noche en el bosque, donde sin duda sería atacado por los tigres. Casi sentía no habere quedado en el rancho.

Cayó en la yerba, y en una o dos horas no supo si sueño, sopor o desmayo le privaron de toda sensación. Despertó al fin, sacó, como quien dice, fuerzas de flaqueza y se volvió a poner en camino retrocediendo hasta la orilla de la barranca. Allí tomó la vereda de la izquierda; que era el camino recto, y como de bajada antes de oscurecer divisó la torre de una iglesia, que debería ser de Chalco, de Texcoco y a medida que andaba la perdía de

vista en los tornos, subidas y bajadas, y la volvía a descubrir cuando se hallaba a alguna altura, hasta que por fin la perdió enteramente de vista cuando acabó de anoecer, bien que no estuviese OScuro ni lluvioso. No hubo más remedio; siguió caminando adelante, sin tomar ninguna vereda, y no supo ni cómo ni a qué hora se encontró en el pueblo de Tepetlaxtoc. Ni mesón, ni casa, ni choza abierta. Se acomodó en un banco de ladrillo y rendido y descoyuntado no tardó en dormirse profundamente.

A la mañana siguiente, cuando despertó con los primeros rayos de la luz, se encontró sin su jorongo y sin sus pistolas.

Para no dejar en duda al lector y que le parezca inverosímil el daño que la mala gente hizo a nuestro benemérito tornero, le diremos que el robo lo cometió el mismo dueño de la pulquería.

Ni por la imaginación le pasó que el dueño de la pulquería fuese el autor del robo; así que luego que abrió entró y lo encontró muy afanado limpiando sus tinas y su mostrador.

El pulquero, muy amable y campechano, satisfizo todas las cuestiones de Evaristo, y le indicó una casa del frente, donde había un vecino que podía alquilarle un caballo y guiarlo hasta La Blanca.

- Amigo -le dijo-, caminará con toda seguridad y llegará temprano a La Blanca.

Evaristo quedó muy agradecido al pulquero y dirigiéndose al vecino, se arregló con él, y después de tomar una taza de atole Y un pambazo, se puso en camino, acompañado de su guía para la hacienda de La Blanca.

Cuando el administrador de La Blanca vio a Evaristo en tan lamentable pelaje y escuchó la narración de la horrorosa noche, se quedó admirado de que hubiese resistido a tanto contratiempo, consideró que no llevaría a cabo su contrato, y el rancho de los Coyotes quedaría de nuevo abandonado.

- Los cincuenta o sesenta pesos que he perdido es lo que me pica -le respondió Evaristo-. Pero eso no hace al caso, sino lo del arrendamiento. Yo no puedo pagar por eso, que no es finca ni maldita la cosa, los 200 pesos cada año que hemos convenido. ¿De dónde voy a sacar 200 pesos, aunque me deje comer por los alacranes y culebras que hay en la maldita casa?

El administrador, que iba a perder la única ocasión de arrendar el rancho, le hizo varias proposiciones rebajándole la renta de cinco en cinco pesos, pero Evaristo, inflexible, repitió su resolución de abandonar el negocio.

- Vaya, por último -le dijo el administrador-, por este año nada me dará de renta; el entrante pagará sólo cien pesos, y el tercer año, que ya tenga sus cosechas y en corriente el esquilmo del carbón, serán cuatrocientos pesos por toda renta.

- Ya eso da en qué pensar, y si me convida a almorzar, que casi me muero de hambre, hablaremos después como hombres de bien.

- Si no es más que eso, debemos considerarnos como arreglados. En media hora que gastaré en dar una vuelta por las labores, estará la cocinera lista. Mientras, piense en qué pueda auxiliarle la hacienda, que con voluntad lo haré, seguro de que la ama nada dirá en contrario.

El administrador montó a caballo y se fue al campo; Evaristo pagó y despidió a su guía y quedó pensando en todo el partido que podía sacar de la mala noche.

En esto volvió el administrador, y como en efecto estaba la mesa puesta, sentáronse los dos ya de buen humor y dispuestos a cerrar el trato.

Estaban acabando cuando entró un mozo diciendo al administrador que acababa de llegar una cuadrilla que venía de Chalma, donde la gente es trabajadora y buena.

- Tenemos compromiso -dijo el administrador al mozo- de tomar a la cuadrilla que trabajó el año pasado en Tepetitlán, y ya la tenemos experimentada. Diles que esperen un poco, y dales mientras de comer.

Es necesario para los que no conozcan la vida del campo en México, explicarles lo que es una cuadrilla. Los trabajos agrícolas se hacen de dos maneras: o por gentes que viven vecindadas en las haciendas, en unas miserables chozas inmediatas a la casa principal, a las trojes y oficinas, o por los vecinos de los pueblecillos más o menos numerosos, inmediatos a los linderos, y que las más veces están en disputa con los propietarios por cuestiones de tierras o porque el hacendado los aleja e invade los terrenos o los pueblos, arriman sus zanjas y se toman cuando menos los potreros de las grandes fincas. ¿Quién tiene razón? Es de creerse que las más veces la tienen los indios, que en el último caso fueron los primeros propietarios de la tierra y que tradicionalmente poseen pequeñísimas porciones donde apenas cabe su jacal de palma y cuando más cuatro a seis cuartillos de maíz de siembra. Debemos recordar que negocios de esta clase ocuparon al insigne licenciado don Crisanto Bedolla. Hay otras haciendas que por falta de terreno, por economía o por cualquiera otra razón, no tienen real (1), como llaman en las haciendas de caña y azúcar, que reciben cuadrillas ambulantes de indios o las mandan buscar a grandes distancias. Recogida la cosecha, las cuadrillas se marchan a otra parte y la finca queda con unos sirvientes para la cocina, carros y cuidado del ganado.

- ¿Sabe, amigo -le dijo el administrador-, que he mandado detener a la cuadrilla para lo que pudiera convenirle? Y si después que hablemos no le gusta, fácil es que se vayan los indios, que al fin unas tortillas y un poco de chile no le duelen al ama, que siempre encarga que no se despache a ningún indio sin haberle dado algo. Lo mismo soy yo; y es raro, porque otros administradores lo que suelen dar a los indios son cuartazos y palos en vez de pan o tortillas. Por eso a la hora que necesitan gente, trabajo les cuesta encontrarla, y tienen que pagarla hasta a cuatro y cinco reales: pero vamos a nuestro asunto. Si usted ajusta a esta cuadrilla baratita, yo le ayudaré; puede usted limpiar la casa, rozar un poco

el monte y comenzar a hacer carbón; y si estos indios no saben, ya le prestaré dos carboneros de la hacienda que los enseñarán.

- No dice usted mal -contestó Evaristo-, pues que firmaremos las condiciones que me ha hecho y que me convienen, fuerza es que no me esté con los brazos cruzados.

- Pues al avío, amigote -le contestó el administrador muy contento-, y cuente en todo con la hacienda. Por de pronto, me prestará un caballo y me marcharé a Texcoco para comprar algunas cosas necesarias.

Evaristo montó a caballo, hizo su excursión a Texcoco, donde compró lo más necesario para pasar unas semanas en el desierto que iba a habitar, volvió antes de oscurecer, cenó amigablemente con el administrador, y toda la plática, hasta que se acostaron, fue de los preparativos que había que hacer el día siguiente.

En efecto, amaneciendo Dios, Evaristo, montado en un arrogante caballo, con un mozo a la izquierda que le servía de guía, y seguido de seis burros cargados con las provisiones, instrumentos, fusiles Y otra porción de cosas, y la cuadrilla compuesta de veinte personas entre peones, muchachos y mujeres, salía de la hacienda. Y este nuevo y audaz colono, ¡parece cosa increíble!, iba a ocupar un desierto, a luchar con víboras, alacranes y animales feroces, a abrirse paso por el espeso monte, a reedificar una finca, donde en otros siglos habitó quizá algunos de los afortunados y valientes conquistadores, a labrar una tierra fértil, donde durante muchos años no habían crecido más semillas que las de los grandes y soberbios cedros de la montaña.

CAPITULO CUADRAGÉSIMOQUINTO

Un muerto en el monte

Evaristo no hizo el camino descuidadamente como en la vez primera. En ésta iba poniendo mucha atención en el rumbo, fijándose en los grupos de árboles, en las rocas, en las veredas que se cruzaban, y no cesó de hacer preguntas al mozo que lo guiaba, de marcar con un cuchillo algunos árboles y de amontonar piedras de trecho en trecho, para que todo le sirviera a fin de no extraviarse si tenia necesidad de bajar a la hacienda La Blanca o a las ciudades de Texcoco y Chalco. La cuadrilla de indios le ayudaba, y caminaba con tanta seguridad como si fuesen sus propios terrenos. El indio y la montaña se conocen, son amigos viejos. La montaña mantiene al indio, le da sombra, abrigo y seguridad. El indio ama a la montaña, entra sin miedo en sus profundas soledades y jamás se extravía.

Evaristo, mixtura malsana del indio humilde y sagaz y del español altivo y ambicioso, había sacado únicamente las malas cualidades de las dos razas.

Evaristo llegó a buena hora, no obstante el lento y trabajoso paso de los asnos.

Mandó limpiar y barrer un pedazo de terreno lejos de la casa, allí descargó su complicado equipaje y juntando con su cuadrilla ramas y palos secos, los fue distribuyendo en las piezas de la casa y les dio fuego, habiendo sacado antes los pocos muebles y casas de uso que existían.

En efecto, al sentir el calor fuerte, comenzaron a salir de sus agujeros y a huir en todas direcciones, ratones, culebras, hormigas, cochinillas y toda clase de bichos que habían hecho durante años sus nidos y residencia en el antiguo edificio.

Al día siguiente, lo primero que hizo fue pasar revista a su cuadrilla y mandó formar fila a los hombres, que eran diez. Los encontró del mismo tamaño, perfectamente parecidos e iguales como si los hubiesen fundido en un mismo molde. Todos se llamaban *José*, sólo el que hacía de jefe o capataz se llamaba Hilario, y era un poco más grueso y alto que los demás. De las mujeres, los chicos de pecho y muchachuelos, no hizo caso.

Evaristo quedó enteramente contento de la cuadrilla. Mientras más estúpidos, mejor: así le convenían para sus planes.

- Bueno -le dijo a *Gato Montés*, que era el nombre que había puesto al capataz-. Me conviene la cuadrilla, y si quieren se quedarán conmigo formando un pueblo, y tú serás el alcalde.

- Como su mercé quiera -le contestó Hilario, que parecía más listo que los demás y hablaba mejor el español-. Sólo que nos ajustaremos para ver si quieren quedarse y les conviene.

- Les pagaré como en las haciendas: dos reales y medio a ti, dos reales a los peones y un real a los muchachos: tú tendrás dos cuartillos de maíz cada semana, y los demás comprarán el que quieran, a cinco pesos carga; el mismo precio a que se los venden en La Blanca. Harán sus jacales con ramas y piedra a inmediaciones de la casa.

Hilario se quedó reflexionando un momento, después habló en su idioma a la cuadrilla, que escuchó con atención, y luego contestó a Evaristo:

- Dicen que se quedarán con su mercé; pero que quieren tener su nombre cristiano y no de animales, porque todos están bautizados: que en lo demás, servirán a su mercé: que gritando *José*, no tiene más que hacer, y cualquiera de ellos que venga será el mismo.

Cinco de los indios entrarán en el monte a cortar palos y a juntar piedras para comenzar a construir las casas, y los otros cinco limpiarán la casa principal.

- Entonces, a trabajar -dijo Evaristo.

Las mujeres hicieron su rancho aparte debajo de los árboles, y ayudadas de los muchachos comenzaron a preparar el maíz para el atole y tortillas.

Con estos nuevos elementos que se proporcionó, sembró un par de milpas en la parte más plana y unos campos de cebada en las laderas, y esperó una buena cosecha; pero mientras crecían Y maduraban las semillas, dedicó su tiempo y su atención a explorar y a conocer la montaña. No hubo barranca que no bajara, ni grupo cerrado de árboles que no reconociera, ni vereda de ganado que no siguiera.

La barranca no sólo estaba oculta por una serie de árboles que terminaban en su orilla para reaparecer otros más frondosos que cubrían el descenso, sino que en el fondo estaban de tal manera cerrados Y espesos que a treinta pasos ya no podía descubrirse no sólo una persona, ni diez que quisiesen escapar. Además, había en el fondo corrientes de agua clara y cuevas a diversas alturas, con las condiciones necesarias para abrigarse de la lluvia, del aire Y del frío, y poder internarse en sus oscuros laberintos y quedar al abrigo de toda persecución.

Estas excursiones las hacía Evaristo unas veces a pie, acompañado de la cuadrilla, pues casi todos ellos y guiado por algunos de los indios, habían trabajado en esos rumbos como leñadores y carboneros o como pastores de ganado, y otras montaba a caballo y se echaba a andar con precaución, no desviándose mucho de la línea recta hasta no estar seguro de volver a encontrar el camino de su regreso, o por señal alguna que dejaba. Su objeto principal era ligar, por decirlo así, el camino al través del monte entre su rancho y el albergue de Río Frío, donde paraba la diligencia a las horas del almuerzo, y donde concurrían forzosamente todos los viajeros y traficantes que hacían el camino de México a la costa.

Este trabajo era difícil y arduo, pero Evaristo lo proseguía con tenacidad.

En una de estas excursiones, al examinar una mota muy cerrada de árboles para que le sirviese de guía, pues parece que allí se abrigaba del calor del sol y del granizo algún ganado vacuno, lo que podía reconocerse por las huellas, por la boñiga seca y porque de allí partían tres o cuatro veredas, escuchó el relincho de un caballo.

Aproximóse más, con ánimo de disparar al menor movimiento que sintiese, y vio un hombre tendido en el suelo.

El caballo permanecía inmóvil junto al muerto. Evaristo observó que en el ojo claro e inteligente de la bestia se habían formado lagañas y que resbalaban por su cara lustrosa algunas gotas de lágrimas. El animal sintió sin duda que se aproximaba gente, y el relincho había sido para pedir socorro.

El muerto parecía ser rancharo de esos que habitaban El Mezquital y Tierra Fría.

Bien vestido, de gamuza amarilla oscura, de fisonomía varonil, blanco, y de una edad que no excedía mucho de cuarenta años.

¿Cómo fue muerto ese hombre y por quién y cómo desde El Mezquital vino a dar al centro de montañas desiertas del otro lado del valle? Todo esto era imposible de saberse; ni aun se prestaba campo para hacer conjeturas.

Por fin, resolvió despojarlo de lo mejor que tuviera y apropiarse el caballo con los regulares arneses guarnecidos de plata. En Su registro, ganó un reloj antiguo de plata, seis onzas de oro y algunos reales, las espuelas y un paquete de cartas.

Contó a Hilario la aventura, y preocupado con ella, los dos mañosamente hicieron en los pueblos y en la misma hacienda La Blanca cuantas indagaciones pudieron, sin lograr ningún resultado.

Olvidado esto, y como las siembras iban creciendo bien y la casa estaba ya habitable, la atención de Evaristo se dirigió al rumbo de Chalco, y se propuso hacer una expedición de varios días hasta lograr ver y hablar a Cecilia y hacerle serias proposiciones de matrimonio.

La respuesta de Cecilia decidiría a Evaristo, agricultor honrado o ladrón de camino real.

CAPITULO CUADRAGÉSIMOSEXTO

La cabeza hirsuta

Cecilia, como todas las mujeres, y a su edad, que no era ya una niña sino una mujer en pleno desarrollo de su robustez y de su belleza, sentía la necesidad, la fuerte necesidad de la compañía de un hombre. Pero ella en nadie se había fijado y mucho menos en los pretendientes, cuyas cartas hemos leído en los CAPITULO s anteriores.

Dos personas, sin embargo, paseaban por la cabeza de Cecilia, y eran el licenciado Lamparilla y Evaristo.

El domingo citado muy puntual estuvo Lamparilla; se desenterró del hoyo la barbacoa, que estuvo excelente, lo mismo que lo demás que puso Cecilia en la mesa. Al principio el licenciado se condujo con mucha destreza, no cesando de hacer elogios de Cecilia, de los manjares, de la limpieza y buen servicio de las dos Marías, de lo fresco del comedor y del traje seductor de la frutera pero se cargó la mano de pulque colorado, que fermentó en su estómago más de lo necesario, comenzó con necedades e imprudencias, hizo ciertas proposiciones que ofendieron a Cecilia. Por último, se desmandó y quiso usar de atrevimiento a tal grado, que Cecilia, con cualquier pretexto, lo dejó en el comedor y se encerró llorando en su recámara.

- ¡Si esto es ahora -dijo al entrar-, qué vida me esperaba casándome con el licenciado!

Después de este infausto domingo, Cecilia quedó un poco descuidada en su persona e indiferente a la suma de reales que le sobraban cada semana. Sus pensamientos se inclinaban exclusivamente a Evaristo. ¿Si ella lo volviera a ver en Chalco? Tendría gusto, pero al mismo tiempo miedo: pero Evaristo no parecía; probablemente estaría en su rancho.

Un sábado se presentó en el puesto de fruta, Jipila; hacía tiempo que no se le veía la cara. Había caído enferma, según dijo, de un reumatismo.

Volvería a sus antiguas posiciones de la esquina del Callejón de Santa Clara y de la Plaza del Mercado. Añadió que había Visto en el rancho de Santa María un muchacho muy parecido al que hacía en otro tiempo los mandados a Cecilia, la que inmediatamente pensó en Juan, tomó lenguas de la herbolaria y se propuso hacer personalmente una excursión para cerciorarse de la verdad. La herbolaria la proveyó de yerbas y raíces frescas y aromáticas, y Cecilia contentísima con esto y con la noticia relativa a Juan, pagó generosamente a la muchacha, le regaló fruta y se decidió a marcharse por la noche a Chalco para olvidar sus penas, disfrutar de un buen domingo, darse su baño de aromas y almorzar tranquilamente con las dos Marías.

El viaje fue sin incidente alguno y temprano entraba Cecilia con sus dos Marías al viejo caserón: Acabado el aseo del patio y el saludo y la plática con las golondrinas, que eran ya las mejores amigas de Cecilia, ella, con una de las Marías, entró a su habitación a disponer el baño y la otra a la cocina a preparar el almuerzo. Se desnudó, entró despacio en el agua humeante con las infusiones hirvientes y aromáticas, y al ponerse en pie, después de media hora de delicia para llenarse su torneado cuerpo de espuma de jabón, creyó observar por entre los pliegues de la cortina la misma cabeza hirsuta que tanta sorpresa causó al licenciado.

Cuál fue su sorpresa cuando esa cabeza hirsuta asomó por la puerta de la recámara, seguida del cuerpo entero y musculoso de Evaristo, que se dirigía derecho a la tina lanzando llamas por sus ojos grandes y temibles.

Cecilia lanzó un grito desgarrador como si hubiese recibido una puñalada y por un instinto de pudor que aún existe en las mujeres más descocadas, se hundió en la tina hasta el cuello; y como Evaristo avanzaba, se repuso inmediatamente, y a la sorpresa siguió la cólera y la indignación.

- ¡Atrevido, indecente, fuera de aquí! ¿Con qué motivo se viene a meter hasta mi recámara? Hoy mismo lo voy a denunciar al prefecto como ladrón y como un arrastrado. ¡Fuera!

Y como Evaristo no retrocedía, llenó de agua la jícara que tenía en la tina y se la lanzó con fuerza a la cara, dejándolo por un momento atontado y ciego, pero esto redobló el furor y los deseos impuros del bandido, que, acercándose, asió de los brazos a Cecilia y con una fuerza hercúlea la levantó de la tina. Cecilia gritó, le aplicó un tremendo bofetón en la cara, y siguió gritando.

Las dos Marías, fuertes y medio salvajes, mirando atacada a su ama de una manera tan villana, cogieron las ollas con restos de las aguas aromáticas y las quebraron en la cabeza de Evaristo, apoderándose de él con una fuerza de indias trabajadoras y bien alimentadas, lo sacaron casi arrastrando y lo pusieron en la puerta de la calle dándole de patadas y manazos hasta que se cansaron.

Cerraron la puerta con dobles trancas y volvieron a donde estaba su ama, que ya se había echado encima su camisa y su rebozo, y estaba descolorida y temblando de cólera.

Desagradable como fue este lance, aprovecho de pronto a Cecilia, pues en vez de ciertas ideas e ilusiones amorosas, concibió un odio y horror profundos por el atrevido que había ido a violar *su santuario* como ella llamaba a su recámara, donde tenía por guarda y defensor al Señor del Sacro Monte.

En cuanto a Evaristo, con la cabeza rota y enredados en sus espesos cabellos los fragmentos de las ollas, empapado de la cabeza a los pies, con la chaqueta y camisa desgarradas y la figura surcada por los araños de las dos Marías, se encontró en medio de la calle sin sombrero, y sin saber cómo, sin llamar la atención, podría ir hasta el cuarto que tenía en el mesón.

Al día siguiente dijo a Hilario que iba a buscar ganado por las haciendas; que no volvería en una o dos semanas, y pasando por las orillas de Texcoco tomó el rumbo de Pachuca.

Este lance fijó definitivamente la carrera y el destino de Evaristo.

En cuanto a Cecilia, robusta y fuerte como era su constitución, no pudo resistir a este pesar, que era el mayor que hasta entonces había sufrido, y cayó en cama con una especie de fiebre nerviosa.

Lamparilla, que no podía separar de la imaginación a Cecilia, y que la veía en la calle, en los oficios de los escribanos, en la casa de los jueces, en el Teatro Principal, en los autos que examinaba y hasta en la taza de caldo con chilito verde y aguacate que tomaba a la hora de comer, se decidió a ir a la plaza del mercado, donde supo por la vecina que había quedado encargada del puesto de fruta, que Cecilia había tenido un grave cuidado en Chalco y que estaba enferma en cama.

Cuando el licenciado entró a la recámara de Cecilia, la encontró ya levantada.

Se le conocía que había sufrido, pues marcadas ojeras daban más realce a lo alegre y parlero de sus ojos, y estaba mejor sin las encendidas rosas que siempre se veían en sus lisos carrillos. Por más esfuerzos que hizo el licenciado, no pudo lograr que nada de verdad le contase Cecilia. Que se había mojado los pies en el embarcadero, que había hecho muchas fuerzas para arrastrar una canoa para hacerla entrar en el corral; que había comido una longaniza que no estaba bien frita; en fin, cualquier cosa, pretextos, pero ni sombra de lo que había pasado.

- Pues bien, sea o no sea lo que me malicio, estoy resuelto a informarme en qué situación está el rancho y apersonarme con ese hombre y matarlo o denunciarlo, o hacerle algo, porque ya me tiene aburrido, y ya verá que soy tan hombre como él.

- No hará usted tal, señor licenciado, ni se expondrá, si algo me aprecia.

Se despidió de Cecilia y regresó a México sin haber dado todavía su palabra formal de casamiento, desconfiado, receloso y convencido de que algo había pasado entre Cecilia y el detestable pasajero que naufragó con ellos en la canoa.

En cuanto a Cecilia, quedó no sólo reconciliada, sino muy inclinada para el licenciado, y le pasó por la cabeza que podía tal vez casarse con él. Pero de pronto lo que tenía que hacer en cuanto volviera a la plaza, era ir, en compañía misma de Jipila, a averiguar al rancho de Santa María de la Ladrillera si el muchacho que se hallaba allí era el mismo Juan que había estado a su servicio, y al que querla como un hijo.

CAPITULO CUADRAGÉSIMOSEPTIMO

Los enmascarados

Resuelto ya Evaristo a adoptar un género extraño de vida, no perdió el tiempo en su excursión, que prolongó hasta Tulancingo y Chalma.

Examinó los caminos, los ranchos, los pueblos, las haciendas, las veredas, vericuetos y cuantas cosas en un día u otro podrían serle útiles; indagó sagazmente quiénes eran los personajes principales de los pueblos; en qué época acostumbran los propietarios visitar sus fincas; si caminaban solos o con los mozos de escolta; cuáles eran los mesones más solos o los más concurridos; qué comunicación tenían las montañas y los bosques unos con otros, o si sólo había veredas de ganado. Satisfecho de sus averiguaciones regresó cautelosamente a su rancho de los Coyotes, y cerciorado por Hilario de que no había ocurrido ninguna novedad y de que no se había presentado alma viviente, se instaló de nuevo y pasó días y días cavilando en sus planes y en la manera de desarrollarlos, sin perder la esperanza de arrebatarse a Cecilia y llevarla al corazón de la montaña, para lo que comenzó él mismo a construir un jacal en el lugar más oculto e intrincado de la sierra, que, en caso apurado, le pudiese servir de refugio.

Ya había tanteado a Hilario. Lo había encontrado sagaz, ladino, ambicioso, atrevido, en una palabra: ladrón, con todas las cualidades necesarias para serlo.

La aventura del rancho del Mezquital, que se encontró muerto en el monte, rompió el hielo.

Un día que Evaristo e Hilario recorrían las siembras y combinaban sus disposiciones para el corte de la cebada, Hilario dijo:

- Ya quisiera mi amo encontrarse todos los días caballos como el alazán, que parece que se va ya amansando.

- Y como que sí. Caballos como ése no se encuentran ni por doscientos pesos.

- Pues nomás que su mercé quiera tendrá en qué escoger. Ya su mercé sabrá que desde el corte del carbón hasta el mero camino de Río Frío, se va por la vereda en un abrir y cerrar de ojos y no hay un día que no transiten pasajeros bien montados y que no lleven armas.

Evaristo se quedó mirando fijamente a Hilario, y éste, sin turbarse, se quitó el sombrero y le dijo:

- Como su mercé guste. Yo estoy ya aquerenciado en el rancho, y trabajando se puede ganar mucho sin correr riesgo.

De esta conversación de generalidades pasaron a pormenores muy interesantes, y la nueva vida comenzó en la semana siguiente. Muy de madrugada montaba a caballo Evaristo en el alazán tostado, que al fin había logrado dominar dándole sal en la mano, limpiándolo y echándole de comer él mismo todos los días. Era un caballo admirable.

Cuando comenzaba a salir el sol por los bordes de las montañas ya Evaristo estaba en el monte y a poco lo seguía Hilario regularmente montado y armado. Caminaban a cierta distancia y habían convenido en ciertos chiflidos, que indicaban peligro, ayuda, fuga, golpe, silencio, alarma, etcétera. Era un telégrafo perfectamente organizado.

Cuando encontraban uno o más pasajeros bien montados y armados, los saludaban quitándose el sombrero, y ponían sus caballos al tranco, ladeándose sobre el estribo derecho y como fingiéndose muy cansados; pero al desgraciado que iba sin armas y que fácilmente le conocían el miedo en la cara, y cuyo caballo era regular, le marcaban el alto, se lo llevaban a las motas del monte que ellos conocían, le vendaban los ojos, lo hacían caminar en todas direcciones para que perdiera el rumbo, le pelaban el caballo y cuanto tenía de algún valor, lo dejaban amarrado a un árbol, de manera que, aunque con algún trabajo, se pudiera desatar.

Estos paseos, que a veces se prolongaban por el camino real hasta San Martín, o de bajada hasta Ayotla, donde se proveían de pan, de aguardiente y otras cosas necesarias, no les producían gran cosa en semanas enteras; pero había otras en que les favorecía la suerte y pelaban a tres o cuatro desgraciados, amenazándolos con la muerte si decían algo, y con esto ya habían reunido unos ocho caballos regulares y algunos reales en efectivo. Todas estas eran mañas de Hilario, que había sido ladrón más de diez años atrás y fugándose de la cárcel de Tulancingo.

Evaristo e Hilario tenían el monopolio del robo, eran los dueños señores de la montaña y no temían ser de ninguna manera perseguidos. Sin embargo, sus hazañas no dejaron de saberse, y ya se decía generalmente en México, en los mesones del rumbo de Santa Ana y de Tetzontlale, que por el monte de Río Frío comenzaban a quitar caballos.

La cosecha fue abundante, especialmente la de cebada, tanto que la misma hacienda, La Blanca donde se había dado muy mal, se la compró entera, reservándose el rancho sólo la necesaria para semilla y para el gasto. Evaristo e Hilario habían realizado unos seiscientos pesos cada uno y una docena de caballos.

Contentos con el buen resultado de sus hazañas, se decidieron a darles vuelo y mejor organización.

Antes de comenzarse la pizca del maíz, reunieron a todos los *Joseses* y los mandaron a formar en filas.

- Desde hoy vamos a hacer otro ajuste -continuó Evaristo-. Si les conviene, bien, y si no, en cuanto se acabe la pizca se marchan a otra parte a buscar trabajo, e Hilario se quedará conmigo en la finca. Oigan bien, y cuidado con chistar a nadie una palabra. El qué chiste será encerrado en una caballeriza con un cepo en los pies, por ocho días, y después recibirá veinticinco azotes y volverá al cepo, y así hasta que se muera. Pero si se portan bien -prosiguió Evaristo- será muy diferente. Voy a ajustarles por un año para peones de la finca, para carboneros y para ladrones del monte. Cuando trabajen de peones, tendrán tres reales diarios; cuando trabajen de carboneros, cuatro reales, y cuando trabajen de ladrones, seis reales y una parte de lo que se gane; pero tienen que hacer cuanto se les mande y, si es necesario, dejarse matar.

La cuadrilla, al oír todo esto, que no pudo comprender bien, no contestó inmediatamente el *sí pagresito* que siempre tienen en la boca los indígenas, sino que se quedaron callados y reflexionaron.

Hilario les habló en su idioma, les contó con los dedos los reales que habían de ganar cada semana, y concluyó por convencerlos. Interpelados de nuevo por Evaristo con un tono colérico, dijeron:

- *Sí, pagresito* -y uno a uno fueron besando la mano que Evaristo les tendió como si fuese un obispo.

- Ya dijeron que sí, y ahora estamos seguros y podemos contar con ellos. Los conozco bien, señor amo -dijo Hilario a Evaristo.

Evaristo e Hilario organizaron en menos de una semana dos quemas de carbón en un lugar que se llamaba *Agua del Venerable*, a poca distancia del camino real y más arriba de la Venta de Río Frío.

A la distancia de doscientas o trescientas varas escogieron otro lugar que se llamaba Palos Grandes, porque allí formaban una especie de plazoleta unos diez o doce ocotes altísimos, que por una especie de preocupación nunca habían querido cortar los leñadores, y quizá también porque les proporcionaba un lugar abrigado para guarecerse, almorzar y dormir. Era paraje de arrieros, y se veían constantemente cenizas calientes y rastros de las mulas y trastes del *jato*.

Debajo de un cobertizo existían siempre algunos cientos de cargas de carbón prontas a ser transportadas a la ciudad en burros o en las espaldas de los indios, que venían cada semana a comprar.

Sistemado de tal manera el aparato, decidieron Evaristo e Hilario comenzar sus hazañas; Evaristo montó el alazán, y su segundo un mojino, que había cambiado en Texcoco a un chalán.

Divisaron en seguida tres rancheros con una mula tirada de la jaquima por un arriero, y desde luego reconocieron que llevaba dinero.

Era una buena presa; un chiflido telegráfico indicó que los dos juntos debían emprender el ataque; pero apenas los rancheros oyeron el chiflido cuando sacaron las espadas, se levantaron la lorenzana (1), y gritaron:

- Hijos de ... Aquí estamos, grandísimos ... vénganse -y, metiendo las espuelas a sus caballos, avanzaron a saltos hacia el lugar donde habían escuchado la terrible señal.

Evaristo e Hilario emprendieron la fuga, y con trabajo llegaron a las barrancas y se deslizaron hasta el fondo, desapareciendo de la vista de sus perseguidores.

Los rancheros envainaron sus espadas, y echando temas volvieron a tomar la calzada con su mula cargada de dinero.

Mala fue, en resumen, la jornada, y se retiraron al cobertizo del arbón furiosos y jurando que al día siguiente no pasarían las cosas de la misma manera.

Antes de las once se divisó por la calzada un postillón a todo galope, seguido de Rafael Veraza, que conducía la correspondencia de la Legación de S. M. Británica.

Al juramento con que Evaristo, enmascarado y montado en su arrogante alazán, marcó el alto, se paró el postillón y Rafael Veraza detuvo el galope de su caballo; pero siguió andando hasta encararse con el ladrón, que le puso una pistola al pecho:

- Ríndase o le quemo esa carota de hereje que tiene, y no se me venga encima porque disparo.

Rafael Veraza se detuvo y con la mayor sangre fría le dijo:

- Ya veo que tú eres nuevo por estos rumbos y no me conoces, porque en el monte me conocen hasta los conejos. No hay necesidad de la pistola, guárdala, que yo no tengo más armas que las que tú ves: un chicote en cada mano para azotar los caballos y que no pierdan su galope; las pistoleras están llenas de cosas de comer y algo de beber. Beberemos un trago y hablaremos.

Y diciendo esto se apeó con mucha calma, y el postillón, que no se había tampoco asustado con la aparición del bandido, se acercó a tomar la rienda. De una de las grandes pistoleras que colgaban a la cabeza de la silla sacó don Rafael un vasito de plata que llenó de coñac y lo presentó a Evaristo, que lo tomó maquinalmente, pues era el más sorprendido de esa escena. Hilario, a poca distancia, oculto entre los árboles, observaba.

- Bebe.

Evaristo, medio azorado todavía, obedeció, llevó el vaso a los labios, bebió dos tragos con cierta delicadeza, como si fuese el convidado decente de alguna mesa, y se lo devolvió a don Rafael, el cual a su vez echó un trago y el resto se lo dio al postillón.

- Soy el correo inglés. Cada mes hago el viaje de México a Veracruz en treinta y dos horas, conduciendo la correspondencia de su M. Británica, la reina de Inglaterra.

Al escuchar este nombre, sin darse cuenta por qué, Evaristo se quitó el sombrero, y a ese tiempo cayó su barba postiza y su máscara.

- No tengas cuidado -le dijo don Rafael volviéndole la espalda . Ni te he visto ni te quiero conocer. Más tarde, y cuando tengas confianza en mí, te podrás presentar como eres. Por ahora es mejor que te disfraces; cuando acabes de arreglarte continuaremos hablando.

Evaristo, casi confuso, se puso de nuevo su barba, su bigote su máscara y su sombrero, y dijo a Veraza:

- Lo que usted mande, señor amo.

- Amo, lo que es, no; pero si un hombre que no te hará mal; y si tu atacas al correo de Su Majestad nunca te lo perdonará el gobierno, aunque pasen diez años; el día que te cojan, el ministro inglés exigirá tu castigo. Además, nada ganas con detenerme. Yo no cargo más que huevos cocidos, pan, queso, coñac, unos pañuelos para limpiarme el sudor y dos o tres pesos para dar su gala a los postillones. Seguramente tu eres tan nuevo que sabrás que paso por aquí el día 30 o 31 de cada mes, para llegar a Veracruz invariablemente el día 2 a las diez de la mañana. A mi vuelta, que será el día 4, me esperarás en este mismo lugar, y ya te acordarás de mí. Toma este pito. Cuando entre yo en el monte, sonará el pito cada diez minutos, si lo oyes me contestarás una sola vez. Si hay riesgo o inconveniente para pasar pitarás dos veces y me detendré hasta que vengas. Ya arreglaremos algunas cosas más. Tengo que estar mañana antes de las diez en Veracruz, y no puedo detenerme.

Acabando de decir estas palabras, don Rafael montó a caballo, partió a galope precedido de su postillón y dejó a Evaristo con la boca abierta. Repuesto de esta sorpresa que no esperaba, fue a dar al escondrijo de Hilario y le contó lo que había pasado. Ambos convinieron en que era preciso no sólo respetar, sino prestar todo género de auxilios al correo de la reina de Inglaterra, al que nada podían robar y del que tenían mucho que temer si le hacían daño. El día 4, a cosa de medio día, Veraza pasaba ya por el Agua del

Venerable, y Evaristo contestó a la señal convenida. Don Rafael hizo algunos regalos a Evaristo, convino con él en ciertos pormenores para no ser molestado en sus sucesivos viajes, y continuó su camino para México sin que contase ese encuentro con alma viviente.

Evaristo pensó seriamente en atacar la diligencia; tuvo serias conferencias con Hilario y resolvieron hacer ensayos como si se tratara de una comedia, porque no querían comenzar por un drama.

No se mataría ni maltrataría a ningún pasajero; no se les robaría prendas de ropa que pudiesen ser fácilmente reconocidas; los relojes de plata de poco valor, se dejarían en los bolsillos de los pasajeros, y del dinero que se juntase, registrándolos hasta en los zapatos, se les dejarían unos cuantos pesos para que almorzasen o comieran en Puebla. A los cocheros de las diligencias debía respetárseles y procurar transigir con ellos, pues si los maltrataban o mataban, no habría quién quisiese hacer el viaje, y la línea de diligencias tendría que suspenderse, o el gobierno pondría tal número de fuerzas para custodiar el camino, que hiciese imposible toda tentativa.

Los indios que se destinasen para el asalto, deberían cubrirse la cara con una máscara negra, y vestir una cotona de cuero amarillo oscuro; sus armas serían un grueso garrote, y los dos fusiles viejos, cargados con munición gorda.

La organización no dejaba nada que desear, era obra de un momento el disfrazarse y desempeñar en coro su papel de ladrones, y cuando se acabase la función, guardar sus trajes y volver a su primitiva forma de leñadores y carboneros.

Los ensayos fueron repetidos en las horas en que el camino estaba completamente solo; y cuando estuvieron seguros de que los de la cuadrilla habían aprendido bien su papel, decidieron que un día 12, consagrado cada mes en México al acuerdo de la Aparición de la Virgen de Guadalupe, darían el primer asalto, esperando que la Divina Señora los sacaría con bien.

Cerca de la una de la tarde Evaristo escuchó los chasquidos del látigo del cochero, que alentaban a las mulas para subir la cuesta, y los ruidos estridentes de las ruedas de la diligencia, que chocaban y saltaban sobre la piedra suelta de malísimo camino. ¿Quién lo creerá? En aquel momento Evaristo tuvo miedo y estuvo a punto de volver atrás, ocultarse él y los suyos en el monte y dejar la empresa para otro día; pero había tomado antes de montar unos buenos tragos de catalán, y el licor le dio ánimo para sobreponerse y hacer frente a todo lo que pudiera ocurrir, y de un salto del alazán se puso en medio de la calzada con pistola en mano a esperar el coche.

CAPITULO CUADRAGÉSIMOCTAVO

Primer asalto a la diligencia

Tocó ese día a Mateo hacer el viaje a Veracruz. Casimiro Collado se debe acordar de él. Don Anselmo Zurutuza lo había tenido a su servicio como criado, lo había educado para cochero, y era el más diestro entre todos los excelentes cocheros que tenía la casa de diligencias, establecimiento que fue de una inmensa utilidad en México.

No era Mateo de esos cocheros a quienes podía asustar Evaristo ni veinte ladrones más. Estaba habituado hacía muchos años a las aventuras y peripecias del camino, y más de una vez había recibido descargas de balazos que por fortuna no le habían tocado; así es que luego que oyó el grito de *¡alto!* y observó a Evaristo en el centro de la calzada hecho un Santiago, haciendo girar y pararse de manos al alazán y apuntando con su pistola en todas direcciones, en vez de azorarse echó una carcajada, fue templando el trote de las mulas, hasta que puso el pie en el garrote y paró el coche: si no lo hace tan a tiempo, arrolla a Evaristo y a su alazán.

- No vaya a disparar la pistola amigo, y a espantar el ganado -le dijo Mateo con calma. La gente que viene dentro es de señores muy decentes; yo los traigo, y basta. Se conoce, amigo mío, que usted es nuevo por aquí, porque con haberme chiflado bastaba.

- Bueno, amigo -contestó Evaristo al discurso de Mateo-, no hay que echar a correr, porque entonces disparo, y disparará mi gente que está emboscada.

Evaristo, que tenía prisa de concluir, dio los chiflidos convenidos, y por el costado izquierdo de la calzada apareció Hilario, haciendo que su caballo hiciera corvetas y santiaguitos. Del escondite de Palos Grandes fueron saliendo los indios enmascarados, que rodearon el coche blandiendo sus bastones, y los dos armados de viejos fusiles de chispa apuntaron al carruaje.

Evaristo se acercó a la portezuela derecha, y apuntando dijo:

- Al que se mueva o grite, le vuelo la tapa de los sesos.

Hilario hizo lo mismo por la portezuela izquierda, y repitió palabra por palabra la misma orden.

Los nueve asientos de la diligencia estaban ocupados; en el pescante venía el sota, y en el techo un criado. Entre los pasajeros se hallaban don Manuel Escandón, don José Bernardo Couto y don Joaquín Pesado; los demás eran señoras ancianas que regresaban a Puebla con sus dos criadas, y dos personas desconocidas de aspecto decente, quizá comerciantes del interior, que bajaban a Veracruz a hacer sus compras de invierno.

Don Manuel Escandón, que había sido también amo de Mateo, con el cual hablaba siempre en inglés, escogió precisamente para hacer el viaje el día que le tocaba conducir el coche. Sabía perfectamente que, en caso de ser asaltados por los ladrones, Mateo arreglaría las cosas de modo que no pasaran tan mal.

Después de algunos minutos de silencio, que parecieron siglos a los pasajeros, Escandón tomó la palabra, disimulando lo más que pudo la voz turbada, pues por más que se diga siempre es solemne en la soledad de un camino y en medio de un bosque el encontrarse repentinamente con los ladrones; pero en fin, pudo hablar:

- No hay necesidad de violencia, señor capitán, porque supongo que es usted el capitán -dijo a Evaristo que le apuntaba con su pistola-. Estamos prontos a hacer lo que usted diga, y no hay motivo para tratarnos mal.

- Bien -contestó Evaristo con voz un poco aguardentosa y ronca-. Venga el dinero que traigan en la bolsa.

- Nosotras no traemos nada -se apresuraron a decir las dos señoras ancianas, y en su voz temblorosa se conocía que si tenían algo que desembolsar y que mentían.

- Silencio, señoras -dijo Escandón-, y puesto que el señor capitán se porta bien, es menester no ponerle dificultades.

Las dos ancianas fueron sacando, como por fuerza, medio a medio real, el dinero que tenían en el seno y en las bolsas de su vestido.

- ¡Pronto!, no puedo esperar una hora a que se registren esas viejas chinchas, sacando solamente medios lisos -gritó Evaristo con cólera.

Tal fue el susto, que una de ellas dejó caer una taleguita de pita llena de pesos que tenía oculta.

- Venga acá eso -dijo Evaristo-. Y decían que no tenían nada. Ya las amararé de un árbol y les quitaré hasta la camisa, pues algo más deben tener debajo de la ropa.

- ¡Por la Virgen de los Dolores! -exclamó una de las ancianas-. Le juramos que es todo lo que tenemos, y ya se lo íbamos a entregar.

Las criadas lloraban de miedo, pero no se atrevían a hablar.

- Vaya, vaya, capitán, sea usted generoso y perdónelas -dijo Escandón desviando el brazo de Evaristo, que iba a dar un mojiçón a la anciana.

- Pronto, los demás -interrumpió el capitán tomando la taleguita, que por la apariencia contendría unos ochenta a cien pesos.

Don Joaquin Pesado se registró los bolsillos con calma y reunió ocho pesos, que entregó al capitán, diciéndole:

- Es todo lo que tengo; no nos queda ni para comer.

Don Bernardo Cauto sacó unos ocho o diez pesos; los demás pasajeros y una de las ancianas entregaron cuanto tenían, y reunidos los puños de pesos en las manos de Escandón, que los pasaba al capitán diciéndole:

- Aquí está lo que tenemos, y no es mal negocio, capitán; ya ve usted, sin necesidad de palabras duras, ni de maltrato, y sin exponerse, no ha salido mal el negocio.

- Ahora los relojes -añadió Evaristo sin hacer caso de Escandón, guardándose el dinero en los bolsillos y desmontando su pistola, de la cual no tenía ya necesidad en aquel momento.

Don Joaquín Pesado entregó un reloj viejo de plata.

Don Bernardo Cauto, con una voz muy suave y persuasiva:

- Desgraciadamente, y con la premura del viaje, se me olvidó el reloj en mi casa, señor capitán -y al decir esto volteó al revés la bolsa de su chaleco.

Las ancianas y sus criadas, unos relicarios de oro con imágenes y astillitas de huesos de santos; los dos pasajeros que habían permanecido en silencio y en la apariencia tranquila, sin resistencia entregaron sus relojes de oro, con sus grandes cadenas finas. Escandón pasó todo esto a manos del capitán.

- Vaya, no es tan malo; ya hemos dado los relojes, algunos de oro, y hasta los relicarios de estas señoras, que ya no serán maltratadas. ¿No es verdad, capitán?

Y mientras el capitán tomaba con cierta avidez y distribuía la presa en sus bolsillos, Escandón dejó caer uno de los relojes, y al agacharse para buscarlo se quitó el suyo, que conservaba en el bolsillo y lo echó debajo del asiento. Evaristo, aunque sabía que ninguna fuerza había de venir a atacarlo, tenía miedo y no deseaba prolongar el lance; así, no atendía a los pormenores que pasaban en el interior del coche entre los asustados viajeros; tendía la mano, y recibía sin examen lo que le daba Escandón, que estaba en el asiento del centro, junto a la portezuela, y que parlamentaba hablaba en nombre de los demás y templaba el humor del belicoso capitán, que no encontraba mal el que se le evitase entenderse con todos y oír quejas, súplicas y lloros de las mujeres. Así que acabó de llenar sus bolsas con los despojos que recibía, dijo:

- ¡Ahora, abajo los pasajeros! -y abrió violentamente la portezuela.

Escandón descendió del coche y le siguieron los demás.

- Cada uno se irá a tender boca abajo en el suelo -continuó Evaristo- en el lugar que se le señale, y cuidado con levantar la cabeza, ni mirar a ninguna parte, ni hablar, porque con un balazo ya no la moverá más.

Escandón quiso parlamentar y aprovechar el dominio que hasta cierto punto había adquirido sobre el bandido; pero éste ya no le hizo caso y entregó las víctimas a Hilario, que las llevó a poca distancia a la orilla del bosque, y las fue tendiendo en fila. Lo más que consiguió Escandón fue que lo colocaran entre don Joaquín Pesado y don José Bernardo Cauto. Un par de indios quedaron de guardia, con el garrote levantado y con orden de romperles la cabeza si intentaban levantarse o dar voces para pedir socorro; y no era esto fuera del caso, porque mientras el bandido y Escandón habían conferenciado, una recua de mulas cargadas con azúcar Y aguardiente llegó y fue seguida a pocos minutos por indios de las cercanías, a pie, y por otros con burros cargados con huacales de fruta o de vacío. Todos fueron detenidos y amenazados de muerte si intentaban retroceder o defenderse.

Mateo, con las riendas en la mano y su pie en el garrote, contenía con trabajo las mulas, que a cada momento querían partir y llegar a la posta a la hora a que estaban acostumbradas.

Los enmascarados, con los garrotes enarbolados, y apuntando en todas direcciones con los fusiles, rodeaban el carruaje, y los pasajeros, tendidos e inmóviles en la yerba eriza y húmeda de la montaña, parecían ya cadáveres que sólo necesitaban del sepulturero para que los enterrase en una fosa común. Las señoras, al menos, así lo creían, se consideraban en el último trance de su vida. Aunque habían hecho varios viajes entre México y Puebla, era el primero en que se habían encontrado con ladrones.

Don Bernardo, de una contextura delicada y nerviosa, de un carácter tímido y aprensivo, no dejaba de pensar que los bandidos, después de haberlos despojado, ejercerían algunas violencias al menos con las criadas, que no eran de malos bigotes, y tal vez le quitaría la vida un garrotazo de los bárbaros indios.

En tanto que Hilario vigilaba a los arrieros y pasajeros, Evaristo ordenó al sota que vaciara la covacha y el pescante de los bultos y baúles que contenían. Mateo, con la mano libre que le quedaba, ayudaba a tirar bruscamente las maletas al suelo, y los enmascarados, en momentos, aparearon de la covacha, que estaba llena, los equipajes de los viajeros.

Evaristo se acercó a la fila de los desgraciados tendidos y gritó:

- ¡Las llaves, grandísimos ...! ¡Y pronto ... si no! ...

Escandón quiso hablar.

- Calle, que bastante lo he aguantado -respondió Evaristo-. ¡Las llaves!

Cada uno se apresuró a entregar las llaves de sus baúles, menos una de las ancianas, que por más que hizo no la pudo encontrar entre sus vestidos.

- ¿Cuál es su baúl? -le preguntó Evaristo.

- Es una petaca de Puebla, colorada, con clavitos dorados, Señor Sacramentado - respondió la anciana, queriendo a la vez decirle señor capitán y encomendarse a Dios.

- Ni trizas quedarán de ella, y ya verá lo que le sucede -replicó Evaristo recogiendo las llaves y dirigiéndose al montón de sacos, maletas y baúles esparcidos en desorden entre los pedruscos del camino.

Evaristo buscó la petaca colorada con clavitos dorados, la levantó en el aire, la estrelló contra las piedras, y de entre las astillas fue sacando vestidos, enaguas, camisas y medias sucias, en resumen, nada de valor.

- ¡Maldita vieja -exclamó-, me la ha de pagar!

Y rompió con cólera un vestido de Macedonia, única cosa regular, y el resto lo tiró, para que lo cogieran, a los indios y arrieros que estaban detenidos.

Siguió el registro de los baúles, a los que ya Hilario había acomodado sus llaves.

La maleta inglesa de don Manuel Escandón, muy bien surtida de calzoncillos blancos, camisas, pañuelos, todo muy fino y procedente de los almacenes de Londres.

- Ya tengo para un año -dijo Evaristo-, hasta con mi marca porque yo me llamo Mariano Evaristo.

Volvió a colocar con cuidado la ropa en la petaca, la cerró, se echó la llave en la bolsa, y él mismo se la llevó al grupo de árboles, de donde hablan salido los enmascarados.

Uno de ellos estaba de vigía, observando al lado opuesto del camino.

Siguió el registro de los demás equipajes, y fueron tomando de ellos lo que les pareció que podían apropiarse inmediatamente mientras el capitán repartía la ropa, los enmascarados se retiraban al escondite de Palos Grandes y volvían al momento vestidos con calzoncillos blancos nuevos y limpios y chaquetas de paño o de lienzo, que parecía que se las habían hecho expresamente un sastre de la calle de Plateros.

Salieron de los baúles, alhajas de diversos tipos y tamaños, y dinero en plata y oro; de modo que la presa abordaba a algunos cientos de pesos. Evaristo e Hilario estaban muy contentos, y sus maneras con los pasajeros, aunque groseras para imponerles miedo, se modificaron notablemente. Dejando en los baúles lo que no les servía, los rellenaron con la ropa amontonada, sin distinción de dueños; de manera que las enaguas y camisas de las señoras poblanas fueron a dar al baúl de don Joaquín Pesado, y los chalecos de los viajeros del interior a la petaca de las criadas.

Acababa justamente de registrar el baúl de don Bernardo Couto y lo cerraba y daba vuelta a la llave que no obedecía, cuando éste, con una voz tímida, lo llamó:

- ¡Señor capitán! -dijo.

- ¿Qué se ofrece? -preguntó Evaristo, siempre acentuando sus palabras con un tono altanero.

- ¿Ha registrado usted bien mi baúl, señor capitán?

- Sí, ¿y qué sucede? No hay que levantar mucho la cabeza hasta que yo lo mande.

- No la levanto sino lo necesario para ser escuchado, señor capitán -prosiguió don Bernardo con su ilación lógica, como si comenzase un discurso en el Congreso.

Escandón, que preveía lo que iba a decir don Bernardo, le tiraba del pantalón con disimulo, pero éste no hacia caso y continuó con su voz dulce y persuasiva:

- Me parece, señor capitán, y no estoy seguro de ello, porque mi petaca la compusieron y arreglaron las señoras de mi casa, pero en el rincón de la izquierda ...

Escandón, con disimulo, tiraba más fuerte la ropa de Cauto; éste no se dio por entendido y acabó su peroración.

- En el rincón de la izquierda, o en el de la derecha, no estoy cierto, hay unos doscientos pesos envueltos en cartuchos de a cincuenta pesos.

Escandón tiró más fuerte la ropa de don Bernardo, pero no había ya remedio, había soltado la prenda.

Evaristo, que había logrado cerrar la petaca, la volvió a abrir, echó fuera con precipitación la ropa, registró el fondo y los rincones, y fue sacando uno a uno los cuatro cartuchos con cincuenta pesos cada uno.

- Este hombre no es ladrón ni mentiroso como la vieja -dijo Evaristo-; no oculta el dinero que con tanto trabajo ganamos los pobres. No se irá la vieja sin acordarse de mi.

- Es una infeliz enferma -murmuró don Bernardo, creyendo tener ya una influencia con el capitán.

- Calle y no interceda, ni se meta en lo que no le importa.

Don Bernardo, aterrado, bajó la cabeza y volvió a tomar su posición horizontal que antes tenía.

- Pueden levantarse todos, menos la vieja -dijo Evaristo.

- ¡Por el amor de Jesucristo, señor capitán! -exclamó la desolada anciana-. ¡Tenga usted compasión de mi, y le prometo que cuando usted vuelva le traeré cuanto dinero tenga!

- Si habla una palabra más, la matas -dijo a uno de los indios que no habían dejado de tener los garrotes levantados sobre la cabeza de los viajeros.

Pesado y Escandón quisieron interceder, pero Evaristo les impuso silencio con una mirada.

- Vayan recogiendo sus hilachas viejas, que para nada me sirven, y pronto -continuó el bandido, tirando en el suelo las llaves que le quedaban en la mano-, porque no me gusta que esté más tiempo el coche en el camino.

Los pasajeros, obedientes como unos niños de escuela a la voz del maestro, fueron humildemente recogiendo la ropa que les habían dejado los enmascarados, y colocándola como pudieron en sus respectivos baúles.

Escandón tuvo el atrevimiento de pedir al capitán que le devolviera su baúl inglés.

Evaristo se le quedó mirando y no le respondió.

La anciana, que después se supo era una de las damas antiguas y principales de Puebla, esperaba por momentos la muerte.

Los demás pasajeros tenían también sus temores, y estaban resueltos a interceder y hacer promesa a Evaristo; pero éste no los dejó, pues, como quien dice, los arreaba para que concluyeran de acomodar lo que les quedaba.

Entre los indios enmascarados y el sota volvieron a colocar en la covacha y el pescante los baúles y maletas, y por orden de Evaristo fueron entrando al coche los pasajeros.

Así que estuvieron dentro y cerrada la portezuela, con pistola en mano, se acercó a la desventurada señora, que estaba más muerta que viva. Los pasajeros, involuntariamente, lanzaron un grito de horror.

- ¡No la mate usted, capitán, le daremos cualquier dinero!

Evaristo, en vez de responder, dirigió la puntería a la portezuela. Los pasajeros se hundieron y se hicieron una bola en el centro del carruaje.

- Es el último día de mi vida -dijo don Bernardo y cerró los ojos.

Evaristo llegó por fin a donde estaba tendida la anciana, y en vez de dejarle ir el tiro, guardó la pistola, tomó la cuarta que tenía abrochada en la pretina de las calzoneras, levantó las ropas, que no estaban ya en mucho orden, y le aplicó dos o tres cuartazos que le hicieron dar un grito de dolor. Pesado y don Bernardo se taparon los ojos. Escandón no perdía un solo detalle de la escena.

- Ahora levántese y váyase -le dijo Evaristo sin cuidar de cubrir el lugar posterior donde había hecho el castigo.

La pobre señora no pudo responder ni cubrirse. Se había desmayado. Entre el sota y uno de los enmascarados la levantaron en brazos y la metieron en la diligencia, como si fuese uno de tantos bultos que aún quedaban en el suelo.

Evaristo montó a caballo. La covacha se acabó de cargar Y todo volvió al mismo orden, como si nada hubiese pasado; Mateo, con ayuda del sota, arregló sus riendas, compuso sus mulas inquietas, que se habían encuartado, y se disponía a partir, pero Evaristo le dijo:

- No truenes el látigo hasta que yo te lo mande.

Mateo contuvo el tiro y Evaristo se acercó a la portezuela.

- No tendrán la menor queja de mí -dijo a los pasajeros-, y los he tratado como si hubieran sido mis amos, gracias al cochero, que me los recomendó; pero tengan muy presente lo que les voy a decir: si al llegar a Puebla chistan una palabra, cuéntense por muertos. Un día u otro los he de encontrar sea en el camino o sea en cualquier parte. Yo y toda mi gente ya los conocemos bien, y donde quiera que los veamos los hemos de matar, y si no podemos personalmente, no faltará quién lo haga. Ya saben que los ladrones somos honrados y tenemos palabra. Agradézcan que por ustedes no maté a esa condenada vieja que ya me había robado el fruto de mi trabajo. Que venga ella a estarse noches y días enteros en el monte, y verá que no es lo mismo rezar en la iglesia todo el día o estarse sentada ociosa en su casa. El cochero no me da cuidado, porque él sabe mejor lo que tiene que hacer. Conque adiós y buen viaje.

- Adiós, capitán -le dijo don Joaquín Pesado-, estamos muy agradecidos, pero no nos queda ni para pagar la comida en Puebla. Dénos unos cuantos pesos -y con una lógica irresistible añadió-: Si comenzamos por no pagar la comida y pedir prestado, desde luego, y sin que lo digamos, sabrán que ...

- Dice bien -respondió Evaristo-, y sacó un puñado de pesos de la bolsa y lo tiró en el centro del coche, gritando a Mateo:

- ¡Arrea!

Mateo tronó el látigo, las mulas se encabritaron y partieron como demonios, saltando, cayendo y levantando el carruaje por entre baches, piedras y hondonadas del camino. Quería, aunque él y los pasajeros se hicieran pedazos, ganar el tiempo perdido y llegar a Puebla a la hora reglamentaria.

Cuando la diligencia desapareció entre las vueltas del camino y la espesura de los árboles, y cesó de oírse el crujido de las llantas contra las piedras de la calzada, Evaristo

reunió a los arrieros e indios detenidos, que eran más de treinta, y les hizo las más terribles amenazas si decían algo de lo que había pasado.

- Si llega a mí noticia que alguno de ustedes ha contado algo de lo que acaban de ver, juro que les cortaré la lengua. Vamos, ¿qué tienen que darme?

Los indios se apresuraron a darle fruta, queso, alfajores y dulces de México que llevaban a vender a Veracruz, de todo lo que hizo una buena provisión Evaristo, colocándolo en un saco vacío que había quedado en el campo entre los despojos.

Rehusó ya más ofertas, aún de cobre, y dejó seguir su rumbo a toda la gente. En seguida, con sus indios que se quitaron la máscara luego que no hubo quien los observase, limpió el camino.

Dejó a cuatro de los indios haciendo carbón, y él, con los demás, siguió al rancho de los Coyotes para liquidar y repartir el robo.

- Se lo anticipé a usted, señor amo -dijo Hilario-, que habíamos de salir con bien. La Virgen de Guadalupe siempre me ha socorrido.

- Yo tenía confianza, pero nuestras pistolas y el valor con que hemos atacado el coche nos ha dado el resultado. Los *Joseses* se han portado bien.

Como seiscientos pesos en monedas de oro y plata; tres relojes de oro y uno de plata; como diez anillos de oro con algunos brillantes; ropa nueva y el baúl de don Manuel Escandón.

Dejó a su segundo la tercera parte del dinero y de las alhajas, y la otra se repartió entre los indios, que quedaron muy contentos y tomaron sabor al robo en grande.

Mientras se hacía la liquidación y el reparto, una de las indias que servía en la cocina había preparado un buen mole de pecho, unos frijoles a medio cocer y un cabrito asado en una lumbrada, sin que faltasen las tortillas y el tlachique; y los dos honrados agricultores se sentaron a comer alegremente.

Resolvieron, en vista de esta prosperidad, dedicarse a la agricultura, pasear en la feria de Texcoco, donde habla gallos y maroma, y dejar pasar tranquilamente la diligencia dos o tres semanas.

CAPITULO CUADRAGÉSIMONOVENO

Episodio

Mientras Evaristo, su socio y sus indios enmascarados descansan de su laboriosa jornada, comen, ríen y se reparten los despojos tan valientemente adquiridos, la diligencia de don Anselmo Zurutuza, conducida por Mateo, camina al término de su jornada.

Los comerciantes de Guanajuato y las señoras principales de Puebla y sus criadas poco nos importan, pero algo, los tres distinguidos, los personajes que hemos mencionado, conocidos más o menos, si no de vista, sí por su fama en toda la República.

Escandón, banquero, propietario, agricultor, fabricante, empresario en su principio de la línea de diligencias, minero, financiero, ¿qué no era Escandón en esa vía de actividad y de ingenio, para ganar dinero y abarcar las más atrevidas empresas?

Couto, abogado distinguidísimo, orador de primer orden, político, un poco poeta pero, sobre todo, hombre amable, de un trato tan fino que el de una dama podía parecer áspero si se le comparaba.

Pesado, poeta, escritor correcto, teólogo consumado, hombre de economía severa y de un estricto método y orden en su casa, en sus negocios y hasta en sus acciones y modo de hablar.

Como estos personajes notables no volverán a figurar en las siguientes escenas y cuadros de costumbres, o figurarán muy poco, no llevarán a mal nuestros lectores que los acompañemos hasta Puebla, y con ello conocerán más el carácter de cada uno, del cual habían dado muestras desde que fueron asaltados por Evaristo.

Uno, hombre de negocios, otro, tímido y orador hasta con los ladrones, el último metódico y económico.

- ¡Nos vas a desbarrancar y a hacer pedazos, Mateo, no tengas cuidado por la multa! ... ¡Ah bárbaro, por poco volcamos! ... ¡Mateo! ¡Mateo! ¿No oyes?

Los pasajeros veían con terror pasar como fantasmas fugitivos los árboles del bosque, y cuando creían entrar en alguna calma un nuevo salto golpeaba sus cabezas contra el techo o los estrujaba y revolvía unos con otros.

Las señoras principales de Puebla se encomendaban a todos los santos del cielo.

- ¡Mateo, Mateo! ¡Nos vas a matar! -gritaban ya hasta las señoras de Puebla.

En un momento de tranquilidad relativa, don Bernardo dijo con voz agradable y lógica:

- Me temía que esos indios que están todavía en un estado salvaje, descargarán un palo sobre mi cabeza, pero no preveía que había otro más salvaje que ellos que es ese cochero a quien ustedes llaman Mateo.

- Sólo a don Manuel -dijo Pesado- le ocurre venir el día en que Mateo hace el viaje. Es conocido por su brutalidad y atrevimiento.

- ¡Qué quiere usted, don Joaquín! -le contestó Escandón-, Mateo es medio yanqui; y en cuanto a manejar, ni los mejores cocheros que traje de los Estados Unidos cuando fundé la casa de diligencias manejan mejor que él. Ya verá usted el día que se haga un camino de fierro.

Pesado soltó una carcajada.

- ¡Qué disparate, don Manuel! ¡Ni todos los ingenieros del mundo son capaces de hacer un camino de fierro, ni todos los tesoros que encierra Londres bastarían para sufragar el gasto!

La diligencia estuvo a punto de volcarse, tanto que el sota se desprendió del pescante y brincó al suelo con tal destreza que no se hizo daño y volvió a subir, al mismo tiempo que Mateo, obligado a hacer una rápida evolución a las mulas, restableció el equilibrio, y los viajeros, que no se creían en el suelo, respiraron y no pudieron menos que elogiar la habilidad del cochero.

La discusión sobre caminos de fierro, peajes y cocheros, siguió entre Pesado, Escandón y Couto, sin dejar de gritar de vez en cuando a Mateo; y así, entre peligros, sustos y esperanzas de salvación, llegaron los viajeros a San Martín.

Allí, entre tanto, las señoras de Puebla se procuraban en la casa de postas alguna infusión de yerbas para calmar el susto, y disponían el tiro de remuda, Escandón habló largamente en inglés con Mateo, y dio cuenta a don Bernardo y Pesado de que ya lo había hecho entrar al orden y nada había que temer.

Palabras perdidas. Se pegaron las mulas, subió Mateo al pescante, y poco era lo que había pasado.

Ordeñana, que era el administrador, se presentó a recibir la valija.

- ¿Ninguna novedad? -le preguntó a Mateo.

- Ninguna -le contestó el cochero-, el camino un poco pesado y una mula que se encuartó me han hecho perder cinco minutos.

Tiró las riendas a los mozos, bajó del pescante y se marchó a su casa sin decir ni una palabra más.

Don Bernardo, antes de llegar, repitió su recomendación a las señoras y criadas de que ni a su confesor dijeran lo que había ocurrido.

Las señoras y criadas se marcharon a sus casas, y los pasajeros subieron a sus cuartos a quitarse el polvo y asearse un poco.

No tardó en oírse el repique de la campana que anunciaba la hora de la comida.

- ¿Conque ninguna novedad, don Manuel? -preguntó el dependiente de la casa de Múgica, que comía allí.

- Ninguna -contestó don Manuel-; el camino, pésimo, intransitable, se llega a Puebla y a Veracruz por milagro, y no cesará esto hasta que tengamos un camino de fierro.

La mayor parte de los que estaban en la mesa se rieron, como lo había hecho Pesado.

- Pero muy seguro, eso sí, segurísimo -continuó Escandón sin hacerles caso.

Don Bernardo se agachaba más de lo regular sobre su plato y comía con poco apetito un cuarto de pollo asado.

Don Joaquín Pesado sonreía, y queriendo desviar la conversación sobre ladrones, temiendo se les fuese a salir una palabra indiscreta, volvió al tema del camino de fierro.

- Monomanía de Escandón. Está soñando siempre con un camino de fierro, y la verdad es que llevamos años que se ha gastado mucho dinero y que no hay ni media legua hecha de Veracruz a la Tejería.

- No es delirio, sino un pensamiento patriótico -replicó el dependiente de Múgica-. Y entre don Juan y Escandón solos podían hacer el camino y ganarían dinero.

Al fin cada uno fue abandonando la mesa y dejaron solos a nuestros amigos, personas tan distinguidas que no hay quién deje de conocerlas en la capital.

Departieron todavía largo rato, y estas bromas, que tenían mucho de verdad, atendido el carácter muy marcado de los tres amigos, acabaron de disipar la impresión desagradable que les causó el encuentro con Evaristo; se fueron a acostar y durmieron con tanta tranquilidad como si nada les hubiese pasado.

Evaristo de pronto no asaltaba sino cada ocho o diez días la diligencia que bajaba a Veracruz. La que subía a México, la dejaba pasar tranquilamente, y cuando la encontraba en el camino, él y sus indios saludaban con mucha cortesía a los pasajeros. Ya tendremos tiempo de asistir a otras diversas escenas en el mentado monte de Río Frio.

En cuanto a nuestros viajeros Escandón y Pesado, cuando concluyeron sus negocios, regresaron sin novedad a la capital, pero don Bernardo no se puso en camino sino dos meses después, acompañándose con un regimiento que volvía de Veracruz, a donde había conducido una conducta de cuatro millones de pesos.

CAPITULO QUINCUAGÉSIMO

Banquete en el gran comedor de La Hacienda del Saúz

Don Remigio, usted no es hombre, ni cristiano ni de buen corazón, ni honrado ni bien educado, ni agradecido ni amigo de la casa donde ha servido tantos años, ni su alma fría se condele de las desgracias ajenas, ni mucho menos de las mías. ¿Cómo es posible que haya tenido esta carta un mes entero sin dármela? ¿No ve usted que día por día me voy consumiendo de tristeza, que estoy ya en la tierra como una sombra?

- Señora condesita, es usted muy injusta conmigo -le dijo luego que Mariana cesó un momento de hablar-. Si viera usted mi corazón, retiraría cuantos cargos me ha hecho. Además del respeto que le tengo, podría jurar que después de Dios y de mi hijo, la única persona a quien amo con todas mis entrañas es a usted; y por esa misma causa no quise ni aun insinuarle que tenía noticias de Juan, hasta que se fue el señor conde.

Mariana como hemos visto en uno de los CAPITULO s anteriores, tuvo un instante supremo de dicha estrechando a su hijo contra su corazón y cubriendo de besos y de lágrimas su rosada y linda figura de serafín del cielo; sus pensamientos y sus ideas cambiaron, y registrando en la soledad y el retiro del campo su propio corazón, reconoció, con el horror que le inspiraban sus sentimientos religiosos, que odiaba a su padre. Era el obstáculo a su dicha. Su situación de madre, separada quién sabe cuántos años de su hijo y de su amante, no podía tener solución sino con la muerte del conde. Que fuese herido y muerto en un duelo; que se desbarrancase en una de las muchas excursiones que hacía de noche; que le acometiese una enfermedad repentina; cualquier cosa, en fin, era buena para que desapareciese de sus ojos esa figura siniestra. ¡Que horror! ¡Ella, que era madre, desear la muerte, asesinar con el pensamiento al que le dio el ser!

Para comprender bien el enojo de Mariana y la violenta situación en que se hallaba en el momento que don Remigio le presentó la carta, es necesario referir siquiera algunas de las escenas de familia durante ese año que no había tenido ninguna noticia de su amante.

Poco o ningún caso hacia el conde de su hija. La mayor parte del tiempo la pasaba en los minerales inmediatos. Había dado en la monomanía de las minas, y tenía razón, porque si había gastado mucho dinero en explotaciones, otras habían producido bonanzas más o menos importantes, pues que, en resumen, no sólo lo habían reembolsado, sino dándole sobrantes que mandaban a la Casa de Moneda de México, donde tenía un gran depósito de pesos flamantes, sin que dejaran de estar llenas las cajas de cedro de la casa de Don Juan Manuel.

Agustina, cada vez que las abría para añadir algunas talegas o sacar lo necesario para los gastos de la casa, decía:

- ¿Para qué sirven estas riquezas? La pobrecita condesa no las disfruta; y su hijo, perdido y tal vez pidiendo limosna, no verá nunca estas cajas de oro y de plata.

El conde se retiraba murmurando entre dientes palabras amenazadoras contra Mariana y contra el hijo del administrador, y se encerraba dos o tres semanas en sus habitaciones, donde se le servían las comidas, y sólo don Remigio penetraba cuando había algún asunto urgente que comunicarle.

- Hace tiempo que el gran comedor está inhabitado, y a la mesa nadie se sienta. Mariana es una muchacha caprichosa que se encierra en sus piezas y no se comunica con nadie, ni aun con su padre. El domingo quiero comer, y muy bien, en el gran comedor. Que se sacuda, se limpie y se saque la vajilla de plata, de gala, que tiene las armas de los condes del Sauz, y así seguiremos hasta que vengan las visitas que espero de un momento a otro. Aquí está la llave de mi silla.

La cocinera hizo tímidamente distintas preguntas acerca de lo que debía presentarse de extraordinario en la mesa, y don Remigio, con mucho respeto, tomó la llave de las manos del conde.

Don Remigio, la cocinera y los criados y criadas se pusieron en movimiento. Se quitaron a los retratos, a los sillones y a la mesa las capas de polvo que los cubrían; se lavó el suelo, formado de soleras de azulejos, se bruñó la reja que rodeaba el sillón, hasta el punto que parecía de oro macizo, hecha por un discípulo de Benvenuto Cellini; se mataron gallinas, guajolotes, un cordero y dos cochinitos, y el domingo a mediodía estuvo el gran comedor listo, la mesa con sus manteles bordados y cubierta de la vajilla resplandeciente de plata y oro; todo exactamente como lo había ordenado el conde.

El toque de una de las campanas de la iglesia, que servía habitualmente para señalar las horas del trabajo y del descanso de los peones, anunció que la mesa estaba servida. Esta ceremonia tenía lugar en las ocasiones solemnes en que el conde daba la llave de la reja. Y se sentaba en el sillón del gran comedor.

No tardó el conde en salir de su habitación, vestido con su uniforme de capitán de infantería española; todos los nobles mexicanos de los tiempos del gobierno virreinal tenían a mucho ser capitanes, y sus descendientes siguieron también siendo capitanes dentro de su casa y aun fuera de ella, sin que el gobierno independiente se ocupase de ellos.

- ¿Y Mariana? -dijo con voz dura.

Don Remigio iba a responder, pero no fue necesario, porque Mariana, vestida sencillamente con un traje oscuro, blanca como una estatua de alabastro, se presentó en la puerta del comedor, semejando más bien a una aparición que sale de la tumba, que no a una hija invitada a la mesa de su padre.

El conde la miró de arriba abajo, como si por primera vez la conociera, penetró en la reja, se sentó en su gran sillón, y después, señalando la derecha, le dijo:

- Aquí, y usted de este lado, don Remigio.

Mariana se sentó sin pronunciar una palabra.

Don Remigio, haciendo una reverencia más respetuosa que la primera, dijo:

- Imposible, señor conde. ¿Yo sentarme en la mesa, a su lado y enfrente de la señora condesita? ¿Tanto honor? Yo estoy aquí para servirles.

- Lo mando -respondió el conde señalándole el asiento.

Don Remigio no hizo más observaciones y se sentó.

Se sirvió una sopa. El conde la devoró de prisa, sin hablar una palabra.

La segunda sopa, lo mismo.

El puchero, ¡qué puchero! Gallinas enteras, bien cocidas y humeantes, jamón, trozos de ternera que daban tentación, garbanzos, todo género de verduras matizando los platonos con sus valados colores y llenando el comedor con sus perfumes.

Mariana apenas había tomado dos cucharadas de las sopas picaba una que otra de las legumbres de un plato copado que su padre le había presentado.

Siguieron guisados tras guisados, y asados y ensaladas y frutas y postres; una profusión increíble de comida.

El conde comió casi todo. Mariana, por ceremonia, picaba con el tenedor, y los criados retiraban los platos llenos.

Don Remigio sudaba, se ponía rojo y descolorido, hacia un esfuerzo por comer y complacer a su amo, pero imposible.

Ya a punto de concluir la comida, el conde bebió su última copa de jerez, y habló:

- Mariana, te he observado cuidadosamente. Como todas las mujeres, como tu madre misma, toda su ciencia y todo su estudio consisten en engañar.

- ¿En qué he engañado? -se atrevió a decir Mariana, pálida como la muerte, pues pensaba que el conde tal vez habría descubierto sus amores.

- Calla y no te atrevas a interrumpir a tu padre cuando habla; ya que lo engañas, siquiera tenle respeto.

El conde prosiguió:

- Día por día vas perdiendo el color de tus mejillas, el brillo de tus ojos, que es lo único regular que tenías. Estás flaca como si ayunaras y te dieras disciplinas todos los días, y es necesario que esto cese y que te pongas en condiciones de casarte y de dar un heredero robusto y sano a la antigua casa de los condes del Sauz.

Mariana respiró, pues por la calma aparente con que le hablaba el conde, se conocía que ignoraba sus amores, y que ella había dado ya, aunque sin el conocimiento de la Iglesia, un heredero a la antigua casa de los condes del Sauz.

- ¡Calla! Los hijos no discuten con sus padres. Vas a comer bien y con buen modo - continuó-, y usted, don Remigio, que nos quería servir, tendrá a mucho honor el traer a la condesa todos los platos que se han servido, comenzando por la sopa.

Don Remigio estaba medio desvanecido, no se daba cuenta de lo que pasaba y no se movía; pero el conde le gritó:

- ¡Vamos, don Remigio! ¿No me ha comprendido usted?

Don Remigio se levantó, fue a la cocina, dio las órdenes necesarias y a poco comenzaron a pasar por el torno, que estaba en el costado del comedor, los platos que, más que con respeto, con profundo dolor pasaba a la pobre condesita.

- No el desprecio ni ningún otro mal sentimiento -dijo Mariana- me han hecho no comer, sino que hace ya meses que estoy enferma, y don Remigio, que me acompaña algunas veces, puede atestiguarlo.

- Come -le respondió secamente el conde.

Mariana tomó algunas cucharadas de sopa. Vino la olla española, se resignó a comer un ala de gallina.

Rehusó el asado.

El conde se acercó al platón, cortó una rebanada y sirvió a Mariana. Poniéndose en pie y dando una palmada en la mesa gritó:

- ¡Vive Dios! Todo el mundo se empeña hoy en desobedecerme.

Mariana partía nerviosamente el asado, se llevaba los bocados a la boca y se los tragaba enteros, como queriéndose ahogar con ellos, y dos hilos de lágrimas corrían por sus mejillas y se mezclaban al vapor aromático del manjar sabroso y caliente.

Cuando Mariana concluyó, sin dejar ni una partícula de carne, el conde llenó una gran copa de plata con el jerez y se la presentó:

- Bebe, esto te aprovechará.

Un momento quedó aturdida y como si fuese una estatua de plomo adherida a la silla. El conde la miraba y ella al conde; era como un desafío para la eternidad. Después Mariana dio un salto nervioso, lanzó un grito más bien de rabia que no de dolor, y cayó al suelo, inanimada.

- ¡Rayos y centellas! -gritó el conde-. La suerte no me favorece hoy.

Don Remigio tomó en sus brazos a Mariana, la llevó a su recámara y la colocó delicadamente en su lecho.

- Si no fuese por ella -dijo-, hoy hubiera sido el último día de vida del conde, y me habría ido a refugiarme con mi hijo a los aduares de los bárbaros.

Las criadas se apresuraron a administrar a la enferma diversos remedios caseros; mientras, don Remigio montó a caballo y fue en busca de cualquier médico a los pueblos más cercanos.

- A esta señorita le han ocasionado, no sé quién, pesares graves; la han hecho comer con exceso; la han mortificado. Esto es todo, y podía haber sido una congestión fulminante.

El conde se mordió los labios y miró a don Remigio.

- ¿Ha contado usted algo al médico?

- Ni se necesitaba -se apresuró a decir el practicante-. Los que estudiamos y observamos a los enfermos, reconocemos, con sólo verlos, la enfermedad de que padecen. No será nada; traigo mi botiquín, en el que tengo lo necesario para aliviarla.

Aplicó desde luego un pomito a la nariz, con el contenido de otro le frotó las sienes, y con esto Mariana abrió los ojos; pero los volvió a cerrar cuando vio la figura siniestra de su padre. El mediquín comprendió lo que había pasado.

- Lo que importa ahora es que me dejen solo con la enferma y las criadas que la han de asistir, para poder administrarle las medicinas. Dejaré un método que podrá continuar por una semana; que la dejen reposar y que nadie, ni por nada, la molesten ni la contraríen. Que descanse y haga su voluntad; es lo que necesita.

Luego que el médico estuvo solo con Mariana y dos criadas que quedaron para efectuar las órdenes que diera, le dijo:

- Señora condesa, puede usted abrir los ojos. El papá se fue; y la mejor receta que he ordenado es que no se mezcle con usted y no la moleste. No tenga usted cuidado. En dos o tres días estará usted buena, cuídese mucho y tenga paciencia. Yo soy buen amigo de Juan, de ese hombre que anda proscrito por usted. Lo he tenido diversas veces escondido

en mi casa ... No tenga usted cuidado: le ayudaré, y ustedes se verán un día u otro. Yo soy liberal y masón y no me importan los títulos de Castilla, ni les tengo miedo a condes ni a marqueses; sólo que su papá de usted me pagará a peso de oro esta visita y las demás que haga.

El doctor sacó de su botiquín diversos frasquitos, mezcló gotas de unos bálsamos con otros, y, añadiendo cierta cantidad de agua, dejó preparadas dos botellas para que, alternativamente, tomase cada dos horas un pozuelo, y se despidió, quedando de volver a los dos días.

Antes de una semana, Mariana, más que con las bebidas del doctor, con el reposo y con no ver a su padre, se restableció del ataque; pero su alma quedó más enferma, y su inquietud y fastidio llegaron al colmo.

El conde no pensó en volver a llamar al insolente muchacho que llevó don Remigio, sino que decidió que, costara lo que costara, viniese el doctor Codorniú. Le escribió, ofreciéndole cinco mil pesos por el viaje, y le mandó coche y mozos que lo trajesen a la hacienda.

Llegó el sabio doctor, reconoció y observó a Mariana durante tres semanas, le mandó algunas medicinas que o no le hicieron efecto o la empeoraron, y al fin se despidió de la hacienda, declarando que lo que tenía la condesita era paterna de ánimo; que lo que convenía era distraerla; que hiciera ejercicio a pies y a caballo; llevarla a México; que fuera al teatro y a Bucareli, y sobre todo, que se casara.

Mariana prefería la soledad y aislamiento en que había vivido a esta nueva conducta de su padre, que la tenía sobresaltada, contrariada, violenta todo el día, y no descansaba sino cuando se retiraba a acostar y tomaba una bebida narcótica que le había enviado el practicante que la asistió el día del banquete.

- No hallo qué hacer, don Remigio -continuó Mariana con más calma-, y perdóneme usted lo que le he dicho; si abro esta carta y es una mala noticia, no la podré soportar. Usted lo sabrá todo, don Remigio, al fin soy más bien hija de usted que del conde.

Mariana guardó la carta en el seno, entró a su recámara y se encomendó a aquella Virgen milagrosa de las Angustias que le dio vida en la pobre casa del Chapitel de Santa Catarina.

Después, tranquila, cerró su puerta, se sentó delante de su bufete y abrió la carta de Juan.

CAPITULO QUINCUAGÉSIMOPRIMERO

El viaje

A pesar de la oposición del testarudo abogado Rodríguez de San Gabriel, el no menos testarudo don Pedro Martín de Olañeta arregló los asuntos del marqués, de modo que pudiese ponerse en camino no sólo con el avío completo, sino aumentado con dos tiros de mulas y provisto, además, de dos cajitas de estilo flamenco de carey y de marfil, llenas de valiosas alhajas, y bastante oro en los bolsillos.

Las cosas en la hacienda del Sanz estaban a poco más o menos como las hemos dejado en el capítulo anterior. Mariana, que ignoraba que se hubiesen cruzado cartas entre su padre y el marqués, comenzaba a tener una vaga esperanza de que desistiría de casarla, o que el marqués no se prestase a un enlace que no había sido precedido por el trato frecuente y el cariño. Como se ve, ignoraban también que el marqués se hubiese decidido a echarse el lazo del matrimonio con el fin de reponer su fortuna, ya muy menoscabada.

El marqués hizo el camino con mucha lentitud.

Cuando el marqués estuvo a una corta jornada de la hacienda del Sauz, hizo alto, llamó al mayordomo del avío y le previno fuese a saludar muy respetuosamente de su parte al conde, y a decirle que estaba muy cerca esperando sus órdenes. Manera indirecta de invitarlo a que saliera a su encuentro.

El mayordomo partió a galope tendido, llegó en menos de media hora al Sauz, se hincó, besó la mano del conde y desempeñó su comisión.

- Vuelve y di a tu amo, el señor marqués, que no se mueva, que salgo en este instante a recibirlo.

La casa de la hacienda del Sauz era más bien un castillo fortificado.

- ¿Todo está listo, Remigio? -preguntó el conde a su administrador.

- Todo lo que el señor conde ha mandado está hecho.

- ¿El Monarca ensillado? ¿La escolta de honor dispuesta?

- Montada en el corral grande.

- Bien; que traigan al Monarca.

Don Remigio hizo una seña, y un mozo a pie fue a la caballeriza a traer un caballo de siete cuartas con la piel de oro.

Era el mejor de la hermosísima raza de caballos dorados que se ha creado en México y que no se ven en ninguna otra parte, y la hacienda del Sanz era, entre otras causas, muy famosa por la cría de esa raza especial.

Jamás vendía don Remigio uno de esos animales en menos de dos mil pesos, y los venían a solicitar desde Nueva York.

El conde, vestido con su uniforme caprichoso de capitán, su bota fuerte y su larga espada toledana, montó en el Monarca, enjaezado más bien a la turca que a la mexicana, y salió de la hacienda, seguido de don Remigio, de veinticuatro rancheros vestidos de gamuza clara con botonaduras y agujetas de plata, su espada debajo de la pierna, tercerolas en las espadas y reatas en los tientos montados en caballos retintos de un mismo tamaño, y tan fogosos, que era necesario tenerles la rienda para que no diesen la estampida.

Detrás de la escolta venía el coche de la hacienda con cuatro grandes mulas prietas y dos mozos con dos caballos de sobrepaso, ensillados, por si el conde y el marqués, por capricho o por mayor comodidad, quisiesen cambiar al entrar en la hacienda.

Así, al trote corto y majestuosamente, tomó el conde el camino que conducía al lugar donde lo esperaba el marqués, que era una estancia de ganado mayor de la misma hacienda, que se llamaba San Cayetano. No había allí más que unos cuantos jacales de los vaqueros y un charco de agua pantanosa, a cuyo derredor crecían unos raquíticos sauces llorones.

Tan luego como regresó el mayordomo con la contestación del conde, dispuso su campo el marqués de Valle Alegre para recibir a su futuro padre político, como de potencia a potencia.

Al frente, y también con su uniforme de capitán, estaba montado en su soberbio caballo negro como el azabache, que se nombraba el Emperador. Era también una raza especial, que se llamaba de los azabaches, y que criaban, hacía muchos años, los marqueses de Valle Alegre en sus haciendas, situadas en el fértil valle de San Juan del Río.

Al lado del marqués se colocó el mayordomo de avío que había servido de correo, y detrás veinticinco cuerudos, armados hasta los dientes, con los rostros tostados, el pelo y barbas cubiertas de polvo y que, si de guerra se hubiese tratado, en momentos habrían dado cuenta de los veinticinco criados vestidos de limpio del conde del Sauz.

Detrás de los cuerudos, con cuyo aspecto feroz trataba de intimidar indirectamente el marqués a su pariente, estaba el coche de la casa, una gran máquina esférica color azul de cielo, con las armas del marqués en las portezuelas.

Tiraban de ese pesadísimo carruaje, que parecía sacado de algunas caballerizas reales, ocho mulas prietas, dos de tronco, cuatro de centro y dos de guía, gobernadas por dos cocheros vestidos de rancheros, pero de paño grueso oscuro.

Al coche del marqués seguía el de las criadas, por el mismo estilo, pero de menos lujo, más viejo y con su camisa de brin cubierta de polvo y salpicada de lodo.

La retaguardia se formaba de un chinchorro de diez mulas, con sus arrieros respectivos, sus aparejos nuevos, adornados con madroños de lana de colores, y en las atarrias un letrero de paño blanco sobre fondo rojo, que decía: *Sirvo a mi amo el marqués*, y así daba vuelta, engastando vistosamente las ancas redondas de las mulas.

El negro Emperador que montaba el marqués estaba impaciente, tascaba el freno y pisoteaba fuerte para quitarse a las moscas; pero más impaciente estaba el marqués, que temía, conociendo el carácter excéntrico del conde, que lo hiciese esperar de intento un par de horas al rayo del sol; pero pronto cesó esta impaciencia, pues el relinchar de los caballos y una nube de polvo anunciaba que se aproximaba la comitiva de la hacienda.

En efecto, quince minutos después el conde del Sauz, montado en el Monarca, tendía la mano al marqués de Valle Alegre, montado en el Emperador.

Después de los saludos y preguntas de costumbre sobre el camino, la salud, etcétera, convinieron en enderezar rumbo a la hacienda, a donde llegaron como si fuesen unos príncipes cerca de a una de la tarde.

CAPITULO QUINCUAGÉSIMOSEGUNDO

Las bodas del Marqués de Valle Alegre

A los pocos instantes de haber salido de la hacienda el conde entraba el practicante que asistió a Mariana, con sombrero de copa, levita negra, pantalón blanco muy arrugado y subido hasta cerca de las rodillas, montado en un caballo manco y flaco, que parecía muy cansado y caminaba a fuerza de cuartazos. Llevaba el muchacho en la mano un botellón de vidrio con una bebida.

Penetró hasta las habitaciones de la condesa, la que naturalmente se sorprendió al verlo repentinamente delante, pues ni ella ni nadie lo habían oído llamar.

- No hay que asustarse, señora condesa. He venido a galope desde el pueblo, en un malísimo caballo; se me cansó en el camino y creí no llegar a tiempo, pero al fin estoy aquí. Le traigo a usted esta bebida, que es muy a propósito para la situación de usted y no tiene riesgo ninguno, se lo aseguro. Con una cucharada, hará usted dormir tres horas un sueño muy profundo y tranquilo a cualquier persona.

Mariana, que se había levantado y escuchado de pie la narración, se dejó caer de nuevo en el sillón donde estaba sentada. Iba a preguntar al practicante qué razón especial tenía regalarle esa bebida, pero no tuvo tiempo, porque el practicante continuó:

- Está en casa oculto, nadie lo sabe más que yo, porque entró a media noche, me tocó la puerta con las señales que hace tiempo tenemos convenidas, y aunque no lo esperaba, desperté y le abrí.

- Pero, ¿quién, quién? -preguntó con agitación Mariana.

- Juan, señora condesa, Juan. ¿Quién otro pudiera ser? Ya se lo había dicho al oído el día que la vine a curar. ¡Qué casualidad y qué fortuna para usted!

- ¿Pero cómo es que Juan está tan cerca -dijo al practicante- cuando hace muy pocos días recibí una carta de un lugar distante como Nacodoches?

- Sé lo de la carta y lo que dice -le contestó el muchacho- pero no habrá usted reflexionado en la fecha.

- No tiene fecha; tal vez de intento no la puso Juan, o fue Un olvido.

- Entonces ya comprendo -contestó el practicante-. Juan como usted sabe, es perseguido terriblemente por el conde, más que por el gobierno.

- No me dice eso en la carta -interrumpió Mariana.

- Por larga que sea no ha podido escribírselo a usted todo. Su padre de usted, que al parecer no se ocupaba de Juan, no hacía otra cosa, y muchos de los viajes que usted lo habrá visto hacer no eran para negocios de minas, sino para cosas relativas a Juan. El conde sabe que desertó, que fue juzgado en rebeldía y condenado a muerte. El conde, además, ha ofrecido quinientas onzas de oro al que entregue a Juan. Ya considerará usted si ha corrido riesgos y si era posible que pudiera habitar en el país y cerca de usted.

- Eso me dice a mí -contestó Mariana con una voz profundamente conmovida.

- Ahí tiene usted, señora condesa, explicada la causa de su silencio durante más de un año. Don Remigio habrá disimulado delante de usted, pero debió haberlo creído ya muerto. Vamos a lo más importante, o mejor dicho, a lo que he venido; siempre será conveniente que cuando regrese el conde con las gentes que vienen de México no me encuentren en la habitación de usted; así, acabaré de decir lo que debí haberle contado desde que entré. Juan está enterado de lo que pasa, y no cabe duda que don Remigio, no sé cómo, pero es el único que ha podido instruirlo de los acontecimientos. La van a casar a usted, señora condesa, con su primo el marqués de Valle Alegre, que no tardará en llegar aquí; pues bien, Juan me encarga que le diga a usted que no se case, que se deje matar o se mate antes de consentir en esa unión, que acabaría con las esperanzas que ustedes tienen de unirse un día u otro, y ser tal vez perdonado y sancionado su matrimonio por el conde y por la Iglesia, o en caso extremo, huir, ganar el desierto y la frontera de los Estados Unidos; en fin, cualquier cosa, pero una vez casada ... se acabó, no hay remedio. Quiere, pues, que le mande decir terminantemente si tendrá usted el valor necesario para resistir.

- No me casaré. Dígalo usted así a Juan, y él me creerá, cualquiera que sean las cosas que le digan.

- Lo creo, señora condesa -dijo el practicante-; la manera como me lo ha dicho indica bien que hará así. En cuanto a la bebida yo no sé lo que podrá pasar dentro de pocos días, pero deben pasar cosas muy terribles si usted no se casa, y no sería del todo malo que usted procurara que el marqués, el conde y hasta el obispo durmieran cuatro o seis horas. Al despertar, la cólera se habrá calmado, y usted, con esto, tendrá tiempo de pensar en su situación y de poner a salvo su vida, porque yo no debo ocultar a usted nada de lo que siento y pienso: la vida de usted va a correr más peligro que el día del banquete. Juan lo cree también así.

El practicante estrechó la mano de Mariana y salió de la estancia dejándola absorta y petrificada con todo lo que acababa de oír en tan impensada como rara conferencia.

Después de esto se paseó por aquí y por allí, entretenido con el trajín que tenían criados y criadas, y con los grupos de rancheros que comenzaban a llegar, a la curiosidad de las bodas, cuya noticia, sin saberse cómo, se había extendido por toda la comarca.

Los señores nobles no se hicieron esperar, y la nube de polvo y el repique a vuelo de las campanas de la iglesia de la hacienda anunciaron su aproximación. Habían venido a buen paso; pero a cierta distancia del Sauz, y por una orden del conde, transmitida por don Remigio, todo el tren que hemos descrito se lanzó a galope tendido, y el Monarca y el Emperador, queriendo quedar bien, relinchando y mirándose con enojo, emprendieron una verdadera carrera; los caballeros que los montaban, buenos jinetes y con igual orgullo y emulación, lejos de contenerlos les aflojaron la rienda y volaron por aquella ancha y pareja calzada bordeada de árboles que conducía a la hacienda. El marqués de Valle Alegre ganó, pues fue el Emperador quien entró de un salto a la portalería mientras el Monarca no acababa de pasar los últimos fresnos que estaban a diez varas de la puerta.

Don Remigio colocó a los cuerudos, a los cocheros, a los criados y a los tiros de mulas y de carga en los lugares convenientes, pues sobraban estancias, cuadras y caballerizas, y se retiraba a descansar cuando le salió al encuentro el practicante, que todo lo había visto muy bien desde la azotea, detrás de una almena.

- Don Remigio -le dijo antes de que el administrador pudiese hablarle-, aquí van a pasar cosas muy graves y extraordinarias; pague me usted mi cuenta, que aquí está. Son mil pesos: una migaja, una gota de agua para el dinero que tiene el conde.

- ¿Pero cómo ha venido usted y desde cuándo está aquí -le preguntó don Remigio- y cómo sabe?

- He venido en un mal caballo cojo, que está comiendo en una de las caballerizas, y todo lo sé; además, Juan, su hijo de usted está en mi casa, y él fue quien me obligó ... Ya hablé con la condesita; está impuesta de todo, y usted, don Remigio, que sabe más que todos juntos, pues está en los secretos del conde, sabrá lo que hace cuando llegue el lance ... Pero págume mi cuenta. Se hace noche y tengo que volverme al pueblo, pues Juan estará en la desesperación.

La noche se pasó tranquila en la hacienda; marqués y conde, cansados y estropeados con la fantástica carrera, durmieron bien y se levantaron formando cada uno castillos en el aire.

A la mañana siguiente, previo permiso, el conde, vestido de etiqueta, se presentó a hacer una visita a su pariente.

- Desde hoy, primo -le dijo el conde del Sauz-, cuente usted esta casa y esta hacienda como suyas. Pasó ya la etiqueta, y ahora entre usted y salga con entera libertad. Cuatro criados y otras tantas criadas estarán dedicados a su servicio, y además, si algo necesita usted o se le ofreciese en cualquier sentido, no tiene sino ordenar a don Remigio, que está advertido, de que debe presentarse todos los días a usted para recibir órdenes. Todos los pasos están dados y los inconvenientes allanados -continuó el conde-. Antes de la comida hará usted su visita a Mariana, que está ya prevenida. Ya la conoce usted, y aunque no la ha tratado íntimamente, tendrá la idea de su carácter. Adusta y de pocas palabras; como su madre, algo altanera y engreída, pero es el defecto de nuestra raza; fría e indiferente también como su madre ... Pero todo eso irá desapareciendo con el casamiento; las mujeres cambian cuando se casan, aunque la difunta condesa no cambió; puede ser que yo haya tenido la culpa. Mariana lleva, por la parte de su madre, la hacienda del Álamo Blanco, que si usted la atiende puede rivalizar con ésta, y además trescientos mil pesos de dote, que están en la Casa de Moneda de México y recibirá usted a su regreso después de celebradas las bodas. ¿Está usted contento?

El marqués se volvió a levantar del sillón y sacudió más fuertemente la mano de su pariente diciendo:

- Contentísimo.

Y los dos se volvieron a sentar y continuaron departiendo.

- He convidado al obispo, a los principales propietarios y mineros de Durango y al marqués del Apartado, que está en Sombrerete Y hará el viaje expresamente para ser el padrino. Lo espero mañana Y será vecino de usted, porque le tengo separadas las piezas que siguen. La madrina será la señora doña Pomposa de San Salvador, la más rica propietaria de estos estados. En sus haciendas podrían caber España y parte de Francia, y van a dar hasta la provincia de las Tejas. Conque ve usted que he hecho cuanto haría por un rey que se casase con Mariana. ¿Está usted contento?

En esta vez el marqués de Valle Alegre tomó con sus dos manos la del conde, y le dijo:

- ¡Encantado! Todo es dicha, contento y felicidad, lo que ha hecho usted sólo se paga con este apretón de manos, como signo de alianza y de amistad eterna entre las dos antiguas, nobles y poderosas casas de los marqueses de Valle Alegre y de los valientes condes del Sauz. El avío con su tiro de reserva de mulas blancas, el coche de mi casa y los veinticinco cuerudos, se quedarán en la hacienda. ¿Espero, primo, que estará usted contento?

- ¡Contentísimo! -dijo a su vez el conde levantándose y estrechando la mano del marqués.

- Es ya la hora en que debo presentarme a la hermosa Mariana, ofrecerle mis respetos y mis pobres regalos, que no tienen otro mérito sino ser las antiguas alhajas de familia. Una perla es lo único curioso y de algún valor.

El marqués tomó de sobre una mesa los cofrecitos que contenían las alhajas y se dirigió a las habitaciones de Mariana, hasta cuya puerta lo acompañó el conde.

- Los futuros esposos tendrán mucho que decirse, y la presencia de un padre no es muy oportuna en tales ocasiones. Tengo mil y mil cosas que ordenar todavía, y, entre tanto, muchas felicidades.

El marqués entró en el saloncito primoroso y coquetamente adornado de Mariana, y el conde se dirigió a las oficinas, donde don Remigio lo esperaba.

CAPITULO QUINCUAGÉSIMOTERCERO

Los cofrecitos

Si es posible, más hermosa que la última vez que tuvo la dicha de veros en la casa de la calle de Don Juan Manuel -dijo el marqués, con voz insinuante, haciendo una reverencia, tendiendo su mano a la condesita y adelantándose luego que la vio salir de entre los cortinajes que separaban su alcoba del salón.

Mariana, vestida sencillamente con un traje de seda oscuro, con sus dos bandas de cabello negro engastando su fisonomía y sus gruesas trenzas formándole un peinado a la vez gracioso, sin los caprichos, rizos y dibujos que entonces se usaban, bella y majestuosa a pesar de sus penas y sufrimientos, estrechó ligeramente la mano que el marqués le presentaba, le hizo seña de que se sentase en el canapé, y ella lo hizo en el sillón que estaba enfrente.

- ¡Quién lo había de decir y cómo los acontecimientos vienen cuando menos se esperan! - dijo el marqués-. En este momento no lo creerá usted, Mariana, pero no tendría razón para engañarla: mi único sueño dorado desde joven fue el casarme con usted; pero el conde era tan severo, tan raro aun con sus propios parientes, que no me atreví a insinuarlo ... por temor de un desaire. No hay que hablar de eso, que ya pasó, aunque para mí es un recuerdo muy agradable: ahora no hay ya obstáculo para nuestra felicidad.

Mariana bajó los ojos y guardó silencio.

- ¿Ningunos recuerdos tiene usted de esa época feliz?

- Recuerdos ... sí los tengo; pero la verdad, nada agradables. Mi madre era tan desgraciada, y yo, mirándola morir día a día y encerrada en aquella casa tan triste, esto es lo que puedo recordar y ya ve usted que no era mucha felicidad la que yo gozaba. Recuerdo, sí, el cariño y los cuidados de Agustina, la cariñosa sumisión de la pobre Tules ...

- Sí, si -interrumpió el marqués- ; oí decir algo de un bribón que asesinó a esa criada favorita de usted, con la complicidad de un muchacho perverso y de varias vecinas de una casa de mala fama.

El marqués se levantó de su asiento y se acercó a la mesa donde había puesto al entrar los dos cofrecitos.

Mariana acercó el sillón a la mesa, el marqués hizo otro tanto y abrió los cofrecillos.

- Todo esto, mi adorada Mariana -se atrevió a decir el marqués-, es antiguo. Se montan hoy con más gusto las alhajas de París, pero no he querido tocarlas, para que se conserven tales como las fue adquiriendo la casa; en resumen, no tienen nada de particular. Diamantes, rubíes, topacios y amatistas, como todos, montados en plata y oro sin gusto ni arte; pero lo que realmente es notable, y no la hubiera ofrecido ni a la reina de España, es esta perla, que no tiene igual, y que os presento como testimonio de un amor eterno. Todo lo que había de más valor y de más gusto en mi casa lo he reunido en estos cofrecitos para presentarlo como ofrenda de mi cariño a la que va a ser mi compañera para el resto de la vida.

El marqués sacaba de los cofrecitos sartas de perlas.

- Esta perla -continuó el marqués presentando la cajita a Mariana- tiene su historia. Fue pescada en la Baja California, en el Golfo de Cortés. Al subir el buzo que la arrancó del banco de las ostras, fue acometido por un tiburón, que lo destrozó y lo devoró. Mi abuelo, que estaba entonces viajando por las Californias, compró en cinco mil pesos.

- Por nada de esta vida tendría yo esta perla -dijo Mariana con el mayor desprecio y tirando sobre la mesa la cajita que le había dado el marqués-, y no sé cómo le ha ocurrido a usted contarme un lance tan horroroso. Hablando en lo general, las alhajas no me seducen. Ya verá usted qué poca importancia tienen para mi las joyas.

Mariana entró a su recámara y a poco salió con una cajita de oro, de colores, con relieves exquisitos. Dentro estaba no una perla, sino una maravilla. Era poco más pequeña que una avellana, pero ¡qué oriente, qué redondez, qué aspecto tan apacible, y por decirlo así, amable! Era una perla que enamoraba no por su valor, sino por su belleza; parecía que tenía un alma y una inteligencia, y como que decía que se le colocase en el cuello turgente o entre el cabello negro de alguna belleza.

El marqués se quedó atónito con la vista de esta perla, y confundido. Todo el orgullo de los marqueses de Valle Alegre se le subió a la cabeza, y ya iba a estallar, a decir quién

sabe cuántas cosas a Mariana y a romper el casamiento, cuando el conde entró seguido de dos criados que de las argollas conducían una gran caja.

- Quizá no hice bien en interrumpirlos. Dos novios próximos a ir al altar tienen mucho que decirse; pero vengo a presentarles una obra exclusivamente mía, y en la que ni don Remigio ha tenido parte.

¡Con qué dolor, con qué repugnancia, con qué tristeza cumplió Agustina estas instrucciones! La desgracia de su querida Mariana iba a consumarse. Este traje rico de boda podía ser una mortaja. ¿Se casaría? ¿Obedecería a su padre? Seguramente que sí, pues que se mandaba ya hacer el vestido de boda.

Agustina, cuando estuvo concluido el rico traje, lo hizo llevar a su casita de la calle del Chapitel de Santa Catarina, y se postró ante la milagrosa imagen.

- Aquí tienes, madre y señora mía de las Angustias, este vestido de boda de la infeliz mujer a quien salvaste en una terrible noche de la muerte y de la deshonra; haz con tu gran poder que este oro, estas perlas y esta seda no se conviertan para la desdichada en una fúnebre mortaja.

Mariana sonrió al ver el traje, y miró a su padre de una manera significativa, como queriéndole decir con los ojos: *¿Cómo, sin consultar mi voluntad ni mi corazón, dispones de mí, y la primera noticia que tengo de mi suerte es el marqués, tratando de seducirme arrojándome un montón de alhajas y tú echándome encima unas galas de oro y perlas que caerán sobre mi cuerpo como un sudario?*

El conde no pudo menos que comprender cuanto le quiso decir Mariana, y respondió con una mirada fija, terrible y feroz.

Mariana bajó los ojos.

Dejémosla por el momento en sus quehaceres y vamos a visitar las diversas habitaciones de la casa.

Los dos potentados salieron, dejando el marqués las alhajas esparcidas en la mesa, y el conde el riquísimo traje en un canapé.

- Yo estoy loca -dijo-, no sé lo que va a suceder ... ¡Virgen santa, señora mía de las Angustias, socórreme en este trance!

CAPITULO QUINCUAGÉSIMOCUARTO

El casamiento de Mariana

Todas las habitaciones de la casa estaban abiertas, y los dos salones del frente, que nunca se abrían, llenos de luz que les entraba por las grandes ventanas, lucían sus arañas de plata maciza, sus exquisitas pantallas de Venecia y sus muebles antiguos flamencos del más delicado gusto.

Las comidas se sirvieron durante los primeros días en el chocolatero o en el departamento que ocupaba cada persona; pero fueron llegando el obispo, tres curas, dos mineros, cuatro hacendados y, por último, en un tren lujosísimo, el marqués del Apartado y la rica señora doña Pomposa, que debían apadrinar a los novios.

El marqués de Valle Alegre no salió muy contento de la visita que hizo a Mariana, a la que no había vuelto a ver. Frialdad completa, desaires y desprecios. No se necesitaba tener mucha perspicacia para conocer que la condesita tenía la más grande repugnancia por el casamiento, y que era una víctima de las preocupaciones de su padre.

La visita a los salones y a los diversos departamentos, tan bien arreglados y dispuestos, lo distrajo un poco, cuando al recogerse en su cama con sus propios pensamientos, no pudo menos de confesarse que cometía un gran disparate en casarse y que su vida iba a ser un infierno. ¡Y lo que es la naturaleza humana! La contradicción había picado su amor propio.

- ¿Si estaré yo enamorado de mi prima? Sería la última de las desgracias que me pudiera suceder. Sin amor, qué me importará su indiferencia y sus desdenes continuos; ella en su recámara y yo en la mía. ¡Oh, no! ¡Qué vergüenza, qué mengua, qué ridículo para un hombre de mi experiencia y de mi edad, corrido de mundo y cansado de mujeres! Si, lo mejor será marcharme en la madrugada dejando una carta al conde. Decidido, y no hay que pensarlo más.

Se levantó, se acercó al escritorio de ébano y marfil que estaba frente a su cama y escribió:

Conde y señor mío:

Mariana me aborrece; no puedo aceptar su mano. Os doy las gracias y os hago un servicio evitando la desgracia de vuestra hermosa hija.

EL MARQUÉS DE VALLE ALEGRE

No obstante la hora avanzada de la noche, mandó con uno de los criados que velaban a su puerta, buscar a don Remigio, que no tardó en llegar.

- A las cuatro, antes que amanezca, me hará usted el favor, don Remigio, de que con un tiro de la hacienda esté lista mi carretela, mis dos caballos ensillados y seis mozos que

usted escogerá. Mi avio se lo he regalado al conde. Me voy a México, y cuando el conde despierte le entregará usted esta carta.

- Pero, señor marqués ..., ¿es posible? ¿Lo ha pensado usted bien? ¿Qué dirá el conde?

- Ya sé lo que dirá, y tendremos seguramente un duelo a muerte ... Pero lo he pensado bien y estoy decidido, por lo pronto, mucha reserva, y que todo esté listo.

Don Remigio vio el cielo abierto a Mariana salvada, así que no insistió, y se retiró diciendo:

- El señor marqués será obedecido, y todo estará listo para las cuatro de la mañana.

Siendo cerca de las cuatro, don Remigio lo fue a despertar.

- ¿Qué se ofrece? -dijo sobresaltado y bajando de la cama.

- Van a dar las cuatro, y la carretela está lista fuera de las puertas de la hacienda. Era necesario hacerlo así para que el señor conde no se aperciese de la marcha del señor marqués.

- He variado de opinión, don Remigio. No quiero desagradar al conde. Me quedo, que no sepa lo que ha pasado. ¡Qué alucinaciones y qué miedo pueriles asaltan a veces a los hombres que se llaman de mundo! ... ¿Tener yo miedo a una muchacha o a una mujer? Porque mi prima ya es una mujer. ¡Qué tontería! Se casará con amor o sin él, porque se lo manda su padre; será mi mujer y yo la dominaré con el tiempo; y si no logro dominarla, peor para ella; se la pasará encerrada en su casa o visitando las iglesias, y yo tendré tanta libertad como la que he tenido. ¡Perder trescientos mil pesos que me entregarán en la Casa de Moneda luego que regrese a México! ¡Qué barbaridad tan grande iba yo a cometer! ¡Qué necio de haberme desvelado por los dengues de una mujer caprichosa y mal educada!

Y el marqués, abriendo a cada segundo tanta boca y bostezando, se desnudó y se metió en el mullido lecho, y diez minutos después roncaba como un bienaventurado.

Durante una semana no cesaron las fiestas.

Los nobles huéspedes eran atendidos al pensamiento, y el almuerzo y las comidas en el gran comedor duraban horas enteras.

Por fin, se fijó el domingo para la ceremonia. Mariana, unas veces aliviada, otras enferma, fue pasando esos días (alegres para a la multitud que ocurrió a la hacienda) en una especie de agonía.

- ¿A qué horas acabas, Mariana? Todo el mundo está en la iglesia esperando.

Al oír los toquidos y la voz dura de su padre, Mariana cayó de rodillas y buscó debajo de su almohada el histórico puñal.

Don Remigio, que a cierta distancia no perdía de vista al conde, se acercó.

- Señor conde, las criadas me han dicho que la señorita condesa estuvo bien mala anoche y no durmió; si usted me lo permite, tocaré por la puerta del jardín.

- Bien, vaya usted en el acto, y enferma o como esté, que salga sin tardanza.

El marqués, alarmado del gesto feroz del conde y pensando que bien podría estar enferma su prima, trató de calmarlo, mientras que don Remigio corrió a tocar la puerta del jardín. Fue Mariana misma la que le respondió.

- ¡Imposible, don Remigio; no puedo, no puedo, por más que hago, ponerme este vestido de luto, de muerte, que me va a quemar el cuerpo como si fuese de fuego!

- Señora condesita, piense usted en su hijo, por el amor de Juan ... Un esfuerzo por mí ... por mí que sufro tanto como usted ... El conde está furioso, he leído en sus ojos inyectados de sangre ... Nadie sabe lo que va a suceder ..., quizá Dios nos salvará; pero pronto, pronto.

Estas palabras ocasionaron una reacción en Mariana. Volvió a colocar debajo de la almohada el puñal que tenía en la mano, y contestó:

- Bien, don Remigio. Allá voy; diga usted a mi padre que se me descompuso el peinado ... cinco minutos ... diez minutos a lo más, corra usted.

Don Remigio corrió, en efecto; calmó al conde; echó la culpa de la dilación a una de las camaristas.

- ¿Vio usted a Mariana? -le preguntó el conde.

- ¡Oh, no, señor conde! Estaba encerrada en su recámara acabándose de vestir, y me habló desde la puerta.

Mientras don Remigio y el marqués acababan de calmar al conde, Mariana, en cinco minutos, se puso el traje, arregló su peinado, se prendió las alhajas suyas y ni una sola de las que le había regalado el marqués; abrió la puerta de su sala y se presentó blanca, transparente como una muerta, con sus ojos descarriados y mirando a todas partes. El marqués le dio el brazo, y, derecha, erguida, fue caminando como una aparición del otro mundo.

Entraron a la iglesia por entre una valla respetuosa que formó la multitud, admirando la belleza de Mariana, que parecía una reina de la Edad Media que iba a recibir el juramento de homenaje de sus vasallos. El aspecto severo y duro del conde, con su uniforme

caprichoso de capitán del ejército español, les dio miedo; y el marqués de Valle Alegre, aunque ya de edad, tenía un aspecto agradable y juvenil que les simpatizó mucho.

- ¡Qué hermosa pareja! -decían en voz baja las mujeres-. ¡Tan ricos, en buena edad, con tanto dinero, qué felices van a ser!

Tomaron asiento los novios, los padrinos y el conde en los sillones de terciopelo que se les tenían reservados; los curas salieron revestidos de riquísimos ornamentos de tela de plata y oro, y la misa comenzó. Después del Evangelio, el obispo subió al púlpito, y con voz dulce y persuasiva pronunció un discurso ensalzando el estado del matrimonio, no como el más perfecto, que para las mujeres era el de la virginidad, según San Jerónimo, pero sí el más acomodado a la vida y a las costumbres cristianas. Se fijó mucho en los deberes de la esposa, en la sumisión respetuosa que debe tener por el esposo, en los cuidados de madre, si Dios disponía que tuviesen sucesión, concluyendo con estas palabras:

Los seres, en la tierra, se unen por la voluntad de Dios. Se empeñarían en balde todas las potestades de la tierra, y no lograrían unir dos almas que no hayan nacido la una para la otra.

Esta oración, que cuadraba bien en la situación de Mariana, la hizo volver en sí, levantó los ojos hacia el santo obispo que bendecía a los fieles que estaban presentes, y los bajó llenos de lágrimas.

El momento crítico se acercaba.

Uno de los curas echó a los hombros de los novios y los cubrió con un paño de lana de plata, y el obispo les pasó una cadena de oro por el cuello.

Mariana, en ese momento, y como queriendo inconscientemente quitarse la cadena fría que cayó en su espalda, alzó los ojos y miró al practicante, que, aterrorizado, fijaba en ella una mirada que expresaba su angustia. Una nube sangrienta pasó por la vista de Mariana. Creyó ver a Juan, o lo vio efectivamente, detrás del doctor, blandiendo un puñal, pronto a arrojarse sobre el marqués, sobre su padre y sobre ella misma, y hacer un sacrificio sobre el altar mismo; sin saber qué hacer y sintiendo que iba a caer postrada rompiendo su frente en las gradas, estrechó fuertemente la mano del marqués, y éste creyó que era la emoción, el amor.

El practicante no quitaba los ojos de Mariana, y ella también lo miraba a cada instante y volvía su vista al obispo pero no podía quitarse la visión terrible de sangre y apretaba la mano del marqués.

El obispo, que no se había apercibido de esta escena, continuó la ceremonia.

- ¿Recibís por esposa y compañera a doña Mariana de los Angeles Cecilia, condesa del Sauz?

- Sí -respondió el marqués con una visible emoción que trataba de disimular.

- ¿Recibís por esposo y compañero a don Pedro Agustín de Gallegos y Girón, marqués de Valle Alegre?

Mariana miró al practicante y respondió, con voz nerviosa, pero firme, que se oyó en toda la iglesia:

- ¡No!

El conde quedó de pronto estupefacto, pero acertó a decirle al Obispo:

- Mariana está conmovida, nerviosa, no sabe lo que ha dicho, a cuando decir que sí; volvedle a preguntar.

- Reflexionad bien, hija mía, en vuestra respuesta; estáis turbada, reponeos un poco -y la miró el obispo dulcemente, animándola y procurando calmarla. Después de algunos instantes volvió a decir:

- ¿Recibís por esposo y compañero a don Pedro Agustín Gaegos y Girón, marqués de Valle Alegre?

Mariana, soltando la mano del marqués, dijo con voz firme:

- ¡No!

- ¡No! -dijo el conde con acento terrible poniendo la mano en el puño de la espada-. ¿Te atreverás a desobedecer a tu padre?

Mariana guardó silencio, y éste fue general durante algunos minutos entre los espectadores; se podía oír el aleteo de una mosca.

Al fin, como haciendo un supremo esfuerzo mirando con los ojos descarriados alternativamente a su padre y al practicante, exclamó con acento tan doloroso que debió llegar al corazón de la multitud que llenaba la iglesia:

- ¡No! ¡No es posible! ¡No puede ser, no puede ser! ...

El practicante, que veía que vacilaba, que en un momento podía escapársele el sí de sus descoloridos labios, la miraba fijamente, le hablaba con los ojos, le decía que un momento de debilidad sería la señal de la muerte y de la sangre.

Juan, disfrazado sin que lo hubiese notado ni reconocido don Remigio, estaba oculto detrás del practicante, apretándole el brazo con una mano y con la otra apretando también un largo puñal, pronto a herir, a matar, a exterminar al marqués de Valle Alegre, al conde, al obispo, a Mariana, a él mismo, hundiéndose el puñal en el pecho después de

haber satisfecho su venganza y acabado aun con la vida de aquella mujer, mártir del orgullo, de las preocupaciones de la raza y sangre azul y de las tiranías de su padre.

El practicante sufría con el apretón de los nerviosos dedos de Juan, como si le tuviesen asido el brazo con unas tenazas, y trasmitía a Mariana las impresiones, los sufrimientos, las resoluciones supremas de Juan, y Mariana, en esos cinco minutos, lo adivinó todo, y los instantes lúcidos de su atormentado pensamiento le permitieron pesar las consecuencias de su negativa, y las más espantosas si en un momento de debilidad se entregaba para toda su vida al marqués de Valle Alegre.

El marqués de Valle Alegre, que no obstante las escenas que pasaron entre él y Mariana al entregarle las donas, no pensaba ni remotamente que había de ocurrir tan extraño lance.

Todo esto fue rápido, instantáneo; duró apenas unos cuantos minutos, y fue mucho, porque cada uno de los personajes, por distintas circunstancias, sufrían. Por fin, Mariana echó una mirada que dio miedo a los que estaban cerca de ella, se puso en pie, quitó de su cuello e hizo pedazos la cadena de oro; arrojó el paño de oro y lama a los pies del conde, y exclamó con la voz trémula y confusa de la desesperación:

- ¡No! ¡Mil veces no!

Y cayó como muerta en las gradas del altar.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO PRIMERO

Los granaderos

Señor gobernador, ya es un escándalo lo que pasa con las diligencias. No hay día que no las roben. La cuadrilla de los enmascarados se ha apoderado del monte y se aumenta cada día. Dicen que ya son más de ciento cincuenta, y a poco va a necesitarse infantería, caballería y hasta artillería para desalojarlos. El capitán de esa feroz cuadrilla es un hombre no sólo valiente, sino temerario; tiene sus rasgos de generosidad, y suele dar a los pasajeros que ve muy afligidos, dinero para que paguen su almuerzo; pero a los que resisten, ¡pobres de ellos! Ya sabrá usted lo que le pasó a la pobre doña Cayetana del Prado, señora rica, tan respetada de todo Puebla y prima nada menos de tres gobernadores que han gobernado bien.

Quien decía esto era el secretario del gobernador de Puebla.

- Mas no ha llegado a mí noticia del lance a que usted se refiere -dijo el gobernador.

- Lo he sabido por una casualidad y con mucha reserva, y con la misma se lo vaya referir a usted -dijo el secretario poniéndose la pluma detrás de la oreja y colocándose cómodamente en su silla-. Si el capitán de los enmascarados llegase a saber que nosotros hablamos del suceso, crea usted que no tendríamos la vida segura.

- Pero cuénteme en reserva lo que ocurrió a doña Cayetana.

- Pues venía de México -contestó el secretario-, y en el paraje nombrado *Agua del Venerable* fue detenida la diligencia. Despojaron a los pasajeros de cuanto tenían, pero no los maltrataron. DOña Cayetana del Prado había ocultado en el seno una bolsita de seda llena de escuditos de oro, creía haberla escapado, cuando su desgracia quiso que le saliera por debajo del vestido al bajar de la diligencia, y ¡aquí fue Troya! El capitán, furioso, la amarró a Un árbol y la desnudó completamente.

- ¿Completamente? -preguntó el gobernador.

- Completamente -afirmó el secretario-; quedó delante de los pasajeros como su madre la echó al mundo.

- Curioso sería el espectáculo -dijo riendo el gobernador-. Tan gorda, tan monstruosa, porque la señora sería hermosa en su tiempo; pero ahora ... vamos. ¡DOña Cayetana, desnuda! ... ¡Se podría pagar por verla!

- Pues todos los pasajeros la vieron, porque así lo exigió el capitán. A la pobre señora le costó una fiebre; en el delirio reveló este secreto delante de las criadas que la cuidaban, y éstas se lo dijeron a mi mujer.

- Pues nada de esto se supo en Puebla -dijo el gobernador.

- Ni en México -le respondió el secretario.

- El gobierno general tiene la culpa de esto, puesto que, según la Constitución, debe cuidar de los caminos llamados *reales*; es decir, los que parten de la capital para terminar en los puertos abiertos al comercio extranjero. ¿No es eso?

- Creo que si; pero no estoy seguro de ello -contestó el secretario quitándose la pluma de la oreja.

- Precisamente -continuó el gobernador- ha acertado usted a tomar su pluma. Escriba un artículo muy fuerte, diciendo que el Estado de Puebla se está arruinando a causa de la inseguridad de los caminos.

- Voy a escribirlo en el acto -dijo el secretario mojando su pluma en el tintero- para que no se me olvide el acuerdo; ¿pero lo publicaremos en el periódico oficial?

- Por supuesto. ¿Qué miedo le tengo yo al gobierno, que no cuenta con un real para pagar sus tropas? Para esto tengo también mis granaderos, que ya son cerca de quinientos; lo que sucede es que me faltan todavía trescientas gorras, que deberán llegar de París dentro de dos meses.

Evaristo, pues, continuaba con entera impunidad asaltando las diligencias de Puebla.

Era la misma escena, las mismas palabras groseras; las mismas amenazas para que dieran los pasajeros el dinero; la misma disposición teatral, los mismos encargos, bajo pena de muerte de guardar el secreto; se podía imprimir el programa, que era invariable.

Con todo esto los negocios no iban de lo mejor para Evaristo, pues los pasajeros, seguros de que habían de ser robados, no ponían en su baúl sino la ropa más vieja y en sus bolsillos unos cuantos pesos Y monedas lisas y cuartillas de cobre para que pareciera mucho dinero, siendo poca cosa; de modo que había días que el asalto no producía más que ocho o diez pesos y alguna ropa muy usada, que era lo único que se repartía a los indios.

Ya veremos más adelante cómo se fue engrosando la banda y haciéndose verdaderamente terrible. De pronto, no tuvo Evaristo otro camino, y continuó así.

El artículo que publicó el periódico oficial del Estado de Puebla fue como si hubiesen prendido un cohete en las espaldas del ministro de la Gobernación. Pensó acusar al gobernador de Puebla, denunciar el artículo, escribirle una carta llena de injurias y hasta ponerse en camino para insultarlo personalmente y desafiarlo.

Calmado al cabo de un cuarto de hora, no se decidió a tomar ninguna resolución hasta no consultarla con el licenciado don Crisanto Bedolla. Nada de grave ni de importante hacia el ministro sin consultarlo a Bedolla.

El ministro, con un recado atento y una tarjeta, envió al portero a buscar a Bedolla, y éste no se hizo esperar. Entró sonriendo, apretando cariñosamente con sus dos manos la mano del hombre de Estado, y le preguntó en qué podía serle útil.

Cuando Bedolla leyó el párrafo insolente del periódico poblano y escuchó los proyectos de castigo y de venganza que fermentaban en la cabeza y en el corazón del ministro, tomó un aspecto imponente de seriedad, se pasó el dedo en la boca, bajó los ojos, los cerró para concentrarse bien, y se quedó callado y reflexionando. El sistema que había adoptado cuando se le consultaba era envenenar mañosamente las cuestiones y embrollarlas, para después encontrarles una solución y aumentar así cada día su fama de prudente y de sabio.

Diez o doce minutos después abrió los ojos, se quitó el dedo de la boca y dijo:

- Es un negocio oficial como otro cualquiera, y nada más, y no debe dársele otro carácter. ¿Si usted me permite? ...

- Con el mayor gusto.

Se sentó, tomó una pluma y un pliego de papel marcado, y escribió:

Mejor sería que el gobernador del Estado de Puebla, en vez de gastar cuatrocientos pesos en cada gorra de pelo para los llamados *granaderos*, emplease esos fondos en pagar escoltas para que cuidaran el camino. Es una vergüenza que diariamente roben la diligencia en el territorio del Estado, donde nada puede hacer el gobierno federal.

¿Le parece a usted? -dijo Bedolla presentando el pliego de papel al ministro.

- Lo que sería importante es que saliese en el diario del gobierno.

- ¡Oh, por supuesto que saldrá en el Diario Oficial! Si hay alguna crítica en la prensa o cualquier otra cosa de importancia, se les echará la culpa a los editores, y el gobierno se lavará las manos.

Cuando el gobernador de Puebla leyó el artículo del Diario Oficial, le sucedió a su vez lo mismo que al ministro, parecía que le habían prendido un cohete en ... las espaldas. Llamó inmediatamente a su secretario y concibió de pronto proyectos a cual más horrorosos, llegando hasta el punto de tratar de pronunciarse, invitar a los otros Estados a que hiciesen lo mismo, y derribar al gobierno; pero una poderosa consideración lo obligó a cambiar de propósitos.

Calmado un poco su enojo por las reflexiones de su secretario, se resolvió a dirigir una enérgica comunicación al gobierno, que en el acto dictó, y decía así:

Con el mayor asombro y con el más profundo sentimiento, he leído en el periódico oficial un párrafo en que se ataca y se calumnia al Estado con motivo de la formación de un batallón de granaderos.

El Estado de mi mando es Libre, Soberano e Independiente, Y en consecuencia, tiene derecho de emplear sus rentas de la manera que le agrada y crea más conveniente.

Si se ha levantado y puesto sobre las armas un batallón de granaderos, es para defender las libertades públicas, y especialmente para conservar incólumes los derechos y soberanía de los pueblos que componen el Estado, y no por eso desatiende sus demás obligaciones, y en lo que toca a la paz y seguridad que se disfruta, como es un hecho, inútil parece ningún género de observaciones, y si las diligencias son atacadas los más días de la semana por una numerosa cuadrilla de enmascarados, esto pasa en el camino real que está al cuidado de la Federación, y a propósito podría yo permitirme alguna alusión, pero no lo hago por el respeto que merece el alto carácter del Primer Magistrado de la República; pero sí debo decir, con la energía que me da una conciencia libre de todo reproche, que si el Estado es tratado otra vez de la manera que lo hace el Diario Oficial, se verá precisado a resumir su soberanía y salvar su responsabilidad, por las funestas consecuencias que necesariamente sobrevendrán para la paz de la República.

El insigne Bedolla fue llamado otra vez con urgencia.

- Lea usted, lea usted, amigo Bedolla, y verá la explosión que ha producido su párrafo. Me lo temía yo. El Estado de Puebla reasume su soberanía, ahora que precisamente estamos amenazados de una coalición.

- Ya me lo esperaba también yo -contestó Bedolla con mucha calma y sonriendo-; el piquete le ha dolido.

- ¡Caramba, si le ha dolido! Pero no hay que alarmarse; y sobre todo, que por ahora no sepa nada el presidente, porque es capaz de salir en persona con la guarnición de México y caerle al gobernador y hacer pedazos a él y a sus granaderos.

- Yo tengo gran influjo y amistad con el gobernador de Puebla. Creo componer el asunto y si usted quiere ...

- ¿Cómo no he de querer?

- Por servir a usted daría hasta la vida, señor ministro, y espero darle buenas cuentas; pero se necesita una fuerte escolta y algo para gastos.

- Cuando usted quiera.

En efecto, al día siguiente al salir la luz, el licenciado don Crisanto Bedolla como comisionado, y su condiscípulo el licenciado don Crisanto Lamparilla, como su secretario, salían de la garita de San Lázaro seguidos de dos escuadrones de caballería con dirección a Puebla.

Durmieron en la hacienda de la Asunción, donde los obsequió don Mariano Riva Palacio, a quien contaron muy en reserva la importante comisión que iban a desempeñar, y continuaron su camino.

Evaristo, que era en realidad el que ocasionaba el conflicto entre el gobernador de Puebla y el ministro, disolvió a sus indios enviándolos a sus carboneras, y él y don Hilario no pararon hasta el rancho de los Coyotes.

Bedolla y Lamparilla no encontraron ni un alma en el camino, y las cuatro diligencias de Zurutuza hicieron ese día su viaje sin el enor accidente.

CAPITULO SEGUNDO

Misión diplomática de Bedolla

La diligencia extraordinaria que conduca a Bedolla y a su secretario Lamparilla llegó felizmente a la garita y siguió muy despacio por las calles para no llamar la atención. La escolta se quedó atrás y entró después por otra garita.

Luego que los licenciados Bedolla y Lamparilla se quitaron el polvo del camino y tomaron algún refrigerio en su cuarto, salieron a la calle y se dirigieron a casa de un rico comerciante extranjero que tenia mucha amistad e influjo con el gobernador, y lo instruyeron del motivo de su viaje, añadiendo que el presidente estaba muy indignado, resuelto a hacer una campaña sobre Puebla, y que se disponía una columna de cuatro mil hombres y veinte piezas de artillería que se pondrían en marcha si en el término de tres días no regresaba él a dar buenas cuentas de su misión.

En la noche siguiente, ya tarde, fueron introducidos Bedolla y Lamparilla al despacho del gobernador, que los recibió con la mayor amabilidad y les hizo todo género de cumplimientos.

El gobernador se mostró al principio muy quejoso e indignado de la conducta del gobierno; no dejó de exagerar los recursos de dinero que tenia el Estado, el valor reconocido y probado del Barrio del Alto; la disciplina de sus tropas, especialmente del batallón de granaderos.

Cuando el licenciado Bedolla observó que el gobernador la echaba de valiente y de resuelto, se acercó a él, al mismo tiempo que hizo con los ojos una seña a Lamparilla, el que se levantó como cansado de estar sentado y, despezándose, sacó un cigarro y se fue, como distraído, a fumar al otro extremo de la pieza.

Bedolla se acercó más, hasta estar muy cerca del oído del gobernador.

- Mi secretario es hombre de toda confianza, y sin embargo vale más que no escuche lo que voy a decir a usted en toda reserva y en el seno de la amistad.

El gobernador acercó su silla a la de Bedolla y se puso a escuchar con el mayor interés.

- Soy el amigo íntimo del ministro de Gobernación. Hace años que nos tratamos con la mayor confianza; soy casi su condiscípulo; nada hace de importancia sin consultármelo. El presidente de la República, desde el momento en que se le dio cuenta de la comunicación de usted, se puso furioso y dijo que juraba exterminar a usted y a sus granaderos. En México habrá cosa de unos nueve o diez mil. De pronto, es decir, hoy mismo que estamos hablando, se organizará una fuerza con un batallón de infantería, dos regimientos de caballería y una batería de campaña, todo al mando del coronel Baninelli, quien se situará en San Martín a esperar órdenes. Nada de esto se sabe en la ciudad, pues se ha obrado con la mayor actividad y reserva, pero antes de cuatro días tendrá usted la tempestad encima, y en tan corto tiempo no es posible ni levantar fuerzas ni fortificar la ciudad, ni apelar a los demás Estados. La simpatía que he tenido por usted, aun cuando no tenia el honor de conocerlo, me inspiraron la idea, y sin duda fue inspiración del cielo, de hablar de este negocio al ministro de Gobernación, y me ofrecí para venir a hablar con

usted, haciendo gastos y curtiendo riesgos en el camino por casualidad encontré una fuerza de caballería que va a reforzar la conducta, y a eso he debido no ser asaltado y maltratado por los bandidos de Río Frío. Ya usted sabe, pues, lo que pasa, y aquí me tiene a sus órdenes dispuesto a servirlo en todo.

La interesante conferencia de Bedolla hizo una impresión profunda en el ánimo del gobernador, y por un momento se le desvaneció la ilusión de sus granaderos y palpó la triste realidad.

No era posible resistir a una invasión de cuatro o seis mil hombres.

Vio, pues, como quien dice, el cielo abierto, y consideró que Bedolla venia realmente a sacarlo de una situación comprometida.

- ¿Pero qué medio digno y honroso le ocurre a usted, señor Bedolla, para salir de esta dificultad?

- Es muy sencillo -contestó el licenciado-. Retirar la comunicación.

- ¿Y el párrafo atroz que publicó el Diario Oficial?

- Eso no es nada -se apresuró a decir Bedolla, acercándose de nuevo al oído del gobernador-. Sepa usted que el ministro de Gobernación es buen amigo de usted. Se indignó cuando leyó el párrafo y averiguó que fue introducido furtivamente al periódico por una persona a quien sin duda no pudo usted o no consideró digna de ser diputado en las pasadas elecciones; pero se hará una rectificación, y el redactor del diario será reemplazado por otro que sea más cuidadoso.

- Si es así, podemos terminar este desagradable asunto y la comunicación se retirará; gracias, muchas gracias, señor licenciado. Si yo puedo algo y tengo algún influjo -continuó diciendo el gobernador acercándose al oído de Bedolla- usted será uno de los representantes.

- ¡Tanto honor! ¡Tanta bondad, señor gobernador! ... Se lo agradezco a usted en el alma; pero si me atreviese a hacer una recomendación, la haría en favor de mi secretario, el licenciado Lamparilla, a quien ya tuve el honor de presentar a usted. ¡Muchacho más inteligente y más despierto! ... Vaya, un tesoro ... No lo encontrará usted en toda la República. Acércate, Crisanto, y da las gracias al señor gobernador.

Los dos Crisantos estrecharon la mano del gobernador y le hicieron dos o tres genuflexiones muy expresivas.

El gobernador contentísimo en el fondo de haber salido del mal paso, estrechó a su vez la mano de los que consideraba como sus salvadores, y los invitó a que volvieran a tomar sus asientos.

- Pienso salir mañana, señor gobernador -dijo Bedolla-, porque la dilación nos puede poner en un grave peligro, y además, yo soy así ... activo ... De que cae un negocio en mis manos, no descanso hasta que lo concluyo, mal o bien.

- Lo mismo que yo -dijo el gobernador-. Nos parecemos en eso.

- Lo mismo soy yo -añadió Lamparilla-, sin agravio de usted. Nos parecemos.

Con mil protestas de amistad y apretones de mano se despidieron del gobernador el comisionado y el secretario, y regresaron a México acompañados de su escolta.

El regreso de los plenipotenciarios y la conferencia con el ministro de Gobernación fue un triunfo completo.

- Ya he observado que no es usted de esos hombres fogosos y ligeros que resuelven al momento cualquier cuestión sin imponerse de los antecedentes y sin herir en su verdadero punto de vista. Su talento es reflexivo. No sabe usted cuánto he ganado en mUndo y en experiencia desde que vino usted a la capital y entró en la política y en los negocios. En cuanto a este tuno del licenciado Lamparilla, ya somos amigos viejos; vivo, activo, de un talento clarísimo ... pero le falta el aplomo y el reposo del licenciado Bedolla, pero vamos a ver, ¿en qué paró nuestro gobernador y sus granaderos?

- ¡Qué discusión tan acalorada y qué palabras tan terribles Se cruzaron entre nosotros en el curso del debate! Lamparilla se lo puede decir mejor que yo ... Pero vencimos al fin. Él amenazaba y yo más; él llegó a levantar la voz, y yo, con entereza y algo de severidad, le marqué el alto, como suele decirse, y después, con calma, le fui conduciendo por la mano al fondo de la cuestión como le referí al principio.

- Bien -dijo el ministro-, pero, ¿cuáles han sido las bases del arreglo?

- Pues nada, no hay bases, sumisión completa. Triunfamos. Retira la comunicación.

- Bien, muy bien -interrumpió el ministro-, pero, ¿con qué condiciones?

- Casi ninguna. La rectificación en el Diario Oficial diciendo que el párrafo era extraño a la redacción y que uno de los editores del diario queda separado. Alguno ha de ser la víctima.

El ministro estrechó las manos de los dos plenipotenciarios y, acercándose a ellos, les dijo en el oído:

- Repito como gobernante las gracias. Ese diablo del gobernador nos hubiese puesto en grave aprieto con sus granaderos.

Bedolla y Lamparilla se retiraron y no pudieron contener la risa cuando acabaron de bajar la escalera de Palacio.

- Cada día sube tu reputación y no sé dónde vas a parar -le dijo Lamparilla a Bedolla.
- Probablemente al ministerio, y lo mejor que va a suceder es que me rogarán con el puesto y renunciaré.
- Sería una necesidad de que te arrepentieras.
- Ni lo creas; esto me hará más interesante y más grande a los ojos del público. Un hombre que rehúsa un ministerio, es porque vale algo: más adelante podré no sólo obtener un ministerio, sino encargarme de formarlo, es decir, mandar a la nación.
- Puede que digas bien, Bedolla, tienes más mañas que yo.

Evaristo estaba lejos de pensar que había puesto a la nación a dos dedos de su pérdida, y de que el juez que lo había condenado a muerte en rebeldía, acababa de desempeñar, por causa de él, una importante misión diplomática que lo había puesto en el camino para llegar a ser uno de los más grandes hombres de la República.

CAPITULO TERCERO

La ópera en el monte

Lo que modificó de una manera notable las operaciones de Evaristo y de sus enmascarados, que se habían sistemado de una manera tan regular y arreglada como cualquiera institución política, fue un incidente con que no podía contar ni estar al cabo de ciertas cosas que pasaban en México y que él no sabía.

Hacia bastante tiempo que en el Teatro Principal, pues no había otro, funcionaba una compañía de ópera tan buena y tan completa como no se ha visto otra.

Marietta Albini era una alta y robusta mujer, blanca como la leche.

Adela Césari era o parecía napolitana, llena de atractivos al mirar, al hablar, al reír, al moverse, al andar, toda ella era gracia y voluptuosidad.

Después Musatti, un delicioso tenorcillo por el estilo de Nicolini y Sirletti, fogoso y arrebatador; Galli, un bajo profundo que hacía temblar el teatro cuando cantaba el aria del *Duque de Caldosa*; Supantini, el bufo popular y simpático que tuteaba a todo México, y, para completar el cuadro, la buena y simpática Magdalena y un acompañamiento de partes secundarias y coristas graciosas y atractivas hasta más no poder.

La noche del beneficio de la Albini su cuarto estaba literalmente cubierto de flores y de regalos.

La noche del beneficio de la Césari, también su cuarto estaba cubierto de flores y obsequios, y al fin del segundo acto, dos lacayos entraron conduciendo, en una charola de plata, un aderezo de brillantes que valía cinco mil pesos. Era el regalo del conde de la Cortina, que para amores nunca fue viejo.

La Norma, La urraca ladrona, El pirata, El condestable de Chester, La italiana en Argel, Isabel de Inglaterra, La casa deshabitada, eran óperas favoritas del repertorio, que tenían a México de una especie de encanto que no permitía que nadie se ocupase de otra cosa ni hablase más que de la ópera. Los mismos partidos políticos, tan vehementes entonces, se calmaron; las logias masónicas dormitaban; los hermanos preferían irse al teatro, y la tenida quedaba en la soledad, y los triángulos y escuadras vigilados sólo por el ojo del Espíritu Santo, que se cerraba de sueño. Yorkinos y escoceses firmaron una tregua; los que no tenían dinero, empeñaron sus alhajas en el montepío para continuar abonados al teatro, y los empleados de algunas oficinas vendieron sus sueldos a los usureros.

No obstante el brillante éxito y la notoria habilidad con que desempeñaron su misión Bedolla y Lamparilla, las cosas se pusieron para los infelices caminantes en peor estado. Hubo, en efecto, una reconciliación oficial entre el gobernador y el ministro de Gobernación; pero como los dos tenían una herida en el amor propio, que es más enconosa que cualquiera otra, quedaron en su foro interno perfectamente enemigos y dispuestos, si no a vengarse, si a desquitarse. De pronto, para que la responsabilidad de los robos en el camino recayera sobre el ministro, el gobernador mandó retirar las fuerzas pequeñas que había en los pueblos y que servían de algún respeto; y por su parte, el ministro, para que el descrédito viniese a las espaldas del gobernador, hizo de modo que desde México hasta Veracruz no hubiese ni un soldado federal; así Evaristo quedó tan a sus anchas, que era el soberano absoluto de la montaña.

La despedida en el Peñón Viejo de los desdichados adoradores de las bellezas que se iban a tierras lejanas fue muy tierna, pero regresaron tranquilos luego que los dos coches llenos y cargados hasta el techo de sacos, baúles, sombrereras y mil otros accesorios teatrales, enfilaron la calzada de Ayotla, seguidos de veinticinco hombres llenos de brío y entusiasmo, que azotaban y apaleaban sus pobres caballos para ir al caso de la diligencia y no separarse del lado de la portezuela.

Los cocheros, por medio de la multa y porque no les convenía que hubiese balazos y campaña, no querían moderar el paso; el oficial gritaba y trinaba, y a medida que conjuraba a los cocheros a que se detuvieran, el látigo tronaba y las robustas mulas volaban por entre el polvo del camino. Al fin el oficial se dio por vencido, detuvo los pocos soldados que lo seguían.

Al observar que la escolta se había retirado, y la completa soledad del camino, pues por rara casualidad en ese día no había ni recuas de arrieros ni indios con sus atajos de burros, y sólo siniestros mendigos (espías de Evaristo) se acercaban a la portezuela cojeando y tendían para implorar una limosna, mugrosos sombreros de petate, el terror más grave se

apoderó de los cantantes, y hacían en su lengua seguramente recuerdos de *Fra Diavolo*, cuando al entrar en un terreno sombrío escucharon el terrible grito:

- ¡Alto ahl, grandísimos ...!

Era, como ya se ha dicho, el usual y cariñoso saludo de Evaristo.

Las diligencias se detuvieron, y no sólo los enmascarados los rodearon amenazando con sus garrotes, sino cinco o seis más a caballo, antiguos conocidos de Hilario.

Giacomo Vellani, marido de Marietta Albini, desvió con la mano el cañón de la pistola de Hilario, que apuntaba rectamente a la cara de Norma, y llevó la otra a un largo puñal que tenía en el bolsillo, estando resuelto a vender cara su vida, para salvar la de su mujer.

Hilario, un poco sorprendido de ese aparato de resistencia quiso intimidar, retiró la pistola y la disparó al aire.

- ¡Dio di Dio! -gritaron las bellas italianas, encogiéndose todas, tapándose los ojos y queriendo guarecerse las unas con las otras.

Las mulas, que tenían pocas semanas de servicio, se espantaron, de no haber sido por el sota que estaba delante y los fuertes puños de Mateo, habrían partido a escape y hecho pedazos el carruaje y los que iban dentro.

- Eso no es lo tratado, valedor -le dijo Mateo a Evaristo con mal humor, o mejor dicho, con grosería-. O semos o no semos, ¿y para qué es comprometerse a lo que no se ha de cumplir?

- Pero, ¿qué traen?

- Pues eso si no sé; pero vestidos de reyes y de toda clase con galones de oro y de plata. Si quiere regístrelos, pero breve, porque ya sabe a la hora que tengo que llegar precisamente a Puebla.

Se acercó de nuevo Evaristo a la portezuela con mejores maneras, les pidió las llaves y el dinero, les aseguró que nada les sucedería si obedecían lo que les mandase y no intentar hacer ninguna resistencia.

Apresuráronse las italianas a dar cuanto oro menudo tenían, y la cosecha de escudos no fue tan mala con lo que se contentó el bandido sin exigir más. y fue a visitar los equipajes.

- Todo eso es falso, valedor -le dijo Mateo a Evaristo-. Si quema los galones, no sacará más que cobre, y si se roba los vestidos, como son tan conocidos como de cómicos, donde quiera los descubrirán. Déjelos, hágalos cantar y despáchenos, que se me va haciendo tarde.

Mateo no consideró suficiente la recomendación que desde el pescante había hecho a Evaristo, sino que entregó por un momento las riendas al sota y descendió a hablar con él y con Hilario.

- Compas -les dijo-, traigo de los señores de México un encargo especial de que el coche pase bien y que no se toque el pelo a los pasajeros que, como les dije, son cómicos y cantantes; lo que ganaron en el teatro ya lo mandaron para su tierra en la conducta que pasó la semana pasada, todo lo cual lo ha platicado el amo don Anselmo en el patio de la casa. Si hay quejas del monte, el amo me dijo que suspendía por seis meses el viaje, o hasta que acabara la tropa con ustedes; conque ya saben lo que hacen, y como me han dado una buena gala y soy completo, de mi parte les quiero convidar.

Mateo metió mano a la profunda bolsa de sus calzones de vaqueta, que le servían para el sol y agua en el camino, y sacó cuatro onzas que dividió entre Evaristo y su segundo.

- No tengan miedo -dijo Mateo-, ya estoy arreglando con el capitán, pero si les dicen que canten, es menester cantar, que vale más eso que no las desnuden, como ya lo ha hecho con unas señoras principales de Puebla y con otras.

Evaristo y sus indios no pudieron resistir a la agradable impresión que les causaba aquel grupo de bellísimas mujeres vestidas con cierta novedad y fantasía, que no manifestaban temor ninguno, y también les impuso algo la cabeza alborotada y la fisonomía terrible y decididamente resuelta de Vellani.

- El capitán -dijo Mateo-, que es amigote, me ha dicho que no tienen por qué asustarse, que nada les hará, pues que le han dado de buena voluntad el poco dinero que traían. Pero el capitán -continuó Mateo- no ha podido ir a la ópera, como se lo pueden figurar, teniendo muchas ocupaciones de día y de noche en el camino; ya les dije que todos los que vienen son cantantes y personas muy buenas que ya se van a su tierra ... Desea que le canten una o dos cosas de las mejores, y yo se los ruego para irnos, porque se me hace tarde y me costará pagar diez pesos de multa, que nunca perdona don Anselmo a sus cocheros.

Los artistas, ya más tranquilos, se miraron unos a otros y convinieron en que era necesario obedecer a Mateo, que era su salvador, y cantar.

Galli cantó en la selva como jamás había cantado en el teatro.

Evaristo, que no tenía idea de estas grandezas del genio, quedó como clavado y sin movimientos en el árbol en que se recargaba.

Los enmascarados, inconscientemente se fueron acercando poco a poco, como atraídos por este nuevo Orfeo.

Luego que acabó Galli, la Césari, dominada, como mujer, más que Galli, por idénticos sentimientos, se presentó en ese foro bellísima y salvaje, se arrancó los peinados y tocas

de seda que le cubrían la cabeza, arrojó al suelo el abrigo de camino que la envolvía y apareció como una maga fantástica, erguida, hermosa, con una túnica de seda azul celeste, ceñida con un cinturón de galón de oro, y comenzó a cantar. ¿Qué cantaba? Lo mismo que Galli, improvisaciones, notas que no habla escrito ningún maestro, juegos de garganta y trinos de gorjeos de ave del paraíso que no se habían oído en ningún teatro, maravillas de melodías.

Evaristo, entusiasmado, con un sentimiento más bien de admiración que no sensual, se lanzó a abrazar a la bella Césari, pero ésta dio un paso atrás y presentó su suave y sonrosada mejilla a Evaristo, que imprimió en ella un beso que debieron también escuchar las aves. Evaristo intentaba algo más.

- Nada más, signor -e irguiendo la cabeza como si fuera el capitán, condujo a los viajeros al coche y ordenó a Mateo que subiera al pescante.

Al tronar el látigo y partir las mulas, la Césari sacó su redondo brazo por la portezuela y saludó graciosamente al capitán de los ladrones de la montaña.

CAPITULO CUARTO

¿Qué dirán los extranjeros?

Ya hemos dicho que no pasaba semana sin que en un punto u otro del camino de México a Veracruz fuesen robadas las diligencias; pero como se trataba de pasajeros desconocidos, de gente que no tenían como Escandón, Pesado y Couto una alta posición social, nadie hacía caso, ni menos los gobernantes, que se ocupaban de asuntos para ellos más graves y provechosos: y cuando la prensa o el comercio alzaban un poco la voz, los funcionarios públicos se echaban la culpa unos a otros, se volvía asunto de Estado y de diplomacia, siendo necesario que, para evitar un conflicto, personas tan dignas y caracterizadas como Bedolla y Lamparilla, intervinieran para que al fin quedasen las cosas en peor estado; pero cuando se trató de una compañía de ópera, de muchachas bonitas y de extranjeros, ya fue otra cosa.

No quitaba Evaristo el dedo del renglón, como se dice, y Cecilia era el punto fijo de su pensamiento; después de revolver mil proyectos en su cabeza, a cual más disparatados, no salía de esta disyuntiva: *O ha de ser mía o la mato.*

Así, a cada momento buscaba él mismo un pretexto para bajar a Chalco, ya a cambiar un caballo, ya a comprar alguna ropa o herramientas, ya a vender carbón, maíz o cebada.

Cada una o dos semanas hacía el viaje entre Chalco y México; ningún hombre dormía dentro de la casa, ningún sereno cuidaba la puerta ni la azotea, y en el muelle o canal que entraba al patio dormía, dentro de la canoa, un remero, que las más noches tomaba sus fuertes tragos de chinguirito antes de acostarse y dormía la tranca, al grado que alguna de

las Marías tenía en la madrugada que tirarle por las piernas y arrastrarlo hasta la mitad de la canoa para que despertase.

Para alguno de los diversos planes que se proponía realizar Evaristo, estas indagaciones eran preciosas.

En uno de los viajes en que completó sus observaciones, fue a dar a Chalco muy satisfecho; se preparó a todo riesgo a hacer una visita a Cecilia y afrontar con calma la furia de las dos Marías.

Dio la casualidad de que cuando Evaristo se acercaba al zaguán, Cecilia venía de la parroquia. Aunque Evaristo había cambiado de figura pues estaba más gordo, rasurado completamente y pelado a peine, hacía ya tiempo que no lo había visto, lo reconoció al momento, más que todo, por la sensación extraña que le causó el timbre de su voz, su mirada entre torva, vengativa y amorosa. El lenguaje de los ojos sólo lo comprenden otros ojos que ya se hayan mirado, y queda sin expresión para los indiferentes.

Detúvose Cecilia, se estremeció ligeramente, quiso seguir a su casa, que estaba a dos pasos; pero no pudo y quedó como clavada en el suelo.

No escapó a Evaristo la sorpresa y conmoción de Cecilia, y se aprovechó de ella.

- No hay que asustarse, doña Cecilia. No trato de vengarme, como usted podría creer. Por el contrario, vengo a pedirle a usted perdón. Fui muy atrevido al introducirme a la casa de usted y hasta su mismo cuarto donde se estaba bañando; pero, ¿qué quiere usted, doña Cecilia!, los hombres no somos dueños de contenernos y hacemos a veces cosas de que tenemos que arrepentimos; pero eso ya pasó, y usted, que tiene un buen corazón, me perdonará y no será rencorosa.

- Yo ni odio ni me meto con nadie ni en lo que no me interesa -le contestó Cecilia algo repuesta y adelantándose a tocar la puerta de su casa-. Pero lo que no me gusta es que se metan conmigo; mas ya que usted se ha adelantado a satisfacerme y confiesa que no hizo bien, asunto acabado y como siempre, nada me queda aquí. Pase si gusta, descansará y tomará algo -le dijo, haciéndole lugar para que entrara.

Le hizo seña que entrara al comedor y se sentara, y ella salió gritándole a una de las Marías, precaución que le pareció necesaria, no obstante las protestas de enmienda y la plácida y resignada fisonomía de Evaristo.

María colocó en la mesa vasos y dos botellas de licor.

- No le hará mal -dijo Cecilia sirviéndole-. Es un licor de canela que me regaló hace tiempo don Muñoz, el de la tienda de la esquina de la calle Real.

Echó su último trago y se levantó del asiento para marcharse.

- Un favor por despedida, doña Cecilia.

- Lo que mande, siendo posible -le contestó ésta.

- En los viajes que suelo hacer a México para cobrar mis cuentas me ha ocurrido entrar al Montepío en los días de remate, y cuando encuentro alhajas baratas, pero muy baratas, las compro, porque todo es comerciar, y cuando se encuentran onzas de oro a catorce pesos, es una ganga ... ya ve usted ... ¿qué le parece?

- Bien hecho, y así he comprado las pocas que tengo -contestó Cecilia con naturalidad y no sabiendo a dónde iría a parar Evaristo con esta conversación.

- Pues bien, doña Cecilia, ayer que fue día de almoneda lo aproveché, y vea usted la ancheta.

Evaristo puso en las manos de Cecilia un papel atado con una cinta.

- Ábralo usted y vea si hice buena compra, doña Cecilia.

Con esto volvieron a sentarse donde estaban, y Cecilia desató la cinta y abrió el paquete.

- Hay cosas bonitas y otras feas y sucias, y no sé por qué, pero se me figuran robadas.

Evaristo, al oír estas palabras dichas con la mayor naturalidad por Cecilia, se puso blanco como un papel, y se le figuró que Cecilia sabía ya algo de sus hazañas en el monte; pero procuró reponerse y disimular y contestó con cierta calma e indiferencia:

- No lo creo, doña Cecilia, pero puede que tenga usted razón. Precisamente -le dijo- quería pedirle el favor de que me guardase por dos o tres horas estas alhajas.

- No finja usted ningún pretexto -le contestó Cecilia- para hacerme un regalo, porque ya sabe que no lo he de recibir.

- Ni Dios que lo permita -le respondió Evaristo-, y por ésta -e hizo con su mano la señal de la cruz- le juro que digo la verdad; y si quisiera regalarle sería otra cosa mejor y se lo diría con franqueza, que usted merece más. Son las nueve; a eso de la una o las dos estaré de vuelta; y si usted tiene que salir o no quiere que la moleste, deje las prendas a una de las muchachas, que ya no me darán de escobazos, y las recogeré; pero hágame el favor de guardármelas por un rato.

¡Y qué bien me salió la estratagema de las alhajas! Con el pretexto de recogerlas volveré otro día a ver a Cecilia y la encontraré ya más franca.

CAPITULO QUINTO

¿QUÉ DIRÁN LOS EXTRANJEROS? (Continúa)

Sigamos con el hilo de nuestra narración, interrumpida con un episodio que no deja de ser interesante para fijarse en lo que son las cosas de este mundo, y cómo depende la suerte y la vida de la gente de las circunstancias más insignificantes. Si las dos Marías hubiesen dado otra tanda de escobazos a Evaristo, su cólera habría recaído en las italianas, y en vez de tratarlas bien, admirar su belleza y escuchar su canto, él y sus indios se habrían entregado a las más atroces violencias, y los extranjeros con mucha justicia, habrían tenido mucho más que decir del país.

¿Cómo, sin que hubiese telégrafo eléctrico ni de ninguna otra clase, se supo del robo al mismo tiempo en México y en Puebla? Hasta ahora no se ha podido averiguar, pero así sucedió.

- ¿Pero qué dice Mateo? Vamos, Mateo, cuenta. ¿Es cierto todo esto?

Mateo sonreía maliciosamente y guardaba silencio; pero seguían incitándole, hasta que se enfadó.

- Dejen bajar a los pasajeros -les dijo-, y de mí no han de sacar nada; Mateo cumple con su obligación de conducir el coche y no tiene necesidad de contar nada ni de hablar una palabra.

En México no pudieron los curiosos, como en Puebla, cerciorarse de que, al menos, los cantantes estaban con vida; así, las noticias tenían un carácter de gravedad tal, que se transmitían en los primeros momentos en voz baja y encargando mucho secreto, y concluían siempre con el mismo ritomelo:

La ropa sucia se lava dentro de casa, vale más que nada se sepa. ¿Qué dirán los extranjeros?

Pero al cabo de dos horas, parvadas de muchachos recorrían las calles del Empedradillo, Plateros y los Portales, gritando:

La Noticia Extraordinaria de ahora. Relación de los robos perpetrados por los bandidos de Río Frio en las personas de los operistas y de las operistas.

Era una cuartilla de papel, publicada en la imprenta anónima del Callejón de la Garrapata. Valía un octavo, y los que pasaban en la calle se la arrebatában a los muchachos, que corrían por más ejemplares. El efecto fue prodigioso, y el lance, con cuantos horrores le ocurrieron al redactor o impresor, fue sabido desde los niños que entraban o salían de la escuela, hasta los ministros de Estado, las legaciones y el Supremo Magistrado de la Nación.

Bedolla y Lamparilla, sin ser llamados, se presentaron en Palacio para tomar lenguas; pero más que todo para procurarse con ese motivo otra comisión que les produjese un par

de talegas de pesos y la promesa de otra curul. Los ministros extranjeros aprovecharon la ocasión para molestar al gobierno y hacer valer las fuerzas navales de sus monarcas; se reunieron en junta y acordaron dirigir una nota colectiva, y los diputados de oposición se prepararon para hacer fuertes interpelaciones al gobierno.

La brillante y lucida juventud aristocrática, que en sus briosos caballos caracoleaba todas las tardes en el Paseo de Bucareli, siguiendo los coches de las muchachas ricas, se levantó como un solo hombre y decidió armarse inmediatamente y salir a campaña a perseguir a los bandidos de Río Frío hasta sus propias madrigueras y exterminarlos.

Se organizaron, en efecto, y al día siguiente, en fogosos caballos armados de espadas, pistolas y reatas, salieron por la garita de San Lázaro cosa de cuarenta jinetes. Los enmascarados eran más de ciento cincuenta, pero eso nada importaba. El valor y la justicia de causa, aseguraba el completo triunfo.

Recorrieron el camino, creyendo en cada torno de la calzada encontrar a los enemigos.

Los bandoleros habían escapado, según contaban, gracias a sus buenos caballos, pero algunos de ellos deberían haber sido heridos, pues casi a quemarropa les dispararon muchos balazos; y según noticias que habían adquirido de algunos pasajeros, toda la banda se dispersó para juntarse en el monte de las haciendas de San Vicente y Chiconcuac, que es muy cerrado, y allí tenían sus cuevas.

El único que sabía la verdad era el conde de la Cortina, a quien Mateo había referido hasta los más insignificantes pormenores del lance, asegurándole que las operistas regresaban a su tierra tan vírgenes como vinieron; que los maridos de las casadas nada vieron de malo, y que el capitán, que tuvo ímpetus de lanzarse sobre la Césari, se contentó con sólo un beso en el carrillo izquierdo. El conde rió mucho al oír esta historia, regaló a Mateo dos onzas de oro y dejó correr las noticias variadas y los cuentos exagerados de la calle.

Un día y apenas habían pasado quince del lance de los operistas, los espías que tenía Evaristo en el camino vinieron corriendo por las veredas del monte y le dijeron que venían soldados en el techo; a pocos minutos oyó el ruido de las ruedas del coche. No hubo tiempo para huir, ni para organizar un ataque, ni pensar en nada.

Mateo venía dando una especie de lección a los soldados, aconsejándoles que no hiciesen resistencia, pero éstos, apenas divisaron a los bandidos cuando hicieron fuego con sus tercerolas, que ya tenían preparadas en medio de sus piernas. Evaristo e Hilario hicieron fuego al mismo tiempo, y un minuto después los tres indios que estaban armados de los viejos fusiles, dejaron ir los tiros sobre el costado del carruaje. Por un momento una nube de humo envolvió el repentino cuadro. Uno de los soldados cayó al suelo herido mortalmente, Mateo sintió un fuerte escozor en la oreja: la bala de la pistola de Hilario le había llevado un pedazo y rozado ligeramente el cuello. El sota, que vio apuntar a Hilario, le aplicó un bijarrazo en la cabeza que le hizo caer del caballo, y del centro de la diligencia brotó un clamor, un grito de dolor y una exclamación terrible: *godam*. Un

inglés, director de las minas de Balaños, resultó herido en un brazo, y la misma bala de los fusiles retacados de los indios se había llevado la punta de la nariz de la esposa del inglés. Todo esto pasó en instantes, en un abrir y cerrar de ojos, como un relámpago. Mateo tronó el látigo, sin hacer ya caso de los gritos ni de los balazos que disparaban desde dentro de la diligencia otros dos mineros ingleses, y las mulas, asustadas y casi desbocadas, partieron como alma que llevan los diablos.

Cuando Evaristo mismo volvió de la sorpresa, porque sorpresa fue para él la llegada de la diligencia con soldados que desde que lo vieron le descerrajaron de balazos, vio al soldado moribundo en medio de un charco de sangre y a Hilario tirado al pie de su caballo, con los ojos cerrados y sin movimiento, a uno de los indios con la mano traspasada, seguramente por una bala de los ingleses, y a los otros escondidos con sus garrotos detrás de los árboles, lleno de furor por la muerte de su segundo, acabó con su espada de matar al soldado, que con voz casi extinguida le pedía misericordia; hizo que levantaran los indios a Hilario, todo descoyuntado y flojo como si fuese un maniquí de trapo, y se apresuró a internarse con él en el monte, ganar las carboneras y después el rancho, temiendo que viniese una escolta, como sucedió; pero llegó al galope tendido y con las espadas desenvainadas cuando todo había concluido y los bandidos estaban en sus madrigueras.

La noticia de este suceso, que se propagó en Puebla y en México con más rapidez que la de los operistas, puso en alarma a la capital, que ya iba olvidando a las cantantes; y en esta vez no fueron sólo cesaristas y albanistas y los jóvenes calaveras de moda los que armaron el ruido y el escándalo, sino el público y los extranjeros dedicados al comercio y a la minería.

Los ministros de Inglaterra, de Francia y de Prusia, sin pedir audiencia, se presentaron al ministro de Relaciones.

El ministro mexicano explicó que no era al cochero a quien se le debía el crédito, sino al conde de la Cortina, que, amigo especial de algunas de las cantantes, había tomado de antemano medidas muy eficaces para que, en caso de asalto, fuesen bien tratados los pasajeros, como en efecto sucedió, y que él y su gobierno ni por un momento habían tenido la intención de ofender a los dignos representantes de las naciones amigas, con las cuales el gobierno de la República deseaba estrechar más y más sus cordiales relaciones.

El ministro francés, con estas explicaciones, se calmó, e hizo dos o tres inclinaciones amistosas desde su silla.

- Lo que no se puede negar es que en el último asalto ha habido balazos y ataques violentos; que tres súbditos de S. M. británica han sido heridos; que mistress Allen tiene un pedazo menos de nariz, y aunque la herida no es de gravedad, quedará desfigurada, lo que es quizá peor que la muerte para una belleza inglesa. El gobierno de S. M. británica espera: primero, que los ladrones serán perseguidos, aprehendidos y castigados severamente, y segundo, que se otorgará una indemnización conveniente por los daños y perjuicios que han sufrido los súbditos de S. M., que después de haber hecho enormes

beneficios a México con sus trabajos en las minas, se retiraban pacíficamente a Inglaterra e Irlanda.

Acabando esta arenga, dicha de una manera decisiva y que no admitía discusión, el ministro se levantó, saludó cortésmente a nuestro secretario de Relaciones y se dirigió a la puerta, donde le siguieron los demás. dejándolo atónito y persuadido de que el lance de Río Frío y el fragmento de nariz de mistress Allen no dejaría de costar a la nación dos o trescientos mil pesos. Antes de dar cuenta al presidente de este importante acontecimiento, quiso oír la opinión y tomar el consejo del licenciado Bedolla. Lo mandó llamar. Y estuvieron encerrados como dos horas. Lamparilla lo acompañó, pero no entró al gabinete del ministro.

Cuando el ministro de Relaciones, después de oír la opinión de Bedolla, subió a dar cuenta al presidente de la visita que había recibido de los embajadores, no sólo sabía con todos sus pormenores el suceso, sino desfigurado considerablemente.

- Pronto, pronto acabará esta situación que tiene en alarma a todo el público -dijo el presidente cuando acabó de oír a su ministro-. Lo de las operistas me cayó en gracia, pues el conde de la Cortina me refirió lo que pasó realmente; pero esto de matar a los soldados y de herir a los pasajeros ya es grave y no lo sufriré. Yo me encargo de acabar con los ladrones. Yo mismo dictaré las medidas que crea necesarias, y ya verá usted el resultado; los embajadores que han visitado a usted me visitarán a mí para darme las gracias. De pronto. es menester ahorcar a estos reos que condenó a muerte y aprehendió el licenciado Bedolla. único juez que conoce sus deberes. Sólo me falta que venga Baninelli de Guanajuato, y ya lo mandé llamar. Verán en México lo que es un gobierno enérgico.

El ministro se quedó estupefacto con el acuerdo. pero no hubo remedio; de la presidencia se dirigió a ver a su compañero. Se mandó buscar a Bedolla que no tardó en llegar, y los tres personajes se encerraron para disponer la manera de que fuesen ahorcados antes de ocho días los reos que hacia meses y meses estaban olvidados en la cárcel de corte.

CAPITULO SEXTO

El triunfo de Bedolla

Apenas había salido Evaristo del zaguán, cuando Cecilia conoció la falta tan grande que había cometido al estrecharle la mano como si fuese su amigo viejo o su amante; pero sobre todo, en haber consentido en recibir las alhajas.

Decidió, pues, consultar con don Pedro Martín de Olañeta y aun entregarle los siniestros envoltorios negros, y si Evaristo los reclamaba, ya se vería.

En efecto, uno de los días en que don Pedro Martín solía ir al puesto a escoger su fruta y conducirla él mismo a su casa en su paliacate, bamboleando acompasadamente su brazo

derecho, con su bastón de puño de oro debajo del brazo izquierdo, Cecilia se esmeró en presentarle las mejores piezas: naranjas con la corteza de oro, mameyes rojos como el carmín, plátanos tiernos y aguacates que eran una mantequilla. Contento el viejo licenciado, amarraba con cuidado las puntas del pañuelo para que no se fuesen a caer y mientras hacia este trabajo escuchaba las confidencias de Cecilia, que le fueron interesando más y más, hasta el grado que consintió en recibir las alhajas para examinarlas y guardarlas hasta que se las volviese a pedir. Una luz se había hecho en la oscuridad del proceso que tan defectuosamente instruyó Bedolla. El misterioso pasajero de la canoa, el tenaz enamorado de la frutera, era, a no dudarlo, el asesino de Tules y el capitán de los enmascarados de Río Frío, que tanto habían dado que decir en los últimos días.

Acabó de atar muy contento las puntas de su pañuelo, pues había quedado como enajenado y suspenso con la narración, guardó las alhajas en las profundas bolsas de su levita, tranquilizó a Cecilia con palabras cariñosas, y antes de entrar a su casa se fue al convento de San Bernardo a ver a Casilda.

Casilda no se hizo esperar y apareció en la portería, saludando a don Pedro con los ojos, con la boca, con la expresión de toda su fisonomía y, tomándole una mano, se la besó respetuosamente. Con la quietud, los buenos alimentos y el trabajo metódico del convento, los atractivos naturales de Casilda habían subido infinitamente de valor. Era una sorprendente belleza, y además, sus maneras dulces, la fuerza de sus brazos para el trabajo, su habilidad para la cocina, y especialmente para los pasteles y postres, le habían granjeado el cariño, no sólo de la religiosa a cuyo cargo estaba, sino de toda la comunidad. Casilda, concluidas sus obligaciones diarias del aseo de la celda y costura, se dedicaba a hacer camotitos, que rivalizaban con los de Puebla, y las famosas empanadas de San Bernardo, que se servían diariamente en la mesa de las casas aristócratas y solariegas de México.

De todo eso platicó don Pedro Martín con Casilda y las religiosas torneras; concluyó por regalarles su pañuelo de la excelente fruta de Cecilia y recibir en compensación media docena de las sabrosas empanadas y cuatro platitos de postre, que en una curiosa cesta adornada de listones rojos, con su limpia servilleta, se encargó de conducir a su casa una de tantas mandaderas que están en las porterías de los conventos. La fruta fue reemplazada en el camino por otra, aunque menos buena.

Se comprende muy bien el interés con que escuchó las aventuras de Cecilia, pues que lo conducían a descubrir que el capitán de los bandidos era el asesino de Tules, y una vez aprehendido, juzgado y castigado, Casilda quedaba libre de ese perseguidor, cuyo solo nombre le causaba terror y cuyo recuerdo la atormentaba y la ponía triste.

Destemplados gritos en la calle de muchachos, mujeres y ciegos que voceaban un papel, lo volvieron a la realidad de la vida.

- ¡El Diario de los Ahorcados! ¡Relación de los horrorosos crímenes cometidos en la Estampa de Regina!

- Son seguramente los reos que ha juzgado Bedolla -se dijo don Pedro Martín-. No pueden ser otros. Ha llegado para mí lo que se llama un caso de conciencia. ¡Y pensar que si por una desgracia hubiese caído Casilda en manos de ese salvaje estaría también sentenciada a muerte! Tengamos calma, leamos, y ya reflexionaré lo que debo hacer.

Los papeles eran de una imprenta anónima, con unos caracteres de letras ininteligibles y un pésimo grabado en plomo, que representaba dos hombres y dos mujeres, sentados en unos banquitos y el verdugo apretándoles la mascada.

Don Pedro, temblándole las manos, recorrió rápidamente el papel temiendo encontrarse con los nombres de Casilda y de Juan. Afortunadamente, el autor anónimo de *El Diario de los Ahorcados* no se había ocupado de ellos.

Don Pedro Martín no pudo aguantar más, estrujó el papelucho y lo tiró al suelo.

- ¡Qué horrores, qué infamias, qué calumnias y qué mentiras para sacar el dinero al público! Con razón es una imprenta anónima.

Era ya tarde, nada se podía hacer; así, don Pedro Martín se propuso obrar con actividad al día siguiente.

Levantóse agitado y hasta calenturiento; luego que fue hora salió a la calle, proponiéndose ver y hablar con esas infelices gentes que iban a entrar en capilla, y después dirigirse al palacio, ver al presidente y pedirle la gracia, aun cuando el magistrado antiguo, orgulloso y lleno de dignidad, tuviese que ponerse de rodillas.

Cuando llegó don Pedro Martín a la cárcel de Corte, encontró una multitud de gente curiosa, que creía que ya iban a salir los reos a la horca y se aglomeraba a la puerta, dándose empujones e injuriándose y entre esta gente se hallaban los amigos y parientes de los que iban a ser ajusticiados, derramando lágrimas y exhalando dolorosos lamentos.

- ¡Mentiras, mentiras infames las que dice ese papel que gritan los muchachos! Mi hermana Jacinta. no era capaz de matar a nadie.

Otros creían como un evangelio los horrores que refería *El Diario de los Ahorcados*, y decían:

- No hay que hacer caso de lágrimas de viejas. Que los ahorquen a todos, asesinos y ladrones que no dejan que salga uno seguro después de las diez de la noche. Jueces como el licenciado Bedolla necesitamos; que se amarren los calzones y que no se dejen seducir ni por lágrimas de las viejas ni por las risas de las muchachas; pues que cometieron el crimen que lo paguen.

Don Pedro Martín sacó del bolsillo el paliacate en que conducía la fruta, se limpió los ojos y logró llegar, no sin mucha dificultad, a puerta de la cárcel. Luego que lo reconocieron los dependientes, le abrieron paso y le facilitaron la entrada. Don Pedro

Martín, que tantos años había sido juez de letras, era conocido y respetado de todo ese mundo judicial empleado en los juzgados, en las cárceles y en los presidios.

A muchos los había colocado, otros habían estado a su servicio inmediato, y su fama de letrado muy sabio y de juez incorruptible y recto, le había granjeado la consideración general y aun la de personas que sólo lo conocían de nombre. Para los empleados de la cárcel, Bedolla era un advenedizo ignorante, un rancharo con ribetes de cortesano, y apenas daba la vuelta cuando se burlaban de él; cualquiera de los escribientes y tinterillos sabía más que él en materia criminal.

Luego que Bedolla recibió con los autos la confirmación de su sentencia, tan a propósito para satisfacer a la vindicta pública, contentar al respetable público que de cualquier manera quería cuando menos un ahorcado, y, sobre todo, que los extranjeros dijeran que éramos un pueblo civilizado y digno de figurar en el catálogo de las naciones, mandó llamar a su condiscípulo Lamparilla.

- Yo mismo -le dijo en cuanto lo vio-, rebajando mi dignidad, pues no soy como esos viejos abogados que tienen la despreocupación de venir cargando su pañuelo de fruta, he escogido un guajolote y ordenado a tu amiga y favorita Cecilia que el jueves mande a casa la mejor fruta. Tendremos un buen almuerzo, mole de guajolote, chiles rellenos y lo demás que se pueda.

- No comprendo -le dijo Lamparilla- ni sé por que ...

- ¿Dónde se te ha ido el talento, Crisanto? No ves ... -y le mostraba los autos-, la sentencia en la célebre causa de Evaristo el tornero ha sido confirmada. Los reos entran mañana en capilla; nuestro triunfo es completo, el Ministerio de Justicia y Negocios Eclesiásticos es ya mío, y de ahí ... ¡quién sabe! ... La Presidencia de la República está cerca ... No siempre han de ser soldados los que manden y dominen a este infeliz país ... Es necesario acabar con el cesarismo.

Pero las órdenes de incomunicación no podían en ningún caso referirse a don Pedro Martín, que entraba y salía por las oficinas y juzgados y por las cárceles como magistrado que dominaba con sólo su presencia hasta a la misma Suprema Corte de Justicia; así que, apenas indicó sus deseos, fue conducido a la pieza donde estaban las dos desgraciadas mujeres.

Los supuestos reos condenados por Bedolla, y todavía calumniados por el papelucho anónimo, eran gentes pobres, pero sencillas y honradas, que vivían de su trabajo, no habían cometido ningún delito, no tenían antecedentes para haber merecido y ser conocidos con sobrenombres.

Jacinta Tejerina, María Ágata Mendoza, Tiburcio Tejidor y Mauro Pedraza, así se llamaban, y de su apellido había el tinterillo forjado el *alias* que se aplica a los malvados y ladrones.

Cuando don Pedro Martín llegó al cuarto donde estaban las dos mujeres, se hallaba allí también doña Rafaela la dulcera, a quien Bedolla, por un rasgo de generosidad, había permitido la entrada libre.

- Viene a visitar a ustedes -les dijo el director o jefe de la cárcel- el señor licenciado don Pedro Martín, que es juez de letras.

Al oír ese nombre, Jacinta escondió su cabeza entre el rebozo y Agata exhaló un grito nervioso.

- No, no soy juez, desgraciadamente para ustedes, que no estarían en este amargo trance - dijo don Pedro Martín-, sino un hombre que viene a visitarlas y a procurar hacer cuanto sea posible para salvarlas.

- ¡Por Cristo y Señor Sacramentado que somos inocentes, y nos van a matar dejando en la orfandad y el hambre a nuestros hijos!

Un torrente de lágrimas y de gemidos querían ahogar a la infeliz y no le dejaban decir más.

Don Pedro Martín se hizo fuerte y les contestó:

- No hay que perder la esperanza, calma, calma, ya veremos lo que se hace; bastante sé que son inocentes; el presidente tiene buen corazón.

CAPITULO SÉPTIMO

Los reos de muerte

Don Pedro Martín de Olañeta fue conducido por el jefe de la prisión al separo donde estaban los dos supuestos cómplices de Evaristo.

En un rincón sobre una tarima, había acostada una figura siniestra, y otra en el otro, sentada en una silla, ya negra de grasa. Eran los dos condenados a muerte, a quienes se condujo allí mientras se les notificaba su sentencia y entraban en capilla.

Don Pedro Martín pidió una luz, porque, entrando de la claridad al patio, no veía más que sombras y borrones. Con la débil y amarillosa llamita de una vela de sebo, que no tardó en traer uno de los presos de confianza que servía de mozo, pudo observar el calabozo y los que lo habitaban.

El uno era gordo, chaparro, casi cuadrado; el otro, alto, muy flaco.

Los dos quisieron hablar, pero no pudieron.

- Lo sé, lo sé todo por una de esas casualidades raras que parecen milagros -le dijo don Pedro en voz muy suave e insinuante-. Persuadido de que vosotros y las pobres mujeres que acabo de dejar sois inocentes, vengo a aconsejaros que cuando os notifiquen la sentencia, apeléis al recurso de indulto, y yo os prometo hacer cuanto sea posible en lo humano, para salvaros. Nada seguro os puedo prometer; pero al menos, os traigo algún consuelo y una esperanza, aunque remota.

Don Pedro salió de la prisión no sólo preocupado, sino casi enfermo a consecuencia de la impresión que le hicieron las escenas que acabamos de referir, que para él no eran nuevas, y más terribles las había presenciado en la cárcel y en su juzgado en los muchos años que había ejercido la magistratura; pero en este caso entraban por mucho las afecciones que tenía por Casilda y por Juan, y el convencimiento íntimo de la inocencia de los que próximamente iban a ser castigados con la pena de muerte.

Sin embargo, en vez de retirarse a su casa, tomar alguna medicina y reposar un par de horas, hizo un acto de energía y se dirigió a Palacio, decidido a no salir de allí hasta no ver al presidente y obtener el perdón de los supuestos cómplices de Evaristo.

- *No merecía Bedolla lo que he hecho por él* -iba diciendo en voz que hubiera oído cualquiera que hubiera pasado a cuatro pasos de distancia, al mismo tiempo que poco a poco subía las pesadas escaleras de Palacio-. *Pero he cumplido con un deber calmando la justa ira de esos hombres despechados y martirizados con cuantos infortunios y dolores tiene la vida humana, que lo sepa o no Bedolla, poco me importa ...*

- *Pensando en mí seguramente venía mi respetable compañero y amigo, pues he creído oír mi nombre en sus labios. Mi sabio compañero, sin duda, tiene la maña de hablar solo como yo. La mayor parte de los hombres estudiosos hacemos lo mismo.*

Era Bedolla en persona el que pronunciaba estas palabras, y tendía la mano con fingido afecto al viejo licenciado, que no dejó de sorprenderse con ese brusco encuentro.

- *Estamos de enhorabuena* -continuó Bedolla-, *o mejor dicho, la sociedad de México. Por fin los reos del horroroso crimen de la casa de la Estampa de Regina van a ser castigados.*

Don Pedro Martín soltó la mano que Bedolla había tenido entre las suyas durante esta peroración, se lo quedó mirando con un aire terrible y acabó lentamente de subir la gran escalera.

- *¡Viejo loco y maniático!* -dijo Bedolla bajando de prisa-. *¡Qué mosca le habrá picado! Envidia, sin duda, porque no fue él quien instruyó esta causa. En toda su vida hubiese podido descubrir a los asesinos.*

Don Pedro entró a los salones de la presidencia, y en efecto, lo que se llama la opinión pública estaba exaltada y necesitaba para calmarse una víctima.

Don Pedro Martín, indignado, descorazonado, casi insultado, pues muchos de los que decían esto en voz alta lo conocían y sabían que había sido juez, se levantó para retirarse; llegaba a la puerta cuando encontró en ella a uno de los ayudantes, joven de muchas relaciones en la sociedad de México, medio pariente del marqués de Valle Alegre, y que no sólo lo conocía, sino que le estaba muy agradecido porque lo había servido en una cuestión de intereses con un *montero* (1).

- Supongo que ya vio usted al presidente -le dijo el joven coronel saludándolo afectuosamente.

- Vine a eso, y me retiraba para volver en la noche. Hay mucha gente, y no he podido ni aun hablar al ayudante de guardia -le contestó don Pedro.

- Verá usted al presidente en el acto -le contestó el ayudante-. Personas como usted no deben hacer antesala.

Lo tomó del brazo, lo condujo por un corredor hasta una puerta excusada, que abrió con una llave que traía en el bolsillo, lo dejó sentado en un lujoso gabinete, y diez minutos después fue el presidente mismo quien entró adonde estaba don Pedro.

- Cuánto lo siento, señor don Pedro -le dijo el presidente-, que haya usted permanecido más de una hora en la antesala. No lo sabía, y para otra vez, hágame favor de prevenirme la visita el día anterior por una carta, y en el acto será recibido; para personas como usted, el Palacio y la Presidencia no tienen puertas.

- Señor presidente -dijo don Pedro levantándose e inclinándose respetuosamente-, si tanta bondad y consideración se extiende a lo que quizá temerariamente vengo a pedirle, mi gratitud no tendrá límites, y mi persona estará siempre a sus órdenes para servirle como quiera y cuando lo mande.

- ¿Qué podrá pedir una persona tan independiente, tan honrada y tan digna como usted, que no pueda yo concederle si está en mis facultades?

- Tiene usted la facultad misma que tiene Dios, la de perdonar, de dar la vida al que la va a perder, y vengo a pedir el indulto de dos hombres y dos mujeres condenados a muerte, y que van a entrar hoy o mañana en capilla.

- ¿Cómo, usted, magistrado Integro, juez inflexible, hombre cuya rectitud es conocida en toda la República, viene a interesarse por la vida de unos miserables asesinos? No, señor don Pedro. QUisiera complacer a usted, pero hasta ese punto no. Caería yo en el más completo desprecio de la sociedad. ¿Indultar y volver a dar vida a unas víboras, echándolas para que devoren a esta sociedad? No, por ningún motivo. He jurado exterminar a los bandidos, y lo haré. Nada me hará variar esta resolución.

- Si el señor presidente me permite hablar -contestó don Pedro Martín con su voz solemne y entera- le diré que su resolución de restablecer en toda su plenitud la garantía

de la vida, que es la primera que debe gozar el hombre en todo el país civilizado, no puede ser nunca debidamente elogiada. La apoyo con mi débil voz y añado que he dado pruebas de ser inflexible en el cumplimiento de mis deberes en los largos años que he sido encargado de administrar justicia, pero este caso es único y distinto. Las gentes por quienes me vengo a interesar son inocentes, completamente inocentes. No se trata de ataques a los viajeros en los caminos reales ni de violaciones contra los extranjeros. Un simple asesinato en una casa de vecindad por un artesano, tan hábil en su oficio de tornero como borracho vicioso y malvado; y ese asesino que no se persiguió oportunamente, estoy seguro de que es el mismo que ha cometido esos horrores en el monte de Río Frío; y los que van a morir, vecinos pacíficos y honrados que vivían en la casa, fueron aprehendidos, acobardados y enredados sin saberlo en la causa, y por último, condenados a muerte por un juez ligero que me sustituyó, y cuya vanidad se empeñó en sacarlos culpables.

- Pero eso, permítame usted, don Pedro Martín, que le diga que puede no ser cierto y que usted está mal informado. El licenciado Bedolla me ha hablado diversas veces de ese asunto, casi me ha confiado la causa entera. Bedolla, señor don Pedro, sin agravio de usted, es un sabio, un magistrado respetable, es un hombre activo, perspicaz, enérgico; un hombre, en fin, completo y preciso para un gobierno que lo sabe tratar y aprovecharse de sus brillantes cualidades.

Don Pedro Martín, a riesgo de perder lo que había avanzado en el ánimo del presidente y de comprometer la vida de los que quería salvar, no pudo contenerse, y, poniéndose en pie, con una voz hueca y dura como de profeta, dijo:

- Señor presidente, por el bien de la nación y por la persona de usted, al que tengo la más sincera adhesión y profundo respeto, tengo que decir con toda energía la verdad, la pura verdad. Bedolla es un charlatán, un intrigante y un malvado, que ha logrado sorprender con embustes, con servicios fingidos y con mentiras, la buena fe del gobierno. Estudiante ramplón de un pueblo del interior, hijo de un pobre barbero honrado, ya no lo podían sufrir ni las autoridades ni los vecinos, y el mismo gobernador lo recomendó para sacarlo del Estado, donde revolvía a los pueblos de indios, por un lado, para que invadieran tierras ajenas, mientras instigaba a los hacendados para que se tomaran las que los indlgenas poseían desde el tiempo de Cortés. El gobernador lo ha sostenido hasta cierto punto con tal de que no volviese al Estado, pero en resumen, es el más descarado bribón que yo conozco, y además, repito, malvado y asesino, pues para satisfacer su vanidad y sus aspiraciones manda a la horca a los que él mismo y en el fondo de su conciencia, si la tiene, no está persuadido de que sean verdaderos culpables; y aun cuando lo fueran, conforme a las leyes, no merecían la última pena. Todo lo he sabido por el licenciado Lamparilla, joven abogado a quien yo he protegido, y me ha contado, entre negocio y negocio, e inocentemente, la vida de Bedolla. Señor presidente -continuó don Pedro Martín con un acento todavía más enérgico-. He venido, más que a implorar gracia, a impedir que un general, que tantas glorias ha dado a su patria, sea realmente, negando el indulto, el miserable cómplice de un asesinato jurídico.

El diálogo habla pasado estando los dos personajes en pie. El presidente, cuando acabó don Pedro de decir las últimas y terribles palabras, se dejó caer como descoyuntado y triste en el sillón, se quedó con la cabeza baja y un dedo en la boca, reflexionando.

La reputación que tenía don Pedro Martín de sabio, de honrado, de justiciero, y la fuerza y convicción de su alma que había salido por sus labios, no dejaron ya duda al presidente, pensando rápidamente en las escenas que habían pasado entre él y Bedolla con motivo de la prensa, de las elecciones, de las logias y de los chismes que no dejaba de hacerle, con la mayor hipocresía, contra los ministros y contra los jefes de oficinas. Se convenció de que don Pedro Martín tenía razón, de que Bedolla era un falso amigo, aspirante vanidoso y, en una palabra, un redomado bribón.

- Puede ser que tenga usted razón -dijo a don Pedro-. Creemos los hombres tener experiencia, y a la hora misma de morir, tenemos algo nuevo que aprender; pero volviendo a la cuestión principal, ¿qué pruebas tiene usted de la inocencia de esa gente?

- La casualidad me las proporcionó, y aunque tenga que revelarles cosas íntimas y de familia, creo que debo corresponder a su bondad y confianza; bastante razón tiene usted, señor presidente, en pedirme las pruebas antes de decidirse a hacer un acto de clemencia.

Don Pedro Martín refirió, sin omitir nada, cómo fueron Juan y Casilda a dar a su casa; cómo platicando entre sí, sin siquiera sospechar que fuesen escuchados, refirieron quién era el tornero y sus antecedentes, y la manera como Tules fue asesinada, sin que ninguno de los vecinos fuese cómplice, ni aun supieran el suceso sino cuando la casera abrió el cuarto.

- ¿Cómo es -preguntó asombrado el presidente- que los supuestos reos están convictos y confesos?

- No creo que eso conste literalmente en la causa, que apenas leí cuando estaba concluida; pero es muy fácil. Los que son ladrones y asesinos de profesión estudian sus respuestas, niegan, contestan negativamente a todos los cargos, o declaran de adrede cosas que hacen perder al juez el hilo del crimen. Los que son inocentes se ven, por el contrario, sobrecogidos de un pánico delante del juez, ven con horror la cárcel, se turban, se contradicen y suelen resultar, por sus mismas declaraciones, culpables de delitos que no han cometido. Esto evidentemente ha sucedido en este caso; y no sé, en verdad, cómo magistrados tan circunspectos y doctos, han aprobado la sentencia de ese inicuo y desatentado Bedolla.

La narración familiar del licenciado Olañeta no sólo calmó, sino que divirtió al presidente, quien no dejó de sospechar que, a pesar de la severidad de costumbres del abogado, había algo de exageración y de entusiasmo al hablar de Casilda. Sereno ya su ánimo, prometió al licenciado que mandaría suspender la ejecución de pronto, que esperaba al coronel Baninelli para que hiciese una correría por el monte y no parase hasta encontrar y castigar a los bandidos; que quería sorprender a la ciudad con el resultado, y

que entonces caía bien el que perdonase a los que, aunque fuesen culpables como cómplices de un asesinato, no habían tenido ninguna parte en los atentados de Río Frio.

Don Pedro Martín salió de la presidencia con el corazón ancho, bajó las altas escaleras de Palacio alegre y ligero, como si tuviese veinte años, y voló, con el contento y la satisfacción de quien hace una buena obra, a llevar la luminosa esperanza de la vida a la mefítica oscuridad del calabozo de la cárcel.

Al escuchar los condenados a muerte que el viejo licenciado les traía la vida, el hombre gordo cayó de nuevo en tierra, abrazando las rodillas de su salvador. El hombre entero y consumido se enderezó con esfuerzo, pronunció una palabra confusa, pero llena de ternura, alzó sus flacos brazos y los removió un instante como las aspas de un molino, y cayó en la tarima para no volverse a levantar, haciendo con sus huesos un aterrador y extraño ruido.

CAPITULO OCTAVO

Tragedia de los enmascarados

- Gracias a Dios, Baninelli, lo esperaba yo a usted con impaciencia. ¿Qué hacía usted?

- Caminar, mi general.

- Siéntese usted, que vendrá cansado -continuó el presidente-, y hablaremos despacio. ¿Ya sabe usted lo que ha pasado?

- ¿Lo de las operistas, no es verdad?

- Ni tiene usted idea de los cuentos que hay sobre este lance. Lo más grave fue el segundo asalto, donde hubo cuchilladas y balazos, y salió herido un minero y su señora lastimada gravemente en la nariz. El ministro inglés ha estado a hacerme una visita, se ha quejado muy moderadamente; pero si no se ponía remedio ni se procuraba por perseguir a los ladrones y hacer un castigo ejemplar, S. M. la reina Victoria se vería obligada a mandar a Veracruz buques de guerra para cuidar la vida y los intereses de sus súbditos. Pero, qué quiere usted: en el fondo tienen razón para exigir que haya seguridad en los caminos y en las ciudades. Yo he prometido solemnemente al ministro inglés que los bandidos de Río Frío serían perseguidos, aprehendidos y castigados.

- Mi general tiene razón en todo lo que dice, y lo que yo puedo prometerle es que perseguiré a los ladrones, que registraré el monte de aquí a Puebla y que haré cuanto pueda, pero en cuanto a aprehenderlos, es difícil, quizá están a muchas leguas de aquí y han ido a refugiarse a las montañas del interior.

- Nada de eso, aquí están, es decir, en sus madrigueras de Río Frío, robando como siempre las diligencias.

- Siendo así, mi general, quizá le daré cuenta con un buen resultado -contestó Baninelli-. Pero me dejará obrar y me dará cuantas facultades sean necesarias.

- Todas las que usted quiera, y las tiene desde este momento. Várase usted a ver con el ministro de la guerra, que ya tiene mis instrucciones, y no vuelva a presentármese sino cuando haya acabado con los bandidos, me haya limpiado todo ese monte y dejado a los pueblos en completa seguridad nombrando en los distritos hombres de a caballo y de resolución que vigilen por la seguridad de los habitantes y viajeros. Ya verá México cómo en una semana hacemos lo que no pueden hacer en años jueces como ese pícaro charlatán de Bedolla, que ha condenado a muerte a cuatro inocentes y el culpable precisamente es el jefe de los bandidos. Le recomiendo a usted lo persiga sin descanso, y si logra cogerlo lo fusila en el acto sin más averiguación.

Baninelli saludó respetuosamente a su general, que le tendió la mano, y pasó a la Secretaría de Guerra para organizar su expedición.

Una vez resuelto a obrar, formó capricho y asunto de amor propio y puso sus cinco sentidos en organizar la batida del monte; de modo que le diera un resultado completo.

- Escucha, Franco -le dijo el coronel tan luego como llegó al cuartel, después de haber arreglado lo necesario con el ministro de la Guerra-, vamos a hacer una cosa que hasta hoy no habíamos hecho: buscar una madriguera de ladrones.

- Es verdad, mi coronel; pero en el mundo fuerza es saber de todo. Mi coronel me ordenará lo que a mí toque -le contestó Franco, quitándose la gorra de cuartel y poniendo en la frente los dedos de su mano derecha.

- Toma la mitad de la primera compañía, la disfrazarás de indios, mejor dicho, de peones de esos que van a las haciendas a trabajar; no tienes necesidad más que de que salgan con el calzoncillo blanco, una frazada y sombrero de petate, que muchos tenemos de los reclutas, y algunos instrumentos de zapa. Te largas con los soldados y pian llegan hasta donde estén los ladrones de Río Frío. Si son detenidos y robados, tanto mejor, y para eso llevaréis en cobre el sueldo de cuatro días; si les hacen preguntas, responderán que son peones de los peajes que van a trabajar a la Olla. En esa expedición haz por explorar las veredas, barrancos Y cuevas; te quedarás tú y algunos para mirar cómo roban la diligencia, qué armas tienen, cuántos son los ladrones ...

- Ya entendí, mi coronel, no me diga más ... Sé lo que tengo que hacer. ¿Cuándo debo marchar?

- Mañana martes, en la madrugada, y estarás aquí de vuelta, con todas las noticias, el jueves o viernes en la noche. Un día mas o menos no hace al caso, con tal de que veas, de la manera que puedas, robar la diligencia.

En la noche hizo salir Baninelli un escuadrón de caballería por la garita de Candelaria, con orden de que, sin pasar por el camino real, fuese a situarse a la retaguardia del monte de Río Frío, sobre el camino de San Martín, para cortar la retirada a los ladrones.

El cabo Franco regresó de su expedición y refirió a su coronel cuanto deseaba saber. Los enmascarados estaban en quieta y pacífica posesión del monte, y se habían reforzado con bastante gente de a caballo, armada con machetes y pistolas. Efectivamente los rancheros sin colocación en las haciendas del Estado de México, y los vagos y viciosos de los pueblos de la comarca, habían hecho su madriguera en Tepetlaxtoc, donde tenían acobardados a los vecinos honrados, y venían de cuando en cuando a reforzar la cuadrilla de Evaristo, que les pagaba un par de pesos diarios, y les convidaba un poquito de lo que producía el robo. Cuando unos se iban otros venían a presentársele, y así, Evaristo había hecho conocimiento con toda la mala gente del rumbo, sin que esa mala gente, de quien desconfiaba, conociese ni frecuentase el rancho de los Coyotes ni supiese que su propietario era al mismo tiempo capitán de los enmascarados.

Evaristo, por su parte, desde el último lance, había modificado mucho su plan de campaña, temiendo que viniesen soldados en el techo y pasajeros armados dentro de los coches, y no se limitaba ya a presentar sus indios enmascarados y con garrotes, sino un pelotón de gente montada en muy buenos caballos, con pistolas en mano, que rodeaba la diligencia, imponía silencio y estaba dispuesta a sostener cualquier ataque, pero no había llegado ese caso porque, según orden expresa de la comandancia de México, habían continuado las cosas como estaban antes, es decir, ni escoltas en el camino, ni soldados de caballería en el techo del coche.

Un lunes a las diez de la noche salió un escuadrón por una garita de la ciudad, precisamente opuesta a la del camino de Puebla; y poco a poco ganó el camino, calculando llegar al lugar del peligro y con absoluta precisión a la hora oportuna. No hay para qué decir que la retaguardia sobre el camino de Puebla estaba ya cubierta con piquetes de caballería.

A las cuatro de la mañana del mismo lunes, los pasajeros para Veracruz llegaron al Callejón de Dolores envueltos en sus capotones y jorongos, y con sus maletas y bultos en la mano. Entraron al coche, y ya iba Mateo a tronar el látigo cuando se presentó el cabo Franco, que estaba al acecho hacía una hora, y presentó una orden de la Comandancia General. Los pasajeros tuvieron, de grado o por fuerza, que salir, y en su lugar entraron el cabo Franco y ocho soldados armados hasta los dientes, otros dos, sin uniforme y con sus fusiles, fueron colocados en el techo.

Así partió el carruaje echando chispas, y Mateo contentísimo de que Evaristo e Hilario, que restablecido de la pedrada había vuelto a presentarse más altanero e insolente, llevasen su merecido.

La diligencia caminó a un paso, calculando dar el tiempo preciso a Baninelli; encontró en el tránsito a varios viajeros, ya a pie o ya a caballo, y Franco les intimó la orden de no

seguir adelante sino después de una hora. A varios indios que Mateo les dijo que bien podían ser espías, los internó un poco al monte y los amarró sólidamente a los árboles.

El cabo Franco iba provisto de cuerdas para amarrar y para ahorcar, de armas de fuego para fusilar, de instrumentos de zapa para abrir zanjas y sepulturas o destruir palizadas y fortificaciones; de botiquín, de hilas y vendas para los heridos y de un par de camillas para conducir heridos o muertos. Era un magnífico equipaje con el que se iban a encontrar los ladrones. Baninelli todo lo había previsto y quería hacer una campaña definitiva.

Apenas Evaristo, montado en el magnífico caballo del ranchero que encontró muerto en el monte, se puso de un salto al frente y marcó el alto con su ordinaria y soez amenaza de costumbre, cuando del coche, como si fuera un castillo, brotó una llamarada, cuyo humo denso envolvió por un momento toda la escena.

La sorpresa de los ladrones fue tal que ni dispararon sus armas, y tanto los que estaban a caballo como los de a pie, corrieron aturridos por un lado y por otro; pero Evaristo les gritó, echando horribles juramentos, y pronto se rehicieron y rodearon el carruaje. Ya el cabo Franco y sus soldados habían salido de él, formándose en parapeto con las ruedas y con la caja, cargaban sus fusiles y se prepararon a la defensa, porque los enemigos eran tres veces más numerosos.

Evaristo estaba muy lejos de creer que eran soldados, tan aturrido estaba que se le figuró que eran mujeres, y que sólo algunos pasajeros, como en la vez pasada, habían hecho fuego.

- ¡Ríndanse con mil demonios, grandísimos cobardes, o mueren todos! ¡Aquí estamos, no les tenemos miedo a sus pistolas! ¡Boca abajo en el suelo, o no queda uno con vida!

El cabo Franco y sus soldados, que se iban haciendo conocer a medida que se despejaba el humo, desengañaron a Evaristo de que en vez de mujeres tenía que arreglar sus cuentas con las gorras azules de cuartel, que divisaba por entre los rayos de las ruedas y detrás de los cortinajes negros de cuero de la diligencia.

- ¡Fuego, muchachos! -gritó Franco, y los muchachos dispararon tan bien sus fusiles, que dos de los de Tepetlaxtóc cayeron muertos al suelo, fugándose sus caballos.

- ¡Fuego y matarlos a todos! -contestó Hilario, pero Evaristo, que en el fondo era un cobardón, en vez de avanzar se guareció en un grupo de árboles, y desde allí disparaba sus pistolas.

Los de Tepetlaxtóc, valientes y excitados con el vino de jerez y a el aguardiente, dispararon sus pistolas sobre los soldados, sacaron las espadas y machetes, se alzaron la lorenzana del sombrero, y jurando como diablos se lanzaron sobre los once soldados, pues los del techo habían descendido para reunirse con sus compañeros.

De los soldados, unos voltearon los fusiles por la culata, otros sacaron también sus rifles y sus bayonetas, y se trabó una horrorosa pelea. Mateo, con bastante esfuerzo, contenía las mulas para no privar de la defensa que proporcionaba el carruaje a los soldados, mientras el sota trataba de acertarle una pedrada en la cabeza a Hilario.

Todo esto pasó en instantes; los lances y las escenas se sucedieron sin interrupción y una tras otra, desde que llegó la diligencia hasta el punto en que, alrededor de ella, más de treinta hombres daban golpes y trataban de matarse con toda clase de armas.

Entre tanto otros vinieron por detrás del coche, estaban ya matando a cuchilladas a dos de los soldados, y quién sabe cómo habrían pasado las cosas cuando asomaron por un recodo del monte los morriones y las capas amarillas de los dragones, a cuya cabeza venia el coronel Baninelli.

- ¡Aquí estamos, mi coronel, ya hemos doblado a cuatro de ellos! -gritó el cabo Franco, blandiendo de nuevo su fusil, cuya pesada culata hizo pedazos un costado del coche, pues el bandido a quien iba dirigido el golpe lo evitó.

Baninelli, el primero, se lanzó espada en mano sobre el grupo, que vaciló, se hizo remolino, se defendió débilmente, y organizánizándose en filas de tres y cuatro echaron todos a correr a escape, y los dragones tras ellos, al mando del capitán. Baninelli se quedó allí, con sus ayudantes y una escolta, para averiguar lo que había pasado y dictar disposiciones.

Inmediatamente dispuso Baninelli que el practicante hiciese las primeras curaciones. Se sacó de la covacha el botiquín, las provisiones y los instrumentos de zapa, y se improvisó una tienda de campaña, donde se colocó a los heridos. Un ayudante, con unos dragones, fue a hacer un reconocimiento al monte y encontró el campamento de los ladrones con la lumbre todavía encendida, la cecina caliente, la castaña y los guajes con algún licor, una jaranita, tortillas y gordas, y las máscaras que se habpian quitado y tirado al suelo los de Tepetlaxtoc.

Baninelli hizo, sin embargo, retirar al cabo, y mandó que a los bandidos que estaban tirados los colgasen en los árboles mismos debajo de los cuales estaba la diligencia.

Los soldados, afanosos, riendo y contentos, como si se hubieran sacado la lotería, pasaron unas reatas al cuello de aquellos cadáveres con los ojos todavía abiertos y vidriosos, y brotándoles sangre por una parte y por otra, los arrastraron hasta el pie de los oyameles, echaron en los brazos más gruesos las reatas, tiraron del otro lado de ellos e izaron los cadáveres flexibles y descoyuntados, que se balanceaban y movían las piernas con el chiflón de viento que venía de cuando en cuando de las cañadas de la montaña.

En éstas y otras volvieron los dragones, fatigados y cubiertos de polvo, sin haber podido aprehender ni uno solo de los bandidos.

Baninelli se puso furioso; tronó, gritó y pateó; pero los oficiales le dieron tales razones que tuvo que convencerse.

No hay para qué decir que el famoso Evaristo y su segundo Hilario fueron los primeros que escaparon.

Al toque de diana, Baninelli movió su campo, dividió sus fuerzas de infantería y caballería designándoles el terreno que debían recorrer y dándoles cita para el mismo lugar donde el día anterior se había librado el combate. La diligencia, con la caja hecha un arnero y desquebrajada con los culatazos y machetazos, regresó a México.

Los pasajeros que se quedaron el día anterior salieron a la hora de costumbre, sin saber lo que había pasado y resignados a ser robados. Encontraron el camino enteramente solo, la refriega del día anterior había ahuyentado a los indios traficantes de las cercanías.

La sorpresa de los pasajeros aumentó cuando, al llegar al grupo de árboles del Agua del Venerable, observaron en el aire cuatro figuras horrendas, como de osos, balanceándose acompasadamente y dándose una contra otra con los pechos y las espaldas, como si estuviesen peleando en el aire.

Cansados y aburridos los jefes de estas pequeñas partidas, de no encontrar ni traza de bandidos, fueron regresando y reuniéndose en el lugar de la cita, donde Baninelli, que tampoco había encontrado nada, los esperaba impaciente.

El cabo Franco, con los soldados heridos, no habían quedado ociosos.

Así, poco a poco, hicieron su deber y llegaron los últimos al campamento, pero también sin ningún resultado.

A Baninelli, cuando se ponía furioso, apenas se le podía hablar; pero cuando se ponía triste y bajaba la cabeza, era peor, ninguno se atrevía a dirigirle la palabra, era que se quería dar un tiro o dárselo al primero que le dijese algo.

El cabo Franco, enseñándole su brazo vendado, se abrevió a hablarle.

- Mi coronel -le dijo-, creo haber encontrado la pista, y es menester que la sigamos antes que se haga de noche.

- Aunque tú no quieras, si lo que dices es verdad y encontramos a los bandidos, dentro de una semana serás el capitán de la segunda compañía -le respondió Baninelli, levantándose muy animado.

- Si mi coronel quiere venir ...

- Cómo que no, en el acto -y los dos entraron en una vereda, seguidos de una escolta de infantería con los fusiles cargados y bayoneta calada.

- Las máscaras negras que encontré tiradas en donde los ladrones estaban comiendo llamaron mi atención -dijo el cabo Franco a Baninelli- y me puse a andar y a registrar; y como a cien varas me encontré otra, y más adelante otra, y así, aquí tengo tres. Siguiendo la pista de estas máscaras tenemos que llegar a la madriguera.

Baninelli pareció algo desconcertado. Buscar en un monte enmarañado, por sólo una que otra máscara olvidada en la carrera y en el susto, no era cosa fácil; pero en el fondo reconocía que el cabo tenía razón y que era necesario seguir la exploración. Así continuaron andando y registrando todo: cuidadosamente descendieron por una barranca poco profunda, porque les pareció ver algo negro como una máscara. No era nada, pero encumbraron al otro lado, y allí sí, el mismo Baninelli levantó otra, y dijo con el mayor entusiasmo:

- Ya los tenemos, muchachos, mucho cuidado y ojo a todos los lados, que cuando menos lo pensemos nos van a descerrajar de entre las yerbas una descarga de balazos.

A los cien pasos el bosque estaba más despejado, y pudieron notar una humareda que no distaba mucho.

- Están haciendo carbón por aquí cerca, mi coronel -dijo el cabo-. Pero si a usted le parece iremos allá, porque podríamos encontrar alguna gente que nos podría dar noticias.

En esto encontraron otra máscara; Baninelli no vaciló, y a los quince minutos estaban ya en la carbonera de Evaristo. Encontraron a los carboneros, los unos dormidos o fingiendo dormir, envueltos en sus frazadas; otros, cortando retoños de madroño, pero todo en la mayor tranquilidad y calma.

Los indios carboneros ni se movieron ni se alarmaron a la llegada del coronel y de los que lo seguían, sino que cada cual siguió haciendo su trabajo, o acostado, sin levantar siquiera la cabeza. Eran mañas y lecciones que les habían enseñado Hilarío y Evaristo para cuando llegara el caso, y además, el carácter del indio montañés es así: hosco e indiferente.

- ¡Ea, salvajes! -les gritó colérico Baninelli-. ¿No saben hablar? Ven que llega gente y ni siquiera levantan la cabeza. Levántense, bruto y todos los que haya aquí a formar y a responder a las preguntas que les voy a hacer.

Los indios se fueron levantando perezosa y humildemente, con el sombrero viejo de petate en la mano, agrupándose cerca de donde Baninelli había hecho alto, sentándose en un grueso tronco de árbol.

- ¿Han oído anoche balazos por el monte?

- No, *pagresito*; como trabajamos tanto de día, nos dormimos en la noche y nada oímos.

- ¿Ha pasado alguna gente a pie o a caballo ayer tarde o en la noche por aquí?

- Ni un alma, mi coronel -contestaron en coro.

- Ya los tenemos y no hay que dejarlos escapar, mi coronel. Ya he encontrado otra máscara y estos dos fusiles ocultos debajo de unas ramas; tropecé con ellas por casualidad. Con estos fusiles se ha hecho fuego ayer, no se necesita ser soldado para conocerlo. Vea usted, mi coronel.

Baninelli examinó los fusiles y no le cupo duda. Llamó inmediatamente a los soldados que estaban junto a la fuente de agua, y con la bayoneta calada rodearon a los indios para que no pudiesen escapar: uno de ellos habla permanecido acostado junto a unas vigas, envuelto en su frazada. El cabo Franco le dio un puntapié, le arrancó bruscamente la frazada, y el indio, al levantarse y ajustarse sus calzoncillos blancos, dejó descubrir, enredada en la cintura, alguna cosa blanca que relumbraba y que quiso cubrir, lo que no se escapó a la perspicacia del cabo.

- No hay que andar ni que buscar más -dijo Baninelli a Franco-. Estos son los ladrones. Con las máscaras que nos han guiado aquí y las prendas pertenecientes a la compañía de ópera tenemos suficientes pruebas. Has ganado bien las presillas de capitán. Amarren codo con codo a ese canalla y regresemos al campamento.

Dicho y hecho, fueron amarrados como un cohete, y entre dos filas marcharon custodiados por Franco al lugar fatal donde habían cometido sus depredaciones.

Ya entre tinieblas y silbando por entre las ramas de los árboles un viento frío, pudieron, sin extraviarse, merced al instinto natural para guiarse del cabo Franco, llegar al Agua del Venerable, donde estaban acampados los dragones, el resto de infantería y los soldados heridos.

Se encendieron unas lumbradas, a la vacilante y humosa luz de los ocotes, Baninelli formó una breve sumaria.

Preguntó a los indios sus nombres, y todos respondieron que se llamaban *José*.

- ¿De qué tierra?

- De ninguna -contestaron.

- ¿Qué profesión tenían?

- Carboneros.

- ¿De cuenta de quién trabajan?

De ellos mismos, contestaron, que hacían su carbón y lo cargaban en las espaldas y lo iban a vender a México.

Insistió mucho Baninelli en que le dijeran quién era el capitán. Los amenazó con ahorcarlos, les rogó, les prometió perdonarles la vida, les ofreció dinero; todo fue inútil, a nada contestaron, y sólo agachaban la cabeza y querían rascársela, pero no podían porque estaban atados por los codos.

- ¿Hace meses que están ustedes robando en este camino?

- Haciendo nomás carbón, mi coronel -respondió el menos obstinado.

- ¿Dónde cogieron esos cinturones que tenían enredados en la cintura?

- Los encontramos entre las yerbas del monte.

- ¡Cáscaras! -dijo Baninelli-. ¡Qué obstinación, qué audacia y qué sangre fría la de estos indios!

Franco y sus soldados comenzaron a trabajar, escogiendo los árboles, subiendo como monos por el tronco hasta alcanzar un brazo, pasando las cuerdas, cortando ramas de ocote y encendiendo lumbreras cuya luz siniestra alumbraba a intervalos las negras profundidades del bosque. No costó poco trabajo esta previa operación, que concluyó cerca de las doce de la noche.

Evaristo e Hilario fueron despertados por el único enmascarado que pudo escapar, y que les contó que todos los carboneros habían sido amarrados por la tropa, y que él, que estaba cortando leña, pudo ocultarse entre el ramaje, ver lo que pasaba y correr después hasta llegar al rancho. En cuanto a los de Tepetlaxtoc, se hallaban muy tranquilos durmiendo en sus casas.

A las doce de la noche Baninelli dispuso que se diese a la tropa algo de comer de las provisiones que había llevado el cabo Franco y un trago de aguardiente. La tropa se formó después, y uno a uno fueron colgados en los árboles los enmascarados, que se dejaban conducir sin hablar una sola palabra.

A la mañana siguiente, Baninelli se puso en marcha con su tropa en dirección a los pueblos más cercanos, con el fin de buscar entre la gente honrada de ellos personas que quisiesen hacerse cargo de levantar partidas, para cumplir así con las instrucciones que había recibido. Estas fuerzas con corto número, serian pagadas por el gobierno federal mientras no se restableciese la seguridad: la persona que los mandase, tendría en cada demarcación el título de *Capitán de rurales*, las facultades necesarias para catear casas, registrar las haciendas y ranchos, persiguiendo, en una palabra, de todas las maneras posibles a los bandidos, fusilándolos o ahorcándolos sin compasión ninguna una vez identificada su persona.

En vez de seguir el camino real quiso el coronel hacer su última exploración en el monte y entró en él guiado por Franco, que no tardó en extraviarse, preocupado por encontrar

acaso más máscaras u otros indicios para descubrir una nueva madriguera, y por poco sucede, pues pasaron a muy poca distancia del rancho de los coyotes.

Baninelli pensó que, además de la necesidad que tenía de comer como quien dice, algo caliente, podía aprovechar la oportunidad para tomar informes de las personas que podrían ser a propósito para *Capitanes de rurales*.

Bien que mal, el administrador de La Blanca se dio trazas para que la mesa no fuese del todo mala, y el jefe de la expedición se puso de buen humor, almorzó con apetito y platicó largamente con el buen hombre. Contóle, por supuesto, que había colgado la noche anterior en los árboles del monte de Río Frío a quince bandidos, y que todo aquel rumbo estaba ya muy seguro; pero para que continuase así era necesario encontrar un hombre resuelto que quisiese ser *Capitán de rurales* y levantar una fuerza de quince o veinte hombres de a caballo, que el gobierno pagaría bien y puntualmente por algunos meses, y que, restablecida la seguridad, se retirarían a su casa o continuarían, si era su voluntad, en la caballería de línea.

- Muy difícil, señor coronel, es encontrar el hombre que usted desea.

El administrador se quedó callado y pensativo, y Baninelli impaciente y moviendo sus pequeños y chispeantes ojos, esperando la respuesta.

- Ya tengo mi hombre, señor coronel, ya lo encontré, que ni mandado hacer. ¡Qué tonto soy! ¡Cómo no se me había ocurrido! El arrendador del rancho de los Coyotes, don Pedro Sánchez. Hombre valiente, de caballo, tenaz, y que ha limpiado de la mala gente toda esa parte del monte que pertenece a esta finca.

- ¿Y dónde está ese don Pedro Sánchez? -preguntó Baninelli.

- Pues debe estar en su rancho.

- ¿Y está muy lejos de aquí?

- Por el camino real, muy lejos; pero por la vereda, muy cerca.

- Pues en el acto mándelo usted llamar, y mientras, me permitira que duerma una siesta, pues anoche no pegué los ojos. No crea usted que nos costó poco trabajo ahorcar tanto bandido.

Baninelli despachó su tropa a Texcoco, quedándose con una escolta de caballería, entró a dormir y, entre tanto, el administrador despachó un propio a caballo, con orden de traerse precisamente a don Pedro Sánchez.

Cuando el mozo entregó la carta en que el administrador de La Blanca le decía que en el acto montase a caballo y viniese a presentarse a Baninelli, creyó llegado el último día de su vida, y se le figuró que detrás del mozo venían ya los soldados a aprehenderle.

- Lo que ha de suceder más tarde que suceda hoy, lo mismo da -dijo, y se resolvió a seguir al mozo a presentarse ante Baninelli. Llegó al pardear la tarde a La Blanca, y en la puerta de la casa se encontró con el administrador y el coronel, que lo hablan divisado y lo esperaban.

- Gracias a Dios -dijo el administrador- que llegó usted, amigo don Pedro; el coronel estaba ya impaciente. Aquí tiene usted, señor coronel, a la persona de quien hemos hablado y espero que no se rehúse a servir al gobierno, recibir el nombramiento de capitán y levantar la gente necesaria, lo que le será muy fácil, pues tiene muchas relaciones con todos estos pueblos.

Evaristo se desvaneció de la sorpresa que le causó este lenguaje del administrador.

- Baje del caballo, amigo -le dijo Baninelli-. Entraremos y hablaremos.

El don Pedro Sánchez (alias *el Tornero*) recibió provisionalmente el título de *capitán*, firmado por Baninelli, el que de pronto le dio las más amplias y terribles facultades, prometiéndole que recibiría su despacho del Ministerio de la Guerra luego que avisase que había reunido quince o veinte hombres. ¿Qué no prometería Evaristo? Inútil es decirlo.

En la misma tarde marchó Baninelli con su escolta a Texcoco, y al día siguiente entraba a México sin ruido de tambor ni de trompeta y sin quitarse el polvo del camino se presentaba al presidente de la República.

- Ninguna novedad, mi general -le dijo después de saludarlo respetuosamente-. Cuatro heridos de mi regimiento y diecinueve bandidos colgados en los árboles. Durante diez o doce días los enmascarados estuvieron meciendo en sus cuerdas con el recio viento de la montaña, hasta que los aguiluchos y gavilanes los acabaron de devorar.

Las mujeres que pasaban en la diligencia se tapaban los ojos, y los indios se quitaban el sombrero y rezaban un credo.

Los reos condenados a muerte por el licenciado Bedolla y Rangel salieron en libertad, menos el de los largos brazos, al que condujeron al camposanto en el sucio ataúd de la cárcel.

Su mujer y tres muchachos casi desnudos iban detrás, llorando e implorando la caridad pública.

CAPITULO NOVENO

El Cabo Franco

Los asuntos del gran Bedolla y Rangel iban de mal en peor. Restablecido y sacando fuerzas de flaqueza, se decidió, buscando siempre un pretexto, a ir a Palacio a continuar sus visitas y adulaciones.

Entróse el ayudante a anunciarlo y salió al momento, diciéndole con voz que pudieran oír los que estaban cerca:

- El señor presidente dice que no puede recibir a usted por las urgentes ocupaciones que tiene en este momento, pero que si algo se le ofrece, puede usted dirigirse por escrito al ministerio respectivo.

Bedolla se puso como un muerto, dejó caer los brazos, y con la boca sin saliva se le pegaron los labios y no pudo hablar.

- El señor ministro ha dado orden de que nadie entre.

- ¿Ni yo? -le dijo Bedolla con cierto tono de despecho.

- Nadie, más que los ayudantes de la Presidencia.

En ese momento llegó don Pedro Martín de Olañeta, que pasó sin apercibirse de que su compañero Bedolla estaba allí.

- Pase usted esta tarjeta al señor ministro -dijo don Pedro Martín.

El portero entró con la tarjeta y salió al mismo momento diciendo:

- El señor licenciado puede entrar -y en efecto, la vidriera se cerró detrás del viejo abogado.

Bedolla estaba a punto de volverse loco; ya no le cabía duda de su completa desgracia. Sin embargo, no se dio por vencido y pasó a ver al Ministro de Guerra, con el que creía tener estrecha amistad. La casualidad quiso que al mismo tiempo que él llegaba, el ministro salía un poco aprisa. No hubo remedio, tuvieron que hablar.

- El presidente no está muy contento que digamos de usted amigo licenciado -le dijo el ministro, continuando su camino y sin darle la mano.

- No sé en qué he podido desagradarlo, señor ministro, y precisamente venía yo ...

- Ya ve usted, en tres días hemos limpiado el camino de Río Frio mientras usted dilató meses y meses en una causa de uno de tantos asesinatos que se cometen por el capitán de los bandidos de Río Frio, era nada menos el asesino que no pudo usted encontrar, y para quedar bien, condenó usted a muerte a unos pobres diablos que ya están en libertad. Dispense la franqueza licenciado, pero los militares somos así, estamos acostumbrados a

hablar claro, ya verá que cosas como éstas no deben de ser muy del agrado del presidente ... Cuídese usted mucho, y lo que se le ofrezca, ya sabe que soy su amigo.

La desgracia de Bedolla no dejó de traslucirse en el público al cabo de pocos días, y se le veía en el despacho del juzgado triston y pensativo.

Pero no era esto lo peor, sino que el negocio capital de la restitución de sus bienes a Moctezuma III, en el que habían trabajado sin descanso él y Lamparilla y que estaba a punto de resolverse en su favor, vino completamente abajo.

Crisanto Lamparilla y Crisanto Bedolla y Rangel (pues ya se había añadido este segundo apellido) almorzaban juntos los domingos; platicaban largas horas; bebían champaña y se forjaban ilusiones a cual más doradas y halagadoras; contaban con ganar cada uno lo menos trescientos mil pesos. Allá como cosa extraña y olvidada hablaban del pobre Moctezuma III, de doña Pascuala y de su hijo, que era nada menos que ahijado de Lamparilla. A toda esa gente la contentarían con un rancho. Las mejores haciendas serían para ellos.

Pero todo este magnífico castillo de naipes vino a tierra en el momento menos pensado.

- No nos queda más remedio ni podemos encontrar nuestro modo de vivir más que en la revolución -dijo Bedolla.

- ¿Pero cómo diablos quieres que hagamos una revolución que pueda echar abajo al gobierno? -le contestó Lamparilla.

- Ya se deja entender que nosotros no podemos hacer nada, pero otros lo harán -por fin resolvieron de cualquier manera el comenzar a trabajar, y de pronto comenzaron, en efecto, por los anónimos.

Lamparilla tenía una maravillosa facilidad para imitar toda clase de escrituras, hasta el grado que la misma persona cuya letra falsificaba afirmaba que era suya.

Convinieron en vez de ir al teatro, encerrarse en la noche en casa de Lamparilla y despachar su correo.

Anónimos a dos o tres gobernadores, imitando la letra del ministro de Gobernación, diciéndoles que la revolución se falseaba; que se pretendía entronizar la dictadura, que dos de los ministros estaban en favor y dos en contra, e iban a renunciar sus carteras.

Este anónimo recibía su confirmación en un suelto de algún periódico, que sugerían por diversos caminos a alguno de los diarios de oposición.

Al principio fue trabajo perdido, pues los que recibían los anónimos, o no hacían caso, o los rompían y no se volvían a acordar de ellos; pero poco a poco la desconfianza fue grande en Guadalajara, donde sobaban los motivos de descontento. El comandante

general escribió al presidente que no veía muy clara la marcha de las autoridades del Estado; que amenazaba, sin saberse exactamente por qué, una revolución, y que estando los regimientos en cuadro por la deserción diaria necesitaba reclutas y algún batallón de toda confianza para que, en caso ofrecido, se pudiera reprimir cualquier intentona.

Como de cajón, Baninelli, que estaba entonces por la costa de Veracruz, fue llamado para marchar a Jalisco con su batallón y conducir trescientos o cuatrocientos reclutas, y como de cajón también, fue el cabo Franco el comisionado por su coronel para coger leva y marchar a la vanguardia.

Ya que hemos hecho conocimiento con el cabo Franco en el monte de Río Frio y en las carboneras de los enmascarados, diremos algunas palabras más sobre él. Sus padres eran de humilde nacimiento. La madre, costurera, el padre, sacristán. Los dos de color oscuro y pelo negro. El hijo, muy blanco, rubio y de ojos azules. El padre y la madre, muy quietos, tímidos y devotos, y el hijo, vivo, sagaz, turbulento y atrevido. Mientras estuvo en la escuela, donde aprendió a leer y escribir bien en la mitad del tiempo que cualquier otro muchacho, no había día que no riñese y golpease a alguno de sus discípulos; el mismo maestro le alzaba pelo, hasta que al fin se hizo el ánimo y lo despidió de la escuela. El día que los padres lo quisieron poner en un colegio, se largó de su casa, se fue a presentar a un regimiento y sentó plaza de *pito*.

¿Por qué se fue al regimiento y sentó plaza de *pito*? La explicación es muy fácil. Así como Lamparilla tenía particulares aptitudes para enredar los negocios e imitar cualquier letra, Francisco, que por abreviatura le llamaban Franco, la tenía para golpear y vencer a cualquiera que se le ponía delante, y para tocar cualquier instrumento de viento.

En el curso de dos o tres años se desertó como veinte veces otras tantas se volvió a presentar hasta que fue a dar al regimiento de Baninelli, que había oído hablar mucho de él a los jefes y oficiales de los otros regimientos.

- Yo sé la casta de pájaro que eres -le dijo Baninelli, tirándole de las orejas-. Te voy a admitir cerrando los ojos sobre tus muchas deserciones; pero conmigo no juegas; a la primera vez que faltes del cuartel, te mando dar veinticinco palos y si consumes deserción, te busco aunque te ocultes en los profundos infiernos y de allí te saco y te fusilo.

Franco se quedó pensativo unos cinco minutos y después respondió:

- Mi coronel, me gusta su genio de usted; me quedo y convenido; el día que me deserte, hará usía bien de fusilarme. No diré ni esta boca es mía.

Desde ese momento Franco ganó la confianza y el cariño del coronel, y no pasó mucho tiempo sin que lo ascendiese a cabo y le dispensase toda su confianza.

Cuando Baninelli dio parte oficial de su campaña y platicó largamente de ella al presidente, éste le dijo:

- Ha hecho usted más de lo que yo esperaba; la ciudad está contenta y el prestigio del gobierno ha subido un ciento por ciento. Crea usted que negué a tener un rompimiento formal con las potencias extranjeras. Usted, pues, ha prestado un servicio distinguido a su patria, y voy a ordenar al ministro de la Guerra que extienda a usted su despacho de general de brigada, le mandaré bordar una banda verde y se la regalaré.

- Mi general -le respondió Baninelli-, admito la banda, la guardaré como una reliquia y me la ceñiré el día que la gane, como gané mis estrellas de coronel. Lo que pido a mi general, y no me lo negará, son las presillas de capitán para Franco. Él lo ha hecho todo.

Baninelli ganó, y Franco, que había comenzado por *pito* de la banda, a pesar de sus calaveradas y desertiones, se plantó el uniforme que le regaló Baninelli y las presillas de capitán.

El que al cielo escupe a la cara le cae, y no hay refrán más cierto.

Ni Lamparilla, ni Bedolla y Rangel, por más que escribían, que intrigaban, que chismeaban y que mañosamente hacían deslizar parrafillos subversivos en los periódicos, velan el resultado práctico de sus trabajos revolucionarios, las cosas políticas seguían en el mismo estado y el gobierno, con el golpe que dio Baninelli a los ladrones de Río Frio y el acertado nombramiento de Evaristo para *Capitán de rurales*, parecía más firme y seguro que nunca; pero lo que se hallaba en un estado pésimo eran los bolsillos de los dos condiscípulos y amigos.

Platicaron sobre esto los dos Crisantos, y agotando expedientes y recursos, no encontraron otro sino recurrir a doña Pascuala sin sospechar siquiera que por causa de sus intrigas, maquinaciones y anónimos, habían preparado una formidable tempestad sobre la persona misma de quien espiaban sacar recursos.

Ensiló su caballo una mañana muy temprano, y a todo galope se dirigió al rancho de Santa María de la Ladrillera.

La mañana, con el sol radiando en un cielo despejado y azul, más bien estaba tibia que fresca, al acercarse Lamparilla al rancho que hacia mucho tiempo no visitaba.

Lamparilla moderó el paso para dar resuello a su caballo, y habria llegado sin ser sentido hasta la sala de la casa si no hubiera sido por los perros, que en grupo salieron a encontrarlo, a ladrar y hacerle fiestas, pues ya lo conocían desde que nacieron y eran sus amigos.

Doña Pascuala salió de su cocina, donde preparaba una gran vasija de leche para convertirla en quesos y requesones.

El licenciado se apeó, entregó las riendas de su caballo a un peón, y su comadre, más fresca y más robusta, como si no hubiesen pasado días, meses y años sobre ella, le tendió los brazos con sincero cariño y lo introdujo en la sala.

- Cómo se da usted a desear compadre -le dijo-. Me las tiene usted que pagar; el cardillo me ha dicho que no se ocupa usted más que de Cecilia y que semanas enteras se está usted en Chalco.

- Verdad es, comadre, que suelo ir a Chalco, pero más que por los asuntos que tengo entre manos de Cecilia, hago el viaje por los de usted. Le aseguro a usted que nos están robando, como qUien dice, año por año, unos veinte o treinta mil pesos. Para no cansar a usted, necesitamos unos tres o cuatro mil pesos. Ya sabe usted que cuando tengo dinero, lejos de cobrarle honorarios le suplo a usted cuanto necesita, ¿no es verdad?

- Poca cosa hay en el baúl que usted conoce, compadre.

A ese tiempo, y antes que doña Pascuala le dijera a Lamparilla lo que le ocurría, hicieron una repentina irrupción en la sala los tres muchachos, es decir, Juan, Moctezuma III y Espiridión.

Lamparilla los encontró muy guapos, los abrazó, les hizo muchos elogios por lo bien que se portaban y el buen estado en que tenían la finca, y mientras ellos salieron a ver los caballos y jugar con los perros, Lamparilla continuó su conferencia, que era lo que más le importaba.

Doña Pascuala, al fin, con la buena voluntad con que se prestaba a cuanto querra Lamparilla, al que consideraba como el único hombre sabio que había en el mundo, le prometió que en el momento que vendiera su cosecha de maíz podría disponer de dos o tres mil pesos, que, entre tanto, registraría el baúl y le daría lo que pudiera, quedándose sólo con lo muy preciso para sus rayas y gasto.

Lamparilla vio el cielo abierto, pues con esa suma él y su amigo Bedolla cubrirían de pronto sus compromisos, y después Dios diría.

Iban a sentarse todos a la mesa cuando escucharon un concierto lejano de pitos y tambores. Lamparilla subió a la azotea, y entre una nube de polvo pudo descubrir una tropa de infantería que avanzaba a paso redoblado en la dirección del rancho.

Por precaución y para no tener que ofrecerles de almorzar a los oficiales, entre todos quitaron la mesa, escondieron el pan, el pulque y el vino, y volvieron a la cocina los guisados que estaban ya servidos.

No terminaba este rápido movimiento cuando entró hasta en medio de la sala un sargento seguido de cuatro soldados. Descansaron con estrépito sus fusiles, rajando los ladrillos con las culatas.

- Alojamiento y raciones de carne y maíz para mi capitán, su tropa y oficiales, doscientos reclutas, los arrieros y su recua -dijo bruscamente el sargento poniéndose más bien por costumbre que por respeto los dedos de la mano derecha en la frente.

- Imposible, sargento -dijo Lamparilla con cierto tono de autoridad-. ¿Dónde está el comandante de la fuerza? Voy a hablar con él.

El sargento, sin responder, mandó echar armas al hombro y salió, pero casi inmediatamente y mientras Lamparilla buscaba su sombrero, el comandante de la fuerza se presentó.

- No hay remedio; como se pueda tienen que darnos alojamiento -dijo al entrar y dirigiéndose a doña Pascuala y a Lamparilla.

Al decir esto se sentó sin ceremonia en el canapé, se limpió el sudor y dijo al sargento que con sus cuatro soldados habla vuelto a entrar:

- Que lleven mi caballo, los de los oficiales y los del piquete de caballería a la caballeriza y les echen cuatro cuartillos de cebada a cada uno; que la tropa se aloje en las trojes; que los reclutas vayan al corral, y las mulas de carga échenlas a las milpas para que coman caña, que está muy verde y muy fresca. Y usted, patrona, porque supongo que usted es la dueña de este rancho, disponga que nos den de almorzar bien, somos cinco oficiales; que maten una res para la tropa y los reclutas y que entreguen a los arrieros una carga de maíz para que hagan sus tortillas.

CAPITULO DÉCIMO

El Capitán de Rurales

Los valentones de Tepetlaxtoc no quedaron muy contentos de la conducta de Evaristo en el ataque que sufrieron por las fuerzas del coronel Baninelli. Decían en la pulquería del pueblo que era una gallina, un collón, un sinvergüenza, que se había *juído* en cuanto vio las capas amarillas, que si él como capitán que era de la cuadrilla, se hubiese puesto a la cabeza de ellos, se habrían zumbado redonda a la caballería de línea y hasta cogido preso al coronel.

De los indios enmascarados decían blasfemia y media.

Evaristo, añadían, no se había portado bien dejando abandonadas a esa gente para que se las comieran los zopilotes: repetían que a la mejor se había rajado, y se proponían, cuando viniese Evaristo al pueblo, convidarlo a tomar pulque y buscarle camorra, provocarlo y pelearse con él para saber, si cara a cara y hombre a hombre, era capaz de sostenerse y si no se iría para atrás como un gallina.

Evaristo, no obstante esta mala disposición de la gente de Tepetlaxtoc, se presentó en el pueblo y les dijo:

- Ya saben que soy *Capitán de rurales*, pero quiero que seamos amigos y compas hasta la pared de enfrente; conquen vnganse conmigo con sus armas y caballo, ya nos dar el gobierno nuestro sueldo y veremos despus cmo arreglamos nuestro modo de vivir. Conque ¿qu tienen que contestar?

- Pues compas y nada ms -respondieron los valentones y se estrecharon y sacudieron las manos sucias y callosas.

Y la compaa de brutales para custodiar el camino de Veracruz qued formada.

Evaristo tuvo la audacia de ir a Mxico, y con el nombramiento provisional de Baninelli y las instrucciones que le haba dado se present a la comandancia, y en menos de una semana arregl cUanto era necesaria y volvi con su despacho de capitn y la orden para que le abonaran las aduanas de Texcoco y Chalco haberes para veinticinco hombres a un peso diario cada uno.

Con todo y esto, los vecinos honrados de Texcoco, de Chalco y de Tepetlaxtoc, y aun el mismo administrador de La Blanca, que lo haba recomendado, fueron atando cabos y casi no tuvieron dUda de que Evaristo no era extrao a los acontecimientos de Rfo Frio.

Pero sea lo que fuere, los que as sospechaban tenan tanto miedo, que ni a su sombra se atrevan a contar lo que pensaban.

La seguridad del camino de Veracruz se restableci en lo aparente.

Cuando menos lo esperaban, ya un pueblo, ya en otro, salan de la espesura de las yerbas y de los rboles diez o quince hombres montados en buenos caballos y armados hasta los dientes, que rodeaban la diligencia, y alguno de ellos que fungia de jefe se acercaba a la portezuela, se quitaba el sombrero y decia con voz hueca y frecuentemente aguardentosa:

- Buenos das, caballeros. Es la escolta del camino.

Cuando les daba la gana, el jefe volvia a saludar y decia:

- Se retira la escolta.

Y uno a uno de los que la formaban iba sucesivamente tendiendo su sombrero e introduciendolo hasta dentro diciendo:

- Lo que gusten dar, caballeros.

Llovian pesos y pesetas en los sombreros hasta que no quedaba ni polvo en el bolsillo a los pasajeros. En seguida metian espuelas a los sacos, y como demonios desaparecian en el recodo de la montaa.

Evaristo dejó el cuidado inmediato de las escoltas a Hilario; y él, con un par de valentones detrás, recorría los pueblos indagando la vida y milagros de todo el mundo.

De vez en cuando venía a la capital en busca del coronel Baninelli, a quien logró ver una vez, y de las autoridades civiles Y militares, con las que estaba en relaciones por motivo del desempeño de su comisión; les contaba mil mentiras y exageraba su constante trabajo de vigilancia ...

A los dos días de observación, un desgraciado que había conducido ladrillo a la fábrica de hilados fue aprehendido por el mismo Evaristo y sin más ceremonia lo colgó en un pirúl, despachó con uno de los valentones los burros al rancho, y él se fue en el acto, seguido de otros dos, a dar personalmente parte a México.

- Nos van a dar malos ratos los periodistas -le dijo el mayor de Plaza-, pero desgraciadamente no hay otro medio de acabar con los ladrones. Ya veremos, pero pierda cuidado, que se le sostendrá, pues basta que sea amigo del coronel Baninelli.

De cualquier manera, el prestigio de Evaristo aumentó considerablemente.

Un día, montado en un caballo soberbio que le habían regalado en la hacienda de Chapingo, y seguido de sus dos valentones, se presentó en Chalco y tocó en la puerta principal de la casa de Cecilia, la que salió a abrir, pues se hallaba en el patio en aquel momento ayudando a regar y barrer a Maria Pantaleona.

No pudo menos que saludarla de buena voluntad y decirle que se apease, descansase un rato y tomase café, chocolate o un trago de mezcal.

Evaristo no esperó a que se lo dijera dos veces; se apeó, dejó su caballo en manos de sus satélites de fisonomias siniestras, y él cinco minutos después estaba frente a frente de Cecilia.

Se la quedó mirando con unos ojos de tempestad terrible que no presagiaban nada bueno. Cecilia sintió como si se le hubiese tocado la espalda con una varita de acero, o como si pasase una corriente de alfileres por su cuerpo.

Evaristo, con el carácter de *Capitán de rurales* y con el mando absoluto y, podía decirse, el dominio entero de casi una provincia, se había hecho la ilusión de que ya era no sólo hombre de bien, sino un personaje importante en la milicia; y continuando así, quién sabe si con el tiempo iba a dar a coronel y hasta a general, con el mando de un Estado. Su carrera era más que equívoca, y sus aspiraciones, muy semejantes a las de Bedolla. Cada uno, en su línea, quería clavar la rueda de la fortuna.

Bedolla, casándose con una rica heredera de la noble y antigua casa de Valle Alegre. Evaristo, enlazando su vida para siempre con la más rica y más guapa trajinera de Chalco, y de las fruterías del mercado mayor de México.

- Doña Cecilia -le dijo arrimando su silla hasta tocarle con la rodilla-, ya sabrá usted que soy *Capitán de rurales*; que mando en todos estos pueblos y que no hay quien me tosa ni se me quede mirando.

- Mucho me alegro -le contestó Cecilia retirando su silla, cambiando de postura y envolviéndose la cara con su rebozo azul.

- Si le digo que soy capitán y que si no soy rico al menos tengo cuatro reales, como quien dice, es porque todo es por usted.

- Le repito que me alegro, y si continúa trabajando será coronel y más rico. ¿Qué más da?

- Para qué andamos con rodeos, doña Cecilia; ya que se hace usted la desentendida, como todas las mujeres, le hablaré clarito y sin que se me quede nada dentro. Me quiero casar con usted.

Evaristo, orgulloso con su autoridad de capitán y creyendo que su elocuente peroración había producido efecto, tiró a un lado el sombrero que tenía puesto y se atrevió a echar el brazo al cuello de Cecilia. Ésta, con un movimiento de cabeza, se escapó y se puso en pie.

- Siempre ha de ser usted atrevido -le dijo con enojo-. Ya sabe que de nadie sufro llanezas. Siéntese y hablemos en razón. Yo no provocho a nadie. Dios me hizo como soy y no tengo la culpa si los hombres son atrevidos. Siéntese.

Los dos volvieron a sentarse.

- Voy a contestarle sin rodeos como usted dice, y vale más no engañar. Yo no me he de casar ni con usted ni con nadie.

- Si eso es nada más, será usted tan libre como ahora, doña Cecilia.

- ¿Por quién me toma entonces? -le contestó Cecilia con viveza- Si quiere que nos separemos amigos, mejor tome un trago y váyase, que precisamente por ser ya capitán es mayor el escándalo dejando el caballo en la puerta con los dos que trae de soldados o de mozos.

Cecilia fue al armario, sacó una botella de mezcal y unas copas, las llenó y presentó una a Evaristo.

- Crea, doña Cecilia, que en lo que llevo de vida nadie me ha tratado como usted, y otra que hubiera sido, habría ido a recoger los dientes al suelo.

Cecilia estaba ya violenta, se retiraba a medida que Evaristo se acercaba, y así fueron dando vuelta a la mesa.

- Déjeme en mi quehacer y usted váyase dizque a coger ladrones, que el ladrón que coja me lo clavan en la frente.

- Doña Cecilia. Por lo que tiene de mujer y de cristiana, no me diga más si no quiere tener la suerte de ...

- La suerte de un cobarde que se atrevió a medirse conmigo en cierta mañana, y todavía está en el hospital de San Andrés.

María Pantaleona, desde que Evaristo entró a las habitaciones de Cecilia, había estado en observación y escuchando la conversación.

Cuando notó que la conversación iba convirtiéndose en un pleito y que Evaristo pasaba a las vías de hecho, se presentó en la puerta con su barreta en la mano.

- ¿Se le ofrece algo a doña Cecilia? -dijo María Pantaleona mirando fijamente a Evaristo.

- Nada -respondió Cecilia-. Continúa tu trabajo; ya Don se va a marchar y se estaba despidiendo.

María Pantaleona se retiró, pero sin perder de vista desde el corredor el lugar donde pasaba la escena que se acaba de contar.

- Váyase en paz y prométame no volver ni mezclarse para nada conmigo, que yo haré lo mismo, y acabemos.

- Devuélvame mis alhajas que le di a guardar, y así acabemos de una vez.

- Las prendas que usted me dejó a fuerza a guardar apenas las vi; pero como había perlas y diamantes viejos, las llevé a México para que estuvieran más seguras, y las di a guardar. Se las tendré aquí dentro de tres días, y María Pantaleona se las entregará.

- Siéntese, le digo, y óigame dos palabras. Soy *Capitán de rurales* -continuó Evaristo- y el coronel Baninelli me ha dado facultad para perseguir a los ladrones.

- ¿Y eso qué me importa a mi? -le contestó Cecilia.

- Y mucho que le importa, y se lo voy a decir. Ahorita mismo entran mis soldados, la amarran codo con codo, lo mismo que a esa c ... de criada que me he de vengar de ella, y las mando o las llevo a caballo o en canoa, o como pueda, y las meto en la cárcel, acusándola como cómplice y encubridora de los ladrones, y ya tendrá que entregar las alhajas y decir de dónde las cogió.

Apenas acabó de escuchar Cecilia estas palabras, cuando gritó a Pantaleona:

- Cierra la puerta con el cerrojo y ven con tu barra. Es usted, Don -le dijo encarándose resueltamente con Evaristo-, tan pícaro y tan desalmado como animal. ¡Acúseme a mí de ladrona y de cómplice! En ese caso, cómplice de usted, que me entregó las alhajas.

- La animal es usted, doña Cecilia, ¿cómo le habían de creer semejante cuento? Yo soy *Capitán de rurales* y usted una frutera ordinaria.

- Me quiere agarrar este grandísimo ... por la fuerza, y eso no será -dijo Cecilia echando espuma por los extremos de su boca-. Usted no me conoce a mí, y yo lo conozco a usted y lo entregaré a la horca, que es lo que merece. Usted, Don, no se llama Pedro Sánchez, sino Evaristo, tornero de oficio y ladrón de profesión: usted es el asesino de su pobre mujer, que se llamaba doña Tules, y usted es capitán de los ladrones que han estado robando y matando en Río Frío. ¿Cree usted que no se saben las cosas? Pues en la plaza del mercado todo se sabe hasta lo que sueñan las gentes cuando duermen en casa. Las alhajas están en poder del licenciado Olañeta, que averiguó que las robó usted a una señora de Puebla, hermana de un gobernador ... Conque, ande, aquí estoy; amárreme codo con codo y lléveme a la cárcel si se atreve.

Evaristo se sintió perdido. Esa mujer sabía su nombre, su historia, su vida entera, lo mismo que si hubiese sido su mujer.

Y no era la frutera pobre y aislada, sino que detrás de ella estaba un personaje poderoso de México que tenía las pruebas en su poder, y que había hecho ya sus pesquisas e indagaciones.

Cecilia tenía gente que la sacaría de cualquier dificultad y sus declaraciones serían creídas, y el juez Bedolla encontraría la oportunidad de acreditarse condenando al verdadero culpable.

No tenía más remedio que matar a Cecilia para que su vida estuviese segura, además, el sentimiento de amor se había cambiado en el de venganza contra la mujer que lo había insultado y despreciado ... No había otro camino.

Cuando Cecilia se le encaró y lo provocaba con los ojos y con enérgicas interpelaciones, Evaristo se quedó por el momento mudo pero revolviendo los ojos centelleantes y pasando convulsivamente sus manos crispadas por su cuerpo para buscar su arma.

Por fin encontró en el bolsillo izquierdo de su chaqueta el puñal enredado con el pañuelo, los cigarros y los puros. Le costó un poco de trabajo; su mano convulsa no acertaba ...

- ¡Oh! -gritó sonriendo de una manera siniestra-. Ya está aquí ...

Lo sacó, levantó el brazo y saltó sobre Cecilia ... Le habría entrado en el corazón, no sólo el puñal, sino el mango y hasta el puño de Evaristo.

María Pantaleona salió como una aparición terrible de detrás del sillón, y con la barreta levantada con las dos manos, la dejó caer sobre la cabeza del bandido.

Evaristo lanzó un grito de dolor, sus dedos y su puño seguramente estaban desquebrajados. Sin embargo, quiso lanzarse sobre Pantaleona para desarmarla, pero Cecilia recogió el puñal del suelo, se lanzó sobre Evaristo, lo arrinconó contra la pared, le apretó el cuello con la mano izquierda y levantó la derecha armada del puñal.

- ¡Miserable asesino, alma negra y hedionda de sapo, vas a pagar lo que hiciste con tu mujer!

- ¡Doña Cecilia! -gritó Pantaleona conteniéndole el brazo-. No lo mate usted; seremos perdidas entonces.

- Dices bien; a sabandijas como ésta se les machuca con el pie. Lárguese pronto -le dijo Cecilia dándole un puntapié en el trasero-. Y ya me conoce; le repito que no le tengo miedo. Lo desafío donde quiera y como quiera.

Evaristo quería hablar, volverse, luchar; pero Pantaleona tenía su barreta y Cecilia el puñal.

Así que estuvo en la puerta principal, Pantaleona le abrió lo muy necesario para que pasase, y Cecilia le dio otro puntapié.

Pantaleona cerró la puerta y Cecilia apenas tuvo tiempo para a atravesar el patio, llegar a su recámara y caer sin sentido en su cama.

Pantaleona, con verdadero cariño de hija, atendió a Cecilia con friegas de yerbas aromáticas y otros remedios.

A toda prisa arreglaron las cosas de la casa y se embarcaron en una chalupa donde apenas cabían las dos.

CAPITULO DÉCIMOPRIMERO

Los Almacenes De Frutas

A lo largo del canal, viejas construcciones de uno y otro lado, con sus fachadas amarrotadas de tetzontle o pintadas de cal o de colores fuertes, con sus balconerías airregulares de fierro, sus ventanas con rejas gruesas, forman una calle comunicada por puentes, que no deja de tener su novedad, especialmente en ciertas horas del día, en que las aguas turbias de la acequia están casi cubiertas de chalupas y de canoas cargadas de maíz, de cebada, de legumbres, de frutas y de flores, y como allí se van a surtir de primera mano los revendedores de fruta que andan en la calle y se sitúan en los zaguanes

y esquinas por toda la ciudad, y como las indias e indios visten poco más o menos sus trajes primitivos, no sólo para los extranjeros, sino aún para los mismos mexicanos ilustrados y parisienses que habitan el centro, tiene cierta novedad antigua, más interesante todavía para el que estudia las costumbres populares.

Las pulquerías son otra tentación muy peligrosa por las riñas que resultan.

Otro de los comercios, casi exclusivo de esa parte de la ciudad, son las pajerías. Una pequeña barcina de paja colgada en el centro de la puerta y flotando en el viento, indica a los cocheros el lugar donde deben abastecerse y adquirir a costa de las mulas y caballos que cuidan, un diario mayor que el sueldo que ganan. De uno y otro lado de la puerta una fila de costales abiertos de cebada, de maíz y de semilla de nabo, y a veces de frijoles, ocupan toda la acera. El interior es un verdadero almacén, la mitad ocupado con paja y la otra con sacos de maíz y de cebada que, en pilas simétricas, llegan hasta el techo.

Las carbonerías son no sólo puntos, sino manchas negras que resaltan en las fachadas blancas con sus mochetas azules o amarillas y sus sacas de carbón hechas con un zacate áspero y cortante, en la puerta, amontonados, canastillos copados de carbón, y sentados en unos banquillos el carbonero y la carbonera, tiznados más negros que los negros de África, con grandes cabezas enmarañadas y unos ojos ribeteados de encarnado, semejándose a los monstruos increíbles que inventan las nodrizas y cocineras para asustar a los niños e impedir que hagan travesuras.

El vecindario es también característico y adecuado a la localidad. La base o cuadro se compone de viejos y de viejecitas de setenta, de ochenta y no pocos de cien años, desmintiendo con esto los preceptos de la higiene. La humedad, las emanaciones de la acequia, el ningún aseo de las calles, debían influir activamente en la duración de la vida. Nada de eso, los pulqueros y tocineros son en lo general de una salud envidiable y de una gordura monstruosa, y los carboneros se conservan por eternidades exentos de toda corrupción, con el polvo que tragan y de que están cubiertos. Otra parte de los vecinos son más bien de Chalco, de Texcoco, de Ameca, de Cuautla, de Amilpas. Tienen su comercio de granos y fruta, y en vez de hacer continuos viajes en las trajineras, concluyen por tomar una habitación en el Puente de la Leña, y tener, como las grandes casas de comercio, el despacho en la capital, conservando en su pueblo la casa materna, como hemos visto que lo hacia Cecilia.

Y todo ese barrio de gente descuidada, mal vestida, de aspecto pobre, es, por el contrario de los ricos, no como los aventureros y agiotistas, que sacan su fortuna de la Tesorería General, sino ricos por el trabajo de la tierra y del comercio.

Los Melquidades, los malévolos Melquidades, detentadores de la inmensa fortuna del pobre Moctezuma III, encontraban siempre dinero con los comerciantes del Puente de la Leña para gastarlo y dilapidarlo en comilonas, toros y fiestas de iglesia que promovían de intento para ganar popularidad, y que los indios y rancheros se sublevasen si algún día venían a despojarlos por la fuerza de lo que se habían malamente apropiado.

De Cecilia, ni se diga. Pasaba en toda la vecindad, lo mismo que en Chalco, por una de las más ricas trajineras; y si hubiera necesitado reunir cuatro o cinco mil pesos, no habría dilatado cinco minutos, dirigiéndose a los trujanos o a los tiznados carboneros. Además, la querían bien porque era mujer honrada y trabajadora y no decía más que lo que le salía del corazón, y a estas buenas cualidades se añadía que era guapa, simpática y caritativa. Los cojos y lisiados siempre tenían una tortilla que comer y algo en cobre que no dejaban de utilizar para echar en los tendejones su trago de aguardiente.

En algún capítulo hemos hablado del interior de la casa de que era propietaria Cecilia en la capital, necesitamos, por lo que va a pasar en ella y por dar una idea de los almacenes de fruta, hacer una descripción más minuciosa.

La fachada media cosa de cuarenta varas de largo. En el centro había un zaguán alto y ancho, que, aunque viejo, se había conservado bien por ser de madera de cedro. Del lado izquierdo del zaguán había tres ventanas con gruesas rejas de hierro, y del derecho una puerta pequeña y varias ventanillas y ojos de buey que daban una escasa luz a los cuartos interiores. El primer patio era inmenso, empedrado con grandes piedras redondas de río, podrían haber entrado a él cómodamente cuatro o seis coches; pero en lugar de coches entraban canoas trajineras, pues Cecilia había hecho cavar un canal que llegaba hasta el fondo, donde había un cobertizo de tejamanil para depositar el azúcar, la miel y el aguardiente de que venían cargadas sus canoas. En tiempo de lluvias, cuando se desbordaban las lagunas y la acequia se llenaba, las aguas penetraban hasta el canal de la casa, y las canoas podían entrar cómodamente, y cerrada la puerta, flota y mercancías quedaban tan seguras como en el mejor muelle.

Algunos extranjeros que visitaban los grandes almacenes de Cecilia no podían creer lo que veían sus ojos. Las naranjas en Inglaterra están cuidadosamente envueltas en papel de China y valen una libra esterlina la docena; en Francia, las legumbres y la fruta se venden por peso, y no imaginaban tal profusión ni el infimo precio a que se vendían.

De día estos depósitos estaban abiertos de par en par, y los regatones entraban y salían desde las seis de la mañana para examinar el estado de las frutas y hacer su provisión surtida de cuantas encontraban. A las diez terminaba la venta. Cecilia atendía a veces este negocio, otras lo dejaba a una de las Marías y ella se iba a presidir el puesto del mercado.

Tal era el almacén de fruta de Cecilia, y como él habla seis u ocho, poco más o menos parecidos, en ese célebre barrio de la cequia de que hemos tratado de dar una idea.

Evaristo, como la mayor parte de los agricultores de Chalco y Texcoco, tenía sus relaciones de comercio con los Trujanos, con los carboneros y con los dueños de tendejones, a los que vendía granos, leña y carbón, pero no le había convenido hacerse conocer personalmente, y hacía sus tratos y cobras por conducto del administrador de La Blanca. Podía, pues, presentarse en esas calles sin inconveniente y pasar desapercibido como uno de tantos.

Desde que fue arrojado por Cecilia y herido en la mano, se propuso resueltamente acabar con ella y con sus dos criadas. Dejó por unos días el mando de la escolta a Hilario, y él se vino de incógnito a establecerse en México con el objeto de madurar un golpe decisivo y seguro. Tomó un cuarto en un mesón de Tezontlale para vivir aparentemente en él, y una accesoria con dos piezas en el Callejón de la Trapana, donde fijó su residencia y puso una carbonería a cargo del enmascarado que había escapado del desastre de Río Frio, y con el cual podía contar enteramente.

Cecilia y él no cabían ya en la tierra. O él o Cecilia debían morir y se resolvió a jugar el todo por el todo.

Varias veces vio entrar a Cecilia por el zaguán chico, por donde se manejaba. Impetus le daban de arrojarla sobre ella y coserla a puñaladas, pero lo que quería era la venganza, al mismo tiempo que la impunidad.

Evaristo se aseguró que desde la una de la mañana hasta las tres o cuatro, él sería la única persona despierta en el barrio, y era más de lo que necesitaba. En las noches oscuras, luego que el músico Sayas entraba, él salía con unos instrumentos que de intento mandó hacer, y sin ruido y lentamente iba quitando las piedras y cavando un agujero por donde cupiese un hombre, en la parte baja de la casa de Cecilia y en el lugar que había calculado, por sus observaciones, que daría a la pieza intermedia entre las recámaras donde dormían Cecilia y las Marias. Cuando había profundizado algo, volvía a colocar las piedras con mucho arte para que nada se notara en el exterior, se retiraba y cerraba su carbonería. Así continuó su trabajo, que cuidaba de examinar durante el día, y cuando estuvo seguro de que sólo necesitaba retirar con la mano una piedra chiluca para poder penetrar cómodamente al interior, resolvió dar el golpe.

Su plan era entrar él por el agujero y después el indio, los dos armados de puñales. El indio se dirigiría a la pieza de la izquierda, donde dormían las criadas, y sin hablarles una palabra les daría de puñaladas. Él tomaría la recámara de la derecha y haría lo mismo con Cecilia, y tendría el doble placer de hacerla desaparecer, siguiendo una escena que podría, si resucitase, envidiar el célebre marqués de Sade.

Rondó Evaristo como media hora y ya desesperaba de encontrar al remero, cuando lo vio venir con un farolito encendido, trastabillando, pues había absorbido ya cuatro o cinco vasitos de chinguirito. Era lo que precisamente se necesitaba.

Evaristo condujo casi en peso al remero hasta la canoa y lo dejó acostado y sin sentido, con el farolito para que no llamase la atención a alguno que pudiera pasar y estuviese acostumbrado a hacerlo encendido hasta las once o doce de la noche.

Fuese en seguida a la carbonería, apagó su luz, entreabrió la puerta y se puso en observación.

Evaristo estaba ya en aptitud de obrar: nadie debería ya pasar por todo el barrio de la Acequia. Los serenos, muy lejanos, estaban sin duda abrigados y dormidos en casa de sus amigos los tenderos.

Cerró su puerta, despertó bien al indio sacudiéndolo fuertemente, le hizo tomar un trago de aguardiente, y le dio dos puñales muy largos y afilados.

- Escucha bien lo que te voy él decir. Sígueme. Voy a entrar por un agujero que hay ya hecho en casa de la trajinera. Tú entrarás tras de mí. Te diriges en silencio a la pieza que yo te señale, y entrarás hasta el rincón del fondo. Allí encontrarás en la cama, dormidas, a dos mujeres; antes de que puedan despertar y gritar, dales muchas y fuertes puñaladas por la cara, por el pecho, por todas partes, y no ceses de herir hasta que las mates. Si no obedeces, te mato yo esta noche.

El indio, que era el más bruto y el más cruel de los que formaron la cuadrilla de los enmascarados, cogió los puñales, se los colocó en la faja de la cintura, se envolvió en su frazada negra del polvo del carbón, y contestó lacónicamente:

- No tenga cuidado, mi capitán.

Cerraron la carbonería y salieron con precaución, disimulándose contra las paredes, y así llegaron hasta la horadación. La reconoció Evaristo con cuidado y la encontró a satisfacción, no se necesitaba más que quitar las piedras ya flojas y el cascajo, retirar la tapa de chiluca y entrar sin necesidad de hacer ruido.

- Entra tú primero y yo te sigo.

El indio, con repugnancia, meneaba la cabeza y no quería aventurarse, pero Evaristo lo amenazó con su puñal, y tuvo que obedecer y se tendió en el suelo.

- Si ves que hay luz encendida, oyes ruidos en las piezas o ves gente despierta, retiras inmediatamente la cabeza; si todo está quieto y oscuro, me lo dices y yo entraré inmediatamente.

El indio no contestó, pero introdujo la cabeza y casi al mismo tiempo el resto de su cuerpo, hasta que desaparecieron sus pies en la oscura tronera. Una voz indefinible dijo desde dentro, muy quedo.

- Puede entrar. Todo está oscuro y quieto.

No dejaron de llamar la atención a Evaristo los términos regulares y pulcros del llamamiento; pero no obstante se tendió en el suelo y comenzó con precaución a introducir su cabeza; no había penetrado aún el cuello, cuando se sintió asido de las melenas por una mano fuerte que tiraba para introducirlo adentro y al mismo tiempo sintió la punta de un puñal. Quiso retirarse inmediatamente, pero otra mano se apoderó de otro mechón, y su esfuerzo fue inútil.

- ¡Ah, maldita Cecilia! Siento tus manos fuertes de arriera y de trajinera, y tu venganza de infierno, pero no te has de salir con la tuya, mi gente está aquí y ahora mismo rompo las puertas de tu casa, entro, te llevo presa y te ahorco en el monte ... Suelta, demonio ... Suelta ... te prometo no decir nada ... suelta ... Jamás te volveré a ver ni a acercarme a una legua de donde tu estés ... Suelta, por el alma de tu madre ...

Evaristo, formando palanca con sus brazos apoyados contra la pared, trataba de retirar su cabeza, amenazando unas veces, jurando y pidiendo perdón otras.

Imposible, la persona que lo tenía asido de los cabellos en el interior del cuarto formaba también palanca, poniendo los pies contra la pared. Esta lucha terrible duró menos de cinco minutos.

La persona que tenía asida a Evaristo cayó de espaldas en el cuarto, quedándose con un mechón de cabellos, con todo y la piel del casco en la mano, mientras el bandido se revolcaba de dolor entre el cascajo y los escombros de la tétrica calle.

CAPITULO DÉCIMOSEGUNDO

El tumulto

La puñalada que María Pantaleona dio al último de los enmascarados en la arteria carótida ocasionó que se vaciara completamente, y el cuarto estaba inundado de sangre.

A la tormenta de la noche había seguido, como es común en México, una mañana clara y fresca.

- Doña Cecilia, despierte usted, que van a dar las seis -le dijo María- y ya hay mucha gente y mucho trajín en la calle -y al decir esto abrió las ventanas.

Cecilia se sentó, se limpió los ojos, miró a Pantaleona y dio un grito ...

- ¡Señora mía de los Dolores! ¿Qué es esto, qué ha sucedido?, mujer estás como si te hubieses bañado en una tina de sangre.

- No se asuste, doña Cecilia, ya le contaré; no es nada, y yo no tengo ni siquiera un arañó; levántese y venga.

- ¡Qué horror! -exclamó tapándose los ojos-. ¿Qué has hecho? ¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha sido mi sueño tan pesado que nada he sentido? Dime pronto, que me vuelvo loca. ¿En mi casa un asesinato? ¿Qué va a ser de nosotras? Vámonos de aquí; no, no, quiero mirar ese hombre que, muerto como está, parece que nos quiere matar.

Entraron a la recámara, y Cecilia, conmovida y nerviosa hasta el extremo, tiró en un rincón el calzado empapado en sangre, se lavó los pies y las piernas y cayó anonadada en la gruesa estera que le servía de tapete.

María Pantaleona la tranquilizó se acabó de enjuagar los pies y le contó lo que había pasado.

- Hemos escapado; y si no ha sido por ti, muchacha, a estas horas yo soy la que estaría nadando en sangre, en mi cama -dijo Cecilia, atrayendo contra su seno a Pantaleona y abrazándola fuertemente-. ¿Pero cómo tuviste valor?

- Pues nada, ¿qué había de suceder? El hombre, metido entre la pared, sin poder moverse, y yo con mi cuchillo, y piedras, y la barreta cerca ... Pero lo mejor sería llamar al licenciado Lamparilla.

- Corre, corre dices bien; lávate y múdate de ropa y vuelves con él. Es temprano y no se ha de haber levantado todavía.

El desgraciado remero asesinado vivía en una choza de zacate en el pueblo de Santa Anita.

Ya reunidas las tres, hablaron, se explicaron y pensaron en lo que deberían hacer, y decidieron que María Pánfila iría a llamar al alcalde del barrio.

Llegó a poco el alcalde, que pudo, con mucha dificultad, acercarse hasta donde estaba Cecilia, rodeada de mucha gente, la llamó a su recámara y la interrogó.

Cecilia le contó lo ocurrido sin comentar para nada a Evaristo.

- ¿Y dónde está María Pantaleona?, que tuvo ese valor increíble y que, en verdad, no me explicó bien -dijo el alcalde.

- María Pantaleona -le contestó Cecilia- ha ido en busca de mi licenciado.

- Conque, por de pronto, doña Cecilia, vístase bien, porque así no está usted para salir a la calle y prepárese a acompañarme a la cárcel.

El alcalde del barrio era, efectivamente, uno de los muchos aficionados que tenía Cecilia; la perseguía y le había hecho diversas proposiciones, aunque ninguna de casamiento. No era del todo despreciable.

- ¡Bonita es la justicia de México! -dijo Cecilia muy colérica-. ¡Conque después de que agujerean la pared y se meten en mi casa a la madrugada para cogerme dormida y matarme, todavía se quiere que acompañe uno al muerto y vaya a la cárcel!

- No hay que enfadarse por tan poca cosa, doña Cecilia -contestó con mucha calma el alcalde-. No sé de qué se asombra usted, que está cansada de ver todos los días pasar los muertos y detrás los reos. Es la costumbre.

- Pero yo no soy rea -le interrumpió Cecilia-, y por lo demás no me saque argumentos, don Tomás, porque primero me hará usted mil pedazos que dejarme llevar a la cárcel. Mire, don Tomás -continuó Cecilia con acento resuelto y sacando el puñal de una curiosa vaina bordada de oro y arrimándose a la cara-, por el alma de mi madre le juro que, antes de salir de aquí entre soldados, me hundo este puñal en el corazón y acabamos; pero no iré entre filas.

- Pues no iré usted entre filas ni se hundirá usted el puñal en Se seno que pide besos y caricias y no heridas ni sangre, que bastante hay ya aquí.

Con un movimiento rápido que no aguardaba Cecilia, don Tomás le quitó el puñal, y blandiéndola y levantando el brazo, amenazó a Cecilia y dijo riendo:

- ¿Quién es el que manda ahora? No sea tonta, doña Cecilia.

- Mire don Tomás -le dijo-, me ha jugado usted una traición, y eso no hacen los hombres como usted. Deme mi puñal y no haré más que guardarlo; la cólera lleva a uno a donde no quisiera ir. Esperemos que venga mi licenciado e iré, no digo entre filas sino al infierno si él me lo manda. De otro modo, no logrará usted que vaya.

- Estoy conforme -le contestó el alcalde-, y ya verá con esto que le doy una prueba de lo mucho que la quiero, aunque usted no me corresponde ni hace maldito el caso de mí. Prométame no moverse de aquí y voy en busca de los ayudantes de acera para que sosieguen a esta gente y busquen unas escaleras para llevar al muerto.

Lamparilla no llegaba, ni María Pantaleona tampoco, y sin embargo ya era tiempo. La situación no podra prolongarse más.

Mientras, el alcalde don Tomás se dirigía a buscar a los ayudantes de acera.

La cocinera del licenciado Bedolla, que acostumbraba hacer sus provisiones en el Puente de la Leña, se dirigió a pasos precipitados a la casa, refiriendo a su amo que una mujer había matado a su amante dentro de su casa, y el amante había matado antes a un remero, por celos, y que el barrio se estaba levantando; que había tumulto y otras cosas por el estilo.

El juez se acabó de vestir y sacó el reloj. Era justamente la hora en que el secretario acostumbraba ir a platicarle, a contarle los chismes de la noche anterior, a tomar sus órdenes para el despacho.

- Tenemos tumulto en el Puente de la Leña. Una mujer ha asesinado a su amasio y el amasio ha asesinado a un remero. La cocinera lo ha visto todo.

- Corra usted, pida auxilio en el cuartel más cercano, y usted mismo sosiegue el tumulto, que no ha de ser gran cosa; aprehende usted a la amasia y a los cómplices. ¿Usted me comprende? Sin reo no podemos hacer nada.

El secretario quería responder, pero Bedolla no se lo permitió.

- Corra usted, corra usted, ya tendremos tiempo para platicar yo me voy inmediatamente al juzgado. ¡Qué fortuna que me haya tocado hoy el turno!

El secretario, diez minutos después, estaba en el cuartel de la Santísima; dijo al oficial de guardia su nombre y empleo, le pidió auxilio, obtuvo cuatro hombres y un cabo.

Y llegó hasta el almacén de fruta de Cecilia.

Ya el alcalde venía por otro rumbo con tres o cuatro ayudantes de acera, y seis u ocho *cuicos*.

Fue naturalmente el secretario del juzgado el que se hizo cargo de las primeras diligencias. Papel, tintero y una pluma se encontraron en la casa de Cecilia. El secretario se puso a dictar y el alcalde a escribir.

Considerando el secretario que con las diligencias que había practicado bastaba, a reserva de continuarlas en el juzgado, determinó que Cecilia, la criada María y don Jacinto, debían ser conducidos presos a la Diputación, precediéndoles el muerto, cada uno amarrado en su respectiva escalera y que la casa de Cecilia quedaría a cargo y bajo la responsabilidad de don Tomás, el alcaide.

Los *cuicos* comenzaron a ejecutar esta determinación, que fue notificada a Cecilia.

Uno de tantos muchachos, que se ocultó detrás de la puerta, escuchó la disposición del secretario del juzgado, salió de su escondite, se hizo paso entre la multitud y comenzó a gritar con un chillido agudo y acompasado:

- ¡Ya se llevan presa a doña Cecilia!

Con la rapidez de la electricidad se propagó la noticia por las calles y puentes del canal. Los pulqueros, los carboneros, los de las pajarías y tendejones salieron a las puertas, dejaron sus comercios abandonados por un momento o al cuidado de los dependientes y se acercaron al almacén de fruta.

A poco se juntaron a los muchachos *los pelados* (1) y los remeras de las trajineras, que brincaban a la orilla armados con sus largos y gruesos remos.

Los *cuicos* sacaron otra vez sus largas espadas, los hombres, en bandadas también, sustituyeron a los muchachos y comenzaron a llover piedras sobre los desgraciados policías, haciéndoles huir, descalabrados y magulladas las espaldas.

El tumulto estaba en toda su fuerza y desarrollo. El cabo no podía separarse de la casa de Cecilia; dos soldados estaban junto al remero asesinado y dos guardaban las puertas de la casa y la horadación.

El tumulto con toda su gritería y actividad febril avanzaba e invadía el barrio de la Santísima; las puertas de los zaguanes y accesorias se cerraban, las familias enteras ocupaban los balcones y mandaban preguntar a los aguadores de la fuente el motivo de tanto alboroto, y cuentos y versiones diversas circulaban sin que nadie acertase con la verdad.

Fue en estos momentos cuando apareció Lamparilla acompañado de Pantaleona; llegó a la iglesia de Santa Inés y siguió a pasos precipitados por el Callejón del Amor de Dios. No le cupo duda que el drama que se había desenlazado sangrientamente en casa de Cecilia era la causa de la conmoción, y tembló con la idea de que algo malo hubiese pasado a la guapa mujer de quien cada día estaba más enamorado. Cuando llegó Pantaleona a su casa, Lamparilla estaba todavía durmiendo, y por mucha prisa que se dio, no pudo acabar su *toilette* tan pronto como el caso requería.

Consiguió Lamparilla un refuerzo de veinte hombres al mando de un teniente, y con esta fuerza, marchando a paso veloz, con el arma blanca al brazo, penetró con brio, como si fuese a asaltar una fortaleza, a lo más intrincado y espeso del tumulto. Los soldados despejaban a derecha e izquierda, con el fusil tendido, a la gente que les impedía el paso.

El teniente, que era un verdadero muchacho que comenzaba su carrera y no aguantaba muchas pulgas, le dijo a Lamparilla:

- Licenciado, ya estoy perdiendo la paciencia con esta gente, y si pasamos por esta calle tan angosta y mal empedrada, pueden muy bien envolvernos y echamos al agua. Es necesario disparar unos tiros al aire y si no se aquietan, les echo bala y los disperso a bayoneta. Yo no me he de dejar burlar.

Mandó disparar, en efecto, cuatro o seis tiros al aire, y como en Una suerte de teatro que hubiese hundido debajo de la trampa a un ejército entero, la calle y los puentes quedaron despejados y solos.

El licenciado penetró ansioso hasta la recámara de Cecilia, y latiéndole el corazón, la encontró muy tranquila, sentada en su silla, los centinelas en la puerta, con el arma al brazo, pero muy respetuosos con la propietaria de la casa.

- ¡Cecilia! ¡Cecilia! -le dijo Lamparilla, queriendo arrojarse en sus brazos-. ¿No estás herida? ¿Te han hecho algo? ¿Por qué este alboroto y este tumulto en todo el barrio?

- No, nada tengo, licenciado, y bendito sea Dios que vino pronto -le respondió Cecilia dándole un apretón de mano-. Esta sangre es del indio asesinado que está degollado en la otra pieza, y el tumulto lo han ocasionado los *cuicos*, que me quieren llevar a la cárcel;

pero se lo dije clarito a don Tomás, el alcalde: me habrían llevado a la cárcel muerta, pero viva ... ¡cuándo! ¡Ni con todo el regimiento que está en el cuartel de la Santísima!

- Bien hecho; ni por qué te habrían de llevar, cuando tú has debido ser asesinada, a no ser por Pantaleona, que me lo ha contado todo.

En esto fue entrando Pantaleona, que no había cesado de seguir a Lamparilla.

- Pensando en Cecilia te había olvidado -dijo Lamparilla.

- Venga y verá, señor licenciado -le dijo Cecilia a Lamparilla tomándolo de la mano y entrando con él en una especie de galera siniestra. Lamparilla retrocedió aterrizado al contemplar aquel indio deforme.

El oficialillo, que entraba en aquel momento dijo:

- Bien hecho; lo aseguro, y ya no volverá este monstruo a entrar por otro agujero. Venga esa Pantaleona y le daré un abrazo.

- Pero el alcalde, ¿dónde está? -preguntó Lamparilla.

- Sépalo Dios, y mejor que se haya ido -contestó Cecilia.

Acalorada discusión entablóse entre todos estos personajes en cuanto se reunieron en la casa de Cecilia; cada uno quería mandar y disponer a su antojo; pero por fin Lamparilla, con el apoyo del valiente oficialillo, dominó y se hizo respetar del alcalde del barrio, que era el más obstinado e insolente.

- Licenciado, yo haré lo que usted quiera -dijo el secretario-, pero es necesario que presentemos un reo.

- Parece que el dueño del tendejón de la esquina, donde bebieron aguardiente los dos carboneros, es cómplice, pues se trataba de robar la casa.

- Ya tenemos reo -le contestó Lamparilla-; vaya usted al tendejón y tráigalo de una oreja.

Mientras pasaba este diálogo, el alcalde del barrio, don Tomás, disputaba en la puerta de la calle con el teniente que mandaba el piquete de tropa.

Estaba encaprichado en que a Cecilia y Pantaleona se le atasen las manos Y fuesen conducidas así por las calles hasta la diputación, Y además de treinta o cuarenta presos, pues con esto pensaba acreditar su celo, captarse de la voluntad del gobernador y de los jueces de lo criminal, afirmarse en el poder y desquitarse así de los desdenes de Cecilia.

El alcalde de barrio le dijo al fin:

- Yo no tengo la culpa de disputar con mocosos malcriados.

Nunca hubiese dicho estas palabras, pues el oficialillo lo agarró por el pescuezo con una violencia y fuerza que el insolente funcionario no sospechaba, y lo sacudió como si fuese un muñeco.

El alcalde quiso libertarse y metió el puño cerrado en el pecho del oficialillo. Éste lo soltó del cuello y, enarbolando el brazo, le largó tan soberbia cachetada que lo hizo dar tres pasos atrás.

- A la cárcel este insolente, que no tuvo valor para aquietar el tumulto -dijo Lamparilla- y se atreve a insultar a la autoridad.

- ¡Silencio y que lo amarren! -dijo el oficial.

El secretario llegó a ese tiempo con don Joaquinito del brazo, que venía azorado y no sabía lo que le pasaba.

- Ya tenemos dos reos -dijo Lamparilla al secretario-. Bedolla va a ponerse muy contento.

CAPITULO DÉCIMOTERCERO

La procesión de Lamparilla

- Se va juntando mucha gente y es preciso que organicemos la procesión -dijo muy alegre Lamparilla al oficial.

- Como usted quiera -le contestó-. Estoy a sus órdenes.

El secretario del juzgado fue, con la aprobación del oficial, el encargado de organizar lo que Lamparilla llamaba alegremente *una procesión*.

Al indio enmascarado lo sacaron arrastrando por los pies por la misma horadación, pues Cecilia no quiso absolutamente que pasase por las otras piezas ni por el patio.

Pantaleona, al verlo salir así, con una perfecta calma, dijo:

- ¡EI indino! Todo lo merecla este *nahual*.

En seguida sacaron al remero con los retazos de cachetes y de nariz colgándole y empapado en agua sangrienta, lo colocaron y lo amarraron de la misma manera en la otra escalera y la arrimaron a la pared junto al indio muerto.

Lamparilla entró a la casa a despedirse de Cecilia y de las criadas, les aseguró que no serían molestadas, y que para las nuevas declaraciones él vendría por ellas en coche y arreglaría con Bedolla que fuesen a hora en que hubiera menos gente, si era posible, de noche.

Terminados entre tanto los trabajos preparatorios, Lamparilla organizó su *procesión*:

Delante, un piquete de soldados; en seguida, las dos escaleras Con los muertos, detrás el infeliz don Joaquinito y el alcalde, amarradas las manos.

Las escaleras, con sus muertos, fueron colocadas en la banqueta del palacio municipal.

El secretario, con lo que había visto, tuvo lo bastante para sentar las primeras diligencias. Se tomó declaración al oficial, a dos sargentos y a Lamparilla, y llegó su turno a don Joaquinito y a don Tomás, el alcalde del barrio, a quienes se hizo subir las escaleras del Palacio amarrados como habían venido, y entre dos espesas filas de curiosos que formaban valla. Don Joaquinito relató su vida y milagros, protestó que era tan inocente como el día que lo habían bautizado; pero el alcalde del barrio, rabioso y no sabiendo con quién desquitarse, lo interrumpía y acriminaba, diciendo que era un receptor que admitía prendas robadas y vendía aguardiente hasta las once y doce de la noche.

Bedolla, después de una madura reflexión, de hablar algunas palabras en voz baja con el secretario y de guiar el ojo a Lamparilla, decretó lo siguiente:

- Cítese a la trajinera Cecilia y a su criada Pantaleona. Los reos, el uno (alias *Joaquincito*), el otro, Tomás, alcalde del barrio, serán reducidos a prisión y puestos inmediatamente incomunicados en un separo hasta tanto termina la presente sumaria. Cítese a los dos carboneros, presuntos autores del atentado cometido en casa de Cecilia (alias *La Trajinera*), haciendo una horadación en la pared de la calle e introduciéndose por ella con el designio de robar y matar a la dicha trajinera y sus dos criadas.

Bedolla se levantó de su sillón y salió en compañía de Lamparilla y del oficial.

Cecilia y las dos Marias, tan luego como la gente se dispersó y volvía a sus ocupaciones, y la fúnebre procesión organizada por Lamparilla se alejó tomando el rumbo de la Plaza Mayor, se ocuparon activamente de reparar los desastres tapando con tierra y piedras la horadación y echando cántaros de agua a los suelos manchados con sangre del último de los enmascarados.

Lamparilla se presentó al caer la tarde.

Cecilia se dejó dar un beso en un carrillo y abrazar fuertemente por Lamparilla, diciéndole:

- Ahora menos que antes, señor licenciado. ¿Qué dirán las gentes de una mujer que fue causa de un tumulto y estuvo en un tris de ser llevada entre filas a la cárcel?

Cecilia no sólo estaba agradecida por el servicio que le había prestado Lamparilla librándola de las garras del alcalde del barrio, sino preocupada ya con el sentimiento tierno, que no puede evitar cualquier mujer cuando se persuade de que es sinceramente amada, y en el fondo estaba decidida a entregarse enteramente al licenciado si, ganando el pleito de los Melquiades, lograba entrar en posesión de las haciendas.

Cecilia no volvió la cara a otro lado ni rechazó a Lamparilla.

Luego que partió Lamparilla, Cecilia se vistió con ropa modesta y oscura y, acompañada de María Pantaleona, se fue a la casa del licenciado don Pedro Martín de Olañeta, a quien encontró leyendo una carta de Casilda, de la que nos ocuparemos en su lugar.

- No tenga usted duda, señor licenciado -le dijo Cecilia cuando concluyó su narración-, es él, y nada más que él. Aquí tiene usted el mechón de cabellos con un pedazo de casco que se quedó en manos de Pantaleona. Conozco sus mechas negras y espesas, como si fuesen las mías.

- No hay nada que hacer por lo pronto, Cecilia -le dijo don Pedro Martín, cogiendo con dos dedos y con una especie de horror la mecha de Evaristo y guardándola en una caja vieja de cartón-. Ya vendrá su tiempo cuando menos lo esperemos. ¿Qué vamos a hacer ahora contra un capitán de rurales en quien el gobierno ha puesto su confianza, protegido por el coronel Baninelli, que lo juzga como el hombre más valiente de la provincia de Chalco? Todo lo sé, y sigo desde mi casa la pista de ese bandido.

La frutera, en efecto, al día siguiente fue a dirigir su puesto al mercado, no pensando volver ya a Chalco en mucho tiempo: escribió a don Muñoz, que ella siempre insistía que era el visitador de médico, para que le comprase o se encargase a medias de sus negociaciones.

Cecilia y las dos Marías volvieron a su vida habitual.

Un detalle todavía más importante: Lamparilla, disfrazado, esperaba a Cecilia en las cercanías de su casa. En una de sus sabrosas pláticas y en una noche lluviosa y cargada de electricidad (y sin duda mucho influyó esto) Cecilia le dijo:

- Pues que usted lo quiere, licenciado, me casaré con usted luego que gane el negocio del rey Moctezuma III; lo quiero a usted bien y de todo corazón.

Lamparilla, casi loco de entusiasmo, fue a participar a Bedolla su buena suerte, rogándole terminara la causa para que la frutera y sus Marías no tuviesen necesidad de ser ya citadas al juzgado.

CAPITULO DÉCIMOCUARTO

Terrible combate en Río Frío

Evaristo, medio aturdido, mojado, sangrándole el casco y furioso como un perro atacado de hidrofobia, tuvo, sin embargo, la serenidad suficiente para tomar sus precauciones.

Lo fue a encontrar Hilario con una parte de los soldados que formaban la escolta.

Montó a caballo y, más bien corriendo que galopando, llegaron todos sin novedad al rancho de los Coyotes, donde estaba el resto de la escolta y además muchos de los valentones de Tepetlaxtóc.

- Amigos -les dijo Evaristo, ya que se había lavado y cambiado el traje mojado y sucio de carbonero por el vistoso y plateado de capitán de rurales-, hoy en vez de escoltar tenemos que asaltar las dos diligencias que se reúnen en la venta de Río Frío. Oigan bien lo que les voy a decir: quiten las balas luego a las paradas de cartuchos, y vámonos a galope y por las veredas para llegar a tiempo. La mitad seremos ladrones que asaltarán las diligencias, luego que los pasajeros estén montados y el cochero haya remudado las mulas, y la otra mitad seremos escolta que defenderá las diligencias y atacará a los ladrones, pero todito de mentiras, muchos balazos sin bala, muchos sablazos y caballazos sin lastimarse. Los ladrones al fin serán vencidos y escaparán a uña de caballo, y la escolta ganará, de modo que los pasajeros vean todo y puedan dar razón; en seguida me iré yo a México a dar parte y sacar los haberes, pues la aduana de Texcoco no tiene ni un real, y nos debe, como quien dice, dos meses que se cumplen pasado mañana, y ya saben que se ha vivido de lo que nos dan los pasajeros. Conque ya saben, todito de mentiras, pero bien hecho.

Llegaron, pues, sucesivamente a la venta de Río Frío las dos diligencias a eso de las doce y media del día que siguió a la tenebrosa tragedia de la casa de Cecilia; los pasajeros descendieron almorzaron con apetito, saborearon despacio los guisos medio franceses y medio alemanes que les sirvió el nuevo fondista, y limpiándose labios y dientes, se acomodaron bien en los coches para echar un pisto y concluir la jornada.

No bien habían subido los cocheros al pescante, y los postillones se disponían a soltar el tiro, cuando se escucharon por el monte unos disparos de fusil: un grupo de hombres a caballo salió del bosque, marcó el alto y, rodeando los carruajes. notificaron con las rasposas palabras de costumbre a los pasajeros que entregaran sus relojes y dinero y se dispusieran a bajar y abrir sus baúles y maletas.

Pero no pasaron diez minutos sin que bajara del lado opuesto otro grupo numeroso, a cuya cabeza se presentó Evaristo gritando con una voz estentórea:

- ¡Aquí esta la escolta del gobierno. grandísimos collones, y no tengan cuidado señores. que aquí está Pedro Sánchez!

Y sonó una descarga cerrada de tercerolas y de pistolas sobre la diligencia, de donde salió un solo grito desgarrador y lastimero, como de muerte, que lanzaron los pasajeros, que creyeron que era el último día de su vida.

Fue una de caballazos, de carreras, de choques de espadas que rechinaban y echaban chispas como si fueran piedra y eslabón; y su entusiasmo en este simulacro fue tal que muchos cayeron al suelo y fueron pisoteados por los caballos.

Los que hacían el papel de ladrones echaron a correr, y Evaristo y los suyos al alcance y a carrera tendida, azotando sus caballos y gritándose insolencias. Por fin, pensó en que la farsa debía cesar, y regresó a la venta.

Evaristo, desangrándose de la mano volvió de la persecución encarnizada que hizo a los fingidos ladrones, y los pasajeros no sólo pudieron ver su herida, sino que sacaron sus pañuelos restañaron su sangre.

Evaristo era de una constitución de hierro, acostumbrado a la fatiga y al trabajo desde que ejercía honradamente el oficio de tornero, soportaba las más grandes fatigas y concluía por sufrir los dolores físicos y sobreponerse a ellos cuando la necesidad lo exigía. Bebía licor para darse ánimo, pero no era borracho consuetudinario: era osado, violento y atrevido, pero cobarde en el fondo, y desde que asesinó a Tules, la sangre no le causaba horror, y veía con la más completa indiferencia la muerte o el sufrimiento de sus semejantes.

Así en esta ocasión, a pesar de estar herido, hizo un esfuerzo, considerando que era su salvación, y, dejando el mando a Hilario, se dirigió con diez hombres escogidos a México, a presentarse al gobernador y comandante general y dar él mismo parte de la batalla, que comprobarían con su testimonio los pasajeros de la diligencia. Temía que Cecilia lo hubiese denunciado y que el licenciado don Pedro Martín de Olañeta estuviese ya en Palacio imponiendo a las autoridades qué casta de pájaro era don Pedro Sánchez, *Capitán de rurales*.

Hilario levantó el campo. En seguida se dirigieron al rancho de los Coyotes y toda la noche fue de borrachera y de cena, de modo que acabaron con las provisiones de la despensa de Evaristo.

Éste, con calentura y casi cayéndose del caballo, llegó a México cerca de las diez de la noche. Amaneció Dios y con la luz se disiparon los fantasmas que lo habían acosado en la noche: después de un buen desayuno de café aguado y pambacitos calientes, de que participó la escolta, montaron a caballo, y a galope por las calles no pararon hasta la puerta grande del Palacio Nacional.

Ya se sabía por los pasajeros la reñida y sangrienta batalla de la venta de Río Frío: así, en cuanto se anunció en el Ministerio de Guerra que el capitán Pedro Sánchez se presentaba en persona, las puertas se le abrieron de par en par, el ministro lo hizo sentar y escuchó muy atentamente la narración que le hizo del suceso.

El ministro le contestó que había oído con satisfacción el relato, que lo felicitaba a él y a sus valientes voluntarios, que extendiera el parte por escrito, pues quería tener la satisfacción de presentarlo a su Excelencia el presidente.

Introdujo a Evaristo al suntuoso gabinete del presidente, que estaba junto a una mesa, majestuosamente sentado en su sillón. Cuando vio la figura siniestra de Evaristo, cambió de postura e hizo un gesto que manifestaba claramente su disgusto.

- ¿Usted es Pedro Sánchez (no le concedió el *don*), el *Capitán de rurales* recomendado por Baninelli?

- Sí, señor -respondió Evaristo.

- General presidente -le interrumpió-, y pues es usted militar al servicio del gobierno, debe comenzar por dar el tratamiento a las autoridades.

- Mi general ... -murmuró Evaristo, desconcertado, temblando en su interior y no pudiendo sostener la mirada fija e indagadora del Primer Magistrado de la Nación-. Yo fui, mi general presidente, el que derroté a los bandidos de Río Frio ... en el monte y maté y me mataron ...

- Lo sé, lo sé todo -le interrumpió el presidente-, ya me ha dado cuenta el señor Ministro de Guerra. Ha cumplido usted con su deber, y puede retirarse.

Evaristo, sin saber por qué puerta salir y aturdido y corrido con la áspera recepción, tuvo el tonto atrevimiento de querer estrechar la mano del presidente. Éste se retiró con desprecio y con una mirada de autoridad le indicó que saliese.

- Este hombre no me agrada -dijo el presidente al ministro luego que se cerró la puerta tras de Evaristo-. Creo que Baninelli se equivocó en su elección, como yo me equivoqué con la de ese licenciado Bedolla.

- Él, sin embargo, es valiente y ha dado pruebas en esta ocasión; salió herido y no sería malo darle una recompensa -dijo el ministro.

- Cualquier cosa, lo que usted quiera, señor ministro, por mi cuenta, lo mandaría fusilar, y esté seguro de que la mitad de lo que ha contado es mentira. Estos rancheros son malos y ladinos, como Bedolla.

Al día siguiente se levantó un poco mejor, escribió el parte de la célebre batalla, y él mismo lo llevó al Ministro de Guerra.

- El señor presidente -le dijo el ministro- estaba un poco indispuerto ayer y de mal humor, pero ya lo he calmado y ha consentido en que yo dé a usted el grado de teniente coronel.

Evaristo respiró, un gran peso se le quitó del corazón. Ni Cecilia ni don Pedro Martin lo habían denunciado.

- *Pero mientras vivan -se dijo- no podré estar tranquilo.*

CAPITULO DÉCIMOQUINTO

Revolución más formidable que el tumulto

Las semillas revolucionarias que sembraron Lamparilla y Bedolla no fueron del todo estériles. Puebla, Jalisco y Sinaloa han sido siempre Estados que han dado muchos dolores de cabeza a los presidentes de la República.

Un cierto Valentín Cruz, de mucha fama en Guadalajara, especialmente en el barrio de San Pedro, era corresponsal de Bedolla. Este Valentín Cruz tenía una historia interesante. Arriero desde que tenía veinte años, hacia viajes de Guadalajara a San Blas y de Tepic a Guadalajara, pero nunca se le encontraba en el camino real ni entraba a las poblaciones con la luz del día. Era arriero contrabandista.

A los treinta años, Valentín era dueño de dos buenas recuas de mulas de siete cuartas de lazo y reata, y el ojo derecho de los comerciantes y de la gente de la costa, interesadas en su mayor parte en el contrabando, que mal que bien les producía algo.

Valentín Cruz, como ya era rico, vendió sus recuas, compró unas tierras, unos corrales, unas casitas y se resolvió a vivir como un gran señor sin trabajar más, casándose con una muchacha de San Pedro, que con su madre y hermano, era propietaria de dos casas en la ciudad.

No se movía una hoja del árbol sin la voluntad de Valentín. La muerte de los dos hijos acabó en breve con la vida de la pobre madre; pero estos verdaderos asesinatos, hechos realmente con alevosía y ventaja, realzaron el prestigio de Valentín entre el populacho: *Don Cruz no se deja de nadie*, decían los *chinacos*, y con esto fue bastante para declararlo valiente y reconocerlo por caudillo.

Con motivo de los viajes y contrabandos que hacía Valentín, había estado en el pueblo donde nació Bedolla, y había trabado amistad con él.

Bedolla, desde su elevación rápida en la capital, se había carteadado con sus amigos del interior, y muy especialmente con Valentín.

El gobernador de Jalisco, fijo en su idea de quitarse semejante estorbo, y creyendo que no era extraño Valentín a los rumores que circulaban de un próximo pronunciamiento, dio orden de prenderlo y entregarlo a los jueces para que prosiguiesen las causas que aún estaban abiertas.

La noche menos pensada, la tienda de licores y prendas del barrio de San Pedro se convirtió en cuartel general, donde se reunieron cerca de trescientos *chinacos*.

La noche se pasó en bola y alegría y la primera noticia que tuvo el gobernador al levantarse, fue una proclama de Valentin, que apareció fijada en algunas esquinas y regada en las calles.

Valentin había comenzado por nombrarse general (como más tarde se nombró, con sólo el voto de su ayudante).

No tardó en propagarse la alarma en la extensa ciudad de Guadalajara. La gente, ociosa e inquieta, circulaba en bandadas por las calles; como de costumbre, las puertas de las tiendas se cerraban y en el Palacio se agolpaba la gente, tratando de indagar noticias y pretendiendo saber lo que se haría para sofocar el pronunciamiento. Algunos se adelantaron a decir que no pasaría una hora sin que las fuerzas de Valentin Cruz, que eran ya de miles de hombres, se presentasen a tomar el Palacio a fuego y sangre, y que lo mejor era que el gobernador, que al mismo tiempo era el comandante general, celebrase una capitulación honrosa.

- Sólo hay parque para ocho tiros -dijo un ayudante que entró precipitadamente.

- Se lo tenía dicho hace un mes al Ministro de Guerra. Me ha dejado sin artillería, sin parque, sin tropas. Y este Baninelli que no acaba de llegar, parece que vienen los soldados en tortugas. Si los hubiese hecho andar veinte leguas diarias, habrían llegado hace una semana, y este bandido de Valentin Cruz no se hubiese atrevido a nada.

La ansiedad crecía por momentos: la gente brava de los barrios, más brava que los tejedores de Puebla, se hacia remolinos y comenzaba a repetir el refrán o divisa tapatia:

Jalisco nunca pierde, y el frente del Palacio se llenaba de gente sospechosa.

Pero Baninelli no llegaba, y ya perdía la esperanza el gobernador.

En efecto, desde San Juan de los Lagos, Baninelli arregló su plan de campaña con el capitán Franco, o mejor dicho, con el cabo Franco, pues así continuaremos llamándole, así le llamaba Baninelli, y así le gustaba a él que lo llamasen.

- Mira, cabo Franco, te adelantarás un poco con tu compañía, escoges los mejores muchachos de la segunda, me ocupas San Pedro Y me esperas allí, que no tardaré en llegar.

Obró en consecuencia y llegó sin ser sentido, cosa de las once de la noche, a las cercan[as de San Pedro. Allí dio una hora de descanso y un trago de aguardiente a su tropa, formó su columna y les echó esta corta arenga tan eficaz y sublime como la del gran Napoleón delante de las Pirámides:

- Muchachos, no hay que rajarse. Fuego cuando yo lo mande, y después a la bayoneta.

- ¡Viva nuestro capitán! -gritaron los soldados.

- No hay que hacer ruido. Adelante y mucho silencio.

Repentinamente, una descarga cerrada, y después una de bayonetazos y de golpes con las culatas de los fusiles sobre los grupos compactos. Las fogatas se apagaron, las calles quedaron regadas de muertos y solas completamente, pues toda la multitud se había escapado y desaparecido en instantes.

El cabo Franco ocupó el cuartel general, es decir, la tienda de Valentín.

A la madrugada llegó Baninelli.

- Ninguna novedad tiene usted, mi coronel. El enemigo, en completa dispersión, ha huido rumbo a Mascota.

Baninelli ocupó y registró minuciosamente la casa de Valentín Cruz, encontrando un paquete de papeles; dispuso que los heridos fuesen distribuidos en las casas particulares y los muertos se enterrasen donde se pudiese, e hizo inmediatamente su entrada solemne en Guadalajara.

Diez minutos después las campanas repicaban a vuelo, y las gentes alegres y curiosas circulaban en las calles. Los contrabandistas de Tepic y de San Blas, encerrados en sus escritorios, eran los únicos tristes y cabizbajos.

CAPITULO DÉCIMOSEXTO

Víctima del despotismo

Baninelli dirigió al gobierno el parte con el mismo laconismo y sencillez que acostumbraba el cabo Franco hacer sus arengas y proclamas a sus soldados en los momentos de peligro.

- Llegué a marchas forzadas cuando menos se esperaba -decía el parte de Baninelli-. Mi vanguardia derrotó completamente a los revoltosos en la media noche del 8 de ... de 18 ... Incluyó el estado de muertos y heridos. En las tropas de mi mando hubo tres heridos. Uno de ellos se llama Moctezuma, y dice ser descendiente del emperador de México. Recomendando el comportamiento del capitán Franco y de los tres reclutas heridos. Cuartel general en San Pedro, etcétera.

También envió directamente al presidente, y sin leer, las muchas cartas que contenía el paquete que encontró en la casa de Valentín Cruz, y permaneció en San Pedro esperando órdenes.

Por *extraordinario* (1) recibió la respuesta:

Persiga usted al enemigo sin descanso. A los cabecillas y oficiales que coja los fusila usted en el acto, y a los soldados los incorpora a su regimiento.

El presidente, con tanta felicitación como recibió y tanta adulación, que aprovechó la ocasión para pedirle dinero y empleos, dejó como olvidado en su mesa el paquete, y no fue sino hasta ocho días después cuando tropezó con el pliego, mandó al ayudante que cerrase las puertas, que nadie lo interrumpiese y se puso a examinar uno por uno los documentos que contenía.

Eran cartas y papelitos sin firma, de diversos caracteres de letra; los unos, incomprensibles, pero que daban a entender que entre Valentín Cruz y los corresponsales o correspondientes de México había relaciones anteriores e íntimas, no de asuntos privados, sino absolutamente políticos.

Inquieto, disgustado y cansado el presidente, y doliéndole la cabeza, se disponía a clasificar las cartas ya leídas y a colocarlas en su cubierta cuando observó que había en el suelo dos o tres papeles que se habían caído sin que lo hubiese notado.

Uno de ellos era una carta firmada.

Enterado de todo. Apresure usted los negocios, porque urge. Mándeme, si le es posible, dinero, que necesito con urgencia para seguir los trabajos. Más de una semana he estado enfermo, y por eso no le he escrito.

Sabe que de corazón soy su amigo.

Licenciado Bedolla

- Me la va a pagar este pliego -dijo el presidente luego que acabó de leer la carta-. Lo voy a secar en una prisión hasta no descubrir el hilo de esta revolución; más adelante lo mandaré fusilar. Estoy rodeado de malvados y traidores, y mis mismos ministros son los primeros que conspiran contra mí.

Durante algunos días les dictaba acuerdos muy largos, que guardaba dizque para rectificarlos, y era para comprobarlos con las cartas y papeles de Valentín Cruz, hasta que adquirió la más perfecta convicción de su culpabilidad, menos la del ministro de Hacienda, no habiendo encontrado semejanza de su letra en ninguno de los papeles que había registrado.

- Señor don Pedro -le dijo en cuanto se lo presentó el ayudante-, me va a prestar un servicio, o mejor dicho, a la nación.

- Acepto y quedo a sus órdenes.

Cuando don Pedro se retiró, tocó la campanilla y el ayudante entró.

- Tome usted un coche, va en él a la casa del licenciado Bedolla, o al juzgado, a donde lo encuentre usted, lo aprehende y lo conduce a la prisión militar de Santiago. Lo que es por ahora está conjurada la tormenta -dijo el presidente dejándose caer en el sillón-. Ya veremos lo que sigue. En sustancia la nación la gobernamos, yo, dirigiendo la política; Baninelli derrotados a los *pronunciados*, y ese bandido de Río Frío ahorcando ladrones en el camino. Mañana veremos.

CAPITULO DÉCIMOSEPTIMO

Cambia la escena

El licenciado don Crisanto de Bedolla y Rangel era un hombre muerto, pero la prisión lo resucitó.

Durante una semana permaneció Bedolla incomunicado, durmiendo en un petate, sin una silla en qué sentarse ni una mesa en qué comer.

Su conciencia le acusaba, en verdad; pero jamás había escrito una carta con su letra ni menos se acordaba de haber firmado nada que pudiera comprometerlo. Sus sospechas recaían contra Pedro Martín de Olañeta.

Al fin de la semana, el mismo ayudante se presentó en la prisión y sin saludar a Bedolla, le dijo secamente:

- De orden del presidente. está usted comunicado.

Uno de sus más íntimos y allegados partidarios y amigos le dijo:

- Está usted haciendo, sin saberlo, un héroe a Bedolla.

Tenerlo preso equivalía confesar que se le tiene miedo y que vale algo.

Desde que se supo que ya se podía hablar con el personaje que había excitado la cólera del presidente. Desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde no cesaban las visitas de personas de todos los partidos, que aprovechaban la ocasión para saludar al que había sido influyente para sublevar al Estado de Jalisco y hacer vacilar en su solio al tirano que se había encaramado en el gobierno.

De verdad o de mentira, muchos de los que lo visitaban le ofrecían sus servicios, le estrechaban la mano y salían diciendo para sí:

- *¡Qué talento tiene este licenciado! Se hace un poco la mosca muerta, pero a pesar de eso no puede negar que es hombre de acción.*

Durante tres semanas era un verdadero jubileo. Una fila de coches estaba siempre en la puerta, y una fila de gentes subía y bajaba las viejas escaleras.

El comandante de la prisión llegó a molestarse, puso en conocimiento del gobierno lo que pasaba, y el presidente se decidió a hacer cesar tal estado de cosas.

Una mañana se presentó el mismo ayudante, regañó de parte del presidente al comandante de la prisión por su tolerancia, echó a la calle groseramente a las visitas, y cuando Bedolla estuvo solo sin saludarlo, le dijo secamente:

- De orden del presidente, prepárese usted para salir dentro de cuatro días para la Isla de los Caballos (1), y entre tanto, queda usted incomunicado.

Bedolla se puso como muerto, quiso decir algo al ayudante, pero éste había ya salido sin siquiera volver la cabeza. Bedolla le era muy antipático por haber sentenciado a los vecinos de la Estampa de Regina, y lo trataba lo peor que podía.

Lamparilla estaba medio loco de alegría después que Cecilia (al revés de lo que siempre acontece y toca al hombre) le había dado palabra de casamiento, y revolvía en su cabeza mil proyectos, hasta el de transar y reconciliarse con los Melquíades, con tal de terminar el complicado negocio de los cuantiosísimos bienes de Moctezuma III. Sin concluir ese negocio, el casamiento era imposible: Cecilia se lo había repetido.

- Se me ofrece, señor licenciado ...

- Vamos, acaba, ¿qué se te ofrece?

- ¿Por qué no se me deja quieta -dijo Cecilia-, y no que cada rato con lo que ustedes dicen que se llaman *diligencias* tengo que firmar abajo de lo que escriben en un papel tan malo que trabajo me cuesta, la verdad, no sé lo que firmo, y un día firmaré mi sentencia de muerte? Pues que usted dice que es tan amigo del juez, se me ofrece que me dejen en paz, y es cuanto ... y no me parece mucho.

- Quedarás servida y pronto.

- ¿Y a Pantaleona, que le toca más que a mí?

- Por supuesto, y no hay ni para qué decirlo. Dentro de una semana, cuando más, concluirá.

Ni Lamparilla ni Bedolla se creían autores de la revolución, pero si sospechaban que sus intrigas, los anónimos enviados con profusión a multitud de personas y las cartas con sentencias y palabras equívocas y misteriosas imitando la letra de ministros, coroneles Y oficiales, habían surtido efecto, y que, sin que ellos mismos supieran, se había organizado una conspiración de importancia.

El primer sentimiento de Lamparilla no fue indagar dónde había sido llevado su amigo para socorrerlo e interesarse por él, sino cuidar por su propia persona, marcharse de la casa y esconderse. Estaba seguro de que la conspiración había sido descubierta y que la vanidad o la imprudencia de Bedolla los había comprometido.

Llegó al convento de San Francisco, donde pidió hospitalidad y asilo al padre Pinzón.

Allí fue sabiendo sucesivamente lo que pasaba. La noticia de la derrota de Valentin Cruz lo abatió a tal grado, que el padre Pinzón lo creyó enfermo. ¡Y a fe que había razón para ello!

La noticia del cambio de ministro entre los que contaba uno que podría ayudarlo en sus asuntos, y la vuelta de don Pedro Martín al juzgado, le volvieron el ánimo y casi se alegró de que Bedolla estuviese preso.

- Este Bedolla -dijo, como si alguno lo escuchara- tiene más presunción que talento; su amor propio lo pierde; si no fuera por mí, no habría sido ni alcalde de barrio.

Se atrevió a salir a la calle; creyó que era mejor afrontar la situación de una vez, presentarse en la prisión de Bedolla tan luego como estuviese comunicado, y llenar, aunque fuese en apariencia, los deberes de la amistad.

Cuando Lamparilla fue a visitar a don Pedro Martín y a darle la enhorabuena, ya este magistrado había puesto en libertad al desgraciado don Joaquinito y terminado la causa en lo relativo a Cecilia y a Pantaleona declarando que la primera no era culpable de la muerte del ladrón, pues el suceso había pasado mientras ella dormía, y que en cuanto a Pantaleona, había obrado en propia defensa, todo lo cual estaba bien probado por las diligencias que había practicado su antecesor y las que él había continuado y constaban en la causa, la que quedaba abierta contra el autor o autores que habían practicado la horadación para introducirse a la casa, robarla y asesinar a los que la habitaban, como habían hecho con el remero que estaba en la canoa.

Aprovechó la oportunidad para hablar a don Pedro Martín del asunto pendiente de Moctezuma III.

- Registrando unos papeles antiguos del marqués de Valle Alegre -le contestó don Pedro-, me he encontrado una real orden del emperador Carlos V relativa a los terrenos que reclaman como suyos los antecesores del actual marqués, y que lindaban con los que pertenecían a los reyes aztecas, y la cuestión está claramente resuelta en favor de los herederos de Moctezuma. No falta sino la fe de bautismo del ahijado de doña Pascuala,

que usted llama Moctezuma III, para que el gobierno haga la declaración terminante y ponga al legítimo heredero en posesión de los bienes, que de veras son cuantiosos.

No es necesario decir que en el acto, y sin pensar en comer ni menos en ir a visitar al preso, se fue en busca de Cecilia, a la que anunció que el negocio estaba ganado, que antes de un mes estaría en posesión de los bienes, que dispusiera todas sus cosas, vendiera las canoas y las casas de México y Chalco, o dejase sus negocios a cargo de Pantaleona y dispusiese lo necesario para la boda.

Cecilia no se hallaba segura ni en Chalco, ni en su casa de México, ni aun en el mismo puesto de la plaza; lleno constantemente de gente y cercano a Palacio. Se le figuraba que Evaristo personalmente la acechaba a todas horas, y en cada gente desconocida que pasaba cerca de ella creía ver un asesino que le hundiría por detrás un puñal.

Don Pedro Martín vuelto al despacho de su juzgado, sabia y tenía.

Sabia y tenía las pruebas de que el capitán de rurales que en tan pocos meses había logrado una fama de honrado y de valiente, no era otro más que el asesino de Tules, el jefe de los bandidos de Río Frío y el autor de la horadación de la casa de Cecilia, ¿pero podría al mismo tiempo ser acusador, testigo y juez?

En cuanto a Evaristo, su comportamiento desde que regresó a lo que él llamaba ya *sus tierras*, con el grado de teniente coronel, fue de los más irregulares y arbitrarios (se entiende con los indios y gente pobre e indefensa), exigiendo ya sin disimulo la contribución semanal de pollos, quesos, mantequillas, legumbres y cuanto más podía; de manera que vivía en medio de la abundancia; pero atormentado con la idea de ser denunciado por Cecilia, por don Pedro Martín de Olañeta y aun por el mismo Lamparilla, a quien miraba con desprecio, pero que llegó a temer.

Determinó que Cecilia sería muerta a pedradas en su mismo puesto de fruta de la Plaza del Volador; que don Pedro Martín moriría envenenado por la misma Cecilia, y Lamparilla asesinado por sus mismos mozos en uno de los viajes que hacia a Chalco.

CAPITULO DÉCIMOCTAVO

Juan fusila a su padre

Baninelli recibió por extraordinario violento la orden para perseguir a Valentín Cruz hasta exterminarlo. En la misma noche salió su vanguardia al mando del cabo Franco y él, dejando el depósito de los cuerpos y una compañía de infantería al cuidado del gobernador, marchó al día siguiente.

Fue una correría fantástica, que dejaba azoradas y consternadas a las pequeñas y pobres poblaciones por donde pasaban los pronunciados que huían y las tropas de línea que los perseguían sin parar.

Llegaba Valentín Cruz con su chusma, lo primero que hacía era llamar al alcalde o al prefecto, exigirle en el término de una hora raciones, bagajes, y dinero, bajo la pena de ser fusilado. El alcalde hacía lo que podía ejerciendo a su vez su autoridad sobre los vecinos más pudientes.

Al día siguiente aparecía el cabo Franco y su tropa y a pocas horas Baninelli, con el grueso de la infantería y la caballería. Nueva requisición.

Valentín Cruz, al huir de su cuartel general de San Pedro, fue seguido de una docena de los suyos que estaban a caballo: los que no lo tenían, que eran los más, lo siguieron a pie o se dispersaron o se escondieron: pero en los pueblos y haciendas por donde pasaba, lo primero que hacía era apoderarse de los mejores caballos y de las armas que podía, montaba su gente de a pie y continuaba su marcha. Cuando llegó a Mascota, relativamente tenía mucho mejor y más gente que en San Pedro.

Por precipitada que fuese la marcha del cabo Franco, la de Valentín Cruz lo era más, y no pudo darle alcance. En Mascota se detuvo para organizar sus fuerzas, pero apenas tuvo noticia de que las tropas de Baninelli, reunidas y con una pieza de montaña sacada de Guadalajara, se acercaban, cuando dio la estampida tratando de ganar la sierra, donde no podía ser fácilmente atacado, o si lo era, se defendería mejor o disolvería sus hombres dándoles cita para otro lugar, si le convenía.

Baninelli creyó dar fin a la campaña, pedir instrucciones a México y situar entre tanto su cuartel general en Mascota, desde cuyo punto protegía a los Estados de Jalisco, Zacatecas y Durango. Como su comisario tenía regulares fondos enviados de México, el cabo Franco no tuvo necesidad de continuar sus atrocidades ni tampoco de arruinar los ranchos como lo hizo a su salida de México, con el de Santa María de la Ladrillera; y ya que recordamos a esta pintoresca propiedad donde comenzaron las escenas de nuestra historia, diremos que los tres muchachos que fueron afiliados en el regimiento de Baninelli eran los favoritos del cabo Franco, que los quería verdaderamente; pero era lo que podría llamarse *un amor militar*.

Los muchachos, rabiosos al principio y pensando atrocidades para vengarse del cabo Franco, concluyeron por calmarse, por conformarse a su situación, y aun entusiasmarse por la carrera militar cuando se vieron con sus jinetes de sargento y con mando y autoridad sobre los mismos reclutas que habían visto amarrados en el corral del rancho.

Ignoraban la muerte de don Espiridión y la grave enfermedad de doña Pascuala, y pensaban, también, que gastarían cualquier dinero para buscarles reemplazos y volverlos a su lado. A los veinte años se acepta cualquier situación y se saca partido de la misma desgracia. Juan, por su parte, pensaba en Casilda.

Aprovechó una oportunidad para acercarse al coronel y manifestarle que, lejos de abandonar el regimiento, aún cuando llegase la orden de México, estaba decidido a seguir la carrera militar y servir toda su vida a las órdenes de un jefe tan valiente.

Baninelli dio una palmada en el hombro de Juan y le dijo:

- Tú has hecho, a poco más o menos, lo que el cabo Franco; tienes vocación de soldado y yo te protegeré, te haré soldado de veras, y adelantarás. Quítate el vestido de soldado y te vas con el Emperador. Y disfrazados de paisanos viandantes, me recorren los pueblos de las cercanías, miran lo que hay, indagan si hay cerca o lejos pronunciados o ladrones; en fin, quiero saber lo que pasa, no por los alcaldes y vecinos, sino por mis propios soldados, y como si yo lo viese. Franco les dará instrucciones.

Juan, muy contento, fue a contar lo ocurrido al cabo Franco. Tomó sus instrucciones y al día siguiente salió a su correría en compañía del Emperador, disfrazados de paisanos viandantes.

Baninelli quiso, más que inquirir, hacer una prueba. Si volvían al cuartel general a los tres días que les habpía señalado, podía estar seguro de ellos y contar con dos mocetones adictos, fuertes y voluntarios como él querla que fuesen los 1,200 hombres de que se componía su regimiento.

Una tarde regresaba ya al anochecer a su cuartel general. Vio venir un caballero envuelto hasta los ojos en un jorongo y montando un arrogante caballo que traía a media rienda.

Un rayo de sol que se hizo paso por el abra de una montaña iluminó la figura del caballero, pues, al sacar la espada, había caído el jorongo de un lado y quedó descubierta su fisonomía varonil, que una barba negra, cerrada, hacia más resuelta.

- ¡Juan! -exclamó Baninelli.

- ¡Juan! -exclamó también Robreño-. Te buscaba Juan y he andado leguas y leguas antes de encontrarte.

- Ven -le contestó Baninelli-, vamos al pueblo donde tengo mi cuartel general, y allí te diré lo que te espera y lo que me obligas a hacer por tu imprudencia. Yo no te he buscado y he procurado olvidar que por ti quedé por primera vez en mi vida en el más completo ridículo.

Juan Robreño no contestó nada. Envainó su espada, se embozó hasta los ojos en su jorongo y así continuaron caminando en silencio.

Apeáronse y entraron en la sala que ocupaba Baninelli.

Los asistentes sirvieron una frugal cena, que los dos comieron en silencio y con poco apetito.

- ¿Me querrás decir ahora por qué desertaste en los momentos mismos en que era más necesaria tu presencia?

Juan Robreño sacó de su bolsa un papel envuelto en un sobre, algo sucio y maltratado.

- Saca la carta que contiene y lee -le dijo a Baninelli, tendiéndole el sobre.

Baninelli leyó con mucha atención.

- ¿Qué habrías hecho tú en mi lugar?

- Lo mismo que tú: desertarme -le contestó devolviéndole la carta.

- ¿Entonces? -le preguntó Robreño con algún interés.

- Habría volado al socorro de mi mujer o de mi querida y en seguida presentándome a mi superior para que se formara la causa. Quizá te habrías salvado, has cometido una falta, y muy grande, y debes recibir el castigo.

- Es verdad, tienes razón, y yo tengo la culpa de todo. Por lo menos, no seré débil ni cobarde a la hora suprema.

- Bien, entonces ve a alojarte con el cabo Franco al cuartel. Ve y dile al cabo Franco que se presente en el acto.

Comunicó la orden a Franco, el que inmediatamente se presentó al coronel.

- Raras veces me he arrepentido en mi vida de haber adoptado la carrera militar. Es mi vocación, me lisonjea el mando, no me cansan ni el servicio ni los caminos, y perseguir y batir al enemigo me llena de orgullo. Preocupaciones todas, Franco -le dijo el coronel antes de saludarlo-, pero en casos como éste, maldigo hasta la hora en que nací y el momento menguado en que mi padre me hizo cadete de su regimiento. Tú no puedes comprender todavía. Tengo que mandar fusilar a Juan Robreño; era mi mejor oficial, tú lo sabes, y es todavía, y en estos momentos más que antes, el amigo que más quiero.

- Está bien, mi coronel. Sé lo que tengo que hacer -y se retiró en silencio.

El cabo Franco no se dirigió directamente al cuartel, sino que salió fuera de las casas del pueblo y buscó un sitio solitario y apartado, donde había unos cuantos jacaes arruinados y vacíos y tres o cuatro árboles torcidos y muriendo a causa de lo seco del terreno.

- Aquí -dijo- está de lo más propio para la ejecución. Veremos cómo puedo arreglar las cosas, y si algunas resultas hay, de algo me ha de servir el exponer el pellejo todos los días. El coronel brincará y echará por esa boca, pero después se alegrará. Lo conozco bien.

A eso de las cuatro de la mañana, el cabo Franco entró en el cuarto de banderas y despertó a Juan Robreño, quien, sentado en un banquillo y envuelto en su jorongo, dormitaba recargado en el rincón de la pared de adobe.

- Mi capitán -le dijo Franco-, si viniese usted a mi alojamiento tendría mucho gusto en que tomáramos un trago juntos. Los militares, mi capitán -dijo Franco, que se consideraba todavía cabo y nunca quería creerse igual a los que habían sido sus jefes-, tenemos la vida vendida, como dicen muy bien las mujeres.

Juan Robreño tomó el vaso lleno de licor, bebió unos tragos y se sentó con tranquilidad.

- No vayas a figurarte que tengo miedo -le contestó Juan Robreño sentándose con aparente tranquilidad en la silla que le ofreció-, sino que el hombre deja en la tierra, cuando le viene la muerte, algo que quisiera llevar a otro mundo.

- Otro trago, mi capitán ... no urge tanto, tenemos tiempo -le respondió Franco llenándole el vaso-, la diana se toca a las seis. ¿Le ocurre a usted, mi capitán, hacerme algún encargo?

- ¿Tienes tinta y papel?

- Y como que tengo todo lo necesario.

Juan Roberto escribió:

¡Mariana querida! ¡Adiós!

JUAN

- Si algún día vas por la hacienda del Sauz, o tienes una persona de tu entera confianza a quien confiarle esta carta, haz que llegue a manos de la condesa.

- Descuide usted, mi capitán, me daré traza de que llegue, y pronto, a manos de la señora condesa ... Vaya que llegará. Yo mismo se la entregaré. Platíqueme, desahóguese conmigo que lo he querido como al coronel, y bebamos el último trago. Vamos -le dijo Franco-, déme usted el brazo.

- No lo necesito.

El cabo Franco se acercó a Juan Robreño y le dijo al oído:

- Si mi capitán quiere fugarse, es todavía tiempo. Su caballo y armas están listos, no tiene más que montar y ojos que te vieron ir.

- No, te lo agradezco -respondió Juan Robreño buscando la mano del cabo Franco y estrechándosela con efusión.

- Muchachos -les dijo-, tenéis que cumplir, lo mismo que yo, con un deber muy penoso.

Formóse el pelotón frente a Robreño. El cabo Franco, dijo:

- ¡Firmes! ¡Preparen! ¡Apunten! ¡Fuego!

El horizonte comenzaba a pintarse con una rayita amarilla y luminosa, y a esta media luz triste, el cabo Franco vio, cuando se disipó el humo, tendido en el suelo el cuerpo de Robreño.

CAPITULO DÉCIMONOVENO

Aventuras de tres reclutas

Se acercó el cabo Franco, y su mano se tiñó con la sangre caliente que brotaba de una herida que tenía en la cabeza cerca de la frente el desgraciado.

- ¡Maldita sea mi estampa! -gritó metiendo mano a sus cabellos y arrancándoselos con rabia-. He matado al capitán. Soy un bruto y un salvaje. Seguramente dejé una bala en alguno de los cartuchos, y debe ser el tiro de Juan el que le ha pegado, pues estaba precisamente en línea recta, y estos reclutas, que no saben ni disparar, han aprovechado el único cartucho que tenía bala, pero ... yo soy el recluta y el que tengo la culpa. ¿Qué vaya decir al coronel?

Se acercó más, tentó y registró el cuerpo de Robreño. No tenía más que esa herida; su corazón latía y su respiración no era trabajosa. El cabo Franco recogió su kepi, que había botado al suelo, y llamó a Juan el recluta.

- Mira, Juan, entre tú y el Emperador, que sois mozos fortachones, me cargan con mucho cuidado al capitán, que todavía respira y que es necesario que salvemos; caminen a la casa del cura. Yo los sigo.

El cabo Franco, sin ceremonia, se introdujo en la iglesia, seguido del Emperador y de Juan.

El cura era un viejo clérigo de cosa de sesenta años, corrido de mundo en su juventud, sabio, bueno, caritativo y filósofo en su mayor edad.

Ningún asombro le causó ver entrar al cabo Franco seguido de los soldados que conducían un herido.

- En mi cama, en mi cama. Esa es la caridad y es mi deber -le dijo al cabo Franco.

- Me voy a confesar con usted, señor cura, pues lo que voy a decirle es bajo el sigilo de la confesión. Todo es un secreto. Haga usted de cuenta, señor cura, que me he confesado con usted; pero lo que importa en este momento es curarlo; algo entiendo en esto; hace años que soy militar y he practicado con los médicos, cuando las circunstancias me lo han permitido.

Con asombro y duda escuchó el cura esta extraña narración, y tan pronto se le paseaba por la cabeza que era una venganza política, como se inclinaba a creer un rarísimo acto de clemencia.

- Pierda usted cuidado, que lo que me ha contado será como si lo hubiese encerrado en una tumba. Pero dejemos por ahora todo esto, que ya bastante sé, y procedamos a la curación.

Baninelli no había dormido en toda la noche, y oyó los tiros.

- El capitán ha sido fusilado a las cuatro y media de la mañana, como usted mandó.

Baninelli se lo quedó mirando fijamente.

- Entendido, mi coronel. Una herida leve, por inadvertencia; no es nada. En una semana estará bueno. Lo entregué al cura.

- Bien -le contestó Baninelli-. Tenemos que marchar dentro de una hora. Acabo de recibir un extraordinario de México.

- Listo, mi coronel, a la vanguardia, como siempre.

Acabada la diana, Baninelli mandó dar el primer toque de marcha. El cabo Franco llevó a la casa del cura el caballo, las armas, la *tagarnina* (1) y una bolsita de seda llena de oro.

- Señor cura, le entrego a usted a un hombre que ha muerto para el mundo; cuando resucite, que resucitará, tomará un nuevo nombre, inventará parientes o no los inventará, nadie lo perseguirá ya; pero tampoco nadie lo reconocerá. Es lo más singular que he visto en los años que tengo de vida y de servir en la carrera de armas. Yo me marchó con la tropa; dejamos al pueblo tranquilo, que se alegrará al ver que nos alejamos, quizá para no volver.

No daban las siete de la mañana cuando el cabo Franco, a la vanguardia, y Baninelli, con sus infantes, caballos y comisaría, ambulancia y trenes, salían de Mascota rumbo a Zacatecas.

Juan ni remotamente podía sospechar que había fusilado a su padre, que la bala que lo hirió era de su fusil y que lo había llevado en sus brazos hasta la casa del cura de Mascota; pero estas escenas le causaron una impresión quizá todavía más profunda que la del asesinato de Tules.

Las marchas y contramarchas de la brigada ligera de Banineli fueron idénticas a las que ya hemos descrito.

Valentin Cruz huía, aumentando o disminuyendo sus fuerzas, sin hacer alto sino unas cuantas horas, y sin presentar batalla, lo que ocasionaba una fatiga inútil a la brigada, que cada día iba a menos por la desertión y por la absoluta falta de recursos, que no podía remitirle el gobierno a pueblos pequeños, donde el comerciante más rico no tenía quinientos pesos juntos.

Valentin Cruz, a su paso, como si fuese un pequeño Atila, no dejaba ni yerba, de modo que cuando Baninelli llegaba, apenas tenía unos cuantos sacos de haba seca o de frijoles, para dar un escaso rancho a la tropa. El que no conozca al soldado mexicano apenas podrá creer cómo con escasísimo alimento puede caminar por senderos ásperos y quebrados diez o doce leguas diarias, y si se ofrece, batirse con brío y denuedo como si acabase de comer bien y echar buenos tragos de aguardiente.

El cabo Franco hacía dos o tres años que había adquirido una alhaja de inestimable precio. Esta alhaja era una cocinera. Mujer de más de cuarenta años, fea hasta no producir tentación alguna ni en campaña; pero robusta, sin ser gorda, muy limpia hasta donde se lo permitía su escaso equipaje y el polvo del camino, y sobre todo activa y de inagotables recursos para sacar partido de las malas situaciones. Caminaba con la brigada en un caballo robusto y cuidado con esmero por ella misma; con la cara énvuelta en un pañuelo de modo que apenas se le veían los ojos: con un ancho sombrero de petate con su barboquejo para que no se volara: con su jorongo embrocado y rodeada de cacerolas y cubos colgados en la silla. No se cuidaba si estaba cerca o lejos del enemigo: entraba la primera a los pueblos y se dirigía a la mejor tienda o a la plaza, si era día de tianguis. Compraba lo necesario con dinero al contado, y en el acto, en un cuarto o patio del mesón, o en la plaza debajo de un árbol, o donde encontraba sombra, descendía con facilidad y presteza, descolgaba del caballo, como si fuese un tinajero, su batería de cocina y disponía lo necesario para un buen almuerzo o comida, según la hora en que se vencía la jornada.

Así andando, subiendo y bajando, se acabó la tarde y vino calurosa y negra la noche, sin vislumbrarse la luz de una ciudad ni la fogata de una cabaña. Hombres y caballos caían cansados en aquel polvo blanco y ardiente, y el cabo Franco y los reclutas confesaron que, si dentro de una hora no encontraban un pueblo o una hacienda, no continuarían más, aunque el coronel Baninelli se los mandase. Era una rebelión completa, causada por el hambre, sed y el cansancio. Por fin, y cuando menos lo esperaban, se encontraron en la plaza de una población que, por el aspecto de aquella, de la iglesia que estaba enfrente y de las casas que la rodeaban, parecía ser de alguna importancia, pero esa población estaba desierta.

- Si alcanzo a Valentín Cruz no le doy ni cinco minutos. A las tres de la mañana, el primer toque, a las tres y media, el segundo, y a las cuatro, en marcha.

El cabo Franco y los tres reclutas se repartieron como hermanos dos tortillas duras y un pedazo de cecina, y pudieron, a fuerza de la fatiga que los tenía hechos pedazos, dormir un par de horas.

A las cuatro y cuarto la brigada estaba en marcha por senderos todavía más difíciles y ásperos que los del día anterior. Por fortuna encontraron los exploradores un charco de agua rodeado de árboles, y allí se sentaron, agotaron el agua hasta el grado de chuparse el lodo: pero esto les dio la vida y pudieron llegar también, ya de noche, a un pueblo que encontraron igualmente abandonado. Micaela se echó en busca de gallinas, de carneros y de legumbres. Nada: las chozas vacías; los campos secos y con rastrojo de la reciente cosecha, de modo que los caballos y las mulas fueron los mejor librados. Agua fresca en abundancia de un arroyo cercano, que se derramaba y se perdía en el agujero de un río subterráneo. Concluyó Micaela por encontrar en un jacal un depósito de mazorcas de maíz y oyó gruñir a un desgraciado cochino que estaba encerrado en el corral inmediato. Ya los soldados habían escuchado este gruñido, que para ellos era la vida, pues llevaban treinta y seis horas de ayuno.

Sin cuidarse de la disciplina y sin temor a la severidad de Baninelli, se habían desbandado, hecho pedazos la cerca del corral, precipitándose sobre el cochino dándole sablazos, bayonetazos y puñaladas hasta hacerlo un picadillo, a pesar de los gruñidos lastimeros del infeliz animal. Micaela pudo traerlos a la razón prometiéndoles guisar el cochino y aprovechar hasta la última gota de sangre.

En efecto, cargaron dos soldados con el animal, hasta el campamento de Micaela, la que hizo una buena lumbrada, y rodeada de cacerolas, antes de dos horas había hecho tantas y tan sabrosas preparaciones, que bastaron para saciar el atrasado apetito de los hambrientos militares. En un jacal había encontrado un soldado, sal y jitomates. El Emperador que con calma recorrió una a una las chozas, llevó a la cocinera chile, cebollas, ajos y unas bolas de masa de maíz preparadas el día anterior, con las que pudieron hacerse tortillas. El Emperador fue aclamado por toda la brigada, y mereció el honor de ser llamado por Baninelli y de una sonrisa, pues el jefe, ante un rimero de tortillas calientes y un trozo de tocino asado, había desarrugado el seño.

- Ya le haremos pagar muy caro a Valentin Cruz estos trabajos. Cuento contigo, Emperador, y si continúas portándote bien, pronto serás capitán como el cabo Franco.

CAPITULO VIGÉSIMO

Derrota del Cabo Franco

Al salir la brigada del pueblo, un hombre, sudando como si acabase de salir del baño de vapor, se presentó al coronel Baninelli. Era un extraordinario del gobernador de Jalisco. El correo traía en la suela de unos gruesos zapatos un pequeñísimo papel que el coronel desenrolló y leyó:

Está usted rodeado de enemigos y va a caer en una emboscada al salir del Cañón de Cinco Señores. Si no tiene mucho cuidado y si las tropas no se baten hasta morir, será usted derrotado y perdido para siempre. Ánimo, compañero, y decisión para exterminar de una vez a los bandidos.

Baninelli llamó al cabo Franco y al emperador, les enseñó la comunicación del gobernador y les dio sus instrucciones. La brigada toda, que caminaba en desorden, se organizó a las voces de mando de su jefe como si tuviese ya el enemigo al frente, y así caminó todo el día sin comer, y al caer la tarde salió sin novedad del Cañón de Cinco Señores, sin haber visto a alma nacida.

Cerca de las nueve de la noche entró en un pueblecillo que, a primera vista, presentaba el mismo aspecto que los anteriores. Se estableció de pronto el campamento en medio de una plazoleta, y Micaela, el cabo Franco y el emperador, fueron los primeros en explorar los jacales, que partían en línea recta de la plaza y formaban una larga calle que terminaba en una capilla y dos casas de alto y de piedra, con unos miradores o jaulas de madera avanzadas como una vara sobre las fachadas.

No quisieron entrar en aquellas oscuridades, donde podrían muy bien haberse ocultado los enemigos; regresaron a la plaza y refirieron al jefe lo que habían visto. Baninelli dispuso que toda la noche estuviese la tropa sobre las armas, y él mismo, montado a caballo, rondó por las cercanías, hasta que amaneció.

Hizo entonces un cauteloso reconocimiento. Muchos de esos desgraciados parecía que habían hecho un esfuerzo para salir y buscar socorro, faltándoles las fuerzas, estaban agonizantes en las puertas, o muertos a poca distancia de su domicilio. Así caminaron hasta el curato.

- No venimos a hacer daño alguno al pueblo, ni mucho menos a usted, padre cura; muy por el contrario, tenemos médicos y un botiquín bien surtido, y auxiliaremos a usted y a los pobres del pueblo.

- Creo que por misericordia de Dios he escapado ya -respondió el cura con una voz tan débil, que era necesario acercarse mucho a él para entenderlo-, pues ustedes han venido a salvarme. Lo que tengo ahora es hambre y sed.

Juan, apenas oyó esto, cuando fue a la cocina y volvió con un vaso lleno de agua cristalina.

Pasó pronto la crisis que causó al cura el gran vaso de agua, y recobró las fuerzas con una copa de vino.

Cuando ya pudo platicar, refirió a Baninelli que Valentín Cruz había pasado rápidamente hacía tres días por el pueblo y que al día siguiente de la salida de Valentín Cruz se había presentado en la mañana un caso de cólera morbo fulminante, y en la noche como cincuenta, de los que murieron más de la mitad.

Los habitantes, presos del pánico, habían huido, dejando abandonadas sus casas y sus intereses.

Baninelli se dirigió a su campamento para ordenar la marcha inmediata. En el camino encontrarían algo de comer; pero en todo caso, no era cuerdo permanecer en ese lugar apestado ni una hora más; Juan, el Emperador, el hijo de doña Pascua la y el cabo Franco, antes de seguir a Baninelli, entraron a la cocina y bebieron jarros de un agua cristalina y fresca que estaba en un barril.

A su llegada a la plaza, donde, como se ha dicho, estaba el campamento, se enteró con espanto Baninelli de que más de cien hombres de su tropa habían sido atacados y cerca de la mitad estaban a punto de morir.

Micaela, la cocinera, llegó con unas mazorcas de maíz, un cordero, algunas gallinas y guajolotes que había encontrado en las casas abandonadas, y el cabo Franco, el Emperador y Juan, tomaron el rumbo del campo y volvieron a poco con un buey viejo y flaco. Baninelli suspendió la marcha, no queriendo dejar abandonados a los enfermos, y el rancho, a mediodía preparado por Micaela, no fue del todo malo.

Una noche oyeron tiros de fusil en las lomas medio boscosas que formaban por el lado del pueblo la salida del Cañón de los Cinco Señores. Baninelli y su tropa arrojaron un grito de alegría. Una acción contra las chusmas de Valentin Cruz era tal vez su salvación.

Micaela era incansable y más valerosa que toda la tropa junta. No tenía miedo ni a la guerra ni a la peste, y le importaban poco el calor y el frío. Absorbida absolutamente en su misión de la cocinera, su familia la formaban dos soldados viejos que la ayudaban como galopines; su ocupación era arreglar y lavar sus ollas y cacerolas, y su alegría llegaba a colmo cuando se apoderaba de un carnero, de una vaca o de unas gallinas, y podía ofrecer a su coronel y al cabo Franco, un regular almuerzo en medio de las calamidades de que estaban rodeados. Era la Providencia de la brigada.

Después de haber cenado el cabo Franco y los tres reclutas un buen trozo de carne asada en unas brasas de leña de mezquite, que abunda en el país, nombró a Juan escucha por dos horas. Eran cosa de las doce de la noche. Debería volver a las dos de la mañana.

Juan tomó sus armas, y con cautela y poco a poco se dirigió por el rumbo por donde los enemigos se habían presentado. Reinaba el más completo silencio, la noche estaba clara, tibia y serena, y la luz de las estrellas permitía ver hasta las profundidades de un bosque de árboles pequeños y de tupidos ramajes, que terminaban en la boca del Cañón de los Cinco Señores. Juan se sentó en un peñasco, procurando alcanzar con la vista cuanto terreno podía descubrir a su alrededor.

Siguió a poco avanzando y registrando cuidadosamente, sin encontrar indicios de qué el enemigo estuviese por allí; tranquilo y casi seguro de que no serían atacados, creyó que no debía alejarse más y volvió a sentarse debajo de un mezquite para esperar a hora de su relevo y dar cuenta de su guardia al cabo Franco. No pudo evitar el entregarse a una serie

de reflexiones sobre los acontecimientos de su vida y el extraño destino que lo había Conducido a adoptar la carrera de las armas.

Haciendo este género de reflexiones y medio dormitando a causa de la fatiga y del trabajo ocupado del servicio militar, y atendiendo además al cura, a los soldados enfermos y ayudando a Micaela a procurarse provisiones, se apoderó de una especie de sopor, como si hubiese bebido licores con exceso o tomado algún narcótico. Repentinamente sintió dos brazos de hierro que lo sujetaban por la espalda, a la vez que otra persona le ponía un trapo en la boca y se lo ataba fuertemente al cuello para impedir que gritase. En menos de un segundo, y sin darle tiempo para que hiciese uso de sus armas, le ataron fuertemente brazos y piernas, lo levantaron en peso y cargaron con él, tomando, según lo pensó, la dirección del Cañón de los Cinco Señores.

Juan, por supuesto, no pareció en el campamento. El cabo Franco, que, por la costumbre, calculaba con exactitud las horas de servicio sin necesidad de reloj, entró en una gran inquietud, redobló sus precauciones y se entregó a toda clase de conjeturas.

- Juan ha caído en una emboscada o se ha desertado -dijo a Moctezuma III.

- Ni lo uno ni lo otro -le contestó Moctezuma-, lo conozco bien. Pertenece, como yo, al regimiento, y no es capaz de abandonarlo. Si se tratara de Espiridión, tal vez ... pero Juan ... ni por pienso, mi capitán.

El cabo Franco movió la cabeza con una especie de incredulidad, y dijo a Moctezuma III:

- Si dentro de dos horas no se presenta en el cuartel general, lo declaro desertor al frente del enemigo.

El cabo Franco, con una especie de desconsuelo, de desaliento, de cobardía tal vez, que jamás había sentido en su vida, se disponía a marchar al cuartel general a dar personalmente el parte de lo ocurrido a Baninelli, cuando oyó un rumor extraño como de la estampida de un ganado salvaje y a poco tiros de fusil. Una chusma furiosa se arrojó sobre su tropa desvelada, enferma, diezmada por la enfermedad, pues durante la noche más de la mitad estaba atacada por la epidemia y apenas podía sostener el fusil.

- ¡Rayos y centellas! -gritó el cabo Franco a sus soldados-. Vale más morir matando que no como unas viejas cocineras, deponiendo el estómago y encomendándose a Dios. ¡Adentro, muchachos!

Sólo quedó en el campo Moctezuma III. Que en esos momentos se creyó capaz de salvar, no sólo al cabo Franco y a Baninelli, sino a toda la nación.

Se encaró con la docena de reclutas que lo seguían y les gritó:

- ¡A libertar al capitán Franco y a matar a todos esos hijos de un demonio! ¡Soy el emperador y el dueño de México; el que no sea cobarde, que me siga, y a morir como mueren los indios valientes, sin quejarse ni pedir misericordia!

Con espada en mano se lanzó sobre la multitud, repartiendo tajos formidables, sin cuidarse de las balas que silbaban cerca de sus orejas.

Su actitud enardeció a todos.

Los reclutas dispararon sus fusiles, los voltearon por la culata y se arrojaron en medio de los enemigos, y repartiendo porrazos tan tremendos que quebraban quijadas y cabezas y rompían piernas y brazos como si se tratase de muñecos de alfeñique. Esta resistencia inesperada desconcertó a los asaltantes, que a su vez, echaron a correr dejando tirado en el suelo al cabo Franco, que había sido traspasado por una bala y perdía sangre por la ancha herida que le había hecho una de calibre de a onza.

- Aún no estoy muerto, Emperador -le dijo el cabo Franco-. Te has portado como un hombre.

Moctezuma III, sin contestarle y haciéndole seña de que no hablase, lo tomó delicadamente en sus brazos, lo colocó sobre sus hombros, y seguido de sus valientes reclutas se encaminó poco a poco al cuartel general.

Todo esto fue obra de instantes, de modo que Baninelli tuvo conocimiento del ataque y de la derrota a un mismo tiempo. Por más que con su energía habitual quiso organizar una columna y volar al socorro de su vanguardia comprometida, le fue imposible. Ya no era una brigada, sino un cementerio y un hospital.

CAPITULO VIGÉSIMOPRIMERO

Hambre y peste

Derrotado Valentín Cruz en San Pedro, hemos dicho que huyó para Mascota con unos cuantos hombres de a caballo. Permaneció allí unos días y no pudo avanzar gran cosa. Entonces se dirigió a este pueblo y al otro, huyendo siempre de la persecución de Baninelli, pero sublevando al país, dando despachos de capitanes y de coroneles a los más perdidos y viciosos de los pueblos, y estos capitanes y coroneles improvisados reclutaban a su vez gente de la peor especie para obrar por su propia cuenta, obedeciendo a Valentín Cruz de pura fórmula.

Cuando Baninelli vio llegar al Emperador cargando en sus espaldas al cabo Franco, dijo:

- Me han matado no sólo a mi mejor oficial, sino al amigo más querido. ¡Y no poder vengarlo! ¡Veremos!

Los médicos y practicantes rodearon al cabo Franco, restañaron de pronto la sangre y le hicieron la primera curación.

El cabo Franco volvió de su desvanecimiento, y con semblante alegre y casi chanceando dijo a Baninelli, como de costumbre:

- Ninguna novedad, mi coronel. El cabo Franco herido levemente y salvado por el Emperador. Los dos reclutas, Espiridión y Juan, han consumado deserción al frente del enemigo y he prometido que serán fusilados en el momento que se les encuentre. Si el cabo Franco muere, el Emperador lo reemplazará, y ruego a mi coronel que lo distinga y que lo quiera como a mí.

El cabo Franco cerró los ojos y no pudo decir más.

- Irás a mi lado -le dijo Baninelli a Moctezuma III-. Te has portado bien y te repito que, si no me matan, serás capitán como lo fue ese pObre cabo Franco. No hay que perder tiempo -dijo a Moctezuma III estrechándole la mano y cortando la conversación, que no tenía trazas de concluir-: se formará una columna y atacaremos a ese canalla antes de que se atreva a entrar al pueblo: pero, ¡qué diablos! ... ¿Por qué estás solo y han consumado la deserción tus compañeros?

- No lo creo, mi coronel. Algo les habrá sucedido, pues de no ser así, estarían conmigo. Desde que fuimos afiliados juramos no separarnos.

Los médicos se decidieron a hacer la operación y extraer la bala; el cabo Franco la sufrió con tal valor, que no lanzó ni un solo quejido y ayudó él mismo a tener las hilas, vendas e instrumentos de los médicos.

Así pasaron cuatro días. Las pocas mazorcas de maíz y gallinas que podían conseguirse costaban un combate, y el día que logró el Emperador apoderarse de una vaca, le mataron dos hombres y le hirieron a cuatro. La situación era insostenible, pues el cólera, aunque con menos intensidad, no dejaba de hacer sus víctimas.

Una noche decidieron acabar con Baninelli y cayeron todos a la vez sobre él. Gracias a las fortificaciones que habían hecho, y a que sin duda carecían de parque, pues el fuego de fusilería no era muy nutrido, fueron rechazadas con grandes pérdidas. Persuadidos de que no podían tomar la plaza donde se había fortificado el jefe de la brigada, establecieron un sitio en toda forma, y así estaban seguros de que se rendirían por el hambre y tendrían la gloria de hacer prisionero a uno de los jefes más intrépidos del ejército de línea.

Baninelli se sostuvo el primer día con las provisiones que tenía reservadas la valerosa Micaela; el segundo, no se pudo distribuir más que una ración de dos tortillas por soldado; el tercero, el Emperador no se sabe cómo se apoderó de un cochinito que se distribuyó con la mayor economía entre toda la fuerza; el cuarto, nada ... nadie comió, y

tuvieron que contentarse con beber el agua cristalina de la fuente del curato; el quinto día, ni esperanza, y varios convalecientes murieron de hambre.

Micaela se presentó ante Baninelli.

- Mi coronel -le dijo-, estoy resuelta a marcharme al anochecer. Yo, que hace quince años que soy cocinera, no quiero morir de hambre.

Este corto discurso hizo mucha impresión en el ánimo de Baninelli.

- No tenemos más remedio, Micaela, que morir matando; no te vayas, nos iremos todos esta noche -le contestó Baninelli-. Haz la sopa sin sal, tráemela, y mañana, o estaremos cenando en la eternidad, o tendrás surtida la cocina como para un día de mi santo.

Gracias a su práctica militar y al conocimiento que tenía de los caminos, pues años antes había hecho una campaña por esos rumbos, se proponía romper el sitio, tomar el camino con dirección a Mascota para engañar al enemigo, y cortar a la izquierda por una vereda que atravesaba una sierra pequeña, en cuya falda opuesta se hallaba el pueblo de San Dieguito, lugar, en efecto, de abundantes recursos y apartado del camino real.

Prescindiendo de su categoría de jefe y de su genial orgullo, quiso consultar con Moctezuma III y lo llamó aparte.

- Te ha bastado esta campaña -le dijo- para hacerte un buen soldado. ¿Qué harías tú si estuvieses en mi lugar?

- Mi coronel, en vez de morir de hambre, buscaría la manera de salir de aquí, engañando al enemigo o dándole de golpes hasta acabar con él o que él acabase con nosotros.

- Pues precisamente es lo que voy a hacer esta noche -le contestó-, y tú reemplazarás al cabo Franco e irás a la vanguardia.

- Como mi coronel ordene -contestó Moctezuma-. Sólo que -prosiguió Moctezuma- si mi coronel me deja escoger a los indios reclutas, le prometo que dejaré a los enemigos tan escarmentados, que le permitirán que pase muy despacio con sus enfermos y heridos.

- Concedido, escoge tu vanguardia.

- Esos indios, mi coronel, ya saben que soy su emperador y se dejarán matar antes de abandonarme; si otro oficial los manda, echarán a correr y se desertarán. Los indios somos así. El que nos trata bien y no nos desprecia, puede contar con nosotros; no somos cobardes ni ingratos.

- Bien, bien, entiendo. Te formaré tu vanguardia como deseas, y si te portas bien, ya serás capitán, pero si sucede lo contrario y nos derrotan estas miserables bandas de ladrones, cuenta con que te mando fusilar con los cuatro hombres y un cabo que me queden.

Baninelli estaba en la más desastrosa posición; no tenía más arbitrio que rendirse sin condiciones a esa siniestra reunión de bandoleros que lo habían sitiado; pero su carácter tenaz y su orgullo de soldado veterano lo sostuvieron, y no influyó poco en su resolución de intentar a todo riesgo una retirada la confianza y serenidad de Moctezuma III.

Concluido el terrible trabajo de organización, con una brigada de muertos (moralmente) y de agonizantes y estropeados, Baninelli montó a caballo, mascó un pedazo de cecina con que lo obsequió Moctezuma y esperó el momento favorable.

Moctezuma habló con sus indios:

- Si caemos en manos de esas bandas, que son más bien de ladrones que de pronunciados, seremos matados a palos y a balazos como perros hambrientos; si nos abrimos paso por en medio de ellos, escaparemos casi todos. Yo soy el emperador de México, vuestro emperador, y además, capitán; me acaba de nombrar el coronel Baninelli; así yo os mando e iré por delante. No hay que tirar, pues apenas tenemos cartuchos. Andar juntos con dirección al enemigo, arrastrarnos por el suelo si es necesario, para no ser vistos, y cuando estemos cara a cara, voltear los fusiles y dar golpes hasta que no quede ni uno. Ya veré si sois verdaderos indios y si dais la victoria al emperador y capitán Moctezuma III.

No quiso dejar el pueblo sin saber la suerte del cura, dio un brinco al curato, que no estaba lejos, y cuál fue su sorpresa al encontrarse con Espiridión tendido en el suelo, inmóvil y verde como una figura oxidada de Pompeya.

El cura, por su extrema debilidad, no había podido prestarle auxilio ninguno, y en aquel momento los dos estaban convalecientes. El monstruo asiático los habla perdonado, pero el hambre se los llevaba más que de prisa.

Lo primero que hizo fue dar de beber agua cristalina en abundancia a los enfermos, dejarles una ración de pinole y de cecina, infundirles ánimo y marcharse.

CAPITULO VIGÉSIMOSEGUNDO

Triunfo del emperador

Por muchas y minuciosas que fueran las precauciones que tomó Baninelli para poder hacer su fuga, más bien que su retirada, fue sentido de los enemigos que lo rodeaban, y comenzaron a moverse, a vociferar injurias y amenazas y a disparar sus fusiles sin orden ni concierto ni resultado, pues pudo salir de la plaza, atravesar una calzada de órganos y nopales que conducía al camino real y organizarse.

Fue en este momento el que aprovechó Moctezuma para obrar y portarse en el campo de batalla con tanto brío y acierto como si hubiese sido el más famoso de los viejos emperadores aztecas.

Ocultándose en las filas cerradas de plantas, no fue sentido de los contrarios sino cuando estuvo encima de ellos.

- ¡Con las culatas y hasta acabar con ellos -dijo a los indios- que va delante el Emperador!

Y se lanzó, en efecto, disparando su fusil; los demás hicieron lo mismo; voltearon en seguida las armas por la culata y comenzaron a repartir a diestro y siniestro tan formidables golpes, que crujían los huesos de las quijadas de los sublevados y caían al suelo, despedazada la cara y derramando sangre.

Baninelli, con el viejo cuadro de soldados que le había quedado, que no pasaba de cien hombres, acudió con brío y con espada en mano en auxilio del Emperador, y en momentos se dispersó esa nube espesa de enemigos, mal armada y sin ninguna organización, de modo que pudo ya fácilmente tomar la vereda, encumrar la loma y descender al lado opuesto sin ser perseguido.

Al amanecer divisó Baninelli el pueblecillo como hundido u oculto en un parque de altos y frondosos árboles; apenas la veleta de la torre de la iglesia, que sobresalía entre la verdura, indicaba que allí había una población.

Baninelli, antes de entrar en esta especie de oasis, hizo alto y paso revista. De cerca de mil hombres con que salió del rancho de Santa María de la Ladrillera, no le quedaban más que cien útiles y cosa de doscientos heridos o enfermos.

Ya entrado el día, Baninelli penetró en el pueblo. Sus recuerdos no lo hablan engañado. El alcalde, con algunos del Ayuntamiento y muchos vecinos, lo salieron a recibir, y quedaron asombrados con la breve narración que les hizo de su desgraciada expedición. Distaba el pueblo apenas diez leguas del lugar de los sucesos, y nada sabían.

El salón del Ayuntamiento fue convertido en hospital; la mejor casa fue cedida para que la habitaran el jefe y sus oficiales, y la tropa, alojada en una capilla arruinada, pero no había otro local y relativamente prestaba ciertas comodidades. Al Emperador, cuya categoría supieron inmediatamente el alcalde y regidores, porque el mismo Baninelli se los dijo, añadiendo que era el héroe de la jornada y le debía su salvación, se le alojó en la casa misma del alcalde, en compañía del cabo Franco.

A mediodía, un rancho de carne fresca y de arroz, y un almuerzo relativamente opíparo al jefe y a sus oficiales, y con esto se efectuó como por milagro la resurrección de los que se creían ya como muertos de hambre, de sed y de cansancio.

Baninelli envió, por medio de un correo que facilitó el alcalde, el siguiente parte al gobernador de Jalisco, para que lo transmitiera al gobierno.

El enemigo vencido y rechazado. La brigada de mi mando, completamente derrotada por el cólera morbo. El capitán Franco, herido gravemente. Recomiendo el comportamiento del capitán Moctezuma. Necesito orden para regresar a México, reponer las bajas y reorganizar la brigada.

Con la poca fuerza que le quedaba, se fortificó en el hospitalario pueblecillo y esperó la contestación. Los enemigos que sitiaban a la tropa expedicionaria del gobierno, vueltos en sí del brusco ataque de Moctezuma III, se arrojaron como si fuesen partidas de salvajes fronterizos, resueltos a vengarse y llevarlo todo a fuego Y sangre.

El cólera, que había disminuido dos días antes de la salida de la brigada, apareció de nuevo con una intensidad terrible, Y como si fuese el instrumento vengador de la Providencia, indignada de tanto exceso, atacó mortalmente a la mayor parte de esas chusmas de mala gente, que creían haber obtenido una victoria hecho huir a los soldados aguerridos de Baninelli.

El cura y nuestro amigo Espiridión, que pudieron alargar un poco la vida con el escaso alimento que les había dejado Mocresuma III, escucharon los gritos, las vociferaciones amenazadoras y el fuego graneado de fusil.

No quedaban en el pueblo más que el cura y Espiridión, y si Dios no les enviaba un auxilio, no contaban sino algunas horas más de vida.

Por este tiempo salió una misión del Convento Grande de Nuestro Seráfico Padre San Francisco, de México, y se dirigió a Querétaro.

Eran cuatro robustos y valerosos frailes, animados de un espíritu evangélico, a los que no arredraaba ningún género de dificultades ni de peligros.

De vereda en vereda, después de caminar cosa de quince leguas, sin encontrar alma viviente, llegaron al lugar que acababa de ser presa de llamas.

Recorrieron el pueblo y registraron las pocas casas que quedaban en pie, sin encontrar a nadie, pues hasta las ratas y las sabandijas, habían huido; por último, se dirigieron al curato. Un momento más y habrían encontrado dos cadáveres. La fe de que serían socorridos por Dios cuando menos lo pensaran dio fuerzas al cura y a Espiridión, y prolongaron su vida bebiendo el agua cristalina y saciando así la sed devoradora que los atormentaba.

Los mismos misioneros, que tenían bien provistas sus alforjas de medicamentos, los atendieron con esmero, les administraron las medicinas que tenían a mano y que creyeron mejores, les prepararon alimentos sencillos, y a los dos días, estando capaces de caminar,

salieron todos del horroroso lugar. Tomando casualmente la misma vereda que Baninelli, fueron a dar al ameno pueblo de San Dieguito.

Baninelli no recibía aún respuesta del gobierno, tanto mejor, su fatigada tropa se reponía visiblemente: la herida del cabo Franco cicatrizaba, y él mismo sentía recobrar su ánimo para hacer su marcha a la capital, reorganizar su regimiento y quedar en pocos días expedito para emprender otra expedición.

Recibió perfectamente al cura, a los misioneros, y distinguió especialmente a Espiridión, llamándole *valiente* y tendiéndole la mano. El recluta la tomó, la estrechó entre las suyas y le dijo que habiendo hecho voto, si quedaba con vida, de entrar en el convento y hacerse fraile, le pedía que le diese su licencia absoluta.

Baninelli rió mucho de la ocurrencia y trató de disuadirlo y de persuadirlo.

Pasaron los días absolutamente necesarios para la ida y vuelta de los correos en tan largo camino, y Baninelli recibió cartas muy satisfactorias del ministro de la Guerra, en las que lo autorizaba para regresar a México por la vía más corta, y le enviaba libranzas pagaderas por las administraciones de tabacos.

Supo en su tránsito que el valiente recluta Juan no había consumado desertión, sino que al hacer su servicio de escucha había sido sorprendido y capturado por una temible partida llamada *Bueyes Pintos*.

Baninelli resolvió hacer su última jornada en el rancho de Santa María de la Ladrillera, para avisar desde allí al presidente su llegada, reparar hasta donde le fuese posible los daños que había causado el cabo Franco en su primera expedición, y conocer a la propietaria que servía de madre a los tres muchachos que tan valientemente se habían portado.

Al día siguiente de la llegada de Baninelli se presentó en el rancho de Santa María de la Ladrillera el jefe del Estado Mayor del presidente y le entregó una carta en la cual el Primer Magistrado le decía muchas palabras afectuosas, ordenándole al mismo tiempo que hiciese su entrada de noche, para que el público no viese el estado deplorable en que venía la brigada, y que en la madrugada pasase a San Ángel, donde permanecería para que convalecieran los enfermos, se hicieran nuevos reclutas y recibiese vestuario y sus haberes atrasados.

El jefe del Estado Mayor Presidencial, con quien comenzaremos a hacer conocimiento, era un hombre de más de cuarenta años; con canas en la cabeza, patillas y bigote que se teñía; ojos claros e inteligentes; tez fresca, que refrescaba más con escogidos coloretos que, así como la tinta de los cabellos, le venían directamente de Europa.

Vestía con un exagerado lujo, pero sin gusto ni corrección; colores de los vestidos, lienzo de las camisas, piel de las botas, todo finísimo, pero exagerado, especialmente en las alhajas, botones o prendedores de gruesos diamantes, le valían tres o cuatro mil pesos;

cadenas de oro macizo, del modelo de las de Catedral, relojes gruesos de Roskell, botones de chaleco de rubíes; además, lentes con otras cadenas de oro más delgadas; en fin, cuanto podía poner de piedras finas y de perlas, permitiéralo o no la moda, tanto así se ponía.

Por esa extravagancia y lujo en su persona, el agudo y malicioso ciego Dueñas le llamaba *Relumbrón*.

Un día que el presidente lo miró con atención, dijo como si tratara de generalidades:

- Los militares que se pintan, se acicalan como mujeres y se ponen corsé, son indignos de pertenecer al gobierno. El aseo y el vestido conforme a la ordenanza, y es todo. Los refranes -añadió- son de gente ordinaria.

Relumbrón se corrigió; pero el sobrenombre se le quedó; pocos sabían pormenores de su familia. En su oportunidad seguiremos hablando de este singular personaje.

Baninelli y el jefe del Estado Mayor pasaron juntos el día y parte de la noche en el rancho de la Ladrillera, siendo obsequiados por Moctezuma III y especialmente por nuestra antigua conocida Jipila.

Doña Pascuala, con la llegada de Moctezuma, que fue a verla a Tlalnepantla con su uniforme de sargento, y de Espiridión, que llegó poco después acompañado de los frailes franciscanos, recobró de una manera milagrosa el uso de la palabra, pues desde el día memorable en que el cabo Franco se llevó a los tres muchachos tenía mucha dificultad en expresarse y guardaba el mismo estado de imbecilidad que don Espiridión.

Doña Pascuala fue conducida al rancho.

Moctezuma III marchó con Baninelli, el que pagó largamente los gastos que hizo su destrozada tropa.

Relumbrón alojó en San Ángel a su amigo el coronel en una casa lujosa de su propiedad, y la tropa y enfermos fueron a dar al convento del Carmen.

Esta penosa y difícil campaña, en la que los verdaderos héroes fueron los tres reclutas del rancho de Santa María de la Ladrillera, apenas fue conocida en la República.

Los editores del famoso periódico La Sabiduría se limitaron a poner el siguiente párrafo:

Anoche entró a esta capital y siguió para San Ángel, procedente del rumbo de Jalisco, la brigada del coronel Baninelli. Sorprendida por el cólera morbo, ha tenido que retirarse batiendo en su tránsito algunas partidas de revoltosos.

Felicitemos al coronel Baninelli que en pocos días se repondrá en el florido pueblo de San Ángel.

En el mismo periódico apareció un suelto que decía:

A última hora el licenciado don Crisanto Bedolla y Rangel ha sido sacado anoche de su prisión y conducido con una fuerte escolta (suponemos) al Puerto de Acapulco.

Omitimos toda especie de comentarios.

CAPITULO VIGÉSIMOTERCERO

Panzacola

Parecerán increíbles las escenas que acabamos de descubrir, pero lejos de eso, son de la más rigurosa exactitud. México es un país singular como no hay otro.

Pero donde se pueden marcar bien tales contrastes es en la capital misma. Llegada la temporada de San Ángel, ya no se piensa en otra cosa. Que la República arda por el sur o por el norte, que el ministerio cambie, que los generales se pronuncien, que las pagas de los empleados anden escasas, que el gobierno caiga; todo esto, y más todavía, es completamente indiferente para los habituados a la temporada de San Ángel.

No les falta razón. Es un pueblo tan tranquilo, tan bello, de una dulce temperatura y tan sano, que muchos enfermos, aun de gravedad, con sólo el aire que respiran logran la salud en menos de dos meses.

El pueblo, solitario más de la mitad del año; las casas, cerradas; los pocos vecinos, vegetando más bien que viviendo, en una especie de calma y soñolencia apacible, de la que despiertan un momento el domingo, con el tianguis. Sus casas, dispuestas y amuebladas, van a descansar del trabajo y fastidio de la semana.

Antes de llegar al pueblo de San Ángel se encuentra un río poco caudaloso en las secas, pero bien surtido de agua en la estación de las lluvias, las más veces cristalina, y ruidoso por su lecho de piedras sueltas y redondas, con sus orillas siempre tapizadas de flores silvestres amarillas, rojas y azules. Termina esta calzada con un viejo y vasto edificio de una fachada sucia con el polvo y las aguas, y al parecer arruinado; pero disminuye su aspecto sombrío con el matiz verde de unos fresnos gigantescos que forman fresca bóveda antes de penetrar a los patios interiores.

Este edificio se llama *El obraje de Panzacola*, porque en efecto, se construyó, o se adaptó por lo menos, en tiempos muy anteriores, para una fábrica de paño que nunca pasó de ser muy ordinario y de malísima calidad, que se destinaba, en competencia con el paño de Querétaro, para vestir a la tropa de línea.

Cerróse la fábrica y quedó por algunos años abandonado el caserón, al cuidado de un jardinero y de algunos peones, destruyéndose día por día.

Estamos ya en el San Ángel de la temporada. Las casas ocupadas, alegres, abiertas de par en par puertas y ventanas desde las seis de la mañana, dejando ver sus patios y jardines; las más bonitas muchachas, vestidas de trajes ligeros de colores fuertes y variados, entrando y saliendo a la iglesia, cuyas campanas sonoras llaman a la misa y la festividad dominical; niños corriendo y saltando, jóvenes elegantemente vestidos de verano, y señores graves y mayores con sus bastones de puño de oro y sus levitas de piqué blanco, revisando y fijando sus lentes en las devoradoras criaturas que tienen ocasión de lucir su garbo y destreza en manejar sus rebozos de seda; y todo este moviente cuadro variado con las indias cargadas de fruta y de legumbres que se dirigen al tianguis, con los ómnibus que salen o vienen de México, y con los coches que llegan llenos de gente de buen humor y de convidados a una casa o a otra a pasar un día de campo.

En la tarde, paseos a Chimalistac o a Tizapán y al Cabrío. Las señoras en burro, los hombres a pie o a caballo, y los músicos detrás de la caravana, para improvisar un baile debajo del primer grupo de árboles que encontrasen al encumbrar la montaña. No hay para qué decir que los tamalitos cernidos, el atole de leche y los changos son todavía el elemento indispensable de estos paseos, en los que el amor, con todos sus graciosos y multiplicados incidentes, tomaba una parte activa; no pocos casamientos se concertaron en el Cabrío y en las huertas frescas y floridas de Tizapán.

Un contratista de vestuario compró esa grande finca casi en ruinas, donde se decía que espantaban.

Guardaba el mismo aspecto ruinoso y sombrío, esperando que su nuevo propietario u otro cualquiera lo destinasen a una industria honesta y útil; pero esto no llegó a verificarse, pues el contratista, que, como dicen, estaba en fondos, encontró que el juego podría ser un negocio mejor que el de fábrica. Y dicho y hecho, apresuró cuanto pudo la conclusión de los trabajos de reparación, amuebló y adornó la casa con un lujo de hombre ordinario y sin gusto, y un domingo convidó a sus amigos, a los hombres de dinero y a todos los demás que podían perder quince o veinte onzas. En el gran mirador de cristales apareció una mesa con su carpeta verde, sus dos vellones y sus dibujos para designar el lugar de la talla, y en el comedor una mesa aún más grande que la del juego, donde cómodamente podían sentarse cien convidados. La concurrencia fue mayor que la que esperaba, y la sesión de medio día le produjo doscientas onzas libres de todo gasto; la de la noche, trescientas. Una utilidad a poco más o menos de ocho mil pesos cada semana, o treinta y dos mil al mes, le quitó de la cabeza toda idea de ser industrial, y se dedicó a ser *montero*.

El negocio caminaba así viento en popa, hasta un domingo en que apareció por Panzacola nuestro conocido *Relumbrón* (así continuaremos llamándole), que era, en el fondo, rival del viejo contratista y en la apariencia, amigo. Lo iba a visitar, pues hacia más de dos meses que lo veía, y aprovechaba la ocasión con motivo de la residencia en San Ángel de su amigo el coronel Baninelli; pero su verdadera intención era probar fortuna.

Fuese derecho al cuartel del Carmen, donde estaba seguro de encontrar a su amigo el coronel, que no se despegaba de su tropa, deseoso de reconstruir lo más pronto posible su derrotada brigada. No lo encontró, había, en efecto, trabajado desde las cinco de la

mañana y acababa de retirarse a su casa, o mejor dicho, a la de *Relumbrón*. En menos de cinco minutos sus briosos caballos lo condujeron a ella.

Después de los saludos de costumbre y apretones de mano, los dos amigos entraron en conversación.

- Almorzará usted conmigo -le dijo Baninelli-: almuerzo de soldado, pero bien hecho. Micaela, mi cocinera, está como en la gloria con tanta legumbre, frutas y carne como hay en este pueblo. Me contenta con dos o tres platos, pero a cual mejor.

- No prosiga usted; ya sé qué casta de cocinera tiene usted, y vale oro, especialmente en campaña, que cuando todo el mundo se muere de hambre le sirve a usted un banquete; otro día aceptaré; lo que es hoy, los dos almorzaremos o comeremos en Panzacola. He venido con el propósito firme de derrotar a esa viejo ordinario que usted sabe se enriquece cada día más a costa de los soldados del ejército mexicano ... Vístase usted de paisano y venga Conmigo a Panzacola, allí pasaremos un día muy divertido, y será usted testigo de una batalla como jamás la ha visto usted desde que es soldado.

- Y bien que la he visto -le contestó Baninelli.

- Campaña de albures. Perdí una vez hasta la camisa, y ahora me alegro, aproveché la lección. Quisiera hoy tener a mi lado una persona que nunca hubiese jugado en su vida. Le daría media onza para que jugase, y yo, quitándome de las preocupaciones y de las reglas de los jugadores, seguiría su elección. La repondría la media onza aunque la perdiese ocho o diez veces, y a la primera carta que acertase le seguiría a la dobla. Así estaría seguro de no dejar ni un escudo a ese pícaro viejo.

- Amigo, nada es más fácil; en el cuartel tengo un valiente muchacho a quien llaman el Emperador, porque se dice descendiente de Moctezuma, y lo creo un verdadero inocentón. Lo cogió el cabo Franco de leva en un rancho, y nos ha salido excelente.

Baninelli gritó al ordenanza y le dijo que fuese a decir a Moctezuma que vistiese su traje de paisano y viniese en el acto.

- ¿Sabes lo que son albures? -dijo Baninelli a Moctezuma, luego que lo vio llegar.

- Sí, mi coronel. He visto jugar a la baraja muchas veces en Tlalnepantla y en Cuautitlán. Siempre que hay fiestas hay juego, y a ocasiones en la casa del alcalde.

- ¿Y has jugado tú?

Moctezuma se sonrió y contestó ingenuamente:

- Me han dado tentaciones, mi coronel, pero nunca me he atrevido; se habría enojado doña Pascuala.

- Este es mi hombre -interrumpió *Relumbrón*.

- ¿Y jugarías si yo te lo permitiese? -le preguntó Baninelli.

- Por mi gusto, no, con perdón de mi coronel, porque perdería lo poco que tengo, y sabe Dios cuándo me devolverán mis bienes los Melquíades de Ameca.

- ¡Es mi hombre, es mi hombre! -dijo *Relumbrón* sonando las manos-. Ahora estoy más seguro que nunca ... A Panzacola -gritó *Relumbrón*.

Llegó a Panzacola y penetró al patio mismo del que podía bien llamarse palacio.

Relumbrón subió de dos en dos los escalones.

Había estrechado la mano del contratista y le había dado un abrazo tan sincero como el de Judas.

- Vaya, vaya, *Relumbrón*, ya se divertirá usted o soltará algunas onzas de oro.

Hacía diez minutos que había comenzado la talla.

Como *Relumbrón* y Baninelli eran personas muy conocidas y respetadas en la sociedad, el uno por ser muy rico y el otro por ser muy valiente, la mayor parte de los puntos se pusieron en pie, ofreciéndoles asiento, concluyendo por acomodarse él y Moctezuma, pues Baninelli, que no jugaba, prefirió permanecer en pie.

Cuando lo creyó conveniente puso media onza en manos de Moctezuma y le dijo:

- Puedes apostarla a la carta que te salga de inclinación.

Moctezuma, como todos los muchachos y jugadores noveles, era aficionado a las figuras, y en la mesa habla un rey de bastos y un tres de copas, por supuesto, y sin vacilar, puso su media onza al rey.

A las pocas cartas, dijo González:

- Tres de bastos, viejo.

Moctezuma no pudo menos que sentir latir su corazón más fuertemente que la noche del asalto de San Pedro. Lanzó un suspiro y se quedó mirando triste y tímidamente a *Relumbrón*.

En esto González había vuelto a barajar y un caballo y un as estaban sobre la mesa. Moctezuma arrimó su media onza al caballo. El as vino a la puerta.

Sin decir una palabra sacó otra media onza, pues había cambiado sus onzas en menudo, y se la dio a Moctezuma, que, tranquilo, porque estaba seguro de que el coronel no lo reñiría, seguía su capricho, apostando sólo a las figuras.

- Espero un rey -le dijo-, y en nombre de Moctezuma mi antecesor voy a ponerle esta última media onza; si gano, no jugaré más, y ya me duele perder el dinero aunque no sea mío.

Las personas más ricas y más caracterizadas de la capital habían venido a San Ángel. La partida habitualmente era de dos mil onzas de oro; ese día era de tres mil. La fortuna, hasta el momento en que Moctezuma esperaba la salida de la imagen de su antecesor (al menos él se lo figuraba así), estaba toda de parte del monte.

Salió al fin un monarca a la carpeta verde y le siguió un caballo. Era un compromiso para Moctezuma, pero fiel a su familia y a su raza, botó con una especie de orgullo la última media onza, que cayó en el centro del rey de oros.

Relumbrón, que pocas veces se conmovía, suspendió el resuello.

A las cuatro cartas, rey de copas. *Relumbrón* respiró ampliamente con todos sus pulmones.

Moctezuma se quedó como si tal cosa. Estaba seguro que iba a ganar.

Siguió la talla con un momento de interrupción, mientras González tomó una copa de jerez y un bizcocho que le sirvió uno de los muchachos criados.

- Sigue apostando -le dijo a Moctezuma- a la carta que te agrada.

Moctezuma arrimó onza al caballo y *Relumbrón* las quince onzas. A las tres cartas, caballo de bastos. González barajó con mucha calma y echó a la tentadora carpeta un caballo y un as.

Relumbrón puso las 30 onzas, y el Emperador solamente una.

Volvió a ganar el caballo y detrás de él los tres caballos juntos, lo que llamó la atención de la numerosa concurrencia.

- ¡Qué caprichos tiene la baraja! -dijeron varios en coro.

Siguieron a este albur otros de cartas blancas. El Emperador no apostó, ni *Relumbrón* tampoco.

Apareció en la mesa un caballo y un rey. Moctezuma, fiel a su raza, como lo hemos ya dicho, las puso al rey. *Relumbrón* arrimó las 60 onzas.

En efecto, a las dos cartas vino el rey. *Relumbrón* retiró 120 onzas. El contratista gruñó y dijo entre dientes algo que no se puede escribir.

Nueva talla y un caballo y un dos sobre la carpeta. Moctezuma puso tímidamente una onza al caballo y *Relumbrón* las ciento veinte.

- Caballo a la segunda, viejo -dijo González.

Relumbrón retiró las 240 onzas.

El señor y dueño de Panzacola se paseaba de un lado a otro del salón echando ternos entre dientes; y no sabiendo qué hacer para evitar una catástrofe, se resolvió a una medida suprema, y se acercó a la mesa.

- Señores, a almorzar, la mesa está servida y tengo unos vinos que acabo de recibir de Francia.

Relumbrón se puso en pie y sacó el reloj.

- Amigo mío -le dijo con voz enérgica y decisiva-, la talla debe concluir a las tres y media, usted la ha fijado así, y no son más que las tres. Falta, pues, media hora.

- Es verdad -le contestó sacando también su reloj-. Pero este día es de festividad extraordinaria, y sobre todo, yo soy el dueño de mi casa, es mi dinero y haré lo que se me dé la gana.

- Usted no hará lo que se le dé la gana, sino lo que debe hacer -exclamó *Relumbrón*, furioso.

- Este intruso que ha venido aquí no sé de dónde -dijo el contratista, señalando a Moctezuma III- es el que ha venido a descomponerlo todo. ¡Afuera, afuera! -repitió con cólera y queriendo tomarlo del brazo.

- Desde el momento que pone usted el pie aquí -dijo Baninelli-, es una casa pública, y este *intruso* es un oficial de mi brigada que ha venido en mi compañía. Déjese usted de voces y groserías y que continúe el juego hasta la hora convenida. Yo ni soy jugador ni he apostado una sola onza; pero si continúa usted con ese modo soez que acostumbra usar con todo el mundo, lo castigaré a usted severamente.

- Tengo dinero para tapar a todo el mundo; pero que diga González.

- Creo que lo decente y lo justo es que continúe la talla hasta las tres y media -dijo González.

La calma se restableció y González, inmutable, tomó un nuevo paquete de barajas, y presentó en la mesa un caballo y un cinco.

Moctezuma, que habia permanecido callado y tranquilo durante el incidente, puso con mucha modestia una simple onza al caballo.

Relumbrón contó con calma las 20 onzas que tenia delante y las puso del lado del caballo.

González siguió barajando con calma, pero la fortuna le era contraria y las cartas caprichosas, y volvió un caballo de oros contra una sota de copas.

Los puntos se descompusieron y titubearon, menos Moctezuma III, que hizo un acto de arrojo mayor que cuando libertó al cabo Franco de las garras de sus enemigos, y puso quince onzas al caballo. *Relumbrón* lo siguió con las 480.

Relumbrón pidió la baraja para correr el albur.

González se la dio de tal manera que nadie pudiese ver la puerta, y el coronel jugador comenzó a correr el albur sin temblarle la mano. Hubo un instante de un silencio profundo. A las siete cartas apareció el caballo, y a la carta siguiente una sota descolorida.

Hasta los que no apostaron se alegraron, pues los banqueros son siempre odiados.

González, impasible, sacó el reloj, faltaban diez minutos.

- Señores, el último albur.

González barajó de nuevo, y echó dos caballos a la carpeta. Decididamente se salían de la baraja y no abandonaban a los que los seguran. Volvió, pues, a barajar y salieron caballo y siete.

Moctezuma, ya azorado y no queriendo perder lo que había ganado, puso únicamente una onza y se guardó lo demás en el bolsillo. *Relumbrón*, un poco tembloroso, arrió las 960 onzas.

- Corre -dijo González.

Una, dos, tres, cuatro, cinco cartas y ningún indicio.

Allá en lo profundo de la baraja apareció el caballo de copas que causó la ruina del monte.

Entretanto pasaba esto, se había formado una tempestad en la montaña, que caminó en momentos en la dirección de San Angel y Panzacola, y truenos y rayos, y no gotas sino cántaros de agua que caían del cielo, dispersaron la concurrencia de la calzada, que se refugió debajo de los árboles o en las casitas vecinas y ofuscó el vocerío de los jugadores del salón.

Cuando el contratista se aproximó a donde estaban Baninelli y Moctezuma III, *Relumbrón* le dijo:

- Aquí tiene usted mil novecientas veinte onzas que me pertenecen. Mañana ocurriré por ellas a su escritorio.

- Yo no guardo dinero de nadie, y sobre todo, si lo quiere dejar, no respondo.

- Perfectamente -contestó *Relumbrón*-. Me lo llevo.

CAPITULO VIGÉSIMOCUARTO

Caprichos de la fortuna

Relumbrón y el Emperador durmieron como unos bien aventurados.

Relumbrón, no obstante haberse acostado muy tarde, despertó a la madrugada, se lavó, se peinó, se puso encima cuantas alhajas de oro y brillantes tenía, y entró hecho una sonaja al cuarto del coronel Baninelli, el que estaba desperezándose y de mal gesto.

- ¡Arriba, coronel! Vamos a hacer el balance para saber el resultado de la campaña de ayer.

En seguida se puso a contar las onzas sin que Baninelli hubiese contestado si admitla o no su oferta. La parte del Emperador estaba separada y arreglada en una esquina de la mesa. Importaba menos de tres mil pesos; la de *Relumbrón*, cerca de treinta y siete mil.

- No es mal pico, amigo Baninelli. Con esto hay para almorzar bien el día de mi santo, que es el jueves próximo. Está usted convidado desde ahora. Ya sabe usted, entre las doce y la una ...

- Convenido -le contestó Baninelli-, si el servicio me lo permite y no ocurre algo de extraordinario.

Relumbrón entregó cuarenta onzas a Baninelli, as! como lo que correspondía al Emperador, metió su dinero en las talegas que al salir le dio González, y se despidió muy afectuosamente.

Los jugadores, cuando ganan, son por demás generosos, así, *Relumbrón* dejó contentos a los que le pidieron el barato, y prometió ocuparse en la semana de los asuntos de los proyectistas; entre ellos habra uno que tenía un secreto segurísimo para ganar siempre en el juego, aunque la suerte le fuese contraria.

- Como apunte, pase, pues no puede usted hacer otra cosa -contestó el proyectista-, pero un día u otro le dará la gana ser *montero*, y entonces esta baraja vale una fortuna. No importa cómo quiera jugar, eso es cuento de usted. Mi secreto vale doscientas onzas y es barato. Quédese con estos dos paquetes registrelos con cuidado, haga las pruebas que quiera, y dentro de una o dos semanas nos veremos. Estoy seguro de que haremos negocio.

Relumbrón estaba de prisa, tenía muchas cosas que hacer, entre otras, ver a su compadre; pero no pudo resistir la curiosidad, y cuando el proyectista desapareció detrás de la puerta de su despacho, abrió los paquetes de cartas; eran de la fábrica nacional con el sello de la administración, absolutamente nuevas. Las examinó una a una con el mayor cuidado, las restregó con los dedos especialmente por los extremos, y las encontró sin el más pequeño defecto.

Examinó por sexta vez las cartas, pero el reloj dio las diez.

- ¡Canario!, mi compadre se va a la misa de once al altar del Perdón y no tendremos tiempo de hablar.

Guardó las cartas en su ropero, se vistió más modestamente, entró a las piezas interiores a saludar a su mujer y a su hija, y al poco rato tocaba el aldabón de una de esas casas pequeñas de la Alcaicería, que pertenecieron a la sucesión de Hernán Cortés, y desaparecía tras una puerta grasosa, pintada de color verde oscuro hacia lo menos treinta años.

- Temía no encontrar a usted, compadre -dijo *Relumbrón* sacando el reloj-. Faltan cinco minutos para las once y debía usted estar en la Catedral.

- Nada sé, compadre. Cogí anoche un resfriado al salir de la Profesa, tomé al acostarme una infusión muy calentita de flores cordiales, me quedaré hoy en la cama y no bajaré a la platería.

- Ya comprendo por qué nada sabe usted, porque en toda la ciudad no se ocupan más que de nosotros, es decir, de la ganancia loca que hice ayer en Panzacola. A poco más o menos, treinta y siete a treinta y ocho mil pesos, de los cuales, según hemos convenido, toca a usted la tercera parte, como en todos mis negocios, y poco es, con relación al dinero que usted me da cada vez que lo necesito.

- ¿En oro?

- ¡Oh, en oro, por supuesto!

- Viene ese oro, compadre, como mandado por Dios; lo emplearemos en la custodia y haremos un ahorro, porque en la Casa de Moneda cuesta muy caro, y las onzas corren con cuatro reales de premio, pero me decía usted, compadre, hace un momento, que la fortuna nos sonrío y que ya volveremos a ser ricos. ¿Es decir, que todo va mal?

- Muy mal, de todos los diablos, ya se lo dije a usted al principio y no me pregunte más, si no quiere seguir oyendo lástimas.

- Pero ... pudiera usted moderar ... -aventuró a decirle tímidamente el compadre.

- ¡Imposible! ¿No ve usted que es necesario mantener el aparato y la representación? El día que esto acabe, tendremos que pedir limosna, al menos yo, que usted, viviendo de su platería le sobra para vivir y morirse rico. No tiene usted idea, compadre, de la multitud de proyectos que tengo en la cabeza a cual más atrevidos. Ya platicaremos despacio. Hasta más ver, y oiga usted lo que oyese de mí, no haga caso, que yo le informaré la verdad en el momento que nos veamos, y no pasará de una semana.

Estrechó la mano un poco calenturienta de su compadre, y se marchó a Palacio a hacer su servicio ordinario. Ya se deja entender que fue recibido como en triunfo por los ayudantes y demás personas de la servidumbre.

¿Quiénes fueron los padres de este podríamos llamar un artista imitador, sin saberlo, de Benvenuto, al que de seguro ni había oído mentar?

¡Quién sabe! Ni importa saberlo.

El platero se llamaba don Santos Aguirre. Había comenzado hacia años como aprendiz, ascendiendo después a oficial y, finalmente, había no sólo sucedido a su maestro en el taller, sino comprado la casa; pero todas estas mudanzas se contaban por años y años, y de los vecinos y parroquianos pocos se acordaban ya del nombre del primitivo dueño de la platería y del inquilino que ocupaba los altos de la casita. Por eso se puede concebir que don Aguirre, que era conocido por *don Santitos*, no era un niño. ¿Qué edad tenía? ¡Quién sabe! Tampoco le importaba a nadie saberlo. Trabajaba lo mismo que el primer día, era metódico y hasta maniático; dormía bien y comía lo mismo; así, aunque viejo, representaba menos años que los que realmente tenía.

¿Don Santos Aguirre era rico? unos decían que sí, que era muy rico pero muy avaro.

¿Don Santos había sido casado y tenido familia? Nadie lo sabía.

La verdad es que don Santitos era muy rico, y para alcanzar esa buena posición habla contado con dos poderosos elementos: los frailes de San Francisco y una doña Viviana, corredora muy acreditada.

Doña Viviana tenía relaciones íntimas con la aristocracia de la ciudad pero la principal ganancia de la corredora, que era ya rica consistía en comprar oro, plata y piedras preciosas a los pobres infelices, como ella les decía. Tenía dos casas; una buena vivienda con balcón en la calle Ortega, y otra interior y en piso bajo en la Casa de Novenas de la Soledad de Santa Cruz.

Entraba los más días doña Viviana, y a cualquier hora, en el taller, saludaba a don Santitos y a los oficiales por su nombre y con mucho afecto y zalamerías, siempre riéndose y enseñando una dentadura blanca y unos labios encarnados, hubiese o no motivo para risa.

- Necesito cuatro milagritos para Nuestra Señora de la Soledad, unos anillos de oro, una sarta de perlitas y dos o tres aderezos de piedras finas y diferentes precios para enviarlos a doña Ana y a doña Dolores. Ya veremos lo que coloco en la semana, y si tiene usted otras cosas bonitas y baratas, vengan.

Al recibir doña Viviana el surtido y el apunte de lo que valían las prendas, deslizaba entre las manos de don Santos uno o más papelitos pequeños y cuidadosamente atados con seda, y le decía al oído:

- Todo esto por doscientos pesos, si te gustan, los pagaremos el sábado.

Don Santitos tenía una regla que dicen que es jesuítica:

No tengo que mezclarme en la conciencia y en los negocios de mi prójimo sino cuando me convenga para el servicio de Dios, y deducía esta consecuencia. Si lo que me venden me conviene, lo compro, no tengo que averiguar su origen, ni nada importa esto para el servicio de Dios. La responsabilidad será para doña Viviana.

No hay para qué decir que don Santos personalmente desmontaba las alhajas, fundía el oro y la plata y hacía con las piedras, añadiendo otras, joyas cinceladas admirables, y surtía a la corredora, la que las vendía a subido precio, quizá a los mismos a quienes se las habían robado. Al cabo del año, este comercio producía miles de pesos, de los que Viviana tomaba una buena parte, según la recta conciencia de don Santitos. Ya era rica, tenía oro guardado y refundido donde ni ella misma lo sabía, y había comprado dos casas de vecindad en el Puente de la Leña, precisamente limltrofe con el almacén de fruta de Cecilia.

CAPITULO VIGÉSIMOQUINTO

Caprichos de La Fortuna (*continúa*)

Tales eran los compromisos y el enredo de los negocios de *Relumbrón*, que el producto de la ganancia del domingo desapareció en momentos de sus manos.

Resolvió, pues, para llenar nuevos compromisos y pagar letras que se vencían próximamente, hacer una nueva campaña en Panzacola.

Durante una hora fue presa de una cruel vacilación, pues tan pronto salía de la casa para montar en el carruaje que estaba todavía en la puerta y regresar a México, como volvía a entrar para esperar, leyendo periódicos o cualquier cosa, la hora de la talla en Panzacola.

Resolvióse, pues, al peligroso viaje a Panzacola: mandó hacer un almuerzo ligero a su cocinera, que se lo sirvió debajo de los manzanos del jardín, y a la hora oportuna la emprendió para Panzacola, a donde llegó estrepitosamente, penetrando su carruaje hasta en medio del patio. El contratista y González, que iba ya a sentarse delante de su carpeta verde, lo recibieron bien, pero con una especie de temor y de esperanza que no trataron de disimular.

Relumbrón comenzó a jugar, pero le faltaba el aplomo, el plan, la resolución que tuvo cuando ganó. Se propuso jugar como le gustaba a Moctezuma, puso veinte onzas al rey y ganó. González barajó más tiempo de lo ordinario, y salió una sota y un dos. *Relumbrón* arrimó las cuarenta onzas a la sota.

Barajó, pues, González, con el mayor cuidado, como queriendo evitar que saliesen figuras; pero imposible, echó a la carpeta otra vez una sota contra un siete. Los puntos se quedaron mirando unos a otros. ¿Cómo era posible que repitiera la sota? Esperaron que se apuntara *Relumbrón*, el cual, sin vacilar, puso con mucha calma, y en orden, cuatro montones de a veinte onzas en los pies de la valiente sota de espadas, que parece lo miró con unos ojos alegres.

- Vamos a ver lo que sucede por ir contra la corriente.

Carta y carta, y nada ... Por fin, para calmar la ansiedad de los que se ahogaban, vino la sota vieja, honda, muy honda.

González tuvo un momento de despecho y tiró un poco fuerte la baraja sobre la mesa; pero después la tomó sonriendo, para disimular, y comenzó a separarla y alejar las figuras unas de otras.

- Corre -dijo y cayeron sobre la mesa un caballo de oros y un as de copas.

Relumbrón, sin vacilar, puso sus ciento sesenta onzas al caballo: los puntos, sin vacilar tampoco, arrimaron su dinero, y el caballero desapareció cubierto de oro, y el punto que estaba de pie, dijo echando sus cuatro onzas al as:

- Contra la corriente siempre.

El caballo vino a las tres cartas. A pesar de la decencia, calma y moderación ejemplar con que se juega en las partidas de gran tono, un murmullo más estrepitoso que de costumbre se dejó oír hasta el patio y la calzada.

- Va a dar la hora, y en cuanto suene el reloj, levanto el monte y me retiro -dijo González.

Con esta amenaza los puntos se dieron prisa, contaron y arreglaron en las manos su dinero e hicieron sus apuestas.

El seis de oros se cubrió de monedas, pues en lo general se decidieron todos a seguir la suerte de *Relumbrón*. Era una corazonada, y fuera de esta superstición de jugadores, que casi nunca se realiza, la repetición de la sota tantas veces gananciosa era de todo punto imposible.

- ¿Me daría usted cien onzas más de caja? -dijo el singular personaje que apostaba contra *Relumbrón*.

González hizo con la cabeza un signo afirmativo; sacó de nuevo su papel e hizo su apunte.

- A la sota si me hace usted favor, señor González.

Resultó en definitiva que la sota tenía únicamente las cuatrocientas onzas de la persona que apostaba contra la corriente, y que el seis de oros estaba tapado con las onzas, que en total representaban cerca de cuarenta mil pesos. Jamás se había visto en Panzacola una lucha tan terrible.

González, antes de voltear la baraja que tenía en sus manos y enseñar la puerta, recorrió con la mirada la concurrencia y la carpeta, y dijo con cierta solemnidad:

- El monte paga con lo que tiene en la mesa -un murmullo de desaprobación se escuchó, pero *Relumbrón* no lo dejó continuar.

- Yo pago lo que le falte al monte y juegan por mi cuenta las cuatrocientas onzas que la sota tiene encima.

- Juegan -dijo González, y como el individuo que las apostó no hizo ninguna observación, González dijo:

- Corre -contestó un *gurrupíe*.

Un silencio solemne reinó, y González comenzó a correr tupidito, dejando ver solamente el borde de las cartas.

González siguió corriendo las cartas muy despacito.

A las pocas cartas apareció la sota de oros.

Relumbrón se dio una palmada en la frente, que le quedó tan enmarcada como si hubiese puesto un sinapismo; los demás puntos, en su mayoría, hicieron un esfuerzo para contenerse, pero no dejaron de increpar a *Relumbrón* que consideraron como la causa de su ruina, por haberse cambiado al seis.

El desconocido personaje, que era un rico propietario de San Luis, que había venido a dar un paseo a la capital y estaba recomendado por la casa de Amategui al propietario de Panzacola dijo:

- Borre usted la caja, señor González, y hágame favor de mandar mañana a don Pedro las cuatrocientas onzas que me pertenecen.

El reloj apuntaba la hora en que debía terminar la talla. González y sus ayudantes recogieron el oro de que estaba llena la mesa y se levantaron.

Relumbrón perdió lo que llevaba, que era mucho, lo que había ganado y las cuatrocientas onzas que tuvo que pagar al propietario de San Luis, que fue el que lo desconcertó y al que echaba la culpa de su mala fortuna en el último albur.

El propietario de Panzacola y González, que por el contrario estaban muy contentos, lo convidaron a comer en el comedor privado y le instaron para que se quedara a la talla de la tarde y de la noche, y como él trataba de desquitarse, fácilmente consintió.

Comió de todo y mucho con excitación, y regando los platos con copas, una tras otra, de diversos vinos. Entre una y otra conversación, versando todas sobre los caprichos del juego y el riesgo que corre un monte cuando a fortuna favorece a un punto atrevido y que sabe jugar, *Relumbrón* dijo a González:

- ¿Cuánto debo a la caja?

- No gran cosa, ya se hará la liquidación esta noche y mañana nos veremos en su casa a eso del mediodía; pero no se preocupe por eso, pues no sabemos lo que pasará esta tarde.

- Pase lo que pasare, ya sabe usted, González -le contestó *Relumbrón*-, que soy muy exacto en mis pagos, y en este momento no tengo bastante dinero en oro para pagar la liquidación. Vamos a hacer una cosa si le parece.

- Lo que usted quiera -interrumpió el propietario de Panzacola-; lo que tengo está a su disposición, y cuidado que no falta oro debido a la corazonada de usted.

Relumbrón se mordió los labios y contestó con amabilidad:

- Gracias, pero me gusta jugar con libertad. Tengo casas, fincas de campo, valores y alhajas. Vamos fijando valor a cada casa y una vez de acuerdo, me darán caja hasta el precio que se convenga. Si pierdo y no puedo pagar a las veinticuatro horas en oro, cubriré la liquidación con las fincas, y mandaré en el acto tirar la escritura a favor de quien se me diga. Si gano, nada hay que hacer.

En vano quiso *Relumbrón* recobrar la tranquilidad y conciliar un rato de sueño en aquella fresca alcoba.

Así, se reclinó, ya en la cama, ya en un sofá, se levantó, se volvió a sentar, se paseó de uno a otro lado, se asomó a las ventanas para recibir el aire fresco; nada, imposible de calmar este ardor febril, y en tal estado lo vino a encontrar el propietario de Panzacola, que lo tomó del brazo, como su viejo y querido amigo, y lo condujo al salón de tapiz verde, sentándolo en el mejor lugar.

Relumbrón estaba loco, tonto, imbecil; corrido de mundo, jugador viejo, hombre de sangre fría y expedientes, jamás le había sucedido cosa igual. Decididamente el propietario de San Luis, con sus apuestas en contra de la corriente, le había echado un sortilegio fatal; no se reconocía, y los puntos, los *gurrupíes*, González y el propietario, que no cesaba de rondar la mesa, se le convertían en figuras ridículas o feroces que no le quitaban los ojos de encima y le hacían perder el juicio. Tentado estuvo a retirarse y regresar a México con la fresca de la tarde; pero el deseo de desquitarse lo tuvo clavado en la silla. Ya hemos descrito las escenas de juego. Ninguna cosa particular hubo en esta última talla. *Relumbrón* jugó con suerte varia, pero al último apretón, al sonar la hora, había perdido casas, haciendas y hasta los botones de brillantes de su camisa.

Ya entrada la noche, regresó en su carruaje a México.

El lunes, *Relumbrón* se levantó tarde, con la cabeza pesada, los ojos inyectados de sangre, los miembros todos de su cuerpo doliéndole como si le hubieran dado una paliza.

- ¡Valor, valor y audacia! -dijo sacando con trabajo las piernas de entre las sábanas. ¡Vaya una aventura! Jamás me habla sucedido. Soy un verdadero bruto y me fui de bruces, como si hubiera acabado de salir de la Escuela de Ingenieros. No hay que vacilar. Hacer frente a la situación Y desafiar la fortuna, o matarse. Por ahora prefiero lo primero; bien mirado, me alegro de lo que me ha sucedido, porque me ha quitado toda especie de escrúpulos, ya no vacilo y estoy resuelto a llevar adelante mi vastísimo plan.

Encontró a su compadre más aliviado de un catarro y en momentos de bajar a la platería para concluir la famosa custodia que le habla encomendado la Archicofradía del Rosario.

- Un momento, compadre, ya tendrá usted tiempo de trabajar. Siéntese, que tenemos que hablar muy detenidamente. Estamos arruinados -continuó-, no tenemos nada, ni para el gasto de la casa. He preferido hablarle con franqueza. Conociendo que es hombre cristiano, soportará el golpe y se conformará con la voluntad de Dios, me ayudará con todos sus recursos para que ganemos, no sólo lo perdido, sino mucho más y de una manera fija y permanente.

- Pero, ¿qué hacer, compadre? -exclamó el platero, que no había fijado su atención en el último razonamiento de *Relumbrón*.

- En primer lugar pagar y liquidar antes de las siete de la tarde. Aquí tiene usted todas mis alhajas, creo que usted mismo las ha valuado en treinta mil pesos. Necesito sobre dieciséis mil pesos para pagar la caja, dar mil pesos a mi mujer para su novenario a no sé qué virgen y otros mil para un aderezo que tengo que comprar hoy ... Ya sabe usted:

compromisos de honor que nunca faltan. Busque usted, pues, a la corredora, y que vaya al montepío; añada usted algunas piedras que tiene en el misterioso cajoncito, o dinero si tiene usted, el caso es salir de los compromisos urgentes.

- La corredora no debe tardar -dijo el compadre, tomando la cajita de manos de *Relumbrón*.

- Pues viene como de molde. He citado a González para las dos de la tarde para que liquidemos. Bien, compadre, tendrá usted el dinero ...

- ¿Y después? -preguntó el platero con desconsuelo, desviando suavemente los brazos de *Relumbrón*, que rodeaban su cuello.

- Después -contestó éste muy contento- voy a comprar haciendas y fincas, pues que he vendido las que tenía.

- ¿Con qué dinero? -preguntó el platero-. El que tengo apenas bastará para tantos compromisos.

- No se necesita por ahora sino muy poco dinero; bastará la audacia y el modo ... que con modo se consigue hasta el cielo.

Relumbrón, muy contento y formándose un mundo de oro en su cabeza, fue al montepío, compró en mil pesos el aderezo codiciado y lo llevó a Luisa, sin entretenerse en muchas ternezas, pues tenía los minutos contados para concluir sus negocios antes del anochecer. De la casa de Luisa fue a la del marido de Clara a pedirle una recomendación, que obtuvo en el acto, y siguió a la casa del licenciado Olañeta, el que se excusó de intervenir en negocio alguno mientras desempeñase el cargo de juez; pero lo dirigió con una buena recomendación al licenciado Lamparilla, a quien, como hemos dicho, encomendaba varios negocios cuando él mismo no podía ocuparse de ellos. A las dos de la tarde González había recibido el importe de la caja, y el escribano Orihuela estaba ya encargado de tirar las escrituras de las haciendas y casas a favor de la persona que designara el propietario de Panzacola.

Relumbrón entregó sin sentimiento, sin emoción, sus valores y su dinero. Estaba seguro que dentro de pocas semanas los volvería a adquirir en un albur o de cualquier otra manera; pero quedó como si le hubiesen quitado una piedra que le pesaba en el pecho, cuando hubo pagado la caja.

Relumbrón, muy jovial, entró a las habitaciones de su mujer y le entregó mil pesos en oro para que, a su antojo, los distribuyera en los gastos del novenario.

Doña Severa era enemiga del juego, y por esa causa había tenido graves y frecuentes disgustos con *Relumbrón*; pero convencida de que era incorregible, se había propuesto no decirle ni una palabra; sin embargo, como no pudo dejar de saber por las visitas que

recibía y por los criados las campañas de su marido en Panzacola, se limitó a preguntar secamente al recibir el oro y colocarlo metódicamente en su costurero:

- Por fin, ¿has perdido o ganado?

- A mano así, así poco más o menos, así -contestó con indiferencia.

- Entonces, ¿este oro?

- Ya lo sabes, eso es aparte. Nunca toco tu dinero, que está en poder de mi compadre. A él pedi ayer los mil pesos, y él mismo me los trajo temprano.

- Bien está -y desvió la cara cuando *Relumbrón* quiso darle un beso en la mejilla.

- Te daré gusto -le dijo el marido con mucha amabilidad- te prometo no jugar más ni en Panzacola ni en México. Voy a dar otro giro a mis negocios. Fincas de campo, es lo mejor, ya verás qué magnificas haciendas voy a comprar, si me admiten en cambio las casas de la calle del Esclavo, que apenas dan doscientos al mes.

- Dios te oiga y te haga bueno -dijo sencillamente doña Severa; cerró su costurero, se puso en pie, besó en la frente a su marido, más con el cariño tierno de una madre que con el entusiasmo de la mujer que llevaba años casada.

Relumbrón, que no quería prolongar más la conversación, se dio por satisfecho de que terminara así, entre él y su mujer, la averiguación de sus ruidosas aventuras en Panzacola; pretextó la urgencia de atender asuntos importantes de Palacio, y en efecto, en su despacho lo esperaba mucha gente.

CAPITULO VIGÉSIMOSEXTO

Amor casual

El compadre platero había tenido sus veinte años, ¿quién que ha llegado a cuarenta o cincuenta no los ha tenido? Lo que quiero dar a entender con esto, es que a los diez y nueve, a los veinte y aun a los treinta años, Santos Aguirre era derecho, bien conformado, con ojos insinuantes y ascivos, con una abundante cabellera negra, la que con sólo lavarse con agua natural se le rizaba, y metiéndose la mano en lugar del peine, se formaban aquí y allá rizos graciosos que le caían bien por la frente y hacían a su fisonomía muy simpática. A los veinte años era ya un oficial, y un hábil oficial que su maestro distingufaba mucho; le confiaba las obras más delicadas y las comisiones en que se trataba de enseñar piedras preciosas, de cobrar cuentas de valor, de comprar plata y oro en la Casa de Moneda, de acompañar a las señoras a otras platerías o almacenes cuando no encontraban en la del patrón las alhajas o efectos que deseaban.

Al taller de la Alcaicería venía, de tiempo en tiempo, una señora rica del Estado de Michoacán, la señora habitaba indistintamente en uno u otro de los ranchos, pues cada uno de ellos tenía una cómoda y bonita casa.

Por lo menos dos veces al año venía a México, y su primera visita era a la platería de la Alcaicería.

Como en los primeros viajes no era muy práctica en las calles de la ciudad, rogaba al patrón que alguno la acompañara, y Santos, como oficial de más confianza, era escogido, y así pasaban largas horas en la calle y en los almacenes, y si por casualidad se quedaba la señora el domingo, iban por la tarde al Teatro Principal. El maestro sabía que era una viuda rica, y no tenía inconveniente en fiarle quinientos y mil pesos y aun darle dinero cuando le faltaba para otras compras.

El aspecto de esta señora, que no tendría treinta años de edad, era, sin ser bonita, de lo más agradable. Una boca fresca y con luz, pues cuando se abría para reír, y reía frescamente, enseñaba la garganta, iluminando no sólo las encías, sino todo el aparato húmedo, de esa carne fofa y rosada por donde pasa el espumoso champaña y las tiernas pechugas de gallina, y que absorbe también los besos ardientes del amor. Sus ojos grandes y color de aceituna tenían una expresión tranquila, y el conjunto de su semblante revelaba un alma buena y sencilla. El gracioso acento moreliano o el *dejo*, como se le llama en la capital al hablar de los provincianos, añadía mucho a la gracia de su boca y al sonido de su voz.

No había dejado de llamar la atención de Santos la naturalidad la gracia y la sencillez de esta mujer, pero no se había atrevido a decirle, salvo algunos cumplimientos. nada de formal, en primer lugar, por no disgustar a su patrón si lo llegaba a saber, y en segundo, porque su humilde posición de oficial de una platería lo alejaba de una mujer seguramente rica y de familia distinguida de Pátzcuaro; así es que pasaron los meses y meses sin que las relaciones avanzaran del punto que hemos indicado; es decir, un compañero atento que guiaba en la capital a la señora rica en las compras y asuntos que se ofrecían en guardarle a ocasiones dinero, efectos y alhajas, empaquetarlos y llevárselos hasta el mesón de Balvanera. de donde salía cada semana un coche a Morelia.

En uno de los viajes. la señora de Los Laureles; como la llamaban en la platería, tuvo ganas de pasear por la Alameda. De repente con la mayor naturalidad y sencillez, dijo la señora de Los Laureles a Santos Aguirre:

- Vea usted qué idea tan rara. Me casaría con usted de buena gana.

Santos no se sorprendió y creyó que era una broma. La señora se lo conoció en el semblante.

- De veras -continuó diciéndole-. No es chanza. Usted es un buen muchacho, muy hábil en su oficio, y las alhajas de plata y de oro que usted hace no tienen igual en México.

Santos se rió a carcajada tendida.

- Hace usted bien en burlarse de mí, por haber sido tan franca y haberle dicho lo que sentía. Pero todo es inútil; soy viuda y libre, completamente libre; no quiero a nadie, ni me gustan los hombres, pero me puedo casar.

- No me he reído por hacer burla a una señora que tanto favorece a mi maestro y a mí, sino porque me he figurado que me quiere usted volver loco, y vale más reír que no tomar a lo serio las cosas. ¿Ni cómo usted, tan rica, se había de casar con un oficial de platería que no gana más que un par de pesos diarios? Tendré reunidos unos trescientos pesos, y eso es todo mi capital.

- ¡Rica! -interrumpió la moreliana-. Sí, muy rica en verdad, y por eso precisamente no me puedo casar, ya se lo explicaré otra vez.

La moreliana se levantó, y ambos se dirigieron al Montepío hablando de cosas indiferentes y como si nada hubiese pasado.

El resultado de conversaciones como la que acabamos de referir vino a ponerse de manifiesto tiempo después, cuando volvió, como de costumbre, a hacer sus compras.

- Es la ocasión -dijo la moreliana- de que te explique ahora por qué no me puedo casar contigo. Desde la primera conversación que tuvimos hace años, en este mismo sitio y sentados en esta misma banca, concebí, no un capricho, sino un cariño tan grande por ti, que no podía olvidarte por más que quería. Los días se me hacían muy largos, las semanas, años, y con gran gusto de tu maestro, mis viajes eran más frecuentes. Mañana desapareceré por dos meses, y nadie sabrá dónde los pasaré. Vas a saber por qué. Mis padres me casaron muy joven, casi niña, con un señor riquísimo que tenía muy bien sus sesenta años. Al cabo de cuatro años de casada murió mi padre, y fue tan grande la pesadumbre de mi madre, que a los tres meses lo siguió, seguramente al cielo, pues los dos eran cristianos. Cuando esto sucedió, senti el peso del matrimonio, y mi marido, que había sido, si no bueno, así, así, se volvió imprudente, regañón y además enfermo, ya de un brazo, ya de una pierna, ya de la cabeza, de modo que me pasaba los días y las noches curándolo y vendándolo. Cada semana venía el médico de Pátzcuaro y le ordenaba tanta medicina, que el criado iba en seguida a la botica, volvía con una canasta llena de ungüentos, de botellas de todos tamaños y con cajitas de píldoras de todos colores. Duró dos años esta fatiga, y estaba yo lo que se llama aburrída; pero lo disimulaba, tanto porque mi carácter es tolerante, como porque pensaba que no podía hacer otra cosa. Cuando mi pobre marido se vio ya muy grave de una enfermedad que ni él ni el médico conocieron, me llamó a su cabecera, me rodeó el cuello con el único brazo que podía mover, se puso a llorar como un niño, me pidió perdón y me dijo: *Te dejo mis ranchos de Los Laureles y mis demás bienes, pues no tengo herederos forzosos; pero con una condición que tú sabrás a su tiempo. Tengo hecho a toda forma mi testamento de Pátzcuaro, y te lo vendrán a notificar nueve días después de mi muerte.*

- Aún no me has dicho todavía la causa por qué no te puedes casar -dijo el oficial de platero, no pudiendo recobrase del asombro que le causaba el extraño carácter de esta mujer, a la que cada día iba queriendo más, habiendo comenzado por amores pasajeros que, desgraciada o afortunadamente, tuvieron consecuencias más serias.

- Es verdad, no te he dicho la causa por qué nunca podré ser tu mujer, y por eso debí haber comenzado. La cláusula del testamento que me leyó el escribano parece que la tengo impresa en el cerebro y no le falta ni un punto ni una coma. Te la voy a decir: *Hago mi testamento en mi sano y entero juicio, y como hasta este momento mi esposa doña ... ha sido muy fiel y, además, atenta y cuidadosa conmigo, como si hubiese sido mi hija, la instituyo mi heredera de los ranchos de Los Laureles, donde deseo que viva retirada el resto de su vida, y no teniendo herederos forzosos, la instituyo también heredera de mis demás bienes, cuyo inventario está en poder de mi albacea, pero con la condición de que no se volverá a casar. Si alguna vez se casare, no importa el marido que escoja, aunque fuese un rey, o si tuviese sin casarse un hijo, o hiciera mala vida en el rancho o en otra parte cualquiera, perderá el derecho a todos mis bienes, que pasarán a los que pretenden ser mis herederos, cuya lista está igualmente en poder de mi albacea. Llegando ese caso, conservará únicamente en Los Laureles el rancho donde nació, y una pensión de cincuenta pesos mensuales, que le será administrada por mi albacea.* Ya ves que larga como es esta cláusula, la sé de memoria. Aquí en México existe una familia que fue muy amiga de mis padres. Vive cómodamente con una pensión que le doy cada mes, y primero les arrancarán la vida que vender cualquiera de mis secretos. Las criadas me conocen con un nombre supuesto y paso a ser vecina de Toluca. Es en esa casa donde he habitado las cortas temporadas de mis viajes, y es en esa casa también donde daré a luz el fruto del único amor que he tenido en mi vida. Di a tu maestro que partí para el rancho de Los Laureles, y que a mi regreso, dentro de dos meses, le pagaré los doscientos pesos que le resto, según su cuenta con la que estoy conforme.

La moreliana y Santos, después de esta conversación, no se volvieron a ver, sino dos meses y ocho días después, en que recibió la carta prometida y ocurrió a la cita en la casa de que se ha hablado. Allí encontró un niño sano y robusto que prometía, cuando se desarrollara y acabase de respirar bien el aire del mundo, ser un primor de gracia y de hermosura. La madre había partido a su rancho, visitando de paso en Morelia a su protector don Cayetano Gómez, el cual se manifestaba cada vez más satisfecho de la conducta hasta ejemplar que observaba la que él decía que era como una de sus hijas.

Las relaciones entre Santos y la moreliana cesaron con el nacimiento del niño. El afortunado niño se crió sano y guapo entre esa familia, que se componía de una viuda y dos niñas casaderas, abrigando este personal con las canas de un tío que dormía catorce horas, empleando el resto en comer y rezar en la iglesia de Santa Teresa.

CAPITULO VIGÉSIMOSEPTIMO

Algo de la vida íntima de *Relumbrón*

Durante algún tiempo, *Relumbrón* fue uno de tantos oficiales del ejército que no llamó la atención del público, y su círculo estaba reducido a tres o cuatro de sus compañeros de colegio, a las relaciones superficiales que le proporcionaba el platero, que era conocido por su habilidad y por las exquisitas piedras y diamantes con las que deslumbraba a sus marchantes. El género de industria que ejercía y lo acreditado del taller de la Alcaicería, que contaba años de existencia, lo ponían en contacto tan pronto con Cecilia, que le compraba sartas de corales, como con el marqués de Valle Alegre, que le mandaba hacer un aderezo de zafiros, o con el prior de Santo Domingo, que exigía para el día solamente de la función de iglesia un juego de candelabros de plata. El influjo que ejercía y las relaciones que en el transcurso del tiempo adquirió con personajes muy elevados, los empleaba todo en favor de su hijo, y se complacía, lo mismo que la moreliana, en guardar el secreto y en ver cómo el fruto de un amor que pasó como fuego fatuo, se desarrollaba, progresaba con asombro y envidia de la mayor parte de los militares, e iba tomando un buen lugar en la sociedad mexicana.

Cuando lograron por estos manejos, en que no entraba por algo, sino por mucho, el dinero, que no escaseaba la propietaria de los ranchos de Los Laureles, que fuese admitido como ayudante del presidente, cambió mucho su posición, y lo que se llama público en mayor o menor número, comenzó con más seriedad a ocuparse de él.

El presidente lo distinguió, lo elevó a un grado superior y le dispensó su confianza, con lo que pudo proporcionarse negocios de esta y de otra naturaleza. Entonces el platero, con el consentimiento de la moreliana, celebró con él una compañía con la más grande reserva y únicamente con la fe de la palabra, para entrar en otra clase de negocios en que él tendría una tercera parte, *Relumbrón* otra tercera, y la restante para una persona que administraría cuanto dinero fuese necesario, pero que quería ocultar su nombre. No hay que decir que esa persona era la moreliana que, sin necesidad de pedir dinero al albacea de su difunto marido, dedicaba el crecido producto del rancho de Los Laureles al fomento de las empresas de su hijo, que no sabía cuáles eran, ni le importaba ganar o perder, y ni siquiera trataba de indagar las veces que venía a México.

Relumbrón tenía en arrendamiento en la calle de ... una casa habitación alta con dos salas, ocho o diez recámaras y gabinetes azotehuela, una amplia cocina y, en los bajos, local bastante para los coches y caballos; en el fondo, todavía un corral y un jardín; en resumen, un verdadero palacio a la antigua, con mamparas de lienzo, puertas irregulares, pesadas mochetas, ventanas altas y bajas en todas las piezas, con rejas de fierro, pero en el conjunto, aunque no brillante y bien decorado, era muy cómodo y podían vivir dos o tres familias.

Doña Severa, la esposa de *Relumbrón*, era mayor que él, su figura y sus costumbres guardaban perfecta analogía con su nombre. Era delgada, derecha, muy blanca, con una nariz afilada y grande, boca pequeña y seria, cuyos labios más bien se recogían que no se despegaban para sonreír. Risa franca y abierta jamás la tuvieron, pues siendo de carácter adusto y triste, las carcajadas alegres y francas nunca se oyeron, ni aun cuando era joven, en las habitaciones de doña Severa.

La mirada de sus ojos, de azul oscuro, no era soberbia, ni altanera; pero si severa como su nombre, y cualquier ademán en el hablar o en las acciones de los que tenían trato con ella, lo contenla su mirada, en la que se reflejaba el desagrado.

El casamiento de doña Severa y de *Relumbrón* fue obra exclusiva del platero y de la moreliana; no precedieron ni citas, ni cartas perfumadas, ni apretones de manos, ni besos furtivos y ardientes. *Relumbrón* visitó la casa de doña Severa un par de meses, lo que era bastante para tratarse, nunca pasó de darle la mano al despedirse y menos le habló de amores; la conversación era más bien de funciones religiosas que de otra cosa, pues los dos estaban entendidos, si después de tratarse confrontaban, se casarían. Confrontaron, y doña Severa se casó, porque desde que le presentaron a *Relumbrón* concibió, como si fuera Julieta de diez y seis años, un violento amor por él; pero se guardó muy bien de confesarlo, ni siquiera de demostrarlo, y tuvo la fuerza de voluntad bastante para aparecer ante él más severa de lo que era.

Relumbrón se casó porque le gustó la novia, y en efecto, la compostura y severidad de Severa con su fino cabello negro, su dentadura completa y sus carnes todavía frescas y blancas, tenía quizá más atractivo para los hombres que los labios pintados, las muecas y risas forzadas de una coqueta.

Para establecerse sólidamente en la sociedad, necesitaba *Relumbrón* una familia. ¿Qué mejor medio podla escoger que casarse con una persona que no tenía más defectos que su modesto y regular modo de vivir, observando su religión y cumpliendo con sus deberes de mujer de casa y de excelente madre?

Porque a poco más de un año de casada, nació su hija, que llevó a bautizar el platero a la parroquia del Sagrario, y a la que se puso el nombre de María Amparo. He aquí por qué Santitos era padre y compadre de *Relumbrón*.

Desde tiempos en que la moreliana rica hacía sus visitas a la capital, hasta los acontecimientos que referimos, habían pasado algunos años. El maestro platero no era ni sombra del guapo oficial que escuchó en la glorieta de la Alameda la intempestiva declaración de amor de la señora de Los Laureles.

Se había vuelto devoto con exageración, así como hipócrita, misterioso y reservado, aun para las cosas más insignificantes, a la vez que se había desarrollado en él una avaricia y un deseo de acumular oro y piedras preciosas que no podía resistir. Tenía en éstas y en oro más de cien mil pesos, sin contar con lo que le producía su trabajo diario y los negocios de *Relumbrón*; de modo que aunque éste perdiese la camisa, nada le importaba, y sin embargo, quería tener y guardar más y más. Por esta tonta pasión, había prescindido de sus escrúpulos cristianos y formándose una moral especial, comprando piedras y alhajas robadas.

Los años no habían pasado para la moreliana. Con todos sus dientes, sin una cana, un poco más gruesa, pero fresca, amable, simpática como el primer día que vino a la platería de la Alcaicería a comprar los milagros y las saias de perlas.

Era Amparo el encanto de la madre, que había puesto sus cinco sentidos en educarla, y también el encanto de *Relumbrón*, que nunca se había ocupado de ella, pero que la quería entrañablemente; y ese amor era el único punto luminoso en el corazón oscuro de este hombre, absorbido en el juego, en los negocios, en la sed insaciable de guardar dinero, mucho dinero, pues nunca bastaba.

El gran salón era el que reunía invariablemente los jueves a familia y a los amigos.

La familia de la casa de enfrente era la más puntual. La señora y dos jóvenes de 16 y 20 años, y el esposo de más de cincuenta ejerciendo con provecho su profesión de abogado. Acostumbraban tomar los jueves chocolate, y doña Severa o Amparo, después de los cariñosos saludos de costumbre, los conducían al comedor donde todo estaba dispuesto. En seguida, otra familia de San Cosme, compuesta de tres señoras ya de cierta edad, propietarias y doncellas viejas; después esta y otra persona, de modo que antes de las nueve, el salón estaba lleno, y parte de las recámaras y el comedor con la concurrencia más rara, heterogénea que pueda imaginarse.

Doña Severa, por su parte, convidaba a sus amigas y conocidas, y *Relumbrón*, por la suya, a personas de tan diverso carácter y categoría, que resultaba una mezcla rara que representaba las distintas escalas de la sociedad mexicana, sin descender muy bajo. Eran, por ejemplo, un escribano, un capitán o teniente, un senador, un diputado o director de rentas, un magistrado, un médico, un minero, un comerciante y un usurero.

Relumbrón conocía a todo México y todo México le conocía a él; así, cada jueves, además de los tertulianos antiguos, se solían ver caras nuevas en el salón, y no era esto por llenar su casa sino porque en la serie de negocios que emprendía en la vida que llevaba, un día u otro podría necesitar un servicio, y nunca estaba por demás el atender sus relaciones para desarrollar el grande plan que durante tres años turbaba su cabeza y era la obsesión constante que lo molestaba y lo tenía inquieto y pensativo.

Clara, la hermana de don Pedro Martín de Olañeta, y su mando, el licenciado, no faltaban los jueves, a no ser que alguno estuviese enfermo; las otras dos hermanas visitaban a doña Severa de día, porque su vida metódica no les permitía estar fuera de su casa pasadas las nueve de la noche; don Pedro Martín, a quien no se cansó de invitar *Relumbrón*, fue una o dos noches, jugó dos manos de tresillos y no volvió.

Bedolla y Lamparilla no faltaban, y el primero se daba una importancia tal que le huían los jóvenes en cuanto lo veían; y si alguno caía en sus manos, ya tenía para toda la noche, pues gustaba mucho a nuestro licenciado contar anécdotas de su tierra, referir riquezas que tenía su familia, que fue arruinada por los insurgentes, y la influencia que había adquirido él, quizá por este motivo, la cual no dejaba de poner a disposición de los tertulianos con quienes entraba en conversación.

Don Lorenzo Elizaga, no sólo pianista famoso sino compositor distinguido que, exagerando por un espíritu de patriotismo, le llamaban *el Rossini mexicano*, no faltaba

nunca. Era el maestro de Amparo, la que había hecho progresos tales que, con justo motivo, pasaba por una celebridad.

CAPITULO VIGÉSIMOCTAVO

Grandes proyectos

¡Extrañas aberraciones de la naturaleza humana! Los hombres que de una manera u otra han llegado de la nada a una posición social, si no elevada, al menos visible y cómoda, son los que menos se conforman con ella, y así como los americanos dicen adelante, ellos dicen arriba, y suben; pero de la subida más alta, la caída más lastimosa.

El compadre platero, que era rico, que era un prodigio de habilidad, que era estimado de sus parroquianos y que ganaba con su honrado trabajo lo que quería, y que además, tenía la protección de la moreliana y podía contar con cuanto dinero quisiera, no estaba contento, y decía *¡arriba, arriba!*, y compraba alhajas robadas, y protegía a la corredora, y vendía al mismo *Relumbrón* (su hijo) en mil pesos los diamantes que había comprado en doscientos.

Relumbrón, en cuanto es posible en el mundo, era feliz, con todo y las alternativas en el juego y en los negocios. Con un poco de orden y reflexión, habría logrado sanear una fortuna, si no monstruosa como la de algunos agiotistas que ya contaban millones, si bastante para sostener a su familia con lujo, y aun para sus caprichos y amoríos.

En la intimidad de su familia era aún más feliz, sin merecerlo. ¿Doña Severa sabía las relaciones constantes y casi maritales de *Relumbrón* con Luisa y con Rafaela? Es de presumir que no, porque su delicadeza de mujer legítima, que lo amaba, no le hubiese permitido sufrir ni mucho menos tolerar con paciencia tamaña afrenta. Sospechaba quizá que su marido tendría devaneos pasajeros; pero como mujer prudente, no quería profundizar, ni se mostraba celosa, ni hacía indagaciones ni escuchaba chismes. Tenía amor y con el amor fe ciega en su marido, y no pensaba turbar la armonía que reinaba en la casa por sólo vanas sospechas. Además, tenía en consideración que su hija, educada a su lado y vigilada constantemente por ella, ignoraba todavía ciertas cosas mundanas, y trataba de que siempre ignorase en lo que verdaderamente consistía una infidelidad conyugal.

El orden y el método reinaban en el interior de la casa, y debido a esto, doña Severa economizaba de lo que recibía para el gasto y aparte de sus bienes propios, que manejaba su marido, tenía en su ropero un repuesto de onzas de oro.

Relumbrón, por su parte, desordenado en su modo de vivir y en sus negocios, con amores permanentes y pasajeros cuando la ocasión se le presentaba, se portaba con su familia como el mejor de los maridos.

Apenas doña Severa manifestaba el menor deseo de cualquier cosa, cuando se apresuraba a darle gusto; jamás la celaba, ni la importunaba, ni se oponía a sus prácticas cristianas, y el único motivo de disgusto que turbaba esa armonía era el juego.

Relumbrón no sólo toleraba sin réplicas los fuertes sermones, sino que llevaba las cosas a la chanza; decía algunas agradables frases a su mujer; le daba su palabra de honor de no volver a jugar más y, dejándola medio contenta, salía de allí mismo a algún encierro, donde perdía o ganaba cien o doscientas onzas.

A pesar de estas peripecias, *Relumbrón* era feliz en su hogar doméstico; él mismo lo decía: *Soy muy feliz, no merezco a mi mujer, que es una santa, ni a mi linda hija; y sobre todo a nadie tengo que envidiar ni deseo más.*

Pero bajo otros aspectos, si tenía mucho que envidiar y que desear, porque estaba poseído de una ambición tan loca, tan desmesurada y, por lo ya dicho de su vida tan sin razón de ser, que constituía realmente una monomanía, una verdadera aberración de la naturaleza humana.

Al meterse dentro de las sábanas y en los pocos momentos que necesita una persona en buena salud para conciliar el sueño, *Relumbrón* hacía reflexiones, y aunque hubiese ganado en esta noche trescientas onzas y realizado cualquiera de sus negocios, se consideraba desgraciado. Ese dinero no le bastaba; quería ir arriba, siempre arriba.

Se acababa de levantar *Relumbrón* listo, fresco y contento. La noche anterior había ganado unas cien onzas, cenado con Luisa, tomado café y unas copas con Rafaela; su hija le había dado amorosos besos en la frente, y su compadre el platero regalado un fístol de un bello diamante color de canario. Era feliz, y sin embargo, al estarse rasurando, le vinieron a la cabeza, como una especie de lava ardiente, la serie de pensamientos que acabamos de bosquejar. Cambió de humor y de semblante, y él mismo lo notó al acabar de arreglar su barba delante del tocador; en esto le avisaron que una persona le buscaba y tenía que hablarle de un negocio urgente. Como había acabado de vestirse, dio orden de que lo introdujesen al despacho. Era el viejo y desengañado jugador que le había propuesto venderle unas barajas compuestas.

- ¿Qué vientos traen a usted por acá, don Moisés?

- Vientos no, mi coronel, sino arranquera. Necesito dinero, y si no le es a usted útil mi baraja, hágame favor ...

- No me acordaba ya de tal baraja. La registré y nada le he encontrado de particular.

- Eso es lo que tiene de bueno, y usted, que es tan vivo, nada le ha encontrado, otros, menos vivos, imposible que den con el secreto, que me ha costado diez años de estudio; pero, ¿en qué quedamos, hacemos negocio o no?

- No digo que no -respondió *Relumbrón*, que estaba majestuosamente arrellanado en su sillón, mientras el tahúr estaba de pie frente del bufete-, pero necesitaría las pruebas.

- Precisamente porque usted es hombre de empresa y de secreto, me he dirigido a usted antes que a otras personas, y si tiene usted un cuarto de hora desocupado, se convencerá por sus propios ojos del milagro, porque milagro es el descubrimiento hecho por mi, que es, como todos, bien sencillo. El huevo de Colón.

- Bien -dijo *Relumbrón*-, cierre usted la puerta y diga que nadie nos interrumpa hasta que yo avise.

Don Moisés transmitió al portero la orden, volvió, cerró la puerta con llave, acercó una silla y se instaló frente a *Relumbrón*.

- Baraje usted como guste, mi coronel -añadió dándole el paquetito.

Relumbrón barajó y volvió las cartas a don Moisés, el que presentó en la mesa un tres de oros y un cinco de copas.

- ¿A cuál va usted?

- A cualquiera, al cinco, un par de pesos, para que no se diga que vamos de va. El juego, cuando no hay interés, fastidia, aunque sea de chanza.

- ¿Quiere usted ganar o perder?

- Ganar -respondió riéndose *Relumbrón*-, y me dará mucha ~satisfacción ganar, aunque sea dos pesos, al tahúr más viejo de todo México.

- Pues ganará usted -le contestó don Moisés, y comenzó a correr las cartas-. El cinco vino.

- ¡Bah! -exclamó *Relumbrón*-, casualidad y nada más.

- Como usted quiera, mi coronel; ése es el juego, casualidad y nada más.

Barajó y echó dos cartas en la mesa.

- Seis de espadas y siete de bastos.

- Al siete -dijo *Relumbrón* sin vacilar, y se apuntó con otros dos pesos.

- Bien, mi coronel, ¿qué quiere usted ahora?

- Perder -contestó *Relumbrón*.

- Pues va usted a ganar, aunque no quiera.

- Imposible.

- Ya veremos -y corrió de nuevo la baraja.

Relumbrón ganó.

- Ya está satisfecho el deseo de usted de ganar a un viejo jugador que, sin embargo de su trabajo y de su habilidad, está pobre. Pero usted me va a hacer rico. Desde este momento todas las apuestas que usted haga las perderá, cualquiera que sea la carta que escoja.

- Será curioso.

- Y muy curioso, por eso repito que esta baraja vale mucho dinero.

Don Moisés echó sobre la mesa más de diez albuces y todos los perdió *Relumbrón*.

Repitieron de mil maneras las experiencias hasta que, convencido perfectamente *Relumbrón*, dijo:

- Trato hecho. ¿Cuánto quiere usted por el secreto? No me paro en el precio y pago al contado y en oro.

- El secreto morirá con mi vida -contestó don Moisés.

- ¿Entonces?

- Puedo componer lo mismo que este cuantos paquetes quiera usted; pero yo he de ser el que talle, pues las barajas en manos de González o de otra persona son como cualquier baraja. En mis manos es otra cosa.

- Bien, está bien, y no deseo otra cosa, sino que usted sea el que talle; pero, ¿qué arreglo haremos?

- Me da usted al contado, como le había dicho, doscientas onzas que necesito para pagar mis deudas y vestir a mi familia, que está desnuda; enseguida, buscaremos una casa en México y otra en San Ángel, para los domingos y días festivos, y pondremos unas partidas de mil onzas, no se necesita más, yo seré el director y socio de usted, que pondrá el dinero. Si quiere usted que figure su nombre, no hay inconveniente; si, al contrario, quiere usted quedarse en la sombra, tampoco lo hay, con tal de que no falte el dinero. Tomaremos buenos talladores y algunas veces a González, el de Panzacola. Si el monte gana con sólo la fortuna, tanto mejor; pero si pierde, entraré a reestablecer el orden y la moral con mi baraja, sin que lo sienta la tierra, bien entendido que muchas veces me dejaré ganar, y que los padres maestros del juego hagan sus tres albuces a la dobla para inspirarles confianza, al grado de que prefieran nuestra partida a cualquier otra de las que

existen. De las utilidades de toda especie, pagados los gastos de casa Y dependientes, la tercera parte será para mi, mientras viva y trabaje, y el resto para usted, que se obligará también mientras viva y sea tolerado el juego, a mantener por lo menos una partida de mil onzas.

Relumbrón hizo algunas observaciones, pero concluyeron por convenir y se extendió un contrato, que firmaron por duplicado, no haciendo, por supuesto, ni remota mención de las barajas compuestas.

Apenas habia salido Moisés, cuando entró de rondón y sin anunciarse un hombre alto, de espaldas anchas y vestido lujosamente de ranchero.

- ¡Hola Sotero! ¿Qué vientos te traen por acá?, meses hacia que no te veia la cara.

- ¿Qué hacemos este año?

- Lo que todos los años; siéntate, fúmate un buen puro de La Habana y di cuánto necesitas.

- Por ahora unos cuatro mil pesos, y ya por el principio de diciembre, algo más para el viaje y para mis muchachos -contestó Sotero.

- Perfectamente.

Escribió cuatro letras con una tira de papel y se la dio a Sotero.

- Ya sabes, en la plateria de mi compadre tienes a tu disposición cuanto necesites.

Apenas habia salido Sotero, cuando entró el licenciado Lamparilla con dos grandes rollos de papeles envueltos en pañuelos blancos, y que parecia le habian causado gran molestia.

- Coronel -le dijo después de saludarlo y poner los pesados papeles en la mesa-, aqui tiene usted los titulos de las haciendas; tengo plenos poderes del licenciado Olañeta, y puede usted adquirirlas muy baratas y con una corta exhibición; el resto lo entregará usted en plazos; el primero, que será de diez mil pesos, se pagará cuando regrese el marqués de Valle Alegre de la hacienda de su suegro, pues ya sabrá usted que se fue a casar con doña Mariana, la condesa y única heredera.

- Y como no es posible que yo tenga tiempo de leer todos esos papeles, usted me informará y me dará su opinión.

- Eso es lo que precisamente iba a proponer a usted -se apresuró a contestar Lamparilla, y sentándose en el mismo lugar que acababa de dejar el chalán, desató los legajos y comenzó a informar al coronel del precio, extensión de las tierras, productos proyectos para hacerlas producir doble renta, y cuanto más pOdría apetecer *Relumbrón* para decidirse a formalizar el negocio.

- Pero lo que sí es indispensable es hacer una visita a las fincas, pues deseo conocer exactamente la situación que guardan, y de eso no se forma idea cabal sino con una vista de ojos.

- Cuando usted quiera -dijo Lamparilla-. Hoy mismo sacaré una orden del licenciado Olañeta, y si usted quiere, lo acompañaré.

- Muy buena idea -le interrumpió *Relumbrón*-. Obtenga usted la orden, y esté listo a principios de la entrante semana.

Lamparilla sonrió, estrechó la mano del coronel y se marchó, cargando debajo del brazo izquierdo sus voluminosos cuadernos.

Relumbrón se frotaba las manos muy contento, soñándose ya dueño de la hacienda del Arroyo Prieto y de Molino de Perote, y se disponía a salir a la calle cuando volvió Lamparilla acompañado de dos hombres de gallarda presencia, bien vestidos a la manera del pueblo decente de México. Eran dos galleros, clientes de Lamparilla. Necesitaban dinero para ir a establecer, desde sus cimientos, una plaza de gallos a la feria de San Juan de los Lagos. En cinco minutos hizo el negocio a terceras partes de utilidades, y Lamparilla quedó encargado de redactar las condiciones.

CAPITULO VIGÉSIMONOVENO

El viaje

Puestos de acuerdo *Relumbrón* y Lamparilla, se encontraron en la casa de diligencias el miércoles de la semana siguiente a la que tuvieron la conferencia de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior. Lamparilla llevaba los papeles necesarios para enterarse, aunque fuese a vista de pájaro, de los linderos, y *Relumbrón* quiso instalar personalmente a la familia alemana en la venta de Río Frio, y para que de pronto le fuese útil en el viaje, en la covacha del carruaje venían dos cajones que encerraban los útiles, víveres, vinos y conservas más indispensables para un almuerzo improvisado.

Como de costumbre, la diligencia de Veracruz partió a las cuatro de la mañana y caminó sin tropiezo ni accidente hasta que comenzó a encumbrar la montaña. Allí se apareció la escolta. El examen que hizo *Relumbrón* al sacar la cabeza por la portezuela, y encontrándose con caras siniestras y patibularias, le confirmó en la idea que tenía, por las narraciones de diversas personas que habían hecho el viaje, de que la tal escolta era más bien una temible cuadrilla de bandidos que no honrados militares, guardianes de la ley.

Preguntó a uno de los soldados que galopaban cerca de la portezuela dónde se encontraba el comandante, y le respondió que creía lo encontraría más arriba.

La diligencia continuó lentamente el difícil camino que tenía que hacer hasta el descenso a Río Frio.

- Licenciado -dijo *Relumbrón* a Lamparilla-, ¿conoce usted personalmente al jefe de escolta?

- Nunca me he encontrado con él, pues en el camino de México a Chalco, que es el que a causa de mis negocios suelo transitar, no hay escolta ninguna y está muy seguro; pero he oído decir maravillas del arrojo de ese oficial, que es el terror de los bandidos de Río Frio.

- Pues yo sí lo conozco a ese comandante que usted cree que es muy famoso y terrible, porque lo he visto varias veces en Palacio; se ha interesado conmigo para que el presidente lo reciba y no he podido conseguirlo, porque le tiene aversión, lo mismo que yo.

Al acabar de subir la cuesta, se divisó un grupo de hombres a caballo. A su cabeza estaba el comandante, que se adelantó a galope a recibir la diligencia e hizo señal al cochero para que se detuviese. Acercóse a la portezuela y reconoció inmediatamente a *Relumbrón*, que estaba asomado a la ventanilla, lo saludó respetuosamente y se quitó el sombrero; en los demás pasajeros no hizo alto, pero Lamparilla reconoció en el acto, en el comandante de las escoltas del camino de Veracruz, al pasajero a quien había dado hospitalidad Cecilia en su canoa la noche del naufragio.

Lamparilla, temiendo ser a su vez reconocido por Evaristo, volvió la cara a otro lado, se puso a tararear una canción popular y sacó la cabeza por la portezuela del lado opuesto. La diligencia descendió rápidamente la cuesta, y toda la escolta la siguió a carrera abierta hasta que se detuvieron en la puerta de la venta, donde descendieron los pasajeros.

La familia alemana tomó posesión inmediatamente, bajáronse de la covacha los cajones de provisiones, y con el auxilio del fuego y de las figoneras, improvisaron el almuerzo para *Relumbrón*, su compañero y el comandante de la escolta.

Durante el almuerzo, el comandante y Lamparilla no atravesaron palabra, y se miraban a hurtadillas. Ni a uno ni a otro les quedó duda de que se habían reconocido.

Esta convicción, por lo demás, la tenían los pueblos cercanos Y en la misma capital muchas de las personas que hacían viajes o tenían negocios en la extensa provincia que realmente mandaba Y dominaba Evaristo. Sólo el gobierno no sabía nada y le dispensaba toda su confianza. Como las diligencias estaban ya listas y los cocheros urgían a los viajeros, no hubo tiempo de hablar. Lamparilla apenas saludó al comandante, y *Relumbrón* le dijo:

- Si usted insiste en que el presidente lo reciba, espéreme en la venta, precisamente dentro de ocho días regresaré a México.

- ¿Pero cómo es posible -dijo Lamparilla a *Relumbrón* luego que estuvieron solos en el carruaje- que este hombre, que para mí es un temible bandido, goce de tanta fama y haya merecido las consideraciones de las autoridades superiores?

- El mismo juicio formé yo cuando lo examiné un día con detención en el Ministerio de la Guerra.

- Si el coronel Baninelli supiese el pájaro que es, no sólo dejarla de protegerlo, sino que acaso lo fusilaría bajo su responsabilidad. Va usted a oír lo que yo sé de él.

Lamparilla refirió a *Relumbrón* cuanto sabía acerca de Evaristo, cuanto pensaba de él y cuanto pudo inventar, pues quería aprovechar la ocasión para vengarse, y que el gobierno, informado por una persona tan caracterizada como *Relumbrón*, no sólo le quitase el mando, sino le formase un consejo de guerra y lo fusilase.

Concluyó su larga narración, diciendo que él apostaría un ojo de la cara a que Evaristo y la escolta eran los mismos bandidos que mucho tiempo estuvieron en posesión de Río Frío.

Relumbrón escuchó con una gran atención cuanto le quiso decir el licenciado, conviniendo en sus apreciaciones, y en esto llegaron a Puebla y se alojaron en la casa de Diligencias.

A la mañana siguiente, muy temprano, montaron a caballo y, seguidos de unos mozos, emprendieron para la hacienda de Arroyo Prieto. Estaba situada en el extenso y hermoso valle de San Martín. Desde el camino real se veían en el horizonte, que limitaba una serranía poco elevada y de color azul oscuro y una torrecita.

Regresaron, pues, contentos, y dos días después se pusieron en camino a caballo para visitar el Molino de Perote.

Relumbrón quedó encantado no sólo de la belleza salvaje y primitiva de la montaña, sino del lugar delicioso que ocupaba el molino, de lo difícil que era su acceso y de lo apartado y escondido que estaba.

Lamparilla rehusó decididamente regresar por la diligencia a México, por no encontrarse con el bandido Evaristo, que (aunque lo disimulaba) le causaba terror, y pensaba que un día u otro tendría que habérselas con él. Alquiló caballos y mozos y tomó el camino por entre los dos volcanes para San Nicolás; de los ranchos descendió a Ameca con el más estricto incógnito, se alojó en el mesón bajo un nombre supuesto y dio sus paseos por las haciendas de Moctezuma III, que ostentaban sus logradas milpas de maíz, sus extensas tablas de cebada y sus gordos ganados en los potreros. Decididamente la suerte favorecía a los Melquíades y la cosecha de ese año los iba a hacer más ricos de lo que ya eran. ¿Qué hacer? ¿Cómo arrancar de manos de esos detentadores, que ya formaban una aristocracia temible en el valle de Ameca, unas fincas tan productivas?

Se dirigió a Chalco, donde tuvo la fortuna de encontrar a Cecilia que, ya más tranquila y sabiendo que Evaristo no se despegaba del camino real de Veracruz, había ido a dar un vistazo a sus intereses, abandonados durante muchos meses. Abrazó Lamparilla con exagerada emoción de cariño a la frutera, y no retiró sus brazos, que la estrechaban, hasta que no sintió contra su pecho el seno abultado, blando y oloroso de Cecilia.

Lamparilla refirió minuciosamente lo que le había pasado desde su salida de México, asunto que había ocasionado este improvisado viaje y las esperanzas que tenía de triunfar por medio de valimiento de *Relumbrón*.

Cecilia, nada, ni una palabra le confió de lo que le había pasado con Evaristo, pero sí fijó su atención en la gravedad del encuentro con el bandido.

- Lo de las haciendas es muy alegre y muy seductor, señor licenciado -le dijo Cecilia-, pero sabe Dios cuándo será. De seguro que cuando el coronel hable con él, y ya habrá hablado a estas horas, le dirá que usted le ha contado su vida y milagros, y querrá deshacerse del que es dueño de sus secretos. Lo mismo pasa conmigo, y el día menos pensado, quién sabe qué daños nos hará.

Lamparilla, que delante de Cecilia la echaba de valiente y era un león, la tranquilizó.

Cecilia, con las noticias que le había comunicado, quiso salir lo más pronto posible de Chalco, y a la madrugada del día siguiente ya navegaba en pleno canal.

Lamparilla, a las once del mismo día, tocaba la puerta del despacho del licenciado don Pedro Martín de Olañeta.

- ¡Qué idea me ocurre en este momento! Nada tiene que ver con el negocio, que debemos dar por concluido; pero no puedo dejar de aprovechar lo que se llama una oportunidad, y usted me va a servir en esto.

- En cuanto usted ordene -se apresuró a responder Lamparilla.

- Tengo en el convento una muchacha de quien soy tutor, le cuido los pocos bienes que tiene. Desea salir del convento -continuó diciendo y tragando saliva-, y en ninguna parte estará mejor que con doña Severa. Tengo una estrecha amistad con doña Severa, lo mismo que mis hermanas, nos visitamos de cuando en cuando, y Clara concurre a las tertulias de los jueves ... Vaya, no se puede pedir más; pero con todo Y esto, mi carácter no es para molestar a nadie, aun en esas cosas pequeñas; así, usted será el que haga la insinuación, y si agrada, me lo dirá, y, entonces, yo veré a doña Severa ... ¿Usted me entiende?

- Pierda usted cuidado, señor licenciado -le dijo Lamparilla-, bien sencillo es, por cierto, el asunto. Yo hablaré sin pérdida de tiempo a doña Severa.

La religiosa, a cuyo cargo estaba Casilda, era poco más o menos de la misma edad que ella.

La religiosa perdió la salud, se puso pálida, se apagó el brillo de sus ojos, una pesadez en el cuerpo y un tedio profundo le impedían hasta el cumplimiento de sus deberes religiosos, de modo que se quedaba algunos días en su celda, melancólica e inerte, y sin más consuelo que la compañía de Casilda, que en vano se esforzaba en alentarla para que volviese a su vida habitual de trabajo y de devoción. Un mal interior desarrollábase con rapidez. Acaso provenía de la vida sedentaria y, por pudor, no quiso revelarlo al médico, sino cuando no tenía remedio y terminó con su existencia. Casilda la lloró como si hubiese perdido a su madre, y a su vez fue presa de una melancolía tal, que el convento le parecía un sepulcro y no encontraba alivio ni en el trabajo ni en la devoción. No pudiendo ya sobreponerse, como trató de hacerlo, escribió a su protector para que la sacase del claustro.

La presencia de Lamparilla para darle cuenta del resultado de la visita a las haciendas resolvió la cuestión, dos días después Casilda salía del convento y el mismo don Pedro la presentaba a doña Severa, que le hizo la más amable acogida, diciendo que precisamente necesitaba de una bordadora en oro para que acabase de perfeccionar a su hija Amparo.

Lamparilla no cabía en sus pantalones.

Quizá importe al lector saber algo de lo que pasó entre el coronel y el comandante en la memorable conferencia de San Martín. Diremos lo que dijeron en voz alta, aunque en medio de la soledad y debajo de un grupo de árboles, cercano a la casa donde se come el buen pan y la fresca leche, que lo que se confiaron a la oreja sólo Dios lo supo; pero el lector que tenga paciencia de seguir leyendo, lo adivinará por sólo la simple narración de los sucesos.

Después del saludo muy respetuoso de Evaristo, pues inclinó la cabeza y su ancho sombrero tropezó con las raíces de los fresnos que sobresalían a flor de tierra, fue el primero que habló:

- Mi coronel -dijo-, tengo miedo de que le haya a usted hecho mala sangre ese licenciado (*que tengo que matar un día u otro*) que acompañaba a usted, y que sin duda por miedo no ha vuelto en la diligencia.

Relumbrón cambió de humor y se puso a reír.

- No andemos con hipocresías -le dijo-. Ese licenciado que vino conmigo de México nada me ha dicho, yo todo lo sabía, todo lo sé; el presidente ya sabe algo, y la primera vez que te vio (*Relumbrón* tuteaba a Evaristo y le hablaba como si fuera su criado), concibió muy mala idea de ti, y sólo confirmó tu nombramiento de capitán de rurales por no desairar al coronel Baninelli; pero te repito, todo lo sé.

- ¿Todo? -exclamó maquinalmente Evaristo atolondrado y confundido con el tono decisivo con que le hablaba el coronel.

- Sí, todo, todo -le contestó con intención el coronel, aunque no sabía más que una parte-. Todo -volvió a repetirle-. Y como tenía el propósito de hablarte muy claro, tomé mis medidas con mucha anticipación. Mira, mira con cuidado.

Evaristo, que volvió la cara hacia el camino de Puebla, vio un cuerpo de caballería, interpuesto ya entre el grueso de la escolta que mandaba.

- Puedes escoger -le dijo *Relumbrón*- y te dejo en plena libertad. Piénsalo dos o tres minutos, mientras, enciendo un habano, entre ser fusilado dentro de ocho días, pues te mandaré preso a México con esa tropa de caballería, que se apoderará también de tu escolta, que está compuesta de bandidos, o ser, no mi amigo, yo no tengo amigos de tu clase, pero sí mi subordinado, mí dependiente; no sé el nombre con que te clasificaré; pero en una palabra, obedecerme en todo y por todo, lo mismo que tu gente y tu segundo.

El alma volvió al cuerpo de Evaristo, y cayendo de rodillas, exclamó, quitándose el sombrero y tendiendo la mano al coronel:

- Aquí me tiene usted en cuerpo y alma, mi coronel. Soy suyo hasta la muerte.

Relumbrón retiró la mano y dijo con voz imperiosa:

- Levántate, la caballería se acerca y no está bien que te vean así.

CAPITULO TRIGÉSIMO

Las paredes oyen

Meses hacía que *Relumbrón* no ponía los pies por la Alcaicería. Su compadre estaba muy inquieto, lo había buscado diversas veces en su casa, y ya se decidía a visitar a doña Severa y saber si alguna cosa grave le había pasado cuando el mismo coronel en persona penetró hasta el saloncito que ya conoce el lector.

- De intento -dijo *Relumbrón* a su comandante tomándole la mano y estrechándosela con afecto- he escogido un domingo, y como quien dice de madrugada, para hablar detenidamente y que nadie nos interrumpa. Si pierde usted, tal vez, la misa de once, oírá dos, y quedará a mano con la Iglesia.

- Tanto tiempo hace que no viene usted a esta casa; me dio tanto gusto verle, que por primera vez en muchos años faltaré a la misa de once, pues que usted lo quiere así.

- No querra ver a usted hasta que el plan de que varias veces le he hablado estuviese poco más o menos organizado; ya lo está en parte, y va usted a saberlo, precedido de una corta explicación a guisa de sermón o como usted quiera llamarle.

- ¡Compadre! -exclamó el platero levantándose de la silla.

- Lo que usted oye. Siéntese, óigame y no hay necesidad de alarmarse, que todas las medidas están tomadas y se adoptarán otras cuando vaya tomando crédito y vuelo la negociación.

- ¡Pero compadre! ...

- Siéntese usted y cálmese, no hay motivo de alarma. Escuche mis creencias privadas, pues que tiempo es de decírselas. La mitad de todos los habitantes del mundo ha nacido para robar a la otra mitad, y esa mitad robada, cuando abre los ojos y reflexiona, se dedica a robar a la mitad que la robó y le quita no sólo lo robado, sino lo que poseía legalmente. Esta es la lucha por la vida. Desde que cualquiera está seguro, segurísimo de la impunidad, se apropia lo que le viene a la mano, y si no fuese así no existirían en nuestro idioma, ni quizá en otros, los refranes tan conocidos: *La ocasión hace al ladrón; en arca abierta, el justo peca.*

- En parte dice usted la verdad, compadre, pero no en general. No soy absolutamente de la opinión de usted, pero dejemos esa cuestión. ¿A qué conclusión quiere usted venir?

- Creo habérselo dicho a usted bien claro, compadre, sólo que hoy se ha empeñado usted en no entenderme. Se lo explicaré mejor. Usted conoce mi buena posición en la sociedad; las muchas relaciones que tengo con las personas más distinguidas de la ciudad y de los Estados; el respeto que inspira mi casa, gracias a la conducta irreprochable de mi mujer; tengo, además, dinero aunque no siempre lo bastante para mis propensiones al lujo, al brillo y elevación que deseo; pero pase por ahora; con todas estas circunstancias, ¿quién podrá creer en México ni en ninguna parte donde me conozcan que soy capaz de robarme un alfiler, como nadie creerá que usted, compadre, rescata por un pedazo de pan alhajas robadas de gran valor y estimación, y que usted mismo me ha vendido en lo que se le ha dado la gana? Conque ya ve usted que lo primero y esencial, que es la impunidad, está asegurada, y tampoco vaya usted a figurarse que voy a ensillar mi caballo y a lanzarme al camino real a detener las diligencias, ni a salir por las noches puñal en mano a quitar el reloj a los que salen del teatro y se retiran por los rumbos lejanos y mal alumbrados de la ciudad; nada de eso; el robo se hará en grande, con método, con ciencia, con un orden perfecto: si es posible, sin violencias ni atropellos. A los pobres no se les robará, en primer lugar, porque un pobre nada tiene que valga la pena de molestarle, y en segundo, porque eso dará al negocio cierto carácter de popularidad, que destruirá las calumnias e injustas persecuciones de los ricos que sean sabias y regularmente desplumados. Yo seré, pues, el director; pero un director invisible, misterioso, y manos secundarias, que ni me conocerán ni sabrán quién soy, ni dónde vivo, darán aquí y allá los golpes según se les ordene y las circunstancias se presenten, Y así marcharán las cosas en los diversos ramos que abraza este plan.

El compadre, descolorido y presa de un pánico nervioso, se levantaba, se volvía a sentar, abría la boca y sus miradas descarnadas erraban por las paredes del saloncito, experimentando una especie de fascinación al oír el aplomo y seguridad con que su compadre hablaba de la honradez de la raza humana.

Relumbrón, después de un momento de pausa, de encender un habano y de arrojar bocanadas de humo que nublaron el saloncito e hicieron toser al platero, cruzó las piernas, se acomodó bien en el canapé y continuó:

- Parece que la casualidad se ha puesto a mis órdenes, y me ha presentado, y como quien dice, metido dentro de mi casa los principales elementos que necesitaba. Me faltan aún otros, pero va usted a juzgar de los que ya tengo. Me eran indispensables dos fincas situadas a poca distancia del camino real de México a Veracruz, y con ellas un licenciado activo, ambicioso y travieso que hará cuanto yo le diga y mucho más, si logro arreglarle un negocio que hace años trae entre manos dizque para devolver los bienes a un muchacho indígena que dice ser el heredero de Moctezuma II. Poco me importa que esto sea cierto o no. Aprovecharé un rato de buen humor que tenga el presidente, le arrancaré la orden para la posesión de las fincas, y esto me valdrá una buena suma que me ha prometido. Lamparilla, que no es otro el licenciado de quien estoy hablando, lo tendré, como se dice, a rienda. Lo emplearé en la defensa de todos los rateros, pleitistas y borrachines que, con más o menos cartas de recomendación, se conseguirá que los pongan libres, y antes de seis meses Lamparilla será el hombre más popular y querido de esa gente viciosa; yo me serviré de ella por su conducto, sin que él ni sospeche el objeto ni esa gente sepa si existo en la tierra.

El platero, que había salido un poco de su estupor, pudo ya dirigir sus descarriadas miradas a su compadre.

- Me faltaba gente propia para la dirección de las haciendas -continuó diciendo *Relumbrón*- y la casualidad me la proporcionó. Había visto en Palacio al capitán de rurales que manda la escolta del camino de Puebla, y aun le había prometido interesarme para que el presidente lo recibiese, todo esto sin fijar la atención, porque nada me importaba la seguridad del camino ni la persona del capitán; pero no fue así cuando me encontré con él en el camino. Ya corrían muchas historias sobre este personaje, pero Lamparilla, que lo conocía, me contó su vida y milagros, con lo que tuve bastante para cerciorarme de que era un asesino y un bandido de profesión con cierto talento y maña para haberse impuesto a los vecinos de Chalco y de Texcoco, y alucinando hasta cierto punto a Baninelli que lo recomendó y logró que lo hiciese capitán de rurales, facultándolo para que levantase una compañía en la que como debe usted figurarse, los soldados son tan ladrones y asesinos como él. Pues bien, toda esa gente es ya mía, lo mismo que el comandante, que entiende también de agricultura, pues es dueño o arrendatario de un rancho de La Hacienda Blanca y al hacerse cargo de las mías, las labrará bien y se ocupará, sin dar motivo a ninguna sospecha, de las diversas operaciones que yo le encomiende. Le tengo cogido, por su interés propio, guardará secreto y me servirá al pensamiento. Con media palabra mía, el presidente lo mandaría entregar a Baninelli y no viviría dos horas. Para el licenciado Olañeta y para lo que pueda ofrecerse en su juzgado,

tengo también cogido medio a medio al marido de Clara su hermana. Este abogado de gran crédito, que pasa por el hombre más estricto y puntilloso de México, no es más que un falsificador. Enamorado perdidamente de Clara, que por carácter es altiva y gastadora como no hay otra, necesitaba echar polvo de oro a los ojos de su novia y de don Pedro Martín, el cual, aunque con repugnancia, consintió después de algunos meses en que se verificase el casamiento. La especie de locura que le ocasionó su pasión por Clara, que lo trataba, como dicen, a la baqueta, no tuvo límites. El capitán de rurales y el marido de Clara harán maravillas bajo mi dirección. Voy a dar a usted cuenta de otro negocio, absolutamente seguro e inagotable como una mina en bonanza, y es una baraja, no sólo maravillosa, sino milagrosa. Todos los suertistas que habrá visto en su vida, no han hecho con las cartas lo que yo he visto hacer con las que puedo decir que son mías. Se ganan cuantos albures se quieran, y en el momento que conviene se pierden los que sean necesarios para alucinar a los puntos y alejar toda sospecha. Si no lo hubiese experimentado, no lo creería. Un negocio también importante -continuó *Relumbrón*- es la falsificación de moneda. Estableceremos nuestra fábrica en el molino de Perote y usted será el director. Bastante habilidad tiene usted para construir la maquinaria y abrir los troqueles aquí mismo, en la platería. Las piezas sueltas de fierro las mandará usted hacer, y los troqueles ninguno los hará con más perfección que usted. Se imitarán, mejor dicho, se igualarán aun en sus más insignificantes pormenores, los pesos nuevos de la casa de moneda de Guanajuato, de los cuales vienen muchos cada mes a México con motivo de la bonanza de las minas.

- ¿Y los operarios?

- Lo más fácil, los pillastres que saque de la cárcel Lamparilla, nos servirán a pedir de boca, y él mismo no sabrá para quién trabaja. Se me olvidaba lo mejor: usted tiene que desempeñar un importante papel, y es el indagar la vida y milagros de todos los clientes que tiene su platería y de cuantas personas pueda.

Relumbrón cansado de hablar y con la garganta seca, tomó de una charola de plata que habia en medio de la mesa una botella de cristal llena de vino añejo regalado por el marqués de Valle Alegre, se sirvió una copa, la bebió hasta la última gota, tronó con placer los labios, se dejó caer en el canapé, como fatigado no precisamente de hablar sino de la grandeza del plan que habia desarrollado ante su compadre.

Hubo como diez minutos de silencio.

El platero, sin poder discutir ni meter baza en la seguida, larga y decisiva conversación de *Relumbrón*, estaba aturdido y presa de enajenación mental. Tan pronto veía inconvenientes y peligros en cada uno de los proyectos, como admiraba la facilidad y la sencillez de las combinaciones para apropiarse por diversos caminos del bien ajeno.

En resumen, la ambición, más fuerte que la idea moral, triunfó, pero repentinamente se le vino una idea terrible que no habia pasado por su mente en el curso de la conversación y abandonando el cúmulo de pensamientos que se sucedían sin cesar en su cerebro, salió del mutismo en que se había encerrado y con una voz cavernosa exclamó:

- ¿Y el infierno, compadre?

Relumbrón, estupefacto, pues todo lo esperaba menos esta observación, se puso en pie de un salto como si lo hubiese empujado un resorte.

Sobre este tema siguieron discutiendo, pero por más que *Relumbrón* se esforzó en sus argumentos, no pudo lograr que su compadre le diese una resolución definitiva, y le pidió el plazo de ocho días para resolverse.

- Convenido -le dijo *Relumbrón*-, pero tiene usted que saber lo más esencial, y es que necesito dinero, mucho dinero.

Ruido de pasos de llaves y de cacerolas dieron fin a la conversación.

- La cocinera ha llegado ya y debemos terminar -dijo el platero.

- Y como que sí -contestó *Relumbrón*-; no sería malo que usted la llamase para advertirla que hoy almuerzo con usted, y mientras da sus disposiciones para tratarme como a cuerpo de rey, no perderé el tiempo, pues ya debe concebir cuánto tendré que trabajar. Antes de las doce estaré de vuelta.

Pero lo más importante de lo que pasó en esa mañana memorable, es que, al salir, la cocinera dejó la puerta abierta, se proponía regresar antes de cinco minutos, como en efecto lo hizo. Subió sin hacer ruido. Se dirigió al salón, lo encontró cerrado, oyó voces espíó por el agujero de la llave y vio al platero sentado en el sillón con la cabeza entre sus manos, como si estuviese con una fuerte jaqueca (y la solía padecer), y a *Relumbrón*, en pie frente a él manoteando y perorando en alta voz, como el que dice un discurso el 16 de septiembre en la Alameda.

La cocinera contenía la respiración y aplicaba alternativamente el ojo y el oído al agujero de la llave, vio lo que pasó y se enteró de la mayor parte de la conversación.

CAPITULO TRIGÉSIMOPRIMERO

El día de la boda

Mientras el platero se da trazas a reunir dinero suficiente, escribe a la moreliana, invitándola para que viniese a ver unas alhajas nuevas que había recibido de París (él las había montado con las mejores piezas robadas) y *Relumbrón* trabajaba día y noche para dar una organización segura y perfecta a los diversos proyectos que había presentado al examen y deliberación de su compadre: tenemos sobrado tiempo para hacer un viaje a las haciendas del Sauz y enterarnos de los acontecimientos que siguieron al frustrado enlace de Mariana con el marqués de Valle Alegre.

Al ademán agresivo del conde se interpuso el obispo, cubriendo con su cuerpo a Mariana, a riesgo de ser traspasado de parte a parte.

- ¡En nombre de Dios, señor conde, conténgase y no cometa un horrible crimen!

El marqués de Valle Alegre, vuelto en sí del aturdimiento que le causó la escena, que, a pesar de todo, esperaba, se puso en pie, sacó su espadín y, encarándose con el conde, gritó:

- ¡Eso no, conde, eso no, jamás permitiré que, a pesar de la afrenta que acabo de recibir, asesine usted a su hija en mi presenCia! ¡Atrás o le paso de parte a parte con mi espada!

- ¡El conde ha asesinado a su hija! ¡Venganza, venganza!

Los gritos del practicante, que encontró una buena oportunidad para saciar su encono contra los ricos y contra los títulos de Castilla, se reprodujeron y ocasionaron una reacción repentina en aquella gente sumisa y respetuosa.

Los alegres y pacíficos campamentos formados con motivo de las bOdas, donde se escuchaban las francas risas, los agudos sonidos de las jaranitas y los monótonos cantos populares, se tornaron en un momento en otros tantos focos de rebelión, y la cólera y la insubordinación se apoderaron de esas gentes, excitadas con las vociferaciones del practicante. Éste se aprovechó de la confusión y del desorden y, acompañado siempre de Juan, que se dejaba conducir como un niño, se dirigió a las caballerizas, se apoderó de dos de los mejores caballos que estaban ensillados, y él y Juan montaron, enfilaron la calzada y, ganando los campos, hicieron rumbo al pueblo que habitaba, y adivinando sus pensamientos, le dijo:

- No pienses regresar a la hacienda. Piensa en tu padre, en tu padre que es el mejor de todos los hombres. Nada tenemos que hacer ya. La condesita vive, no se ha casado con el marqués, te ama, y ese amor le dará fuerzas y vida, la volverás a ver.

Al día siguiente de la llegada al pueblo, alojado y todavía medio oculto en la casa del practicante, Juan cayó en un delirio nervioso que le duró cuatro días, pero curado y más tranquilo, tomó la resolución de buscar a Baninelli para definir de una manera u otra su situación y presentarse después resueltamente a pedir al conde la mano de su hija, caso de que los acontecimientos que pasasen en la hacienda se lo permitiesen.

Volvamos a la capilla de la hacienda del Sauz. Una parte de la gente salió vociferando detrás del practicante y otra se quedó, entre curiosa y amenazadora, queriendo todos a un tiempo llegar cerca del altar y cerciorarse por sus propios ojos de si Mariana estaba muerta.

El conde y el marqués, que notaron el peligro que corrían de ser atropellados, arrollados y pisoteados por la multitud, se encararon con espada en mano, y desafiaron a la turba

irritada y ya deseosa de dar una conclusión trágica y definitiva a estas extrañas y desgraciadas bodas.

- ¡Atrás, canalla! -gritó el conde con una voz de estertor-. El primero que se atreva a dar un paso más, lo traspaso con mi espada.

Y en efecto, blandía furioso el acero, quería saltar la barandilla y comenzar a herir a los que ocupaban la primera fila. El movimiento de avance se suspendió, y al murmullo amenazador sucedió el silencio más completo. Tan preocupados estaban los actores de estas escenas, que no advirtieron la presencia del administrador, el que, aprovechándose del momentáneo silencio, se dirigió a los que formaban el tumulto y les dijo unas cuantas palabras en un tono enérgico a la vez que afectuoso, que calmó los ánimos, y en vez de avanzar, fueron abandonando la capilla, hasta que quedó vacía. Entonces él mismo cerró la puerta, se dirigió al altar, tornó en sus brazos a Mariana (y era lo que más importaba) y la condujo por la sacristía, que se comunicaba con la casa, hasta su alcoba, depositándola en su lecho, y regresando a la capilla.

Sin oponerse los altos personajes a lo que hizo don Remigio, quedaron en silencio y en la actitud que estaban, esperando, sin duda, ser guiados por el que había tenido la influencia necesaria para contener el desorden.

- Señor conde -dijo respetuosamente don Remigio-, le ruego a usía que pase a su habitación. Lo que ha ocurrido es muy terrible, y necesita usía calmarse y reposar.

El conde envainó su larga espada, se volvió hacia el marqués, le echó una de esas miradas que significan sangre y muerte, y con pasos lentos y majestuosos entró a la sacristía, pasó a sus habitaciones.

- La gente se ha insolentado -les dijo don Remigio- y trabajo nos va a costar volverla al orden; lo que van a solicitar es ver a la señora condesita muerta o viva, y ya pensarán sus señorías que eso es por ahora imposible. No dilato.

Y desapareció por la sacristía.

Lo primero que hizo fue dirigirse a las habitaciones del conde. Éste continuaba en su lecho, hundida la cabeza en los almohadones.

De las habitaciones del conde, y arrepintiéndose a medias de lo que entre dientes había murmurado, pasó a las de la condesa. Las camaristas la habían desnudado, colocado en su lecho, y haciéndole respirar vinagre, trataban de volverla en sí.

Don Remigio acercó su oído al pecho de Mariana. Su corazón latía y su respiración, aunque débil, tenía cierta regularidad.

Recomendó el mayor cuidado a las criadas mientras él volvía, y continuó por todos los cuartos y vericuetos de la casa, cerrando puertas y ventanas, bien que todas las que daban

a la calle tuviesen gruesas rejas de hierro. En seguida subió a la torre de la capilla, ocultándose entre las columnas y macizos de modo de no ser visto.

El rápido examen que pudo hacer no dejó de ponerlo en cuidado.

Don Remigio descendió y dio parte a los que lo esperaban de lo que había observado desde la torre, añadiendo que creía urgente que, en cualquier sentido se tomase una resolución.

- El deber sagrado de mi alto ministerio -dijo el obispo con una voz solemne- me ordena hacer un sacrificio y exponer mi vida para salvar la de los que viven en esta hacienda.

Y acabando de pronunciar estas palabras, abrió el sagrario sacó una custodia de oro con la santa hostia consagrada, la tomó en sus dos manos, y continuó diciendo con una profunda convicción:

- No se atrevieron a profanar el Santo Sacramento, y si lo hicieren, Dios se encargará de castigarlos, y pagarán muy caro la sangre que derramen. El que quiera y tenga la fe y la confianza en Dios que me anima, que me siga. Los que sean débiles de corazón y no crean que la Providencia protege y vela por los inocentes que se queden y oculten en lo más recóndito de la casa. Don Remigio, abra usted de par en par las puertas de la iglesia.

Y sin esperar respuesta alguna, se adelantó hasta la puerta, que don Remigio trataba de abrir lo más despacio que podía, no confiando mucho en el éxito.

Don Remigio se decidió, abrió las puertas de par en par, y fue el primero que salió al atrio.

El obispo alzó la custodia de oro y bendijo con ella a la multitud turbulenta y gritona, diciendo en voz alta, perceptible y solemne:

- La paz sea con vosotros, hijos míos. Os bendigo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y esta santa bendición alcanzará a vuestros hijos.

Como si un profeta de otros tiempos hubiese hablado, un silencio profundo sucedió al clamoreo insano.

La improvisada procesión se abrió paso entre la multitud compacta y ya respetuosa. El obispo repetía sus exhortaciones de paz, bendecía de nuevo con la custodia, y don Remigio les aseguraba en seguida que la condesita no había muerto, que lo que tenía era un pasajero desmayo; pero luego que se repusiera, saldría al balcón y saludaría a sus queridos labradores en señal de gratitud por el interés que tomaban por ella.

Así, el santo obispo, triunfante, lleno de gozo, dando fervientes gracias al Todopoderoso, recorrió los campamentos y, cuando regresó a la iglesia, la gente había vuelto a la calma más completa.

CAPITULO TRIGÉSIMOSEGUNDO

La venganza de Gordillo

La capilla estaba alumbrada apenas por la vacilante llama de una lámpara que ardía delante del altar del Santísimo Sacramento, y los personajes, concluida su oración de gracias, permanecían arrodillados y silenciosos en la oscuridad, sin saber qué hacer. Su posición era, en efecto, difícil. Partir a esas horas para las ciudades de donde habían venido no era posible.

Ni el obispo ni los curas se habían desayunado; ni doña Pomposa, que se había propuesto comulgar; y la parte material de la humanidad, pasado el conflicto, reclamaba el sustento diario.

La cena fue silenciosa, una verdadera cena de tristeza y de duelo, pues cada uno tenía aún, según su carácter y posición, impresiones diversas pero igualmente desagradables. Se atravesaron muy pocas palabras. El marqués de Valle Alegre, hombre de mundo y bien educado, procuraba disimular, cumplimentaba a los demás con una gracia exquisita, y decía con cierta indiferencia:

- ¡Cosas de la vida! ¡Cosas de la vida!

El marqués del Apartado, con igual indiferencia, respondía:

- Los hombres nobles y de experiencia son superiores a imprevistas contrariedades, señor marqués.

El obispo añadía:

- La voluntad de Dios y nada más. Es necesario inclinar la cabeza y resignarse. Quizá lo que ha pasado, y que llamamos con justo motivo una desgracia, ha evitado otras mayores.

Don Remigio, con un tacto delicado, no permitía que la conversación se entablase entre los personajes presentes, y con motivo de los manjares o de los vinos, terciaba obsequiándolos como si la cena no hubiese sido precedida de lamentables acontecimientos. Así se pasó hasta la media noche, en que cada uno tomó el camino de su habitación. El resto de la noche fue relativamente tranquilo.

Antes de salir el sol, don Remigio estaba a caballo en el campo, ordenando los trabajos y designando a cada uno la labor que le tocaba. Encontró a la gente enteramente sumisa. Los alborotadores que eran en su mayoría de las aldeas vecinas, se habían marchado y no pensaban en volver más a la hacienda.

Acabado esto y tranquilo por esa parte el administrador, regresó al interior de la casa para examinar el estado en que se encontraba cada uno de los que la habitaban.

El conde estaba atacado de una fiebre violenta; el obispo y el marqués del Apartado le manifestaron sus deseos de regresar a su domicilio, con pretexto, o en realidad, porque tenían negocios urgentes y querían no sólo alejarse, sino olvidar el día tormentoso y desagradable que habían pasado. Doña Pomposa se empeñó en quedarse para cuidar a Mariana, la cual continuaba en el mismo estado de postración y de debilidad. Hablaba con los ojos, pero sus labios no pronunciaban ninguna palabra.

El marqués de Valle Alegre durmió hasta la hora del almuerzo en que fue preciso despertarlo, y manifestó la intención de permanecer en la hacienda hasta que el conde muriese o recobrase la salud.

- No es posible -dijo- que yo me separe sin despedirme de él y que arreglemos cuentas.

Pasaron dos semanas en una calma relativa. El conde, en su lecho recargado de cortinajes, parecía una momia. La fiebre había desaparecido, pero en su lugar, el régimen impuesto por don Remigio, que se reducía a no darle más que agua de limón, había ocasionado una postración y una debilidad tal, que trabajo le costaba mover los brazos.

Mariana mejoraba cada día, gracias a los cuidados de su madrina, que no se separaba de ella más que unas cuantas horas en la noche, pero desde que pronunció el *no*, había entrado en un mutismo tal, que cuantos esfuerzos se hicieron para hacerla hablar fueron inútiles.

Don Remigio escribió a Agustina, y le mandó un avío para que viniese a la hacienda dejando depositado en la Casa de Moneda, y a nombre del conde, el dinero que tuviese existente, quedando el escribiente encargado de la casa de Don Juan Manuel y de los pocos asuntos que se ofreciesen. Esperaba que la presencia de esta antigua servidora influyera en mejorar mucho la salud y la existencia de la condesita, y dejarla libre a doña Pomposa para regresar a su casa. Poco le importaba al administrador que el conde aprobase o no su conducta. Él obraba en el sentido que más convenía a los intereses de sus amos, y con esto quedaba satisfecho. Cansado de sufrir al conde, y ya viejo, y con el dinero que tenía ahorrado, se habría marchado a la frontera a vivir con Juan; pero no le era posible abandonar a Mariana, a quien amaba como si fuese su hija, ni mucho menos desde que las cosas habían tomado un sesgo tan peligroso; así, se decidió a obrar y hacer frente a los caprichos y a las excentricidades del conde.

Pasaron semanas y las cosas guardaban el mismo estado. El marqués había despachado su avío a México quedándose sólo con tres criados, su famoso caballo y un carruaje ligero, y había escrito a su familia que pronto regresaría con su esposa. El conde se ocupaba de sus asuntos con don Remigio, montaba a caballo y salía a recorrer los campos, evitando el encontrarse con el marqués. Mariana, repuesta un tanto físicamente, en lo moral se veía que ganaba poco y continuaba su mutismo, entendiéndose por señas con don Remigio y con doña Pomposa, que la colmaba de atenciones.

El practicante hizo de riguroso incógnito una visita a la hacienda, e informó a don Remigio que Juan, su hijo, se había incorporado con una banda de hombres desalmados que, con el carácter de pronunciados, merodeaban por Jalisco infundiendo el terror en las haciendas y pueblos del Estado. Por lo pronto esta fue una invención del mediquín y para decir algo a don Remigio, y tener motivo para visitar la hacienda e informarse de lo que pasaba y dar noticias a Juan cuando conviniera y pudiese hacerlo.

La situación era tirante y no podía prolongarse. El marqués se decidió a salir de ella de cualquier manera.

Salió de su habitación, se dirigió a la del conde y tocó recio la puerta.

- ¿Quién se atreve a tocar mi puerta de esa manera? -dijo el conde con voz que denotaba su enojo.

- No creo necesitar permiso para visitar a mi primo el conde, cuya salud me interesa demasiado -respondió el marqués de Valle Alegre.

El conde se puso en pie rápidamente, y al hacer el movimiento tiro el servicio de plata, que rodó por el suelo.

- No he querido marcharme de la hacienda -continuó el marqués con el desembarazo y la tranquilidad de un hombre resuelto a todo- sin tener una explicación necesaria.

- ¿Me proponéis un desafío? -le interrumpió con altanería el conde.

- Precisamente un desafío, no. De pronto, pido sólo una explicación, y por ligera y vaga que ella sea, me conformaré.

- Perdonad un movimiento de mi carácter violento -dijo el conde-. Podéis pedir cuanto os venga a la boca, seguro de que no os tocaré el pelo de la ropa.

- Sería difícil -le interrumpió el marqués.

- Sois un insolente, marqués -dijo el conde con una voz como salida de una caverna del infierno, y adelantándose hacia él-, y no os arrojé al suelo a bofetadas, porque ...

- ¡Atrás, miserable! -le contestó el marqués-. Os conozco y no vine desprevenido. Si dais un paso, os traspaso el pecho con este puñal.

- ¡A muerte! -gritó.

- ¡Si, a muerte! -respondió el marqués-. Cuanto más pronto mejor.

Pasaron cuatro días, durante los cuales permaneció el conde encerrado en su biblioteca escribiendo cartas, desatando legajos y arreglando papeles. El sábado llamó a don Remigio y le dijo:

- Estos negocios del matrimonio de Mariana me han ocasionado, entre tantos disgustos, el de enajenarme la amistad y la consideración de gentes a quienes estimo. Veo -dijo el conde- que apruebas el paso que vaya dar; pero no basta eso, sino que tú mismo lles las cartas, las entregues en mano propia y añadadas de viva voz, en mi nombre, cuanto te parezca conveniente, hasta que esos personajes tan respetables queden enteramente contentos y obtengas una contestación, que me traerás inmediatamente.

Don Remigio pensó en el acto que el conde trataba de quedarse solo para cometer algún acto de violencia con su hija, y dijo:

- Las labores de la hacienda exigen en estos momentos mi presencia en el campo, señor conde; el mayordomo está en cama, y si yo falto, de seguro que se pierden algunos miles de pesos. Es necesario, además, hacer una corrida para separar caballos de cuatro años, pues hay un pedido de México, seguramente para la feria de San Juan de los Lagos.

- Todo esto lo haré yo. Y sabes bien que cuando quiero, soy mejor administrador que tú.

Don Remigio salió de la habitación del conde para disponer su viaje, sin atreverse a replicar.

Al concluir la cena, y retirados los criados, dijo al marqués:

- Mañana salgo para Durango, el conde ha sido inflexible y me despacha con unas cartas que bien podían ir por el correo. Algún designio tiene y no le conviene que yo esté en la hacienda.

El marqués no tuvo dificultad en prometer a don Remigio cuanto quiso, y por otra parte, pensó que, pues estaba seguro de matar al conde, nada, aunque quisiese, podría hacer en daño de Mariana.

Don Remigio partió, en efecto, a la madrugada.

Concluyendo de almorzar, uno de los criados entregó al marqués una carta del conde.

Primo -le decía-, perdón si os he hecho esperar. He empleado estos días en arreglar mis papeles, en añadir algunas cláusulas a mi testamento y en dejar a Remigio (a quien he alejado por el momento) las instrucciones necesarias para que haga después de mi muerte lo que en ellas digo, entre otras cosas, que recoja en la habitación de Mariana las alhajas que le habéis regalado y os las devuelva, pues el matrimonio no tuvo efecto. Dejo, además, un legado de \$50,000 para mis primas, vuestras hermanas. No por esto vayáis a creer que desisto de que arreglemos, por medio de las armas, nuestra querrela, ni pretendo daros una satisfacción, ni os daré jamás otra que no sea con la punta de mi espada.

Me encontraréis con la más completa calma, y todo lo arreglaremos como se hace entre nobles y entre caballeros.

Os espero en la biblioteca mañana a las diez en punto.

Os aconsejo que no almorcéis. Estaríais pesado y podría yo mataros con ventaja.

Os saluda vuestro primo,

EL CONDE DEL SAUZ

- ¡Extraña carta! -dijo el marqués cuando la acabó de leer-. Después de la escena de antes no esperaba yo que se condujera así. Este hombre está loco, no hay remedio, y tendré que matarlo, pues si con motivo del legado a favor de mis hermanas esquivo el duelo, lo que bien podría hacer, me llamará cobarde, es capaz de caer sobre mí a bofetadas, cosa indigna y propia de cargadores y gente baja ... Vamos, y Dios dirá lo que ha de ser.

A la mañana siguiente, de acuerdo con lo indicado por el conde en su carta, el marqués se vistió de una manera conveniente para circunstancia, y escribió una carta a don Pedro Martín de Olañeta, por si le cupiese la suerte de ser atravesado por el conde, encargando en un papel a don Remigio que la encaminase a su destino. Colocó todo en un lugar visible de la mesa y, sonando las diez, puso los pies en el umbral de la puerta de las habitaciones del conde.

Recibiólo un criado, que era el cochero José Gordillo.

- Mi amo me ha ordenado que conduzca al señor marqués a la biblioteca -dijo Gordillo, quitándose respetuosamente el Sombrero.

- Ve delante -le respondió el marqués, sacando el reloj de repetición.

- Así lo esperaba yo -respondió el conde con voz tranquila-. He mandado quitar cuanto podía estorbarnos.

- Todo lo que dispongáis me parece bien, conde, con tal de que cuanto antes empuñemos las armas.

El conde gritó a Gordillo, el que se presentó en el acto.

- El marqués y yo -dijo al cochero- vamos a divertirnos y a ejercitarnos en las armas, mientras se dispone el almuerzo; pero como podría pasar un accidente, te quedarás en la puerta sin mezclarte en nada, vieres lo que vieres, ni hablar una palabra, porque serás muerto en el acto por cualquiera de los dos. Si yo o el marqués, o los dos, por casualidad, caemos heridos de gravedad, ¿lo entiendes?, te limitarás a avisarle al cura, cuya habitación, como sabes, está junto a la capilla, y cuanto te pregunten cualesquiera que sean las personas, te limitarás a responder que, jugando a la espada, nos hemos herido

casualmente, lo cual puede muy bien suceder, y no dirás más que la verdad. Colócate en la puerta y no te muevas.

Gordillo se colocó en el marco de la puerta, y se quedó inmóvil y mudo.

El conde y el marqués calzaron el guante, empuñaron bien las largas espadas, se arrojaron una mirada; la del conde, de ira y de odio; la del marqués, de burla y de desprecio, lo que aumentó su enojo, y se desplantó contra su adversario, el que, a su vez, con un quite en cuarta, desvió la espada, que le venía recta y firme al corazón. Los dos, después de este preludeo, se pusieron bien en guardia, gallardos, imponentes, dejando ver entre las finas camisas, remangadas y abiertas, sus pechos fuertes, cubiertos de vello, y sus brazos llenos de nervios, gruesos y duros como las cuerdas de un bajo.

Entonces comenzó una lucha verdaderamente romana.

Pasó más de media hora de lucha y las espadas bajaron hasta tierra simultáneamente pues sus puños, ya hormigueándoles, no los podían sostener. Las gotas del sudor corrían por su frente y pecho y apenas podían articular palabra.

- ¿Descansamos diez minutos? -dijo el conde.

- Sea -respondió el marqués.

No pasaron quince minutos sin que el marqués, blandiendo su tizona, y como si fuese a comenzar el combate, saludó al conde y se puso en guardia.

El conde hizo lo mismo, y el combate comenzó con más furia.

En uno de esos lances, los dos se hirieron ligeramente en el brazo, Y la sangre corrió.

- No es nada -dijo el conde-, continuemos.

La sangre corría más y, de improviso, se oyó una exclamación:

- ¡Válgame Dios, soy muerto!

A esta exclamación hidalga del conde respondió un quejido del marqués, que llevó su mano izquierda al costado.

Los dos cayeron en tierra derramando sangre por sus heridas, y abandonando sus manos las manchadas y filosas espadas.

Gordillo salió de su estupor, se acercó de puntillas y se agachó para examinarlos. Cerciorado de que, según él, estaban muertos, se dirigió a las recámaras, abrió las cómodas y las gavetas que él conocía, recogió el dinero en oro y las alhajas del uso diario del conde, salió en seguida, cerró la habitación y se echó la llave a la bolsa: montó el

famoso caballo del marqués, tomó dos de los mejores de las caballerizas, y salió, paso a paso, de la hacienda, lo que ninguno de los vaqueros y gente que trabajaba en el campo extrañó, y cuando estuvo ya a cierta distancia, tomó a galope el camino real, resuelto a unirse con la primera partida de bandoleros que encontrase.

CAPITULO TRIGÉSIMOTERCERO

El herradero

Relumbrón era hombre de a caballo, es decir, de esos elegantes que la echan de rancheros y de conocedores de los buenos caballos, que montan vistosamente ataviados con su calzonera de paño fino y pegada a la pierna y cerrada en los costados con una serie de botones de plata, su chaqueta larga de color oscuro, su ligero sombrero jarano, blanco con toquillas negras en forma de culebra enroscada, con la cabeza de oro, los ojos de brillante y la cola de plata; la reata en los tientos, la espada con una fina cubierta de cuero labrado, bien colocada entre el ación y debajo de la pierna izquierda. Nada iguala a este tipo singular de caballeros, exclusivamente mexicanos.

Relumbrón, si no era un tipo acabado, hacia buena figura en la Alameda, donde concurría todos los días a las primeras horas de la mañana, paseando y platicando con muchos personajes distinguidos que tenían la misma costumbre. En la época de que vamos hablando, montaba a caballo no sólo por paseo, sino por concluir lo más pronto posible los muchos asuntos que tenía que arreglar antes de que se celebrase la feria de San Juan de los Lagos.

Regresaba al tranco por la calle de San Andrés, cuando sintió que una varita de membrillo le tocaba el sombrero. Volvió la cara y se encontró que era Pepe Cervantes.

- Aprovecho la ocasión, coronel -le dijo Cervantes tendiéndole la mano-, para invitarlo a que del domingo en ocho vayamos a pasar el día a la Grande. Tenemos feria para herrar algunas reses, potros y yeguas.

Relumbrón aceptó con entusiasmo la invitación de Cervantes y aseguró que no sólo no faltaría, sino que se permitiría ir el sábado en la tarde para madrugar el domingo y dar un paseo por el encantador Molino de las Flores y estar listo para probar fortuna en los ejercicios campestres, en los que confesaba no podía competir con su buen amigo.

La ocasión se le venía a las manos. Hacía días que buscaba *Relumbrón* la manera de reunir la gente de bronce, hacerse conocer de ella e imponerse como su protector, o más bien dicho, como su jefe: pero era necesario que esto fuese, naturalmente, como por casualidad. La invitación de Pepe Cervantes le proporcionó la solución. En las hadas y en el pueblo se encontraría necesariamente la flor y nata de los valentones y de los salteadores de camino real, no sólo del Valle de México, sino del interior.

Evaristo sería el jefe visible de toda esa turba de desalmados que iba a arrojar a la sociedad trabajadora y pacífica, y él, el jefe misterioso e invisible.

Con la actividad que le era genial, e impulsado con la monomanía del robo, no perdió tiempo; hizo venir a Evaristo de la montaña, conferenció largamente con él.

- Descanse usted, mi coronel -le dijo Evaristo al concluir la conversación que había tenido lugar en la calzada de la Tlaxpana-, tendrá usted dos cuadrillas compuestas de muchachos de primera fuerza. Tengo ya nuevos reclutas, entre ellos un José Gordillo, antiguo mozo de la hacienda del Sauz que vale la plata, y ése nos servirá de capitán para la gente que vaya por el interior, que es muy socorrido. Hasta el domingo, mi coronel.

Relumbrón y Evaristo se separaron muy contentos el uno del otro y entendidos perfectamente, sin mayores explicaciones, del papel que cada uno tenía que representar en la mentada feria de Tepetlaxtoc.

Tepetlaxtoc es uno de los pueblos más antiguos y cuya fundación se pierde entre las dudas y las oscuridades de los remotos tiempos. Perteneció, sin duda, al reino de Texcoco, y estuvo gobernado por distinguidos monarcas, entre otros, el sabio Netzahualcóyotl.

El pueblo puede haber sido en otra época más poblado, con casas de mejor apariencia y aun con jardines, a los que eran muy aficionados los texcocanos; pero después de la dominación española quedó despoblado y de un aspecto triste. Unos cuantos sauces derechos o llorones, cercas de espinos con escasas magueyeras, órganos y uno que otro pirúl, todo de un verde opaco y ceniciento, una larga calle de jacales y una plaza con una pequeña iglesia y algunas casas de alto, pintadas con cal y manchadas con el sol y el agua, he aquí el pueblo de Tepetlaxtoc.

Los descendientes de los primitivos fundadores eran propietarios de un cierto espacio de terreno que cultivaba cada familia, y así fueron sucediéndose los propietarios, sin más títulos que la tradición y sin más derechos que una larga posesión de aquellas tierras.

Fundóse probablemente una misión de religiosos dominicos cerca del pueblo mismo, resultando con el tiempo, casi lindando con el caserío, dos haciendas con sólidos y amplios edificios y oficinas de cal y canto, como se dice de las buenas construcciones, que se llamaron la Hacienda Grande y la Hacienda Chica, que pertenecieron a los misioneros de Filipinas.

En una palabra, Tepetlaxtoc tuvo su época de moda, y los domingos, que era el día señalado para el tianguis, la gente de las haciendas y ranchos cercanos venían a pasear, a comprar fruta y a oír la misa cantada del cura. Algunos domingos se ponían unas cuantas vigas atadas con reatas, en la plaza que llamaremos Mayor, y se lidiaban tres o cuatro becerros bravos que se bajaban del monte de Chapingo. Increíble era entonces la animación y la alegría sin límites de los vecinos; nadie se quedaba en su casa, y cuando el sol se metía, el pueblo se alumbraba con luminarias de ocote, al derredor de las cuales los

muchachos brincaban, reían y gritaban hasta las nueve o diez de la noche. A esto debe añadirse que se disfrutaba de una completa seguridad, pues desde el pulquero hasta el último peón eran gente honrada, que cultivaban sus pequeños terrenos en las cercanías o trabajaban en las haciendas.

- Buenos días o buenas tardes, amo don Pepe -le decían, quitándose el sombrero los nuevos vecinos, de fisonomías hoscas y patibularias y lo dejaban pasar sin inquietarlo, aun en las horas peligrosas del crepúsculo.

Cervantes correspondía al saludo, y paso a paso atravesaba entre ellos. A ocasiones lo acompañaban hasta la puerta de la Grande.

Una noche en que, sin duda supieron que se había quedado en MéXico y que la familia estaba sola, se desprendió un grupo de cinco o seis hombres que estaban a caballo en el cobertizo de la pulquería y a galope se dirigieron a la hacienda. La puerta estaba ya cerrada, y el vigía, que sintió el galope mucho antes de que llegasen, avisó a Manuelita, no obstante que ya dormía.

Manuelita, esposa de Cervantes, era la hija del famoso general Cortázar, que se puede decir fue el rey de Guanajuato en largas épocas. Varonil y animosa como su padre se vistió con calma mandó que los mozos se levantasen y se armasen y ella misma tomó un par de pistolas cargadas que tenía siempre en su recámara. Los mozos quedaron bien distribuidos en las posiciones que les señaló y ella fue al comedor, encendió las luces y se sentó en la silla principal que ocupaba a las horas de comer. Los asaltantes habían llegado y daban fuertes y repetidos golpes a la puerta.

Manuelita mandó abrir.

Los de a caballo se precipitaron en el patio y, mirando luz en el comedor, avanzaron hasta el pie de una pequeña escalera, y no pudieron menos de quedarse asombrados al ver a la propietaria, sentada muy tranquila, al parecer, examinando o contando algunos cubiertos de plata que, en unión de jarrones, vasos, botellas y platos, habían quedado en la mesa.

- Adelante, quien quiera que sea -les gritó con una voz firme-. ¿Qué se ofrece a estas horas, para venir a llamar a las puertas de la hacienda? Adelante, y sabremos qué desean.

No acertaban a responder, pero uno de ellos avanzó hasta la puerta, y dijo, como vacilando:

- Venimos a buscar al amo don Pepe.

- El amo don Pepe no está en la hacienda, pero lo mismo que si estuviera, aquí estoy yo.

- Veníamos ... Veníamos ... -tartamudeó el rancho.

- Pasen, pasen y tomarán un trago de vino o de aguardiente, si lo prefieren; pasen.

Manuelita sonó una campanilla, y tres o cuatro mozos con pistolas en el cinto aparecieron.

- Trae unas copas y una botella de ese buen aguardiente catalán que hacemos para los amigos. ¿Cuántos son ustedes? ... Pasen, Pasen.

Los valentones se apearon de sus caballos. Uno se quedó deteniéndolos, cuatro penetraron al comedor.

Los cuatro mocetones robustos, de no malas figuras, uno con barba cerrada, espesa Y negra, otro lampiño, los dos restantes con sólo bigote. No estaban mal vestidos y sus cuellos y camisas muy limpias. Procuraban dar a sus fisonomías un aire terrible, y al descender del caballo hicieron de intento un ruidero desagradable con las espuelas y sables con cubiertas de acero.

Manuelita no hizo caso de esto, llenó las pequeñas copas de aguardiente de España y se las fue dando al más fornido y temible de sus criados, para que se las sirviese.

- La hacienda Grande -les dijo- ha sido para Tepetlaxtoc una providencia. Solamente Dios podría haberle hecho mayores beneficios que nosotros, Aquí ni debemos ni tememos. Si ustedes vienen con buenas intenciones, no tienen más que abrir la boca y se les servirá; pero si tratan de hacernos el menor daño, hay muchas balas y muchachos tan valientes como ustedes, que se *rifaron*, como dicen ustedes. Conque beban su trago y digan lo que quieren.

Una viva impresión de simpatía y admiración por el valor y entereza de aquella mujer delicada, pequeña y bonita, se produjo en el ánimo de los charros, y en vez de acometer y llevar a cabo los malos propósitos con que salieron de la pulquería, chocaron sus vasos, bebieron y gritaron como si se hubiesen puesto de acuerdo:

- ¡Viva el amo don Pepe!

- ¡Viva la marquesa de Salinas!

- Nos tiene su merced a sus órdenes con alma y vida -dijo el que parecía fungir de jefe, quitándose el sombrero-. Personas como su merced son parejas y así nos gustan y nos matamos por ellos. La Grande y la Chica, de hoy más, como si estuviesen encerradas en un baúl. ¡Palabra! -y volvieron a beber hasta la última gota.

Manuelita no creyó conveniente llenarles de nuevo los vasos, temiendo que su entusiasmo fuese a sufrir un cambio.

- Es tarde, muchachos -les dijo-, y mañana tengo que madrugar para irme a México y volver en la tarde. Ya lo saben, y si los encontramos a eso de las seis de la tarde a la entrada de lexcoco, nos acompañarán, porque suele haber mala gente a esas horas.

Este último rasgo de confianza los acabó de cultivar.

- ¡Si mi ama fuera tan buena -le dijo uno con muestras de respeto- que nos recomendara con el amo don Manuel Campero Para que nos vendiera cuatro cargas diarias de su mejor pulque, cuánto se lo agradeceríamos! Somos los dueños de la *pulquería Xochitl*, en el pueblo de Tepetlaxtoc, y ganamos nuestra vida honradamente.

- Y como que lo haré. Pepe escribirá a don Manuel, y pasado mañana pueden venir por la carta. Ustedes mismos se la pueden llevar a la hacienda; pero no en la noche -añadió sonriendo-, será mejor de día.

Los rancheros se despidieron haciendo una reverencia a su modo y besando la mano a doña Manuelita.

Ninguna sospecha causó a Cervantes el lance cuando se le refirió al día siguiente su esposa. La conocía demasiado y sabía que, como su padre, no temblaría delante de un escuadrón que viniera a hacerla pedazos.

- Hiciste bien en abrirles la puerta. A esa gente se la debe tratar así o matarla; pero vale más no tener enemigos.

Cuando Cervantes supo que Baninelli había organizado una fuerza de rurales y dado el mando a un hacendado del monte creyó que la mala gente de Tepetlaxtac concluiría por abandonar el país dejando tranquilas las comarcas.

La presencia de Evaristo en Tepetlaxtac, en vez de corregir, alentaba a los valentones y los autorizó a cometer más desmanes cuando Cervantes indagó, además, que la mayor parte de los rurales que formaban las escoltas del camino eran de la peor y más insolente de Tepetlaxtac, ya no le quedó duda que el jefe no era más que un capitán de ladrones y se asombró de que un militar tan severo como Baninelli no hubiese tomado los informes necesarios antes de confiarle un mando tan importante.

Confirmóse en esta opinión cuando Evaristo con su escolta hizo visita a la hacienda.

Tal era el estado que guardaban las cosas cuando le fue concedida una feria de tres días al pueblo de Tepetlaxtoc por el gobernador del Estado.

Al herradero, con invitación o sin ella, concurrieron casi todos los hombres de a caballo de México. *Relumbrón*, como lo había prometido, llegó el sábado en la noche con sus mozos y caballos y fue alojado en la Grande; el domingo muy temprano ya estaban allí Evaristo e Hilario con la mayor parte de la escolta para *guardar el orden*.

En el redondel algunos de los hombres de a caballo de México; sin que faltasen Pepe Cervantes, *Relumbrón*, Ramón Couto y el capitán de rurales, que dizque tenía fama de buen coleador. A derredor, y contra la barrera de vigas apiñada, una multitud compacta que había venido de Texcoco, de Chalco, de Ameca, y aun de lejanas tierras. Detrás de

esa gente, dos filas de rancheros y charros de las haciendas y de los pueblos del Valle, y aun del mezquital y San Servando de Tlahualilpa, que habían sido convidados por los mozos de la Grande, que en su mayor parte eran de esos rumbos.

Relumbrón, instado por Cervantes y queriendo lucirse y echarla de ranchero delante de toda esa gente, sobre la cual quería ejercer influencia más adelante, se aventuró a correr tras los toros; y logró dar una caída, recibiendo una completa ovación, que lo dejó orgulloSO y satisfecho. Concluida la corrida, la masa compacta se dirigía al centro del pueblo, que estaba adornado con arcos de tule y cortinas. Su plan había salido a medida de sus deseos, porque Evaristo, con el prestigio de capitán y jefe de las escoltas del camino de Veracruz, y el dinero que le había dado para costear el almuerzo y pulque de todos aquellos valentones, había podido platicar con ellos y ganarse su confianza y hacer una abundante recluta de gente brava y decidida a todo, a la que no faltaba más que un jefe que la guiase para emprender por esos mundos de Dios hazañas dignas de los tiempos fabulosos.

El tercer día fue el más solemne concurrido. Vinieron de México las marquesas de Valle Alegre, las condesas de Regia, las de Santiago, las de Guardiola, toda la nobleza y parentela de Pepe Cervantes, pero entre tantos personajes, dos llamaron la atención, y fueron don Moisés y don Pedro Cataño.

Relumbrón presentó a Cervantes a don Moisés, como uno de los monteros más ricos de México.

Cervantes presentó a don Pedro Cataño, como uno de los más ricos hacendados del interior.

Relumbrón saludó y estrechó la mano de Cataño; pero apenas la soltó, cuando comenzó a mirarlo con interés, como si quisiera reconocer a un viejo amigo.

Acabado el herradero, pasaron, como el día anterior, al comedor. A don Pedro Cataño, por casualidad, le tocó sentarse al lado de *Relumbrón*, y los dos guardaron silencio; pero al fin de la comida éste le dijo muy quedo en la oreja a don Pedro:

- Nos conocemos, y no sólo nos conocemos, sino que somos amigos viejos.

El supuesto Cataño lo miró con fiereza como imponiéndole silencio.

- Tiene usted razón, hablaremos en voz alta de otras cosas para evitar sospechas -le dijo *Relumbrón*.

Como Cataño estaba a punto de levantarse de la mesa, *Relumbrón* lo detuvo, y le dijo en voz alta:

- Vamos a tomar una copa por el viejo Rascón, que es amigo completo.

El segundo toro, negro, con ojos enchilados y una cornamenta sólida que terminaba en puntas como de aguja, era casi salvaje, y lo apartaron los vaqueros con mucho trabajo del ganado. Abierto el toril de un salto, el bicho se plantó en el centro de la plaza rascó la tierra, miró con visible rabia a tantos objetos extraños para él, y como un rayo se lanzó sobre Evaristo, metió las astas en la barriga del caballo, lo sacudió fuertemente, hizo un impulso hacia adelante, y caballo, jinete y toro rodaron en la arena revueltos y hechos una bola.

Ocho o diez lazos cayeron inmediatamente sobre el grupo sangriento, pero con tan mala suerte, que lazaron a Evaristo en vez del toro, y ya los catrines metían cabeza de silla, cuando Pepe Cervantes les gritó:

- ¡Lo matan, lo matan! ¡No jalen!

Don Pedro Cataño se acercó sin pretensiones ni estrépito, tiró el lazo, que cayó justamente en las llaves de la fiera, metió cabeza de silla y apartó al toro, el que se le vino encima con igual furia; pero lo evitó, y le dio un tirón de través que lo hizo caer.

El pobre caballo hizo el último esfuerzo para levantarse; pero cayó sin vida, mientras Evaristo se puso en pie cubierto de polvo y de sangre; lo reconocieron los que lo rodeaban y él mismo se tentó por todo el cuerpo. No tenía ni un araño.

Evaristo, lleno de orgullo con los aplausos que había recibido de la mayor parte de los valentones del pueblo y de su escolta, encarándose con el fingido don Pedro Cataño le sostenía con cierta jactancia que su caballo no era capaz de competir con el suyo en fuerza y en mañas para los caballazos, y que en una lucha con espada en mano, tenía la seguridad de matar a su contrario o derribarlo antes de que pudiese ofenderlo.

- Manos a la obra -contestó don Pedro sacando su espada- aquí tenemos testigos y jueces que sentenciarán cuál de los dos caballos se acomoda más y es más diestro.

- Con espada no -les interrumpió Cervantes.

Larga media hora estuvieron acometiéndose sin resultado. La verdad es que los dos eran diestros y buenos jinetes, y los caballos les ayudaban a esta lucha en que parecía que tomaban parte, animados también de los sentimientos de enojo y hasta de furia que ya tenían los jinetes.

Caballos y jinetes, chorreando el sudor, echando, bestias y hombres, espuma sanguinolenta por la boca, y lanzando los segundos maldiciones en cada lance frustrado, ya no podían más y estaban a punto de cesar, sin que la victoria se decidiese. El fingido don Pedro Catana pareció por un momento que huía. Evaristo lanzó una de esas carcajadas ordinarias y burlescas y se alzó la lorenzana, disponiéndose a seguir a su ya derrotado enemigo, cuando éste gobernó rápidamente a su caballo le prendió las espuelas, le alzó la rienda, y el animal, dando un salto como para salvar un foso de tres varas, fue a

caer con todo su peso sobre Evaristo, y habiéndolo cogido de costado, el capitán de rurales y su caballo dieron en el suelo un tremendo golpe.

Gritos y palmoteos celebraron por más de un cuarto de hora la hazana de este campeón del interior, que por primera vez veía con admiración toda esa gente de a caballo que se había reunido en la feria de Tepetlaxtoc.

Don Pedro Catana se quitó el sombrero y saludó a la concurrencia.

Pepe Cervantes y los catrines de México rodearon al falso Catana, le estrecharon la mano y lo colmaron de elogios.

Cataño se apeó y fue a levantar a Evaristo, que no tenía más que el susto y un poco adolorida la pierna derecha y la espalda. El caballo se levantó manqueando.

Aconsejaron a Evaristo que se acostara y reposara un par de horas, y luego todos en bola y armando jácara salieron a recorrer el pueblo de Tepetlaxtoc, confesando que en las diversiones de la feria ninguna había sido mejor que el improvisado torneo entre el rancharo de Guanamé y el capitán de rurales.

Quizá nuestros lectores habrán ya reconocido en el falso Pedro Catana a nuestro antiguo conocido Juan Robreno, a quien dejamos moribundo en Mascota.

Tan luego como se presentó la oportunidad, se apoderó *Relumbrón* del brazo de Juan y pian piano, y como distraído y platicando, salieron a las afueras del pueblo.

- No debe usted tener ya duda de que lo he reconocido y que estoy hablando con el bizarro teniente coronel don Juan Robreño. Me ocurre una idea y creo fácil realizarla si usted está de acuerdo. El poco influjo que tengo en el gobierno me permitirá conseguir el indulto de usted; es decir, volverlo a la vida social y aun a su empleo, refiriendo, por ejemplo, que usted quedó como muerto, y que un gañán del campo o el cura del pueblo cercano recogió a usted y lo llevó a su casa, donde fue curado.

- Le agradezco a usted mucho, coronel, sus buenas intenciones, pero no puede ser. Largo e inútil sería referir a usted la historia de mi vida en los últimos años, pero me bastarán dos palabras para que conozca mi situación. El día que yo vuelva a la sociedad con mi verdadero nombre, Baninelli será perdido para toda la vida y un oficial tan valiente tendrá por premio de sus heridas y servicios el desprecio del gobierno. El secreto que usted ha descubierto debe ser eterno. El día que se sepa lo que ha pasado será el último de la vida de usted, coronel, porque le juro que lo mataré donde quiera que lo encuentre.

- Pero no habrá necesidad de eso y nada tema. Me ha dado usted su palabra de caballero y de soldado, y esto basta ...

Relumbrón volvió a tomar con afecto el brazo de Juan, y éste continuó:

- Me dirá usted que por qué no me he suicidado. A un hombre en mi situación y con el infierno de penas y dolores que tengo aquí dentro, no le queda otro remedio; pero tengo que velar por la vida de la que se ha sacrificado por mí, y la esperanza de encontrar un día u otro a un hijo.

- ¿Pero cómo? ...

- No se empeñe usted en saber más, bastante he dicho, y escuche, por último, otro secreto que, si lo descubre le costará la vida. Mi resolución es ya irrevocable. El teniente coronel fusilado vuelve al mundo con el nombre de Pedro Cataño, que será el más temible de los jefes pronunciados (por cualquier cosa) y el más implacable de los bandidos. Unos papeles que aquí traigo y siempre estarán en mi bolsillo, probarán que soy Pedro Cataño, natural de Durango y antiguo dependiente de la señora Campa. La casualidad me proporcionó los papeles; la generosidad del viejo amigo Rascón, los caballos y el dinero.

- Entre soldados como usted y yo -le respondió *Relumbrón* con cierto acento fanfarrón- la vida, como dice la gente baja, importa un pito. La casualidad que ha hecho que me encuentre con usted ha sido para mí una fortuna. Tengo grandes empresas y necesitaba precisamente un hombre como usted para asociarlo a ellas. A usted lo impulsa la venganza, a mí el dinero. Usted necesita reconquistar su posición, y lo hará un día u otro sin perjuicio de Baninelli; necesita usted vengarse y castigar a quien tiene secuestrada a su querida y recobrarla viva o muerta; yo necesito mantenerme en la elevada posición en que estoy colocado y subir, si es posible; pero nunca descender ni un escalón.

Hubo un momento de silencio, y los dos se detuvieron y se miraron fijamente.

- Nos hemos entendido -continuó *Relumbrón*-. Usted tiene a el secreto de mi vida, y yo el secreto de su muerte. El día que yo lo denunciara, Baninelli caería en el más completo ridículo y usted ... no sé ni qué decirle el papel que haría un muerto resucitado.

- Si usted me denuncia, ni quiero pensar en lo que me pasaría. La muerte sería el menos de los males. Conque venga esa mano, y amigos, amigos para siempre.

Don Pedro Cataño tendió la mano y *Relumbrón*, con las dos, le dio tres o cuatro apretones. Como se habían alejado mucho sin apercibirse de ello, voltearon caras con dirección a Tepetlaxtóc.

En la plaza de toros se había colocado un castillo con gruesas bombas y soles más de carbón que de pólvora. Diéronle fuego, y fueron girando los soles con un chisporroteo opaco.

La famosa *pulquería de Xóchitl* ardía, como suele decirse. Debajo del cobertizo tendió Evaristo un rico jorongo de Saltillo, sacó una baraja y un montón de morralla lisa y pesos falsos, y les puso el monte a los indios y rancheros.

Don Moisés, con sus achichineles, se instaló en el comedor y puso un burlotito con oro y plata, no tardando en acudir algunos hombres de a caballo de México y los tenderos y gente riquilla de los pueblos.

Relumbrón se quedó en el pueblo y se instaló en la casa del alcalde, donde puso también su burlo, al que de preferencia concurren como apuntes los valentones, que era precisamente lo que deseaba.

Don Moisés, seguramente con su baraja mágica, desplumó a todos los apuntes, mientras *Relumbrón* se dejó ganar por el alcaide y los valentones el montón de plata y algunos escuditos que tenía delante.

Se bebió, se bailó y se jugó toda la noche.

Al día siguiente el pueblo de Tepetlaxtoc tenía un aspecto de desolación y de tristeza, como si una banda de cosacos hubiese entrado la noche anterior a robar y a degollar a sus habitantes.

CAPITULO TRIGÉSIMOCUARTO

La feria de San Juan de Los Lagos

La moreliana acudió inmediatamente al llamado del platero, el cual le manifestó con muy buenas razones la necesidad de ayudar al hijo, que tan bien se le había logrado que ya era un coronel que trataba con lo más florido de la sociedad mexicana y que estaba comprometido en negocios de alto interés que debían darle unas utilidades fabulosas y tan seguras como si ya tuviese el dinero en caja. Se guardó muy bien de explicarle qué clase de negocios eran, pues a haberlo hecho así, la moreliana, tan rígida, tan ferviente cristiana y que nunca había entrado en transacciones con su conciencia, como el platero, se habría escandalizado y cortado para siempre sus relaciones y negado todo auxilio al hijo que se proponía seguir el torcido y peligroso camino.

La moreliana, que casi nada gastaba en su persona y que lograba buenas cosechas en sus ranchos, lejos de poner dificultades, le dio mucho gusto el poder hacer uso del dinero que tenía reunido y enterrado por miedo de ser robada, no obstante que en la comarca donde ella vivía se disfrutaba de la más grande seguridad.

Relumbrón, a causa de la invitación que le hizo Pepe Cervantes para el herradero, avisó a su compadre que difería el almuerzo para el domingo siguiente, y visto el buen resultado que tuvo para sus planes su paseo a la feria de Tepetlaxtoc, aprovechó el resto de la semana para dar la última mano a la organización del ejército de vanguardia que debía hacer sus primeras campañas en la *Feria de San Juan de los Lagos*.

El capitán de rurales obtuvo una licencia por tres meses, y bien la necesitaba para curarse de los moretones y hoyos que tenía en el cuello, dejando a Hilario al frente de las escoltas; pero su principal objeto era cooperar al plan que tenía meditado *Relumbrón*. De común acuerdo se organizaron tres gavillas.

La primera gavilla entraría en plena posesión del monte de Río Frio y camino de Puebla, hasta Perote.

Esta partida tomaría el nombre de *Roque*.

La segunda y más numerosa sería mandada por el difunto Juan Robreño, resucitado con el nombre de *don Pedro Cataño* que expedicionaría por la Tierra Caliente; y la tercera, que ocuparía los caminos del interior, la pusieron al mando de un muchacho de mala cabeza (que había venido de Guanamé con Cataño), borracho y pendenciero, pero muy audaz y valiente, que era ahijado de don Domingo Rascón, y se hacía llamar *Cecilio Rascón*.

Repartiéronse entre los tres jefes los muchachos más atrevidos por no decir desalmados, que concurrieron al herradero de la Grande. Los había de Guanamé, de Matehuala, del Jaral del Mezquital y Tierra Fría. del Valle de México. de Tenancingo y de Chalco.

¡Pero qué muchachos! La flor y nata de los baladrones y malas cabezas de los pueblos y haciendas. Las reuniones eran en las noches en casa de Luisa.

Allí concurrieron el falso don Pedro Cataño y el valiente y honrado capitán de rurales don Evaristo Lecuona. En una semana arreglaron sus fuerzas y, con pretexto de comprar reses y caballos, hacían por las tardes que maniobraran en los potreros de Balbuena los muchachos y era un placer verlos acometer; sentar sus caballos, fingir que huían y repentinamente volver caras con el lazo en la mano, el que tiraban sobre la figura del enemigo. con una precisión tal, que si de veras hubiese amarrado el lazador a cabeza de silla, el lazado habría sido hombre perdido; en fin, mil otras cosas de destreza, de fuerza y de astucia. que causaban admiración.

Ellos eran cristianos verdaderos, que se llamaban Cecilio, Juan, Roque. Pantaleón. Cristóbal, y no cambiaban el nombre de su santo por el de ningún animal; oían su misa cuando podían; no se enconaban con un pañuelo sucio ni con un sombrero viejo, ni con los cuatro reales lisos de un catrín. Cuando acometían era a cara descubierta, y no con la máscara de esos indios garroteros que tanto terror ocasionaron a ocho millones de habitantes. Cuando era necesario rifarse se rifaban, se alzaban la lorenzana, entraban al pleito con la cara descubierta y se medían con los *cuicos*, con gendarmes, con caballería, con escoltas y veintenas, con los diablos mismos, si a los diablos, que son de infantería, les hubiese ocurrido un día montar a caballo y entrar a la pelea con ellos. Si querían muchachas, no pensaban ni remotamente ir las a buscar entre las que se pasean por las noches en las cadenas de la Catedral haciendo mucho ruido con las enaguas de indiana almidonadas, diciendo malas palabras y fumando su cigarrillo, sino que se sacaban a lo

hombre una rancherita, sana, colorada, gorda y rubia, ya de un pueblo, ya de un rancho, la montaban en la silla y echaban a galopar.

Si los perseguían, hacían uso de su pistola y doblaban de un balazo al alcalde, al mayordomo de la hacienda o cualquiera otro que tratase de quitarles su prenda. Pocas veces cargaban cuartillas en sus bolsillos, y de una manera o de otra tenían un par de pesos para convidar a pulque a los amigos, y a *nainden* le pedían ni agua.

Tales eran, en lo general, los muchachos que reclutó *Relumbrón*, la mera aristocracia de la raza de hombres que, sin ser españoles, sino meros mexicanos, tampoco son indios; que no saben el significado de la palabra miedo y están siempre dispuestos lo mismo a un pronunciamiento, a una corrida de toros, a un coleadero, al trabajo del campo o a las aventuras del camino real. Ya se ve que la banda de enmascarados, Evaristo incluso, eran una verdadera farsa, y que lo que faltaba a los valentones de Tepetlaxtloc era una organización, un jefe o jefes que los mandasen y los mantuviesen unos días, mientras ellos podían ganar su vida honradamente.

Sin que nadie se los dijera, ni mucho menos *Relumbrón*, adivinaron que ése debería ser un día, más tarde o más temprano, su verdadero jefe, y que de pronto tenían, por lo menos, un protector y un hombre de dinero y de relaciones en la capital que les daría su valentada cuando se les ofreciese.

Muy puntual estuvo *Relumbrón* el domingo fijado para el almuerzo. Se trataba nada menos de la cuestión de fondos, y los necesitaba, pues la feria de San Juan de los Lagos estaba muy cercana y no había que perder tiempo. Las festividades de Tepeaxtloc le habían costado un pico regular.

La cocinera del platero hizo un almuerzo de chuparse los dedos, todo de platillos mexicanos del gusto de su amo y de *Relumbrón*, pero no omitió, en cuanto observó que se encerraban en la sala, fingir que salía para dejarlos solos, regresar a poco rato de puntillas y aplicar alternativamente el ojo y el oído al agujero de la calle, enterándose de cuanto pasaba entre los compadres y de oír y retener bien en su memoria lo que platicaban.

Relumbrón refirió minuciosamente cuanto le había pasado en la Hacienda Grande y en el herradero.

Cuando hubieron concluido su conversación abrieron la puerta y pidieron el almuerzo. La cocinera, mientras se cocían los manjares a fuego lento, había tenido tiempo de aplicar alternativamente el ojo y el oído al agujero de la llave y de enterarse de cuanto dijeron los compadres en su importante conferencia.

Yo no sé si el mes de diciembre de cada año es hoy tan alegre en México como en los tiempos a que se refieren los acontecimientos de nuestra historia.

El ocho de diciembre, Nuestra Señora de la Concepción; el doce, el gran día de Guadalupe; el veinticuatro, la Nochebuena, seguida de la Pascua y el Año Nuevo, para cerrar la serie de novenarios de luces y de festividades religiosas que se enlazaban íntimamente con las escenas de familia.

En casa de las Conchas y las Lupes, que las había en abundancia y muy bonitas, de precisión había de haber comida y baile, o día de campo; después, las posadas y las había aun en las pobres casas de vecindad de los barrios; y al último, los Manuales de Año Nuevo, que no se quedaban atrás en divertirse con su familia y amigos. El mes de diciembre, en resumen, era un mes bendito, y las prácticas religiosas daban lugar a todo género de diversiones. Para el comercio era, de consiguiente, un mes maravilloso. Platerías, tiendas de ropa, vinaterías, cafés, fondas y hasta la plaza del mercado, tenían un movimiento excepcional con motivo de las cuelgas, de las comidas espléndidas y de las cenas con que terminaban cada noche la jornada de los peregrinos que caminaban a Belén.

¿Por qué se eligió para esa cita anual de todo el comercio de la República un pueblo pequeño, triste, árido, con pocas casas para tanta concurrencia, sin nada que lo pudiera hacer cómodo y agradable, y sin más atractivo religioso que un pequeño santuario en un cerro, y cuya Virgen no tiene, como otras, tanta fama de ser milagrosa?

La verdad es que no se sabe ni aun la época en que comenzaron esas ferias, y su desarrollo progresivo hasta hacerlas famosas en las ciudades manufactureras de Francia, Inglaterra y Alemania, y que fuese una cita general para nacionales y extranjeros.

En París se preparaban surtidos especiales de mercería fina y ordinaria y de telas de algodón, lino y seda de colores chillantes y dibujos fantásticos, y se embarcaban con anticipación en los pesados paquetes de vela que venían a Veracruz procedentes de Burdeos y del Havre.

En Liverpool y Hamburgo se cargaban hasta la cubierta unos barcos fuertes y veleros que daban vuelta al Cabo de Hornos, y después de cuatro o cinco meses de una peligrosa navegación venían a fondear en San Blas y Mazatlán, y de allí, hatajos de mulas conducían la lencería inglesa y alemana, el cristal y loza a la feria y de este modo llegaban con la más grande exactitud, teniendo tiempo bastante para encaminar las mercerías, establecer sus almacenes en San Juan y hacer cambios y ventas que llegaban a muchos miles de pesos.

De Veracruz, ni se diga. Entre la sedería de lujo y los mil dijes y curiosidades de la joyería y mercería francesa, que mandaban a México para el consumo del mes glorioso de diciembre y lo que reservaban y encaminaban a su tiempo para la feria, quedaban los almacenes vacíos, y aprovechaban la ocasión para salir de las mulas que no habían podido vender ni a la mitad del precio.

El pueblo, polvoriento y sucio los once meses del año, se vestía de limpio y se lavaba la cara el mes de diciembre. Las fachadas de las casas se sacudían o se pintaban de nuevo de

blanco y de diversos colores; la iglesia se cubría de colgaduras rojas, de macetas de flores y de ramos, y se veía alumbrada día y noche con velas de cera en todos los altares. Las calles pedregosas se medio arreglaban, los caminos y avenidas se disponían de modo que fuese más fácil el tránsito de tanto coche, de tantas recuas de mulas, carros grandes y pesados, y de dos ruedas y ligeros, que conducían de todos los ángulos de la República pasajeros y mercancías.

CAPITULO TRIGÉSIMOQUINTO

Viaje de *Relumbrón*

Relumbrón no sólo obtuvo licencia para pasearse en la feria todo el tiempo que se le diese la gana, sino que el presidente lo comisionó para que, de paso, visitase Querétaro, Guanajuato, Aguascalientes y Guadalajara, y que observase cómo se portaban los gobernadores y el estado de la opinión pública, pues ya se andaba diciendo que Valentín Cruz había vuelto a reunir gente, que de un día a otro se repetiría el motín de San Pedro y que el gobernador, que era rival del presidente, cerraría el ojo y dejaría que, sin responsabilidad suya, prendiese el fuego revolucionario. En efecto, el nuevo gobernador de Jalisco era uno de esos viejos militares, valiente, testarudo, muy dominado por la Iglesia, no por cierto muy amigo del presidente, y aspiraba a sucederle en el mando.

Con tales ínfulas, *Relumbrón* creyó, no sin fundamento, que sus negocios serían más lucrativos, más fáciles y podría dirigirlos él mismo, dejando para el regreso la visita secreta a otros Estados.

Mandó con anticipación tomar dos de las más amplias y mejores casas que conocía en San Juan, pues no era la primera vez que visitaba la feria, una destinada para él y sus amigos, y otra exclusivamente para don Moisés, con sus *gurrupíes* y dependientes.

Desde principios de noviembre, los medios de comunicación con la capital de Jalisco, con Lagos y con San Juan se aumentaban de cuantas maneras era posible. Además, las carrocerías de México y Puebla tenían siempre listos un número de enormes *bombés*, que bastaba pedirlos, pues ya los jugadores, los comerciantes ricos o las familias enteras que querían divertirse, preferían las comodidades que presta un carruaje particular, y con chicos, criadas, colchones y hasta muebles, y una despensa bien surtida, hacían en esa especie de casa ambulante doce o quince días de camino y llegaban sin tener, como hemos dicho, necesidad de buscar mesón o casa, pues se acomodaban como podían para dormir dentro del mismo coche, almorzaban y comían en cualquiera de las fondas y todo entraba en la diversión.

Don Moisés tomó uno de esos coches; le acompañaban dos *gurrupíes*, el contador tesorero y un par de criados en la tablita. Dentro del coche, en las cajuelas, colocó con muchas precauciones dos talegas de onzas de oro y algo de plata para los gastos del camino, y delante y detrás del pesado carruaje, baúles y cajas con ropa, provisiones y

vinos exquisitos en abundancia. Las sillas mesas, carpetas verdes, candeleros, camas, colchones y muebles para la casa de juego y para la de *Relumbrón*, habían marchado con anticipación en dos carros. En una palabra, era un tren de príncipes.

Relumbrón caminaba detrás, a poca distancia, en su carruaje propio, muy elegante y dispuesto para cuanto podía ofrecerse en un camino donde no abundaban los mesones y buenas fondas, que hoteles no se conocían más que en las casas de diligencias, mejora de importancia para los caminantes que había introducido el amo don Anselmo, dueño de las líneas de diligencias y patrón de nuestro conocido el cochero Mateo.

Dentro del carruaje, y ocupando medio costado y reclinando en cojines toda la testera, iba *Relumbrón*, enfrente, en el vidrio, el licenciado Lamparilla, que era el abogado y agente de negocios de la casa, con cubierto diario en la mesa y una muy buena iguala anual.

En cuanto a los muchachos y valentones, unos servían de escolta a don Moisés y a *Relumbrón* y los demás, a las órdenes de sus jefes; pero de pronto, caminando solos o en grupos, desperdigados y confundidos entre la multitud de viajeros y entendido que se reunirían en la feria, donde se les daría una final organización. Entre tanto, ganaban su peso diario y manos limpias; advertidos de no desmandarse mucho, pues acaso el coronel, que era su protector, no tendría medio de salvarlos de un mal paso si eran cogidos o sumidos en la cárcel en tierra extraña.

No obstante estas prudentes y arregladas instrucciones dictadas en bien del comercio, los muchachos y valentones prometían obedecerles; pero hallándose a caballo, con armas y chinos libres por esos mundos de Dios, se proponían divertirse, no perder el tiempo y pescar cuanto les viniese a la mano. Llegando la feria entre dos mil, tres mil, quince mil personas, ¿quién los había de reconocer, ni qué caso harían sus jefes de ellos? Se proponían a las partidas, hacer *Espíritu Santo* (1), sin perdonar ni a la de don Moisés, y largarse con las bolsas llenas de onzas de oro a buscar fortuna a otra parte.

En efecto, la feria en ese año era mucho mejor que la de los dos anteriores, y habían concurrido a esto diversas circunstancias. La paz se había conservado en el país durante el año, y con excepción de algunas partidas de merodeadores, tan insignificantes como los indios enmascarados de Evaristo, los caminos estaban seguros, las haciendas y aldeas tranquilas, y lo más positivo y serio que había acontecido era la reunión de los valentones de Tepetlaxtóc; pero aún no era posible conocer el resultado, pues iban a estrenarse en la feria misma. De Valentin Cruz, ni quién se acordara; se había sumido completamente desde que supo que el licenciado Bedolla había sido mandado a la Isla de los Caballos y que Baninelli, con su regimiento ya repuesto, que contaba con 1,200 plazas, venía de guarnición a Jalisco. Habían llegado a Mazatlán tres fragatas procedentes de Liverpool. Los agiotistas y contrabandistas habían hecho un negocio con el gobierno, ahorrando el 50 por 100 de los derechos, y ocho o diez mil tercios de géneros y mercancía inglesa estaban ya en la feria.

Relumbrón no pudo resistir. A pesar del cansancio y del polvo de que estaba cubierto hasta las cejas y pestañas, en vez de entrar descendió por la calle del costado de casas que

en suave pendiente conduela a la plaza, que era el punto donde comenzaban las nuevas construcciones y de donde partían las pintorescas y concurridas calles de que hemos hablado.

- Todas estas riquezas podrían ser mías en dos horas. Una sorpresa de los desalmados valentones de Tepetlaxtóc podría acabar con una guarnición descuidada y dispersa, y los comertlantes no podrían organizar una defensa ... ¡Qué dicha! En dos horas ser rico, riquísimo, dueño de millones, porque millones hay aquí, como quien dice, tirados en este triste pueblo y en estos campos estériles.

Y *Relumbrón* recorrla con placer las calles, los ojos le bailaban de alegría, y en su ilusión de avaricia y en su monomanía de robo se figuraba dueño y señor de todos los tesoros que veía reunidos, formando esas largas calles que no terminaban sino con los campamentos de tanta gente que no tenía albergue y que con frazadas, petate, horcones y morillos formaban una habitación que tenía tanto de frágil como de pintoresco.

- ¡Qué cosas tenemos los hombres! Contentémonos con lo que Dios pueda proporcionamos buenamente sin riesgos y sin inconvenientes. ¡Oro, plata! Eso es lo mejor y más fácil de gUardar, sobre todo el oro, el oro.

Ya más tranquilo, dio la vuelta para entrar en su casa, que estaba ya arreglada. En el camino tropezó con Evaristo.

- Justamente vengo de la casa de usted, que me costó trabajo encontrar.

Sacó del bolsillo unas seis onzas, las dio a Evaristo y sin despedirse, le volvió la espalda.

Cuando *Relumbrón* entró en su casa, todo estaba en el mejor orden y hasta la mesa puesta. Lámparilla, que era su abogado, su apoderado, su dependiente, su brazo derecho, todo lo había prevenido; dispuso las cosas antes de la salida de México, de tal manera que, cuando llegaron, ya los muebles estaban colocados, la cocinera en su cocina perfectamente arreglada, y la despensa llena de los exquisitos vinos, de los buenos quesos y de las variadas latas y salsas.

Don Moisés no se quedó atrás; jugador viejo, veterano de cuenta y buen servidor, se aprovechó de la ocasión y no omitió gasto. Había descubierto la piedra filosofal y todo saldría de los puntos. La casa que tomó *Relumbrón* para habitarla era buena, pero la de don Moisés era mejor. Cortinas de color rojo en los balcones, el gran salón con su carpeta de paño verde, los candeleros de metal dorado con sus grandes velones. El comedor con mantel puesto y refrescos, fiambres, vino y puros gratis para los concurrentes, que recibían en la puerta una tarjeta del convidador.

A las ocho de la noche se abrió la partida, y don Moisés, con sus dependientes y *gurrupiés*, comenzó la talla, que debía cesar a las doce de la noche y seguir el burlote hasta la madrugada. Las sillas estaban ocupadas por los comerciantes más ricos de Monterrey, de Chihuahua, de San Luis y de Guadalajara. *Relumbrón* fue el primero que

entró a la partida y dio el ejemplo echando con garbo diez onzas a la primera carta que salió, sin esperar la segunda. ¿Para qué repetir lo que ya hemos presenciado en Panzacola?

Don Moisés jugó limpio esa noche y se confió a la suerte.

González, que se hallaba en la feria, tuvo una hora las cartas en la mano. La partida perdió cosa de cuatrocientas onzas, y *Relumbrón* individualmente como cien; pero tanto don Moisés como éste exageraron las pérdidas, y el público mucho más.

Se afirmó que don Moisés había sido desmontado y que el coronel de México dejó sobre la carpeta seiscientos amarillas.

Esto acreditó a la partida, y la noche siguiente la policía tuvo que intervenir, pues no cabía la concurrencia (toda selecta) ni en el salón ni en el patio.

Don Moisés, con mucho tiento y cordura, pasó lo más de la noche en alternativas que proporcionaron ganancias a los puntos mezquinos o pijoteros; pero a las once y media tomó en sus manos la *baraja mágica* y en unos cuantos albures recogió más de lo que había perdido la noche anterior. *Relumbrón* siempre perdía y hablaba a todo el mundo de la sal que le caía encima.

Una mañana, cosa de las diez, *Relumbrón* y Evaristo platicaban de sus asuntos en la entrada del portal de la casa cuando llamó su atención el sonido agudo de una campanilla.

En esa plazoleta estaba formado un cuadro de soldados. *Relumbrón* y Evaristo, instigados por la curiosidad, se pudieron abrir paso y seguir de cerca al cura hasta que llegaron al cuadro, encontrándose repentinamente de manos a boca con el general gobernador de Jalisco, que habla llegado la noche anterior.

Relumbrón lo conocía personalmente, como a la mayor parte de los generales y oficiales de graduación del ejército, así es que se acercó a él y lo saludó con respeto, pero con cierta confianza.

- Coronel -le contestó el gobernador, devolviéndole con la cabeza su saludo y tendiéndole la mano-, pues que supongo que como muchos ha venido a la feria a divertirse, va usted a gozar de un espectáculo que sin duda no esperaba. Publiqué quince días antes de que comenzara la feria un bando imponiendo la pena de muerte al que robase cualquier cosa que valiese más de dos pesos. Muy piadoso he sido en dejar a los rateros que roben pañuelos que valgan menos de dos duros, sin que nada tengan que temer. Anoche tres o cuatro bribones cayeron sobre unos raleteras y les quitaron su capital, que serían unos treinta pesos; no contentos con eso, los golpearon y les rompieron la cabeza. De cuatro que eran, dos se fugaron y dos fueron aprehendidos por una patrulla que pasaba por el lugar del suceso. Anoche mismo fueron identificadas sus personas, y dentro de un cuarto de hora serán fusilados.

Relumbrón y Evaristo cambiaron una mirada.

El coronel aprobó casi con entusiasmo la energía del general, añadió que era duro matar a un hombre por tan poca cosa, pero que no había otro remedio para dar garantías y seguridad al comercio, y al acabar esta arenga le tendió la mano para despedirse de él y marchar lo más lejos que pudiese de ese sitio.

- No, no se vaya usted y verá la ejecución -le dijo el general-, pues quiero que usted cuando regrese a México, se lo cuente al presidente. No pueden dilatar los reos.

Se tocó el tambor, se nombró por el oficial el pelotón que había de hacer la ejecución, se colocaron los de Tepetlaxtoc con el frente al gobernador, rodeado de sus ayudantes, y teniendo a Evaristo a la izquierda y a *Relumbrón* a la derecha.

Algunos sollozos de mujeres se escucharon.

- ¡Pobrecitos -dijeron algunas-, derechitos se van al cielo!

Los desgraciados de Tepetlaxtoc dirigían sus miradas suplicantes a *Relumbrón* y al capitán de rurales, pero en vano.

El pelotón se organizó; vendaron los ojos a los reos, no obstante su resistencia; se dio la voz de mando, tronaron los fusiles, y los de Tepetlaxtoc cayeron como masas inertes, acribillados a balazos, y el general gobernador tomó el brazo de *Relumbrón* y le dijo:

- ¿Ha quedado usted contento?

- Contentísimo -respondió *Relumbrón*.

- Pues cuando regrese usted a México, cuénteles al presidente lo que vio en la feria.

El general se dirigió a las casas municipales, donde estaba alojado, y *Relumbrón* entró cabizbajo y pensativo a la suya.

CAPITULO TRIGÉSIMOSEXTO

Las piedras rodando se encuentran

La repentina y rápida ejecución de los dos valentones de Tepetlaxtoc infundió el terror no sólo en las cuadrillas dirigidas y pagadas por *Relumbrón*, sino en los cientos de rateros, borrachos y gente de mala vida que había venido de los cuatro ángulos de la República. No fue necesario que Evaristo les hiciese ninguna recomendación, y él mismo se vio por un momento perdido, figurándose que había sido denunciado por Cecilia o por el

licenciado Lamparilla, que veía con desconfianza al lado de *Relumbrón* y apenas lo toleraba.

Tres días después nadie se acordaba ya de los dos valentones de Tepetlaxtoc, muertos heroicamente y como buenos, sin que el amor a la vida, que es tan grande, les hiciese denunciar por lo menos a Evaristo. Con media palabra lo hubiese fusilado allí mismo el inflexible gobernador.

Relumbrón recobró su buen humor y, acompañado de Lamparilla, continuaba en los juegos y en sus paseos, aprovechando el tiempo para perfeccionar sus averiguaciones, a lo que le ayudaba Lamparilla, sin sospechar por qué era tan curioso como una mujer y tan indagador de vidas ajenas como una portera de casa de vecindad.

Evaristo, pasado el susto, aumentó su audacia y su descaro. Arrendó en 50 pesos diarios un llamado hotel que contenía un salón, tres cuartos, una cocina, todo de tablas y tela de algodón, que presentaba un mejor aspecto que las demás barrancas cercanas. Tenía un gran letrero en la entrada que decía: *Otel de los Tapatios*. Evaristo, de acuerdo y en perfecto arreglo con las tres tapatías, dedicó el salón para cantina, fonda, café y baile. Las muchachas, que eran guapas, desempeñaban perfectamente su papel: la una *gUisaba*, la otra servía y cobraba muy caro un par de pesos por una pierna de pollo asado con ensalada: ¡pero qué miradas y qué garbo! La tercera andaba en el mercado y en los puestos de las calles y volvía siempre seguida de tres o cuatro galanes que dejaban buenos pesos en la fonda y en el juego.

Una noche, Evaristo, después de haber desplumado a los concurrentes, levantó el monte y salió al salón a bailar y cantar, acompañando a los músicos y enseñando las mudanzas a las tapatías mismas, tirándoles el sombrero a los pies y obligándolas a que levantasen sus enaguas hasta la mitad de la pierna, cuando sintió que repentinamente dos manos pesadas y toscas le tapaban los ojos, chanza muy usada entre la gentuza alegre.

- ¿Quién soy yo?

Evaristo, furioso de que tan bruscamente hubiese algún malcriado interrumpido el zapateado, luchaba por apartar las manos de sus ojos; pero imposible, eran unos dedos de fierro que le machacaban las pupilas.

- ¿Quién soy yo?

- ¡El demonio! -contestó Evaristo, tratando de dar una patada al tenaz que no quería soltarlo.

- Con todo y tu chaqueta de capitán y lo desfigurado que estás por lo gordo y por los dibujos que le has hecho a tu cabello y a tu barba, te conocí desde la puerta y me escurrí sin que tú me vieras, para taparte los ojos, conque echa un abrazo, amigo Evaristo, y en seguida voy a llamar a los demás.

Quien había tapado los ojos a Evaristo era *el tuerto Cirilo*, tras él fueron entrando los antiguos parroquianos de la pulquería de *Los pelos*.

- ¡Maldito tuerto, si hablas una palabra más, te encajo en la barriga este puñal!

El tuerto se echó a reír, y tomándole la mano, que ya Evaristo tenía en el mango del puñal, le dijo:

- No es para tanto ni hemos venido a la feria para matarnos. *Naiden* ha escuchado nada, que demasiado entretenidos están con las bailadoras. Se acabó todo y amigos.

Una de las tres tapatías acudió con cierta inquietud a informarse de lo que pasaba y a impedir que hubiese pleito. Evaristo reflexionó que estaba enteramente a merced de sus antiguos compinches, y no le quedó más remedio que hacerse a la banda y disimular.

- Son viejos amigos que me he encontrado aquí, mujer, y no hay nada de pleito -dijo Evaristo a la tapatía-. Todos manos y compas. Anda, tráenos de beber de lo mejor que tengas.

Evaristo arrastró al tuerto Cirilo, a Pancha la Ronca, a otra dizque sobrina que la acompañaba y a *conclapaches*, a la pieza reservada, y con calma y seguridad les dijo:

- De manera que como soy capitán y tengo muchos soldados a mis órdenes, ya se los diré. Ya hablaremos solos, recordaremos nuestros tiempos, y espero que el tornero de la pulquería de *Los pelos*, convertido en capitán -y les enseñaba su chaquetón azul y sus presillas de plata-, les hará ganar mucho dinero; conquie mucho secreto. Compas como siempre, venga esa mano, y hasta la muerte. A la madrugada iremos a dar una vuelta por el campo y hablaremos.

La tapatía entró en esto, seguida de una fregona cargada de botellas y vasos, de unos platos de frituras y de chorizones, y todo se colocó en las mesas y comenzaron a beber y a cenar alegremente, mientras el baile y las canciones nacionales seguían en el salón, donde cada vez aumentaba la gente hasta hacer difícil la entrada.

Lamparilla, después de haber concluido el trabajo que necesitaba la dirección de la casa de *Relumbrón*, salió a pasear, entró en una partida, después en otra, ganó unas cuantas onzas, cenó en el bodegón de más fama y fue en seguida a recorrer las calles de la feria.

Lamparilla era picado de la araña y pronto trabó conversación con una de las tapatías, y olvidando por un momento a Cecilia, emprendió una conquista. No duraron mucho sus amorosos coloquios.

- No lo hacía yo a usted en la feria, licenciado, quizá no se acordará de mí pues hace tiempo que no nos vemos.

Lamparilla levantó los ojos, que tenia clavados en la cara alegre y picaresca de la tapatía, y no reconoció de pronto al que le dirigia la palabra.

- Si usted me olvida, yo no lo olvido nunca. ¿Me conoce usted por fin? Soy San Justo, más liberal que todos los masones juntos, y más hombre también para romperle a usted la crisma ...

Lamparilla intentó retirarse.

- No -dijo San Justo deteniéndolo-, no se me va asi como así, que algún dia habiamos de ajustar cuentas. O me pide perdón de rodillas por los daños que me ha hecho, y me asegura a fe de hombre que me repone en el empleo de portero de la logia, o ve para qué nació.

La tapatia, más animosa que Lamparilla, se puso en pie, empujó a San Justo y le dijo:

- ¡Afuera, borracho! Qué viene aqui a interrumpir el baile y a insultar a los caballeros.

San Justo no estaba completamente borracho, dio un empujón en el pecho a la tapatia e intentó lanzarse sobre Lamparilla, pero un tercer personaje intervino en la contienda cuando menos se esperaba.

Una mujer, sin rebozo, pues se lo quitaron o lo dejó entre el remolino de gente que se formaba en la calle y en la puerta, gritando: *¡Al ladrón, al ladrón!*, y abriéndose paso con las caderas y con los codos, llegó hasta donde estaba San Justo, lo tomó de los cabellos por la nuca, y le dio tan fuerte tirón, que lo derribó al suelo.

- Ya me figuraba yo que tú eras el ladrón y no las poblanas con quienes estábamos cenando -dijo la mujer agachándose y sacando del bolsillo de San Justo una mascada encarnada de China, que tenia en sus esquinas un nudo con monedas de oro y plata dentro-. ¡Toma! -y con el mismo nudo le dio un golpazo en el pecho.

San Justo se levantó algo atarantado, echando horrendas maldiciones, y trató de lanzarse sobre la mujer, buscando en sus bolsillos algún arma.

- ¡Ah! y tras sinvergüenza y ladrón, asesino ... ¡Toma, para que te acuerdes de mí toda tu vida! -y antes de que San Justo hubiese encontrado el arma que buscaba, la mujer sacó con rapidez un cuchillo y le rebanó la nariz, de modo que un trozo amoratado como un medio tomate cayó al suelo y un chorro grueso de sangre se desprendió de la cara del bandido, el que lanzó un grito, dio tres pasos y cayó, clavando las uñas en la tierra de rabia y de dolor.

El baile y la música cesaron; de las pocas mesas que había contra la pared, rodaron al suelo vasos, botellas y platos, y se produjo una confusión espantosa.

Lamparilla aprovechó este momento para esquivarse.

Evaristo, que temía que se le muriese allí el herido, se agachó a reconocerlo y observó que aún manaba sangre de la nariz; pidió agua, lo lavó él mismo y le rellenó después el agujero con tierra que recogió del suelo; sacó un pañuelo de su bolsillo y lo vendó muy apretado, abriéndole la boca para que resollara. San Justo, por la sangre perdida, se había desmayado.

- Está curado ya -dijo Evaristo-. Voy a mandarlo a su casa, mañana estará ya bueno -y al tuerto Cirilo, que estaba cerca, le dijo al oído-: Llévate a este borracho y lo tiras muy lejos en cualquier barranca o en la milpa que está detrás de la loma. La noche está muy oscura y cada cual se ocupa de su negocio. Cárgalo en las espaldas y lo taparemos con un jorongo.

Dicho y hecho. En seguida, ayudado de las tres tapatías, en menos de un cuarto de hora puso todo el tren mejor que antes.

La música celebró esta nueva instalación con un jarabe rasgado, y las muchachas, haciendo mudanzas a cual más difíciles y dejando a veces ver más allá de las pantorrillas sus gordas y encarnadas piernas, restablecieron la alegría y aumentaron el bullicio.

A los que preguntaban lo que había pasado les respondían:

- ¡Nada! ¡Cualquier cosa! Un borracho que se metió, y su mujer celosa, que vino tras de él, le dio una cortada en la cara. La mujer se fue y al herido, por caridad, se lo llevaron a su casa.

CAPITULO TRIGÉSIMOSEPTIMO

Grandeza y decadencia de un patriota

Como no sabemos si San Justo, con la cataplasma de lodo que le puso Evaristo en la nariz y con lo fresco de la noche volvió en si y pudo irse a su alojamiento a curarse, o si al contrario, faltó de sangre pasó del desmayo a la muerte y quedó en el barranco donde lo tiraron el tuerto Cirilo y don Jesús el tinacalero, tenemos que hacer una digresión para que siquiera no se pierda en la historia el nombre de este distinguido patriota y entusiasta liberal.

Cuando San Justo fue despedido de la logia yorkina, a la vez que separado de la administración del mercado, no quedó tan tirado a la calle. Además de las multas arbitrarias que recaudaba en dinero, contaba con las contribuciones forzosas en fruta, legumbres, chorizos y mantequillas, y con esto, no sólo abastecía su cocina, sino que se proporcionó una renta diaria pues tenía contrato con la fonda de Las calaveras, con la de Puesto Nuevo y con la cocinera del compadre platero, a quien surtía de quesos y mantequilla de Toluca. Con estos ahorritos tan legalmente ganados a costa de los pobres vendedores del mercado, se propuso trabajar, Sin tener necesidad de los masones ni de

Lamparilla, contra el cual concibió un odio profundo, proponiendo vengarse tan pronto como se le presentase la ocasión.

Entretanto llegaba la época de las nuevas elecciones en las cuales estaba seguro San Justo de salir electo presidente del ayuntamiento, y meter la mano hasta el codo, se propuso pasar buena vida, y no tan sabio como Salomón, pero tan enamorado como él, se entregó enteramente a las muchachas, y fue su perdición, como la del gran rey.

Mientras tuvo para pagar las viviendas y cuartitos de las casas de Vecindad que habitaban las que los veteranos modernos llaman *gatas*, para darles la asadura más o menos escasa, y habilitarlas con algunas pesetas para que fueran al Parián, ¡todo marchaba a las mil maravillas!, pero cuando los caseros cobraban y en los braseros apenas había una ollita con agua y unos cuantos fríjoles y era menester mandar a la tienda el rebozo en cambio de unas tortas de pan, cada visita de San Justo era una campaña formal, las muchachas lo ponían como trapo de cocina y a veces no salía sin un buen tirón de cabellos.

Tres días más y el triunfo de San Justo era completo; contaba (según él) con todo el barrio y con dos o tres más, tenía amigos por todas partes, el triunfo de los patriotas contra los monarquistas era seguro, y él era el hombre más popular para ponerse a la cabeza de la antigua Tenoxtitlán.

Era un viernes. El domingo tendrían lugar las elecciones; pero el sábado fueron viniendo, unas tras otras, las mujeres, y como no pudo satisfacerles sus antojos, una lo llenó de injurias y se largó; otra, que llegó después, le arrebató el reloj y la cadena y le rompió el chaleco; la última se permitió coger piedras de la calle; la que tenía de mesonera, viendo lo mal que andaban las cosas, aprovechó la oportunidad, y mientras San Justo estaba encerrado en un cuarto para guarecerse de las pedradas, recogió cuanto ropa, alhajas y dinero había, y se marchó con su tía, que era lavandera del rumbo de Belén. En una palabra, concurso de acreedores, y de acreedores que gritaban, que amenazaban y que, aburridos y engañados, ya no escuchaban razones; pero lo que coronó la obra, fue la llegada de un barbaján seguido de seis carros. Era un dependiente de los Trujanos.

- El amo don Sabás -dijo- me ha mandado para que ahora mismo me entregue el dinero que le debe, o recoja las semillas.

San Justo, que había logrado que la furiosa mujer se fuese dándole cuanto tenía en el bolsillo, y salía de su escondite, respondió:

- Mañana tendrá su dinero.

- Mañana es domingo -respondió el barbaján.

- Entonces el lunes.

- Hoy mismo -insistió el barbaján, y acto continuo, se entró con sus carreros a la bodega donde estaban apilados los tercios de cebada y de maíz, y comenzó a cargarlos en los carros.

San Justo suplicó, hizo proposiciones, amenazó; nada valió, el dependiente de los Trujanos no le hacía caso, se limitaba a empujarlo para quitárselo de encima y le decía:

- Si grita mucho me lo llevo yo mismo a la cárcel, pues que estas semillas son robadas a mi amo don Sabás; o entrégueme orita el dinero, y así seremos amigos y quedaremos en paz.

En cuanto a la esperanza única que lo sostenía de salir electo regidor, se desvaneció como el humo. La noticia de la catástrofe se propagó por todo el cuartel, y cuando fue a la casilla ya encontró instalados a los contrarios que le rompieron la boleta y lo echaron, llamándolo borracho y comerciante quebrado, y poco faltó para que le diesen unas buenas bofetadas. ¡Qué injusticia! ¡Y a esto se llama voluntad del pueblo! La capital quedó privada de un magnífico presidente del Ayuntamiento, que en un año hubiera hecho de ella la primera ciudad de la América.

San Justo, abatido, pero no rendido, se fue a refugiar al Callejón de Tepechichilco. La querida era carbonera, mejor dicho, y sea con verdad, dueña de una carbonería que le habla regalado, y un día con otro ganaba doce reales libres. Encontró de pronto un modesto refugio, se arregló con los Trujanos abandonándoles el mesón, y se echó a buscar su vida por ese México, abrigo y socorro de todos los afligidos.

Cuando acabó con la carbonería y dejó a la pobre carbonera hasta sin petate, adoptó el oficio de tercero, no en discordia, sino en una honrada casa de la calle de Chiconautla, de donde sacó a la intrépida Judith, que, si no le cortó la cabeza, si le echó abajo la roja y abultada nariz.

Al fin de su carrera encontró al compasivo tuerto Cirilo, que lo cargó a las espaldas y lo tiró como basura en el muladar de la feria de San Juan de los Lagos.

La feria estaba a punto de terminar, los negocios estaban aflojando; las familias, cansadas de dormir en el campo o en sus propios coches, se disponían a regresar, y los negociantes esperaban ya para el día siguiente los hatajos o las partidas de carros para cargar sus mercancías. Los que habían traído manadas de caballos, se llevaban tercios de manta. Los poblanos que habían traído tejidos de las fábricas de La Constancia regresaban con botas de sebo y cueros de res; los de Chihuahua, que trajeron barras de plata, cargaban sus carros con un surtido de ropas y quincallería de Liverpool; los matanceros y hacendados de México encaminan poco a poco sus miles de carneros y sus partidas de caballos, yeguas y mulas; las casas de madera de las improvisadas calles estaban vaciándose.

Ni *Relumbrón* ni don Moisés quisieron desperdiciar la oportunidad de redondear sus negocios. *Relumbrón* dio una espléndida comida en su casa entre siete y ocho de la

noche, al estilo de París. Lamparilla fue el encargado de convidar personalmente. El feroz gobernador lo recibió secamente.

- Diga usted al coronel *Relumbrón* que un general con mando y desempeñando funciones oficiales, no debe comer más que en su casa o en el cuartel. El coronel ha sido siempre un hombre atento y cumplido. Déle usted las gracias.

Con un gesto despidió a Lamparilla, que salió corrido y colérico de la Casa Municipal; pero fue más feliz en sus siguientes visitas y *Relumbrón* tuvo en su mesa al prefecto, al coronel del cuerpo que estaba de guarnición, a dos de los alcaldes, al cura y, sobre todo, a los principales comerciantes de Guadalajara, de Mazatlán, de Chihuahua y aun de Guaymas y la California, entre ellos un inglés, dos americanos y tres alemanes, y al viejo y conocido francés M. Bastan, de Mazatlán. Esa clase de convidados necesitaba. Se alegró mucho de que no hubiese aceptado ese feroz soldado que había visto matar con tanta sangre fría a los desdichados valentones.

Acabada la comida, a eso de las diez de la noche, se levantó, brindó por la prosperidad del comercio, por el presidente de la República y por el general, a cuya energía era debida la absoluta seguridad que se disfrutaba en la villa de San Juan y en los caminos reales de la República, y concluyó diciendo:

- ¡Señores, mil gracias por la honra que me han hecho; el café lo tomaremos en casa de don Moisés, donde está preparado!

Don Moisés había, con el tacto y mañas de viejo tahúr, mantenido la partida en un ten con ten, con el fin de inspirar confianza Y atraerse los puntos de las demás partidas; pero ya en el último día, tomó en sus manos las *cartas maravillosas* para dar un golpe definitivo y levantar el campo al día siguiente.

Los convidados de *Relumbrón* se dirigían al salón; pero éste les dijo:

- No, amigos, la sala donde está preparado el café está en el fondo. Vamos allá; don Moisés parece que está de vena esta noche y no querría yo que vosotros que sois ricos, perdieréis vuestro dinero, que lo que es a mi, ya me ha llevado unas cien onzas y esta noche no pondré una más.

Así, entraron a la pieza donde estaba una mesa no sólo con el café, sino con botellas de licores diversos, y la advertencia que les hizo *Relumbrón*, en vez de contenerlos, no hizo más que despertar su apetito, y poco a poco se fueron deslizado y haciéndose lugar hasta lograr asientos en la mesa de juego. La victoria fue completa. La mayor parte de los comensales, atarantados con el vino y los licores, atraídos por ese ruido seductor del oro, comenzaron a jugar, a perder y a tratar de disgustarse, y a las doce de la noche, que se corrió el último albur y se levantó la partida, no sólo habían perdido lo que tenían en los bolsillos, sino pedido cajas considerables.

Relumbrón se encaminó por la calle de la Alegría, donde encontró a Lamparilla, que acababa de escapar de las manos de San Justo.

- Mi coronel -dijo el licenciado Lamparilla-, ¿no ha estado usted en el *Otel de los Tapatios*, del que, según parece, es empresario el capitán de rurales?/p>

- Ya sabía yo algo de eso; pero no se me había ocurrido, ocupado en obsequiar a mis amigos; sí extrañé que no hubiese usted estado en la mesa cuando tanto ha trabajado para que fuese, no sólo lucida, sino espléndida.

- No me convidó usted expresamente, y me figuré que quería usted estar solo y libre con sus amigos.

- ¡Qué bobera! ¡Si usted es de casa, de la familia como quien dice, y no necesitaba convite!

En esto los dos amigos llegaron a la puerta del *Otel de los Tapatios*, donde había mucha menos gente; pero en el salón se tocaba y se cantaba, se bailaba y se bebía alegremente como si nada hubiese pasado.

Evaristo pespunteaba y zapateaba con tanto entusiasmo con una de las tres tapatias (la más bonita) que no advirtió la llegada de *Relumbrón*.

Relumbrón y Lamparilla no tuvieron dificultad en encontrar asiento, pues estaban libres los de las seis u ocho parejas que bailaban. Lamparilla buscó con los ojos a San Justo; ya más calmado, se alegró en el fondo de no encontrarlo y evitarse un nuevo disgusto, y consideró inútil contar al coronel lo que había pasado. Entraron y se sentaron a su lado tres mozos de no mala presencia, vestidos decentemente de paño al estilo del país, con sus sombreros galoneados, sus buenas toquillas de plata y sus pistolas en la cintura.

Relumbrón, que andaba a caza de gente que pudiera ser útil se volvió a sentar y esperó cualquier incidente que le hiciese entrar en conversación con los recién llegados, lo que no tardó en suceder. Uno de ellos, el más guapo por su erguido y robusto cuerpo y su buena cara que denotaba más bien un muchacho de buena familia que no un bandolero o por lo menos un hombre ordinario de la plebe, desde que tomó asiento, no quitaba la vista del capitán de rurales que con tanto brío y entusiasmo estaba ocupado de sus tapatías; pero él veía, no los pies, sino la cara. Cuando al parecer había rectificado su opinión y estaba seguro de haber reconocido al bailaror, sacó una pistola de su cintura, la reconoció, la volvió a colocar en su lugar y se disponía a levantarse con ademán de encararse con Evaristo. Nada de esto escapó a la atenta observación de *Relumbrón*, quien pensó, naturalmente, que la casualidad le proporcionaba saber de este mocetón y de sus dos compañeros más de lo que deseaba. Así se encaró con él resueltamente.

- Amigo -le dijo-, como soy hombre de mundo y de experiencia, no he quitado la vista de usted desde que entró. Usted viene buscando a ese hombre que está bailando, y algo ha tenido o tiene usted con él, que le molesta.

- Mi coronel, si usted conoce a ese hombre y me pudiera decir quién es, me haría un gran favor, aunque no me cabe duda que lo he reconocido.

- Ningún inconveniente tengo en satisfacer su curiosidad. Lo conozco, como a la mayor parte de los militares. Se llama Pedro Sánchez y es el capitán que manda las escoltas del monte de Río Frio.

- ¡Qué suerte! -dijo el mocetón-, Cuando debería estar ahorcado. Sí, no me cabe duda, él es -continuó hablando solo.

Relumbrón escuchaba con gran atención y veía ya una historia misteriosa de que podía sacar provecho.

- Es curioso y raro lo que dice usted amigo, y si como yo creo, tiene usted cuentas que arreglar con el capitán Sánchez, yo le puedo ayudar.

- Lo que me importa ahora es que este capitán, o lo que sea, no se me escape, y aquí o cuando salga de aquí, tengo que agarrarle el pescuezo, darle muchos golpes, y a la menor resistencia pegarle un balazo.

- ¡Qué tontería! Son los años los que hablan y no la prudencia; le aconsejo que nada intente aquí. El gobernador es muy severo y es probable que se diera la razón al capitán y usted sería fusilado.

Juan se sonrió amargamente y dijo:

- Eso me importaría poco con tal de vengarme.

- Ya tendrá usted tiempo y yo se lo proporcionaré sin que corra riesgo alguno; pero vamos, si se puede saber, ¿quién, según usted, es ese capitán Pedro Sánchez?

- No se llama Pedro Sánchez, sino Evaristo Lecuona; era de oficio tornero, casado con una mujer muy buena y muy bonita a quien asesinó cobardemente una noche. Esa mujer hizo conmigo oficios de madre, la quería como tal y el mismo día de su asesinato juré vengarla.

- ¡Calma, amigo! Ya tendrá usted tiempo; llévese de los consejos de un hombre que ha vivido más que usted y tenga confianza en mí.

- Me llamo Juan, Juan simplemente, porque ignoro quiénes fueron mis padres: y mis compañeros que están aquí son Valeriano y Romualdo, y otros tres que andan de paseo por otra parte.

- Bien -dijo *Relumbrón*-, ya se conoce que son ustedes gente de provecho y no unos perdidos. Razón de más para que se guíen de mis consejos.

Juan, que era de una naturaleza altiva pero dócil, y que tenía gran respeto a sus superiores, agachó la cabeza y respondió:

- Como usted quiera, mi coronel.

- Bien, ahora le diré que soy el coronel y ... jefe del Estado Mayor del presidente, y vivo en México en la calle de ... y mucho me alegraré de ver a tan guapos muchachos, pero haremos bien saliendo de este garito donde hombres y mujeres están ya ebrios y no tardará en haber algún desorden.

Relumbrón se levantó y tuvo que llamar la atención de Lampanlla que estaba encantado con los pies y las piernas de las tapatías, y no dejaba de divertirse con las mudanzas de Evaristo. Todos salieron juntos y tomaron a lo largo de la calle de la Alegría, que todavía estaba llena de gente.

CAPITULO TRIGÉSIMOCTAVO

Fin de la feria

La última noche de la feria fue más que toledana. y se puede afirmar que ninguno durmió. Antes de las ocho de la mañana, ya los puntos que perdieron sus onzas de oro la noche anterior habían pagado con toda puntualidad, como de costumbre, sus cajas en oro o en buenas libranzas sobre Guadalajara y México.

Los cocheros tomaron el látigo, las mulas se encabritaron, y el carruaje bajó como un rayo la pequeña colina que conducía al camino real, seguido de diez mocetones bien montados y armados, que eran los de más confianza de la banda de nuestros conocidos de Tepetlaxtóc.

Relumbrón no quitó su casa sino dos días después, y apenas le bastaron para los diversos negocios que tenía que dejar arreglados antes de regresar a México.

Juan fue el primero que habló con él, y ya que hemos vuelto a encontrarnos con nuestro huérfano, se nos permitirá una corta digresión.

Recordaremos que cuando estaba de escucha en la desesperada campaña que hacía bajo las órdenes de Baninelli y del cabo Franco (capitán), fue sorprendido y conducido al interior de un bosque, o más bien, de los matorrales y barrancos del escabroso camino. Los que lo aprehendieron eran unos dispersos de las fuerzas de Valentín Cruz, pero estos dispersos no eran bandoleros, sino muchachos de buenas familias de la clase media que, por calaverada o entusiasmo por la vida libre y aventurera, habían tomado parte en el pronunciamiento. El uno era dependiente de un almacén de abarrotes en Guadalajara; dos, estudiantes perdulanos y reprobados en los exámenes del Instituto Jalisciense, y los tres últimos, hijos de rancheros ricos, que no habían querido dedicarse a cuidar sus

propios intereses ni a ninguna otra carrera; pero no eran criminales ni habían cometido faltas graves; eran, en una palabra, calaveras de pueblo, que conocían más o menos a Valentín Cruz y se reunieron con él, sin idea de sostener ningún plan político y sólo para hacer algo, saliendo de San Pedro bien montados y armados de su propia cuenta y con algún dinero en el bolsillo. Uno de los estudiantes fue hecho prisionero en una escaramuza y entonces se propusieron, aunque les costase la vida, espiar la ocasión de coger a su vez al cabo Franco, a Moctezuma III, a Espiridión o a Juan, que siempre (más bien como espías que no como combatientes) habían observado que iban delante y a gran distancia del grupo de la tropa de Baninelli. Tocó a Juan el servicio de escucha, le cayeron encima y se lo llevaron con la intención de guardarlo en rehenes hasta que pudiesen canjearlo.

- No temas nada -le dijeron quitándole la venda que tenía en los ojos, cuando se creyeron seguros en su matorral- no te haremos mal, sino te guardaremos para cambiarte por nuestro amigo Vicencio, que cayó prisionero. Si nos das tu palabra de hombre que no te escapas, te soltamos y caminarás con nosotros como amigo, y comerás lo que nosotros comamos; pero si te niegas, te traeremos amarrado día y noche, y al menor intento para escapar te damos un balazo.

Juan se negó rotundamente a empeñar su palabra en ningún sentido, y en consecuencia caminó con ellos varios días por veredas y montañas que ninguno de ellos conocía.

En los días de camino tuvo Juan tiempo de reflexionar, y reflexionó, en efecto, que era necesario, de una manera o de otra, poner un término a esa peregrinación indefinida.

- No hay más -concluyó diciendo para sí- que dejarse arrastrar por la fatalidad que ha marcado mi vida. Apenas he encontrado un modo de vivir tranquilo, cuando ha venido un suceso inesperado a cambiar mi posición sin que yo haya podido remediarlo. Yo no he aspirado a nada, no he buscado nada, no he podido tener voluntad propia, y desde que fui colocado de aprendiz en la casa de ese maldito tornero, he sido como arrebatado por una fuerza superior a mí. Bien, ni lucho ni lucharé más, porque sería inútil así, soldado, arriero, pronunciado, mozo de una hacienda, ladrón, todo me es igual. A vivir como se pueda y a morir como Dios quiera.

- Amigo Juan, no le diré que se le han pegado las sábanas, porque hasta el nombre se nos ha olvidado, sino que se le han pegado los ojos. Levántese y ensille su caballo, que es hora de ponemos en camino.

- Amigos -les dijo Juan en cuanto los vio-. Anoche he pensado mucho y he tomado mi resolución. Soy todo de ustedes: lo que hagan, haré yo; lo que coman, será mi alimento; en los riesgos, si los hay, seré el primero; si algo se gana, me darán la parte que quieran; todo a fe de hombre, y si no me creen, un balazo lo hace bueno, porque ya me cansé yo, y ustedes más, de cuidar y mantener un gandul que sirve de estorbo.

Suyo hasta la muerte. Juan se descubrió el pecho, y se les puso enfrente, erguido y con su fisonomía franca, donde se veía que lo que decía era espontáneo y sincero.

Romualdo se quitó el sombrero y lo tiró por lo alto, gritando:

- ¡Viva Juan!

Los demás hicieron lo mismo.

- Que nuestro prisionero sea nuestro capitán. ¿Les parece?

Aclamaron todos a Juan, lo abrazaron y se pusieron locos de contento, como si se hubiesen sacado una lotería. Pasado este primer momento, comenzaron a deliberar. Entre todos, apenas tenían para pagar la hospitalidad que les había dado un vecino del pueblo, y la cena y el desayuno en una fondita cercana. Dos días más y no tendrían ni para la pastura de sus caballos.

- Yo conozco al principal de una casa de Tepic que es la que surte de todo a mi patrón de Guadalajara. Tepic, a donde he venido muchas veces, no dista de aquí más que dos leguas. Déjenme ir a verlo, él nos puede ocupar en algo y, en último caso, no me negará algunos pesos con que podamos vivir un par de semanas. Tepic es país de comercio muy socorrido y donde hay mucho dinero, y no nos faltará. Parto en el acto, y al caer la tarde estaré de vuelta.

Aprobaron todos la idea y Romualdo partió a galope y los demás, muy contentos y de tú por tú con Juan, quedaron esperando en el alojamiento, se pasearon en el pueblo y almorzaron en el figón.

Al caer la tarde, Romualdo regresó con buenas noticias. Se trataba de una expedición larga y peligrosa que interesaba a la casa, y precisamente necesitaba de algunos hombres resueltos. Todos, pues, y con esperanza de buena recompensa, tenían colocación. A la mañana siguiente, la pequeña y animosa cuadrilla estaba en Tepic, instalada en un buen alojamiento; Juan y Romualdo arreglaron en la tarde, con el gerente de la casa de comercio, las condiciones de la expedición.

Dos días después guiados por un dependiente de la casa al que acompañaban dos mozos con una mula de carga se pusieron en camino, tomando el rumbo de San Blas, siguieron por la costa. A los cuatro días de esta marcha misteriosa por un país desierto y salvaje, que por primera vez quizá era hollado por una planta humana, se encontraron en un lugar delicioso. Juan fue feliz en ese momento, y los cuadros siniestros de sus desventuras desaparecieron de su imaginación. En la tarde, que era luminosa y espléndida, registraron el horizonte y vieron salir de sus lejanos límites que se confundían con el cielo azul, ligeramente veteado de rojo y oro, un pequeño palo, como el grueso de un taco de billar; después otro y otro, hasta que brotó de las ondas una fragata de tres palos, con su velamen blanco, hinchado, como si fuese un gran alción fabuloso. Poco a poco fue acercándose a la costa con mucha precaución, hasta que fondeó a cierta distancia, arrió sus velas y quedó balanceándose majestuosamente en las azules aguas.

El campamento con toldos de lona, que en unión de los víveres venía en las cajas que cargaba la mula, se estableció en las orillas de la concha, y al día siguiente comenzó la descarga. Al fin los arrieros cargaron, la fragata levó anclas y los hatajos lentamente se internaron por una vereda del monte para llegar por caminos de travesía, conocidos únicamente de los contrabandistas, a la feria de San Juan de los Lagos, sin haber tocado ni en la capital de Jalisco ni en ninguna otra ciudad de importancia. Juan y sus compañeros fueron ampliamente recompensados, con lo que tuvieron para pasearse en la feria, y aún les quedaba bastante dinero en los bolsillos.

La residencia de *Relumbrón* en la feria y las observaciones que había hecho, le hicieron modificar el primer plan que había adoptado antes de su salida de México. Le faltaban algunas personas a quienes mandar directamente y confiar hasta cierto punto en ellos, y ninguno le pareció mejor que Juan, a quien juzgó muy favorablemente, sin darse razón de la causa. Le simpatizó, y esto bastaba.

Convino que él y sus compañeros serían sus inmediatos dependientes.

- Tengo haciendas, molinos, talleres, hatajos de mulas; cuanto hay porque comercio en todo, y ustedes me pueden ser muy útiles. Les pagaré un par de pesos diarios y el caballo mantenido, pero a fe de hombres, me jurarán obedecerme sin replicar. El día que no estén a gusto, me lo dirán con franqueza, y se retirarán llevando un pequeño capital que les entregaré para que puedan trabajar y vivir por su cuenta.

Juan y sus compañeros convinieron con el mayor gusto, entusiasmándose con la perspectiva de viajes como el que acababan de hacer, y aventuras más peligrosas que las que tuvieron siguiendo a Valentín Cruz. En cuanto a Juan, estaba resuelto a dejarse llevar por la corriente, y nada más.

Al difunto Juan Robreño lo confirmó en su nombramiento de árbitro Y señor de la Tierra Caliente.

José Gordillo, el cochero, indicó que deseaba expedicionar por el rumbo de Sombrerete, donde esperaba recoger un día u otro, algunos tejos de plata.

Cecilio Rascón quedó nombrado, bajo el mando de Evaristo y de Hilario, para ocupar Rio Frío, pero de pronto recibió una comisión muy importante.

La canalla compuesta del tuerto Cirilo y *conclapaches* marcharía a la capital a ocupar sus guaridas provisionalmente, y ya se les organizaría más adelante y se les darian órdenes.

CAPITULO TRIGÉSIMONOVENO

El ordenador de la victoria

Juliana, pues ya es tiempo que sepamos el nombre de la cocinera del platero, conocía perfectamente no sólo las costumbres sino los caprichos de su amo.

En esta vez *Relumbrón* anunció por escrito su visita en una tarjeta que recibió y leyó Juliana y la colocó en un lugar visible de la mesa.

- Hoy es viernes, Juliana -dijo el platero en cuanto pasó los ojos por la tarjeta-, mi compadre vendrá el domingo a almorzar.

Juliana, por toda respuesta, inclinó la cabeza y salió inmediatamente a hacer con anticipación sus provisiones.

El domingo, el platero se levantó todavía más temprano, y fue al Sagrario y oyó dos misas, una por cumplir con el precepto y otra por su compadre.

Relumbrón no se hizo esperar, y pasados los saludos, los apretones de manos y los abrazos, se instalaron, como otras veces, uno en el sillón y otro en el canapé, y comenzaron a departir.

- Viajé feliz y muy feliz bajo todos aspectos. Le diré a usted en primer lugar, que la baraja mágica de don Moisés nos ha producido cincuenta y ocho mil pesos, libres de todo gasto.

- ¿Es posible, compadre? -interrumpió el platero bailándole los ojos de alegría.

- Como usted lo oye. Los tengo ya depositados en la casa inglesa que usted sabe. Ahí tiene usted, compadre; ganancia muy lícita.

- Bien, ¿y los demás negocios?

- Poca cosa. El que hizo una regular campaña fue Sotero. Salio de un regimiento de inválidos y se ha traído unos caballos de primera. Me han tocado seis potros de la hacienda del Sauz, que seguramente valen una talega cada uno. Ya Román Chávez, que es muy listo, sacará unos caballos de primera. Los muchachos no pudieron hacer gran cosa. Ese bárbaro monarquista que está de gobernador me fusiló dos, y los demás se sumieron; y vea usted compadre, me alegro, porque esa gente es como la piel del diablo y nos podía haber comprometido. En resumen y en números redondos, el viaje me ha valido unos sesenta mil pesos netos y una gran consideración con el presidente. Me encargó una comisión política en Guanajuato, Aguascalientes, Guadalajara y Zacatecas y la he cumplido satisfactoriamente. Ya tiene usted explicado el motivo de mi dilación más de dos meses de viaje; pero no se ha perdido el tiempo. ¿Cómo tiene usted nuestra casa de moneda?

- Concluida enteramente, montada y lista; no esperaba yo más que el regreso de usted para que comencemos la acuñación.

- ¡Bravo, compadre! Venga un abrazo.

- Yo debía habérselo dado antes por el acierto y fortuna que ha tenido don Moisés.

Se abrazaron estrechamente y se volvieron a sentar.

- ¿Y cómo se ha compuesto usted con la gente? Vea usted que es muy peligroso fiarse de ...

- No tenga usted cuidado, compadre. Doña Viviana la corredora me la ha proporcionado. Por el rumbo de Tlaxcala había una fábrica de moneda. El jefe político olfateó algo, y comenzó a hacer pesquisas. El protector de los monederos, que era un ricachón de México, tuvo miedo, la cerró y despidió a los operarios, que vinieron a habitar en la Casa de Novenas, en una vivienda contigua a la de la corredora. Como ella los escuchó hablar varias veces y le encargaron les buscará colocación, muy pronto comprendió qué clase de gente eran. Me platicó de sus nuevos conocidos, encargándome acomodo para ellos, y concluyó por traerme al que hacía de jefe. Como ya el dinero se les acababa, fácilmente nos ajustamos, y ya los tiene usted en el molino ganando un par de pesos diarios desde hace un mes.

- Todo se nos viene de manos a boca, compadre -le contesto *Relumbrón*-. ¿Qué plan tiene usted para la acuñación?

- Es muy sencillo, compadre, y se lo voy a explicar en dos palabras: haremos pesos de plata, de buena plata del cuño de Guanajuato, que resistan al diente del indio y aun al agua fuerte de los plateros; el sonido será idéntico al de cualquier peso de México o Guanajuato, solamente que la liga será en la proporción de un treinta por ciento de modo que, deduciendo los gastos de reacuñación, que he procurado sean lo más reducidos posible, queda una utilidad de veinticinco por ciento. He logrado descubrir una liga compuesta de cobre, zinc y estaño, que desempeña perfectamente, y se necesitaría del ensaye por la vía seca y por la húmeda para descubrir la falsificación.

- Perfectamente. Vea usted, cada cual sabe su oficio.

- Necesitamos una contabilidad, una dirección. En los libros figurarán tercios de harina en vez de talegas ... El molino también ha de estar en corriente para moler únicamente el trigo de la hacienda y, sobre todo, para cubrir las apariencias.

Relumbrón se quedó meditando un rato, luego diose una palmada en la frente.

- ¡Eureka! Ya encontré mi hombre.

- ¿Quién?

- Nada menos que el cuñado del licenciado don Pedro Martín de Olañeta.

- ¿Es posible?

- Y muy posible. Su mujer no desea otra cosa sino separarse de él, pues parece que además de su carácter duro y altanero, tiene amoríos con ciertos personajes de alto copete. Tendremos al terrible juez a nuestra disposición, por un lado por su cuñado y por el otro por el licenciado Lamparilla.

- ¿Qué Lamparilla está enterado de nuestros secretos?

- Ni por pienso. Yo he catado a mi hombre, es vivaracho, activo, abogado práctico y chicanero, pero hablador, ligero, incapaz de guardar cinco minutos un secreto. Así, lo ocupo en negocios sencillos. Dice que es el apoderado del último descendiente en línea recta de Moctezuma II. Añade Lamparilla que todo el volcán del Popocatepetl es de Moctezuma II, así como seis u ocho haciendas del valle de Ameca. Creo que todo esto es pura fantasía, y tratando el negocio como yo lo trato, no me será difícil sacar del presidente, en un rato de buen humor, una orden para que le den posesión de *sus bienes* al supuesto o verdadero Moctezuma III. Ya sabe, compadre, quién es Lamparilla y el papel que representa a mi lado; pero volvamos a nuestros asuntos, que va siendo hora de almorzar, y mi talento, como dice don Joaquín Patiño, es de estómago. Lo de la casa de moneda y molino lo debemos dar por arreglado. En la semana entrante haremos los tres un viaje a las haciendas y quedará instalado el licenciado Chupita en su puesto. Mañana mismo lo veré. Son tantas las cosas que tengo en la cabeza, que me olvidaba de decir a usted que tengo un negocio que llamaremos *de las mulas cambujas*. Tienen los aparejos llenos de oro. ¡Quince, veinte, treinta mil pesos! Esta mulas deben cortarse de la recua en el punto que sea posible, y en vez de llegar a su destino, encaminarse a la hacienda; no deben dilatar, tomando en cuenta la fecha en que yo salí de San Juan. Esta expedición donde más se requiere astucia que fuerza, está confiada a don Pedro Cataño, cuyos antecedentes e historia sabe usted ya. Diré a usted de una vez, para concluir mis planes y la parte que deberá tomar en ellos, pues cuando me siento a la mesa no me agrada hablar de negocios. Voy a despedir, dándole una buena gratificación, al dependiente que tengo. Yo llevaré personalmente mis cuentas y el dinero estará muy seguro en la casa inglesa, que es de absoluta confianza y reserva. Cesarán mis amistades y relaciones en la apariencia, con don Moisés, con los galleros y chalanos; no habrá, pues, ni entrantes ni salientes en mi casa, y mucho menos de la calaña de los desalmados pillos de Tepetlaxtloc; jugaré poco, me dedicaré a nuestros negocios sin estrépito ni bulla, frecuentaré la buena sociedad y pondré mis cinco sentidos en dar más brillo a mi tertulia semanal. Severa, por sus virtudes, y Amparo, que cada día se pone más hermosa, tienen encantada a la concurrencia. Ya ve usted, compadre, que sigo sus consejos, y en vez de un calaverón, me vuelvo un hombre formal y *rangé*, arreglado, como dicen los franceses. Para facilitar nuestros negocios y alejar toda sospecha, necesitamos varias cosas. Voy a conseguir una contrata de vestuarios usted se encargará de buscar un local amplio, no muy en el centro de la ciudad, y allí será realmente nuestro despacho y el lugar en que podremos desechar nuestros asuntos sin llamar la atención, puesto que en un taller semejante no es extraño que entren y salgan toda clase de personas del interior, para averiguar el dinero que traen, en qué lo van a emplear y cuándo regresan y por qué camino. De las mismas mujeres y de los artesanos que concurran al almacén de vestuario

del ejército mexicano, sacaremos lavanderas, cocineras, recamareras, costureras, amas de llaves, mozos, lacayos, cocheros y hasta escribientes para las diversas casas que los necesiten. Tenemos a nuestra disposición una buena cuadrilla de viejos ladrones del barrio de San Pablo, con los que se ha entendido mi capitán de rurales, que me puso delante de las ventanas de mi casa de Lagos para que los conociese, y bien dirigida, nos será de mucha utilidad. A uno de ellos, al más honrado, le pondremos una regular tienda de comestibles que tenga poquísimo capital y mucha apariencias, y él se encargará de dar los papeles de conocimiento (1). Doña Viviana la corredora será nombrada directora del taller de mujeres, ella les distribuirá las prendas, les repartirá el hilo y las agujas, les pagará su raya los sábados; se hará, con este motivo, de confianza con ellas, sabrá su vida y milagros y las irá colocando a medida que se necesiten y ellas lo pidan; les aconsejará que vayan a ver a nuestro tendero, al que apenas ella conoce, pero que está segura que es muy hombre y muy caritativo, y que sin dificultad les dará el papel de conocimiento. En cambio del servicio, doña Viviana no exigirá de ellas sino que la vengán a visitar cada semana, y en las visitas les hará preguntas discretas hasta que se entere exactamente de la vida íntima de la familia en cuya casa sirven; por ejemplo, a qué horas entra y sale el padre, el marido o el amante; si hay plata labrada, y alhajas en la casa y dónde acostumbran guardarlas; si hay armas y cuáles son; si son descuidados y dejan las puertas abiertas; si hay niños y cuántos son; qué clase de gentes frecuentan la casa; cuántos criados son y si sirven en el piso bajo; qué clase de persona es el portero, etcétera. Todo es muy interesante y ningún pormenor se debe omitir, por muy insignificante que parezca. Bien entendido, compadre, que en todo esto no tendré arte ni parte. Tome usted en arrendamiento una casita de campo por Merced de las Huertas; allí se va usted como a descansar y a pasear los días que esté de humor y recibir allí a Viviana y cuantas otras personas sea necesario. En México no debe usted ser más que platero y nada más que el antiguo y acreditado platero amigo de las monjas, de los frailes y de los canónigos, especialmente de los de la Colegiata de Guadalupe. Necesitamos un mesón y un corral grande. El mesón, para que nos sirva de una especie de garita donde se adquieran noticias de los caminos. Quién entra, quién sale, qué cargamentos van y vienen, en qué consisten y si se puede intentar alguna sorpresa segura; también a los mesones concurren ladrones, que podemos reclutar o perseguir, según nos convenga. El corral será el Cuartel general de los valentones de Tepetlaxtoc y demás canallas que hemos reclutado, menos la gente de don Pedro Cataño. Si es que vuelve, tendrá también su cuartel general en la hacienda o en el molino, y nos servirá de escolta para traer y llevar el dinero cuando no expedicione por la Tierra Caliente. En el corral se venderá paja, cebada y maíz, se comprarán y venderán caballos, se alquilarán carros y coches; en fin, un comercio en forma que nos produzca siquiera lo bastante para mantener la caballada que se emplea en el servicio de las expediciones. Yo iré al corral de vez en cuando. Nada me ocurre ya encargarse a usted compadre, y aunque me ocurriera, me callaría la boca, porque tengo ya un agujero en el estómago.

- ¡Qué talento, compadre! Dios se lo ha dado a usted y no hay que negarlo; pero tiene usted mucha razón y ya es tiempo que pasemos al comedor.

El compadre entró en el comedor repitiendo también:

- A almorzar -y los dos se sentaron a la mesa, repartiéndose por mitad la humeante y olorosa tortilla con chorizos de Extremadura.

No hay necesidad de decir que la cocinera, como los domingos anteriores, durante la conversación de los compadres había aplicado alternativamente el oído y el ojo a la cerradura de la llave.

CAPITULO CUADRAGÉSIMO

Las cinco mulas *Cambujas*

Costó mucho trabajo a *Relumbrón* que el *licenciado Chupita* aceptara el cargo del molino de Perote. Se resistía a lanzarse de lleno en una carrera de perdición; pero no hubo remedio. O aceptaba el empleo con todas sus consecuencias, o las libranzas falsas pasaban a las manos de un agente de negocios.

El *licenciado Chupita* pidió tres días para arreglar sus negocios; dijo a su mujer y a don Pedro Martín que había admitido el cargo de administrador de la hacienda de Arroyo Prieto. Don Pedro Martín le aconsejó que se llevase a Clara; pero ésta resistió, lo que agradó a *Chupita*; pues era imposible ponerla al tanto del secreto. Quedó contenta con una mesada de doscientos cincuenta pesos y así quedaron arreglados los asuntos de familia.

Una hermosa mañana de primavera, el cuñado de don Pedro Martín de Olañeta, *Relumbrón* y su compadre el platero montaron en un amplio y fuerte coche, con tablita por detrás y por delante (era ya el coche de la hacienda), y se pusieron en camino con dirección a San Martín.

El tiro de mulas no era tan bueno como los del marqués de Valle Alegre, pero suficiente para que el primer día llegasen a Ayotla y el segundo a la hacienda, habiendo sido escoltados en el monte por Hilario. Nada había en la hacienda que infundiese sospechas; era una finca como cualquiera otra. Ningún inconveniente había en que Juliana y cualquiera otra persona residieran allí. *Relumbrón* encontró ya instalados a Juan y sus compañeros.

Mientras que *Relumbrón* hacía su expedición por el interior, su compadre había cumplido los encargos que le dejó encomendados. Los troqueles él mismo los había grabado. Los volantes los mando hacer a un hábil herrero que hacía años servía al platero y construía cuanto necesitaba para la acuñación de medallas.

Relumbrón se estableció durante algunos días en la hacienda esperando de un momento a otro la llegada de las cinco mulas *cambujas*; entre tanto, habló detenidamente con Juan y sus compañeros y dio sus disposiciones para el giro de las fincas. Juan sabía todo lo necesario para poder gobernar una hacienda de campo, por lo que decidió encargarle

provisionalmente la administración de la hacienda; a Romualdo lo hizo mayordomo, y a los otros les encomendó el cuidado de los caballos y tiros de mulas.

- Todos ustedes -les dijo- están prófugos de su casa, proscritos, sentenciados a muerte o a presidio en San Juan de Ulúa pues el gobierno está inflexible con los partidarios de Valentin Cruz.

Juan y sus compañeros se hacían mil conjeturas, y no podran comprender cómo la casualidad les había proporcionado un protector tan generoso.

En cuanto a Juan, individualmente, se conformó en su propósito de dejarse llevar por la corriente. Ni por la mente le pasaba, cuando estaba arrimado en el rancho de Santa María de la Ladrillera, que había de llegar a ser administrador de una gran hacienda del Valle de San Martín.

Relumbrón había perdido ya la esperanza de ver llegar las cinco mulas *cambujas*.

A cosa de la media noche, cada uno se acostó en su recámara, y apenas acababan de conciliar el sueño cuando dieron tres toques en la puerta principal de la especie de muralla que precedía a la entrada de la casa.

Relumbrón el primero, se levantó.

- O nos han denunciado y vienen a aprehendernos, o son las cinco mulas *cambujas*.

Relumbrón abrió decididamente la puerta, y don Pedro Cataño y las cinco mulas *cambujas*, escoltadas por seis muchachos bien montados y armados, entraron en el patio. *Relumbrón* se hizo conocer. Don Pedro Cataño se apeó del caballo y se estrecharon la mano.

Los mozos de Cataño descargaron las mulas, dejaron los barriles vacíos y los sacos de maíz en el patio, y colocaron los cinco aparejos en la recámara de *Relumbrón*, las bestias fueron llevadas a las caballerizas y la gente al cuarto de raya.

- ¿Viene todo completo? -preguntó *Relumbrón*.

- Supongo que sí.

- ¡Maravilloso! Pero cuénteme -continuó- cómo ha pasado el lance.

- Conté las cinco mulas *cambujas* y me las traje, y aquí están los aparejos, que no me dejan mentir -contestó sencillamente Cataño. Salí con seis muchachos siguiendo los hatajos, que se componían de cosa de cincuenta mulas que cargaban aguardiente y azúcar, y en el centro observé las cinco *cambujas*. Establecida ya esta confianza recíproca, almorzábamos y cenábamos juntos y yo dormía en mi campamento. Atravesábamos un día por un bosque muy sombrío y tupido de árboles. En la noche cayó

una fina llovizna, y antes de amanecer la niebla era tan espesa que no se velan ni las manos. Los dependientes, los mozos y arrieros dormían profundamente debajo de las tiendas de campaña, que se formaban con sarapes y con las mantas de los arrieros. Desperté a los de las cinco mulas *cambujas*, les dije que necesitábamos adelantarnos para dejar los cascos de vino vacíos en un rancho y levantar en su lugar unos sacos de pasturas que ya nos faltaban, para que cuando llegasen las recuas pudiésemos juntos rendir la jornada. Los arrieros, tanto por la intimidad en que me habían visto con los dependientes, como porque tal vez no sabían lo que contenían dentro los aparejos, no vacilaron en obedecerme; aparejaron y cargaron las mulas, y nos pusimos en camino, mientras el resto del campamento permanecía todavía quieto y entregados todos al más profundo sueño. Una vez emprendida esta aventura tentativa, me resolví a llevarla a cabo por bien o por mal, así que di la lección a mis muchachos. Si era sentido, yo haría frente a los dependientes y a los mozos, razonando y engañándolos si podía; y si no dándoles de balazos y cuchilladas, mientras ellos lazaban las mulas y se internaban en la selva, donde nos deberíamos reunir a la señal de uno o más silbidos convenidos y conocidos solamente de nosotros; pero de nada de esto tuvimos necesidad. Como yo conozco los senderos, montañas y caminos del país como el patio de mi casa (cuando la tenía), fácilmente tomé el rumbo; comprando maíz, sal y algunas veces gallinas hemos llegado hasta aquí. Los arrieros, al cabo de algunas jornadas, comenzaron a desconfiar, hasta que un día se negaron a cargar las mulas. Los amenacé y les puse una pistola en la frente para matarlos; pero me pareció inútil y les tuve lástima.

El licenciado y el compadre, que se habían levantado en paños menores, tan luego como advirtieron que no había peligro, acurrucados en un canapé escucharon atentamente la narración de don Pedro Cataño, como un cuento de Las Mil y una noches, creyendo que si se descosían los aparejos no se encontraría más que borra y zacate.

- Si aprovecháramos lo que queda de la noche para extraer el oro, sería lo mejor -dijo Relumbrón-. Antes será bueno que ofrezcamos un buen refrigerio a este intrépido amigo que ha sabido dar cima a una aventura más difícil que las de Don Quijote de la Mancha.

El intrépido Cataño hizo honor a la colación, y el *licenciado Chupita* azorado al presenciar escenas tan inesperadas como extrañas para él, no dejó de cargarse la mano.

En la apariencia nada contenían, y no se sabía por dónde debería comenzarse; pero en el costado izquierdo de cada lado se notaba una doble costura de pita blanca formando labores.

- Aquí está el secreto -dijo *Relumbrón*.

Y en efecto, descosió con su portaplumas, levantó el forro y entre cuero y carne, como quien dice, fueron encontrando una especie de placas, de gamuza gruesa, encerrando, cada una, una cierta cantidad de onzas de oro, equilibradas y dispuestas de tal manera que no molestasen a la mula ni aumentasen sensiblemente el peso del aparejo.

Todo el resto de la noche se empleó en sacar el oro resultando una cantidad de veintidós mil pesos.

Vueltos a la recámara, *Relumbrón* dijo a Cataño:

- De veras, amigo mio, que ha dado usted un golpe maravilloso, que, además de la utilidad que ha producido, ha hecho un servicio al Estado. Según nuestros convenios tiene usted, además de los gastos, el veinticinco por ciento; puede usted tomarlo o disponer de él en México o donde quiera, que yo tengo crédito en todas partes.

- Coronel, ya he dicho a usted que mi padre es rico, que soy su hijo único y que no tengo más que hacerle llegar una carta, lo cual es muy fácil, y tendré cuanto dinero quiera. Los gastos no han sido gran cosa; pero lo que si deseo es vestir a mis muchachos con un lujo que llame la atención. Botonaduras de oro y de plata, sombreros muy finos y toquillas tejidas de oro fino; vestidos de paño azul oscuro, caballos y armas de lo mejor, y siempre algo de dinero en la bolsa para no estar atendidos, como quien dice, a buscar la *amanezca*.

- Esta partida llevará el nombre de Pedro Cataño, pero en cuanto sea conocida le llamarán *Los Dorados*.

Quedó convenido que al regreso a México del platero, se dedicaría de preferencia a construir botones, agujetas y tejas guarnecidas de plata para operar la cuadrilla como su jefe deseaba, y que antes de un mes le sería entregado todo.

Al día siguiente *Relumbrón* gratificó generosamente al indio mayordomo, lo despidió, pues no le inspiraba mucha confianza, dio a reconocer a Juan como administrador de la hacienda, le señaló su habitación, así como la de los criados y dependientes y muchachos e instaló a don Pedro Cataño en la recámara que abandonaba el *licenciado Chupita*, recomendándole que permaneciese hasta su regreso.

Después del almuerzo, que fue muy cordial, como si se tratase de gentes que se hubiesen conocido de años, *Relumbrón*, el licenciado y el platero montaron en el coche, en que se habían colocado en las cajuelas la noche anterior, unos tres mil pesos, y enderezaron para Puebla, adonde llegaron ya entrada la noche.

Al tercer día se les puso el aparejo a las dos mulas *cambujas*, disimulados en costales de maíz y cebada, cada una cargó mil quinientos pesos. El arriero era uno de los monederos falsos, pues dos se habían quedado allí para cuidar la casa para lo que se ofreciera. Nuestros tres felices amigos, a caballo y siguiendo a las *cambujas*, tomaron la vereda y dos horas después se apearon en aquel ignorado y encantador vergel.

CAPITULO CUADRAGÉSIMOPRIMERO

Una corazonada

Mientras el ostentoso y benemérito coronel acaba de arreglar su casa de moneda, tenemos tiempo de hacer nosotros un viaje a la hacienda del Sauz e informamos de lo que pasaba allí.

No habla andado don Remigio tres leguas, cuando detuvo su caballo, encendió un cigarro y se puso a reflexionar.

- Decididamente, cueste lo que cueste, yo desobedezco al conde y me vuelvo a la hacienda.

José Gordillo, que no esperaba el regreso de don Remigio y que lo creía ya lejos, quedó sorprendido al divisarlo por el camino. No había medio de retroceder ni de dar una disculpa satisfactoria, así, no hubo más que jugar el todo por el todo, prendió las espuelas al caballo y con lo que llevaba de mano pasó como un rayo rozando a don Remigio, que se sorprendió de esta fuga y confirmó más las siniestras sospechas que había concebido.

Don Remigio meneó la cabeza, se apeó y se dirigió a la habitación del marqués. Las criadas, aprovechando su ausencia, aseaban en ese momento la recámara.

- ¿Ha salido el señor marqués a pie o a caballo? -les preguntó don Remigio.

- No lo hemos visto. Cuando hemos entrado, la recámara estaba vacía. Se ha vestido de limpio, pues su ropa de ayer está aquí.

Don Remigio se dirigió entonces a las habitaciones de Mariana. La encontró paseándose de un lado a otro de su jardín, silenciosa y triste como de costumbre desde el día siguiente de su frustrado casamiento. Levantó la cabeza, le sonrió y continuó sus paseos.

De la habitación de Mariana pasó a las del conde. La puerta estaba cerrada. Llamó suavemente, después más recio ... Nada ninguna respuesta. Aplicó el oído ... Silencio profundo.

- Aquí está el misterio. Si el conde me despide, tanto mejor pero yo voy a romper la puerta si es necesario.

Fue fácil la operación de forzar la cerradura y las puertas se abrieron de par en par.

Don Remigio y el herrero retrocedieron espantados. El Conde y el marqués, con sus espadas en la mano, estaban exánimes en el suelo, nadando en un lago de sangre.

Don Remigio dijo al herrero:

- Corre, que vengan aquí dos mozos y otro monte a caballo que lleve uno de mano y que venga inmediatamente con el practicante.

El herrero salió corriendo a cumplir las órdenes, y don Remigio se arrodilló para cerciorarse de si estaban muertos o respiraban todavía.

- ¡Si van a decir que yo los he asesinado! ¿Cómo justificar un duelo entre parientes tan cercanos que seguramente no ha presenciado más que el maldito cochero? Veamos.

Puso el oído en el corazón del conde y en seguida en el del marqués.

- ¡Gracias a Dios! -dijo-. Aún viven, y no están más que desmayados.

Fue uno de esos momentos cuando salió maquinalmente la condesa del jardín; siguió a don Remigio a distancia sin que éste lo advirtiese, y penetró por las habitaciones ya abiertas, hasta la biblioteca, en cuya puerta se detuvo, contemplando aterrada a su padre y al marqués tendidos en el suelo y nadando en sangre. Helada de espanto, llevaba las manos a los ojos, se los limpiaba y los fijaba de nuevo en los hombres ensangrentados.

- ¡Don Remigio, don Remigio! -exclamó con voz trémula-. ¿Qué es esto? ¿Qué ha sucedido? ¡Por Dios, que me diga usted una palabra, que me explique este horror!

Y volvía a limpiarse los ojos y los abría grandes y los fijaba en el conde y el marqués.

- Se han batido, señora condesa; pero están heridos solamente. Respiran, viven, sanarán si los atendemos prontamente, y ya que Dios por su misericordia le ha vuelto la razón, tenga valor, ayúdeme ~arestañar la sangre, si no, van a expirar.

- ¡Sí, sí -dijo Mariana saliendo de la inacción en que había estado sin pasar del marco de la puerta-, los salvaremos a los dos, es mi padre, mi padre, injusto, caprichoso; pero soy su hija y él está moribundo por mí!

La herida era pequeña y poco profunda, un piquete apenas de la larga Y acerada espada del marqués.

- Mi padre sanará, el marqués también, reflexionarán en la falta que han cometido, me perdonarán, los dos se esmerarán en cuidarme, en darme libertad, y el obispo, tan santo y tan bueno, se interpondrá, rogará por mi, y quizá volverá Juan a la hacienda, será mi marido y traerá a mi hijo, al hijo, de mis entrañas ... ¡Padre! ¡Padre! ¡Yo soy, yo la que curo la herida! ... ¡Viviréis sí; viviréis para perdonar a vuestra hija, que os ama, para ser feliz en vuestra casa, rodeado de los que os respetan y os quieren!

El conde oyó, sí, esa voz en la profundidad nebulosa de su síncope. Después, crispando de nuevo los dedos de su mano derecha, con la izquierda rechazó a Mariana, queriendo pronunciar una maldición terrible que expiró en sus labios.

Mariana se levantó enhiesta y severa, clavó a su vez sus ojos centelleantes en su padre, que había vuelto al desmayo.

- ¡Cruel e implacable hasta en la hora de morir!

Don Remigio salió de su embrutecimiento momentáneo, dio sus órdenes para que detuviesen a la condesa y la condujesen a su habitación, después ordenó a los criados que levantasen cuidadosamente los cuerpos y los colocasen en sus lechos. Él mismo lavó las heridas, e hizo pasar, aunque con dificultades, una buena copa de vino de jerez a los heridos, dejándolos en reposo mientras llegaba el practicante.

La carrera de Mariana, impulsada por sus nervios, era tan rápida que parecía más bien que volaba. Los que la seguían no la pudieron contener sino cuando, falta de aliento, cayó en la orilla de un jagüey; y se habría ahogado si no la socorren tan a tiempo.

Don Remigio, aturdido y conmovido profundamente con las escenas de sangre y horror, especialmente con la que pasó entre la condesa y su padre, parecía una estatua, y, paralizados sus miembros, no podía moverse por más esfuerzos que hacía. Un quejido del marqués, que entreabrió los ojos y los miró como reclamando su auxilio, lo sacó de esa enajenación mental. Recobró de nuevo su energía, dio sus últimas órdenes respecto del conde y del marqués, y corrió a ocuparse de Mariana, a la que hizo que las camaristas le diesen fricciones aromáticas, la vistiesen con sus mejores ropas y le compusiesen sus cabellos. La fatiga de la carrera había agotado su aliento y sus fuerzas y parecía que pocos instantes le quedaban de vida.

En seguida se dirigió a la habitación del marqués, hizo lo mismo, y salió al portal a esperar al practicante, que no tardó en aparecer por la calzada, seguido del criado. Los dos venían a galope tendido.

El practicante se apeó y ambos entraron en la recámara del conde. La herida era grave, pues había interesado un poco al hígado; pero sobre todo, la pérdida de sangre ponía la vida del paciente en inminente peligro.

Amplió con el bisturí la herida del conde, que no presentaba sino el diminuto agujero que había hecho la punta de la espada del marqués. Don Remigio, alarmado, se oponía a la operación.

- Es el último medio de salvarlo. De otra manera, de aquí a mañana habría una abundante supuración interior, y no sería más que cuestión de días. Que me preparen una infusión fuerte de yerbas aromáticas, lo voy a vendar en seguida y veremos al marqués.

Fuéronse a la recámara del marqués, que aún no volvía en sí del desmayo.

- La misma historia. La pérdida de sangre; pero la herida no presenta gravedad -añadió después de haberlo reconocido cuidadosamente. Parece más grave, pero no es así; la espada resbaló entre dos costillas y no ha interesado ninguna entraña noble; una pulgada más alta, y habría traspasado el corazón de parte a parte. De buena ha escapado.

Lavó la herida, colocó un emplasto sobre ella, la vendó cuidadosamente, mudaron camisa y ropa de cama al paciente y le hicieron pasar una copa del elixir maravilloso que había administrado a Mariana, y que era medicina de su propia invención; lo dejaron reposar bajo la guardia de dos camaristas y volvieron a la recámara del conde, el cual no daba señales de vida.

El practicante y don Remigio lo frotaron fuertemente con una infusión de yerbas muy calientes, mezclada con alcohol, le hicieron pasar una copa del elixir, le arreglaron su lecho y lo dejaron vigilado igualmente por dos camaristas.

- Nada hay que hacer más que dejarlos reposar -dijo el practicante a don Remigio-. Si dentro de dos horas no han vuelto en sí, es que no tienen remedio. Veamos ahora a la condesa, que me interesa más que estos dos ganapanes espadachines que les ha dado la gana de matarse.

La condesita no prestaba mejor aspecto que los heridos.

Se sentaron en la cabecera de la cama, hicieron que salieran las criadas, y don Remigio le contó punto por punto lo que había ocurrido.

- Me temo que la locura mansa y melancólica en que la dejé en mi última visita haya degenerado en locura furiosa -dijo el practicante.

- ¿Creerá usted que desde el lance de la capilla no ha preguntado ni una sola vez por ella? Cualquiera, siquiera por curiosidad, indagaría si vive o muere. Nada ...

- ¡Increíble! -repuso el practicante-. Esta dureza y este encono porque no ha querido casarse ... Esto es contrario a la naturaleza, y además, ¿qué diría si supiera que debe la vida a esa misma hija a la que tanto tiraniza? No sé si observaría usted que, si no es por mí, Juan, ya a punto de ser acometido de una locura furiosa, porque casada su novia perdía toda esperanza, habría matado al marqués, al conde, a usted mismo, al obispo, a todo el mundo. Dios me dio fuerzas bastantes para sujetar su brazo armado de un puñal para arrancarlo del lugar que ocupaba cerca del conde y para arrastrarlo materialmente fuera de la iglesia ... Ya ve usted, la desgraciada condesa no podía pronunciar el sí exigido por la Iglesia para que se verificase el matrimonio sin ocasionar una espantosa tragedia que se habría sabido con horror en todo el país.

Don Remigio inclinó la cabeza, quedó por un rato pensativo y luego contestó al practicante:

- Tantas y tan inesperadas cosas sucedieron en momentos, que no las puedo recordar todavía sin temblar, y ahora que usted me refresca las ideas, convengo en que usted nos ha prestado a todos y a mí en particular, un servicio que no tendré con qué pagarle, si no es con una gratitud eterna; pero el conde, que no es capaz de ningún sentimiento afectuoso, lo hará con su dinero, si usted logra, como se lo ruego, salvarle la vida.

En esas y otras pláticas estaban cuando la condesa, que había continuado al parecer no sólo quieta, sino con signos de debilidad y abatimiento, dio un lastimero grito, saltó de la cama como si un fuerte resorte la hubiese impulsado, y se lanzó hacia la puerta para renovar otra vez la vertiginosa carrera que estuvo a punto de costarle la vida.

CAPITULO CUADRAGÉSIMOSEGUNDO

Prosperidad de los negocios de *Relumbrón*

Nada tan completo y tan perfecto como la casa de moneda del Molino de Perote. Volantes poderosos, máquina de acordonar, un par de hornos para la fundición, crisoles para la plata y para la liga; en una palabra, cuanto era necesario en pequeña escala para que medallas y monedas pudieran ser acuñadas con perfección. *Relumbrón* y el *licenciado Chupita* quedaron maravillados.

Después de la acuñación de las medallas siguió la de los pesos. Los operarios, ejercitados de años atrás en el oficio en las cuevas de las montañas de Tlaxcala, se portaron a las mil maravillas, manejando con destreza la maquinaria, haciendo las fundiciones con acierto y secundando en todo al platero que consideró que apenas seria necesario un viaje cada uno o dos meses, pues todo marchaba perfectamente sin necesidad de su presencia, tanto más cuanto que la gente estaba por su parte enteramente contenta con sus nuevos amos y más que satisfecha de su situación. Un par de pesos diarios de jornal, buena comida, mejor habitación y un tanto por ciento en las utilidades, ¿qué más querían?

Después de una larga ausencia y de acabar tan peligrosas hazañas, *Relumbrón*, a su regreso a México, sintió la necesidad de descansar siquiera una semana. La dedicó a su familia, a sus queridas y a sus amigos. Abrió las cajas que le habían llegado de San Juan de los Lagos y comenzó a repartir sus regalos. Los más preciosos, debemos decir, con verdad, fueron para su hija y para doña Severa. Este hombre fastuoso, perseguido por la monomanía del robo, disipado, jugador, goloso e insensible, cuando estaba delante de Amparo, que era su adoración, se convertía en el más moral, en el más honrado y en el mejor de los hombres.

Ese día era el hombre amable del hogar, no salía en la noche, jugaba *al porrazo* con Amparo, se acostaba a buena hora; y doña SeVera, tan fría, tan seria en la apariencia, se convertía en la esposa más tierna y más amante. Una francesa de veinticinco años no la igualaba en afectos y en caricias.

A pesar de los años transcurridos, estaba enamorada de su marido. *Relumbrón* era bien parecido, robusto, ardiente, simpático, representaba diez años menos de los que tenía. Aunque hombre hecho, era joven todavía. La luna de miel se renovaba por una semana. Esto suele acontecer entre casados viejos, pero es muy raro.

Las primeras visitas que hizo *Relumbrón* después de la de Luisa, fueron a la casa de don Pedro Martín de Olañeta; regaló a Coleta y a Prudencia medallas de plata, y cintas y medidas benditas de Nuestra Señora de San Juan, sin olvidar un par de las medallas de Nuestra Señora de Guadalupe acuñadas en el molino. De allí se fue a la casa de Clara, le aseguró que su marido estaba muy contento, que comía mucho y que cuando volviese estaría gordo como una bota, en lugar de chupado como un espárrago. Clara hizo un gesto de desprecio; pero cuando le añadió que le traía de su parte doscientos pesos, sonrió y cambió su semblante.

- Al fin no es tan malo mi marido -dijo-, y siempre se acuerda de mí.

De la casa de Clara se fue a la de las marquesas de Valle Alegre, que tenía mucho empeño en que concurriesen sin faltar un jueves a la tertulia. Las encontró tristes y cuidadosas. Habían oído decir quién sabe qué cosas que no querían creer. El marqués les había escrito muy lacónicamente dos veces anunciándoles que venía; pero pasaban semanas y no llegaba. *Relumbrón* las tranquilizó, y picándole la curiosidad, se decidió a ir a la casa de Don Juan Manuel. Sabía que doña Agustina tenía siempre mucho dinero en unas cajas de cedro, que los caballos de la hacienda del Sauz se habían vendido a muy alto precio y que su importe había sido pagado en México, que no había más hombres en la casa que el dependiente, que se retiraba a las seis de la tarde, y el portero, que era ya viejo, incapaz de defenderse.

De la visita y la conversación con las marquesas de Valle Alegre, le vino la idea de explorar la casa de la calle de Don Juan Manuel, y le puso la puntería.

No era amigo del conde porque éste no tenía más amigo que don Remigio; pero sí era conocido, y como los dos eran espadachines, varias veces se habían medido en la sala de armas de la casa de Don Juan Manuel.

Tocó la puerta (siempre cerrada). El portero espío por el ojo de buey, y reconociendo a *Relumbrón*, le abrió la puerta.

- Venía a saber de la salud del conde -le dijo al portero.

El portero le contestó:

- El señor conde no ha regresado; hemos sabido aquí que tanto él como la señora condesita están mal, y quizá por eso ha venido un avío de la hacienda por doña Agustina. Mi mujer y mi hija la han acompañado, porque no está bien de salud, no sabemos qué tiene, pero ella está muy triste y muy abatida. Mi hijo está destinado de mayordomo en la hacienda del marqués de Valle Alegre, que está embargada, pero le han dejado en su destino.

Relumbrón no sólo aguantó sino que le agradó mucho la relación del portero que respondía a las pesquisas e indagaciones que él se proponía hacer. Se retiró muy

satisfecho de su visita y prometió volver al momento que supiera que el conde había regresado de su hacienda.

De su segunda entrevista con el presidente hay necesidad de dar alguna idea.

El día que escogió para hablarle de los asuntos que le importaban, el presidente estaba del mejor humor y *Relumbrón* aprovechó la ocasión.

- Hay, señor -le dijo-, un hombre desgraciado, el licenciado Bedolla, que implora la clemencia de usted y yo me intereso por él.

- ¿Pues dónde está?

- Donde usted dispuso que estuviese: en un calabozo del castillo de Acapulco, y quizá a estas horas habrá muerto.

- Me había olvidado completamente a dónde había mandado a Bedolla. Estos licenciados, vestidos de negro, chiquitos, habladores e inquietos, traen a la nación revuelta y no dejan establecerse sólidamente a ningún gobierno. ¿Qué es lo que quiere usted?

- Ya se lo supliqué a mi general: que me haga la gracia de disponer que venga a México el licenciado Bedolla, y le doy mi palabra de que, lejos de que vuelva a conspirar, nos podrá ser muy útil, especialmente por el rumbo de Jalisco, del cual me permitiré hablar a usted. Tendrían antes que solicitar otra gracia, y ésta es más fácil de conceder, porque no tiene relación con la política.

- Ya veo -dijo con afabilidad y buen humor el presidente- que hoy es día de mercedes. Hable usted y diga lo que quiere, Para que nos ocupemos otra vez de Jalisco.

Relumbrón recordó las muchas lecciones que sobre el negocio de Moctezuma III le hablaban Lamparilla, y dijo:

- Existe en México un heredero directo del emperador Moctezuma, y hace tiempo que gestiona sin resultado el que lo ponga la Secretaría de Hacienda en posesión de sus bienes, que consisten en muchas haciendas en la falda del volcán y una parte del volcán mismo. Desde hace años diversos gachupines, diciéndose apoderados de títulos de Castilla residentes de Madrid, están reclamando esos bienes diciéndose herederos del emperador azteca; pero la razón natural rechaza esta suposición. Moctezuma era mexicano, así, sus descendientes y herederos tienen por fuerza que ser indios y mexicanos, y hasta ridículo es que un duque español sea heredero de un indio azteca. Esto salta a los ojos. Entre tanto han corrido los años, y los vecinos de Ameca, mirando que los ranchos y las haciendas estaban abandonadas, se han apoderado de ellas. Con una orden del ministro de Hacienda, Moctezuma III entrará en posesión de su herencia, y si hay reclamaciones legales, queda su derecho a salvo a los agraviados para ocurrir a los tribunales.

- Es una buena idea -le contestó-; pondremos en posesión a este heredero, si tiene sus documentos en regla, y de esta manera me quito de encima a cinco o seis que reclaman también y que se valen hasta del influjo de los ministros extranjeros. Los tribunales darán la razón a quien la tenga. ¿Pero qué clase de heredero es ése que vamos a favorecer? En libertad Bedolla, y elevado, como quien dice, a emperador un indio cacique, tenaz y engreído como son todos ellos, vamos a tener una guerra de castas, y vale más evitarla que no reprimirla.

- Ni por pienso, señor presidente -le dijo *Relumbrón* riendo al observar que el jefe supremo decía esto en tono de chanza-. Moctezuma III es un valiente muchacho y debe haber hablado a usted de su buen comportamiento en la campaña el coronel Baninelli. Usted lo ha hecho capitán, es íntimo amigo de ese bizarro oficial que llaman el cabo Franco y que creo que es ya teniente coronel.

- Ya, ya recuerdo todo y no necesito más explicaciones. Con mucho gusto firmaré el acuerdo, y vive Dios que pondremos en posesión de sus bienes a ese célebre Moctezuma III. Escriba usted los acuerdos.

Relumbrón tomó una pluma, escribió los acuerdos a su satisfacción y el presidente los firmó sin leerlos.

- Volvamos a hablar de Jalisco.

Relumbrón renovó cuanto había expresado en la primera conferencia sobre dicho asunto y añadió algo más. En consecuencia, el primer plan para la caída del gobernador se modificó notablemente. Quedó convenido que una vez puesto en libertad el licenciado Bedolla, *Relumbrón* lo enviaría a Guadalajara, como de paso para su pueblo, donde se proponía vivir retirado, acompañando a su padre ya muy anciano y enfermo; que una vez quieto en casa procurarla indagar el paradero de Valentín Cruz hasta encontrarlo, lo que no sería difícil, pues probablemente estaría oculto en algún pueblo cercano o en el mismo San Pedro; que de acuerdo con él, combinase un pronunciamiento fundado en que las elecciones eran nulas, que se había falseado la voluntad nacional, que se convocase a nuevas elecciones ocupando provisionalmente la presidencia el gobernador de Jalisco.

Seducido seguramente el gobernador, por lo menos se dejaría querer y correr la bola sin contrariar la voluntad nacional. En ese caso había ya motivo para destituirlo del mando y declarar a Guadalajara en estado de sitio.

El plan no era muy acabado y por encima saltaban sus defectos; pero *Relumbrón* quedó autorizado para perfeccionarlo cuando hubiese hablado con Bedolla. Entre tanto, se mandó a situar a Baninelli en Guanajuato, casi en el centro de la República, para que atendiese cualquier emergencia.

Don Moisés, desde su regreso de la feria, no abandonaba su capa con cuello de nutria. Compró un coche, tomó una buena casa, la amuebló con cuanto lujo era posible, y la gente de comercio y de rumbo lo visitaba. Daba semanalmente una comida a amigos

muy distinguidos. *Relumbrón*, después de algunos días de instalada la partida, tuvo un disgusto (fingido) con Don Moisés; delante de varios testigos dijo que éste era un ingrato, que se daba más importancia de la que merecía y que no volvería a poner un peso en la partida.

Casi al mismo tiempo don Jesús, el tinacalero, muy bien vestido de paño negro, pero sin chaqueta y con su camisa muy limpia, estaba al frente de *La Gran Ciudad de Bilbao*, situada en la plaza de Santa Clarita.

Era una tienda de dos puertas, con un armazón bien combinado y pintado de rojo, lleno de botellas con aguas de color, fingiendo vinos y licores, pilones de azúcar en el tapanco, barriles y tercios arrumbados en la trastienda y mirándose desde la calle. Mucha apariencia y en realidad poca cosa; no faltando, sin embargo, un surtido de cuanto podían necesitar los vecinos del barrio.

En una casa vieja, pero grande como un palacio, situada en la calle del Montepío Viejo, se estableció el taller de vestuario. *Relumbrón*, con la influencia que había adquirido en el gobierno por su viaje al interior, no tuvo dificultad en obtener una contrata de veinte mil uniformes para caballería e infantería, y desde luego se comenzó el trabajo, bajo la dirección de la corredora doña Viviana.

Juan siguió administrando la hacienda con acierto; Valeriano Romualdo y sus compañeros tenían el encargo de escoltar al *licenciado Chupita*, que cada quince días hacía un viaje a México. El licenciado en cada viaje traía a Clara dos o trescientos pesos, pasaba la noche con ella y así el matrimonio era el más feliz del mundo, produjo de pronto un beneficio a la ciudad y a los caminos.

Las diligencias hacían sus viajes redondos con la mayor regularidad y sin el menor accidente. Hilario y sus soldados habían adquirido una educación tan fina como si estuviesen recién salidos de un colegio francés. El ministro inglés estaba encantado de esto y escribía al *Foreign Office* notas muy favorables a México. En la ciudad habían cesado los frecuentes robos en las casas y en las calles. Don Pedro Martín de Olañeta y los demás jueces estaban mano sobre mano.

La tienda de don Jesús, muy acreditada, no consentía borrachos ni ociosos; presentaba un aspecto de orden y de honradez en el manejo y devolución de las prendas empeñadas que recibía, que se captó la voluntad de todo el barrio; pero cuando se cerraba a las nueve de la noche, entraban el tuerto Cirilo y su comparsa, y jugaban a la baraja, bebían y combinaban sus robos; aunque de pronto estaban quietos, esperando órdenes, y se retiraban a deshoras de la noche a sus madrigueras, sin atacar ni molestar a nadie. Don Jesús les abonaba un par de pesos diarios, y estaban contentos.

Relumbrón, sin dar la cara, había impuesto su voluntad a toda esa gente. No quería que se armasen ruidos ni escándalos por cuatro reales, sino que obrasen a golpe seguro y con una utilidad relativa a los fuertes gastos que exigía esta vasta organización.

Don Moisés obraba con mucho tacto; no usaba de su baraja mágica sino cuando la suerte lo abandonaba completamente, y dejaba a los puntos siempre contentos, permitiéndoles que ganasen pequeñas cantidades.

El platero no tenía ya tiempo para trabajar. Tenía seis oficiales en lugar de tres, y ya daremos también la razón principal de tanto recargo de trabajo.

La casa de moneda marchaba despacio; pero con mucha solidez. Llevaba perfectamente la contabilidad con cifras que no entendían más que él y *Relumbrón*, y cada viaje quincenal producía por término medio unos mil pesos de utilidad.

Relumbrón mismo moderó sus gastos: dejó de ser calavera, prescindió de las orgías en casa de Luisa y se dedicó exclusivamente (en la apariencia) al servicio de Palacio y a las tertulias de los jueves en su casa.

Así pasaron las cosas semanas y semanas, hasta que la red estuvo bien tendida y colocados, por las mañanas de doña Viviana, sirvientes distintos en las casas principales de México. En casa del marqués de Valle Alegre, el cochero y el lacayo; en la de don Pedro Martín, la cocinera; en la de doña Dominga de Arratia, la recamarera; en la de Lamparilla mismo, el portero. En las Secretarías de Estado y diversas oficinas, escribientes y aun oficiales; en una palabra, todo México se puede decir estaba dominado por un espionaje y por una policía inconsciente de su misión, pero por medio de la cual sabía *Relumbrón* cada semana todo y aun más de lo que le importaba saber.

En el momento que *Relumbrón* obtuvo la orden amplia y terminante para que se pusiese a Moctezuma III en posesión de la herencia de su antecesor, y otra aún más expresa, para que el patriota Bedolla viniese de su destierro y pudiese circular libremente por la República entera, tuvo la delicadeza de ir personalmente a casa de Lamparilla para entregárselas en mano propia.

Lamparilla, a pesar de la esperanza que le daba *Relumbrón* cada vez que le hablaba, llegó a creer que el negocio de los bienes de su tutelado estaba tan embrollado y tan difícil como al principio. Sin embargo, cuando *Relumbrón*, después de saludarlo, sacó del bolsillo unos papeles y los leyó en voz alta, creyó que un golpe de sangre le venía al cerebro, se llevó las manos a la cabeza y en su explosión de júbilo y de entusiasmo, sin poderlo remediar, saltó al cuello de su protector, exclamando:

- ¡El volcán! ¡El volcán! Todo es nuestro, con su fuego hirviente, con su azufre para surtir de ácido sulfúrico a toda Europa; con su nieve, sobre todo, con su nieve eterna, que no se acabará sino al fin del mundo. Ella nos convertirá en amos de esta ciudad. No hay que decir nada de esto a Bedolla; es muy pícaro y muy ambicioso ... ¿Y las haciendas? ... eso no es casi nada. ¡Casas de campo para divertirse y vivir tranquilo! ...

Relumbrón reía y no podía interrumpir la palabra del licenciado y con trabajo apartó los brazos que lo ceñían y que habían estropeado un poco su camisa y medio desprendido el fustol de brillantes.

- Cállese usted, licenciado -le dijo arreglando su camisa y el chaleco-, y modere su entusiasmo: el negocio es bueno, pero no como usted lo cree. Esta orden fue dada por la Secretaría de Hacienda, con la condición de que por ahora se ha de guardar la más profunda reserva, pues no quiere que se vayan a levantar los pueblos de Ameca con pretexto de que se les despoja de sus tierras.

Lamparilla, con estas explicaciones, moderó su entusiasmo, pero siempre se consideró como el más dichoso de los hombres pensando en que el papel que tenía en la mano equivalía a un tesoro, y este tesoro, aunque no realizado, le proporcionaría un triunfo completo en casa de Cecilia.

- Hablemos cinco minutos de otras cosas, que mi tiempo está contado -le dijo *Relumbrón*. Dé traza de que su amigo Bedolla venga lo más pronto posible a esta capital, pues tenemos una importante misión que confiarle, y empiece usted a ocuparse en una comisión que le ha de honrar.

- ¿Qué es lo que tengo que hacer?

- Una cosa muy meritoria y muy sencilla; servir a los pobres. Los jueces de lo criminal, por hacer algo, por darse importancia y fama de justicieros, sin exceptuar a don Pedro Martín, que tiene sus caprichos de cuando en cuando, condenan diariamente a multitud de infelices a penas que no merecen. No hay que mencionar mi nombre para nada, querido licenciado -y acentuó la palabra *querido*-. La caridad debe hacerse como dice el Evangelio: lo que sepa la mano derecha debe ignorarlo la izquierda.

Relumbrón tenía ya un abogado activo, travieso y bien relacionado en México que le defendiese su gente.

Así, en cuanto llegó a su casa, procuró por los medios indirectos de que se valía, dar las instrucciones más precisas a toda su servidumbre. Si caían presos, negar y siempre negar.

CAPITULO CUADRAGÉSIMOTERCERO

Los negocios de Lamparilla no van de lo peor

Durante el transcurso del tiempo que *Relumbrón* había empleado en tejer su extensa red con una habilidad de que apenas se ha podido dar una débil idea, las cosas públicas, como ya se ha indicado antes, marchaban no sólo bien, sino que parecía que una especie de verano había sucedido a las tempestades que años atrás habían soplado en la siempre vacilante organización del gobierno, que pasaba de la exagerada libertad a la dictadura militar.

En la época en que se desarrollan los acontecimientos que refieren los últimos capítulos, había una dictadura militar que producía los beneficios de la paz y una seguridad relativa;

pero ésta, minada en sus cimientos por la escasez de dinero para pagar a un ejército numeroso que no podla mantener la nación; mas por el momento reinaba un alegre verano.

Valentin Cruz, olvidado completamente y reducido a la nulidad, pasaba de un escondite a otro, sin poder alzar la cabeza. Los Melquulades, asegurados (por medio de su abogado, que los engañaba) de que jamás el Ministerio de Hacienda daría la orden para poner a Moctezuma III en posesión de sus bienes, seguían disfrutándolos y, por su propio interés, mantenlan en orden los distritos de Ameca y Chalco.

La feria de San Juan de los Lagos había estado como ningún año, se habían hecho grandes negocios y realizado tal cantidad de mercanclas, que parecía increíble.

En cuanto a la capital, nada de particular; inundada y llena de lodo en tiempos de aguas, y de polvo y basura en la seca, la iba pasando alegremente. Los empleados gastando el tiempo en almorzar en sus oficinas, y las mismas personas todo el año en el Teatro Principal, sin cansarse de admirar los gestos de Soledad Cordero; el patio de Palacio lleno de viudas y de retirados, y los corredores transitados por oficiales y generales con uniformes de todos colores.

En cuanto a los juzgados, poco tenian que hacer y se dormian sobre las causas. Don Pedro Martín, fastidiado y convencido de que de nada servia, renunció al cargo; pero no le fue admitida la renuncia; para contenerlo le dieron licencia por algunas semanas y se retiró a descansar a su casa; pero imposible, don Pedro era hombre que estaba condenado a trabajar.

Dia y noche recibía antiguos y nuevos clientes que le iban a pedir consejo, a poner en su mano sus negocios y hacerle consultas de toda especie. Era en su profesión un especialista, y su diagnóstico en los negocios era infalible.

Uno de los que primero interrumpió la inquietud de don Pedro Martín fue el licenciado Lamparilla. Lleno de alegría, le mostró la orden para recuperar los bienes de Moctezuma III, dándole mil agradecimientos, porque sin el precioso documento que le dio, jamás habría logrado la resolución de la Secretaria de Hacienda, que, aparte del influjo de *Relumbrón*, no pudo resistirse a las concluyentes pruebas que se encontraban reunidas en el voluminoso expediente que se había instruido durante largos años. De confianza en confianza, Lamparilla se avanzó hasta contarle sus amores con Cecilia y su proyecto de casamiento.

- Ciertas cosas son muy difíciles en México -le dijo don Pedro Martín después de haberlo escuchado-, y una de ellas es recobrar los bienes de Moctezuma III, aunque lo manden los cuatro ministros juntos. En cuanto al casamiento con Cecilia, ése es un negocio muy personal. Cecilia es una hermosa mujer, y a mi juicio, muy honrada y de excelente corazón. Trabajadora y activa. Y a propósito, ¿qué sabe usted de ese pobre muchacho, tan inteligente y tan simpático, que usted colocó en el rancho de Santa María de la Ladrillera?

- Referí a usted la llegada al rancho de una partida de tropa, los desperfectos que hicieron y que se llevaron de leva a los muchachos ... Espiridión se reunió no sé cómo en la campaña con unos padres misioneros franciscanos, que lo catequizaron y se lo trajeron al convento, le enseñaron latín, algo de filosofía y a cantar en el coro, pues tiene buena voz. Tomó afición a la carrera eclesiástica, pasó al Seminario, donde ha hecho muy buenos estudios y va a ordenarse. Moctezuma es hoy todo un capitán, y ha pasado a la caballería, en reunión de otro muchacho muy valiente que le dicen el cabo Franco, ambos muy queridos y protegidos por el coronel Baninelli; pero en cuanto a Juan, ni su luz, desapareció en una retirada desastrosa que hicieron los del gobierno, allá por unos andurriales desconocidos, por el rumbo de Jalisco y Tepic.

Lamparilla sorprendió realmente un secreto del alma inflexible del juez, Y se retiró vacilando y procurando descifrar el enigma; tardó en encontrarse con Cecilia, que, acompañada de María Pantaleona, daba un paseo y hablaba con sus conocidas las floreras antes de dirigirse a su casa. Caminaron en silencio, Lamparilla al lado de Cecilia y detrás de María a cierta distancia.

- Cecilia, hija mía, querida mía -le dijo Lamparilla-, déjate abrazar, ya somos felices. Haste cuenta que somos marido y mujer, pues ya no hay impedimento en que me case contigo. Ya tengo la orden para que me entreguen los bienes de Moctezuma III, ya soy dueño de todo el valle de Ameca, de los dos volcanes, de la nieve que tienen encima, del azufre que tienen dentro, de los bosques vírgenes que están en la falda, de todo, y todo es para ti. No creas que te miento -le dijo Lamparilla-, aquí está la orden, te la voy a leer:

SECRETARIA DE HACIENDA, ETC.

Examinada la última instancia presentada por el licenciado don Crisanto Lamparilla, como apoderado de don Pascual José de Moctezuma, y resultando plenamente probado que es el heredero directo del emperador Moctezuma II, emperador de México; S.E. el presidente ha tenido a bien disponer que se ponga al heredero en posesión de las haciendas, ranchos, potreros, bosques, nieves, azufres del volcán y cuanto además pertenezca, conforme expresa la real Cédula del emperador Carlos V y la reina doña Juana, que se acompaña en copia. Dispone también S. E. que se diga al interesado que por los perjuicios que le hayan causado los detentadores en el tiempo que ha estado privado de sus propiedades, tiene su derecho a salvo para demandarlos ante los tribunales competentes, en el concepto de que esta orden se comunicará oportunamente a las autoridades que corresponda.

Dios y Libertad, etcétera.

Cecilia oyó con mucha atención esta lectura, tomó el papel de manos de Lamparilla, lo leyó muy despacio una o dos veces y se lo devolvió diciendo:

- Es verdad, señor licenciado, no tiene duda; pero lo difícil es entrar a esos campos, y ya ve lo que le sucedió la vez pasada. Pues que usted me ha cumplido su palabra, consiguiendo esa orden de que me ha hablado desde que nos conocemos, yo tengo que

cumplir la mia. Yo tengo dinero, no mucho; pero lo bastante para que compremos un rancho regular para meternos a trabajar y vivir queriéndonos.

- Me voy, y es conveniente que me vaya, porque no responderia por mi. Envia un canasto de tu mejor fruta al coronel. Esta tarjeta dice dónde vive. Da bien las señas a Maria y que ella misma la lleve. A las doce comen. Nosotros volveremos otra vez a la casa del señor don Pedro Martin de Olañeta.

- ¡Marqués! ¿Es posible que tan mudado vea yo a usted? -dijo don Pedro Martin, levantándose de su sillón y tendiendo la mano al marqués de Valle Alegre.

- Cuando haya ya hablado con usted media hora, ya verá que no ha sido sin motivo.

Sentáronse y comenzaron a hablar; don Pedro Martin estaba aturdido.

Oñaleta le tuvo lástima y se lo dijo.

- Digno de compasión soy; pero no daré mi brazo a torcer; mi suerte ha cambiado, pero me conformaré con ella ...

El marqués refirió al licenciado su feliz viaje, el espléndido y ceremonioso recibimiento que le hizo el conde y todo lo demás que ya sabe el lector, hasta la extraña y no prevista escena de la capilla.

- Yo no tenia maldita la gana de batirme con el conde. Don Remigio, ese hombre que vale oro, y el doctor Ojeda nos salvaron, de lo contrario, habriamos en seis u ocho horas más perecido de debilidad y de hambre. Don Remigio le llamaba el practicante; pero yo le llamo el doctor, y será doctor dentro de poco tiempo. Ha venido conmigo, y si es posible, le daré una fuerte suma de dinero para que viva un poco de tiempo en México, se presente a sus últimos exámenes y reciba la borla de doctor, tanto más cuanto que el viaje en mi compañía le iba a costar la vida.

Como era la hora de la cena, don Pedro Martin instó tanto al marqués para que lo acompañase a la mesa, que no pudo éste resistir, y pasaron al comedor, donde estaba ya puesta una abundante comida.

El café se sirvió en la biblioteca, despidieron a la criada, cerraron la puerta, y el de Valle Alegre, que había recobrado algo de su genial alegría, continuó así:

- No tiene usted idea, por más que se exagere, del carácter del conde del Sauz. De piedra, de fierro, de acero, es poco decir; realmente tiene el carácter de demonio. El conde y yo no nos veíamos. Él permanecía en su habitación y yo en la mía; pero solía dar mis paseos por el gran patio y por la calzada que conduce al camino real. En uno de esos paseos, y acompañado del doctor Ojeda, pasé de cerca de las piedras que ocupaba mi prima. Gritos descompensados y lamentos desgarradores me llegaron al corazón. *Está en una de esas crisis nerviosas que la destrozan* -me dijo el doctor-, *y de veras no se cómo resiste. Cada*

cinco o seis días se presenta el fenómeno, que dura diez o doce horas. Después sigue una calma completa. No conoce más que a don Remigio y a mi. Comienza a delirar y cuenta toda su triste existencia y revela los más recónditos secretos de su alma; pero permítame que lo deje un momento para atenderla. Creo que está usted bastante fuerte para continuar su paseo con sólo el auxilio del bastón. El doctor Ojeda entró en la habitación de mi prima Mariana, yo di la vuelta y me encontré en la reja del pequeño jardín. En mi vida he tenido rato más amargo. Los gemidos y los sollozos que vienen de los padecimientos del alma tienen un carácter tan particular, que llegan al corazón de quien los oye, por frío y egoísta que sea. Volví a caer en cama y volvió el doctor Ojeda a salvarme la vida. En las noches, el doctor -continuó-, desde muy joven se apasionó del hijo de don Remigio, que era un capitán muy guapo y arrogante de las compañías fronterizas. Fuerte y valiente hasta la temeridad, era el terror de los indios comanches. En las visitas que hacía a su padre cada cuatro o seis meses, conoció a Mariana, se amaron, y la soledad y la libertad que gozaban en las ausencias del conde, y el amor que puede más que todo, produjo efectos. Mariana dio a luz un niño en una casita apartada de la ciudad, propiedad de Agustina, el ama de llaves. El capitán de Presidiales (que ya habra pasado a las tropas de línea), por salvar a su hijo en la hora suprema, desertó frente al enemigo, fue condenado a muerte y anda fugitivo y errante. Toda una novela en que yo represento un papel bastante odioso. Ya un poco más repuesto -continuó diciendo el marqués-, pensé decididamente en abandonar la hacienda y regresar a México, porque me daba horror estar cerca de la víctima de mi vanidad y de mi codicia; pero el doctor Ojeda no consideraba que podría soportar el camino. Don Remigio tuvo que consentir en mi partida y permitió al doctor Ojeda que me acompañara, a condición de que volviera en cuanto hubiesen terminado sus exámenes. Quería que regresara con el magnífico avío y el mismo aparato con que llegué; rehusé, y me contenté con una carretela ligera y dos mozos. Había yo guardado silencio sobre mis alhajas, que en resumen y reducido a la pobreza, eran mi única esperanza. Don Remigio tuvo la delicadeza de entregármelas, obedeciendo a las órdenes de Mariana, que en los intervalos lúcidos que tenía, se lo encargaba encarecidamente.

- Mi querido marqués, y permítame que le hable así, en prueba del interés que me inspira. Lo que ha pasado usted en pocos meses habría bastado para matar al hombre más fuerte, pero cálmese y consuélase, que Dios manda los trabajos y las penas quizá para encaminar al hombre al buen sendero, pero no lo abandona enteramente. Sepa usted que es todavía no sólo rico, sino muy rico; no le dé pena no haber recibido los trescientos mil pesos de esa desgraciada condesa. En el archivo de su casa tenía usted un tesoro, y el refrán de que *más tiene el rico cuando empobrece*, tratándose de la casa de Valle Alegre, se ha convertido en un evangelio. Asómbrese usted: cerca de un millón de pesos en censos y escrituras que no han caducado. Algunas de ellas incobrables; pero otras de fácil realización pues tienen buenas hipotecas, y los deudores se darán por bien servidos en hacer una transacción en que se les perdone la mitad de los réditos vencidos. Me he entendido con mi compañero, el licenciado Rodríguez de San Gabriel. Ya sabe usted que los abogados nos decimos horrores en los estrados y en los tribunales; pero cualquier incidente, por pequeño que sea, nos reconcilia. A él mismo le he encargado el examen y la gestión de los asuntos del marquesado, porque yo, siendo juez, no puedo actuar. Muy pronto estos trabajos, que se han hecho con actividad mientras usted ha estado ausente,

nos darán por resultado que la hacienda embargada, donde está fundado el mayorazgo, con sus ranchos anexos, vuelva a poder de usted y que le queden nuevas escrituras a su favor al seis por ciento de rédito y con buenas hipotecas y una cantidad muy regular en dinero.

- Otro secreto tengo que confiar a usted -continuó cuando las hermanas habían salido y cerrado la puerta.

- Cualquiera que sea, quedará aquí -le contestó don Pedro Martín, llevando la mano al pecho.

- Estoy enamorado, pero enamorado profundamente. ¡A mi edad! Esto le sorprenderá a usted.

- De ninguna manera.

- Se lo diré de una vez: Amparo, la hija de doña Severa.

- Nunca lo hubiera sospechado.

- Ni nadie. Amores platónicos hasta ahora. Frustrado mi casamiento con mi prima, curado de mis heridas, comencé a pensar en Amparo, y tenía precisamente su imagen delante cuando fui asaltado, en la cañada de Veta Grande. Perdí mis alhajas y con ellas la esperanza. ¿Podría presentarse como pretendiente un marqués arruinado? Ahora me ha vuelto usted, con la fortuna, la vida y la felicidad, señor don Pedro.

- ¿Pero cuenta usted con la voluntad de Amparo, y no teme que se repita la escena de la capilla de la hacienda del Sauz?

- Yo no cuento con nada hasta ahora. Le repito que no le he hecho la menor insinuación; pero pierda usted cuidado, la enamoraré como si tuviese yo veinte años, y cuando esté absolutamente seguro de que me ama y de que ningún otro sentimiento más que el del cariño la impulsa a unir su suerte con la mía, entonces hablaré, o mejor dicho, usted la pedirá a sus padres para que sea la compañera de mi vida. Lo que suplico a usted es que, cuando vaya a visitar a doña Severa, como quien quiere y no quiere la cosa, y sea oportuno, le platique del estado satisfactorio de los negocios de mi casa.

- Sí, lo haré -le respondió don Pedro Martín-. Por de pronto, ya habrá paz en la familia, el hermano tendrá para pagar las deudas, las hermanas se presentarán con un traje nuevo en el teatro, y usted, marqués, sabiendo y queriendo sobre todo, manejar sus intereses, volverá a ser el hombre elegante, amable y simpático para toda la buena sociedad de México. ¡Animo y olvidar lo pasado!

Abrió un cajón de su bufete y le entregó el billete.

- Decididamente iré mañana a la tertulia de *Relumbrón* y anunciaré a doña Severa mi visita para el viernes. Necesitaba un pretexto para satisfacerme a mi mismo. Hace cerca de un mes que no veo a Casilda.

CAPITULO CUADRAGÉSIMOCUARTO

Los dorados

Lo que en la capital de México se llama Tierra Caliente, lo componían antiguamente la cañada de Cuernavaca y el plan de Cuautla, lugar histórico y célebre por la resistencia del general Morelos a las aguerridas y numerosas tropas españolas que lo cercaron. Hoy, de esos ricos territorios, se ha formado el Estado de Morelos.

Es tanta la luz y la reverberación, que es necesario hacer una sombra con la mano sobre los ojos para poder distinguir los pormenores de ese gran cuadro que se mira al través de un espeso polvo de oro.

Así, con las manos sobre las cejas y arrugando los ojos, observó *Relumbrón* en uno de sus viajes, desde las alturas de Hulchilaque, esa hermosa planicie.

- Todo esto es mío, todo me pertenece -dijo con esa fe con que se mudan las montañas de una a otra parte.

Para esto eran únicamente necesarios unos cuantos hombres resueltos y un jefe que los mandase.

- Ya lo tengo todo.

En efecto, la gavilla de don Pedro Cataño se había organizado perfectamente por los especiales cuidados del platero.

Don Pedro Cataño estaba vestido decente, pero sencillamente; tal vez su traje era severo. Calzonera ceñida a la pierna, chaqueta larga y chaleco negro con botonadura oscura. Sombrero blanco, muy fino, de Puebla, sin exagerada ala, con una toquilla representando doblemente enroscada una culebra disecada, con su cabeza de oro y los ojos de dos brillantes negros.

Los que formaban la gavilla, que sin ofender al ejército llamaremos soldados, por ser más fácil y llano, estaban vestidos con absoluta igualdad, todos eran casi de una misma edad, de presencia imponente, de obrar resuelto y de pocas palabras.

Conociendo a uno ya se conocía a todos, pues aun la estatura ofrecía muy pocas diferencias; sombrero negro con toquillas gruesas de trenzas de oro fino, vestido mezclilla oscuro, la calzonera con botonadura de bolitas de plata, fuste guarnecido,

espada filosa debajo de la pierna, reata en los tientos y un par de buenas pistolas en el cinto; dinero siempre en la bolsa, y con qué cubrirse en las lluvias y en las tempestades. Todo muy bien arreglado y ligero; lo primero, los caballos, que parecían venados. No eran muchos: treinta y dos hombres, pues don Pedro Cataño no había querido admitir más.

Un día don Pedro, seguido de su mozo, vestido como todos los mozos del campo, se marchó sin decir adiós a nadie, enderezó para el Valle de México, entró por una garita y salió por la otra y fue a dar a la Grande, donde encontró a Pepe Cervantes; almorzó con él, fue en seguida a echar un trago a la famosa *pulquería Xóchitl*, se cercioró de que el pueblo de Tepetlaxtóc, con la ausencia de los valentones, se hallaba en la mayor tranquilidad; de allí bajó a Texcoco, visitó en Coxtitlán a don Antonio Palomo y en Chapingo a don Agustín Zara, y provisto de cartas de recomendación, pues precisamente para eso fue, se internó por Ameca y fue a dar al Plan de Cuautla de las Amilpas y del Plan de Cuautla pasó a la cañada de Cuernavaca. El gran ingenio de San Carlos, Pantitlán, Casasano, Santa Clara, Santa Inés, El Hospital, la pequeña y primorosa Hacienda de Calderón, Atlihuayan; por último, San Vicente y Chiconcuac que, desde donde tomó el camino real de Cuernavaca a México, y de la capital otra vez a la hacienda de Arroyo Prieto, quedando enteramente contento de su expedición. Había recorrido el terreno, a su sabor y antojo.

Mientras él hizo esta necesaria y provechosa excursión, sus muchachos se alistaron, siguiendo su mismo sistema. Un día desaparecía uno y regresaba a los tres o cuatro con su silla guarnecida de plata, con su vestido nuevo y acaso con otro caballo mejor. Así, al regreso de don Pedro, los treinta y dos estaban ya listos, Y como se ha dicho, en seguida fueron uno y otro desapareciendo. Don Pedro les dio cita para el cerro de Atlihuayan, y calculando el tiempo que emplearían en el camino, les fijó la fecha y la hora en que debían llegar, aconsejándoles que caminaran cada uno por su lado y cuando más de dos en dos. Las horas eran entre las ocho y las nueve de la noche.

Cataño se puso igualmente en camino, llegando sin novedad a Yautepec, y pasó el día en la casa del prefecto, informándose entre cigarro y cigarro, que en casi todos los pueblos de la Tierra Caliente no había sino una especie de guardia nacional muy mal organizada.

- Por lo demás -añadió el digno funcionario-, todo el país está tranquilo y no necesitamos de fuerza armada. Cuídese usted, sin embargo, porque cuando menos se piensa, suele aparecer gente mala.

- No haya cuidado, comandante; los batiremos, los batiremos a todos.

Antes de las ocho de la noche estaba ya en la cumbre del cerro de Atlihuayan. Uno a uno fueron llegando los muchachos y antes de las nueve estaban reunidos los treinta y dos.

- Muchachos -les dijo-, esta noche, los que quedemos con vida cenaremos una buena ensalada de lechuga en la hacienda de Atlihuayan; a los que les toque una bala, irán a cenar con todos los diablos; conque, de dos en fondo y adelante.

El cerro de Atlihuayan, visto desde cierta distancia, es semejante a un inmenso pan de azúcar; de cerca, pierde algo de su forma. La vertiente que mira a la llanura está casi tajada a pico, y una vereda de piedras sueltas, un verdadero camino de cabras, es el único sendero, rarísimas veces transitado, por donde se puede llegar sin ser visto ni sentido hasta la puerta de la hacienda.

Más de una hora dilató la silenciosa tropa en bajar de esa peligrosa pendiente; mas al fin, todos sanos y salvos se encontraban con su jefe a la cabeza, enfrente de la puerta gótica de la espesa muralla que acababa de construir el marqués de Radepont, y que cercaba completamente por ese lado la hacienda de Atlihuayan (1).

Mientras don Pedro y los suyos discuten la manera de penetrar en la hacienda, digamos dos palabras del marqués de Radepont y de su formidable muralla.

El marqués de Radepont era uno de tantos títulos de Francia arruinados por éste o por el otro motivo. Vino a México agregado a la Legación y con buenas recomendaciones.

Al cabo de cierto tiempo, el ministro francés se retiró. Radepont cesó de ser agregado; parece que la pensión que le venía de Francia cesó también, y se vio precisado a solicitar protección de los buenos amigos que tenía. Hombre de finos modales, de variada instrucción y particularmente afecto a los estudios agrícolas Escandón y Jecker, que eran dueños de la hacienda de Atlihuayan, lo colocaron como administrador, con facultades para que aplicase todos los adelantos de la ciencia a la elaboración del azúcar y del aguardiente.

- ¿Por qué -dijeron- han de ser precisamente españoles los administradores de las haciendas? ¿Son ellos los únicos que saben fabricar el azúcar? ¿Hemos de estar siempre con los viejos trapiches del tiempo de la conquista, movidos por mulos? ¿No hay molinos horizontales que se mueven por vapor y muelen en un día más caña que los trapiches antiguos en un mes? Salgamos de la rutina.

Y como tenían dinero para salir de la rutina, encargaron un molino moderno a Francia y cuantos aparatos nuevos eran necesarios e instalaron en la hacienda al marqués de Radepont. Los españoles que había empleados en la hacienda y que hacían sus labores de siembra, riego y moliendo con regularidad, se disgustaron y se fueron a otras fincas, donde no les faltó colocación.

El marqués, según su modo de ver las cosas, encontró la casa en un estado salvaje, y dijo que era indispensable decorar la habitación de una manera confortable, lujosa y digna de los dueños de la finca y de la grande importancia que tenía; en consecuencia, trasladó de su casa de México sus pesados cortinajes de brocatel con flecos, borlas y abrazaderas; sus muebles Luis XV, sus cuadros de paisajes, su panoplia, sus pieles de león, sus estantes Y cómodas y cuanto habla traído de Francia, siendo lo más importante cuatro cajones de libros, de los cuales la mitad trataban del cultivo de la caña de azúcar, de las clases de azúcar, del análisis químico del azúcar, de la venta del azúcar; todo era azúcar y aguardiente en la biblioteca, exceptuándose algunas novelas y diccionarios.

La decoración y el lujo de la casa produjeron el resultado que debía esperarse. Antes de un mes, los pliegues y graciosas ondulaciones de las cortinas eran nidos de arañas y de alacranes, en los florones matizados del tapiz de papel, se paseaban sin ser vistos toda clase de insectos dañinos; debajo de los pesados sillones y canapés empañados con la humedad de la atmósfera, trataban de anidarse ciertas culebritas caseras más o menos dañinas. El marqués había sido picado por un alacrán y curádose gracias al maravilloso específico que liberta de la muerte a la gente que trabaja en los campos de caña, y del cual se burlaba pocos días antes diciendo que eran brujerías y supersticiones de la ignorancia en que vivían esos pueblos. Precisamente hablaban de eso el marqués y Escandón, que estaban sentados en la mesa del comedor, tomando café después de haber cenado tan bien como lo podían haber hecho en el restaurante *Helder* de París.

- Estos adornos y este lujo son buenos para la capital, pero en estas tierras, blanco y nada más que blanco por todas partes, porque de esa manera se ven venir los enemigos. Lo que me parece grave es lo de los campos; la caña no ha crecido como debía.

- No tenga usted cuidado alguno -le respondió el marqués, con mucha calma-, precisamente la caña debe estar como usted la ve. Los campos que presentan un aspecto muy frondoso no dan mucha miel, y ya verá que este año Atlahuayan molerá cien mil arrobas de azúcar, mientras las haciendas que usted admira no llegarán a sesenta mil, y si es verdad que se ha suprimido un riego, es porque no se pudra la raíz, y porque la caña extraiga de la tierra más sustancia sacarina.

Escandón meneó la cabeza con un aire de incredulidad.

Escandón y el marqués se divertían con tan infinita variedad de animalitos.

Cuando el silencio que reinaba, pues habían cesado los trabajos, fue turbado por el disparo de un arma de fuego, que se reprodujo en el eco de la bóveda de la poterna de ese extraño castillo.

- Nos asaltan -dijo el marqués poniéndose pálido.

- No tenga usted cuidado, nos defenderemos, y no entrarán. Voy a buscar mis armas y a reunir la gente. No, nada de eso, marqués -le contestó Escandón con mucha serenidad-. Observe usted por alguna parte si en efecto es gente que trata de entrar o algún viajero que ha disparado su arma de intento para llamar la atención, y que se le dé hospedaje.

- Podrá muy bien ser eso, voy a ver -le respondió el marqués.

Y en efecto, subió a la azotea, donde había un lavadero con un cObertizo, y desde allí se descubrían, no sólo las oficinas y patios de la hacienda, sino el campo a una gran distancia. El marqués registró cuidadosamente con la vista y no tardó en descubrir a la claridad de las estrellas, a los asaltantes al pie de la muralla. Descendió precipitadamente y dio parte a Escandón.

- Son muchos hombres a caballo, quizá doscientos.
- Entonces es una tropa del gobierno, tal vez.
- No lo creo -dijo el marqués.
- Pues sea quien fuere, lo mejor es hablarles por la reja, y abrirles la puerta.
- Ni por pienso, don Manuel -dijo el marqués cuando Escandón insistió en que se abriese de par en par la reja y la segunda puerta-, nos van a asesinar, y yo moriré, pero moriré matando.
- No se haga usted ilusiones, marqués. Si efectivamente es una banda de ladrones y entran en la hacienda, los operarios tendrán más simpatías por ellos que por nosotros y lo dejarán a usted solo en la pelea, y en ese caso puede contarse como muerto. Abramos.

El marqués, que no abriría, Escandón, que sí, y en esta discusión estaban cuando un hombre alto, bien proporcionado y bien vestido de oscuro, con una fisonomía varonil e imponente se presentó ante ellos con una pistola amartillada en cada mano.

- Al menor movimiento disparo y son muertos, sin remedio -les dijo con una voz firme y resuelta, y en esto y en sus ojos conocieron que no decía mentira, y que no tenía más que apoyar el dedo en el gatillo y en un segundo pasaban de Atlihuayan a tierras más calientes quizá, pues de seguro Escandón y el marqués estaban en pecado mortal.

Al marqués le temblaba la barba de cólera, debajo del espeso bigote entrecano. Escandón se había quedado mordiéndose las uñas como lo tenía de costumbre desde el momento que trataba un negocio grave, y don Pedro Cataño, con el cañón de sus pistolas dirigido al pecho de sus víctimas, estaba también inmóvil como una estatua.

- No hay necesidad, coronel, estamos desarmados y muy ajenos a oponer resistencia alguna, tome usted asiento y hablaremos.

- ¿Tengo el honor -dijo Cataño- de hablar con el señor don Manuel Escandón, dueño de Atlihuayan?

Y al mismo tiempo colocó las pistolas en el cinto y tomó asiento sin ceremonia, como si estuviese en su propia casa.

- No hace muchos días, quizá un mes, que he almorzado en este mismo comedor y en esta misma mesa con el señor marqués de Radepont, a quien entregué una carta de recomendación.

El marqués, sorprendido, atarantado y presa de mil encontrados sentimientos, no se había fijado en el personaje que tan repentinamente se había presentado; pero la indicación de Cataño le volvió el sí.

- Querido amigo -le dijo tendiéndole la mano-, ¿por qué no apretar el botón que está en la reja de la puerta? Habría sonado la campana y habría usted entrado a cenar con los amigos que trae. Es hora todavía y algo ha de haber en las cocinas.

- Precisamente eso dije a los muchachos hace poco rato en la cumbre del cerro. ¿Tendría usted la bondad de mandar abrir la puerta y que entren y acomoden sus caballos?

El marqués no esperó que su *cher ami* se lo dijese dos veces. Él mismo bajó, abrió la puerta de la reja, cuya llave traía, y los muchachos de don Pedro entraron, y bien aleccionados como estaban, se repartieron en las entradas y patios, listos para la defensa por si los operarios o amos la intentarían.

Don Manuel Escandón no volvía en sí de su sorpresa.

Don Pedro Cataño descendió a dar sus órdenes.

El marqués observaba azorado todas estas disposiciones, dictadas con tanto aplomo y seguridad como si fuese el dueño de la hacienda.

Cuando esto terminó, el marqués y don Pedro volvieron al comedor, donde había permanecido Escandón pensando cómo acabaría este lance, y qué partido podría sacar de su mala ventura.

- Vea usted -le dijo Cataño al marqués- cómo a veces las mayores precauciones son inútiles. ¿De qué le ha servido a usted este castillo feudal y las gruesas barras de fierro de la reja? La verdad, no toqué la campana porque el día que estuve de visita no vi el botón de la reja ni la campana que está en la segunda entrada, y si lo hubiera sabido, quizá en la hora que era me habría convenido entrar por otra parte.

- Es admirable, coronel, lo que usted ha hecho -le dijo Escandón- ; si no es indiscreción, ¿no podría decir cómo entró y pudo aparecérsenos repentinamente?

- De la manera más sencilla. Arrimamos un caballo muy manso a la muralla, uno de los muchachos se paró sobre él como un cirquero, otro pretendió subirse en los hombros del que estaba en pie sobre la silla del caballo para alcanzar la muralla; pero salió mal la suerte y los dos vinieron abajo, ninguno se lastimó, pero se salió de la pistola un tiro, que ustedes han debido escuchar. Ya no había remedio, estábamos descubiertos y era necesario no perder tiempo. Repetimos el ensayo y yo quise entrar el primero a la hacienda, era mi deber; alcancé una almena, la lacé con una reata y me descolgué al otro lado. Ahora somos ya amigos o por lo menos conocidos, y ya se puede decir todo; y a propósito y para que sigamos en buenos términos, exijo el más completo secreto. No olvidar que la vida va de por medio, y que si alguna denuncia se hace a la autoridad, usted, don Manuel, y usted, marqués, un día u otro y con mucho sentimiento mío, serán cosidos a puñaladas. Me han recibido como caballeros y como hombres de mundo, y de la misma manera me portaré.

Para inspirarles más confianza, don Pedro se quitó sus dos pistolas del cinto y las puso sobre la mesa.

Siguieron en plática hasta muy entrada la noche, y tanto Escandón como el marqués quedaron muy prendados de las maneras del capitán o coronel, como le llamaban, y de lo variado y florido de su conversación.

Se avanzó hasta ofrecerle un destino en las minas o en alguno de los establecimientos agrícolas o industriales de que era dueño.

Don Pedro, por toda respuesta, le dijo:

- Es el destino el que me guía; hace tiempo que no tengo voluntad propia; no puedo disponer de mi. En cuanto a dinero, nunca me ha faltado, y ¿para qué lo quiero? ¡Dormir! ... ¿Quién habría de dormir en esa noche que se pasó en fumar y en tomar el fresco por los patios?

Todo el resto del día estuvo don Pedro y su gente en Atlihuayan, y cuando cerró bien la noche, se pusieron en camino.

- Estoy seguro -le dijo Cataño a Escandón al despedirse- que no será tan bien recibido como aquí en la hacienda donde pienso pasar la noche; pero ya veremos; de la misma manera me portaré yo.

Escandón dio la mano a Cataño y le deslizó un papelito.

Cataño lo abrió y lo leyó. Era un vale de tres mil pesos al portador.

- ¿Se puede cobrar?

Escandón, con otra mirada, contestó cuanto le quería preguntar Cataño, y le dijo con naturalidad y sencillez:

- No lo habría dado.

CAPITULO CUADRAGÉSIMOQUINTO

Asalto de la Hacienda del Hospital

De la Hacienda de Atlihuayan se dirigió don Pedro, a la cabeza de su gente, a la del Hospital. No era tan fácil la empresa; pero precisamente buscaba la ocasión de imponer su voluntad al país con una hazaña que hiciera ruido en la capital misma y que llegara, por consiguiente, al conocimiento del gobierno. *Relumbrón* quería el robo y el dinero.

La Hacienda del Hospital no presentaba a la vista el aspecto imponente de un viejo castillo de los tiempos de Guillermo *el Conquistador*.

Además, la finca no pertenecía a personas tan pacíficas como Escandón y el marqués, sino por el contrario, a hombres belicosos que no se dejaban de nadie y a los cuales era necesario tratar con todo miramiento.

Los Peñas eran dueños de la Hacienda del Hospital. Eran todo lo que había que ser en México.

Eran, en una palabra, los Peñas, hombres activos, que trabajaban en cuidar sus intereses, se daban una vida regalada, y pasaban por ser atrevidos y calaveras. *Relumbrón* quería parecerse a ellos y los quería imitar, sin llegarlo a conseguir.

Don Pedro Cataño calculó su camino; fuese a sestear al frondoso bosque de Casasano, y cuando lo consideró conveniente, volvió a ponerse en camino para caer a la Hacienda del Hospital a eso de las diez de la noche.

Era necesario un asalto, venía decidido a intentarlo, y tenía el secreto de triunfar, aunque exponiendo su vida y la de sus muchachos. En la visita previa de inspección que hizo a la Tierra Caliente, había notado que, por la parte del jardín, un pedazo de cerca estaba cayendo, y que entre tanto se componía, se habían colocado unas piedras redondas para impedir provisionalmente el paso de animales. Si, pues, la cerca no estaba reparada y los vigilantes andaban por otro lado, por allí haría su entrada.

Reconoció con mucho cuidado y encontró, en efecto, la cerca en el mismo estado de deterioro. Quitando las piedras redondas lo cual era muy fácil, se podría penetrar a caballo por entre las flores olorosas y magnolias del jardín hasta el patio principal de la hacienda. Más tardó en pensarlo que en hacerlo. Después ordenó que seis de sus muchachos llamasen la atención por el frente disparando sus armas y armando ruido, vocerío y gritos como si fuese mucha gente. Los veladores corrieron al ruido, dispararon también sus armas, y ambos, operarios y criados acudieron a la defensa del lugar del peligro. Eso precisamente quería Catano y así que consideró que estaban muy empeñados en rechazar el asalto de frente, penetró por la espalda del edificio.

En medio de los gritos, de los balazos y de la confusión, los hermanos Peña pudieron subir a la habitación, cerraron las puertas y resolvieron defenderse.

Don Pedro, en su arrogante caballo, se colocó en el centro del patio y gritó con todas sus fuerzas:

- ¡A nadie se le tocará el pelo de la ropa si no hay resistencia! ¡Viva México! ¡Vivan los operarios de Tierra Caliente! ¡Viva la Hacienda del Hospital! ¡Vivan los hermanos Peñas! ¡Todo el mundo quieto!

Y subió precipitadamente a la habitación adonde había visto entrar a los dueños de la finca.

Don Pedro obró en ese acto como un gran político.

No se necesitó que tocase la puerta, los Peñas le abrieron y se le presentaron desarmados.

- Grité tan recio como pude -les dijo Cataño- para que todo volviese al orden después de mi brusca entrada, y me alegro que me hayan escuchado desde el balcón, y la prueba de la confianza que tienen en mis palabras. Suplico a uno de los señores Peña, con quienes supongo hablo, que dé sus órdenes para que continúen los trabajos de la finca y cada una vuelva a sus ocupaciones o al descanso. Le ruego también que disponga que se les dé un pienso a los caballos de mis muchachos, y como sé que en estas haciendas hay víveres de sobra para un regimiento, nos bastarían unas tortas de pan, un trozo de queso y unos tragos del Holanda que produce la fábrica.

En esto fuéronse entrando a la sala, y los Peñas, hombres de imaginación y afectos a aventuras, cada vez estaban más asombrados de lo que veían, y simpatizando con su aparecido huésped, lo hicieron sentar, devolviéndole sus pistolas, y colmándolo de francas atenciones.

La hacienda, en efecto, entró en quietud; cada cual siguió en sus tareas, y los muchachos de Cataño desensillaron (con su permiso) los caballos, los colocaron en las cuadras y se diseminaron por la hacienda. Como del asalto, balazos, ruido, vocerío no resultaron sino tres o cuatro contusos sin gravedad, pronto fraternizaron en los patios y oficinas asaltados y asaltantes, amos, criados y operarios.

Pocos momentos bastaron para que Cataño adquiriese la convicción de que los Peñas no lo habían de denunciar, y éstos la certeza de que ni Cataño ni su gente les habían de hacer dano; así alegres, que no bebidos, fuéronse todos a la cama y durmieron con absoluta tranquilidad hasta las nueve de la mañana del día siguiente. Cataño mandó ensillar y se despedía sin hablar ni una sílaba de dinero. Los Peñas, más listos que Escandón, se anticiparon, lo llevaron al escritorio y abrieron las cajas.

- Habrá aquí tres o cuatro mil pesos -le dijeron-, puede usted disponer de ellos; pero la verdad es que nos harían mucha falta para la raya. En casa, en México, podemos disponer de lo que usted quiera.

Cataño había buscado en la Hacienda del Hospital un hecho de armas y el escándalo consiguiente; en cuanto a dinero, le importaba poco, y no tenía mucho empeño en llenar la caja de *Relumbrón*, así es que les contestó:

- Querla hacer conocimiento con ustedes, pero como se hace entre calaveras.

- En la casa de México se come a la una en punto. El día que tenga humor de ir, tendrá su cubierto; somos hombres solos, y como aquí, no hay ceremonia. ¿Pero irá usted? -añadió Peña con marcada intención y mirándolo fijamente.

- Lo prometo a fe de hombre -le contestó Cataño, o, acentuando también las palabras; y diciendo esto, prendió las espuelas al arrogante caballo que no se habían cansado de elogiar los propietarios de la Hacienda del Hospital, y desapareció entre una nube de polvo, seguido de sus treinta y dos muchachos.

Antes de emprenderse la expedición a la Tierra Caliente, *Relumbrón* y Cataño habían concertado un plan, que era el siguiente:

Tratar con muchas consideraciones a los propietarios si se encontraban en sus fincas. Hacerles entender que tenían que dar dinero, pero no exigírselo por la fuerza.

Adular y proteger a los trabajadores oprimidos por el despotismo de los administradores.

En vez de encargar el secreto en la Hacienda del Hospital, salió de ella como quien dice a son de trompeta y tambor, y no esperó la noche para caer sobre otras haciendas, sino por el contrario, la clara luz del día.

La noticia del asalto y toma a viva fuerza de la Hacienda del Hospital, se esparció a los dos días con tanta velocidad en la comarca, como si hubiese en ese tiempo estado establecido el telégrafo eléctrico entre todos los pueblos y haciendas; pero como sucede siempre, el suceso no se refería como pasó, sino abultado enormemente.

Cataño recorrió rápidamente las haciendas y pueblos. Trataba a la baqueta a los administradores; recogía cuanto dinero encontraba; los amenazaba con la muerte; al menor intento de resistencia se apoderaba de los mejores caballos; se hacía servir para él y los treinta y dos muchachos los vinos y manjares más exquisitos, y cuando terminaba una expedición, en vez de huir, entraba como triunfador al pueblo más cercano, hacia comparecer al prefecto y a los alcaldes, les imponía sus órdenes y les notificaba que teniendo que residir por largo tiempo en la Tierra Caliente, exigía que lo protegieran, ya junto con su fuerza o individualmente a cada muchacho dándole asilo y ocultándolo si las tropas del gobierno lo perseguían; que la menor falta sería castigada con la pena de muerte. Del pueblo salía agasajado y festejado por la población en general, porque arengaba a la multitud, aseguraba que los iba a redimir del despotismo de los gachupines y del dinero que recogía en las tiendas, en los municipios y en las haciendas, repartía una parte a los pobres. Fue tal el prestigio que adquirió la partida de *Los Dorados* en tres semanas que bastaba que uno solo de ellos entrase a un pueblo, para que se abrieran todas las puertas para recibirlo. Los administradores y dependientes españoles, por su parte, presos de un pánico que no pudieron dominar, huyeron a México, dejando las fincas poco más o menos abandonadas, los arrieros rehusaban ir a cargar y los compradores del interior se retiraron.

Cuando ya no hubo dinero ni caballos que coger, Cataño se retiró como había venido, y él y los treinta y dos fueron llegando a la Hacienda de Arroyo Prieto.

Relumbrón fue a recibir a Cataño, lo abrazó y le dijo cuanto podía lisonjear su amor propio; pero descargadas las tres mulas tordillas, estuvieron muy lejos de parecerse a las cinco mulas *cambujas*.

Lo de más importancia era el vale de tres mil pesos de Escandón y el almuerzo de los Peñas.

- ¿Pero cómo cobrar este vale -preguntó *Relumbrón*- sin peligro de caer en una celada?

- ¿Ha pensado usted, ni por un momento, que Escandón sea un denunciante? Poco le conoce entonces. Yo cobraré personalmente el vale, e iré a almorzar con los Peñas.

Relumbrón miró a Cataño con aire de admiración y de duda. Cobró personalmente el vale en casa de Escandón, llevó el dinero en un coche al compadre platero.

Al día siguiente se presentó en la casa de los Peñas a la una en punto de la tarde.

No se asombraron los Peñas de que don Pedro se presentase, pues bastó el poco tiempo que pasó en la hacienda para que conociesen su carácter.

Los Peñas, como Escandón, le decían coronel, y lo que más llegaron a penetrar fue que en alguna época de su vida había sido militar.

Cuando se despidió ya era muy entrada la tarde, el jefe de la casa sacó de la bolsa una cajita de oro con rapé y le ofreció. Después, un cartucho con onzas de oro, y se lo deslizó en la mano. Don Pedro se lo devolvió.

- No, gracias; no necesito dinero. Aceptaré la caja de polvos.

Desde que se supo en México el asalto de la Hacienda del Hospital con las consiguientes exageraciones, los hacendados se llenaron de inquietud, pero cada uno esperaba recibir noticias de su administrador para resolver alguna cosa. Lo que más les llamaba la atención era que Escandón, que había regresado, no dijese una palabra. Fue una comisión a preguntarle y respondió con la mayor indiferencia:

- Nada sé, nada ha pasado en Atlihuayan mientras yo he estado allí. Escribiré al marqués, y si algo hubiese, se lo comunicaré.

En la casa de los Peñas, el mismo silencio. Habían mandado un mozo con una carta para su casa, diciendo que ninguna novedad había.

Entonces la aristocracia azucarera salió de su habitual apatía y se reunieron en junta.

Y no fue sino a la cuarta o quinta sesión cuando acordaron nombrar una comisión que se acercara al presidente para manifestarle que, si no se tomaban providencias urgentes, la ruina de la Tierra Caliente era segura y se perdían millones y millones. Se alargaron hasta a hacer un supremo esfuerzo y ofrecerle al gobierno quince o veinte mil pesos que se le pagarían (casi en el acto) con los derechos que vencieran en la aduana, el azúcar y el aguardiente.

El gobierno, como bueno, cumplió su palabra, aprovechando la ocasión para complacer a los *ricos homes*; creyendo ganar así partidarios y amigos, y sin aceptar sus ofrecimientos de dinero dispuso que en el acto (cuando ya no existía ni un solo *dorado* en Tierra Caliente) marchara una fuerza de caballería a la cabeza de un jefe intrépido, que persiguiese sin tregua ni descanso a los bandidos y los aprehendiese para que recibiesen el condigno castigo conforme a las leyes.

Ese jefe intrépido no fue otro que el famoso Evaristo, por otro nombre don Pedro Sánchez, capitán de rurales (ya con grado de teniente coronel).

En menos de dos semanas recorrió la mayor parte de las haciendas y pueblos dizque buscando a *Los Dorados*, pero Atila y su caballería no habrían hecho tanto daño como los de Tepetlaxtoc. Cuando el tornero llegaba a una hacienda, aunque le ofrecían caballerizas y pasturas, decía que sus caballos necesitaban refrescarse, y los echaba a los campos de caña y de maíz; los valentones se esparcían por todas las oficinas registrándolo todo, robándose lo que podían, pisando con sus zapatos sucios el azúcar en los asoleaderos, exigiendo que se echase a perder una caldera de miel para comerse una calabaza en tacha, llamando a los administradores y dependientes *gachupines*, collones y hullas, que no habían tenido valor para defenderse de cuatro borrachos, pues los tales *Dorados* -decía Evaristo (alias Pedro Sánchez)- no eran más que cuatro borrachos cobardes, y con este motivo echaba bravatas y ternos, apuraba copas de Holanda fino y amenazaba comerse a la tierra entera.

Cuando los hacendados tuvieron noticias exactas de lo que había pasado, a poco más o menos, en todas las haciendas, y de la manera como se habían portado las tropas que habían ido a redimirlos, se volvieron a juntar de nuevo, disputaron entre sí acaloradamente, se expresaron (bajo reserva) con mucha vehemencia en contra del gobierno, y resolvieron nombrar una comisión para suplicar al presidente que no los volviese a socorrer ni a mandar fuerza armada, y que preferían correr su suerte y entregarse en manos no sólo de *Los Dorados*, sino de los diablos mismos del infierno.

CAPITULO CUADRAGÉSIMOSEXTO

Pasos en La Azotea

Cuando regresó Evaristo y contó sus hazañas a *Relumbrón*, éste se frotó las manos y reía a carcajadas.

- ¡Qué chasco! ¡Qué chasco para esos señorones que parece que no los merece la tierra! ¿Qué ha dicho el gobierno?

- Aquí está un oficio muy satisfactorio -le contestó Evaristo- en que me da las gracias y me previene me vuelva a mi puesto, porque parece que la diligencia ha sido robada por el Pinal. Me voy en el acto a ver lo que pasa. Creo que será alguna fechoría de Hilario, que se va volviendo muy pícaro y muy voluntarioso.

Por una garita se fue el capitán de rurales a Río Frío y por otra salió don Pedro Cataño a su segunda expedición a la Tierra Caliente.

Por este tiempo se descolgó por el antiguo mesón de San Justo, José Gordillo, el cochero del conde del Sauz.

Relumbrón quedó agradablemente sorprendido, al hacer su visita semanal al mesón para arreglar cuentas, de encontrarse con Gordillo, al que creía no ver en mucho tiempo.

Se encerraron en un cuarto, y de los bolsillos del cochero pasaron las alhajas a los del coronel *Relumbrón*, quien, como era domingo, de allí se fue derecho a la casa de su compadre el platero a almorzar, y no pudiendo resistir, aun sin la precaución de cerrar la puerta, echó a granel sobre el blanco mantel la abundante pedrería.

Al día siguiente comenzó a trabajar para montarlas maravillosamente en anillos, collares, aretes, y demás primorosos dijes, que, a medida que estaban concluidos, los encerraba en estuches de terciopelo y seda.

Como se ve, los asuntos de *Relumbrón* caminaban viento en popa, y su grandioso plan estaba a poco más o menos desarrollado. Don Moisés además de su parte de utilidades se había asignado diez onzas diarias como director de las partidas, pero como los puntos eran de lo más rico de México, para todo había, y presentaba un balance mensual con un saldo a favor de la compañía de tres a cinco mil pesos. La casa de moneda, dirigida con un cuidado extremo por el *licenciado Chupita*, que decía que era mejor paso que dure, que no trote que canse, producía un mes con otros sus tres mil pesos líquidos, y los hábiles monederos iban a gran prisa haciendo sus economías para el caso de una desgracia. La hacienda, bajo la inteligente dirección de Juan, tenía unos frondosos sembrados de trigo, de cebada y de maíz, y no sólo daba para sus gastos, sino que siempre tenía Juan en el cuarto de raya dinero sobrante.

Las expediciones de don Pedro Cataño más eran de ruido que de dinero; sin embargo, podía calcularse en seis u ocho mil pesos cada mes, entre vales al portador y morralla que se recogía en las tiendas y cuartos de raya.

Los gachupines de las haciendas, con tal de que no volvieran las fuerzas del capitán de rurales, habían concluido por entenderse con *Los Dorados*, y como su jefe, salvo la tentación que tenía de dar una paliza a los Garcías, era de lo mejor y no habían mediado ni asesinatos, ni incendios, se ordinariaron las cosas al grado de que Cataño y sus treinta

y dos muchachos habitaban en Tierra Caliente con tantas comodidades y seguridad como en su propia casa. Por miedo, por egoísmo, por conveniencia propia, ningún vecino pensaba en denunciarlos ni en perseguirlos.

Faltaba a *Relumbrón* para complemento de su plan, darle la última mano al servicio de la ciudad.

El tuerto Cirilo y su pandilla estaban comiendo de balde, entreteniéndose en armar bola en las puertas de las iglesias, en pasearse y comer cacahuates, naranjas y cocos en las luces de Regina y de la Merced, aprovechando ellos y sus mujeres la ocasión de sacar algunos pañuelos y cortar las faldas de las rotas, por sólo hacerles daño. Tal situación no podía prolongarse y perjudicaba notablemente a *Relumbrón*, pues Lamparilla se ocupaba constantemente de sacar de la cárcel a mascaderos y borrachines.

Como *Relumbrón* iba precisamente a soltar a los ladrones, tenía a su disposición para emprender sus hazañas las muchas calles, plazas y callejones de la capital y sus espaciosos terrados.

Pero quería golpes seguros y de resultados positivos.

Como su tertulia de los jueces era cada vez más concurrida y la asistencia constante del marqués de Valle Alegre le había trado un arte de la rica aristocracia, particularmente de caballeros, ya sabía, con la manía de preguntar la hora que era, quiénes tenían relojes de doscientos pesos arriba, quiénes sortijas y botones de brillantes, y a poco más o menos el dinero que acostumbraban llevar en la bolsa. En cuanto al interior de las familias, poseía pormenores tan curiosos y tan precisos que hubiese podido escribir un *Diablo Cojuelo*, más interesante que la insulsa novela que tan innecesaria fama ha dado a su autor.

Era ya tiempo y comenzó a obrar. A las siete en punto de la mañana se presentaba doña Viviana la corredora en la tienda de *La Gran Ciudad de Bilbao*, y le leía, por ejemplo, el siguiente apunte a don Jesús el tinacalero.

Don Sebastián Camacho. Reloj de oro inglés con diamantes; cadena de oro con un botón corredera de zafiros. Se retira a las nueve de la noche a su casa, pasa por la Plazuela de San Fernando. No carga armas y es tímido.

Don José Govantes. Botones de gruesos brillantes en la camisa. Mucho dinero en oro en la bolsa. Vive en la calle de Medinas; es muy gordo, muy viejo y muy cobarde. Con un grito se sume. Al entrar en la puerta de su casa se le pueden arrebatar los botones. Es tuerto.

El escribano Orihuela. Carga mucho dinero cuando se retira de su oficina. Por la calle de Santa Inés se le puede asaltar en una noche lluviosa, pues va envuelto en su capa, y abrazándole por detrás no se moverá, pero será necesario taparle la boca, pues dará de gritos al sereno. Cobardísimo.

Casa número 6. Puente de Solano. Vive el capellán de la Santísima Virgen de la Soledad de Santa Cruz y tiene mucho dinero de las limosnas y las alhajas de nuestra madre y señora. Observar la casa y decir cómo se dará el golpe de seguro.

Casa número 5 de la calle de la Pila Seca. Un matrimonio muy rico. Viven solos con una criada, el portero es borrachín. Observar la casa y preparar por el zaguán de la calle o por la azotea un asalto.

El lunes próximo, 16 de septiembre, armar mucha bola en la Alameda cuando acabe el discurso del orador. Los regidores tienen buenos relojes y cadenas de oro. Aprovechar todo lo que se pueda.

Por este estilo seguían las instrucciones de doña Viviana, y una vez que acababa rompía en pedacitos menudos el papel y se marchaba. Don Jesús el tinacalero, con su mala letra, pero muy buena memoria, escribía a su vez otro apunte que guardaba cuidadosamente en su bolsillo.

Lo que preocupaba más a *Relumbrón*, muy contento Con la adquisición de los solitarios del intendente del ejército, era el capellán de la Soledad y doña Dominga de Arratia. Ella misma, que era parlanchina y le gustaba hacer alarde de sus riquezas, le había contado lo mucho que le producían sus haciendas y sus fincas añadiéndole que, desconfiando de todo el mundo, aun del Montepío, que podía quebrar algún día, ella misma guardaba su dinero, pero escondido de tal manera en su casa que desafiaba a todos los ladrones de México a que lo encontraran. La dificultad era llegar a saber cuál era el escondrijo, para no dar un golpe en vano. *Relumbrón* previno inmediatamente a doña Viviana se dedicase a esta averiguación y diese las instrucciones que fuesen del caso al tuerto Cirilo. La casualidad vino a ayudar al intento.

Al despedirse, ya en el portón, doña Dominga le dijo:

- Me va usted a hacer un favor, doña Viviana, y es buscarme una muchacha, pero fea, muy fea, porque la que tengo es muy visvirinda y bonitilla, y mi marido no me deja criada a vida.

- Difícil es lo que usted quiere -le contestó la corredora- porque no hay quince años feos, y todas nuestras muchachas tienen, mal que bien, algo que guste a los hombres; pero trataré de hacer su encargo.

La casualidad, como se ha dicho, hizo que a los dos días se presentara en el taller de vestuario una anciana acompañada de una muchacha que no tendría veinte años; se llamaba Inocencia.

CAPITULO CUADRAGÉSIMOSEPTIMO

El capellán y el cura

Mucho ruido en la ciudad a causa del robo de la casa de doña Dominga de Arratia, tanto porque era una persona conocida de muchas familias como porque no dejó de saberse, con todos sus pormenores, el descubrimiento del secreto de la caja fuerte que había hecho construir desde que compró la casa, en la espesa pared divisoria.

Doña Dominga mandó poner trancas y cerrojos en todas las puertas; pidió al Ayuntamiento dos serenos de confianza, uno para la azotea y otro para el portal de la calle; el marido compró pistolas, escopetas y mucho parque; pero ya era inútil. El oro sacado de la alacena no volvería más. Hecha un mar de lágrimas, no tenía más consuelo que visitar las más noches a Prudencia y a Coleta, hablarles de su desventura y de las agonias que experimentó desde que escuchó los pasos en la azotea hasta que la portera la vino a libertar. ¿Quién había indagado dónde guardaba su dinero, pues ni a su confesor se lo había comunicado? Recayeron sus sospechas en Inocencia; pero la pobre muchacha había sido la primera víctima; así, no era posible, y desechó ese mal pensamiento; se devanaba los sesos y no podía descifrar el enigma.

El juez de turno, a quien tocó hacer las primeras averiguaciones, desplegó la mayor actividad, registró las azoteas y no encontró rastro ninguno, cateó la mayor parte de las casas de vecindad y no pudo averiguar la menor cosa.

Pero el ejemplo de este robo, hecho con tanta destreza y fortuna, animó a los ladrones de la ciudad que no estaban afiliados a la banda del tuerto Cirilo, y los pasos en la azotea se escuchaban cada noche, ya en una casa, ya en otra.

El barrio, o por lo menos la calle de una y otra acera, se alborotaba. Los balcones se abrían, los de la casa se asomaban preguntando al vecino de al lado qué sucedía, cuál era la casa asaltada, cuántos eran los ladrones, cuántos los matados, cuánto dinero habían robado. El vecino, que nada sabía, preguntaba al que le seguía y así sucesivamente, hasta que concluían por no saber nada.

El alcalde del cuartel escribía al día siguiente al inspector de policía un parte concebido así:

En la calle de la Quemada, número 5, a cosa de las once de la noche, pidieron auxilio por el balcón, gritando que había ladrones. Habiendo ocurrido los guardias 65, 68, 70 y 71, registraron la casa y las azoteas, y no habiendo encontrado nada, se retiraron sin novedad.

Estas escenas se repetían noche a noche por diversos rumbos.

Relumbrón, que, como si fuese el director de la policía, tenía un parte diario circunstanciado de lo que pasaba en la ciudad, se reía y se burlaba de la tontería de los ladronzuelos sueltos que no querían entrar en la banda del tuerto Cirilo y se exponían a caer o en la cárcel o de una azotea, por robar ropa usada y el prorrato de algún pobre empleado, alegrándose, por otra parte, de los escándalos nocturnos, porque ellos

ocupaban la atención del público y de la poca guardia de que podía disponerse para la custodia de una ciudad ya bastante grande, y le dejaban tiempo para combinar y llevar a efecto los golpes seguros y productivos que tenía meditados.

La casa del viejo capellán estaba situada en la mera esquina del Puente de Solano y el costado de ella daba al canal, cuyas aguas turbias y cenagosas se confundían y mezclaban con las que manaban las dos atarjeas de la calle de la Acequia; la casa era sola, pequeña, sombría, húmeda, triste, enfermiza; pero así y todo, el capellán y su hermana la habitaban hacía treinta años. Estaba cerca del templo y esto bastaba.

Durante dos semanas, el tuerto Cirilo observó la casa y adquirió cuantas noticias eran necesarias. El capellán pasaba de los sesenta, y su hermana, de poco menos edad, ambos inofensivos por carácter y débiles por los años, no podían oponer resistencia, y además, eran muy confiados, porque en treinta años nada les habla sucedido y creían que la Virgen de la Soledad cuidaba su dinero y sus joyas.

El tuerto Cirilo arregló sus procedimientos conforme a estas noticias.

Eligieron una noche oscurísima para su expedición, y a las nueve estaban en la chalupa, debajo del puente, esperando que acabasen de cerrar los tendejones de la calle y que hubiese una soledad completa, lo que acontecía habitualmente, pues las gentes de ese barrio triste se recogían muy temprano. A las diez era tal la oscuridad que ni las manos se veían, y reinaba un silencio que podía oírse el zumbido de un mosco.

Colocáronse en la chalupa debajo del balcón, y con facilidad echaron una reata al barandal; por ella subió el tuerto Cirilo y Chucho el garrote quedó en la chalupa esperando el resultado.

Entretenidos delante de una pequeña mesa de pino, acababan su modesta colación y la hermana daba precisamente cuenta al capellán de que en la mañana había llevado las alhajas más valiosas a don Santitos, el platero de la Alcaicería, para que les hiciese ciertas composturas necesarias y las limpiase, cuando se presentó repentinamente, como si hubiese salido de una trampa, el tuerto Cirilo, con sus deformes narices de cartón y un afilado puñal que puso al pecho del capellán.

- ¡No hay que moverse o son muertos! -les dijo con voz ronca que procuró hacer más terrible e impotente.

La anciana dio un grito y se tapó los ojos; el capellán permaneció sereno.

- No hay necesidad de un crimen; dos viejos ninguna resistencia pueden hacer -dijo con voz entera, y desvió con la mano el puñal que el tuerto Cirilo mantenía cerca de su pecho.

- ¿Dónde están el dinero y las alhajas? -interpeló el bandido retirando el puñal.

- Aquí, seguidme -le contestó el capellán tomando la vela de la mesa.

- ¿Qué vas a hacer? -interrumpió la hermana algo animosa, al ver que el ladrón había guardado ya el puñal en su cintura.

- Cedo a la fuerza -dijo tranquilamente el capellán.

Y andando delante, condujo al tuerto Cirilo a su recámara y abrió los cajones de una cómoda antigua de caoba. En ella estaba la cajita de alhajas, casi vacía, y una serie de tecomates.

Después sacó uno a uno los tecomates y los acercaba a los ojos del ladrón.

- Ya ves -continuó-, hay de todas monedas y es mucho, qUién sabe cuánto, no lo he contado todavía, pero ello no es mío ni de mi hermana, sino de Dios, de la Virgen y de la Iglesia. Son ofrendas de personas piadosas, seguramente más felices que tú, que estás en carrera de terminar en la horca y en las llamas eternas del infierno si no te toca Dios el corazón y te arrepientes a tiempo.

Quedó verdaderamente pasmado; le hizo tal impresión la actitud del sacerdote y la energía y decisión con que pronunció sus últimas palabras, que en cinco minutos no pudo hablar.

- Bien, padre, usted tiene razón, eso no es de nosotros. No quiero nada, no me llevaré nada. Se acabó ... Me voy ... me voy por el balcón, que abajo me espera mi compañero.

Y dando pasos atrás, y como asustado de la figura tranquila pero imponente del viejo capellán, que le iba alumbrando con el cabo de sebo en el candelero de cobre, bajó la escalera, entró en el cuarto de muebles viejos, se descolgó por el balcón a la chalupa, quitó la reata y tomando el remo le dijo a Chucho el garrote:

- Ya te contaré, nos han chafado; habria querido entrar en casa de todos los diablos, pero no aquí.

La chalupa, deslizándose silenciosa entre las aguas negras del canal, desapareció a poco entre las sombras de la noche.

Evaristo, en su rumbo, tuvo en esos dias dos lances.

Uno de tantos dias, a la hora en que llevaron las dos diligencias, Evaristo estaba de servicio. En el que iba para Puebla viajaban cuatro mujeres, un religioso dominico y un caballero muy elegantemente vestido.

Terminado el almuerzo y remudados los caballos, los cocheros subieron al pescante y los pasajeros tomaron sus asientos. Evaristo se acercó al cochero de la diligencia en que iba el caballero y le dijo algunas palabras; después se dirigió a la portezuela y dijo al caballero:

- ¿Usted es el señor don Carloto Regalado?

- Servidor -contestó con cierto aire de dignidad.

- Pues entonces tengo una carta que entregar a usted en mano propia y algo que decirle, si me hace favor de bajar.

Don Carloto no tuvo dificultad en bajar.

- Bien, ¿dónde está la carta? -preguntó don Carloto saliendo del aturdimiento que le había causado tan rápida como inesperada escena.

- La carta, la ... la carta ... ya se la daré -contestó Evaristo fingiendo que la buscaba en sus bolsas.

- Ahora nos hemos de ver la cara, roto arrastrado, y no en la calle de Plateros. ¿Cree que porque ya pasó el tiempo se me han olvidado los palos que me dio? Aquí en la frente tengo todavía el verdugón.

Don Carloto, helado, no salla de su estupefacción. Se acordaba tanto de los bastonazos que había dado a Evaristo como de la primera camisa que se puso.

- Deme el bastón -le interrumpió con altanerla Evaristo.

Don Carloto, sin replicar, le dio el bastón, cuyo puño y regatón de oro eran los mismos que tenía el que le quebró en las costillas en la calle de Plateros.

- Ahora, no con la pistola, porque eso sería hacerle mucho favor, sino con el mismo bastón con que usted me pegó, se lo voy a romper en la cabeza.

Evaristo se encajó la pistola en la cintura y comenzó a blandir el bastón y a amenazar a don Carloto.

- Pero esto no es posible; no hará usted tal cosa ... Ya recuerdo; quedamos amigos, usted prometió no vengarse y yo di el dinero que se me pidió ...

- Eso es mentira, dio usted doscientos pesos y no los trescientos a que lo sentenció el gobernador, y aprovechó la ocasión de que renunciara para recoger el bastón ... de balde, pechado ... sinvergüenza ... Si siquiera hubiese cumplido su palabra, ahora le valdría de algo.

- Si es por eso, nos podremos arreglar, capitán -dijo don Carloto.

Pero alzando el bastón, Evaristo lo dejó caer en la cabeza de don Carloto, pero éste evitó el golpe con las manos, asió el bastón fuertemente y se trabó una lucha, en la que, como más fuerte, salió triunfante Evaristo. Ya no conoció límites su rabia. Se retiró algunos

pasos y, volteando el bastón por el grueso puño de oro, donde estaba en diamantes el nombre del dueño, Carloto Regalado, le descargó un tremendo golpe en la mejilla, por lo que el infeliz cayó al suelo, gritando:

- ¡Misericordia! ¡Estoy dado! ¡Perdón, capitán, daré todo cuanto tengo; pero la vida, la vida, por Jesucristo Crucificado!

A medida que don Carloto suplicaba, Evaristo gritaba blasfemias, y los aullidos de dolor de la víctima se confundían con las exclamaciones de rabia del verdugo. Dióle muchos palos en la cara, en la cabeza y en el cuerpo, hasta que se hizo pedazos el bastón y no quedó más que el puño de oro y brillantes. Evaristo, fatigado, apenas podía respirar. Don Carloto ya no respiraba.

- ¡Condenado roto! -dijo Evaristo sentándose en una piedra-. Cómo me ha hecho trabajar. Esta gente tiene la vida dura como los gatos.

Se acercó; don Carloto respiraba, y abrió un momento el ojo que tenía bueno (pues el otro estaba saltado) y miró a su asesino de tal manera que dio miedo a Evaristo, el que tomó la pistola de su cinturón y le disparó un balazo que le acabó de hacer pedazos el cráneo.

- Ya no me mirarás más, roto arrastrado.

Y tomando lentamente la vereda por donde había venido, descendió a la venta de Río Frío, donde le sirvió el alemán un copioso almuerzo, pues cuando asistió a la mesa de los pasajeros apenas probó bocado, ocupado en observar a don Carloto y meditar el plan para matarlo.

Cuando las diligencias partieron, los postillones, con los caballos ya refrescados, se metieron a las caballerizas, y las alemanas a la fonda; así, probablemente nadie notó que Evaristo había entrado con un pasajero de la diligencia al monte y regresado solo; pero el ojo de la Providencia ve al asesino, y el ojo de la Providencia era doña Rafaela la dulcera, antigua vecina de la casa de Regina, que, con motivo de negocios con las monjas de Puebla, hacia cada tres o cuatro meses un viaje. Nunca había encontrado a Evaristo, y no fue poca su sorpresa y su miedo cuando lo reconoció, no obstante el tiempo transcurrido y el diverso traje que tenía. Fijó su atención en el pasajero a quien llamó Evaristo, y tuvo por seguro que ese desgraciado iba a ser víctima del asesino de Tules.

La ausencia prolongada de don Carlota Regalado no llamó la atención de sus numerosos amigos de México.

¡Qué lejos estaban de creer que, por no haber querido comprar hacía años una curiosa almohadilla, había perecido a manos de Evaristo el Tornero!

Como a esta famosa hazaña de Evaristo siguió otra, la colocaremos en este mismo CAPITULO , para ocuparnos en el siguiente de uno de nuestros amigos, que ha hecho un interesante papel en esta verdadera historia.

Uno de los valentones más perversos de Tepetlaxtoc, a quien llamaban Marcos el Gallera, porque no había fiesta de pueblo donde no topara gallos, le dijo a Evaristo:

- Mi capitán, ya vi que se sacó usted de la diligencia un ... Y no ha vuelto a aparecer.

- ¿Y por qué has dado en espiarme? ¿Qué te importa lo que yo haga?

- Al fin era un roto, mi capitán, y ha hecho muy bien de quitárselo si le estorbaba, pero nada le hace, y tenía que decirle a mi capitán de un golpecito fácil que nos puede convenir. ¿Conoce mi capitán el pueblecito de Coatlinchan y la hacienda de Tepetitlán?

- He pasado de noche varias veces, pues por el rancho de San Jerónimo se corta camino para los Coyotes.

- Pues no le hace -le contestó Marcos-. Conozco esa tierra como mi casa y yo lo guiaré.

- ¿Qué golpe tenemos que dar? -le preguntó Evaristo.

- A un indio gordo como un marrano y relajo como un caballo zarco (1). Ese indio se llama don Antonio Galicia y es alcalde del pueblo de Coatlinchan. Ha juntado en oro y en plata como cosa de siete mil pesos, se los ha dado a guardar al cura, y el cura los ha escondido en las soleras de las vigas de su recámara.

- ¿Y cómo sabes eso? -le preguntó Evaristo.

- Pues un muchacho, sobrino de mi mujer, es peón de don Antonio Galicia, y ha oído las conversaciones con el cura. Es golpe seguro, y con tres o cuatro bastamos, pues el cura duerme solo y al curato se puede entrar por la iglesia y por cualquier parte.

- Bueno, me gusta la expedición. Iré yo mismo y me acompañarás tú y Quirino.

El curita de Coatlinchan, como le decían por cariño los vecinos del pueblo y los de Texcoco, era un hombre de menos de treinta y cinco años, alto, fuerte, bien parecido, de una sencillez grande y de una bondad inagotable.

El único defecto que tenía era el de ser no sólo amante, sino entusiasta por la caza. Tenía rifles y escopetas a cual mejores, nunca regresaba sin traer uno o dos indios cargados con las víctimas de su buena puntería, pues no erraba tiro.

El pueblo de Coatlinchan era entonces de menos de trescientos habitantes, agricultores y hacheros.

Evaristo el Tornero, Marcos el Gallero y Quirino el Mechudo salieron de sus antros y calcularon lo que tenían que andar para llegar a cosa de las dos de la mañana a Coatlinchan.

Evaristo, tentado por la codicia y desconfiando de Marcos, quiso él mismo ser el jefe de la expedición.

En una calzada de árboles de pirúl que une al pueblo con la hacienda de Tepetitlán, dejaron bien persogados a sus caballos, y a pie anduvieron la corta distancia que los separaba del curato. Se decidieron a entrar por la puerta de la iglesia y, en efecto, en menos de diez minutos, sin más ruido que el que harla una rata al roer, tenían ya descubierta una entrada por donde cómodamente pasaban la cabeza y las anchas espaldas de Quirino.

Entraron a la oscura iglesia. Allá, en el fondo, la llamita pequeña de la lámpara dejaba ver apenas en el altar un Santo Cristo de cuerpo entero. Los ladrones tuvieron miedo y se quitaron el sombrero; Evaristo sintió que los pelos se le paraban en la cabeza. Se acordó de su aventura en la casa de Cecilia y se llevó la mano a la cabeza, al lugar donde le arrancaron el mechón de cabellos con todo y casco y que no le había vuelto a salir.

Los ladrones, por lo general, toman tales precauciones que les parece imposible que nadie los descubra; y sin embargo, siempre sueltan una prenda o cometen alguna falta que les parece insignificante y que los descubre o les destruye el golpe más bien meditado.

Al apearse y amarrar sus caballos en los árboles de la calzada, se quitaron las espuelas, naturalmente, para poder andar con más comodidad y no hacer ruido contra los peñascos. En el ensayo para escalar la ventana, cayeron las espuelas que Quirino llevaba colgadas en la cabeza de la pistola que tenía en el cinturón, formando un ruido que cualquier hombre de campo habría fácilmente interpretado: gente de a caballo, y esto dijo el cura, que tenía el sueño muy ligero, saltando de la cama y aplicó el ojo a un vidrio de la ventana que tenía más cerca.

La noche estaba un poco nublada, pero no tanto que no pudiese notar las siluetas de hombres que se movían con precaución.

Tuvo el cura la presencia de ánimo suficiente para ponerse sus pantalones, su chaqueta y sus zapatillas; tomó una de sus armas y volvió a espiar. Los hombres habían desaparecido. En la pobre iglesia nada había que robaran. El cáliz, el copón, las vinajeras y la custodia de plata sobredorada estaban guardados en la alacena. Don Antonio Galicia, un mes antes, se habla llevado su dinero para pagar unos terrenos que había comprado: así, no comprendía qué venían a buscar los ladrones. Esto se le vino a la cabeza al montar el rifle; pero, pues era evidente se se trataba de un asalto, no había más remedio que defenderse (2).

A los diez o doce minutos escuchó las pisadas de los bandidos que, acabada de hacer la abertura de los tablones viejos de la puerta de la iglesia, habían penetrado en ella.

Marcos metió su puñal en la hendedura de la puerta y, formando palanca, la hizo ceder con un ligerísimo ruido, y penetró puñal en mano; Quirino le siguió, y Evaristo asomó apenas la cabeza.

El cura, recogiendo la vista, pudo ver esas sombras confusas que parecían acercársele, apuntó a ese grupo de fantasmas e hizo fuego. La bala del rifle americano, que el cura usaba sólo para la caza de los leopardos, explotó en el cráneo de Marcos y lo hizo mil pedazos, que se estrellaron en las paredes y ventanas. Por un movimiento inconsciente, tomó una de las escopetas y soltó otro tiro que traspasó el pecho de Quirino, el que tuvo una poca de fuerza para huir, yendo a dar contra Evaristo, que retrocedía espantado, y los dos rodaron la ruinoso escalera.

Ningún quejido, ningún *¡ay!*, nada. Un silencio profundo sucedió al estallido de las armas; los dos valentones habían caído como heridos por un rayo. El salón estaba lleno de humo y el cura en su mismo lugar, con otra escopeta cargada en la mano.

Evaristo, aterrizado, pero precisamente por eso con el enérgico instinto de salvar la vida, pudo desembarazarse del cadáver de Quirino, salió de la iglesia por el mismo boquete por donde había entrado y echó a correr con dirección a la calzada para tomar su caballo.

El cura, que vio una sombra salir del atrio, apuntó y disparó su tercer tiro. Evaristo dio tres grandes pasos, como un ebrio que quiere avanzar y no es dueño de sus movimientos, y cayó de bruces en el suelo.

CAPITULO CUADRAGÉSIMOCTAVO

Martir de la patria

Al orden y prosperidad de los primeros meses, sucedió el desorden y la decadencia en los negocios. *Relumbrón* estaba no sólo disgustado, sino aburrido con sus dependientes y cómplices.

Don Moisés, con todo y su baraja mágica, se había dejado desmontar por Juanito Roo, que le levantó de la mesa mil onzas en un día de campo en Tlalpan; los gastos de la partida de la esquina del Colegio de Niñas iban cada día en aumento, y pasaban ya tres meses sin que se hubiesen podido, por un pretexto o por otro, liquidar las cuentas.

El *licenciado Chupita* en verdad que desempeñaba perfectamente la administración del molino.

Doña Viviana, la corredora, había adquirido tal influencia y tal dominio en la fábrica y vestuario, que ya la consideraba como suya, y en punto a cuentas, se hallaban más enredadas que las de don Moisés.

Donde quiera tenía espías y servidores. Era la rueda motriz de la gran fábrica de robos.

Don Pedro Cataño, con las singulares relaciones que adquirió con Escandón, con el marqués de Radepont y con los Peña, había modificado mucho su carácter y su modo de obrar.

Así, el terrible capitán de *Los Dorados*, cuyo nombre causaba terror a los que no lo conocían, concluyó por establecer tácitamente un *modus vivendi*, como si fuese un alto personaje diplomático.

Los treinta y dos muchachos se habían establecido, unos en Yautepec, otros en Cuautla, otros en Puente de Ixtla, tenían ya sus mujercitas y se habían aquerenciado y dado a respetar, tanto como los ulanos en Francia.

Cuando era necesario, don Pedro los juntaba en el lugar que le convenía, y los disolvía y les daba suelta cuando no le eran necesarios; y él, libre también, se pasaba lo más del tiempo en la Hacienda Grande, en el Molino de Flores, con los Cervantes y Camperos, que ni remotamente pensaban que era el jefe de *Los Dorados*. Como hemos dicho, lo consideraban como un rancharo rico de la frontera, amigo íntimo del viejo Rascón. Cataño iba a sus excursiones en casa de esos amigos acompañado del doctor Ojeda, y es oportuno decir cómo se habían encontrado. La última vez que se vieron después del escándalo de la capilla de la hacienda del Sauz convinieron en corresponderse por medio de cifras. Cataño escribía precisamente cada semana a su buen amigo el practicante, el lugar en que se hallaba y a dónde pensaba ir, y el practicante le contestaba con un nombre convenido, y cada vez distinto, al punto donde le señalaba su amigo. De esta manera fue fácil al doctor Ojeda encontrarlo a los pocos días de llegado a México, y la cita fue precisamente en el Molino de Flores, donde se vieron y se contaron mutuamente sus aventuras, aprovechando la ausencia de los propietarios de tan ameno lugar, que estaban en México ocupados en asuntos graves de familia. El doctor Ojeda exigió decididamente a don Pedro que se separase de *Relumbrón*, manifestándole que un día u otro debería descubrirse esta gran maraña de robos y asesinatos, y él sería tal vez complicado en tan vergonzosos acontecimientos. Desde luego convinieron los dos en que las alhajas robadas al marqués de Valle Alegre deberían en su mayor parte estar en poder de *Relumbrón*, pues que el antiguo cochero del conde pertenecía a las bandas subordinadas al coronel y jefe de Estado Mayor. Don Pedro reconoció la fuerza de las observaciones de su amigo, y le juró que aprovecharía la primera oportunidad para separarse y dar otro destino a sus treinta y dos muchachos, que cada día le eran más fieles y se portaban mejor con él.

Una de las veces en que don Pedro y *Relumbrón* se veían, la conversación no fue muy agradable.

- Compañero don Pedro -le dijo *Relumbrón* (como militares se trataban de compañeros)-, los negocios van mal; sepa usted que estoy perdiendo el dinero. El mantener a tanta gente, el dar gratificaciones por un lado y por otro, prestar, porque son malos enemigos si no se les complace, y en multitud de gastos, se me va más dinero que el que entra en mis cajas, y el mes pasado, como quien dice y no dice, me ha costado una pérdida de cuatro mil pesos. Esto no puede marchar así. Es preciso que usted me ayude como hemos convenido. Para el mes entrante necesito unos diez o quince mil pesos. Esos hacendados,

que trata usted como si fuesen sus hermanos, se han echado con las petacas, y dan los pesos como quien da una limosna. Haga usted una de las suyas. Amarre usted y fusile, si es necesario, a Escandón o a uno o a todos los Garcias, y verá cómo los demás andan en un pie.

Cataño le contestó seca y lacónicamente:

- Si no está usted contento, no tiene más que enviar a la Tierra Caliente a ese baladrón de Rio Frio y a sus cincuenta asesinos. Yo me marcharé a otra parte. Tiene usted tres días para resolverse.

Como al decir estas palabras habia vuelto la espalda a *Relumbrón*, éste lo llamó, le dio mil satisfacciones, le estrechó la mano y concluyó por abrazarlo y asegurarle que jamás se separaría de un compañero tan querido y que juntos correrian una misma suerte.

Don Pedro, por un movimiento de debilidad que no pudo evitar, pareció reconciliarse y permaneció unido a *Relumbrón*, pero sin darle gusto y resuelto a separarse de un compañero tan farolón y tan picaro, que ya le chocaba.

El tuerto Cirilo daba también a *Relumbrón* disgustos diarios. Se habia envalentonado de tal manera, que no se podia aguantar.

El licenciado Lamparilla no tenía tiempo ni para desayunarse; andaba de juzgado en juzgado y en la casa de los escribanos para defender a tantos pillos, pues de esas reuniones resultaban forzosamente los escándalos y riñas con su sal pimienta de tranchetazos y puñaladas. No pasaba un día sin que tres o cuatro de la banda de Cirilo cayesen en la Tlalpiloya (1), y él exigia imperiosamente que se les pusiese en libertad a los tres días.

Al capitán de rurales lo tenia también entre ceja y ceja. Las diligencias habian sufrido algunos asaltos en el Pinal, que eran dirigidos por Hilario, que mandaba a los valentones ociosos a que hicieran de las suyas por el camino y por el monte de la Malinche. Tlaxcala estaba continuamente amagada, y una noche, antes de las ocho, entró una partida de diez hombres hasta la plaza, robó la tienda de la esquina y se salió paso a paso; lo más que hicieron los habitantes fue cerrar sus puertas y atrancarse por dentro.

El asalto al curato de Coatlinchan, que naturalmente hizo mucho ruido en Texcoco, y aun en la capital, disgustó mucho a *Relumbrón*, y cuando Evaristo le enseñaba su sombrero traspasado de parte a parte por el balazo que le tiró el cura, *Relumbrón* dijo para sus adentros:

- *Si le hubiera dado en la mitad del cerebro, qué fortuna hubiera sido.*

El único de sus dependientes que lo tenia contento era Juan. Las labores de la hacienda nada dejaban que desear; las cosechas abundantes, el ganado, bien cuidado, las cuentas,

al día. Juan se había dedicado en cuerpo y alma al trabajo y no se mezclaba en nada, ni preguntaba nada, y evitaba todo género de indagaciones que lo pudiesen comprometer.

Pero por más que quedase satisfecho del estado de la hacienda en su última visita que hizo, no era esto bastante, y necesitaba un lance que fuese parecido en utilidad al de las cinco mulas *cambujas*.

Se le habían clavado en el cerebro, y las tenía como fotografiadas, dos casas: la del conde del Sauz y la de Pepe Carrascosa. En las dos había dinero, y mucho. El producto de la caballada y mulada vendidas en la feria estaba en las cajas de la casa de la calle de don Juan Manuel, y Pepe Carrascosa debería tener mucho dinero en oro, y sobre todo en alhajas y curiosidades de un valor inapreciable. Si lograba que cayesen en su poder, se proponía venderlas en Europa, a donde un día u otro tenía la intención de hacer un viaje.

Estos golpes maestros eran de suma utilidad, especialmente el de la calle de Don Juan Manuel, y no veía otro medio sino intentarlo personalmente.

La llegada del licenciado don Crisanto de Bedolla a la capital, después de estar meses y meses desterrado, vino como de molde para sus proyectos.

Lamparilla, fiel amigo (hasta cierto punto) de Bedolla, fue a recibirlo en su coche hasta Tlalpan. Se figuraba encontrarlo flaco como un bacalao, enfermo, postrado hasta no poderse tener en pie. Nada de eso; Bedolla estaba alegre, gordo, fuerte, vanidoso Y engreído por haber sufrido una injusta persecución por la patria y sus opiniones políticas, y vestido de una manera extravagante, con un saco o, más bien dicho, un costal de nipe, atado a la cintura con una correa, y unas zapatillas de tafilete encarnado.

Los primeros días sufrió mucho Bedolla. En el curso del tiempo tenía la ciudad por cárcel, comía en casa de Comonfort (insigne gastrónomo) pescado fresco, frutas y dulces exquisitos y vinos de lo mejor.

Esto y mucho más, relativo a su persona y al puerto de Acapulco contaba Bedolla a su amigo mientras el coche, con muy buen tronco de mulas, caminaba por la calzada con dirección a la ciudad, donde entró al cabo de hora y media. Detuviéronse en un almacén donde había doscientas mil piezas de ropa hecha. Bedolla se vistió allí en redondo desde la camisa hasta los botines, dejando abandonados y para tirarlos al carretón su saco de nipe y sus demás trastos, como él llamaba a su ropa.

Lo primero que preguntó Bedolla cuando ya estuvieron instalados en el salón de la casa de Lamparilla, esperando que el criado avisase que la comida estaba servida, fue el estado que guardaba el negocio de los bienes de Moctezuma III.

Lamparilla, con el más grande aplomo, le contestó que el negocio de los bienes de Moctezuma III lo consideraba enteramente perdido.

- Pero no importa esto -añadió-, tenemos un amigo muy influyente con el Primer Magistrado de la República, y me ha prometido enderezar el negocio en cambio de servicios muy importantes que tenemos que hacer a la patria. Ya sabe tu llegada y estamos citados.

Bedolla meneó la cabeza con aire de duda, no quedó muy contento.

En efecto, a la hora citada, la Junta se verificaba en el gabinete reservado de la casa de *Relumbrón*.

Se hallaba sentado en un sillón dorado (que en ese tiempo sólo se usaban en las iglesias), envuelto en una bata de seda azul celeste, zapatillas del mismo color bordadas de oro por su hija Amparo, y un gorro griego calado hasta las cejas. Cuando Lamparilla y Bedolla aparecieron en el marco de la puerta, los recibió con una amable sonrisa llena de dignidad, y con los ojos les hizo seña de que acercasen unas sillas y se sentasen.

- Un poco acatarrado, mala noche, destemplanza ... No es cosa ... ya pasará.

- ¿Habrá venido el médico? -dijo Lamparilla con interés.

- No, no creo que sea necesario ... Veremos. Me han recomendado a un doctor Ojeda, que es un prodigio para el diagnóstico. Acaba justamente de calarse la borla de doctor. ¿Cómo ha ido por esas tierras, licenciado? -continuó dirigiéndose a Bedolla.

Bedolla iba a contestarle, pero *Relumbrón* anticipó la respuesta.

- Ya veo, licenciado, que no tan mal. Se trata ahora de encomendar a usted una misión de la más alta importancia, nada menos quizá de salvar a la patria y usted será su salvador. Ya verá si es grave el negocio.

Bedolla abrió la boca para hablar, pero *Relumbrón* no se lo permitió y continuó:

- Ya sabe usted mejor que yo que el gobernador de Jalisco es enemigo mortal del presidente.

Bedolla quiso otra vez hablar, pero apenas pudo inclinar la cabeza en señal de asentimiento.

- Un día u otro -prosiguió *Relumbrón*- nos dará un dolor de cabeza. Es menester evitarlo, ¿me entiende usted?

- Perfectamente -pudo contestar Bedolla.

- El modo es muy fácil y sencillo. Se marcha usted rumbo a Jalisco, me busca usted a Valentin Cruz, cuyo indulto está sobre la mesa y puede tomarlo; es ese sobre con el sello de la Secretaria de Guerra.

Bedolla se levantó y tomó la carta que le indicaban.

- Una vez asegurado Valentin Cruz de que no será perseguido por el gobierno ... Ya me entiende usted ... reúnen su gente y se pronuncian por la reacción, proclamando director al gobernador de Jalisco ... Naturalmente, esto le halaga ... cae en el lazo, acepta, modifica el plan a su gusto, y ya lo tenemos. Las numerosas fuerzas, dispuestas y avisadas con tiempo, caen sobre él, lo destrozan y hacen pedazos.

- ¿Y nosotros? -se atrevió a preguntar Bedolla.

- Parece que ahora comienza usted a ocuparse de política, licenciado, cuando ha envejecido en ella. Ustedes, en el momento que las tropas del gobierno se acerquen, abandonan al gobernador y se vienen a presentar a México. Valentin Cruz será confirmado en su grado de general, y usted ocupará uno de los primeros puestos del Estado. Le doy mi palabra. Dinero no faltará; entiéndase con su tocayo Lamparilla. Conque hemos concluido, y feliz viaje, licenciado. Tenemos confianza y lo trato como amigos.

Se levantó de su sillón y les tendió la mano; los dos licenciados se la estrecharon y salieron del gabinete.

Regresó Lamparilla a su casa en compañía de Bedolla y, sentados los dos, sin que les pudiera pasar el asombro de la volubilidad con que *Relumbrón* había trazado en pocas palabras un gran plan revolucionario, se entregaron a diversas reflexiones.

La proposición de *Relumbrón*, aunque disparatada, convenía mucho a los planes del licenciado Bedolla. El sur de Jalisco era todo de ideas reaccionarias. Una vez que encontrase a Valentin Cruz y lo pusiese al tanto de cómo andaban las cosas, con el salvoconducto que le entregaría podría recorrer libremente esa parte del Estado y preparar la gente. El gobernador de Jalisco, reaccionario hasta los huesos, si no adoptaba el plan proclamándolo dictador, dejaría por lo menos desarrollarse los acontecimientos.

El viaje fue feliz y llegó sin accidente a su pueblo, donde su padre, el viejo y honrado barbero, lo recibió con los brazos abiertos.

Valentin Cruz, que andaba a salto de mata, había estado precisamente algunas horas antes oculto en la casa del padre de Bedolla y se había marchado rumbo a Mascota. Escribióle Bedolla, dándole parte de su indulto, se enviaron correos de a pie y de a caballo por distintos rumbos, y antes de dos semanas Valentin Cruz entraba en triunfo en un buen caballo y seguido de los tres muchachos, compañeros de Valeriano y de Romualdo en el pueblo de la Encarnación.

La liga estrecha entre Bedolla y Valentin Cruz hizo el más grande efecto en el pueblo. Platicaron, combinaron su plan y resolvieron juntar alguna gente de pelea, darse cita y reunirse un día dado en San Pedro.

Una noche el gobernador de Jalisco, después de tomar su parca cena (pues siempre estaba de dieta) y de rezar sus devociones, se retiró a su recámara y se disponía a entrar en las sábanas cuando se le presentó San Ciprián y le entregó una carta.

- Es un anónimo -le dijo el gobernador a San Ciprián-. Veremos qué dice.

Se puso los anteojos y leyó:

Un amigo íntimo de usted le participa que esta noche habrá un pronunciamiento en San Pedro, pero no haya cuidado. El grito será: *Religión y Fueros*, nombrando a usted dictador.

- No sé qué será esto, puede ser un chisme para desvelarme, o una celada, o un motín para robar. Mira, San Ciprián, ve a los cuarteles, toma un batallón del regimiento de Tepic y un escuadrón de lanceros de Jalisco, y te vas a paso de carga a San Pedro a ver lo que pasa. Ya te sigo; que monte mi escolta.

El autor del anónimo era el licenciado Bedolla.

Los pronunciados, en corto número se habían reunido en San Pedro en la antigua casa de Valentin, y muy tranquilos y saboreando copitas de mezcal discurrían sobre el efecto que habría causado al gobernador la lectura del anónimo.

Los muchachos aventureros no estaban en la reunión ni bebían mezcal, sino que, en compañía de otros amigos de su edad.

Uno de ellos gritó repentinamente:

- ¡Estamos vendidos! ¡Bedolla nos ha traicionado!

Avanzó la primera compañía e hizo una descarga cerrada.

- ¡Me han llevado una oreja! -rugió San Ciprián-. ¡Cara ... mba! -y volvió a gritar-: ¡Fuego!

Se avanzó la segunda compañía y descargó sus fusiles sobre un grupo que salía huyendo de la casa de Valentin Cruz.

Después todo quedó en silencio.

CAPITULO CUADRAGÉSIMONOVENO

En la calle de Don Juan Manuel

Fue Serapio, uno de los tres muchachos que, estando bien hallados en la hacienda de Arroyo Prieto, quisieron, como hemos dicho, buscar nuevas aventuras, quien contó a *Relumbrón* y a Lamparilla, que se hallaban justamente de paseo en lá finca, el inesperado desenlace del segundo pronunciamiento de Valentin Cruz y el fin trágico de este caudillo y de su secretario, el licenciado don Crisanto de Bedolla y Rangel.

Serapio fue el primero que descargó su pistola a quemarropa sobre San Ciprián y el primero también que corrió a uña de caballo, escapando milagrosamente de la primera descarga.

Pasado el susto y temiendo Serapio ser perseguido, determinó volver a la hacienda, donde por lo menos tenía casa y pan seguro. Cuando acabó Serapio su relación (pues por el correo nada se había sabido hasta entonces), se retiró a descansar, y Lamparilla y *Relumbrón* quedaron solos.

- Me lo temía -dijo Lamparilla-. ¡Pobre Bedolla! ¡Qué pronto dio fin a su empresa! Pero yo me lavo las manos; se lo dije y se lo repetí al despedirme; nunca aprobé su plan. Mi conciencia está tranquila.

- Más lo está la mia -le contestó *Relumbrón*-. Le confié una misión delicada creyéndolo un hombre de mundo y de experiencia, y no un niño ni un imbécil, que fue a meterse en la boca del lobo. Lo esencial es que Valentín Cruz, que era el coco de Jalisco, desapareció de la escena, lo que de todas maneras es una ganancia.

Sucesivamente fueron llegando a México cartas de Guadalajara en que, bajo reserva, contaban el suceso de mil maneras distintas. Los enemigos de San Ciprián aseguraban que el licenciado Bedolla tenía una muchacha muy guapa a quien protegía, y que aquél supuso un motín (que no había sido más que un día de campo que duró hasta el anochecer) para asesinarlo cobardemente y quedarse con la muchacha, saciando su rabia aun después de muerto el pobre licenciado, disparándole muchos balazos, pues su cuerpo parecía un arnero.

Para concluir con la fugaz y desgraciada carrera política del licenciado, que con tan buenos auspicios comenzó a brillar en la capital, diremos, refiriéndonos siempre a los rancheros de tierra adentro, que Dios castiga sin palo ni cuarta, y que no hay más que fijarse en los sucesos humanos y seguir la carrera tortuosa de las gentes, para convencerse de que, un día u otro, las malas acciones reciben un castigo. Bedolla, que hizo derramar tantas lágrimas a los infelices vecinos de la casa de Regina; que en vez de buscar a Evaristo el verdadero asesino, condenó a muerte a los que no habían tenido ninguna parte en el crimen, vino a terminar su vida en una empresa de desorden y de ambición y, en realidad, su muerte no fue sentida sino por su padre.

Era el momento de obrar. El golpe a la casa solariega de don Juan Manuel tenía que darlo personalmente, pero encontraba más dificultades que las que a primera vista se presentaban.

El dinero era mucho y la mayor parte en plata. ¿Cómo sacarlo sin ser descubierto y dónde se guardaba inmediatamente, pues no podía entrar ni a la casa de *Relumbrón* ni al taller de vestuario, ni mucho menos al Montepío o a la casa inglesa donde guardaba sus fondos? Eso sería después, poco a poco y bajo diferentes motivos.

Los desanimó esta dificultad, y en las diversas conferencias que con este motivo tenían, estuvieron a punto de abandonar su proyecto.

La casualidad, que hasta entonces favorecía siempre a *Relumbrón*, les volvió el ánimo. Una casa grande, pero en completa ruina, se remataba en pública almoneda ese día mismo, para liquidar una testamentaria.

Encargó a Lamparilla que la comprase en su nombre, pues intentaba regalársela y darle además en cuenta de honorarios lo que necesitase para la reparación completa.

Nada faltaba ya sino elegir el momento de dar el asalto. *Relumbrón* dio tres días antes su vuelta por la casa de Don Juan Manuel y dijo al portero que el conde no tardaría en llegar, sacó una carta de la cual leyó un párrafo.

El portero respetaba al conde, mejor dicho, le tenía miedo, pero no lo quería, así es que no recibió con agrado la noticia de su llegada. ¿Qué quiere usted, señor coronel? Los criados tenemos que obedecer a los amos.

Tranquilo por esa parte *Relumbrón*, se procedió a la primera supresión.

Una tarde, cerca de la oración, don Lucio Quintana se retiraba muy quitado de la pena a su casa, lo detuvo un hombre bien vestido, pero a la manera de campesino o ranchero de tierra adentro.

- Dispense, señor, que lo detenga, pero como conozco a usted y sé que es el dependiente del señor conde del Sauz, desearía saber cuándo llegará la partida de yeguas, pues trato de comprarla, o al menos la mitad.

- Amigo, no es lugar este de hablar de negocios -le contestó-, pero ya que nos encontramos, le diré que no sé si han salido ya de la hacienda las yeguas; en todo caso, hacen más de treinta días de camino, pues vienen poco a poco. Ya le daré conciencia de mi persona.

- Ya se ve que se necesita, pues la casa del señor conde no trata con desconocidos.

- Tiene usted razón y no dilataremos mucho en ser amigotes.

En esta conversación fueron andando y llegaron al Puente de Alvarado. El tuerto Cirilo, pues no era otro el fingido ranchero, agarró fuertemente del brazo a don Lucio Quintana, lo empujó al callejón 3 y sacó un puñal.

- Oiga bien lo que voy a decirle viejo arrastrado. Me va a acompañar hasta mi casa agarrado de mi brazo como si fuéramos dos buenos *conclapaches*. Si grita, si chista, si dice cualquier palabra a los que pasen junto a nosotros, o llama al sereno, le encajo en el corazón este puñal hasta el mango. ¿Ha entendido bien?

Demasiado que lo entendió Quintana, pues fue tal su sorpresa que no pudo pronunciar palabra.

El tuerto Cirilo enlazó su brazo derecho en el de Quintana, lo sacó del callejón y continuaron en silencio y al parecer en buena armonía hasta una casa de vecindad de la plazuela de San Sebastián.

Ya estaban avisados los vecinos y salieron a recibir al tuerto con su presa.

Cerraron el zaguán, metieron a Quintana a uno de los cuartos que alumbraron con tres o cuatro cabos de vela de sebo pegados a la pared, lo bolsearon quitándole su buen reloj de oro y las pocas monedas que tenía, lo amarraron de pies y manos, lo llevaron al Segundo patio donde había un pozo profundo, y lo arrojaron vivo de cabeza.

Cuando *Relumbrón* fue en la mañana siguiente al taller de Vestuario, supo por doña Viviana que el asunto del dependiente del conde del Sauz se había concluido felizmente.

A cosa de las ocho, *Relumbrón*, Evaristo y Valeriano estaban reunidos en la casa de la calle del Puente de Balvanera. *Relumbrón* llevaba una bolsa de lona, debajo de su capa, que contenía martillo, pinzas, berbiquí, ganzúas, todo un aparato para forzar las chapas o romper las cajas en caso necesario, pues suponía que no encontraría las llaves.

Evaristo y *Relumbrón*, aunque sabían bien que no tendrían que combatir más que con un viejo débil y tres mujeres tímidas, se armaron con pistolas y puñales de todas dimensiones. Los dos, sin saber por qué, tenían más miedo que si se tratase de un asalto en el monte a la diligencia. Valeriano no tenía ninguna arma, y era el que estaba tranquilo, pues ignoraba lo que iban a hacer; obedecía simplemente al que acostumbraba, después de mucho tiempo, a llamar su patrón. Entre Evaristo y Valeriano guarnecieron las mulas y las pegaron al coche. *Relumbrón* entró y los otros dos subieron al pescante. Cerca de las nueve salió el coche del patio de la casa. Evaristo se bajó del pescante a cerrar la puerta, guardó la llave en su bolsillo y partieron al trote.

A poco, pues no había que andar más que la calle de Balvanera, el coche paró en la casa del conde.

La calle estaba sola y sombría, las casas cerradas y los ricos hombres que vivían en ellas entregados al sueño, rezando o echando en familia su mano de malilla o de tresillo. El tiempo era húmedo y en el nublado cielo se dejaban ver apenas algunas estrellas.

Relumbrón se apeó y sonó suavemente el aldabón. En cinco minutos ninguna respuesta. Probablemente el portero se había dormido. Volvió a tocar un poco más fuerte, y nada. A

la tercera, la ventanita enrejada del postigo se abrió y aparecieron detrás de ella los ojos y las narices del viejo.

- ¿Quién es a estas horas?

- José, el conde ha llegado -le contestó *Relumbrón*-. Abre, enciende el farol y sube a despertar a las criadas; entre tanto, yo quedaré aquí. Se rompió cerca de la garita un rayo a una de las ruedas grandes del coche y se han detenido componiéndolo, pero es poca cosa y no dilatará en llegar.

El portero tuvo desde luego una corazonada y vaciló, quedándose con sus narices pegadas a la rejilla y los ojos clavados en *Relumbrón*.

- Abre -le dijo éste-, comienza a llover, y fuerte.

En efecto, una nube gruesa pasaba por encima de esa parte de la ciudad arrojando un copioso rocío.

El portero no se atrevió ni le ocurrió ninguna excusa.

Con cierta duda y repugnancia entró a su cuarto, encendió una segunda vela y descolgó de un clavo de la pared la llave chica del postigo; las demás de la puerta, pues eran tres, estaban reunidas en una argolla y pendientes de otro clavo. Apenas se abrió el postigo cuando entró *Relumbrón*.

Tras de él entró Evaristo, y los dos con la precipitación que da el miedo, cerraron el postigo, se apoderaron de la llave y cayeron sobre el portero. El portero, viéndose acometido, dio un grito de terror; pero no pudo dar el segundo, porque Evaristo lo habla agarrado del cuello y con sus dos toscas manos callosas le apretaba fuertemente, hasta que le hizo salir toda la lengua y las pupilas de los ojos.

Buscaron sus sombreros, que habían rodado por el patio y entraron al cuarto del portero, donde había, como se ha dicho una luz, y se apoderaron de las llaves grandes del zaguán, pero antes de abrirlo para que entrase el coche, cogieron por los pies el cadáver del viejo, lo llevaron arrastrando hasta su cuarto, lo acostaron en la cama y lo cubrieron con las ropas y almohadas de la misma.

Dieron por fin con una puertecilla de menos resistencia que la otra y que conjeturaron que comunicaba a un pasadizo que conduela al cuarto de las criadas.

De estudio en estudio de las puertas, y de reflexión en reflexión se decidieron, pues no había más remedio, por la puertecilla ya indicada. Usaron de la colección de ganzúas, que era sin duda la mejor que había en México, y lograron abrirla sin ruido.

El pasadizo, de seis o siete varas de largo, terminaba en otra puerta también cerrada. Aplicaron las ganzúas y lograron también abrirla sin ruido alguno. Esa puerta daba

entrada a una especie de vivienda que formaba un conjunto con la cocina, despensa y cuarto donde se planchaba y guardaba en grandes estantes la mantelería y ropa blanca.

Abrieron una puerta que sólo tenía un picaporte y penetraron al cuarto de las criadas, que dormían profundamente. Evaristo y *Relumbrón* sacaron los puñales, y con pequeños pasos y mucho tiento examinaron el local. Eran dos piezas: en una había dos camas ocupadas por dos ancianas. En la segunda pieza, muy aseada y bien amueblada, había un solo lecho, y en él una muchachuela como de diez y ocho años, descubierto el seno y en parte las piernas, que salían fuera de las sábanas, sin duda a causa del calor de los cuartos completamente cerrados. La muchacha, lo mismo que las dos criadas viejas, dormían con el sueño sabroso de la buena conciencia y de la seguridad completa, pues jamás habrían pensado que ladrones de ninguna clase hubiesen podido penetrar en aquel castillo respetado y temido por todo el mundo por más de cuarenta años.

Comenzó por cubrir con las ropas de la cama a la muchacha, y moverla suavemente.

- Despierta, muchacha -le dijo-, pero no vayas a gritar ni te asustes. No queremos hacerte ningún daño.

La muchacha abrió los ojos, se encontró con los de *Relumbrón*, que había guardado su puñal y tenía en la mano la palmatoria con la vela.

- No grites, no grites, sería inútil, pues nadie te oirá, y ya te digo no tengas miedo ...

Consuelo quiso de pronto gritar, pero la fisonomía de *Relumbrón*, que no le era desconocida, y además simpática en vez de ser siniestra, le inspiró cierta confianza y se contuvo, aunque sobrecogida de un temblor interior nervioso que le hacía dar diente con diente.

Como ya hablaba *Relumbrón* en voz alta lo mismo que Evaristo y se había escapado un pequeño grito agudo a Consuelo, las dos ancianas despertaron, y mirando hombres a tales horas, comenzaron a gritar, a encomendarse a Dios y a pedir misericordia.

- ¡Silencio, malditas brujas, o las hago pedazos con este puñal! ¡Callen! Nada se les hará con sólo que respondan a lo que se les va a preguntar. ¿Dónde están las cajas con el dinero?

- ¡Vamos, no sean tontas! -les dijo *Relumbrón* con voz suave-. Vístanse y vengan con nosotros, para enseñarnos dónde están las cajas del conde.

Caminaron las tres criadas escoltadas por Evaristo y *Relumbrón*, atravesaron varias piezas lúgubres, con los muebles resguardados con fundas y alfombras cubiertas de telarañas y polvo, hasta que llegaron al gran salón que ya conocen los lectores.

- ¿Cuál de estos estantes da entrada a la bóveda donde está el tesoro?

Se dirigía a la cocinera, que, como más vieja, suponía enterada de los secretos de la casa.

- Por esta cruz -e hizo la señal con la mano- juro que no sé por dónde se entra.

Relumbrón y Evaristo se miraban sin saber qué partido tomar.

- Pues que nada nos quieren decir, estamos perdiendo aquí el tiempo, no hay más que matarlas.

- ¿Nos promete usted la vida, señor coronel, y yo que sé el secreto se lo diré y abriré el estante?

- ¡Desgraciada! -exclamó *Relumbrón*-. ¿Tú me conoces?

- Al principio, no, por la sorpresa y el miedo, pero después recordé que usted ha venido varias veces y ha entrado a la sala de armas con el señor conde. Desde el corredor los he visto entrar y salir.

- Tanto mejor muchacha, así estarás segura de que soy incapaz de hacerte ningún mal. Ábrenos la puerta del estante, que es lo que nos importa.

Consuelo se dirigió a un estante situado en el fondo de la pieza, torció la llave que estaba pegada y lo abrió.

Los libros que contenía eran de cartón, tan perfectamente imitados que no se distinguían de los demás. El fondo estaba hueco, y quitando una simple trabilla de madera, se abrió una puertecilla de madera que el conde dejó provisionalmente mientras mandaba hacer una de fierro, lo que nunca llegó a verificar.

¿Y las llaves? -preguntó *Relumbrón* a Consuelo.

No tuvo necesidad de esperar la respuesta, pues, alumbrando con la vela la oscuridad de la bóveda, vio en la pared un gancho donde colgaba un manojó de llaves reunidas en una cadena, los dos ladrones no tuvieron ya trabajo ni necesidad de usar de sus herramientas y abrieron las cajas.

- ¡Llenas de dinero!

Relumbrón y Evaristo se quedaron absortos.

- No hay que perder tiempo -dijo *Relumbrón* sacando el reloj-, son las diez y media -y luego, dirigiéndose a Consuelo-: Vas a venir conmigo para que me proporcionen bandas, ceñidores, cuerdas, en fin, cualquier cosa para amarrar a ustedes, sin lastimarlas.

Al poco volvieron con dos luces y varios ceñidores, bandas y rebozos. Amarraron fuertemente de los pies y las manos a las dos ancianas, la última fue Consuelo, las

colocaron en sus camas y comenzaron a vaciar las cajas. ¿Cuánto dinero había en ellas? ¡Quién sabe! Pero era mucho.

Relumbrón colocó tres talegas de a mil pesos en los hombros robustos de Evaristo, tomó él otra, y cada uno con su palmatoria en la mano atravesaron las sombrías piezas de la casa, bajaron las escaleras y metieron el dinero en el coche. En seguida bajaron otras cuatro, y con esto bastó, por temor de que fuese a desfondarse el coche, que no era ni fuerte ni nuevo.

Por mucha que fuese la actividad y la prontitud con que trataban de vaciar las cajas, no pudieron hacer más que seis viajes hasta las tres de la mañana, y era menester cesar, porque a las cinco las garitas se abrían y comenzaban a entrar hatajos de burros y los indios cargados con carbón y madera, y a salir las gentes a la calle.

- Parece que por ahora hemos concluido, mi coronel -dijo Evaristo-. ¿Volveremos mañana?

- De ninguna manera. Si esta noche hemos caminado con felicidad, mañana quién sabe lo que nos pasaría.

- Como mi coronel quiera -dijo Evaristo con tristeza-. Vámonos, pero ¿qué hacemos con estas mujeres?

Relumbrón meneó la cabeza, se quedó un momento pensativo, y respondió:

- He pensado mucho, al mismo tiempo que sacábamos el dinero ... y no me ocurre nada. No hay remedio.

- Mi coronel tiene un buen corazón y no es para estas cosas ... Váyase al coche a esperarme, y yo dejaré todo aquí arreglado ... Le juro que no derramaré una gota de sangre.

Evaristo, cuando se vio solo, se encaminó con su palmatoria en la mano a las recámaras de las criadas. Tomó a una, amarrada como estaba, la cargó en las espaldas y se la llevó a la bóveda donde estaban las cajas, asegurándole siempre que nada le iba a hacer.

Allí le rellenó la boca con pedazos de papel de China que encontró en la biblioteca, le envolvió la cabeza con un rebozo y la acostó en el fondo de una caja.

Lo mismo hizo con la otra anciana.

Llegó su turno a Consuelo.

Como habían sacado todo el dinero en plata entalegado, para buscar el oro que al fin encontraron, Evaristo fue vaciando los pesos sobre los cuerpos de las tres desgraciadas,

hasta que los cubrió y se llenó la caja. El resto del dinero lo echó en la otra, las cerró y colocó las llaves en el mismo gancho donde estaban.

- ¡Qué lástima! -dijo al bajar la escalera con su palmatoria en la mano- que no me hubiera podido llevar a la muchacha y al dinero que queda; pero no era posible, bastante tengo con que Cecilia esté todavía viva, mas ya le llegará pronto el día de su santo.

CAPITULO QUINCUAGÉSIMO

La Providencia

Al acontecimiento de San Pedro se le echó tierra; San Ciprián fue absuelto en el Consejo de Guerra, y se publicó un folleto vindicando su conducta, refiriendo los sucesos a poco más o menos como pasaron, pero descargando toda su furia contra el licenciado Bedolla, que ya no podía vindicarse. Los dos muchachos calaveras murieron en el hospital a resultas de sus heridas que eran numerosas.

El atrevido golpe de *Relumbrón* no hizo ni poco ni mucho ruido. Parece que en ciertos periodos, más o menos cortos, se suspende la acción benéfica y reguladora de la Providencia, y permite a los malvados cometer con la más completa impunidad los más horrendos crímenes. La casa del conde del Sauz siguió, como de costumbre, silenciosa, sombría y cerrada como si nada hubiese pasado.

El único testigo que hubiese podido un día u otro comprometerlos era Valeriano, y ése había desaparecido.

De día ya, Evaristo se dirigió al llamado mesón de San Justo donde tenía sus caballos, y de allí regresó al monte, y *Relumbrón*, envuelto en su capa, entró a su casa al tiempo mismo que su mujer y su hija salían, como lo tenían de costumbre, a oír su misa a la iglesia cercana.

Relumbrón se estremeció, pero pudo disimular y tenía preparada de antemano su respuesta pronta para los casos que se ofrecieran.

- ¡Desvelado toda la noche en Palacio! -les dijo-. Me tocó la guardia, y cuando el presidente comienza a referir la historia de sus campañas desde que fue cadete, no hay medio de cortarle la palabra, ni mucho menos yo, que tengo que obedecerle.

Doña Severa creyó o no lo que decía su marido; pero estaba decidida a no hacer indagaciones ni mortificar con preguntas y nada le contestó.

- ¡Bah! -dijo *Relumbrón* metiéndose en las sábanas-. ¡Qué tonterías se le meten a uno a veces en la cabeza! Pensemos en el negocio de Carrascosa ... -y pensando en él, cerró los ojos y se quedó profundamente dormido.

La fatiga y el cansancio pudieron más que sus negros remordimientos.

El negocio de Carrascosa era robarlo como había robado las cajas del conde del Sauz. Era un negocio quizá más productivo, pero no se atrevía, no podía hacerlo personalmente.

Desde la aventura tragicómica del cementerio, Pepe Carrascosa había cambiado de carácter y de modo de vivir.

Abandonó el infecto tugurio donde voluntariamente se había martirizado tantos años, y trató de buscar una buena casa, pues las de su propiedad estaban ocupadas. Recorriendo las calles más céntricas, fue a dar a la de León. La casa, cuyos papeles en los balcones anunciaban que estaba vacía, era sola, con seis piezas y cocina, muy aseada y hasta lujosa. Por todos aspectos le convenía. Era propiedad de *Relumbrón*, que la había adquirido en uno de tantos cambios y tratos que hacía con amigos y jugadores, y que por aquel momento no tenía aún la idea de organizar sus lucrativos negocios como lo hizo después. El arreglo entre propietario e inquilino no fue difícil.

Pepe Carrascosa y *Relumbrón* desde antes eran amigos.

Pasó el tiempo y ya en la época del pleno desarrollo de su tenebrosa trama, una de sus víctimas señaladas era Carrascosa.

Así estaban las cosas después del asalto a la casa del conde del Sauz, y todo preparado. La ejecución era lo difícil. *Relumbrón* acallaba sus remordimientos formando el plan para otro crimen y pasando las noches en casa de Luisa, cenando y bailando con amigos y conocidas.

El coronel era audaz, pero no valiente; vivo, pero no de talento; descreído y supersticioso, con un alma un poco sucia, un amor propio desmedido, un corazón indiferente y el órgano del robo muy desarrollado en su cráneo. Con estos elementos, sus concepciones nada tenía de ingenioso ni de extraordinario, y si había llegado a tender una red a la sociedad de México y a formar una vasta asociación de ladrones y asesinos, no era debido a sus combinaciones, sino a la casualidad, a la fortuna y a los agentes de que se había rodeado.

Doña Viviana y el platero por un lado, y el tuerto Cirilo y Evaristo por el otro, eran los que habían trabajado sin descanso y organizado de una manera admirable el servicio, de modo que no se erraba golpe ninguno, y en la ciudad y en los pueblos del Valle, y en los caminos hasta Guanajuato y hasta Veracruz se cometían diariamente robos que no llegaban a conocimiento de *Relumbrón* ni de la policía, sino después de muchos días y cuando todas las pesquisas e indagaciones eran inútiles.

Un libro podríamos llenar con anécdotas más o menos extrañas o terribles, pero nos tenemos que reducir a los lances en que tomaba parte muy directa *Relumbrón*.

El negocio de Carrascosa, como él le llamaba, lo quería hacer solo; pero por más vueltas que le daba no le era posible, o mejor dicho, no se atrevía.

Concibió un término medio un poco absurdo, pero se fijó en él.

Las más veces Lamparilla lo acompañaba a la hacienda. En esta vez se marchó solo, no se detuvo en Río Frío a almorzar y a pasar una especie de revista a los muchachos de Evaristo, sino que siguió hasta Puebla; allí pidió caballos y llegó al anochecer, encontrando a Juan solo en ella, que era lo que quería.

Ni le sorprendió ni extrañó su visita; le recibió con respeto, ordenó a los criados que pusiesen la mesa para la cena y lo siguió a la sala.

- ¿Estás contento a mi servicio? -le preguntó *Relumbrón*-. ¡Creo que eres un muchacho fiel y que tienes gratitud, porque al fin ...!

- Y mucha, señor coronel, mucha.

- ¿Es decir que estarías dispuesto a hacer sin replicar lo que yo te mandaré?

- A todo, señor coronel.

- Bien, eso basta. Se trata de arriesgar algo ... no materialmente tu vida, pero es para hacer una buena acción. Tengo un amigo a quien quiero como si fuese un hermano; este amigo va a ser robado y asesinado. Por una circunstancia que no te puedo explicar, hoy tengo el secreto y quiero salvar a este amigo al menos de la muerte. Vive en una casa de mi propiedad. Tengo, como siempre que se ponen chapas nuevas y francesas, dobles llaves de toda la casa y conocimiento con los criados. Tú entrarás a ciertas horas de la noche, te conducirán a una pieza donde permanecerás oculto para observar lo que pase. Los ladrones, o mejor dicho el ladrón, porque será uno solo, entrará después. Déjalo que robe las alhajas y que abra los cajones, que amarre a mi amigo, que le impida que grite, pero si ves que lo trata de matar, sálvalo, aun a costa de tu vida si es necesario. Si el ladrón como es posible, se resiste, lucha con él, y ten presente que es hombre fuerte y atrevido, pero antes preséntale esta ficha, y en cuanto la vea te obedecerá y nada te hará. Si ha robado ya algo, pldeselo, y te lo entregará. Lo guardas y me lo traes, diciendo a la persona que habita la casa que el que le ha salvado la vida le devolverá sus prendas, y que guarde silencio, porque le va la vida de por medio. Mañana marcharemos a México, y allí te daré instrucciones precisas para el buen resultado de esta cosa tan delicada que tenemos entre manos. Por ahora vamos a cenar y no hablemos más de esto. Toma.

Entregó al muchacho una medalla de metal grande que era una cuartilla (acuñada por el platero), que tenía dos letras: *C. L. (Compañía de Ladrones)*. Éste era el talismán que servía para reconocerse como pertenecientes a *la gran asociación*.

La criada entró a decir que la cena estaba en la mesa, pasaron al comedor, cenaron con apetito y hablaron de las cosas de la hacienda, que en todos sentidos estaban cada día mejor.

¿Dormir Juan? Imposible.

La curiosidad y el arranque de la juventud, pudo en él más que nada.

Y con este ánimo mandó ensillar los caballos, y amo y dependiente llegaron a San Martín al tiempo que pasaba la diligencia para México.

Apenas frotó suavemente Juan, cuando la puerta se abrió y una mano suave se apoderó de la suya, volvió a cerrar sin haber hecho el menor ruido y lo condujo a las tinieblas de una escalera. Con el mismo silencio atravesaron unas piezas aún más oscuras, hasta que se detuvieron en un gabinete.

- Aquí, aquí -le dijo al oído una voz, y al mismo tiempo sintió que dos labios gruesos se habían pegado un instante en su oído.

Se escuchó un ligerísimo ruido de pasos como de un gato que haya olido al ratón, y a poco se fue dibujando en la pieza contigua la silueta de un hombre.

- ¡Quieto, es él! -dijo la muchacha a Juan.

- ¿Quién es él?

- El tuerto Cirilo.

Y el tuerto Cirilo, con un farolillo en la mano, pasó por la puerta del gabinete negro, donde estaban arrebujados uno contra el otro Juan y la doncella.

Era un hombre cuadrado, con un pantalón y una chaqueta de pana rayada color de gato de carbonería. Juan pudo notar una cara ancha llena de costuras y verdugones, un ojo vacío, sangriento y rasgado, la boca entreabierta, enseñando una fila de dientes como de bulldog. Fue una visión instantánea de aparición diabólica que entró en la oscuridad, pues el tuerto Cirilo dio otra dirección a su farolito y se sumergió en la sombra.

Juan, involuntariamente, se arrimó más contra la muchacha.

- No, no te hará nada ... Pero no importa, ¿traes armas?

- Si -contestó Juan.

- ¿Y la medalla?

- También.

- Bueno, entonces ven ... muy quedito ... ni resuelles. Yo te diré lo que tienes que hacer. Doña Viviana me ha dado bien la lección.

Y Juan y la doncella se pusieron a seguir a pasos de gato al tuerto Cirilo. Éste entró en una pieza que era un museo.

Fue directamente a un ropero tosco de cedro, un poco mugriento en las puertas a fuerza de tanto uso, aplicó la llave, lo abrió, puso el farolillo en una de las tablas y comenzó a llenarse las bolsas profundas de sus pantalones y de su chaqueta de diversos objetos, que escogía porque no podía caberle ni la cuarta parte de lo que contenía aquel armario mágico. De los cajones sacó sin duda diamantes y piedras preciosas, pero no parecía satisfecho, y buscaba alguna cosa que no podía encontrar.

La doncella tomó a Juan de la mano, lo condujo a la recámara de Carrascosa, y lo instaló detrás del pabellón de la cama, mientras que el tuerto Cirilo acababa de cerrar los estantes.

- Aquí -le dijo- te estás viendo lo que pasa. Si el tuerto Cirilo intenta matar al amo, se lo impides; si se resiste, lo matas, nada se perderá, no lo puede ver mi alma. El amo mismo te salvará y el que nos manda a todos, que puede más que nadie, te lo agradecerá.

A los pocos instantes se presentó el tuerto Cirilo, con su farolillo en la mano, alumbró la recámara, se acercó al lecho de Carrascosa, puso su farol en la mesa de noche, le cogió con la mano derecha el cuello y sin sacar el puñal le dijo:

- ¿Dónde está el relicario?

Carrascosa se sintió presa de una horrorosa pesadilla; pudo removerse y llevar la mano a su cuello para quitarse lo que le oprimía.

- ¿El relicario? -dijo Carrascosa-. No lo tengo, no lo tengo.

El tuerto Cirilo tenía orden expresa de doña Viviana de buscar entre las alhajas un relicario con cera de agnus, o de exigirlo a Carrascosa amenazándolo con la muerte si no lo entregaba.

- ¡El relicario o te mato!

- El relicario no lo tengo -gritó Carrascosa.

Furioso el tuerto Cirilo de la respuesta de Carrascosa sacó el puñal y le dijo:

- Lo tienes debajo de la camisa, y te lo he de sacar con la vida -y a este mismo tiempo le agarró con una mano la camisa y con la otra le asestó una puñalada, pero el puñal no llegó a herirlo, porque Juan le dio al tuerto Cirilo tan soberbio revés en la sien, que trastabillando fue a rodar a dos varas de la cama.

Carrascosa se sentó en su cama, se restregó los ojos; estaba atónito, no sabía lo que pasaba.

La doncella entró al mismo tiempo con una vela encendida en la mano.

Juan, sin perder tiempo, recogió el puñal del tuerto Cirilo, que había rodado por el suelo, se acercó a él y le puso el pie en el pescuezo para que no pudiera levantarse, pero no había necesidad, el tuerto Cirilo, aunque no le salía sangre por ninguna parte, había perdido el sentido.

- ¡La Providencia, la Providencia y nada más! -exclamó Carrascosa sentándose en su cama, sacando el relicario de donde lo había escondido y besándolo con emoción-. Yo sabía bien que este relicario me salvaría la vida. Habría dado toda mi fortuna por él.

Y Pepe Carrascosa, diciendo esto de una pieza, no cesaba de besar el relicario.

Cuando pudo hablar Luz, le dijo:

- Bien despierto está usted, señor, y dice bien que Dios lo ha salvado. Este muchacho es mi novio, me vino a ver y estuvo a tiempo en que este ladrón, que sin duda se quedó oculto en la caballeriza, lo iba a asesinar; pero él le contará a usted lo demás Y lo que importa por ahora es que este hombre que está tirando se marche de aquí.

- ¡Si está muerto! -dijo Carrascosa.

- ¡Qué muerto! Si estos brutos nunca mueren, ya verá usted ... -y corrió a las piezas interiores, volviendo a los dos minutos con un pomo de álcali que pegó a las narices del tuerto Cirilo, el cual hizo un gesto, arrojó un ronquido como de marrano y se alivió sobre el codo.

- Ahora te largas en el acto -le dijo al oído la visvirinda Luz-, si no quieres que el amo llame al guardia y te lleven a la cárcel. ¡Bruto! -añadió Luz-, nunca sabes hacer bien las cosas, has venido borracho, bien me lo advirtió doña Viviana.

- Ya me la pagarás -le contestó el tuerto Cirilo.

- Después de lo que ha pasado tendrás que hablar con el amo -dijo Luz a Juan-. Todo está cerrado y seguro, y ese bruto se ha marchado. Tú lo explicarás todo.

- Bien quisiera explicar a usted lo que pasa -dijo Juan a Carrascosa que no volvía de su asombro-, pero me es imposible. Una persona a cuyo servicio estoy, y me ha prohibido expresamente revelar su nombre, me envió a que salvase a usted si era amenazado de muerte, y desde luego debe ser muy buen amigo. Supo que debían asaltar a usted esta noche los ladrones, y matarlo si se resistía a entregar las llaves de los cofres y roperos, o si trataba de defenderse o daba gritos. He cumplido con mi misión con toda felicidad, y no me pregunte usted más, ni acerca de esto, ni acerca de la muchacha, porque nada

podré responder, y parte de estas cosas son también para mi un misterio. Como usted, he creído y creo en la Providencia divina y me he entregado enteramente a su voluntad, dejando que ella me conduzca en el camino de la vida, y ella me ha conducido a encontrar al que salvé una vez de ser enterrado vivo y he salvado ahora del puñal de un asesino.

Carrascosa apenas oyó esto, cuando saltó de la cama y se colgó al cuello de Juan.

- ¡Tú, tú eres ese muchacho que he buscado años y años sin poderlo encontrar! Sábelo; tú eres mi heredero, mi hijo, mi familia, mi todo en el mundo, porque soy solo y no cuento sino como enemigos a los desnaturalizados parientes que me quisieron enterrar vivo ... Todo se lo debo a este relicario, tocado en el Santo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo en Jerusalén, y que compré en la testamentaria del señor obispo Madrid.

- ¿Del señor obispo Madrid? -interrumpió Juan.

- Si, miralo, miralo.

Carrascosa buscó el relicario en la cama para presentárselo a Juan, y como al esconderlo y al manejarlo con entusiasmo había impensadamente oprimido el débil resorte que detenía las tapas, el relicario se desbarató y cayó un pequeño papel cuidadosamente plegado que tenía dentro. Carrascosa se apresuró a ajustar las dos tapas del relicario.

- ¡Ignoraba que tuviese este papel, nunca había querido abrir el relicario porque no fuese a romperse la cera del agnus -y lo desdobló, y acercándose a la vela leyó:

Está bautizado, deberá llamársele Juan Robreño. Su padre es caballero militar. Su madre de la primera nobleza de México. Dios lo ayude en su vida.

- ¡La Providencia, la Providencia! -exclamó Juan a su vez-. Ese relicario es mío, yo lo he llevado en el cuello, y fue entregado al señor obispo por la caritativa mujer que me recogió y me sirvió de madre.

Luz entró de puntillas, pero Juan le hizo señal de que se fuese.

- Cuenta, cuenta si puedes toda tu historia, pues lo que me está pasando es tan maravilloso que si se escribe nadie lo creará, y parecería invención de un poeta romántico.

Sentáronse, dejando para después el registrar los armarios y cerciorarse lo que se había embolsado el tuerto Cirilio, y Juan contó a Pepe Carrascosa, a poco más o menos, toda su vida, callando aquello que convenía para no descubrir ni aun de lejos a *Relumbrón*.

- Bien, bien. ¡Bendito sea Dios que todo lo dispone y todo lo ordena según su voluntad! No hay que decir ni una palabra del robo. Lo que se ha llevado ese asesino no es gran

cosa, y aunque fuera. Venme a ver frecuentemente; ésta es tu casa, todo lo que hay en ella es tuyo.

Luz estaba en la puerta de la calle esperando a Juan.

- Me voy contigo -le dijo.

- Pero ...

- Quieras o no; me confrontas, y es bastante. El tuerto, antes de ocho días, ha prometido asesinar-me y lo cumplirá.

CAPITULO QUINCUAGÉSIMOPRIMERO

Las libranzas de *Relumbrón*

Relumbrón quedó muy disgustado de la tentativa contra Pepe Carrascosa. Se había propuesto hacerse de algunos diamantes y perlas de alto precio, y sobre todo, del relicario. Dona Severa y Amparo, que no eran más que bondad y cariño para él, habían entrado en una frialdad tan grande que no hablaban dos palabras en la mesa, y a cuantas cuestiones promovía de intento, no contestaban más que con monosílabos.

El tuerto Cirilo, con una insolencia que ya pasaba de la raya, se quejó con doña Viviana, y dijo que esa puerca que se había colocado de recamarera con Carrascosa lo había vendido y metido en la casa a su compinche, y que la Luz y el querido antes de una semana serían asesinados.

La Lucecilla, por más que hizo Juan, no pudo quitársela de encima ni tuvo valor para dejar en medio de la calle a una muchacha tan seductora que, por una singularidad, se había enamorado de él con sólo recorrer con sus dedos redondos las facciones de su cara. Fuese Juan con ella a la hacienda, llevándola en ancas de su caballo, sin pretender ni de chanza hablar antes con *Relumbrón*. Demasiado avisado era para no haber comprendido que lo que su patrón quería era que hubiese, sin matar a Carrascosa, robádole cuanto tenía, y atando cabitos y no pudiéndose explicar las entradas y salidas de la gente de don Pedro Catana y mil otras cosas, se persuadió antes que ninguno de que el que tenía por amo no era más que el jefe de una formidable banda de ladrones.

No tardaron muchos días sin que se presentara *Relumbrón* en Arroyo Prieto en busca de don Pedro Catana, que estaba ausente; pero como siempre dejaba a algunos de sus muchachos que sabían dónde podían hallarlo, montaron a caballo y prometieron volver con él antes de veinticuatro horas. En ese intervalo, naturalmente, Juan y su patrón tuvieron necesidad de hablar y hablaron de todo, menos de lo acontecido en casa de Pepe Carrascosa, lo que agradó mucho a Juan y lo sacó de un verdadero compromiso. Cataño,

que se vivía en el Molino de Flores, llegó antes de las veinticuatro horas con seis de sus muchachos.

Luego que concluyeron de cenar, entablaron la conversación.

- Nada de consideraciones ni de clemencia con esa canalla especialmente con los Bermejillos y los Garcías. Esta expedición debe ser a fuego y sangre. Si fuera posible que no quedara piedra sobre piedra de San Vicente y Chiconcuac, sería el día más feliz de mi vida. Usted, compañero, que, como yo, detesta a los *gachupines*, tiene la ocasión de vengarse.

Cataño, que había permanecido sin hacer ninguna pregunta ni manifestar interés en los asuntos de *Relumbrón*, le contestó fríamente:

- Las ocasiones de vengarme no me han faltado; pero yo no soy instrumento de venganzas ajenas; así, no cuente conmigo ni con los míos para esa expedición.

- Pero ¿cómo es posible? -le interrumpió *Relumbrón* sorprendido-. ¿Rehúsa usted obedecerme?

Relumbrón se exaltó, quiso echarla de valiente, dio golpes con la mano en la mesa.

- Por ahora acuéstese y descanse, compañero, que mañana nos daremos de balazos usted y yo: Juan será testigo.

Se le bajaron los humos a *Relumbrón*, como si le hubiesen echado un cántaro de agua fría.

Cataño volvió al comedor a continuar con su puro y su café y llamó a Juan para platicar.

Juan y Cataño habían hecho muy buenas migas.

- ¿Has oído, Juan? -dijo Cataño arrojando una bocanada de humo y acomodándose en tres sillas, al estilo americano.

- Está tan cerca el escritorio del comedor -le contestó Juan- que no he perdido una palabra.

- Entonces ya sabes que mañana tengo que matar a ese hombre. Tú serás el único testigo. Te quedarás aquí para dar parte a la justicia y enterrar el cadáver o mandárselo a su familia a México, y de veras lo siento por su hija. Todo el mundo dice que es de lo mejor que hay en la capital.

- ¡Qué suerte la mía! Apenas encuentro una posición tranquila cuando vienen sucesos raros e imprevistos, como este desafío, a sacarme violentamente de ella y a ponerme en peligro. Coronel, usted se larga con sus muchachos, y yo nunca podré probar que no he

sido el asesino de mi patrón. Pero no hablemos más, seré testigo único del duelo y los caballos de usted y sus muchachos estarán listos.

- ¿Sabes que eres un valiente, Juan, y que me interesas? Vas a quedar, en efecto, en una situación crítica, y si quieres y puedes, cuéntame cómo has venido a dar aquí, y si eres cómplice de *Relumbrón*, porque eso no confronta bien con la confianza en los designios de la Providencia, que no puede favorecerte a ti, instrumento de un gran ladrón como es nuestro coronel. Si tú tienes secretos, como yo tengo los míos, y no quieres revelar, guárdatelos; pero si algo te conviene referirme para que pueda ayudarte, háblame. Soy tu buen amigo.

- Ningún secreto hay, ningún empacho tengo en contarle, coronel, lo que me ha pasado en la vida; pero antes quiero que me diga si ha conocido usted o conoce a un don Juan Robreño -dijo Juan con mucha naturalidad.

Al oír este nombre, Cataño se levantó de la silla como si lo hubiese despedido un resorte, y el puro se le cayó de la mano pero se repuso inmediatamente y volvió a sentarse con aparente tranquilidad ...

- Robreño es un apellido común -le contestó-, lo mismo que el nombre de Juan. Hay una familia de Robreño en Aguascalientes, otra por el interior; pero yo personalmente no he conocido a ninguno.

- Pues es lástima -dijo Juan, que no se apercibió de la sorpresa de Cataño, porque en ese momento, oyendo ruido, volvía la cara hacia la recámara de *Relumbrón*.

- Lástima, ¿y por qué? -le preguntó Cataño.

- Porque aunque ya he adelantado mucho encontrando de la manera más extraña un protector y amigo, nada me llenará el corazón hasta que yo sepa quiénes son mis padres y quién soy yo.

Cataño, que no se había fijado en las facciones de Juan, en su estatura derecha y fuerte, en sus ojos grandes y expresivos, desde que oyó en boca del muchacho el apellido de Robreño, encontró que se parecía y que tenía tanto de él como de la condesa; pero se hizo el ánimo de disimular y de no consentir en una dicha inesperada hasta no tener una prueba que podría hallarse en lo que Juan le refiriese.

Juan se levantó y fue a la cocina; volvió con la cafetera llena de café ardiente, encendió su puro y contó a don Pedro toda su historia, que comienza en los primeros CAPITULO s de estos libros y que el lector sabe ya perfectamente. Y terminó leyendo el misterioso papelito encontrado en el relicario que compró Pepe Carrascosa en la testamentaria del obispo de Madrid.

Pedro Cataño se atusó el negro bigote y, con un tono de autoridad le dijo a Juan:

- Mañana dejamos a este ladrón muerto en medio del campo y nos marchamos. Ya amaneció, ve a disponer todas tus cosas, manda a ensillar tus caballos y los míos y esperemos ya preparados a que se levante el enemigo para acabar con él.

El enemigo no tardó en aparecer, su sueño no fue muy tranquilo y antes de la hora de costumbre ya estaba en el comedor.

- Seguramente no ha dormido usted, compañero -le dijo a Cataño tendiéndole la mano, que fue aceptada de mala gana.

- No tenía sueño -le contestó Cataño- y quise estar dispuesto para la hora en que usted se levantara y que acabemos.

- Lo de anoche fue un acaloramiento. Pensé mucho y convengo en que tiene usted mucha razón. Espero, compañero, que recibirá usted mis excusas y que continuaremos como siempre. No hay que hablar más y venga esa mano.

Don Pedro se la tendió con los dedos tiesos.

- Bien, muy bien -dijo *Relumbrón*, muy alegre-. Es usted un completo caballero. Ahora espero que no me negará el favor de quedarse en la hacienda con algunos de sus muchachos hasta que regrese yo dentro de una semana. Quiero que me acompañe usted al molino.

Cataño que estaba absolutamente preocupado con la historia de Juan, aceptó el desenlace con gusto, pues ningún empeño tenía en matar a *Relumbrón*, y reflexionó que para marcharse con Juan a donde se le diese la gana, cualquier día era bueno.

CAPITULO QUINCUAGÉSIMOSEGUNDO

San Vicente y Chiconcuac

Relumbrón se detuvo en Río Frio, donde Evaristo, como de costumbre, le tenía preparado un buen almuerzo en la taberna alemana. Allí los dos vomitaron infernales injurias contra don Pedro Cataño, contra el gobierno, contra los ricos de México, contra el género humano, y quedó convenido que Evaristo se pondría a la cabeza de la expedición y la noche menos pensada caería sobre San Vicente y Chiconcuac, robaría, mataría, destruiría las calderas y cuanto pudiera, y de allí se iría a Santa Clara a hacer lo mismo con los Garcías.

Relumbrón, de regreso a México y con el negro pensamiento de que su venganza se realizaría pronto, se dedicó a su familia como un buen esposo, a sus queridas como un buen amante, y a sus negocios como hombre de grande importancia, sin dejar de cumplir sus deberes militares en el Palacio.

Pepe Carrascosa, callada la boca, fue sacando de sus armarios todas sus alhajas y curiosidades, y depositándolas en el Montepío; dejó a los criados en sus puestos y a nadie contó lo que le había pasado; como de costumbre concurría a las almonedas del Montepío, donde encontraba a *Relumbrón*; se daban la mano, platicaban y compraban lo que les parecía mejor, como si nada hubiese pasado.

Pocos días bastaron para que Evaristo reuniese a los valentones y organizase su expedición a la Tierra Caliente.

Vagando de un lado a otro y alejándose siempre de la hacienda, vio venir un hombre por una calzada que conducía a Chiconcuac. Puso espuelas a su caballo, marcó el alto al pasajero y a los cinco minutos se juntó con él.

- ¿A dónde va? -le preguntó poniéndole la pistola al pecho-. Si no responde lo mato -y preparó la pistola.

- Voy por aquí cerca, a San Vicente; soy dependiente de la hacienda.

- Basta; eso debía haber dicho desde el principio; allá voy yo también -contestó Evaristo-. Soy el jefe de una fuerza del gobierno, como la caballada está cansada, necesitamos descansar y darle pienso.

Al decir esto, uno de los bandidos se acercó al dependiente lazó con una reata el cuello del caballo, le quitó el freno y amarró la cabeza de silla.

- Así está bien -dijo Evaristo-, ahora, adelante.

No había remedio; el pobre hombre tocó la puerta y, haciendo un esfuerzo para componer su voz, entabló un diálogo con los de adentro, que dio por resultado que las puertas se abriesen de par en par. Una irrupción de demonios con machete en mano y disparando las pistolas ocupó inmediatamente el patio.

Dueños ya de la hacienda, se introdujeron por todas las habitaciones y oficinas en busca de dinero, de licores y cosas que comer. Robaron en el cuarto de raya y en el despacho cuatro o cinco mil pesos; vaciaron la despensa; lo que no pudieron beber y comer, lo destruyeron; y beodos de sangre y de vino, con trabajo y a cintarazos los pudo reunir Evaristo, y al amanecer abandonaron la finca, tomando el camino de la montaña. Evaristo, asustado con su triunfo, no se resolvió a ir a Santa Clara, y eso salvó a los Garcías.

Cuando se supo en la capital esta sangrienta catástrofe, fue universal el sentimiento de horror y de indignación. El gobierno inmediatamente mandó fuerzas de infantería y caballería a la Tierra Caliente, puso enérgicas circulares a las autoridades de toda la República para que contribuyesen a la destrucción de la banda de forajidos, nombró un juez especial para que instruyera la causa e hizo cuanto pudo para acallar el clamor público. El encargado de la Legación de España pasó una terrible nota al gobierno,

concluyendo por decirle que si dentro de ocho días no estaban aprehendidos y ahorcados los asesinos, abandonaría la Legación y la guerra sería declarada.

El terror de *Relumbrón* fue tal, que cayó enfermo, y en una semana no pudo salir de su recámara. Doña Severa y Amparo olvidaron el asunto del relicario y lo llenaron de cuidados y atenciones.

El doctor Ojeda, que ya tenía su título y una buena clientela, llevó la noticia a la hacienda de Arroyo Prieto.

- Vengo -le dijo a su amigo el fingido don Pedro Cataño- a sacarte del infierno en que te has metido. Lo que ha hecho tu amigo *Relumbrón* y el capitán de rurales, porque ellos son sin duda, es horroroso, y como se trata de evitar una guerra con España, el gobierno no descansará hasta no descubrir la maraña. Además, don Remigio me ha escrito una carta muy alarmante. Las incursiones de los comanches, que otros años han sido partidas pequeñas que él ha podido perseguir con los vaqueros de la hacienda, van a ser este año formidables.

Don Pedro Cataño llamó a Juan.

- Mañana al amanecer salimos de aquí; así, esta noche dispones tus cosas y no repliques, porque es por tu bien.

- No deseaba otra cosa -le contestó Juan-. La Providencia me llevará por buen camino.

Al día siguiente, a las cuatro de la mañana, don Pedro Cataño, Juan, Romualdo, el doctor Ojeda y los muchachos que estaban allí reunidos abandonaron, para no volver más, la misteriosa hacienda de Arroyo Prieto.

CAPITULO QUINCUAGÉSIMOTERCERO

Sentencias de muerte decretadas por Evaristo

Los horrores y sangre de la hacienda de San Vicente, las agitaciones políticas de la capital y los tormentos del alma de *Relumbrón*, no habían turbado la serenidad del cielo azul en que vivían doña Severa, Amparo y Casilda, y mencionamos a Casilda porque ya no era criada, sino que se contaba como de la familia; tanto así supo la muchacha granjearse el cariño de sus amas.

Las tertulias de *Relumbrón* cada vez eran más lucidas. La asistencia, sin faltar un solo jueves, del marqués de Valle Alegre, les había impreso un carácter altamente aristocrático.

Amparo y doña Severa eran cada una, según su edad y carácter, el encanto de la concurrencia; a todos atendían, con todos platicaban un momento, y las más veces, de esas conversaciones con las amigas resultaba auxiliada con dinero una viuda con hijos; una muchacha doncella en peligro colocada en las Vizcaínas o en un convento; un empleado pobre y enfermo socorrido con médico y botica; en fin, alguna obra de caridad, porque hija y madre nunca se acostaban contentas si no habían hecho una buena acción.

En cuanto a *Relumbrón*, pasado el disgustillo ocasionado por el relicario tocado al sepulcro de Jesucristo, no daba motivo aparente para que su familia tuviese ningún motivo fundado de queja.

Pero el contento y la satisfacción de doña Severa se habían aumentado con un suceso que ella esperaba de un momento a otro y que con los ojos de madre habla observado cuidadosamente hacía meses. El marqués de Valle Alegre se había declarado oficialmente, y don Pedro Martín de Olañeta fue encargado de pedir con toda solemnidad la mano de Amparo.

El marqués tenía muy presente la dolorosa catástrofe de la hacienda del Sauz, en que realmente figuró él mismo con el doble carácter de verdugo y de víctima.

¿Qué le importaba, en resumen, al marqués de Valle Alegre, que *Relumbrón* no fuese como él, marqués o conde, si su hija, además de la hermosura, tenía la verdadera nobleza que consiste en los elevados sentimientos y en una vida irreprochable?

Así, cuando don Pedro Martín de Olañeta, conforme a las instrucciones del marqués, se presentó a pedir a Amparo, los padres contestaron (o mejor dicho doña Severa) que no eran dueños del corazón de su hija, y que la dejaban en la más completa libertad. Amparo, que no conocía el disimulo ni se detenía en fórmulas vanas y mentirosas, contestó decididamente que su corazón era del marqués, y que si sus padres consentían, ella no deseaba otra cosa sino hacer feliz al hombre que la había escogido para compañera de su vida.

Dio mucho en qué pensar este suceso a *Relumbrón*, como el más importante de su vida íntima. De por fuerza le vinieron a su alma, aunque criminal y envilecida, los sentimientos paternos y los recuerdos de la educación religiosa que recibió de las buenas gentes a quienes fue entregado por la moreliana.

Resolvió, sin vacilar, apartarse de la carrera que había seguido; de cortar, a costa de mucho dinero si era necesario, sus relaciones con toda la canalla; liquidar sus cuentas con don Moisés y arreglar todas sus cosas de modo que no tuviese ningún motivo de inquietud, ni quedase rastro de sus maldades, marchándose en seguida a Europa.

Fácil parecía a *Relumbrón* lograr su intento. El compadre platero no era posible que lo denunciase, y entraría fácilmente en el arreglo. Liquidadas sus cuentas, bien les quedaban limpios en oro, plata y buenas fincas, más de 400,000 pesos.

El obstáculo serio que se le presentaba era Evaristo. Un borrachón cobarde, insolente, cómplice de todas sus maldades y el único que estaba en el secreto del robo de la calle de Don Juan Manuel; no lo dejaría vivir tranquilo y era un amago constante, pero creyó encontrar el medio probable de hacerlo desaparecer para siempre. No había más que ponerlo enfrente de Juan, autorizándolo para que obrara como le diese la gana.

Las cosas urgían. El marqués había comprado una casa en la Ribera de San Cosme, con un hermoso jardín y unos muebles muy de moda, venidos de París, para regalárselos a Amparo; preparaba al mismo tiempo los regalos de boda, y el compadre platero le había vendido cosa de diez mil pesos de alhajas (las mismas robadas al marqués y transformadas), y las amonestaciones deberían comenzar a leerse dentro de pocos días en la parroquia.

Relumbrón no perdió tiempo. Marchó al molino, donde no le costó trabajo persuadir al *licenciado Chupita*, y quedó convenida la manera de despedir a los operarios y de destruir la maquinaria. Del molino caminó al día siguiente para la hacienda y ¡cuál fue su sorpresa al encontrarla sola y silenciosa! Llamó al mayordomo de campo, que era un indio muy práctico en las labores, pero que no sabía leer ni escribir, y procuró informarse de lo que había pasado. El mayordomo, acostumbrado a las entradas y salidas de gente de a caballo y de las ausencias de Juan, más frecuentes desde que tenía a Lucecilla en San Martín, no había hecho alto en el acontecimiento; así ninguna explicación pudo dar a su amo.

Recibió con esto un golpe terrible, y el pánico se apoderó de él creyendo que este suceso era la señal de su desgracia, y regresó a México cabizbajo y triste. Al día siguiente, cuando menos lo esperaba, lo sorprendió Evaristo, colándose de rondón hasta su despacho.

Hubo otra persona que se sorprendió más que *Relumbrón* de esta visita intempestiva, y fue Casilda.

- Coronel estamos en un gran peligro. En uno de estos días seremos descubiertos, y ya se figurará lo que pasará -dijo Evaristo quitándose el sombrero y sentándose en una silla con la mayor confianza.

- ¿Cómo así? -le contestó *Relumbrón*-. Eso es imposible. ¿Qué alguno de los nuestros ...?

- No, ninguno de ellos, sino esa maldita frutera de la plaza, que mal rayo la parta. Uno de mis muchachos (pues les doy sus licencias para que bajen a la ciudad y estén así contentos) estaba sentado en un puesto cercano al de Cecilia, comiéndose un taco de mesclapiques con aguacate, cuando llegó allí el licenciado Lamparilla, que mal rayo lo parta, coronel. La Cecilia y él hablaron de varias cosas, y entre otras de lo de Tierra Caliente. *¿No se ha sabido por fin* -le preguntó la frutera al licenciado Lamparilla- *quiénes son los asesinos de la hacienda de San Vicente? ¿Quiénes han de ser, muchacha* -le contestó el licenciado-, *más que Los Dorados?* Hablaban en voz baja, coronel; pero mi

muchacho no perdió una palabra, y así que acabó de comer su taco y Lamparilla se fue, montó a caballo y me vino a referir todita la conversación como se la cuento a usted.

- Vaya -dijo *Relumbrón*-, yo creía que la cosa era más grave. ¿Quién va a hacer caso de dichos de fruteras y de gentes de la calle que digan lo que les dé la gana? ¿Y las pruebas?

- Coronel, no es eso -le contestó Evaristo-, sino que la frutera tiene todos mis secretos y se los comunica al licenciado Lamparilla, que es su amante, y al licenciado Olañeta, que es su protector. Tenemos la vida vendida, créame usted, y yo he tomado ya mis medidas para quitarnos esas gentes de encima.

- ¿Qué medidas has tomado?

- Matarlos, pues no hay otra cosa que hacer, y lo he dispuesto todo antes de venir a ver a usted.

- Eso nos va a comprometer quizás más -dijo *Relumbrón* alarmado de la sangre fría con que Evaristo refirió la sentencia de muerte que había decretado contra las tres personas.

- ¡Más comprometidos que lo que estamos! -dijo Evaristo-. Pero no tenga usted miedo, y escuche.

- Y, ¿cuándo vas a hacer todo eso? -le preguntó *Relumbrón*.

- Mañana todo quedará concluido; a cosa de las diez de la mañana el pleito en la plaza; a las siete, el chocolate del licenciado don Pedro; a las doce de la noche, su merecido a Lamparilla, y pasado mañana no tendremos enemigos.

- Pero todo lo que estás diciendo es insensato, no lo haría un chicuelo.

- Pues yo lo haré, y no hay más que hablar.

- Me lavo las manos, ¿lo entiendes? -le dijo *Relumbrón*-. Haz cuenta de que nada me has dicho.

Los dos personajes siguieron hablando en voz más baja, se levantaron de los asientos y salieron al corredor. Casilda aprovechó el momento para esquivarse y, reponiéndose en su cuarto de la sorpresa y emoción que le causó la escena que acababa de presenciar, fue a pedir licencia a doña Severa con pretexto de ver a las monjas de San Bernardo, y no había pasado media hora estaba en la casa de Martín de Olañeta.

- ¿Qué te trae aquí, muchacha? Hacía un siglo que no te veía. He estado en casa de tus amos varias veces, y ni tu sombra. No te dejas ver, y haces bien, porque cada día estás más hermosa.

- Le diré a usted de una vez, señor licenciado; usted va a ser envenenado esta noche. No tome usted el chocolate.

- ¡Cómo, Casilda! Habla; esto es grave, y lo creo, porque no eres capaz de decir una mentira.

Casilda le refirió entonces la conversación que había escuchado; pero sin nombrarle personas, ni lugar, ni nada que pudiera dar indicio de que *Relumbrón* tenía parte en tenebrosas combinaciones con Evaristo. Casilda quería salvar la vida de su protector sin perjudicar a la familia que tan buena acogida le había dado, y como don Pedro le hacía preguntas y trataba de averiguar, Casilda se echó a sus pies llorando.

Don Pedro Martín no sabía qué pensar y todo se volvía conjeturas y sospechas, pero en fin, como la cosa urgía, despidió a Casilda cariñosamente asegurándole que jamás se sabría que ella había revelado este importante secreto.

- Sea lo que fuere, y verdad o mentira, lo que importa es evitar el golpe, pues que tenemos noticia hasta de la hora en que se deben cometer mañana estos delitos.

Con uno de los pasantes mandó buscar por todas partes a Lamparilla, y él mismo se encargó de vigilar desde el comedor a la cocinera. Lamparilla llegó acompañado del pasante, que lo había encontrado en los tribunales.

- No me haga usted ninguna pregunta ni trate de hacer averiguaciones. Me obedece usted y se acabó -le dijo don Pedro Martín luego que lo vio entrar.

- Como usted lo ordene -le contestó Lamparilla sorprendido, pues no sabía de lo que se trataba.

- Se va usted inmediatamente al mercado, y le dice a Cecilia que mañana cierre el puesto, y ella y sus criadas no salgan de su casa sino a lo muy preciso, hasta que usted mismo les avise. Que haga esto sin hablar palabra a nadie. En seguida va usted a su casa, monta a caballo y con sus mozos bien armados se marcha usted al rancho de Santa María de la Ladrillera, donde se quedará hasta que yo le mande decir que puede regresar. Indagará usted si la herbolaria ha dado en estos días a una persona una semilla o alguna otra yerba venenosa. Esto, ¿me comprende usted?, con maña, para saber la verdad. Mucho secreto en todo y ni una palabra más por ahora. Vaya usted, y no pierda ni minutos.

A la primera palabra que Lamparilla dijo a Cecilia, comprendió que Evaristo trataba de matarla; pero sin discutir, arregló sus cosas, cerró su puesto y antes de la hora de costumbre se retiró a su casa, y durante tres días no asomó ni las narices a la calle.

Lamparilla, armado hasta los dientes y seguido de tres criados llegó sin novedad al rancho de Santa María de la Ladrillera. No obstante lo preocupado que estaba y pensando naturalmente que lo amagaba un grave peligro del que trataba de salvarlo el licenciado

Olañeta, o más bien dicho, seguro de que Evaristo quería asesinar a Cecilia y a él, fue esta visita un motivo de agradables recuerdos.

Lamparilla no tuvo ninguna dificultad para saber lo que el licenciado don Pedro Martín consideraba como *muy delicado y difícil*.

A la primera interpelación de Lamparilla, Jipila le contestó riéndose:

- ¡Ya iba yo a darle yerbas venenosas ni a ése ni a ninguno! Vino aquí un ranchero que llaman *el Aposentador* y que vende pasturas a los arrieros y a las caballerías que andan en el monte. Aquí compra mucha cebada y paja, y se la lleva en carros. Me dijo que tenía una mujer que le daba mala vida y se la pegaba con todo el mundo, y que estaba celoso y la quería matar, pero de modo que no se conociera que él lo había hecho. Me rogó, me ofreció dinero, me amenazó y cuanto usted quiera, y yo a ni responderle a tanto chisme, hasta que, por quitármelo de encima, le di unas semillas secas de árbol del Pirúl, asegurándole que con cuatro que se echaran en el chocolate o en el caldo, bastaba para matar una gente sin que quedara rastro alguno que los médicos pudiesen conocer.

Don Pedro Martín, con la mayor prudencia y secreto, dispuso que gente de policía disfrazada rondara por la casa de Lamparilla, y en efecto, fueron aprehendidos por sospechosos tres hombres, a quienes se les encontraron puñales, y fueron enviados a la cárcel por portadores de armas prohibidas. En el mercado se estableció vigilancia y se vieron hombres de mala catadura que acechaban el puesto; pero como estaba cerrado, nada hicieron que diese motivo para aprehenderlos; y en cuanto al chocolate, él mismo sorprendió a la cocinera en el momento que echaba en la leche unas bolitas negras. Cargó con el jarro a su cuarto, diciendo a la criada que guardase el más profundo silencio si no quería ser castigada, y lo envió a Leopoldo Río de la Loza para que lo analizara. Al día siguiente el sabio químico lo devolvió, diciendo que no había más que cuatro semillas secas del árbol del Pirúl, lo que comprobó después la declaración que hizo Jipila a Lamparilla. Evitado el peligro y frustrada la tentativa de un triple asesinato, Lamparilla volvió a México y Cecilia a su puesto; quedó este negocio en el secreto, y el licenciado Olañeta mismo no le dio gran importancia; pero reunido esto a los antecedentes que tenía, pensaba que de un momento a otro tendría entre las manos los hilos de una tenebrosa trama que quizá lo envolvería a él mismo en una eterna desgracia, y esperaba a cada instante una nueva visita de Casilda.

CAPITULO QUINCUAGÉSIMOCUARTO

Celos Indiscretos

Juliana era lo que puede llamarse una buena mujer en la extensión de la palabra, sobre todo muy segura, como dicen familiarmente nuestras señoras cuando quieren abonar de honrada a una sirvienta.

En cuanto a su moral, tenía la de la gente buena y pobre. Creía de cabo a rabo en el Catecismo del padre Ripalda; oía su misa los domingos y días festivos, y confesaba y comulgaba la cuaresma. Nada se guardaba en las compras de la plaza (y es raro en una cocinera), ni lo necesitaba, pues ella manejaba el gasto y gobernaba la casa, se pagaba su ración y su sueldo, y el platero, en vez de tomarle cuentas, le hacía frecuentes y buenos regalos, de modo que podía decirse que con sus ahorros era ya riquilla. Aunque de constitución robusta y sanguínea, y como hemos dicho, de la especie voluptuosa de Cecilia, no había mujer más quieta que ella, y hasta la edad que tenía no había conocido lo que se llama amor. Al platero ni lo quería ni lo aborrecía. Lo aguantaba porque era su amo, y era fiel, porque no tenía otras distracciones de inclinación que la condujeran al mal. Así pasaron algunos años; pero a cada capillita le llega su fiestecita.

El partidador de la carnicería se enfermó y fue sustituido por otro, por un muchacho, ¡pero qué muchacho! ¡Si era un serafín! Muy blanco, muy bien formado, de ojos azules, de pelo rubio; seguramente era producto de un equivoco de algún hijo de la Germania de Norteamérica. Tenía unos veintidós años y se llamaba Alberto. ¡Imposible, no podía negar su procedencia extranjera!

Ver Juliana al nuevo partidador de carne y enamorarse de él, todo fue uno. Disimuló cuanto pudo, pero al cabo de algunas semanas el Alberto tampoco encontró mal las buenas formas, los labios encarnados y el modito seductor de la cocinera, y ambos se entendieron perfectamente, resguardándose mucho de que sus amores fuesen conocidos por el platero y por el dueño de la carnicería.

Como el último que sabe las cosas es el dueño de la casa, don Santos ignoró mucho tiempo estos amores, hasta que una noche que venía de la Profesa de rezar sus devociones y darse unos cuantos azotes, divisó una pareja que atravesaba la calle con dirección al oscuro Callejón de la Olla, y que la parte femenina de la pareja era algo semejante a Juliana. Se envolvió más en su capa, se fue deslizándose al abrigo de la sombra de las paredes sucias, y los siguió. Eran ellos, Juliana y el partidador de la carnicería, a quien había visto varias veces al pasar, y no había dejado de llamarle la atención por su buena figura.

Don Santitos en toda su vida había sido mordido por esa mala culebra de los celos; pero en compensación, esa noche le encajó el reptil todo el colmillo en la mitad del corazón.

Buscó instintivamente si tenía en la bolsa una pistola, un cuchillo, un cortaplumas siquiera, para hacerles algo, aunque fuese darles un piquete; desgraciadamente no tenía más que la disciplina con que acostumbraba vapulearse suavemente algunos días de la semana en las sombras del templo de la Profesa. Tuvo la firmeza de estar oyendo los cuchicheos del partidador de carne y de Juliana por más de un cuarto de hora.

Esa noche no durmió. Reconoció que, por primera vez en su vida y ya muy adelantado en años, estaba no sólo enamorado, sino profundamente apasionado de su cocinera.

Una noche, y ya iban muchas de este espionaje, se pudo colocar el platero en la puerta siguiente a la que se ocultaban los amantes, y lo que pudo oír de amores, de promesas, de cariños y de esperanzas (porque los dos se amaban) no es para escrito; pero lo que coronó el amoroso coloquio fue una cascada de besos dulces y sonoros, que fueron a repercutir en el lacerado corazón de don Santitos. Dejó, no obstante, que los amantes se separasen y esperó el tiempo necesario como las otras noches para que Juliana llegara a la casa; agarrándose de las paredes, se dirigió él a ella, no cenó y cayó en cama agobiado, debilitado, martirizado, hecho mil pedazos del dolor y de la impresión que le había causado el contacto, el choque de aquellas dos bocas frescas y juveniles. Al día siguiente, a la hora del almuerzo, el platero escupía verde, su estómago estaba lleno de bilis y no pudo ver con calma, no sólo la serenidad, sino la cara contenta de Juliana, que parecía como rejuvenecida, como acabada de bañar, como si le hubiesen quitado diez años de encima, ¡vaya, como en los días en que el platero la había tomado a su servicio!

- Parece que estás muy contenta -le dijo el platero escupiendo en el plato una papa, que desde luego le pareció o no nacida o muy dura.

- Como todos los días -contestó Juliana con indiferencia.

- Cada vez haces el almuerzo peor -le dijo el platero mirándola por primera vez con cólera.

- Lo mismo que todos los días -contestó Juliana devolviéndole su mirada.

Estaba ya resuelta a separarse, y ella y el partidador de carne habían encontrado colocación en una casa grande, con la condición de que antes se casaran, y estaban resueltos a casarse.

- ¿Sabes que de pocos días acá te encuentro muy cambiada, Juliana?

Y el platero alzaba la voz y le metía las manos en la cara a Juliana, que se retiraba poco a poco, pero sin manifestar susto ni miedo, ni mucho menos arrepentimiento.

- Habla, habla, di algo en tu defensa, so puerca, so indecente.

- Pues ya que lo sabe usted -le interrumpió Juliana, queriendo tomar la puerta-, ¿para qué es que me maltrate? Si, tengo mi novio y me voy a casar con él; no es un perdido, sino un muchacho honrado, que tiene así de casas (y hacía seña con los dedos) donde lo recibirán de criado, y con eso y mi trabajo tengo bastante para mantenerme.

- Pero antes de irte te he de arrancar del pecho este collar de corales que te regalé, y has de saber lo que es un hombre ofendido, colérico y celoso.

Y en efecto, con una mano le desgarró la camisa y el collar de corales que rodaron por el suelo, y con la otra le aplicó tan formidable bofetón en las narices que, con todo y ser Juliana fuerte, gruesa y grande, la hizo trastabillar y, queriendo huir, tropezó con una silla

y fue de costado a herirse la sien contra el filo de un canapé, quedando inmóvil y como muerta.

Quedóse inmóvil por un momento, pero después se hincó de rodillas, acarició a Juliana, la llamó con los nombres más tiernos, le pidió perdón, y más asustado, mirando que la sangre no cesaba de salir de la cabeza y de las narices, corrió como un loco a la cocina a buscar vinagre, diciendo: *la he matado*.

Con sus pañuelos le limpió la sangre, le puso fomentos de vinagre y le dio a oler esencias, y no fue sino al cabo de una hora cuando la muchacha volvió en sí, se volvió sobre su brazo, después se levantó, y derecha como un fantasma, sin quejarse ni hablar una palabra y arrojándole una mirada de odio, fuese a su cuarto y se encerró con llave y aldaba.

El platero, con esta escena, quedó como muerto, y fue también después de media hora cuando pudo levantarse del canapé donde había caído anonadado, arreglar la mesa, limpiar la sangre que había corrido por el suelo y poner en orden el cuarto donde había tenido lugar la primera y última hazaña de tan hábil y distinguido artista.

Lo que quería, el platero al día siguiente, ya más calmado, era, primero, que todo quedase en el más completo secreto; y después reconciliarse con Juliana, pasar, si fuerza era, por el novio, con tal que se olvidase la escena pasada y continuase viviendo en la casa.

Cuando Juliana pudo levantarse, volvió a tomar la dirección de la casa, como si nada hubiese pasado.

Una mañana antes de las cinco, Juliana se levantó, espío de puntitas al platero, que ya había recobrado su tranquilidad y dormía profundamente. Cerciorada de esto, volvió a su cuarto, puso sobre su cama su baúl con todas las buenas ropas y alhajas que le había regalado don Santos, se fajó en la cintura sus sueldos que tenía ahorrados, se echó en el seno su libro de recetas y otros papeles, salió sin ser sentida de la casa, cerró la puerta y echó la llave por debajo.

Cecilia estaba ocupada en lavarse los pies que los tenía como si fuesen hechos de hojas de rosa; en sacar de los almacenes su fruta; en despachar a una de sus Marías, que siempre la precedía en el mercado, cuando se le presentó Juliana, la que apenas le vio, cuando se le echó al cuello hecha un mar de lágrimas y fue un llorar de quién sabe cuántos minutos sin interrupción. Todo el sentimiento que había guardado desde el día de la bofetada que le dio el platero, lo echó por los ojos. La venganza quedaba en el corazón.

Cuando se calmó, Cecilia le dijo que se explicara; ya ella suponía algo de grave, pues que cerca de dos semanas habían pasado sin que fuese a la plaza. Por lo menos la creía gravemente enferma.

Entonces Juliana contó con una rara minuciosidad cuanto había oído, explicándole las relaciones que existían entre el platero, *Relumbrón*, el capitán de rurales, doña Viviana, el

tuerto Cirilo y demás gente, y Cecilia se agarraba la cabeza, no queriendo creer tanta atrocidad y que personas tan ricas estuvieran complicadas con tan vil canalla.

- ¿Y qué quieres que hagamos? -preguntó Cecilia a Juliana cuando acabó de oírla.

- Tú conoces mucho al juez, es tu marchante y te ha de hacer caso. Si yo voy sola o veo al gobernador, dirán que soy chismosa, calumniadora, me meten en la cárcel y no vuelvo a salir jamás.

Cecilia se quedó pensando un momento; después le dijo:

- Si estás resuelta, no tengas cuidado, el señor don Pedro Martín nos oirá.

Casilda no había vuelto a aparecer en casa del licenciado Olañeta; en la de *Relumbrón* se ocupaba todo el mundo de los preparativos de las bodas de Amparo, que deberían ser magníficas.

Así, el viejo abogado estaba fumando sus cigarrillos en el comedor, reflexionando en los antecedentes que se acaban de referir y tratando de echar fuera de su mente los pensamientos siniestros que le había causado la visita de Casilda, cuando Coleta y Prudencia entraron a decirle que Cecilia, la frutera (que les había entregado un canasto con lo más hermoso de la estación), acompañada de otra mujer parecida a ella, deseaban hablarle.

Sin saber por qué, al escuchar a las hermanas dio un vuelco el corazón al licenciado, que lo dejó por un instante sin aliento; pero se repuso, saludó afablemente a las dos mujeres, dio las gracias a Cecilia por el regalo de su excelente fruta y, seguido de ellas, se entró en su biblioteca y cerró la puerta.

Coleta y Prudencia regresaron a la cocina, donde amasaban unos tamalitos para el día siguiente, que era domingo, y Clara y doña Dominga de Arratia habían prometido venir a comer para enterarse de todo lo relativo a las bodas de Amparo.

- Vamos, Juliana, no hay que turbarse. Dícelo todo al señor licenciado, como me lo dijiste a mí. Venimos resueltas, señor licenciado -añadió Cecilia-, y ya que sabe usted parte, sépalo todo, que es un horror, y sólo porque ésta me ha jurado por la memoria de su madre que es verdad, lo creo. Juliana, cada noche, mientras el platero estaba encerrado con el soplete desarmando las alhajas robadas que le traía doña Viviana, ella cogía su tintero y se ponía a escribir, por ejemplo:

Cocada de huevos. Para un coco dos reales de huevos, real y medio y cuartilla de azúcar; medio de canela. (Pesos falsos).

Pasta de camote morado. -(Doña Viviana), -Ate de mamey.

A dos o tres mameyes una libra de azúcar. Se clarifica primero el almíbar, se echa el mamey molido y se bate, etcétera.-(Diamantes y perlas).

Organizó sus recetas en el bufete del licenciado, que había tomado asiento en el sillón, apartó unas a un lado, otras a otro, y se guardó las que no le eran útiles para el caso. Cada vez que encontraba en una receta una indicación, como las que van apuntadas, la clasificaba, y así que estableció el orden comenzó a hablar con tanta precisión, con tanta claridad, que transmitió, casi sin faltar una coma, todas las conversaciones entre *Relumbrón* y su compadre el platero; como si hubiese rasgado un velo oscuro, el juez tuvo delante de sí un teatro de maldades increíbles e inauditas de las que no han podido contarse más que una pequeña parte en esta verídica historia, porque parecerían increíbles y por no hacerla demasiado naturalista.

Don Pedro Martín, con la cabeza apoyada en sus dos manos, escuchaba con profunda atención, y, de vez en cuando, exclamaba:

- ¡Qué horrores! ¡Qué abominaciones! ¡Semejantes gentes mezcladas con la canalla y peores que ella!

La confesión de Juliana terminó; Cecilia siguió, diciendo lo que sabía y lo que maliciaba.

- ¿Están ustedes dispuestas a declarar ante el tribunal lo que aquí acaban de referir?

- Resueltas a todo, señor licenciado -respondieron a una voz las dos mujeres.

- Bien, hijas mías -les respondió con una aparente calma-, vayan con Dios; no tengan cuidado, a nadie se castiga por decir la verdad.

CAPITULO QUINCUAGÉSIMOQUINTO

Sepultura de plata

Largo rato quedó don Pedro Martín con la cabeza apoyada en sus manos. Cuando salió del aturdimiento causado por la casi inverosímil relación que acababa de escuchar, su frente estaba bañada en sudor.

- Es preciso apurar el cáliz hasta la última gota. Jesucristo nos ha dado el ejemplo -dijo levantándose y paseándose agitado de uno a otro extremo de la biblioteca-. ¡Clara, complicada en estas atrocidades! ¡Clara, no ... pero su marido sí, casi es lo mismo! Después de las pruebas que tengo y de haber escuchado a estas mujeres -continuó diciendo- ya no puedo excusarme, tengo, como quien dice, todos los hilos de una trama tenebrosa, y la sociedad reclama mis servicios; no puedo excusarme, sería una cobardía, una falta que jamás me perdonaría yo y que pesaría hasta mi muerte sobre mi conciencia. En fin, tratemos de tener calma y esperemos.

Y en efecto, don Pedro Martín esperó un día, otro día, hasta cuatro; pero al quinto se presentó en su casa una mujer de edad, pero bien vestida y de buen aspecto, diciendo que tenía un secreto que comunicarle. Era doña Rafaela la dulcera, que introdujeron a la biblioteca Prudencia y Coleta, como habían introducido, como hemos visto, a Juliana y a Cecilia.

El confesor le dio opinión favorable, y en consecuencia, doña Rafaela fue al día siguiente a contar a don Pedro Martín su encuentro con Evaristo en la diligencia, y cómo este hombre había sacado con engaños a don Carlota (a quien de vista conocía doña Rafaela) y lo había metido al monte. Don Pedro Martín se explicó entonces la repentina desaparición de ese personaje, y por qué nadie sabía dónde estaba, ni a nadie había escrito una letra en largos meses. Preguntó a doña Rafaela si estaba dispuesta a declarar, y ella contestó que no sólo ella, sino las antiguas vecinas de la casa que habían sobrevivido y vuelto a ocupar sus cuartos, y reconocerían entre mil al malvado por cuya culpa Bedolla las había hecho padecer tanto en la cárcel.

A la mañana siguiente, temprano, se presentó el marqués de Valle Alegre, muy alarmado.

- Un caso singular, licenciado -le dijo presentándole una carta-, lea usted.

Don Pedro abrió la carta y leyó.

Don Remigio rogaba al marqués de Valle Alegre que indagase si había muerto el dependiente Quintana y lo que había pasado a las criadas, autorizándolo para que tomase cuantas medidas creyese necesarias.

- En efecto, es raro el caso, y debe ser algo extraño lo que ha pasado -dijo don Pedro Martín. ¿Qué quiere usted que hagamos, marqués?

- Agarrar al toro por los cuernos -contestó el marqués-, es decir, que usted, acompañado del escribano y testigos, vaya en mi compañía, primero a la casa del dependiente para cerciorarnos si está muerto en su cama o lo que ha sucedido, y en seguida a la calle de Don Juan Manuel, a registrar la casa y descubrir, si se puede, este misterio.

- Es el procedimiento -repuso don Pedro Martín-, si usted me lo pide por escrito, acompañando la carta de don Remigio.

- Y como que lo pediré -dijo el marqués-. No sólo porque quiero dar pruebas al conde de que no le guardo rencor, sino por curiosidad. Quisiera que fuésemos ahora mismo.

- Sea lo que fuere, no hay necesidad de armar escándalo. Venga usted mañana antes de las seis con su escrito, habilitaré las horas como caso urgente; a esas horas poca gente pasa por la calle, lograremos quizá abrir la puerta sin llamar la atención. Que venga con usted un buen herrero.

En el carruaje del marqués y en otro de alquiler se dirigieron al Puente de Alvarado, encontrando la casita de Quintana con las puertas y ventanas cerradas. Tocaron dos veces por fórmula, pues bien sabían que nadie les había de contestar. Después el herrero abrió con facilidad y entraron, encontrando todo quebrado, destruido y en el más completo desorden.

Del portero no existían más que los huesos, que asomaban por aquí y por allá entre tortas de asquerosos gusanos que se movían como devorando y disputándose la poca carne podrida que quedaba.

- ¿Dónde acostumbraba guardar el conde su dinero? -preguntó don Pedro Martín al marqués.

- Aquí -dijo el marqués-, es decir, en un cuarto de bóveda cuya entrada es por uno de estos estantes. ¡Imposible! ¡No recuerdo! ... -añadió el marqués golpeándose la frente.

El herrero, con su natural instinto de abrir puertas, forzar chapas y arreglar cerraduras, daba también sus vueltas por la biblioteca y examinaba los estantes.

- Este estante -dijo- tiene trazas de haber sido abierto y forzado un poco. ¿Quieren ustedes que se rompa?

- Y como que sí -dijo don Pedro Martín-. Proceda usted, maestro.

El herrero, con la mayor facilidad, metió en la hendidura del estante una barra pequeña de hierro que sirvió de palanca, tiró del botón, el estante se abrió y se encontraron con la bóveda, cuya segunda puerta no cuidó de cerrar Evaristo.

Como a la vista estaban las llaves colgadas en la pared, no hubo más que abrir las cajas y comenzar el reconocimiento. Se percibía un ligero olor a muerto, pero no al punto de causar incomodidad o náuseas. La caja más grande estaba al parecer llena de dinero, y una capa compacta de pesos nuevos aparecía brillante a los ojos de los que asistían a esta escena.

- Supongo -dijo don Pedro- que está llena de dinero, y largo y difícil sería contar todo, pero necesito saber realmente lo que contiene hasta el fondo.

El herrero y los testigos se pusieron a vaciar los pesos en el suelo, y no tardaron en tropezar con una cosa blanda. Despejaron con ansiedad y encontraron el cuerpo de Consuelo, desnudo, blanco, lustroso, intacto, como si acabase de acostarse tranquilamente en ese lecho de plata.

Un grito de horror salió unánime de la garganta de los circundantes. Don Pedro tuvo que apelar a toda su energía para continuar las diligencias. El marqués no creía lo que estaba mirando.

Don Pedro mandó sacar el cadáver de Consuelo y tenderlo en la biblioteca, y los testigos, el herrero y el marqués mismo continuaron con una especie de furor febril sacando los pesos, encontrando en el fondo los cadáveres intactos de las dos viejas criadas.

Enterradas vivas, cubiertas con los pesos y cerrada la caja, que tenía buenos ajustes, el aire no penetró y los cuerpos se conservaron. En los ojos abiertos, en las facciones contraídas y en las manos crispadas, se reconocían los horrores de la agonía. Unas manchas moradas en el albo cuello de Consuelo indicaban que había sido sofocada antes de encerrarla en la caja. El herrero iba a cerrarla; pero como había aún algunos pesos y trozos de ropa, el juez mandó que todo se sacase, y entre los pedazos de trapo apareció una cosa roja y oro que llamó la atención.

Don Pedro Martín la examinó. Era una cartera pequeña que había bordado Amparo y regalado a su padre. Tenía esta dedicatoria: *Amparo, a su querido papá en el día de su santo*. En las bolsitas interiores de la cartera había tarjetas con el nombre de *Relumbrón*, una carta de Luisa en que le pedía dinero y lo amenazaba, y algunos apuntes de cuentas con don Moisés.

Don Pedro Martín entregó la cartera al marqués, el que la miró por todos lados, leyó el nombre de Amparo, se la pasó precipitadamente de una mano a otra como si fuese un ascua ardiendo y la devolvió al juez, como queriendo deshacerse de un diabólico talismán que en un instante hubiese envenenado su alma y cambiado el curso de su vida.

Ambos, sin decirse una palabra, habrían caído en el suelo a no encontrar unas sillas por allí esparcidas en la desesperada lucha que Consuelo tuvo con Evaristo.

El escribano y los testigos, con los cabellos erizados y las manos temblorosas, continuaron haciendo borrones en el papel de causas criminales que llevaban.

El herrero, de pie y con su manajo de llaves colgadas en el brazo, no podía quitar los ojos de aquellos tres cadáveres desnudos, que parecía querían levantarse y pedir al juez un castigo terrible, la pena del Talión para sus miserables asesinos.

CAPITULO QUINCUAGÉSIMOSEXTO

Moctezuma III reconquista su reino

Después de marchas y contramarchas, de escaramuzas y de encuentros con partidas más o menos numerosas de pronunciados o de ladrones, Baninelli había dejado el centro de la República completamente pacificado, y restablecida, al menos en apariencia, la armonía entre el gobierno y el Estado de Jalisco.

En el curso de su carrera y de sus expediciones, había educado oficiales que por su valor, por su orden y disciplina en que tenían sus compañías o escuadrones, y por su honradez y

exactitud en el servicio, eran la gloria del ejército mexicano, y naturalmente, apreciados y distinguidos por sus superiores.

Después de la calaverada de San Vicente, como la llamaba Evaristo riéndose y platicando con los suyos, los valentones rechazados del Estado de Guanajuato habían establecido su domicilio en los pueblos de la Tierra Caliente.

Pero los hacendados, por su parte, también desde la calaverada de San Vicente, habían despertado de su sueño y desatado el cordón de sus bolsas, y no economizaban dinero con tal de acabar de cualquier manera con tanto malvado. El gobierno, por otra, interesado en restablecer sus buenas relaciones con España, los había secundado, y como al jefe del Estado le agradaba hacer las cosas directa y personalmente, sin cuidarse de las fórmulas oficiales de los ministros, había mandado llamar al cabo Franco.

- Después de los horrores y atentados de Chiconcuac -le dijo el presidente luego que se le presentó-, se nos ha vuelto a llenar la Tierra Caliente de bandidos. Ve y no te presentes hasta que todo ese país esté tan seguro que se pueda llevar una talega de onzas sin peligro de ser asaltado en todo el camino.

El cabo Franco conocía de vista a muchos valentones de Tepetlaxtco y a otros como ellos, y se propuso no dejar uno, formando en su cabeza un plan que llevó a efecto y le dio muy buenos resultados.

El regimiento aparentemente no hacía nada en Cuautla. Sus toques de ordenanza, el agua a los caballos en el arroyo, la diana, la retreta, su vigilancia necesaria, su *¿quién vive?* después de las diez de la noche; por lo demás, ni molestaba a los vecinos ni a las autoridades y todo lo pagaba al contado. En pocos días se granjeó las simpatías de la población.

Antes de amanecer cala a un pueblo, se dirigía a la casa del alcalde, y hacía que le abriesen las puertas en nombre de la ley.

- Señor alcalde -le decía sin más ceremonias-, se levanta usted, y muy en silencio nos vamos usted y yo a la casa de un ladrón que vive aquí y que ustedes toleran y no denuncian por miedo. En esta vez no tenga usted cuidado, no volverá más.

El cabo Franco sacaba una pistola de la bolsa de su chaqueta militar y un papel cualquiera, empujaba al alcalde para que se acabase de vestir, y así, de grado o por fuerza (porque varios de los alcaldes se prestaban de buena voluntad), caminaban en silencio hasta la casa del bandolero, que dormía muy ajeno de lo que le iba a suceder. El cabo Franco rodeaba la casa con sus pocos soldados y hacía que hablase el alcalde, al que había dado la lección por el camino.

- Don Quirino, levántese pronto -decía el alcalde tocando la puerta-, porque ha llegado tropa al pueblo y lo vienen a aprehender.

Don Quirino, azorado, se levantaba para buscar sus armas y ensillar su caballo atado en el corral, y apenas entreabría la puerta, cuando se le arrojaba el cabo Franco, lo agarraba del pescuezo con una mano y con la otra le ponía en la frente el cañón de una pistola.

- Dése preso, amigo Quirino, o disparo -le decla el cabo Franco con mucha calma, mientras se despedía del alcalde con cariño, estrechándole la mano. Hasta más ver, amigo, y cuidado con otra. En cuanto se aloje por aquí algún Quirino como éste, no hay más que mandarme un correo a Cuautla, que allí estoy a sus órdenes; por ahora, callarse la boca y no decir ni al cura lo que ha pasado.

Caminaba así con su ladrón media hora, hasta que encontraba un lugar que le parecía a propósito, lo hacia hincar de rodillas, le mandaba dar cuatro balazos y lo colgaba en un árbol; si no lo había, lo dejaba tirado en el camino real, para que los que pasasen lo vieses al día siguiente, y él regresaba pian piano a Cuautla, entrando solo, como si viniera de paseo, y sus dragones, uno a uno, para no llamar la atención.

A los tres o cuatro días, nueva salida y captura y ejecución de otro Quirino sorprendido en otro pueblo. Hubo veces que la operación no fue tan fácil.

En fin, de una manera o de otra, los bandidos aquerenciados en la Tierra Caliente, mirando que ya iban colgados más de veinte de sus compañeros, abandonaron el país y dejaron a los alcaldes en paz.

El cabo Franco, en una hermosa mañana, se despidió de las autoridades y principales vecinos, formó su tropa, dio los tres toques de marcha, comenzando a las cuatro de la mañana, y antes de las seis ya estaba en marcha para México. Luego que llegó, con el polvo del camino fue a presentarse al presidente.

- Mi general -le dijo después de saludarlo con todo el respeto militar-, cuando quiera V. E. puede ir a la Tierra Caliente con una talega de oro, y nadie se la quitará.

Pero los bandidos arrojados de la Tierra Caliente por el cabo Franco fueron a formar su nido a la montaña.

Eligieron por guarida y cuartel general un punto inaccesible; allí nadie los sorprendería ni de día ni de noche. Era la hacienda de Buena Vista, situada en la falda del Volcán Grande.

Esta hacienda de Buena Vista era nada menos que una de las fincas reclamadas por Moctezuma III.

Los Melquíades no eran bandidos, ni lo necesitaban; eran simplemente detentadores de los bienes de Moctezuma III; pero como casi tenían la hacienda abandonada y convenía a sus intereses dejaron reunir allí a los valentones, y en breve se formó una fuerza respetable bajo todos aspectos. Los Melquiades se aprovecharon de la ocasión y,

escondiendo el cuerpo, levantaron la población de Ameca, y toda la provincia de Chalco se alarmó de tal manera que nadie quería transitar por esos caminos.

Tocó su turno a Moctezuma III, que fue llamado a su vez por el presidente.

- Acabamos con los bandidos de Tierra Caliente y tenemos que seguir con los de Tierra Fría -le dijo el Primer Magistrado de la Nación-. Ahora te toca a ti; veremos si lo haces tan bien como el coronel Franco. Ameca está un poco revuelto, la gente honrada y pacífica de ese rumbo, muy alarmada y la falda del volcán está llena de salteadores y de gente perdida. El prefecto estuvo ayer aquí y me ha dado por escrito una relación exacta de lo que pasa, que leerás (y le entregó un cuadernillo escrito) para que te sirva de gobierno en tus procedimientos. Parece que los Melquíades, ricos hacendados de ese rumbo, son los que mueven todo bajo de cuerda, pero ya los castigaremos. Parece que no te desagrada la comisión; así me gustan los soldados, resueltos y valientes como tú. ¿Qué fuerzas tienes, coronel?

- Seiscientos hombres, mi general -contestó Moctezuma.

- ¿Te basta con esto?

- Si le parece a mi general, no sería de más una batería de cañones de montaña y dos compañías de infantería.

- Antes de cuatro días, en marcha, y portarse bien -le contestó el presidente inclinando la cabeza para saludarlo y despedirlo.

Moctezuma III salió también de Palacio como el cabo Franco, contoneándose, arrastrando el sable y con las dos manos metidas en los bolsillos de su pantalón; pero más contento que si se hubiera sacado la lotería de veinte mil pesos. Tenía por segura la conquista de su reino y el exterminio de toda la abominable raza de los Melquíades.

Al tercer día salía de México al frente de su brillante tropa, y al cuarto se presentaba enfrente del pueblo de Ameca.

Los Melquíades, que tenían fusiles de munición y parque ocultos, los repartieron a los valentones que habían bajado de la hacienda de Buena Vista; las entradas del pueblo estaban fortificadas, y con ramas, piedras y lodo habían construido unas trincheras al parecer inexpugnables, y una guerrilla de cosa de cuarenta hombres a caballo, con carabina en mano, parecía que intentaba acometer o detener a la tropa.

Moctezuma III, tomando las precauciones militares de ordenanza, pero imitando también el arrojo de su antiguo jefe Baninelli, dio sus disposiciones para cualquier evento, y poniéndose al frente de un escuadrón, arremetió furioso sable en mano contra la guerrilla, que disparó unos cuantos tiros y se metió a escape dentro de las fortificaciones.

En la noche hizo sus reconocimientos, cambió algunos tiros con los de adentro y resolvió batir en la madrugada con su artillería las trincheras y dar en seguida el asalto. Bastaron unos cuantos tiros de cañón para destruirlas, y abierto el paso, formó una columna con la infantería y a la cabeza de ella penetró intrépidamente en la población.

Entonces hizo su entrada formal con todas sus fuerzas y ocupó la población sin más dificultad.

Los Melquíades huyeron rumbo a Cuautla, y los valentones que quedaron vivos ganaron por las asperezas del Volcán Grande la hacienda de Buena Vista.

Encontróse por fortuna Moctezuma con que Espiridión era no sólo vicario, sino cura interino de Ameca, por promoción del propietario.

Una de sus muchas hijas de confesión era mujer de un indio que había nacido y criádose en Buena Vista, y en esos momentos él y dos peones más vivían allí. La solicitud de su mujer se reducía a que le permitiese a su marido bajar al pueblo sin ser puesto preso ni molestado, por venir de país enemigo. Entre el cura y Moctezuma formaron su plan. Ese indio les daría razón del número de hombres que había en la hacienda, de los recursos y armas con que contaban, y finalmente, aprovechando una noche oscura y el momento en que estuviesen durmiendo o descuidados, les abriría el portillo, y una vez entrado por allí un hombre, los demás que estarían ocultos en los ramajes y escalonados en la vereda, penetrarían, y la victoria no era dudosa. Ese plan era lo más atrevido, pero no había otro.

Creyendo los valentones engañar a su vez al jefe militar que los había batido, permitieron al indio que bajase, con la condición de que a su vuelta les traería ocultamente sal, manteca y algunas otras cosas; pero sobre todo, aguardiente.

Le dieron dinero y le prometieron recompensarle ampliamente. El cura y Moctezuma se frotaron las manos. Los bandidos, con esto, solitos se entregaban.

Alrededor de la lumbrada, comiendo sus trozos de venado tierno y sus tortillas calientes, bebían a su sabor y cantaban canciones obscenas, y al fin caían, sin fuerza, debajo de los árboles del patio o en las piezas de la casa.

Moctezuma III, bien informado de todo esto, se decidió. Una noche oscura ya muy pasada, más bien a las dos de la mañana, tomó la vereda de la hacienda con cien infantes, y con mucho silencio.

Las trancas del portillo, untadas de sebo por el indio, corrieron sin ruido, y Moctezuma III, él primero entró al patio, y así dos a dos fueron penetrando los soldados, de modo que cuando uno de ellos tropezó su fusil contra las trancas e hizo ruido, lo que despertó a los valentones que estaban todavía durmiendo el sueño de la borrachera, había más de cincuenta soldados. Moctezuma gritó:

- ¡Fuego graneado!

Los valentones, aturdidos, no encontraban sus armas, ni se daban razón de lo que había sucedido, pero los que estaban dentro de las piezas contestaban el fuego y otros acometían a los soldados con arma blanca; en esto, los soldados que faltaban acabaron de entrar, y aquello parecía un castillo; el fuego, en la dirección de las sombras fantásticas y vacilantes que se agitaban en todas direcciones, continuaba.

Cuando amaneció, no había ni un enemigo, y Moctezuma III, más resuelto que su ilustre antecesor, en vez de dejarse matar a pedradas, había arrojado a balazos a sus enemigos y reconquistado plenamente sus dominios.

CAPITULO QUINCUAGÉSIMOSEPTIMO

La red

Don Pedro Martín de Olañeta era un verdadero sabio de su profesión, ilustrado a la moderna y hasta cierto punto amigo del progreso.

En esta vez creyó necesario cumplir con el sacramento para pedir a Dios le diese imparcialidad y acierto para administrar recta justicia, y la fortaleza necesaria para no cometer una debilidad por salvar a las personas hasta cierto punto de su familia que estuviesen complicadas en la tenebrosa trama. Hízolo así, y antes de abrir públicamente la causa, pidió audiencia al Primer Magistrado de la República.

A la hora señalada, don Pedro Martín se presentó en Palacio; las puertas se le abrieron inmediatamente, y un ayudante le introdujo al salón de audiencias, donde no tardó en presentarse el presidente.

- Asuntos desagradables, pero muy graves, me traen aquí, señor presidente -le dijo don Pedro con mucha calma y respeto-, y tengo necesidad de pedirle a usted permiso y perdón por las preguntas que le voy a hacer.

- Nada de lo que viene de usted me parece mal, y el perdón anticipado es inútil, pues usted no es capaz de cometer la más leve falta.

- Gracias, señor presidente, gracias. Necesito para un suceso, el más raro de cuantos se registran en los anales del crimen, que me preste usted su autoridad y su poder por veinticuatro horas. Eso bastará.

- No sé el asunto y ni me lo diga usted si no conviene; pero mi influencia personal y mi poder como presidente lo tiene usted por cuantas horas lo necesite.

Don Pedro se inclinó; en una mirada que dirigió al presidente le expresó su profundo agradecimiento por tan grande confianza, y comenzó a referirle en extracto las revelaciones de Juliana y de Cecilia y la confirmación plena que había tenido en su

conciencia cuando practicando las diligencias en la casa de la calle de Don Juan Manuel encontró en la caja de dinero la cartera que, sin duda en el afán de sacar los pesos cayó del bolsillo de *Relumbrón*. El juez refirió también con todos sus pormenores lo que pasó en casa del conde, y la manera como fueron encontrados el cadáver de la pobre Consuelo y los de las dos viejas sirvientas.

El presidente se agarraba la cabeza y no podía creer lo que el magistrado le estaba refiriendo.

- Aquí tiene usted la cartera, señor presidente, con las tarjetas del coronel y una carta de una de sus queridas.

El presidente examinó una y dos veces la cartera y la devolvió al juez.

- De su pobre hija -le dijo-, no cabe duda. ¡El malvado! Lo tenía yo por calavera, pero habría metido las manos en la lumbre por él ... Me ha servido más de una vez en asuntos importantes con fidelidad y honradez ... lo protegía yo, ganaba en varios negocios y me daba yo razón de su lujo. ¿Qué quiere que se haga, señor licenciado?

- Es necesario echar la red y coger a un mismo tiempo a todos los culpables, y antes que todo al coronel.

- Ahora recuerdo -dijo el presidente-, ese hombre ha de haberse marchado ya para Europa. Le di una licencia por seis meses y hace ocho días que se despidió de mí ... Espere usted. Si se fue lo buscaremos en Veracruz, en todo el mundo ... No se me escapará.

El presidente tocó la campanilla y un ayudante entró.

- Se va usted ahora mismo a la casa del coronel. Y si no está en ella lo busca usted donde quiera que esté y me lo trae sin separarse un momento de él, y si intenta fugarse, le mete usted la espada. Mucho secreto y no se presente sin el coronel, porque le mandaré a usted a un castillo.

El ayudante prometió cumplir con su comisión y salió del salón. Don Pedro siguió hablando y le expuso el plan que había formado para la captura de los reos, el que fue aprobado.

- Voy a poner a disposición de usted dos personas que lo secundarán y que no admitirán nada, aunque les cueste la vida por cumplir con lo que usted les ordene; son los coroneles Franco Y Moctezuma.

- Perfectamente -le contestó don Pedro-, con eso me basta, al primero lo conozco de vista, al otro, más íntimamente; con eso me basta ...

El ayudante, entre tanto, más bien voló que no corrió a la casa de *Relumbrón*, y como compañero y amigo que era, se coló hasta su recámara y lo encontró en pechos de camisas muy afanado en componer su baúl. Tenía sus letras para Londres y París, sus buenas cartas de recomendación, su billete tomado en el paquete inglés, todo arreglado para la marcha, que debía verificarse al día siguiente del casamiento de Amparo. El ayudante disimuló y le dijo simplemente:

- Vístase usted, compañero, que el presidente lo llama para un asunto urgente y ya sabe que no le gusta esperar.

Relumbrón, sin sospechar nada y acostumbrado a recibir órdenes cuando menos lo pensaba, cerró el baúl, se vistió con su uniforme y sus cruces, pues el presidente no consentía que sus ayudantes se le presentasen en traje civil, y siguió a su compañero a Palacio.

No acababan don Pedro y el presidente de combinar todas las medidas que había que tomar en el caso, cuando la puerta se abrió y se presentó *Relumbrón*. En el acto que vio allí a don Pedro y echó una mirada al rostro airado del presidente se puso pálido como un muerto, pero trató de reponerse, y con la sonrisa en los labios, saludó al licenciado y dijo:

- Aquí me tiene usted, mi general, dispuesto a recibir sus órdenes.

- ¿Conoce usted esta prenda? -le dijo el presidente con un tono severo presentándole la cartera.

Relumbrón, que ni remotamente pensaba haberla perdido y que creía guardada en algún cajón de su mesa, contestó con mucha seguridad:

- Sí, señor presidente, es mía, y me la regaló mi hija el día de mi santo.

- ¿Y sabe dónde se ha encontrado esta cartera?

- Lo ignoro ... la habré dejado en alguna parte ...

- ¿La habrá usted dejado por casualidad en el fondo de la caja de dinero del conde del Sauz, en la calle de Don Juan Manuel?

Fue tal el terror de *Relumbrón* al oír estas palabras, dichas con un tono terrible, que no teniendo cerca silla ni pared en qué apoyarse, se le aflojaron las rodillas y sin poderlo evitar cayó al suelo.

La cólera del presidente no tuvo entonces límites.

- ¡Levántese usted, miserable! -le dijo-. ¡Al crimen de un salvaje añade usted la cobardía de una mujer! ¡Levántese usted o le mando dar aquí mismo cincuenta palos! ¡Levántese, usted!

Relumbrón hizo un supremo esfuerzo, se levantó, buscó la pared para apoyarse, y su vista descarriada se dirigía al techo y a las puertas por no encontrarse con las miradas del presidente y del juez.

El presidente se le acercó lentamente, y a medida que se le acercaba, corrían por la frente de *Relumbrón* gotas de sudor frío y temblaban todos sus miembros.

- ¡Cobarde, cobarde, miserable! -repitió el presidente-. Ha deshonrado usted al ejército, y no merece que lo maten las balas de los soldados. Va usted a ser entregado a la justicia ordinaria. Fue usted indigno de llevar esas presillas y esas cruces.

Y al decir esto le arrancó las presillas de los hombros y las cruces del pecho, y las tiró al suelo; tocó después la campanilla y entró el ayudante.

- Lleve usted a este hombre al Cuartel de Órdenes, lo encierra usted en un calabozo seguro, le pone dos centinelas de vista y dice usted al jefe que manda el cuerpo, que él me responde del preso. Que le pongan a pan y agua, y quedará rigurosamente incomunicado. Nadie entrará ni lo verá más que el señor juez, y mucho secreto; nadie tiene por ahora que saber esto.

El ayudante tomó del brazo a *Relumbrón* que apenas podía andar, se lo llevó al cuartel, y como lo había mandado el presidente, quedó encerrado en un calabozo.

- Siéntese usted un momento, señor don Pedro -le dijo después de un rato el presidente-, y dispéñeme, quizá no debí ... pero no me pude contener.

El presidente se dejó caer en un sillón y más de diez minutos estuvo respirando con trabajo. La cólera le sofocaba. Ya más calmado, dijo al juez:

- Señor don Pedro, yo mismo daré las órdenes y todo quedará por ahora en el mayor secreto. Usted tiene mi poder, es el presidente de la República en este asunto. Esta noche, o mañana muy temprano, se presentarán en la casa de usted los coroneles Moctezuma y Franco, con orden de obedecerlo como si yo lo mandara. Estoy seguro que quedarán bien.

- Es que tengo que prender al capitán de rurales y a toda su gente -dijo don Pedro.

- A todo México si es necesario, señor don Pedro; le repito que usted es el presidente y que los que vengan a quejarse o a suplicarme no encontrarán apoyo ninguno.

Don Pedro Martín salió de Palacio enteramente satisfecho y fuerte para administrar justicia, con la decidida protección del presidente.

A la mañana siguiente, antes de que se levantara, ya estaban en la antesala Moctezuma III y el cabo Franco. El plan de don Pedro Martín era coger en un mismo día, y si era posible en una misma hora, a todos los culpables, para que ninguno se escapara, y los dos

militares, que no se andaban con chicas y abundaban en expedientes, le facilitaron el trabajo.

- Aunque hagamos el oficio de policías -le dijeron-, cuente usted, señor juez, con que será servido. Lo manda el presidente y no tenemos más que obedecerlo y cumplir.

Moctezuma mandaría un escuadrón, con un oficial de confianza, para que cayese al molino de Perote y se trajese amarrados, codo con codo, al *licenciado Chupita* y a los monederos falsos con toda su maquinaria. En Perote había carros, mulas y cuanto era necesario, perteneciente a la misma negociación. Él marcharía a Río Frío con el resto de la caballería, para prender a Evaristo. El cabo Franco, con piquetes de tropa de infantería, sorprendería a los ladrones que se reunían en la tienda de Santa Clarita, y a doña Viviana, en su casa o en el almacén de Vestuario. El gobernador, por disposición del juez, se encargaría de la partida de juego de don Moisés.

Don Pedro Martín se encargó de ir personalmente a la casa del platero.

Combinado así el plan, veamos cómo se desarrolló.

A la casa de *Relumbrón* se mandó decir con un ayudante del presidente que no tuviesen cuidado, pues estaba ocupado en una comisión del servicio. Así, cuando el marido estaba ya a buen recaudo, en la casa había la mayor tranquilidad y se disponían de antemano guisados, dulces, flores, luces y adornos para el día de la boda.

El oficial comisionado por Moctezuma hizo sus jornadas sin fatigar a la caballería y al sexto día entró de rondón en el molino de Perote. La gente, ocupada en el trabajo de fabricar la moneda, no hizo resistencia alguna; el *licenciado Chupita* al verse descubierto y preso, se desmayó; pero el oficial no se anduvo con consideraciones; amarró codo con codo a cuantos encontró allí, a *Chupita* desmayado como estaba, lo mandó amarrar también, envolver en una sábana y cargarlo por dos de los monederos, y así bajaron todos a la casa de Perote.

Al día siguiente se recogió el dinero, lo principal de la maquinaria y, cargado todo en unos carros, con *Chupita*, que volvió en sí, dieron la vuelta para México, habiendo mandado antes un extraordinario a su coronel informándole que había cumplido con su comisión.

Seguro ya de esto, Moctezuma hizo montar el resto de su caballería y se dirigió directamente a Río Frío resuelto a matar personalmente al capitán de rurales si no lo podía coger vivo; pero la fortuna le ayudó. Llegó como a las siete de la noche y encontró en la taberna alemana reunidos a todos los bandidos, que habían llevado a sus mujeres, y estaban bebiendo, cantando y bailando. Cuando acordaron y volvieron en sí, con el susto de la borrachera ya estaba el edificio rodeado de caballería y, en la única puerta de salida, Moctezuma con pistola en mano y diez hombres con carabinas preparadas.

- ¡Que se presente aquí el capitán! -gritó con energía.

- No está aquí -respondió el mismo Evaristo, que no veía otro medio de salvación.
- Ya veremos si está aquí. Afuera la familia del alemán, y pronto.

El alemán y sus hijas salieron y se fueron a refugiar al monte.

Los soldados les dejaron pasar.

Moctezuma llamó al resto de su fuerza y volvió a gritar:

- Si no se presenta el capitán, fuego, hasta que no quede uno.

Evaristo tuvo que vencer su cobardía y se presentó. Dos dragones se apearon, le quitaron una sola pistola que tenía en la cintura y le amarraron. Así fueron haciendo con todos los demás y colocándoles entre filas, advirtiéndoles que al menor movimiento que hicieran para escapar serían muertos a balazos. A Evaristo lo tenían lazado del cuello y de la cintura y llevadas por dos soldados las reatas, de modo que, teniendo las manos amarradas por detrás, al menor movimiento que hiciera para escaparse se ahorcaba él mismo. Así, de grado o a cinstarazos, hizo entrar en filas a treinta bandidos, tomando inmediatamente el camino para México y adelantando un soldado para que avisase al juez.

Siguió entonces la prisión de los de la tienda, que no tuvo dificultad. Juliana había señalado hasta las horas en que se reunían allí para repartirse los robos. Una patrulla llegó al mismo tiempo que iban a cerrar. El primero que cayó y quiso hacerse el valiente, fue el tuerto Cirilo; pero el cabo Franco le quitó los bríos con una soberbia bofetada, y amarrado, como a todos, se los llevó al cuartel de los Gallos, que a la sazón estaba vacío, y fue puesto a las órdenes de don Pedro Martín.

Doña Viviana fue capturada al salir de su casa para dirigirse al taller. Se cerró su habitación, que quedó al cuidado de un agente del juzgado.

Hechas todas estas prisiones, tocó su vez a don Pedro Martín. Quiso personalmente hacer la captura, porque con mucho fundamento supuso que el platero tenía gran cantidad de piedras preciosas robadas, dinero y papeles de importancia.

Dirigióse a la calle de la Alcaicería, acompañado solamente del escribano de diligencia y un agente del juzgado, y los dejó un poco atrás antes de llegar, para que ni las gentes fijaran su atención, ni se alarmase el platero. Entró al taller y encontró la fragua encendida, los sopletes en actividad y seis u ocho oficiales trabajando muy afanados bajo la dirección del compadre de *Relumbrón*.

- Aquí están todos los estuches y las alhajas ya listas: se las voy a enseñar a usted.
- Si le parece a usted -le dijo el juez con calma-, mejor las veremos en su casa.

En esto llegaron el escribano y el agente; don Pedro se separó un poco, y dijo a éste en voz baja que no se apartase del taller ni permitiese que saliese ni entrase ninguna persona. El platero, sin desconfianza y tomando la delantera para servir de guía, subió a su casa, seguido del juez y del escribano.

- Las funciones de un juez son penosas -le dijo don Pedro luego que estuvieron en la sala-, pero es preciso cumplirlas, y vengo yo mismo a intimarle que me siga.

- Pero, señor licenciado, ¿qué es esto? -le dijo el platero tartamudeando y turbándose- Yo soy un hombre honrado; usted mismo me ha visto trabajando; alguna calumnia, algún chisme ... Es una arbitrariedad ...

- Usted no es más que un ladrón, y la mitad, si no todas las alhajas y valores que tiene usted, son procedentes de robos y de maldades. Queda usted preso y ya vendrá la fuerza armada para llevarlo a usted donde están su compadre y los demás cómplices. Me obliga usted a decirle esto para probarle que todo lo sabe la justicia y que no hay arbitrariedad ninguna. Entretanto, nada de escándalo; si es usted inocente, lo probará en el curso de la causa el abogado a quien elija usted para que lo defienda; vamos a formar el inventario de cuanto tenga usted aquí en el taller, propio y ajeno.

Mientras el juez, con una voz seca y dura decía esto, el platero se fue levantando lentamente de la silla en que estaba sentado, y fueron presentándose en su fisonomía fenómenos nerviosos, los más extraños y horribles.

Todo esto duró apenas cinco o seis minutos, y don Santitos, sin haber podido proferir una palabra, cayó muerto, dando contra el mismo mueble que había lastimado a la cocinera Juliana.

CAPITULO QUINCUAGÉSIMOCTAVO

Don Pedro, mártir de su deber

Era necesario hacer el inventario y asegurar los considerables valores que en oro, plata y piedras preciosas existían en el taller y en la casa del platero; así, su cadáver no podía permanecer allí ni un momento más.

El juez tuvo necesidad de mandar a un cuartel por fuerza armada que despejara la calle y guardase las esquinas, y pudo ya entonces dedicarse a practicar las diligencias, que, como se debe suponer, fueron largas, y a recoger la colección maravillosa de diamantes, rubíes, zafiros y esmeraldas, además de multitud de alhajas, entre ellas un fistol hecho con la exquisita perla del marqués de Valle Alegre, que Mariana aceptó con tanta indiferencia y que se hallaba entre las alhajas que fueron robadas por el vengativo cochero José Gordillo. La platería fue cerrada y de pronto enviados a la cárcel los oficiales.

La primera visita que recibió don Pedro Martín fue la de su hermana Clara, que entró como un huracán hasta la biblioteca, sin que la pudiesen contener Prudencia y Coleta.

- ¡Siempre lo he dicho! -le dijo bruscamente a don Pedro Martín, encarándose y arrebatándole el papel en que escribía-. ¡Tú eres el tirano de tu familia! ¿Cómo te has atrevido a poner preso a mi marido, y complicarlo en esa causa de ladrones y de asesinos?

- ¡Clara! ¡Cierra esa boca -le gritó don Pedro levantándose indignado- o me obligarás a ... no sé qué cosa! ¡Sal de aquí! ¡Prudencia, Coleta ...! ¡Saquen a esta mujer o soy capaz de hacer un disparate! Retírate, Clara -le dijo-, porque después de haber proferido tan grave insulto, no debes poner los pies en esta casa.

- ¡Perdónalo, perdónalo; en tu mano está salvarlo! -continuó diciendo Clara-. ¿Qué va a ser de mí? ¿Quién volverá a saludarme en la calle? ¿A qué casa iré donde no me cierren la puerta? ¡Considera mi situación, hermano mío, y salva a mi marido!

- ¡Tú -le interrumpió don Pedro quitándose del cuello los brazos de Clara que lo oprimían-. tú eres la que has conducido a tu marido al crimen y te has labrado la situación en que efectivamente vas a quedar! Ese lujo, esas alhajas, esos carruajes con que no sólo llamabas la atención, sino que escandalizabas a la sociedad de México, han obligado a ese hombre a hacer gastos cuantiosos y a ligarse con un gran criminal. Me cansé de darte consejos que nunca quisiste escuchar, y ya ves el resultado. La ley lo castigará. Es mi última palabra, Clara.

Don Pedro Martín volvió las espaldas, y Prudencia y Coleta, tomando del brazo a Clara y calmándola en cuanto les era posible, la sacaron casi a fuerza de la biblioteca.

Por la corredora doña Viviana se empeñó medio México. Tenía tantas relaciones con las familias principales, y era tan complaciente, tan viva, facilitaba tanto los negocios y se portaba con tanta honradez y exactitud en sus contratos, que nadie creía que pudiese estar complicada en robos y maldades.

La visita que le causó una impresión profunda fue la de doña Severa y Amparo. Vestidas sencillamente de negro, entraron a la biblioteca, se sentaron temblorosas sin poder articular palabra, y durante un cuarto de hora hubo un lúgubre silencio que asustó a Prudencia y a Coleta, y se escaparon conmovidas a sus recámaras, no queriendo, ni por curiosidad, saber lo que iba a pasar.

- ¿Qué había de decir el juez?

- ¿Si fuera posible? ... Usted, señor, que tanto nos ha querido ... -y sus ojos se llenaron de lágrimas y su voz se ahogó en su garganta.

- Es verdad -le dijo a Amparo-, no sólo las he querido, sino que las he estimado y admirado por sus virtudes y me duele el corazón; pero no soy en este momento más que el juez inflexible que tiene que cumplir con la ley.

Doña Severa y Amparo comprendieron que eran inútiles sus ruegos; no hablaron más, se levantaron, tomaron ambas las manos del juez para significarle lo que sufrían y se retiraron lentamente, sin esperanza, mudas, tristes, pálidas, como dos sombras que caminan al oscuro recinto de las tumbas y de las eternas lágrimas.

Inútil es referir al lector las muchas peripecias, trámites e incidentes de tan ruidosa y complicada causa, que llenó resmas de papel, y bastará darles cuenta de lo más esencial y del final resultado.

Relumbrón comenzó por negar obstinadamente, diciendo que era víctima de una vil calumnia; pero concluyó por confesar presentando su defensor, como circunstancia atenuante, la organización especial que lo arrastraba, sin poderlo evitar, al robo, lo que constituía una verdadera monomanía que lo hacía irresponsable de sus acciones.

Evaristo al principio negó también y fue osado e insolente en las respuestas; más adelante confesaba unas cosas y se desdecía después. Quería echar la culpa entera a *Relumbrón* y complicar al licenciado Lamparilla y a Cecilia, pero habiendo sido reconocido en rueda de presos por doña Rafaela la dulcera y las vecinas de la Estampa de Regina como asesino de Tules, y confrontándose el mechón de cabellos que le arrancó Pantaleona con la cicatriz que aún tenía en la cabeza, confesó todas sus fechorías, haciendo gala de ellas y sintiendo solamente no haber matado a Cecilia y a Lamparilla, que consideraba autores de su desgracia.

Hilario dijo que él no era más que un soldado que recibía órdenes de su jefe, que de nada era culpable ni responsable, y que él personalmente no había asesinado a nadie.

Doña Viviana lloró desde que la aprehendieron hasta el día de la sentencia.

Sólo el tuerto Cirilo se estuvo firme. Primero mártir que confesor. A cuanta pregunta le hicieron en el curso de la causa, respondió invariablemente que él era un hombre de bien que ganaba su vida como jicarero (1) de una pulquería de la señora Adalid, que eso lo sabía todo el mundo y que no tenía más que decir; que si lo mataban, poco le importaba y es cuanto, y así terminaban los interrogatorios.

Relumbrón, Evaristo el tornero, Hilario, el tuerto Cirilo y cuatro de los valentones a quienes se probó que habían cometido varios asesinatos en el camino de Río Frío, fueron condenados a muerte. Doña Viviana, a veinte años de trabajos forzados en la cárcel, y los demás reos que resultaron culpables, a cinco, diez y veinte años de presidio. Los oficiales de la platería y Luisa, a quien de pronto se puso presa, salieron en libertad. La sentencia fue confirmada y negado el indulto.

CAPITULO QUINCUAGÉSIMONOVENO

Una incursión de salvajes

Los comanches, en el tiempo en que pasaron estos acontecimientos, vivían diseminados en esas interminables y solitarias praderas de la frontera del norte, que hoy son atravesadas por grandes líneas de caminos de fierro, que unen las Californias con Nueva York y México.

Para cazar el cíbolo se citaban, se reunían, celebraban un gran consejo, discutían y formaban su plan de campaña, y en seguida marchaba un considerable número de guerreros, atravesando a caballo en poco tiempo grandes distancias, hasta que reconocían con el instinto admirable que sólo ellos tienen, los lugares por donde debían pasar las numerosas manadas de cíbolos que, huyendo del frío de las regiones heladas del norte, venían a buscar el pasto a veces muy cerca de nuestras fronteras. Con flechas, lanzas y armas de fuego, los indios hacían una carnicería horrible en esos inofensivos animales, les quitaban las pieles y las lenguas, y las iban a vender a las factorías de la frontera de los Estados Unidos, recibiendo, en cambio, armas de fuego, pólvora, tabaco, abalorios y aguardiente. Cuando se habían provisto de todo esto, se dividían de nuevo en tribus más o menos numerosas, mandadas por un capitancillo, y comenzaban a penetrar en las fronteras mexicanas, cometiendo en los ranchos y pequeñas poblaciones indefensas de los Estados de Sonora, Chihuahua y a veces Durango, Coahuila y Tamaulipas, todo género de atrocidades.

Don Remigio ya estaba acostumbrado a esta clase de guerra, y muchas ocasiones sólo con los vaqueros de la hacienda habían arriado a los indios. Pero cuando una manga de trescientos gandules penetraba en la frontera, ya era una cosa seria, y en la imposibilidad de batirlos, las gentes se encerraban en sus casas y ranchos, y los ganados, esparcidos en una inmensa extensión de terreno, quedaban a merced de tan astutos enemigos. En esta vez las declaraciones del cautivo y las demás noticias que comunicó don Remigio al doctor Ojeda fueron enteramente exactas, y en el momento en que menos se esperaba se presentó al rayar el día, a la vista de la hacienda del Sauz, una manga como de doscientos guerreros. Don Remigio armó a los vaqueros y apenas tuvo tiempo de juntar algún ganado, colocarlo en el lugar más seguro y encerrarse en la casa para defenderse desde las azoteas y desde el campanario de la iglesia; pero el conde se empeñó en que habían de salir a batirlos con todos los hombres que pudieran disponer, Don Remigio le hizo cuantas reflexiones le sugería su larga experiencia, pero no hubo medio de convencerlo.

Apenas los comanches vieron venir las gentes de la hacienda, arrojaron (según su costumbre) horrorosos alaridos que llenaron el aire, agitaron sus chimales (*penachos*) en señal de desafío, se dividieron en varios trozos y echaron a correr. El conde, entusiasmado, picó su caballo y se lanzó como un insensato a perseguirlos. Don Remigio y los vaqueros tuvieron que seguirle; pero la fuga no fue sólo simulada, y casi al momento hicieron una evolución contraria y las gentes del conde quedaron rodeadas completamente.

Don Remigio, con una admirable serenidad, reunió a los que tenía más cerca, tomó osadamente las riendas del caballo del conde, lo hizo retroceder y comenzó la retirada con un mediano orden, haciendo fuego a los salvajes para que no se les acercaran, porque sabía que el sistema de ellos es no perder, si es posible, ni un hombre, sino acometer cuando casi no hay riesgo; así lograron acercarse a las tapias, trancas y puertas de la hacienda, pero al momento de entrar, y como cesasen de hacer fuego, se escuchó otro alarido y con la velocidad del rayo se les vino encima el grueso de los gandules. Don Remigio, pensando en Mariana, apenas tuvo tiempo de entrar a la casa con los vaqueros que lo seguían; el conde quedó cortado y los salvajes lo hicieron prisionero.

Delante de la casa colocaron una especie de guardia armada de flechas y rifles americanos para impedir toda salida, y a poca distancia del árbol en que estaba amarrado el conde, encendieron un gran círculo de hogueras. Mangas Coloradas y sus capitancillos ocuparon el centro, encendiendo, fumando y pasándose de una mano a otra una tosca pipa de barro, que rellenaron dos o tres veces de tabaco. Terminada esta ceremonia, Mangas Coloradas pronunció en pocas palabras la sentencia de muerte del conde y el exterminio completo de la hacienda por medio del incendio.

Cuando terminaban sus saltos y cabriolas, cada capitancillo tomaba un tizón de las hogueras y lo iba a aplicar al cuerpo del conde, medio desnudo, pues le habían arrancado a pedazos una parte de sus vestidos.

- ¡Malditos, malditos, bárbaros, acábenme de matar! -y se retorera furioso como una culebra herida, pero sin poder hacer uso de las manos ni de los pies, pues estaba fuertemente atado con cuerdas hechas de nervios de animales.

Mangas Coloradas quiso tener el honor de arrancar la cabellera del conde, reconociéndolo como amo y señor de la hacienda, y se acercó con un mal cuchillo de tierra en la mano para hacerle la incisión alrededor del cráneo, tirar después por el centro de los cabellos y lograr completa e intacta la cabellera con todo el pellejo.

Don Remigio veía esto desde la azotea, y nada podía hacer, pues en el momento que cualquier puerta se hubiese abierto, habría penetrado la banda de salvajes y asesinado con la misma barbarie a todos los que estaban dentro.

Mangas Coloradas, para dar más solemnidad a la ceremonia de arrancar la cabellera al conde, dispuso que se repitiese la danza infernal alrededor de las hogueras, y estaba al terminar esta farsa sangrienta, cuando se oyeron voces en español, seguidas de una nutrida descarga de balazos y un grito que llegó a los ardas de don Remigio:

- ¡Aquí está Juan Robreño, salvajes! ¡No necesito más que la cuarta de mi caballo para echarlos lejos de aquí!

Y en ese mismo instante, Juan Robreño, seguido de Juan, del doctor Ojeda y de sus muchachos, se presentaron repartiendo cuchilladas a diestra y siniestra, y metiendo sus

espadas en los ojos, en las barrigas, en los lomos gordos y tostados de los indios que, sorprendidos y acobardados, huyeron en todas direcciones.

Así, en cuanto Lucecilla vio abiertas las puertas de la hacienda, se apeó del caballo, y sin hacer caso de nada, pisando muertos y heridos, penetró en el patio y no paró hasta la torre donde había divisado a Mariana. Llegó, se apoderó de ella dándole muchos besos, tomándola del brazo y conduciéndola, haciéndole mil cariños, hasta la recámara. Luego que la sentó sin miramiento alguno, le dijo bruscamente y muy recio:

- ¡Señora condesa, le traigo a usted a su esposo y a su hijo, que es mi cielo! ¿Lo oye usted? ¡A su esposo y a su hijo, a quien adoro! Pero no tenga cuidado, seré no su criada, sino su esclava. Ya le contaré a usted, señora condesa ... pero por ahora, óigame usted bien: ¡Le traigo a su esposo y a su hijo, y aquí están, mlrelos usted!

En efecto, el fingido don Pedro Cataño y Juan estaban delante de ella.

Mariana los miró un minuto, como incrédula, pasó la mano por su frente como queriendo quitarse una cosa que la oprimía y después ocultó su pálido y bello rostro en el seno de Lucecilla, derramando un torrente de lágrimas.

La locura había desaparecido.

CAPITULO SEXAGÉSIMO

Magnetismo

La Lucecilla, que había adquirido una repentina influencia sobre todas las gentes de la hacienda con la milagrosa curación de la condesa, ordenó que todos saliesen de la recámara y la dejasen sola con ella. A las lágrimas silenciosas siguió un abatimiento y una debilidad tal, que no permitía a Mariana ni levantar su cabeza, reclinada en el robusto y abundante seno de la muchacha.

Al cabo de tres horas despertó Mariana, y un alienista (si los hay) habría podido observar fenómenos sorprendentes. Sus ojos, saltones y fijos, habían entrado en sus órbitas y vuelto a recobrar la expresión y el brillo como en los días felices en que corría alegre por las praderas de la hacienda asida del brazo de su amante; su fisonomía tranquila no daba muestras de ningún sufrimiento, y se acordaba con calma y resignación de sus tiempos de soledad y de tristeza. Con una lucidez admirable comenzó a interrogar y a platicar con la Lucecilla, siguiendo un orden metódico, como quien ha clasificado con anterioridad en su cerebro la serie de cuestiones que tiene que tratar.

- No sé quién eres -le dijo- ni cómo ni de dónde has venido; pero senti un consuelo tal desde el momento que vi tu graciosa cara, pasó por mis nervios una corriente tan deliciosa cuando me abrazaste y acariciaron tus manos mi cuerpo, me reanimaron tanto

tus palabras dulces, que senti ganas de unirme a ti, de que tu cuerpo formase parte del mío, y me vinieron a los ojos las lágrimas que me quemaban por dentro. Y a medida que las derramaba sentía que mi cabeza se despejaba, que por mi pecho pasaba más fácilmente el aliento, que era, en una palabra, una nueva mujer, y que la antigua había desaparecido con la memoria de todos los dolores y agudas penas que la habían martirizado por largos años, no conservando sino las memorias deliciosas, aunque vagas, de que tenía un marido y un hijo, porque tú me dijiste que me traías a mi amante y a mi hijo, y dos figuras que yo creía haber visto allá hace como mil años, como en una existencia anterior, aparecieron delante de mí, rodeadas, como los santos, de una aurora luminosa. Yo nunca te he visto aquí; pero no importa. Ya está -dijo la condesita, descendiendo con facilidad del lecho y sentándose en un sillón-, estoy tranquila y no quiero precipitar los acontecimientos, que tienen algo todavía de amargo y de punzante para este corazón. Dime ahora quién eres, cómo has venido y qué santa mano, la de Dios sin duda, te ha traído aquí.

- Una pobre huérfana -contestó Lucecilla- arrojada a la calle cuando apenas tenía seis años por una tía medio loca que pedía limosna en las calles, y criada entre mala gente; pero Dios me dio esto bueno -y señalaba al mismo tiempo su corazón- y aprendí a leer, a mal escribir, a coser y, cuando fui mayor, a preservarme de los hombres hasta que un acontecimiento muy raro, que no esperaba, me hizo encontrar a Juan en una pieza oscura, y con sólo estar junto a él y pasar mis manos por su cabeza y su cara, sentí no sé qué cosas que nunca había sentido en mi vida, y lo quise más que a mí misma y juré que nunca me había de separar de él hasta la muerte.

- Calla, calla, muchacha, y no prosigas. Ve a buscar a mi hijo y a una señora que se llama Agustina, tráelos aquí pronto, y que no entre nadie más.

Lucecilla salió de la recámara, y antes de diez minutos volvió acompañada de Juan y de Agustina.

- No hay que llorar, mi vieja y pobre madre, pues que tú has sido mi madre desde que murió la desgraciada que me dio el ser porque tus lágrimas volverían a dañar mi corazón, que milagrosamente ha curado esta muchacha. Y tú, Juan, acércate, no me mires ni con temor, ni con respeto, sino con amor. Si, si, eres mi hijo, aun cuando lo negase todo el mundo. Tienes tu cara formada de las facciones de tu padre y de las mías; te pareces a los dos; sí, vivo retrato; el que te vea junto a mí tiene que decir por fuerza que eres mi hijo. Quisiera saberlo todo de una vez, pero no es posible, es necesario tener calma. Hace años, pero muchos años, no sé cuántos, que mi primer pensamiento al despertar era para ti y para tu padre, y esperaba verlos, tenía fe en que los vería algún día, porque me lo había prometido la Virgen milagrosa de las Angustias. Te contaré, si, te contaré cómo naciste; pero siéntate enfrente de mi, mírame, porque tu mirada me reanima, me da vida. Sola con Agustina, en una casita que parece que la estoy mirando, agonizaba yo y creí que pocos instantes me quedaban de vida. Naciste hijo de mis entrañas y de mis dolores. Tu padre entró por el balcón, me besó en la frente, me dijo en el oído unas palabras de amor y de esperanza; te tomó en sus brazos, te envolvió cuidadosamente en su capa y descendió a la calle oscura y tenebrosa. Desde entonces ... tu padre, proscrito, errante, perseguido ... y tú

... no ha habido un solo día que deje de derramar lágrimas por los dos. Pero todo pasó como un sueño pesado ... Déjame que te vea bien, que te vea, que te toque, que te abrace para convencerme de que no soy presa de una alucinación.

Mariana tomó con sus manos los carrillos de Juan, le dio en la frente un beso y se dejó caer en el sillón.

Todos se alarmaron y se acercaron temiendo una nueva crisis y que se perdiese en un momento lo que se habla adelantado en su curación moral.

- No tengan cuidado -les dijo-, estoy fuerte, animada y resuelta a vivir y a vivir largos años. La felicidad ha venido tarde; pero no importa, ¡es tan grande y tan completa ...!

Que Juan hubiera querido, desde que entró a la recámara de la condesa, arrojarle a sus brazos y estrecharla y derramar las lágrimas del huérfano de tantos años, en el seno de una madre que acababa de encontrar, ¿quién lo duda?

Ella comprendió bien la situación de su hijo, quedó contenta y no exigió más, ni lo deseaba, porque el exceso de dicha le habría hecho daño. Se calmó y dijo a la Lucecilla al oído que se llevase a Juan y trajese a Robreño.

Tomó a Juan del brazo, y al salir por la puerta del jardín le dio un beso y le dijo:

- Ve, monta a caballo, que te dé el aire del campo. Tus carrillos arden y vas a enfermarte. Piensa que tienes que cuidarte y vivir para tu madre, para tu madre y para mí ... para mí, si algo me quieres.

Lucecilla buscó a Robreño, a quien no tardó en encontrar. Lo introdujo en la recámara de Mariana, cerró la puerta y se dirigió al jardín a cortar flores para formar un ramillete, diciendo:

- Marido y mujer deben estar solos después de no haberse juntado desde que nació su hijo. ¿Quién les había de decir que yo? ... ¿Quién sabe? ... Cuando dentro de algunos días reflexionen, ni por sirvienta me querrán en su familia.

Y con este pensamiento siniestro comenzó a cortar los claveles olorosos y las anémonas moradas y tristes como su alma en aquellos momentos.

- Ven, mi hombre querido -dijo la condesa a Robreño, cuando observó que tan discretamente había desaparecido Lucecilla y cerrado la puerta-, mi hombre valiente y fiel que has sufrido tanto por mí; ven, y que sienta tus brazos, tu cuerpo, tus besos, tus caricias, este esqueleto, esta sombra que ha luchado con la muerte y que ha vivido sólo para verte, si, porque en las tinieblas que me oscurecieron el mundo en los últimos días, siempre veía un punto claro, una luz lejana, y en medio de esa luz, estabas tú, gallardo, guapo, animoso, queriendo venir hacia mi. Pero cuando más esfuerzos hacías para

acercarte, más la luz se alejaba y volvían las sombras y las tinieblas a cercarme. Y dormía, dormía, un sueño como de muerta, hasta que volvía esa luz consoladora.

Los amores ligeros y los casamientos fáciles acaban a la semana, al mes, al año, pero los amores desgraciados duran la eternidad, y las penas pasadas hacen más dulce el momento en que la fortuna, Dios más bien, permite que se junten y de dos vidas hagan una vida, y de dos cuerpos una sola alma ...

- No más, no más; si exageramos hoy nuestra felicidad, quién sabe si no nos haría mal y volveríamos a ser desgraciados ... ve, ve, y cuando vuelvas, dime algo de mi padre y de don Remigio.

En esta vez, y al volver a la vida real por esta gradación de fenómenos nerviosos que ella misma había tratado de explicar en sus conversaciones con la Lucecilla, con su hijo, con su amante, no sospechaba que su padre hubiese sido herido, y suponía que, como de costumbre, estaba confinado en sus habitaciones. Se acordaba de él, más bien por la relación íntima y necesaria que tenía su suerte futura, que no por cariño. Mariana no tenía motivos de afección con el que había sido más su verdugo que su padre, y sus esperanzas y sus ilusiones por la vida quieta y feliz de familia, al lado de las personas queridas, eran turbadas con la duda de si el conde persistiría en su feroz obstinación para impedir su casamiento, bien que la Lucecilla, breve pero hábilmente, le hubiese contado en sus conversaciones la importancia del servicio de Robreño, que habla salvado a la hacienda y a cuantas personas la habitaban.

Fue este penoso pensamiento el que interrumpió su sabrosa conversación con Robreño; bastante le significó en pocas palabras que deseaba ya que don Remigio, o él mismo, o los dos, tuviesen con el conde la última conversación que debería decidir de su suerte.

Las heridas que recibió el conde no eran, según los médicos dicen, esencialmente mortales, pues no interesaban ninguna de las partes de la máquina necesaria para las funciones de la vida; pero sí muchas y muy dolorosas. Dos salvajes se habían divertido en tirarle flechazos con poca fuerza y sólo para que entrase en su cuerpo la punta de la lanceta, riéndose estrepitosamente de cada exclamación o, mejor dicho, de cada maldición que la cólera, el dolor y la humillación arrancaban al conde. Otros tomaban de las hogueras ramajes encendidos, y con ellos lo azotaban por las piernas y por las espaldas. Se remudaban para hacer mil variaciones en el martirio, arrancándole violentamente pedazos de ropa y aplicando a la carne descubierta tizonas ardiendo. Mangas Coloradas ordenó que nada le hiciesen que lo pudiese matar, pues quería martirizarlo lo menos dos o tres horas, arrancarle él mismo la cabellera, arrimar en seguida las hogueras y asarlo vivo. Dio sus disposiciones en consecuencia y él mismo se acercó y trazó con un cuchillo alrededor del cráneo la línea a donde debería hacer la incisión, lo que fue celebrado con saltos y alaridos. En esto estaban cuando llegaron Robreño y sus muchachos, repartiendo cuchilladas y tirando pistoletazos a quemarropa en los lomos y en las caras horripilantes de los gandules.

La llaga más dolorosa era la de la frente, quemada con un tizón, que había interesado el ojo izquierdo y producido una inmediata inflamación.

- El conde morirá irremisiblemente -dijo el doctor Ojeda-, pero antes tendrá algunos instantes, quizá tal vez una hora, de calma, que puede aprovecharse. Si esto sucede, yo mismo iré a buscar a la condesa, y si no, vale más dejarlo morir en paz y que ella no lo sepa sino cuando no pueda producirle la noticia una crisis que a todo trance debemos evitar; que Lucecilla no la abandone, que la divierta, que la lleve al jardín, que no se despegue de ella: esto es lo que por ahora tengo que ordenar.

Convinieron en que se suplicaría al obispo de Durango que viniese a la hacienda para dar la absolución al conde, si lo alcanzaba vivo, y las manos a Juan Robreño y a la condesa, que, de una manera o de otra, estaban resueltos a no dilatar más su enlace.

Se dispuso un coche con buen avío, y don Remigio escribió una carta muy respetuosa y atenta al prelado. Entre tanto, el doctor Ojeda dispuso que el conde guardase el más completo reposo y que no se le hablase de nada.

El obispo llegó a la hacienda cuando el conde estaba aún vivo: al día siguiente se presentó en el enfermo el fenómeno que había anunciado el doctor Ojeda y debía preceder a la muerte. La calentura disminuyó, los dolores desaparecieron y recobró la calma y el uso expedito de sus sentidos. Todos creían que había rebasado, menos el doctor, que le daba pocos momentos de vida.

No había que perder tiempo; el obispo entró a la recámara, y tan luego como el conde lo vio, se dispuso como cristiano viejo a confesar todos sus pecados y a implorar con fe y contrición el perdón de Dios.

El obispo le dio la absolución, le impuso brevemente de lo que había ocurrido, y cómo por una especie de milagro había llegado Robreño y lo había salvado de una muerte horrible, añadiendo que, puesto que su hija la condesa y el hijo de su honrado administrador se amaban, no había más remedio sino que se casasen y él les diese su bendición.

El moribundo conde ninguna dificultad opuso a las cristianas exhortaciones del obispo, y antes bien, le suplicó que él mismo trajese a su hija, a Robreño, a don Remigio y a Agustina.

Mariana, enterada de la gravedad del conde, sin temer una nueva crisis, se dirigió a las habitaciones con serenidad, más bien diremos con indiferencia y con cierto sentimiento de rencor en el corazón; no se acordó de otra cosa sino de que estaba delante de quien le había dado el ser, y cayó de rodillas, inclinando su cabeza en el lecho del moribundo, tomándole suavemente su mano estropeada, cubriéndola de besos y pidiendo perdón.

- ¡Perdón! Yo te lo debo pedir a ti por tanto como te he hecho sufrir, a este valiente hombre que me ha salvado, a mi fiel Remigio, que ha sido mi mejor amigo; a Agustina, y

a todos, y pues que el santo obispo, a quien ofendí con mis extrañas locuras, me ha procurado el perdón de Dios, yo les ruego que me perdonen también y así moriré tranquilo y entraré valeroso a esa eternidad que tengo delante ...

Las fuerzas del conde se agotaban y su voz era apenas perceptible.

- Acércate, Juan -le dijo al hijo de Remigio-, toma la mano de Mariana, y que el prelado, lo mismo que yo y que don Remigio, bendiga esta unión que debí hacer entre fiestas y regocijos, y no entre sangre y lágrimas ... Nunca es tarde para el arrepentimiento, y Dios está lleno de misericordia para los pecadores.

Robreño se acercó; el conde, por medio de un supremo esfuerzo, le tendió su dolorida mano, y la puso en la de Mariana. El obispo pronunció unas breves palabras llenas de ternura y de unción, y bendijo a los esposos.

Todos cayeron de rodillas y reinó por algunos minutos un silencio profundo.

El alma del conde había volado a esos espacios sin principio ni fin que no puede abarcar la imaginación humana ni adivinar sus profundos misterios.

Los funerales fueron solemnes. Los dependientes y trabajadores de la hacienda, y las gentes de los pueblos cercanos, asistieron respetuosos a las plegarias y oraciones de la iglesia por el alma del soberbio señor, ante cuyo ceño habían temblado. Pasados los nueve días, se abrió el testamento. El conde nombraba albacea a don Pedro Martín de Olañeta y al marqués de Valle Alegre, les dejaba cien mil pesos en oro a cada uno, y el resto a su nieto con los títulos de nobleza. El conde había sospechado, más bien, tenido evidencia de la falta de su hija, y en sus ideas raras, en su orgullo y extraviada conciencia, había creído que debía castigar severamente su falta; pero que su raza directa y la fortuna de los bienes amayorazados no pudiesen, cualesquiera que fuesen los acontecimientos.

A don Remigio le dejaba el quinto de sus bienes, con la obligación de mandar decir un cierto número de misas cada año por el descanso de su alma.

Apenas pasó el tiempo necesario para desvanecer un poco la tristeza de estos sucesos, cuando Mariana, de acuerdo con su marido y con don Remigio, fue la primera en persuadir a la Lucecilla, que se resistía, a que recibiese a Juan como su marido, y Juan, que no quería otra cosa y que con el tiempo y el trato había logrado tener cierto desembarazo y confianza, fue el momento que escogió para contar toda su historia y cubrir de besos y caricias a su madre.

CAPITULO SEXAGÉSIMOPRIMERO

Reos de muerte

La sentencia de muerte fue notificada a los reos con todas las solemnidades de estilo. *Relumbrón* quiso aparentar serenidad; pero no pudo, y cayó en una silla, preso de una espantosa convulsión de nervios. Después se operó una reacción momentánea, púsose en pie furioso, recorriendo a grandes pasos el calabozo y maldiciendo al platero y al día en que se había asociado con él; a poco vino la debilidad y volvió a sentarse, tapándose la cara con las manos, sollozando y gritando que le dejaran ver a su hija, que no quería morir sin ser perdonado por ella y por su esposa. En la noche fue presa de la fiebre y del delirio.

Evaristo quiso hacer la última ensayada. Así que acabó de oír la sentencia, se echó a reír a carcajadas, saltó, bailó y dijo mil disparates absurdos, fingiéndose loco, pero no lo creyeron.

El tuerto Cirilo, Hilario y los valentones oyeron la lectura con la más completa indiferencia, y sin fingirse valientes, siguieron muy naturalmente fumando sus cigarros.

Todos los reos fueron puestos en capilla. En el tiempo a que se refieren estos acontecimientos, el día que había ahorcado era festividad nacional, y al menos en ciertos barrios de la ciudad inmediatos al lugar donde solían hacerse las ejecuciones, el o los sentenciados a muerte eran los tres días de capilla objeto de la más tierna solicitud de parte de algunas gentes que consideraban esto como una obra meritoria y piadosa. Había en la Santa Veracruz una cofradía llamada *del Señor del Petate*, que durante este tiempo no abandonaba al delincuente, y lo conducía con toda pompa y solemnidad hasta el lugar del suplicio.

El último día, doña Severa, enlutada y cubierta con un espeso velo, pidió permiso, que le fue concedido, para despedirse de su marido. Apenas la vio *Relumbrón* cuando quiso echarse a sus brazos, gimiendo y pidiéndole perdón.

- No, no vengo a eso. Dios es bastante misericordioso -le dijo con un acento amargo y decisivo-, y si te arrepientes de corazón de los horrosos crlmenes que has cometido, acaso te perdonará; pero yo, no. Has condenado a la vergüenza y a los más horrosos martirios a Amparo por el resto de su vida. Si la hubieras matado con un puñal, y valía más, entonces te perdonaría.

Relumbrón quiso acercarse y abrazar a doña Severa.

- ¡Aparta, malvado! -le interrumpió rechazándolo con la mano-. No me manches con la sangre y el cieno de que estás cubierto. Vengo, sin embargo, a hacerte el último servicio. Si no quieres ser objeto de la curiosidad, del odio y de la burla del pueblo en el tránsito que vas a hacer desde aquí a la horca, ten valor, y haz, cuando yo salga, lo que el verdugo hará dentro de una hora. Toma.

Doña Severa sacó una navaja de barba que tenía oculta, se la entregó a su marido, se echó el espeso velo al rostro y salió de la prisión.

A poco se escuchó un grito doloroso; entraron las diversas personas que había encargadas por la justicia de visitar a los reos, y encontraron a *Relumbrón* tendido en la cama y bañado en su sangre, y una navaja de barba tirada en el suelo. Acudió inmediatamente el médico de cárceles, reconoció al preso y le hizo la primera curación. Era una herida leve. *Relumbrón* no había tenido valor para cortarse la arteria. Se consultó al gobierno si debía suspenderse la ejecución, y la respuesta inmediata fue que, muerto o vivo, se llevara al reo a la horca.

Evaristo se detenía, se resistía, era necesario empujarlo, y dos soldados iban pegados a él, pues temían que intentara escapar.

El tuerto Cirilo y los demás caminaban por su pie, muy serenos, mirando a todas partes y sin hacer caso de los rezos ni de las amonestaciones de los padres.

La tropa tenía que despejar el terreno y formar valla, las calles y balcones, llenos de curiosos, y así, lentamente, iba caminando esta extraña procesión, que se parecía algo a un auto de fe, hasta que llegó a la plaza de Mixcalco, tan llena de gente que se podía andar por las cabezas. Allí un cuadro de tropa estaba formado, y en el centro las máquinas destinadas a la ejecución, que eran bien sencillas: una viga, un banquillo y un anillo de fierro.

Quince minutos después los criminales habían dejado de existir, y permanecieron hasta la noche sentados en sus banquillos con el pescuezo tronchado por la mascada, las cabezas inclinadas y las lenguas negras de fuera.

La moreliana había tenido muy buenas cosechas en sus ranchos, estaba muy ocupada en vigilar y dirigir las diversas reparaciones que se hacían en las trojes y en las casas, y además contenta se hallaba en su tierra; pero necesitaba hacer varias compras y resolvió el viaje a México, en donde hacía meses que no ponía los pies.

Llamó mucho la atención de la moreliana el aparato de la tropa con sus uniformes de gala, los trinitarios con sus largas túnicas de color de sangre el Santo Cristo debajo de un palio de petates y los muchos señores con frac negro y sus escapularios al cuello mezclados con frailes mercedarios, franciscanos, dominicos y agustinos, y todo este cuadro animado y moviente se desprendía y ocultaba por intervalos entre una multitud compacta que se atropellaba y se empujaba por lograr un puesto de preferencia para ver de cerca a los ahorcados.

- ¡Pobres hombres! -dijo la moreliana a sus amigas con su sencillez campesina-. No sé para qué los llevan a morir con tanto bullicio acompañamiento, como si se tratara de la procesión de una virgen; valía más que de noche o en la madrugada los ajusticiaran sin que nadie los viese, y así sufrirían menos.

- Es para escarmiento -le respondió una de sus amigas-. Mirando esto, los ladrones ya se guardarán de robar más.

- ¡Quiá! -dijo otro-. Aquí mismo y al pie de la horca, si los soldados los dejan arrimar, habrá muchos que se aprovechen de la bola para sacar mascadas y relojes; pero ya vienen, pongamos cuidado.

Así, cuando se fijó en uno de los reos, que caminaba ya casi moribundo y con la venda en el cuello manchada con la sangre que aún brotaba a gotas de su herida, y reconoció y no le cupo duda de que era *Relumbrón*, es decir, su hijo, su estupefacción y asombro fue tal, que quedó privada de la palabra, y sus ojos seguían esa visión terrible y repentina hasta que desapareció entre las cabezas hirsutas y negras de la plebe que se agrupaba y se revolvía cada vez más.

La moreliana no quería ni podía decir nada a las amigas que tenía a su lado, les apretaba fuertemente los brazos y las miraba alternativamente con el semblante pálido y desencajado. Las señoras creyeron que le iba a dar un accidente y trataron de retirarla a la pieza. En ese mismo momento crujió la madera apolillada, el barandal se desprendió y las tres personas se hundieron, dando en el suelo, que era de tierra y no de losas. Por fortuna el balcón no estaba alto y no hubo muerte inmediata.

A la moreliana la habían declarado loca en el hospital y remitido a la calle de la Canoa, porque en sus profundas cavilaciones durante su enfermedad, hablaba a solas, consultándose sus dudas, preguntándose lo que seria bueno hacer cuando sanara y trazando para su futura vida diversos planes, entre ellos el de no volver más a México y cortar toda especie de relaciones con el platero. Pronunciaba con este motivo palabras incoherentes, ya en voz baja, ya en voz alta, hacia mil gestos y contorsiones, según los muchos pensamientos tristes que pasaban por su cabeza, y casi no dormía, pasando las noches sentada en su cama y queriendo, por el cansancio, bajarse de ella e intentar un paseo por la sala, pues se sentía aliviada de su pie. Las enfermeras daban cuenta diariamente a la hora de la visita, aumentando las cosas y manifestando temores de que una noche se enfureciese y hubiese un escándalo.

El célebre alienista decía, platicando con sus amigos:

- Tengo un caso muy curioso que ha dado en la manía de las riquezas. Desde que entró, y con sólo hablarle dos palabras y tentarle la protuberancia de la adquisividad, adiviné su enfermedad. En el fondo es una buena mujer de Querétaro, muy pobre y sin alma que vea por ella, que se ha soñado rica y dice que tiene haciendas y casas y jardines, y en la hora de la visita me llama aparte y me dice al oído: *Soy capaz de dar a usted hasta cien mil pesos, y le firmaré un papel como usted quiera; pero me ha de sacar de aquí y me ha de llevar a mi tierra. Está usted ganando un miserable sueldo y yo ,lo haré rico y lo quitaré de estar todos los días viendo lástimas con estas mujeres que, dicen bien, que las tienen encerradas por fuerza como a mí.* Tiene semanas en que llora día y noche y no quiere responder a ninguna pregunta, y es necesario darle caldo o leche por fuerza para que no se muera de hambre, pues rechaza toda clase de alimentos. Después pasa el acceso, vuelve la calma y me renueva sus proposiciones a cual más tentadoras. Estoy por hacer una calaverada, y fugarme el día menos pensado con mi loca, volverme rico, comprar una

hacienda y abandonar la carrera, pues de veras se ven lástimas con estas pobres mujeres. En eso dice muy bien la loca.

¿La moreliana salió de la casa de la Canoa o se quedó allí hasta su muerte? ¿El doctor, reconociendo que había algo de verdad o queriendo hacer una experiencia científica se animó a fugarse con ella y llegó a ser un rico hacendado?

Créese que esto último es más probable, pero no se ha podido averiguar nada todavía.

CAPITULO SEXAGÉSIMOSEGUNDO

Ironías de la vida

Mientras *Relumbrón*, Evaristo, Hilario, el tuerto Cirilo y socios marchaban lentamente por las calles de México hasta llegar al lugar donde debían ser ejecutados, y la moreliana era conducida al hospital, una alegre caravana entraba en el pintoresco pueblo de Ameca.

Moctezuma III había sido nombrado jefe de una especie de zona militar, compuesta de Ameca, Chalco y Texcoco, y estaban también a su mando las escoltas del camino de Río Frío, formadas de valientes dragones bien montados, que hacían su servicio conforme a ordenanza y no recibían de los viajeros ninguna gratificación. El primer cuidado de Moctezuma como se debe suponer, fue tomar posesión de sus fincas, autorizado por la orden del Ministerio de Hacienda, que Lamparilla le entregó. No se dejó, siendo un muchacho tan listo y entendido, engañar de su abogado. Le consiguió, en pago de sus servicios, el magnífico rancho de Tomacoco, y él, doña Pascuala y Espiridión, que consideraba como si fuesen de su familia, quedaron dueños y señores de los bienes.

Doña Pascuala, ya rica, quiso premiar el señalado y oportuno servicio que le hizo Jipila prestándole su dinero, y le hizo donación por escritura pública del rancho de Santa María de la Ladrillera.

Cecilia cedió el puesto de fruta a sus dos Marías y, cumpliendo su palabra, dio sus disposiciones para casarse con el licenciado Lamparilla, y casi loco de gusto porque iba a llegar el suspirado día de unirse con la frutera, activó las diligencias matrimoniales y obtuvo la licencia para que lo pudiese casar el cura de Ameca.

Todas estas personas se pusieron de acuerdo para hacer juntos el viaje.

Cecilia, antes de entrar al curato, quiso cumplir su promesa y subir a la pequeña y pintoresca montaña en cuya cima está la capilla del Señor del Sacro Monte, para darle las gracias de haberla salvado en el naufragio en el canal de Chalco y del puñal de Evaristo cuando acometió su casa.

Al día siguiente el cura unió las manos a Cecilia y a Lamparilla, que quisieron fuera el casamiento muy modesto, y una semana después cada cual estaba en sus fértiles y hermosas posesiones, dándose una vida regalada. El reinado de la dinastía de los Melquiades había terminado, y se levantaba espléndido y brillante el de Moctezuma III.

Don Pedro Martín sentenció a su cuñado a ocho años de prisión, como monedero falso, y bien que el presidente lo hubiese indultado (por consideración especial al íntegro juez).

Un día que estaba reclinado en los pergaminos de su biblioteca, presa de un desaliento infinito, recibió un papel de Amparo, en que le decía que fuese inmediatamente, porque Casilda hacía seis días que estaba gravemente enferma.

El corazón le dio un vuelco, creyó que se ahogaba, y así y todo se vistió de prisa, tomó su sombrero y su bastón y marchó con presteza, como si tuviese veinte años, a la casa de doña Severa, donde no había puesto un pie desde que comenzó la causa, pensando, naturalmente, que sería mal recibido, y que el dolor, el despecho, la situación espantosa en que habían quedado doña Severa y su hija después de la muerte de *Relumbrón*, originarían ya violentas, ya tristísimas escenas que creía debían evitarse.

Nada de eso sucedió. Amparo, cadavérica, con unos círculos morados alrededor de sus bellos ojos, pero humilde y resignada, recibió al magistrado con una triste sonrisa.

Don Pedro Martín tomó delicadamente la cabeza de Amparo y la reclinó en su seno.

- Eres una santa, hija mía -le dijo-, y me das lecciones de generosidad, de paciencia y de conformidad con la voluntad de Dios.

- Por causa nuestra se ha enfermado Casilda -le contestó Amparo-. Ya debe usted pensar lo que hemos padecido y lo que tendremos que sufrir todavía. Mi mamá ha estado a la muerte, sin querer absolutamente que la viese el médico. Casilda la ha curado, la ha velado dos semanas sin quitarse la ropa ni descansar un momento; ha salido a deshoras de la noche lloviendo para traer de la botica las medicinas caseras que nos ha ocurrido podrían aliviarla. Los últimos días yo no pude soportar la fatiga y caí también en cama, y ella me atendió lo mismo que si fuera su hija o su hermana. La consecuencia ha sido una fiebre ... la creo muy grave, y por eso me atreví a escribir a usted. Mi mamá no tendrá todavía fuerzas ni valor para hablar con usted. Pero, ¿quiere usted ver a Casilda?

- ¿Cómo no, Amparo? Sí que la veré -le contestó-, guíame, y vamos ...

Casilda estaba inmóvil como un tronco; tenía una fiebre maligna que la quemaba viva y se la llevaba por momentos.

Para él era asunto concluido. Pocos días, quizá pocas horas de vida, quedaban a Casilda; con ésta, muerta, se enterraban también las esperanzas y las ilusiones del viejo abogado, y sus últimos años de vida serían de sombra y de duelo. Llegó a su casa, y fue entonces cuando se consideró algo feliz de estar solo.

Formó entonces la resolución de darles una pensión, con tal de que no le volviesen a ver. Sentóse en su bufete y escribió a Amparo:

Desde este momento, buena y, diré mejor, santa niña, soy tu padre y tienes que obedecerme. Casilda no tardará en morir. Sal en el acto de esa casa maldita, y ve a habitar con tu madre mi casa de San Ángel. Te envío a mi dependiente y en mi carruaje conducirá a ustedes al campo. Yo cuidaré de todo lo demás.

Llamó a uno de sus pasantes de más confianza, le dio sus instrucciones, y no hay para qué decir que al mismo tiempo envió médicos y enfermeras, proponiéndose el ir diez, veinte veces.

Así pensando y haciendo propósitos firmes de tener valor, fuerzas, resignación y también esperanzas de morir pronto, se quedó como aletargado en el sillón, pero no le duró mucho tiempo este fatigoso sopor; la criada vino a avisar le que un señor deseaba verlo con urgencia, y casi al momento asomó la cabeza por la puerta de la biblioteca el doctor Ojeda. Acababa de llegar de la hacienda del Sauz, con poderes amplios de Mariana, de Robreño y de don Remigio, para arreglar los asuntos pendientes y que se cumpliese el testamento, cuyo original tenía en el bolsillo.

Contó al doctor con precisión y minuciosidad la curación milagrosa de Mariana, por medio de la influencia magnética que ejercía en ella la muchachita aventurera con que se había encontrado Juan la noche del robo de don Pepe Carrascosa; la invasión de los salvajes; la muerte del conde y el casamiento de Robreño, y cómo el nieto había quedado heredero de los títulos de nobleza.

Cuando terminó la narración, entregó el testamento a don Pedro y le dijo:

- Como una muestra del carácter singular del conde, se acordó de su primo, a quien quiso matar en un duelo terrible, y le dejó un legado de cien mil pesos, y otro de igual suma a usted, a quien hacia años que no veía; mientras para mí, que lo desaté moribundo del árbol en que los indios le habían amarrado, que lo llevé en brazos, que le asistí y velé noches enteras, y que hice cuanto la ciencia me enseñaba para salvarlo, no tuvo ni memoria, ni siquiera una mirada de gratitud; pero no importa, he sido recompensado con grandeza, y Robreño y la condesa son como de mi familia.

- Pero así es la vida, doctor, y yo repararé la falta de memoria del conde, abandonando a usted todo o parte de ese legado, si me salva usted a Casilda, pues no me cabe duda que es usted y no la muchacha aventurera la que ha salvado a la condesa. Vamos, vamos, se lo suplico, si no tiene usted inconveniente. Por mi parte haré el sacrificio de encargarme de la testamentaria, y contaré a usted cuanto ha pasado aquí en la célebre causa que ha abreviado los días de mi vida.

- Con mucho gusto, y sin interés ninguno, haré cuanto usted quiera. Veremos a la enferma, y la salvaremos si es posible. Vamos.

El abogado y el doctor salieron platicando de sus asuntos por la calle, y antes de media hora estaban en la recámara de Casilda donde se encontraban tres médicos reconociéndola y procurando refrescar con agua helada sus labios hinchados y ardientes por la fiebre.

El doctor Ojeda, presentado por don Pedro, los saludó, reconoció a Casilda con la más escrupulosa atención. Por fin, el médico de cabecera hizo entrar a don Pedro.

- Amigo y señor licenciado -le dijo-, usted es filósofo, hombre de mundo y además fuerte y enérgico. El caso es desesperado -continuó-, sin la fiebre, que es intensa, la debilidad se la llevaría. Estos casos tienen, por lo común un desenlace fatal.

El doctor Ojeda procuró consolar a don Pedro, pero no pudo menos de declararle que quedaban a la pobre Casilda pocos momentos de vida.

Don Pedro quedó solo, miró a todos lados y se dirigió con miedo, como quien va a cometer un crimen, a la recámara de la enferma.

Por una ventana entreabierta entraba el último rayo del sol de la tarde e iluminaba el lecho. Casilda acababa de expirar. La sangre hirviente que había dado a sus mejillas y a su frente un color rojizo, se heló repentinamente con la muerte y cambió su fisonomía, dándole el aspecto plácido y tranquilo que tiene el que duerme después de las fatigas de un largo viaje.

Don Pedro quedó más de un cuarto de hora como petrificado, sin despegar los ojos de la muerta; cayó de rodillas junto al lecho, derramó abundantes lágrimas y cubrió de besos la mano rígida de la pobre Casilda. Oyendo ruido, se levantó precipitadamente, asustado y tembloroso. Era una de las criadas, que venía a ver si algo se ofrecía.

- Murió ya -dijo don Pedro tratando de dar a su voz un tono tranquilo, y sacó un puñado de pesos de la bolsa-. Que compren cera, que las enfermeras la vistan con la mejor ropa, y que la velen y recen toda la noche. Volveré.

Cuando entró en su casa era ya de noche, y se encontró que le esperaba el marqués de Valle Alegre, que no sabía nada de la enfermedad de Casilda ni de la traslación de la familia a San Ángel.

Así, cuando supo la nueva catástrofe, se apresuró a decirle:

- Por mis sentimientos puedo adivinar los de usted.

Don Pedro quiso negar y protestar; pero el marqués no lo dejó.

- Nada ... amigo mio -le dijo-, a mi me toca servir a usted, y hago poco en ello comparado con lo que usted me ha servido reponiendo mi fortuna, aumentada con el legado del

conde. Por ahora quede usted en casa reposando, que bien lo necesita, y yo me encargaré de todo. Hasta la vista.

Salió, y en efecto, dispuso lo necesario para el entierro de Casilda, que descansaba ya para siempre.

Al día siguiente, a las seis de la mañana, un ataúd revestido de terciopelo negro con galones de plata, conducido por cuatro cargadores y seguido de un solo coche en el que iban silenciosos y cabizbajos don Pedro y el marqués, caminaba despacio con dirección al cementerio de Santa Paula.

Con la casi repentina muerte de Casilda, una cosa terrible de que aún no podía darse cuenta, había caído en la vida sedentaria y hasta cierto punto tranquila del magistrado. Le parecía que la tierra estaba oscura, que el sol no calentaba ni alumbraba, que el mundo estaba hueco y que él bajaba constantemente a un abismo sin fin.

Durante los nueve días don Pedro cerró herméticamente las puertas de su casa y no se dejó ver de nadie; pero pasado este tiempo los negocios, y especialmente el de la testamentaría del conde del Sauz, le obligaron a ser superior a sus pesares, aumentados con el vil comportamiento de sus hermanas.

Clara, el día menos pensado, recogió todas sus alhajas, ropa y dinero, llenó a su confiado marido de improperios, llamándole hipócrita, ladrón, monedero falso, presidiario, bandido y otros calificativos por ese estilo (y que en parte merecía) y se marchó.

Doña Dominga de Arratia, medio chiflada desde el día que la robaron, formó una liga estrecha con Coleta y Prudencia, y las tres no se ocupaban día y noche más que de conspirar contra don Pedro y escribirle cartas urgiéndole que hiciera su testamento y que de pronto les diese dinero, inventando que estaban en la miseria.

Pepe Carrascosa, o *el muerto resucitado*, como le decían, vino a dar también al estudio del licenciado Olañeta. Informado por el doctor Ojeda de lo ocurrido y del casamiento de Juan con la Lucecilla, quiso hacer la cesión prometida de la mitad de su caudal a los esposos como un regalo de boda, y marchar a la hacienda del Sauz a vivir algún tiempo con los que él llamaba *sus hijos*.

Quedaba lo más difícil y más grave para don Pedro, que eran los asuntos del marqués de Valle Alegre; no los asuntos de dinero, que marchaban bien, sino los asuntos del corazón y en los cuales tomaba una parte muy directa para pagar así lo que el noble caballero había hecho por él.

El marqués, después de pensar, de meditar mucho, de considerar bajo todos los aspectos la cuestión, había decidido firmemente echar a un lado todas las dificultades sociales y llevar adelante su casamiento con Amparo, suprimiendo sólo el lujo y el aparato, que le acarrearía las murmuraciones y la crítica amarga del público; se dirigió a la casa de don

Pedro, le comunicó sus ideas y le suplicó que lo ayudase e interpusiese su influencia con doña Severa y con Amparo.

- ¿Qué influencia podré tener -le dijo don Pedro- con personas a quienes he dejado sin esposo y sin padre?

- Ellas conocen bien -le contestó el marqués- que usted tuvo que cumplir con su deber, y cualquier otro juez habría hecho lo mismo.

Por más que don Pedro procuró disuadirlo, y le hizo, hasta con cierta dureza, todo género de observaciones, no hubo modo de convencerlo, y convinieron en hacer el viaje a San Ángel.

A don Pedro no podían cerrarle la puerta, y, como iba acompañado del marqués, entraron juntos, y fue Amparo la que los recibió en la puerta.

Al ver Amparo al marqués, sintió una conmoción profunda. No lo esperaba ni lo había visto después de la memorable noche en que fijaron el día de la boda. Don Pedro lo advirtió y la tomó del brazo.

- Valor y resignación, hija mía -le dijo-. Casilda murió y ha sido enterrada cristianamente. El marqués y yo la hemos dejado en su última morada. No la veremos más. La casa de ustedes está cerrada. Cuando pase la infección de la fiebre, arreglaremos todas las cosas. Adivino tus deseos. Ya vez que yo necesito también valor y resignación; Casilda era como mi hija.

El marqués, conmovido, no pudo ni aun saludar a Amparo, y todos se dirigieron al abandonado salón, que despedía un olor de vejez y de humedad.

- Tenemos que correr un velo sobre el pasado, mejor dicho, interponer una espesa pared. No hay que acordarse de ello. Dios lo dispuso así, y ya que has sido tan piadosa, tan generosa y tan buena que has estrechado la mano del inflexible verdugo de tu padre, sé todavía mejor dándosela a quien te ama y que dedicará su vida entera a curar tu dolorido corazón. Vengo de nuevo a pedir tu mano para el marqués. ¿Qué dices? Serénate, piensa un poco, haz un esfuerzo, no hagas caso de la sociedad ni de ninguna persona, piensa solamente en ti y en él.

Hubo quizá media hora de silencio.

- He tenido -dijo Amparo- como un siglo de agonía antes de poder responder, pero era necesario, y me lo temía, pasar por este trance, el más amargo, el más terrible, el más penoso de mi vida. Imposible de borrar los recuerdos ni curar los dolores del corazón. Quizá con el tiempo, y lo dudo, podrá pasar esta como tempestad horrorosa que descargó en nuestra casa. Dios ha juzgado a mi padre y confío en que lo habrá perdonado; a mi no me toca más que respetar su memoria y guardar en mi alma el cariño que le tuve en vida, pero la mía está condenada a la tristeza, a la oscuridad, al retiro de toda la sociedad

humana, hasta que se olviden todas estas cosas increíbles y funestas. Casarme con el señor marqués -continuó Amparo con una voz que denotaba sus ansias y el esfuerzo que hacia- sería hacerlo infeliz para el resto de la vida, y mucho lo he amado y lo amo todavía para pagarle con una acción indigna, sí, indigna, pues sería hacerla participe de la ignominia que pesa sobre nuestro nombre.

Y Amparo, no pudiendo más, se cubrió el rostro con sus manos se levantó con visible esfuerzo del canapé y entró en las solitarias y sombrías recámaras.

Don Pedro y el marqués se quedaron estupefactos y como clavados en los asientos.

- No hay esperanza, marqués, y no hay que insistir más. Amparo tiene razón.

Los dos amigos, más contristados y pensativos de lo que entraron, salieron de la abandonada y vetusta casa de campo.

Amparo y doña Severa no quisieron recibir nada de lo que pertenecía a *Relumbrón*, y dispusieron que los muebles, coches y alhajas que no habían sido secuestrados porque pertenecían a ellas o estaban en su nombre, se vendiesen, dedicándose sus productos a limosnas a familias pobres y a establecimientos de beneficencia. El marqués hizo un donativo a Amparo de cincuenta mil pesos, y con esto y con los bienes propios de doña Severa, don Pedro les formó una renta para que pudieran vivir. Se fijaron en Celaya con el nombre de viuda e hija de don Agustín Santelices, fallecido en España, y amigo y pariente cercano del marqués.

El marqués de Valle Alegre logró en su familia la paz y el cariño, fingido tal vez, en cuanto les hizo saber que había prescindido completamente de Amparo, y les regaló los cincuenta mil pesos restantes del legado del conde del Sauz.

El doctor Ojeda, que había cooperado a todos estos arreglos y concluido satisfactoriamente los negocios de la condesa y sus amigos, dispuso hacer un viaje a París para estudiar las enfermedades nerviosas. El marqués aprovechó la oportunidad de un tan buen compañero y se marchó con él, decidido a dar la vuelta al mundo, a sacudir su fastidio y desembarazarse de sus pesares con las emociones y peligros de los viajes.

Don Pedro Martín, muy triste, muy viejo y acabado, y muy rico, renunció a la magistratura, cerró definitivamente su bufete, se negó a recibir a sus hermanas por más ruego y súplicas que le hicieron por escrito ellas y doña Dominga de Arratia, y no tenía más distracción que hacer cada mes un viaje al pueblo de Ameca en compañía de Lamparilla, pasar un día en una hacienda y dos o tres en otra, complacido con el sincero afecto que le tenían Cecilia, doña Pascuala y Moctezuma III, que con su alegría, ocurrencias, buen humor y sabrosa cocina, le hacían olvidar a ratos la letal tristeza que lo consumía.

CAPITULO SEXAGÉSIMOTERCERO

Cosas de otro tiempo

Comencé esta novela en las orillas del borrascoso mar Cantábrico, pensaba en las cosas de otro tiempo, en mi patria lejana, y llenaba cuartillas de papel con mis recuerdos, sin saber a cuántas páginas llegaría esta labor, que absorbía algunas horas diarias de mi vida aislada y la poblaba a veces de personajes fantásticos o reales que venían a acompañarme y a platicar conmigo cuando yo los evocaba, cualquiera que fuese el lugar en que se hallaran o el sepulcro en que estuviesen durmiendo el sueño final de los seres humanos.

No puse mi nombre al frente de la novela, entre otras cosas, porque no sabía si mi edad y mis pesares me permitirían acabarla ...

Dios ha permitido que yo siga todavía el penoso viaje de la vida, y la obra ha terminado en la costa de Normandía, delante de una playa desierta, de un mar como un espejo y en un hotel donde no había más viajero que yo. Allí, en la quietud y soledad de mi cuarto, he pensado también en las *cosas de otro tiempo*, completando más de dos mil páginas que habrán fatigado, más que a mí, al más sufrido y paciente de mis lectores.

En una de las épocas en que gobernó la República el general don Antonio López de Santa-Anna, se desarrolló el robo en la capital, en sus cercanías y en el camino de Veracruz de una manera tal, que llamó la atención de las autoridades.

Por medios también raros y casuales, se descubrió que un coronel Yáñez, ayudante del general Santa-Anna, presidente de la República, era el jefe de una asociación que tenía cogidas como en una red a la mayor parte de las familias de México. El aguador, la cocinera, el cochero, el portero, todos eran espías, cómplices y ladrones, y por más seguridades que se tomaran y los mejores papeles de conocimiento que se exigieran, nunca se llegaba a saber si se tenían sirvientes honrados o pertenecían a la banda de Yáñez.

A la captura del coronel Yáñez siguieron otras, y más de ciento cincuenta personas de diversas categorías fueron encerradas en la cárcel, y otras, como unos bilbaínos de gran rumbo y apariencia, lograron fugarse y volver a España.

Por último, el coronel Yáñez y tres o cuatro compañeros fueron condenados a muerte y ejecutados, y cosa de cincuenta, enviados a los presidios de Perote y San Juan de Ulúa.

Los autos de tan célebre causa los vi, y eran, no cuadernos, sino cuatro o cinco resmas de papel. Antes de que yo pudiera obtener permiso para registrarlos, habían desaparecido.

El personaje, pues, que figura en la novela, ha existido realmente; pero por más que he hecho para inventar lances, robos y asesinatos, me he quedado muy atrás de la verdad, y el extracto de la causa habría sido más interesante que cuantas novelas se pueden escribir.

Con este material escaso, con el título alarmante que me dio mi buen amigo don Juan de la Fuente Parres, y con algunos sucesos contemporáneos, formé la trama y he escrito esta novela, no de largo, sino de larguísimo aliento.

Cerraba yo mi carta para Barcelona remitiendo estas últimas cuartillas y muy contento de haber concluido, cuando entró el criado del hotel con un paquete de cartas, que me apresuré a abrir, y en una de ellas noté la palabra *Bandidos*, escrita con letras muy claras.

La curiosidad, por un lado, y la firma con que terminaba la carta de tres pliegos de letra menuda, me determinaron a leerla. Era de un viejo y querido amigo:

No sé qué razones de gran peso tuviste -me escribe mi amigo- para no poner tu nombre al frente de la novela y convertirte en un *Ingenio de la corte*. ¿No recuerdas que los ingenios de la corte en tiempos pasados se han llamado Calderón, Lope, Tirso, Moreto y Ruiz de Alarcón, y en los presentes, Pereda, Salgas, Cánovas, Núñez de Arce y otros muchos?

Tú has quedado el mismo, sin aprender nada y sin corregirte de tus defectos; pero vamos a lo esencial.

He recibido con exactitud las entregas de *Los bandidos de Rio Frio*, que ha publicado nuestro amigo Parres. Buen papel, letra moderna, que llaman elzeviriana, tinta un poco negra.

Entre los personajes que figuran en tu novela, los hay evidentemente fantásticos, como ese Evaristo, que a cada momento le daban golpes y pedradas en la cabeza, y que en el curso de su vida criminal no tuvo un lance ni medianamente interesante que diera idea del arrojo, de la destreza en manejar el caballo, de la mezcla de generosidad, barbarie y elegancia salvaje que caracterizaba, hace años, a los bandidos de nuestro país.

En cuanto a *Relumbrón* no me ha gustado nombre tan retumbante, pero así en efecto llamaba el ciego Dueñas al célebre coronel Yáñez, y has debido conformarte con la historia y la tradición.

En otros personajes, designados con nombres diversos, inventados al correr la pluma, he creído reconocer a individuos de carne y hueso que han existido, y a quienes hemos hablado y dado la mano, como por ejemplo, a Cecilia. Los dos hemos comido sabrosas frutas durante largas temporadas en el puesto de Cecilia en la Plaza del Volador.

La moreliana, que se llamaba doña María Josefa Quintero y Rubio, salió al fin de *la casa de locas*.

Fue don Cayetano Gómez, de Morelia, que era su banquero y apoderado, el que la sacó de la horrenda prisión cuando estaba a punto de perder de veras el juicio. El doctor alienista no quiso reconocer su error, y afirmó que él la había curado con cierto método usado en los hospitales de París.

La guapa Cecilia no cambió ni de maneras, ni de lenguaje, ni de honradez, pues ha sido fiel y buena mujer hasta lo último; pero Lamparilla no pudo darle (pues ya era tarde) ni las maneras, ni la instrucción, ni la dulzura de una señorita educada en los colegios de México y al lado de una familia fina y de modales cortesanos.

Tarde reflexionó Lamparilla en esto: mientras pasó la luna de miel en la soledad y las comodidades del rancho, no notó estos defectos, pero pasados dos años, se arrepintió como de sus pecados de haberse casado con una frutera; peor todavía, con una trajinera que había tenido amores con un bandido que había acabado en la horca.

El mal estado de los negocios de Cecilia y sus pesares domésticos afectaban mucho a doña Pascuala; pero más que todo esto, la postró enteramente la larga ausencia de Moctezuma III, que fue enviado con su regimiento a pacificar a los indios de las orillas del río Yaqui, y la prevaricación de Espiridión, que empezó a estudiar la religión protestante. El arzobispo lo removió del curato de Ameca, quizá injustamente, y concibió tal odio que no *jallaba* cómo desquitarse.

Pero lo que debes sentir más es lo relativo a don Pedro Martín de Olañeta. Se te conoce de a legua que has tenido sincero afecto, y con razón, a ese magistrado tan santo y tan honrado. Pues vas a ver. Después de sus malogrados amores, pues no cabe duda que estaba profundamente enamorado de esa Casilda (que se convirtió de zalamera vendedora de fruta en el portal, en una monjita ejemplar), la única distracción que tenía era hacer de cuando en cuando un viajecito a Ameca y vivir una corta temporada, ya en el cuarto, ya en el rancho de Cecilia, ya en la hacienda cercana donde residía doña Pascuala. La conducta de Lamparilla, la apostasía de Espiridión y la muerte repentina de aquella buena mujer, lo alejaron de Ameca y no volvió más. Desde entonces su tristeza era tan profunda y tan amarga, que no se mató porque era buen cristiano.

Con todo y los agravios que le hicieron Prudencia y Coleta, fue tan bueno don Pedro que las dejó de herederas. A Clara la desheredó.

Las horas en la Profesa por el alma de don Pedro Martín de Olañeta fueron solemnes, y asistieron los magistrados de la Suprema Corte, los jueces, el Colegio de Abogados todo entero y lo más granado de la sociedad de México.

El doctor Ojeda, que regresó de Europa con el marqués, contribuyó mucho a este desenlace inesperado y novelesco que la imaginación misma no preveía.

El doctor Ojeda, que es hoy un hombre muy rico, no cura más que a sus amigos o gentes conocidas, que le ruegan mucho y que le pagan con puñados de oro. Es un prodigio, especialmente para las enfermedades nerviosas, y se cuentan maravillas, pues aseguran que su ciencia llega hasta el grado de resucitar muertos. Si hubiera Inquisición ya estaría el doctor en el calabozo.

Y, ¿qué te parece que hizo Juan, el huérfano recogido del muladar por la buena vieja Nastasita? Ni lo creerás, pues estás acostumbrado a ver que los jóvenes de casas

principales, y a los que ningún trabajo ha costado ganar el dinero, se embarcan para Europa a tirarlo, a ser víctimas de los *escrocs* de levita, que se fingen condes y marqueses, y a encenegarse en los vicios parisienses.

Juan hizo todo lo contrario. Con el permiso de sus padres se marchó a París con su esposa, con la encantadora Lucecilla. Él se dedicó al estudio y se vivía en la Escuela de Artes y Oficios y en la agricultura, y Lucecilla era media pensionista en un convento de monjas del Sagrado Corazón de Jesús.

A los tres años de esta vida, Lucecilla hablaba francés como una parisiense, tocaba el piano, pintaba paisajes, escribía correctamente el español y el francés, y tenía nociones de historia natural, y sobre todo, modales decentes y finos para brillar en la mejor sociedad. En cuanto a Juan, era ya un inteligente agricultor, capaz de dirigir cualquier finca de campo e introducir en ella las mejoras que los adelantos de las ciencias aconsejan.

Cuando Juan y Lucecilla regresaron a la hacienda acompañados de vacas bretonas y suizas, de carneros merinos de Meklemburgo y de España, de perros de razas finísimas, de burros blancos de Egipto, de becerros de Veraguas, en fin, de un Arca de Noé, don Remigio, a su punto de volverse loco de alegría, y la condesa y Robreño no cesaban de acariciar y de llenar de elogios a ese hermoso par resplandeciente y dichoso que parecía rodeado de una alegrísima y luminosa aureola.

La condesa y Robreño entregaron la dirección de la casa a Lucecilla y la de las haciendas a Juan, y resolvieron hacer un viaje a la capital, donde llegaron con un tren tanto o más lujoso que el que llevó el marqués de Valle Alegre cuando hizo el desgraciado viaje de novio.

Vendieron la funesta casa de la calle Don Juan Manuel y compraron otra en la Ribera de San Cosme, arreglaron sus negocios y regresaron a sus posesiones a vivir tranquilos y felices en compañía de sus hijos, teniendo sólo el pesar de no encontrar a Agustina, que había pasado a mejor vida, dejando de heredera a Mariana y encargándole que trasladase la milagrosa Virgen de las Angustias a la capilla de la hacienda.

Si en algo te sirven estas noticias para la conclusión de tu novela, aprovéchalas, y si no, resérvalas para cuando te dediques seriamente a escribir las *Cosas de otro tiempo*.

Aproveché, pues, la carta de mi viejo amigo, y con los extractos que acaban de leerse, envié las pruebas a la imprenta de Barcelona. Termino, a Dios gracias, la inacabable novela de Los bandidos de Río Frío ...

HOTEL DE RIN, DIEPPE.

JULIO DE 1891

FIN